Fernando M. Relanzón

ALCÁZAR

HÉROES DE UN DIOS OLVIDADO

UPWORDS

Table of Contents

Prólogo
Personajes principales
Lo que tengo (2017)
Diferencias (1936)
El lento caminar del sol
Celos
Revolución
Ranas (15 de julio 1936)
Alzamiento (17 de julio)
Café amargo (18 de julio)
No pasarán
19 de Julio
Milicianos
Tempestad (20 de julio, medio día)
Cuartel de la montaña
Rendición (20 de julio, tarde)
Mudanza (21 de julio, amanecer)
Civiles (21 de julio, mañana)
La ruleta del destino
Tavera
Fábrica de armas
Ocupación
Convivencia
Sacrificio
Santiago
Martirio
Alba
Miaja
Sed
Despertares
Madrid
Enemigos
Razias
Diario
Hambre
Presas
Trigo
Pan y circo (6 de agosto)
Checas
Química (8 de agosto)
Colas
Tumbas mudas

Hospital y capilla
Bandera (22 de agosto)
Sangre (23 de agosto)
Hermanos
Madre
Laura (27-28 de agosto)
Tabaco
Pasarse
Odio
Rivera
Mineros
Gasolina
Cambios
Evangelización
La profecía
Rojo (9 de septiembre)
El cura
Siervo de dios (11 de septiembre)
Misa
Parlamento
Generalísimo
Adios
Embajadores
Decisión
Desalojo
Noche oscura (17 de septiembre)
Mina
Asalto (18 de septiembre)
Giro
Infierno
Honor
Muerte
Reencuentro
Reconquista (27 de septiembre)
Libres
Berta
Anexo i juicio
Agradecimientos

Esta obra ha sido publicada con la ayuda del Departamento de Educación, Cultura y Deporte del Gobierno de Aragón.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

"Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita escanear o fotocopiar algún fragmento de esta obra".

© Del texto: Fernando Martínez Relanzón
© Diseño y maquetación: Vicente Camps García
© De esta edición: Upwords Media
info@upwordsmedia.com
www.upwordsmedia.com

Primera Edición: Septiembre, 2021
Impresión: Obrapropia, S.L.
ISBN: 978-84-122445-8-8
Depósito Legal: TE-122-2021

ALCÁZAR

Héroes de un dios olvidado

Fernando M. Relanzón

...pero Irlanda y España, los dos países que han tenido las peores persecuciones, siguen siendo los más cristianos. Lo primero que uno espera al ser bautizado como católicos es ser perseguido, y es un precio muy bajo para pagar el ser cristiano.

Cualquiera que no fuese un pro-rojo en la guerra civil española se convertía automáticamente en un "fascista"... Tan fanáticamente se había hecho la marcha a paso de ganso de los intelectuales y tan glotona su fatua credulidad.

Roy Cambell (1901-1957)

Esta novela te la dedico a ti, que tomaste de tu tiempo para leerla

Prólogo

La tarde había sido lluviosa y el día muy largo. Francisco Aluche llegó a su casa destemplado y con mal cuerpo. Se desnudó y, a pesar de ser verano, se dio una ducha con agua caliente. Dejó caer el agua sobre su cara intentando que arrastrase también su tristeza, en un intento inútil de que el agua pudiera curar sus heridas. Llevarse quizá, en su fluir, la tristeza. Sabía que era un ejercicio inútil, pero se sentía muy solo. La muerte es algo natural e inevitable y más o menos triste según la edad del fallecido. Pero el vacío que deja es mayor si el espacio que ocupa el amor por el que se ha ido es grande y Francisco quería mucho a su abuelo. Tras un rato largo apagó la ducha y se secó con una toalla sedosa que olía a lavanda, seguramente por el suavizante que usaba su mujer. Sonrió pensando en ella. Era tres años más joven que él, y ya tenían tres hijos. En el tanatorio lo había pasado fatal pensando en lo mal que lo llevaría su marido, siempre tan sensible al dolor ajeno. Se sentó desnudo en el borde de la cama y miró el sobre que le habían dado en el tanatorio. Lo cogió con curiosidad y lo abrió con nerviosismo, rasgando la parte superior con el dedo, pero con mas cuidado del que solía, no fuese a estropear el posible contenido. Lo volcó sobre la cama, pero solo cayó una medalla de oro. Reconoció el escapulario que siempre llevaba su abuelo. Lo cogió de la cadena y lo levantó. Lo sostuvo frente a sus ojos contemplando la imagen de la Virgen con el niño en sus brazos. Se lo puso y se vistió con una camisa y un pantalón de lino que tenía sobre la cómoda. Mientras se abrochaba los botones, miró el sobre abierto y lo cogió de nuevo. Metió la mano para asegurarse que no había dejado nada más, pero sus dedos tocaron un pequeño papel que se había quedado dentro. Lo pinzó con las uñas y lo sacó fuera. Se quedó mirando el recorte, no más grande que media cuartilla, en el que aparecía un número, 321, y una frase: “Pídele al coronel que te dé el libro”. Se quedó pensando qué significaría eso, pero estaba reventado y aún tenía papeleo, así que dejó todo sobre la cama y cogió el móvil para hacer las llamadas pertinentes. Su abuelo le había dejado instrucciones claras de cómo deseaba que fuese el funeral, y este no era para nada ordinario. Su deseo era ser enterrado en la cripta del museo militar de Toledo, privilegio reservado únicamente a los defensores del Alcázar. Le invadieron recuerdos de las batallitas que en la guerra les contaba a los nietos en las sobremesas de Navidad y las visitas que hicieron a la fortaleza. Se estremeció al recordar cómo visitando la cripta, cuando él le preguntaba por una lápida, su abuelo leía su nombre y revivía su vida y sus gestas. Ahora él sería un nombre más inscrito en esas tumbas. Se entristeció pensando que ya no quedaría nadie para recordar su historia. Eso suponiendo que pudiese enterrarlo allí, ya

que la Ley de Memoria Histórica complicaba sobremanera trámites de lo más ordinarios. Para empezar, su abuelo debía ser incinerado, pues ya no dejaban enterrar in corpore a los defensores. El funeral debería realizarse en un horario consensuado con el museo, intentando no interferir en la marcha normal del mismo. Todo eso aparte de un sinfín de trámites burocráticos de los que abominaba en secreto. Maldijo el día en que juró a su abuelo cumplir sus deseos, sabedor de que sus hijos no verían con buenos ojos que fuera enterrado en Toledo. Estos nunca entendieron del todo el deseo de su padre de descansar allí, pensaban que siendo madrileños lo normal y más sencillo sería enterrarlo en la Almudena, con el resto de su familia. Por eso recurrió a su nieto como albacea, sabiendo que era el único que respetaría su voluntad. Aunque ahora mismo, hablando con el museo y sorteando las trabas que le ponían, Francisco se preguntaba si no tendrían razón sus tíos. Cuando llegó su mujer del tanatorio lo encontró mirando la nota del sobre.

—He estado con tus padres hasta que tu madre ha pedido que los llevase a casa —le informó la mujer—. Ya me explicarás por qué te has venido tan pronto.

—Hola cariño, no sabes cómo te he echado de menos.

—¡Pero si solo llevas tres horas sin verme! —exclamó sorprendida ella.

—Lo sé, pero no me gusta ser el responsable del entierro, y siento que nadie en mi familia me apoya. Creo que solo callan porque en el fondo saben que estoy cumpliendo con la voluntad del abuelo, pero no lo comparten y me siento como si fuese su enemigo.

—¡Así que era eso! Por eso te has ido tan pronto.

—En parte sí, y en parte para hacer las gestiones del entierro. Lo de la incineración es lo más sencillo, no te imaginas las llamadas que he tenido que hacer para lo del Alcázar, y me temo que solo es el principio de un largo proceso burocrático. Hoy parece que haber sido del bando nacional sea un delito.

Dos meses después, Francisco por fin había conseguido tramitar todos los permisos pertinentes y coordinar a su familia con el mejor horario que le habían recomendado desde el museo. Era un martes por la mañana y todos los familiares habían tenido que pedir permiso para desplazarse hasta Toledo. La ciudad relucía espléndida con las luces propias de los primeros días de otoño y el fresco obligaba a ponerse algo encima para salir a la calle.

La pareja aparcó en el garaje del Miradero un viejo Golf que usaba cuando viajaban sin niños. Subieron al ascensor y se dirigieron a la entrada del museo. El Alcázar era un edificio imponente, recientemente remodelado, que lucía ahora en todo su esplendor. En la puerta del museo encontraron a parte de la familia y, tras los

saludos pertinentes, se dirigieron a la cripta. Bajaron por dos escaleras que venían de la parte trasera del patio. Allí había un militar que les abrió la reja que la cerraba y los acompañó al interior, donde esperaron al cura que debía venir con los padres de Francisco. La pequeña capilla estaba prácticamente llena por un mausoleo central, donde descansaba la familia Moscardó, padre e hijo unidos tanto tiempo después. Las paredes estaban cubiertas de nombres y frases grandilocuentes que realzaban la leyenda de los que allí descansaban. A ambos lados de la capilla se abrían dos entradas grandes. Daban a una serie de salas cuyas paredes, divididas en cuadrículas, se encontraban llenas de nichos de todos los defensores que quisieron enterrarse allí.

—Allí están mis padres con el cura —exclamó Francisco al reconocerlos. Los saludó con un beso y se dirigió al sacerdote. Si no le importa vamos a comenzar la ceremonia pues tenemos poco tiempo antes de que esto se llene de mirones y curiosos. Los encargados del museo me han pedido diligencia.

—Claro que sí —dijo el cura—, si ya están aquí todos los invitados no tengo ningún problema.

Así que, sin más preparativos, se dirigieron a la sala de la izquierda de la cripta. Atravesaron hasta tres pequeños recintos llenos de nichos. En el último de ellos les esperaba el militar que había visto en la entrada con un operario. Este era el encargado de abrir y cerrar el nicho que le habían asignado con una pequeña lápida. Era una pequeña pieza de mármol en la que ponía los nombres de sus abuelos y las fechas de nacimiento y muerte de cada uno de ellos. La abuela había sido exhumada del cementerio de la Almudena y reducida a cenizas para descansar en una pequeña urna junto a la de su marido. Una de las muchas gestiones que tuvo que realizar Francisco sin la aprobación de todos los miembros de su familia, que ahora le miraban con cierta reprobación. Aun así, él siguió adelante como si nada, al fin y al cabo, era el deseo de su abuelo. El funeral fue breve y no demasiado triste, como suelen ser los de las personas mayores que han dejado todo en orden antes de partir —pensó Francisco—. Solamente cuando el operario procedió a cerrar el nicho con la lápida, un mohín de tristeza invadió su corazón y el del resto de la familia Aluche, dejando caer alguna lágrima alguno de los presentes. En ese momento Fernando se dio cuenta de que los nichos estaban numerados, y el de sus abuelos tenía el numero 321. Recordó el sobre que le dieron, cuando el militar que había estado con ellos pidió permiso para leer una carta que había dejado el difunto como despedida póstuma. Sacó un viejo papel arrugado de la chaqueta, mientras la gente se preguntaba quién era aquel hombre y por qué tenía esa carta. Sin más, leyó con voz grave la carta que tenía en las manos.

Cuando muera no quiero que me incineréis, ni paséis de puntillas por mi despedida de una manera egoísta y pensando equivocadamente que así sufriréis menos. El día que muera quiero un funeral por todo lo alto, quiero que venga toda mi familia y allegados, mis amigos y compañeros, la gente del trabajo y todo aquel que haya tenido trato conmigo. Quiero que estén todos los que me quieran, porque para mí será el día más importante de mi vida, por eso quiero que vengáis trajeados con vuestras mejores galas, dando a la ocasión la solemnidad que se merece. Porque ese día, tras mi nacimiento, podré por fin celebrar el encuentro con mi Creador amado. Por eso estad alegres y en paz.

Francisco se sonrió pensando que para empezar no estaba mal, pues había sido incinerado y solo había invitado a su círculo más cercano, pero era el precio que tenía que pagar su abuelo por ser enterrado en el Alcázar, así que para no despistarse de la carta se volvió a centrar de nuevo en escuchar al militar que ahora decía:

No pido que no lloréis, quien quiera hacerlo que se desahogue. Humanamente es un consuelo saber que me echáis de menos, eso indica que algo bueno hice por vosotros. Pero no estéis tristes, porque no me fui lejos, de hecho, estoy más cerca de vosotros de lo que nunca estuve antes. Ahora por fin podréis hablar conmigo tranquilamente sin que pierda la atención o me disperse. Y lo más importante, estaré cerca de Dios para interceder por vosotros cuando queráis algo. Por eso quiero que me enterréis en la cripta, para que podáis ir a rezar junto a mis restos. Considero que es importante tener signos externos, donde poder manifestar todo lo que en privado realizamos. Hay que dar un trato de respeto a este cuerpo que tanto amó quien lo creó, y que tanto empeño puse yo durante mi vida en cuidarlo.

La muerte es un descanso del cuerpo limitado. Según crecemos y aumentamos nuestras capacidades, vislumbramos las infinitas posibilidades que van perdiéndose con el paso de los años, hasta dejarnos como un guiñapo en la senectud, para expresarse plenamente todas ellas justo al morir. Por eso, alegraos por mí. Por fin soy perfecto.

Entiendo que la separación momentánea os deje un vacío, especialmente a los que pasabais más tiempo conmigo. Particularmente a mi hija Concha y mi nieto Francisco, que me han acompañado tanto en este periodo de mi vida. Pero a ellos y al resto os digo: no os pongáis tristes al ver esas pequeñas cosas materiales que os recuerdan a mí, ese libro, ese disco o al recoger un cajón como yo lo haría. Son bagatelas materiales que no se pueden comparar con el tesoro de la amistad, ahora sé que vale más una tarde de risas con buenos amigos que todo el oro del mundo. Llora si quieres, pero no te entristezcas. Yo estaré sonriendo, viéndote mirar mis cosas, sabedor de

que esas baratijas que me hacían pasar ratos agradables estaban muy lejos de darme la felicidad que tenía contigo.

Por eso disfrutad de los vuestros, de las pequeñas cosas de la vida que llenan nuestra alma de dicha. Un paseo al atardecer, de la mano de un ser querido, se vive más intensamente si sabemos que es el último que haremos. Por eso dad gracias a la muerte, que nos brinda la oportunidad de no pasar por la vida deprisa y sin enterarnos, sino que nos permite poder disfrutar cada momento en total plenitud, conscientes de nuestra finitud y limitación, recibiendo cada instante como un regalo maravilloso que nos da Dios.

Por eso cuida tu vida, que es el don más preciado que te ha sido dado. Multiplícala tanto como puedas, pues en donarla reside el verdadero secreto de la felicidad humana. Solo al morir nos damos cuenta de que todo el tiempo que vivimos para nosotros mismos fue tiempo perdido.

Aquí el militar calló y volviendo a plegar la carta con sumo cuidado se la guardó con un cariño que mostraba a todas luces, por lo menos a Francisco, que conocía bien a su abuelo. Entonces recordó otra vez la nota.

El encargado del museo entró para invitarlos a ir terminando, por lo que la familia fue saliendo al patio. Francisco aprovechó para acercarse al militar y preguntarle directamente si conocía a su abuelo.

—Sí —le contestó el militar—, fue compañero de mi padre, pero con el tiempo lo fue mío también. Aprendí a apreciarlo como a un amigo, y por eso hoy estoy aquí, para rendirle homenaje.

—Perdone que le pregunte y demuestre así mi incultura. No estoy muy ducho en asuntos militares. ¿Le importaría decirme que grado tiene en el ejército?

—Soy coronel de infantería.

—Mi abuelo me dejó una carta con una nota. Esta decía que un coronel me daría un libro y me pregunto si no tendrá usted algo que ver con todo esto.

—Pues me temo que sí. Su abuelo quería que conociera sus verdaderos motivos para obrar como lo hizo en vida. Lo entenderá mucho más cuando haya leído lo que aquí dejó escrito. Cuando lo haya hecho quedaremos para hablar de ese gran hombre del que creo que heredó nombre.

—Desde luego. Fui su nieto mayor y ahijado y de él aprendí más que de un maestro. Aunque nunca me contó bien por qué tuvo tanto interés en ser enterrado aquí, si se supone que solo penurias pasaron en el asedio.

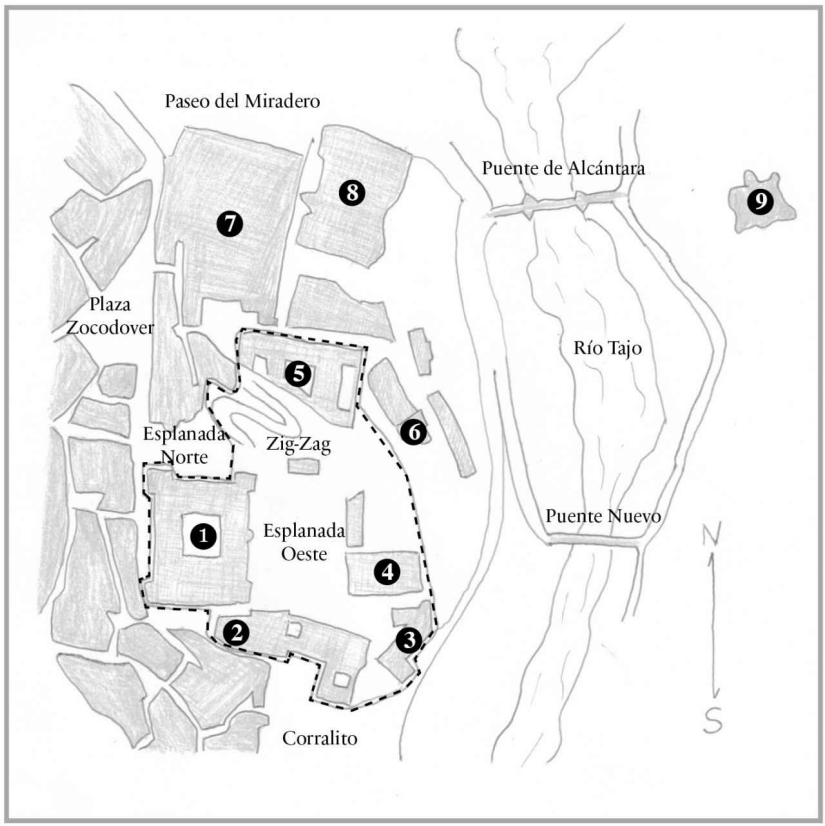
—Lea y comprenda. A veces las adversidades crean lazos más fuertes que los del amor.

Dándole el libro se dio la vuelta y marchó. Una encargada del

museo pasó a la sala para invitar amablemente a los familiares que quedaban a abandonar la cripta.

Su mujer se le acercó a preguntarle qué le había dado aquel militar. Francisco le enseñó un viejo legajo de folios amarilleados por el tiempo, en el que pudieron leer un título en letras rojas impresas con profundidad que delataban proceder de una vieja Olivetti que tenía su abuelo. Decía así:

HEROES DE UN DIOS OLVIDADO
GUERREROS SIN PODER
¿QUIÉN SE ACUERDA DE VOSOTROS TANTOS AÑOS DESPUES?



1. Alcázar 4. Picadero 7. Santa Cruz
2. Capuchinos 5. Gobierno Militar 8. Convento de la Concepción
3. Santiago 6. Casa del Trigo 9. Castillo de San Fernando

- - - - - - - - - - - - - - Línea defensiva inicial durante el asedio

Personajes principales

Familia Aluche	
Santiago Aluche:	*Médico ginecólogo de Toledo y cabeza de familia.*
Arturo Aluche:	*Farmacéutico y el mayor de los hermanos.*
Fernando Aluche:	*Teniente del Ejército, casado con Margarita Peñalosa.*
Antón Aluche:	*Guardia de asalto y cuarto de los hermanos.*
Julián Aluche:	*Alférez del Ejército*
Francisco Aluche:	*Estudiante en servicio militar y el pequeño de los hermanos.*
Margarita Peñalosa:	*Esposa de Fernando Aluche y madre de Paz*
Familia Eymar	
Manuel Eymar:	*Capitán de la guardia civil perteneciente a la plana mayor.*
María Gloria Lujan:	*Esposa de Manuel*
Gloria Eymar:	*Hija mayor, joven*
Pilar Eymar:	*Segunda hija, adolescente*
Manuel Eymar:	*Niño*
Berta Eymar:	*Niña y la menor de la familia.*
Familia Moscardó	
José Moscardó Ituarte:	*Coronel, comandante militar y jefe de los defensores del Alcázar.*
Maria Guzmán Palanca:	*Esposa de José Moscardó.*
José Moscardó:	*La contienda le pilló en Barcelona donde lo fusilaron.*
Miguel Moscardó:	*(No aparece en la novela)*
Luis Moscardó:	*Hijo mediano*
Marichu Moscardó:	*"La niña". La contienda le pilló en Portugal.*
Carmelo Moscardó:	*El pequeño de la familia.*
Otros personajes	
Eusebio:	*Prior de los carmelitas de Toledo.*
Padre José:	*Sacerdote amigo de los Aluche.*
Basilio:	*Ranero de profesión y presidente de la FAI toledana.*
Gregorio:	*Capitán de los guardias de asalto toledanos.*

Marga:	*Joven, amiga de Gloria Eymar.*
Santiago:	*Amigo y compañero de Antón Aluche*
Ramón y Tomas:	*Compañeros y amigos de Antón y Santiago*
FIGURAS RELEVANTES	
Emilio Vela Hidalgo:	*Capitán de caballería del ejercito*
Pedro Romero Basart:	*Jefe de la Comandancia de la Guardia Civil de Toledo, teniente coronel.*
Andrés Marín Martín:	*Civil, amigo de José Moscardó.*
Julio Camacho Torres:	*Amigo de Francisco Aluche, soldado de la 2ª compañía de la Escuela de Gimnasia.*
Luis Quintanilla:	*Pintor y artista. Durante la guerra fue espía republicano.*
Enrique Vázquez Camarasa:	*Canónigo de la catedral de Madrid.*
Luis Barceló:	*Teniente coronel del Ejército Republicano.*
Antonio Rivera Ramírez:	*"El Angel del Alcázar" Presidente de la Juventud Católica Toledana y voluntario militarizado en el asedio. En proceso de beatificación.*
Ricardo Villalba Rubio:	*Comandante del ejercito*
Luis Alba Navas:	*Capitán de la Escuela Central de Gimnasia.*
Aurelio Morgado:	*Embajador de Chile en Madrid.*

Lo que aquí se narra son hechos reales, personajes y situaciones autenticas. Poco hay fruto de mi imaginación salvo, tal vez, alguna conversación privada que aparece en la novela.

Para mayor agilidad del libro, he unificado en una misma familia a diversos personajes reales. Estos son:

PERSONAJE REAL	PERSONAJE EN LA NOVELA
Santiago Relanzón Almazán	*Santiago Aluche*
Fernando Barrientos Barrientos	*Fernando Aluche*
Arturo Relanzón Echevarria	*Arturo Aluche*
Julián Relanzón Echevarria	*Julián Aluche*
Antón Garcia Pardo	*Antón Aluche*
Francisco Camino Moreno	*Francisco Aluche*

Por último y ser fiel a la verdad Fernando Barrientos tenía dos hijas y no una sola. Pero a pesar de este falso parentesco sus historias son tal cual las he contado.

Lo que tengo (2017)

Tengo noventa y ocho años y un cáncer vesicular me está matando. He vivido mucho, tengo seis hijos, veinticinco nietos y trece biznietos. Unos vienen a verme todas las semanas y otros casi nunca. Todavía vivo en mi casa con una polaca que me cuida, y eso es mucho, habida cuenta de que casi todos mis amigos acabaron dementes en asilos y hospitales. De ellos no queda ya ninguno. Hasta el momento me he valido por mí mismo. He podido ir al baño, y hacer la compra y la comida. Cada día que pasa es un pequeño logro en mi mundo de regreso la niñez. He acompañado a alguno de mis compañeros en sus últimos estadios de vida y no eran sino vagas sombras de su personalidad, sumida en una masa de carne caprichosa y dependiente de los demás. Una carga que casi todos los familiares llevaban con mal disimulada resignación. En esos momentos recordaba nuestro pasado, más o menos glorioso, pero siempre fructífero y generoso. Dimos la vida por nuestros hijos, lo resistimos todo y nos dejamos la piel por construirles un futuro. Y ahora, que no podemos llevar la cuchara a la boca, somos secretamente despreciados. Pero no veo rencor en sus ojos. Creo que, lo mismo que la enfermedad, la vejez es un ángel de humildad que nos cura a los soberbios para poder subir al cielo. Quizás por eso los más buenos murieron tan pronto, y quizás por eso también, yo he durado tanto.

Una vida larga como la mía, que ha sido bien aprovechada, da para muchas historias. Pero de todas ellas, hay una de la que me siento protagonista y tengo facilidad para contar. Ya que, aunque pasó hace muchísimos años, los acontecimientos me marcaron tanto que aún por las noches me levanto agitado en mis sueños creyendo que sigo en ese momento de mi vida. No es una historia personalista. De hecho, cuando alguna vez mis nietos me preguntan qué hice en la guerra, salgo con evasivas y acabo contándoles otras anécdotas divertidas de mis años mozos. No creo que volver a crear rencillas y odios lleve a nada positivo, lo mismo que no creo que el decirles en cinco minutos lo que de verdad allí pasó sea en modo alguno algo constructivo. Aunque no debiera decir que no creo, sino que no creía. No creía antes de que, uno a uno, mis compañeros de pericias y correrías juveniles fuesen envejeciendo y perdiendo voluntades. Grandes personalidades, fuertes y arrebatadoras, las he visto humilladas y menospreciadas por sus seres más queridos. He llegado a ver a antiguos leones obedecer como corderos a enfermeras aburridas y hacer cualquier cosa que se les pida. Eso, hombres indómitos que no se doblegaron en el pasado ni aun a riesgo de perder su propia vida. No lo creía antes, cuando la televisión, radio y prensa hablaba bien de nuestra empresa, y no había nada que corregir, salvo tal vez algunas exageraciones y excesos para acrecentar los sucesos. Pero ahora todo es diferente. Ahora que no podemos defendernos nos quieren cambiar la

historia; ahora que el tiempo corre tan deprisa y las nuevas tecnologías son el dios y pan de cada día; ahora que la historia la cuenta cualquiera que se precie de tener una cuenta en Wikipedia; ahora que hablar bien o mal de unos y otros no es políticamente correcto según sea de unos o de otros; ahora que me muero y aún me queda lucidez, ahora es cuando he decidido contar lo que viví esos meses de terror al inicio de la Guerra Civil en mi ciudad. Una ciudad con más historia que cualquiera, pero tan dividida como las demás. Una ciudad en la que había buenos y malos, y aunque en el relato que va a continuación están en los dos bandos, salen mejor parados los sublevados, por el mero hecho de que yo cuento lo que pasó y viví en el Toledo del verano del treinta y seis.

Esto lo hago por explicarles a mis hijos y nietos lo que siempre quisieron saber y nunca les conté. Esto lo hago para que sepan de verdad qué clase de hombres fuimos. Esto lo hago por si Dios no tiene a bien matarme de cáncer pronto, y se me va la cabeza y hasta me tienen que limpiar el culo. Si eso sucede me considerarán un estorbo inútil y pensarán que estaría mejor muerto. Por eso quiero que sepan que les comprendo y no les juzgo, porque yo pensaría lo mismo. Pero que cuando se les pase el enfado y me contemplen limpio, postrado y relajado, recuerden el padre entregado que fui, las horas de vida que les regalé para educarlos. Y si no bastasen los recuerdos del pasado, que leyendo este relato de unos meses intensos, en los que nos matamos para defender los valores que quisimos transmitirles, entiendan que hubo jóvenes en los abuelos que vamos muriendo. Jóvenes valientes, capaces de hacer gestas difíciles de imaginar hoy por la juventud descreída y acomodada que veo en mi ciudad. Héroes al fin y al cabo, que nos la jugamos por darles un futuro mejor que el presente que nosotros tuvimos. Por eso, ahora que cada día me va quedando menos; menos pan, pero también menos hambre con el que comerlo, menos visitas, aunque la familia va creciendo, menos fuerzas, aunque mi corazón y mi alma por primera vez se entiendan, menos salud y menos neuronas con las que retener los recuerdos, he decidido plasmar en este libro algo que siempre quedará, aún el día que no me quede cabeza para recordarlo. Y es la realidad de un grupo de hombres, que se unieron para defender hasta sus últimas consecuencias su modo de vida, y lo resistieron todo. Eso, pase lo que pase, aquí lo cuento, es lo que me queda y en realidad, lo mejor que tengo.

Diferencias (1936)

Gloria, la hija mayor de los Eymar, era una chica alta y vivaracha. De hombros anchos y una larga melena castaña, que enmarcaba un rostro bonito, de ojos verdes y amplia sonrisa. De ese tipo de mujer que llega a intimidar a uno, pues a sus diecisiete años, ya tenía esa seguridad altiva que da a una mujer el saberse guapa. Se encontraba mirándose en el espejo, observando con detenimiento si su generosa dentadura quedaba bien en la cara, preguntándose si esos dientes tan grandes gustarían a Luis. La pequeña de sus hermanas la observaba desde el dintel de la puerta, curiosa y discreta, de manera que la mayor no se percatara de su presencia. Pero al verla poner muecas, sacando la mandíbula, se echó a reír descubriéndose irremediablemente.

—¡Berta! Te tengo prohibido entrar en mi cuarto, si te vuelvo a pillar te doy una tunda de azotes.

—¿Por qué te arreglas? ¿Vas otra vez con ese chico?

—A ti no te importa lo que haga, rica. Ahora déjame que tengo prisa.

La hermana pequeña salió corriendo hacia la cocina, donde su madre estaba enfrascada preparando una gran cena.

—Mamaaaa, Gloria se va de nuevo con Luis Moscardó.

—¿Y tú como sabes eso?

—Porque se está pintando como si fuera un cuadro y se ha enfadado conmigo cuando se lo he preguntado.

En esto apareció tras la puerta Gloria furiosa con su hermana chivata. Pero antes de que le pudiese reprender su comportamiento, la madre atajó la pelea dando órdenes a la joven.

—Gloria, no me parece mal que te veas con ese muchacho, pero irás con Pilar.Tienes absolutamente prohibido ir con ningún chico ni un segundo sola. ¿Qué diría la gente?

—¡Pero mamá, si iremos a Zocodover a tomar un helado!

—¡Con más razón! Ve con tu hermana y a las ocho estás de vuelta, que hoy viene a cenar el matrimonio Enríquez de Salamanca, que van a alojarse en casa.

—¿El matrimonio Enríquez? ¿Por qué se van a alojar en casa?

—Son amigos de tu padre y no queríamos que se buscasen una fonda.

—Pero el coronel puede acoger a su hija y su yerno en la casa que tienen aquí en Toledo, ¿no?.

—Sí, pero han hablado con tu padre y se alojarán en casa. Además, no sé a qué viene tanta cháchara. Si de verdad quieres salir con Luis date prisa que no te queda mucho rato.

Gloria salió de la cocina a buscar a su hermana que leía un libro en la salita. Esta era un año menor que ella y de un parecido físico

asombroso.

—Pilar, he quedado con Luis y madre quiere que vengas con nosotros

—¡Venga ya! ¡Siempre me toca hacer de carabina!

—¡No será porque a mí me guste que te vengas! Si te quedas en otra mesa, te invito al helado que quieras.

—Vale, será uno grande de merengue y con cucurucho.

—Tampoco te pases, que me va a costar un riñón sacarte de paseo.

—¡Vamos a ver guapetona! Al final siempre invita Luis. Si lo prefieres, le pido a mamá que te acompañe la prima Lola.

—¡Déjate de tontadas!, que vendrá con las niñas y ya tengo bastante con cuidar de ti. ¡Ale, vamos!

Y cogiéndola de la mano la sacó renegando de la casa. Enfilaron la calle que bajaba a Zocodover, donde la gente disfrutaba de la agradable temperatura al final de la primavera.

—¿Por qué paramos aquí? —preguntó Gloria a su hermana— Hemos quedado en la esquina de enfrente.

—Sí, pero mira quienes están ahí —dijo Pilar—. Son los cadetes de la academia y si mis cálculos no fallan ahora vendrán con zalamerías a cortejarnos.

Efectivamente, un grupo de cuatro muchachos vestidos de uniforme, que discutían de algún tema de actualidad, se habían fijado enseguida en las dos jóvenes que descaradamente llamaban su atención.

Uno de ellos se adelantó haciendo gestos al grupo y se presentó galante.

—Buenas tardes, señoritas, me llamo Julio Camacho y soy un fiel servidor de ustedes. Estoy con unos amigos discutiendo qué sitio escogeremos para tomar algo. Así que, si no les importa, iremos al que ustedes nos recomienden, que espero sea el mismo que buscan, para darme la oportunidad de invitarlas a algo.

Las dos hermanas se reían gustosas de verse agasajadas.

—Mi hermana ha quedado con su novio en ese local –dijo mientras su hermana le miraba contrariada—. Pero a mí me dejan sola en una mesa junto a ellos, por lo que no me molesta su compañía.

Julio llamó al grupo, que felices acudieron prestos a la llamada. Tras presentarse, acompañaron a las hermanas al café, donde un joven bien vestido y con un ramo de flores preparado sobre la mesa se levantó solícito a acomodar en su silla a Gloria.

—Hola, amigo —saludó Julio—. Felicidades, tiene una novia encantadora.

Y riéndose todos de la ocurrencia, se separaron con Pilar a una mesa alejada, dejando a Gloria un poco avergonzada junto a Luis.

—Mira que te gusta tontear —le dijo el muchacho—. Si esto sigue

adelante deberías evitar estas situaciones. ¡Anda, sentémonos que me muero de sed!

La pareja se sentó en una mesa de hierro forjado con sillas a juego. Este mobiliario dotaba de una categoría especial el café, atrayendo como un imán, lo más granado de la sociedad toledana. El sol cedió finalmente el testigo al alumbrado de la plaza. Los concurridos escaparates de los comercios daban alegría al entorno que rodeaba a la pareja.

—Oye, Luis, ¿conoces a alguno de esos militares?

—Bueno, no son de mi quinta. Deben andar por debajo de mí, por lo que no he tratado con ellos apenas. Hay un Aluche, que debe ser el pequeño del médico y creo que se llama Francisco. Ése que tantas carantoñas hace a tu hermana, creo que es de la familia de los tenderos de la calle Santa Isabel y no me acuerdo de su nombre. Al resto no los conozco.

—¿La madre del Aluche es a la que golpearon en la cabeza las mujeres anarquistas?

—¡Vaya, tú también sabes la historia! En Toledo hasta los monjes de clausura saben lo que pasa en la calle. Pero sí, efectivamente, su madre sigue en cama tras el ataque al local de las damas catequistas, y el intento de incendio. Todavía no me explico cómo no han detenido a esas salvajes, no sé si esperan a que muera alguien para actuar, esto es una locura. Pero hablemos de cosas más agradables en esta tarde que tengo la suerte de estar contigo.

—¡Agradables como qué?

—Háblame de ti.

Y así, hablando de naderías, se les hizo la hora de cenar, mientras en la mesa de al lado los cadetes se esforzaban por agradar a Pilar.

Mientras Francisco Aluche disfrutaba de la juventud y la amistad, en su casa la melancolía pesaba en el ánimo de la familia. Don Santiago Aluche dedicaba todo su tiempo libre a cuidar de su mujer enferma, y eso que él no mejoraba de una operación reciente. Era el ginecólogo de Toledo y llevaba el asilo de los pobres huérfanos. De sus cinco hijos, Arturo, que era el mayor y de su mismo oficio, era el que más ayudaba. Acompañaba todas las mañanas a su padre al asilo dedicando las tardes a la botica de la calle Núñez de Arce. Fernando, militar con grado de teniente, estaba casado y acudía a echar una mano cada vez que podía. Antón y Julián también habían orientado sus vidas por ramas militares. El mayor era cabo de la guardia de asalto y Julián estaba internado en la escuela de Salamanca. El pequeño, Francisco, era el único que aún vivía en su casa, pero tampoco podía ayudar demasiado, ya que pasaba gran parte del día en la academia, donde realizaba el servicio militar.

—He visto salir de casa a un colega de papá. El doctor Gregorio, o

así creo que se llamaba. ¿Qué dice sobre mamá? —preguntó Antón a su hermano Fernando, que le había abierto la puerta.

—No logra dar una respuesta razonada. Dice que no tiene nada aparentemente; que los análisis no explican los síntomas de fatiga y apatía.... ¡Dice que lo que la está matando es la pena!

—¿Pero la pena de qué?

—Pues a lo mejor algo tienen que ver tus amiguitos. Pregúntales si no están interesados en incendiar también la catedral, que es más grande que el centro parroquial —dijo Fernando despechado.

—¿Ya estamos otra vez? Ese rencor no te hace ningún bien y sabes que no fueron mis amiguitos los salvajes que asaltaron la sede parroquial.

—¡Tampoco hacen nada para frenar esa violencia! Además, a ti tampoco te molesta en exceso la persecución a la que somete el Gobierno a la Iglesia.

—Mira Fernando, lo hemos hablado mil veces y no voy a seguirte el juego porque estás afectado por mamá. Pero sabes que no persigue a la Iglesia, sino a sus prebendas y beneficios injustos.

En ese momento entró en el recibidor su padre. Estaba acompañado de don José que, muy serio y sin quitar la vista de Antón, parecía que hubiese escuchado toda la conversación. Este, al verse juzgado por la mirada del sacerdote vestido de rigurosa sotana, bajó la mirada avergonzado.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó don Santiago con visible muestra de enfado—. El médico dice que mamá se muere de pena, y vosotros dos os dedicáis a discutir en lugar de llegar a un entendimiento.

—Nada, padre — contestaron los hermanos al unísono.

—¿Nada? Ya estoy harto de vuestras peleas y discusiones. Los dos habéis recibido la misma educación, los dos sois militares, los dos sois hijos míos y los dos sois hermanos Aluche. Sin embargo, se diría que cada uno proviene de una familia distinta. Desde que empezó todo este embrollo de política y basura os habéis ido posicionando cada vez en un lado más alejado del término medio, que, dicho sea de paso, suele ser el correcto y donde se encuentra la virtud. No me gustan los falangistas, —dijo mirando a Fernando—, pero mucho menos los comunistas —y aquí paró y miró fijamente a Antón—. No me gustan porque para imponer su ideología han de recurrir a la fuerza y la violencia, quitándonos el derecho y la libertad que tenemos como ciudadanos de elegir nuestro propio camino.

Paró un momento a tomar aire sentándose en la silla que le acercó su amigo José. Le habían intervenido hacía poco de apendicitis y cada día se encontraba peor. La cicatriz provocada por la operación no terminaba de curar bien y se le estaba infectando. No conseguía, a pesar de todos los cuidados que recibía, que mejorase. Llamó con un

gesto a su amigo. Cuando lo tuvo a su lado se volvió y, mirando directamente a Antón, le dijo:

—He hablado con el padre José, que a su vez ha movido algunos hilos, para que te ingresen este verano en un colegio mayor de religiosos, donde convivirás con ellos mientras haces las pruebas de ascenso en el cuerpo de asalto. He pensado que un poco de disciplina religiosa te hará bien. Además, el que no discutáis los dos hermanos dejará más tranquilo el ambiente en este hogar.

—¿Cómo? —exclamó Antón sorprendido.

—No consentiré una mala contestación, se hará lo que digo y punto.

—No seré yo quien le contradiga. Pero ya que voy a estudiar en la academia de la guardia de asalto, ¿no será más sensato que viva en su propio centro como hasta ahora? De ese modo no tendré que trasladarme ni romper con las tradiciones militares, además del dinero que ahorraríamos.

—Sé por dónde vas y precisamente por eso es por lo que te mando a un colegio mayor religioso. Mi intención es que en ese retiro espiritual vuelvas a encontrarte con tus raíces y depongas esa hostilidad que presentas contra el clero.

—¡Pero padre! ¿No cree que precisamente la imposición puede volverme más rebelde contra estas cosas?

—Será un riesgo que tendremos que correr, pero no creo que en la posición en la que te encuentras actualmente logres encontrar el camino de vuelta a casa. El rezar no te hará más daño del que vengo observando en tu espíritu. Y ahora, si me disculpáis, me voy a descansar, pero ve haciendo las maletas que el autobús sale después de comer.

Los dos hermanos se miraron sorprendidos de la urgencia de la situación. No se esperaban este giro cuando se estaban preparando para pasar unas semanas en casa.

—¡Mira lo que has conseguido! — le dijo Antón rabioso a su hermano mayor en cuanto salió su padre.

—La culpa es tuya, que por llevar la contra a papá te da por frecuentar amiguitos radicales e ir a mítines comunistas. Cualquier día le dirás a mamá que Jesús es una farsa.

—No es por llevar la contra a papá. Y si frecuento esos círculos es precisamente por seguir las enseñanzas de Jesús. ¿Acaso no es más cristiano el reparto de tierras? ¿No es más propio de Jesús que todo sea de todos y no de unos pocos que ven sin hacer nada cómo sus vecinos mueren de hambre?

—Mira, Antón, no me voy a meter en ese huerto porque no te voy a hacer cambiar de opinión. Pero no intentes aleccionarme a mí, que lucho cada día contra esa gente “tan cristiana” que quema iglesias y

mata terratenientes. Y por favor, dejémonos hoy de discusiones y vamos juntos a darle un beso a mamá, antes de que te exilien fuera de esta casa. Que al menos hoy nos vea juntos.

El lento caminar del sol

Había llovido la víspera, y las espigas recién brotadas brillaban al sol por las gotas de agua que aún resistían en sus tallos. Los márgenes de la carretera, vestidos del rojo de las amapolas, indicaban fácilmente el camino a seguir. Los pocos árboles que se divisaban, jalonaban el paisaje hasta un horizonte ondulado de suaves colinas. El capitán Eymar iba solo por los caminos encharcados y el hombre bendecía a Dios por esa moto que, más que correr, volaba sobre las carreteras. Manuel Eymar era un guardia civil enjuto y alto, de rostro serio y mirada viva. En el rostro, seña de identidad del cuerpo, tenía un poblado bigote que lograba vestir su gesto de la madurez que sus treinta y ocho años y cara juvenil no lograban. El capitán, que había repostado gasolina al salir de Tembleque, no había vuelto a hacerlo en toda la travesía, por lo que respiró agradecido cuando divisó el pequeño campanario de Noblejas. Le asaltaron las dudas de cómo plantear su extraño encargo. No había tenido muy buena acogida con el teniente del pueblo anterior, ya que aparecer con un sobre con órdenes de no abrir hasta nueva consigna no era algo que gustase al jefe militar de la plaza. Como casi todos, estaba cansado de secretos, revoluciones y follones. Intentó poner en claro sus pensamientos, pero las dudas y la incertidumbre le agobiaban. Decidió mantener la mente fría de quien acata una orden y la cumple sin preguntarse el porqué; al fin y al cabo, todos sus años de disciplina militar no solo habían hecho de él un válido y eficiente oficial, sino que había ascendido en el escalafón de una manera fulgurante. Llegó a Noblejas recordando la conversación que había tenido la noche de la víspera con el teniente coronel Pedro Romero Basart.

—Manuel, amigo mío, sabe bien cómo está la situación política y de qué manera nos afecta a los militares. No me andaré con rodeos e iré al grano de la inmediata acción que voy a emprender. Acción de la cual confío me apoye y ayude, como hasta la fecha ha venido haciendo. Aunque en su libertad queda la decisión final que adopte.

—Mi teniente coronel, desde que usted llegó nos ha tratado como su propia familia, mis hijos llaman a su esposa tía Pilar. Sabe que no soy persona política. Aunque mi parecer fuese distinto del suyo, le seguiría al mismo infierno si usted me lo pidiese.

Romero Basart sonrió al ver cómo, a pesar de tratarle como a un hermano, Manuel Eymar seguía respetándole como su superior. Era un gran hombre, sencillo y humilde, pero de gran coraje y valor. Confiaba ciegamente en él, y jamás albergó dudas de su fidelidad. Por ello, no se lo pensó dos veces antes de contarle su secreto.

—Aunque ya sabrá por la prensa como está el patio, le resumo en datos concretos lo que está sucediendo. Así tendrá una visión clara de

la situación de España desde el advenimiento de la República.

En este punto Romero Basart paró un momento para poner en orden su cabeza y se acomodó en la silla.

—Desde abril del treinta y uno hasta el inicio de este año, hemos tenido veintiún estados de prevención, veintiocho estados de alarma y dieciocho estados de guerra. Se han dado dos golpes de estado, a los que hay que sumar la declaración de independencia de Cataluña. En menos de cinco años llevamos más de cuatro mil huelgas, con las enormes pérdidas económicas que conllevan. Por no extenderme con más datos sobre la quema de conventos e iglesias, terminaré diciendo que el número de víctimas mortales por la violencia política supera las dos mil doscientas personas. De tanto altercado y muerte parece que estamos en una guerra civil.

El militar detuvo su discurso para coger aire.

—Ya no se puede vivir tranquilo —prosiguió—, nuestros gobernantes tienen sus mentes desordenadas y confusas, llenas de proclamas baratas y huecas que resuenan fuerte pero no edifican nada. La política del Gobierno de reducir el número de mandos no solo ha frenado su propia carrera, sino la de muchísimos militares que se han indispuesto contra el mismo. Si a esto le sumamos los atropellos que se vienen haciendo contra la libertad y el orden, especialmente desde que gobierna el Frente Popular, obtendrá un buen semillero de descontento y un polvorín pronto para estallar.

—El verdadero problema no es que los socialistas se quieran cargar la República, ni que ganando las derechas les impidiesen formar gobierno, ni que hayan trampeado los resultados para conseguir más votos llegando a falsear las elecciones de Cuenca y Granada. El verdadero problema es que tras los altercados de estas ciudades, que tantos muertos han provocado, el gobierno no haga nada. Esa inactividad para dar respuesta a los desmanes es el problema. Cuando en una sociedad se justifica la violencia, esta está condenada a destruirse. Ayer me dieron una carta que el presidente de la República Manuel Azaña escribió a su cuñado el día de San José, cuando no había pasado ni un mes desde las elecciones. Por su clarividencia de la situación se la leo.

“Hoy nos han quemado Yecla, siete iglesias, seis casas, todos los centros políticos de derechas y el registro de la propiedad. A media tarde, incendios en Albacete y Almansa. Ayer motín y asesinato en Jumilla. El sábado Logroño, el viernes en Madrid tres iglesias, el jueves y el miércoles Vallecas. Han apaleado en la calle de Caballero de Gracia a un comandante vestido de uniforme que no hacía nada. En Ferrol a dos oficiales de artillería. En Logroño acorralaron y encerraron a un general y cuatro oficiales. Creo que van más de doscientos muertos y heridos desde que se formó el gobierno, y he

perdido la cuenta de las poblaciones en las que han quemado iglesias y conventos. ¡Hasta en Alcalá de Henares! Ahora vamos cuesta abajo por la anarquía persistente de algunas provincias. Por la taimada deslealtad de la política socialista. Por las brutalidades de unos y otros. Por la incapacidad de las autoridades. Por los disparates que el Frente Popular está haciendo en casi todos los pueblos. Por los despropósitos que empiezan a decir algunos diputados republicanos de la mayoría. No sé cómo en esta fecha como vamos a dominar esto."

—Y esto lo dice el propio Azaña, que no hace nada para evitarlo. A todo esto, ayer me llegó la noticia que el funeral del alférez de la Guardia Civil, Anastasio de los Reyes, ha sido una carnicería.

—No sé de qué me está hablando –dijo Eymar.

—El otro día —le explicó su superior—durante los actos conmemorativos del V aniversario de la República, al pasar la Guardia Civil, unos matones increparon a la compañía con insultos y amenazas. Resulta que había cinco guardias de paisano que les recriminaron los insultos. Así que, tras desaparecer un rato, volvieron armados y mataron a Anastasio, dejando heridos a dos de sus compañeros. El gobierno no solo no hizo nada, sino que prohibió a la familia velar al muerto para evitar altercados, prohibiendo incluso poner esquelas del difunto en los periódicos. ¡Como si el asesinado fuese el culpable! Al día siguiente los compañeros del fallecido le llevaron a hombros al cementerio contraviniendo las órdenes del gobierno. Este, mandó una escuadra de guardias de asalto, comandadas por un tal teniente Castillo, que disolvió la comitiva a tiros, matando a cinco personas.

Aquí paró para mirar a la cara de su amigo, y más convencido concluyó:

—Ha llegado el momento de poner el puño en la mesa y decir basta. Si los civiles no quieren o no saben gobernar España, lo haremos los militares. Que no solo sabemos y queremos, sino que además deseamos imponer el orden y la paz, aunque para ello haya que recurrir a la fuerza. Ayer supe que una serie de generales han decidido derrocar al Gobierno y volver a instaurar el orden y la convivencia. De hecho, soy partícipe de ello. Sin que la amistad que nos une le comprometa para nada su respuesta le pregunto: ¿quiere jugar estas cartas conmigo, Manuel?

El interpelado, que miraba intensamente a su superior, captó la sutileza con que familiarmente había quitado título o cargos a su nombre. Pero no tardó en contestar.

—Como ya le he dicho antes, jugaré con usted a lo que me pida.

—No sé cuándo, pero será pronto. Algunos generales se insubordinarán y dejarán de acatar las órdenes de la autoridad política. Supongo que instaurarán una dictadura provisional hasta que

hagan regresar al rey, o por lo menos el buen gobierno de la República que algunos imaginamos en el treinta y uno. Es por ello por lo que llevo tiempo preparando el camino con los altos mandos que conozco. Porque si hay un golpe de mano de los militares, la Guardia Civil quedará expuesta a la ira de los frente populistas. Nosotros no somos como los militares que permanecen en cuarteles ellos solos con sus compañeros, sino que estamos con nuestras familias entre la gente normal, soportando sus mismas calamidades y sufrimientos. No quiero que nos quedemos diseminados entre una turba alterada en caso de conflicto. Por lo que mi orden es que vayas a todas las guarniciones a llevar estos sobres con instrucciones de cómo actuar en caso de que demos la alarma. De forma que podamos salvar a los guardias y sus familias en caso de conflicto agrupándonos todos juntos. También quiero que tantees con discreción su predisposición a la adhesión al golpe si se da el caso.

Romero Basart dejó de hablar. Llenó los dos vasos de vino que había en la mesita y, ofreciéndole uno al capitán, sonrió mutando completamente su semblante sombrío por uno mucho más distendido.

—¡Basta ya de política! Pasemos al salón y hablemos de nuestras cosas, que la vida es muy corta como para entregarla toda al trabajo.

Manuel agitó la cabeza para despejar sus pensamientos y centrarse en el deber, pues ya entraba al pueblo. Torció a la izquierda junto a la iglesia para encarar el pueblo hacia el norte. Al final de las casas había un pequeño cuartelillo.

En la entrada le recibió un joven con cara de novato. Paró la moto en la puerta y, sacudiéndose el polvo de las rodilleras, se acercó y saludó a la manera militar.

—A sus órdenes, mi capitán. ¿En qué puedo servirle?

—Buenos días. Me gustaría poder hablar con el sargento del puesto. ¿Sería tan amable de llevarme ante él?

—Si no le importa capitán, podría esperar aquí mientras lo busco.

Mientras acababa la frase entró raudo al interior del pequeño edificio. Manuel se quedó sorprendido de que le hubiesen dejado esperando fuera. En cualquier otro momento hubiese montado un altercado, pero estos días nada era normal y lo que venía a hacer necesitaba mucha diplomacia y mano izquierda. Escuchó ruidos de agitación y niños, por lo que sospechó que el sargento ejercía más de casero que de guardia, algo contra lo que se estaba peleando tiempo atrás para que la indisciplina no calase como una enfermedad en el cuerpo. Al cabo de cinco minutos de espera, salió un hombre grueso y con un poblado bigote metiéndose todavía la camisa dentro del pantalón. Manuel se debatía entre obviar esa relajación para ir al grano o amonestar esa falta de disciplina. Finalmente le pudo la educación y el orden por el que tanto había peleado y, a sabiendas de

que podía perder un posible colaborador, amonestó al sargento.

—Sargento, ¿cuál es su nombre?

—Juan Pérez, mi capitán —respondió el hombre saludando y cuadrándose rápidamente—.

A pesar de los pesares, el guardia tenía claro que lo que el capitán estaba viendo no le parecía bien y sabía perfectamente por qué.

—Sargento, ¿podría explicarme qué era eso tan importante que estaba haciendo? Algo muy importante sería para hacerme esperar fuera y salir sin la uniformidad reglamentaria.

El color le subió al sargento a las mejillas y un rictus nervioso le provocó pequeños espasmos en la boca en forma de media sonrisa. Pensó rápidamente qué responder y cómo hacerlo, resolviendo que lo mejor sería decir la verdad.

—Mi capitán, la plaza es tranquila y, a pesar de lo que dice la radio, aquí no sucede gran cosa. Hoy es el cumpleaños de mi esposa y estábamos de celebración cuando usted ha llegado. Lamento el retraso, pero no quería que me viese de paisano descuidando mis obligaciones.

Manuel observó a ese hombre grande y cariacontecido, con la cabeza humillada como dispuesto a acatar lo que él ordenase. Pero admiró la valentía de su honradez y el motivo de su falta. Lo juzgó como un guardia familiar, honrado y leal. Inmediatamente sintió simpatía por él y decidió arriesgarse.

—Sargento, ha de saber que a pesar de la aparente tranquilidad que usted respira en este pueblo, hay motivos más que suficientes para estar atento a lo que sucede en España. Y hay que estar en guardia para actuar en caso de que surja la necesidad.

Calló un momento para juzgar mejor al hombre mientras rumiaba el sentido de sus palabras. Pero este no pareció, o no expresó, haber calado el verdadero fondo de sus intenciones. Arriesgó un poco más.

—Están sucediendo extraños acontecimientos en ciertas partes de la nación. Estos hechos han llevado a algún miembro de nuestro cuerpo a tomar alguna decisión contraria al parecer de nuestros gobernantes.

Como Juan seguía sin expresar sentimiento alguno preguntó directamente:

—¿Qué haría usted si recibiese una orden contraria a sus principios?

—Si la orden proviene de mi mando superior y no contraviene la ley divina —respondió rápidamente—acataría siempre esa orden.

—¿Y si esa orden contraviene las del Gobierno?

En ese punto reflexionó un momento sopesando las consecuencias de su respuesta.

—Mi juramento al entrar en el cuerpo fue defender la patria y la

Corona, aunque luego el juramento cambió al de la República, pero por encima de todo está la obediencia sin la cual nada podría funcionar.

—Sargento Juan —dijo su nombre intencionadamente—, espero contar con su lealtad si le necesito.

—Puede contar con ella.

—Pues aquí le dejo un sobre. Si hay problemas y surge la necesidad de agruparse, recibirá la orden de abrirlo para que siga sus instrucciones. ¿Queda claro sargento?

—Sí, mi capitán, clarísimo.

—Pues sigo mi ruta. Termine cuanto antes ese evento familiar y vuelva al trabajo. Buenas tardes.

—¡A sus órdenes, capitán! –dijo relajándose Juan, al comprobar que ese superior no iba a amonestarle por su falta. Preocupado más en ese momento, por esa extraña recomendación y por el sobre que ahora tenía en sus manos.

Celos

Fernando Aluche salió de la visita a sus padres y se dirigió pensativo a su casa. A pesar de estar acostumbrado a las duras e inesperadas órdenes que recibía en el ejército, se había sorprendido del giro que su padre había dado para encauzar a su hermano Antón. No sabía qué pensar. No compartía la decisión de dejarle en Madrid. Él pensaba que había que huir de una ciudad donde los crímenes políticos y las bombas eran una cosa corriente. Él lo hizo cuando tuvo a su hija mayor. Aunque también pensaba que en su ciudad natal iba a tener la paz necesaria para criar a la niña con la ayuda extra de sus padres y hermanos. Pero la paz que creía tener había durado poco, pues lenta pero implacablemente, Toledo había ido desperezándose contagiada del resto de la nación y una espiral de violencia había comenzado a vivirse en sus históricas calles. Antes de llegar a casa pasó delante del convento de los padres carmelitas. Pensó en Eusebio y estuvo tentado de parar a saludarlo, pero tenía prisa y decidió volver al día siguiente. La Iglesia se había convertido en blanco de los socialistas y anarquistas, que en el mes de marzo atacaron en las calles a curas y frailes quemando algunos templos. Fue en aquella época cuando Fernando y su mujer refugiaron en casa a varios monjes que llegaron pidiendo asilo. Tras varias semanas conviviendo con los carmelitas el matrimonio les había cogido cariño, especialmente al padre Eusebio, al que recurrían para pedirle consejo, confesión o simplemente hablar un rato. Sintieron de veras cuando regresaron a su convento y no lo veían seguro, pero era una decisión que tenían que respetar. Fernando dejó atrás los carmelitas y sus pensamientos para encarar la calle de su casa. Iba rápido, pues no se había quitado el uniforme al salir de la escuela para visitar a sus padres. Ir de verde por Toledo esos días había dejado de ser algo tan natural como el paisaje. El ambiente enrarecido hacía peligroso ir vestido reglamentariamente si se iba solo. Por ese motivo, a los militares se les recomendaba ir siempre acompañados, pero Fernando tenía prisa.

Caminando rápido para acortar el tiempo expuesto, llegó pronto a su casa, donde observó frente a su portal a una pareja de enamorados mirando el escaparate de ropa de la tienda de Remedios. Se adivinaba un conjunto de bebé tras la vidriera, e inevitablemente pensó en Margarita y su relación. Se querían, y eso era un pilar fundamental, pero él no podía controlar los celos, y eso a veces les llevaba a discutir. Se casaron tres meses después de llegar la República a España, pero, al contrario de lo que él pensaba con su matrimonio, no remitieron los malditos celos. Ni siquiera cuando en el verano siguiente nació su hija Paz. Cada vez que ella se ponía bonita o salía con amigas él sufría un ataque de celos ridículos e infantiles. Por ese

motivo, fue un bálsamo la estancia de los monjes en su casa. Pero ahora ya no contaba con el padre Eusebio para que le apaciguase con sus parábolas y enseñanzas. Como esa noche salía con ella a cenar, se hizo a sí mismo la promesa de no estropear la velada.

—Hola, ya estoy en casa –anunció Fernando, extrañado de tanto silencio.

Margarita apareció por el pasillo con un vestido vaporoso que hacía que el reflejo de la luz en su espalda diese un brillo singular a su larga melena y sinuosa figura.

—¡Dios! Estás preciosa.

—Gracias, no todos los días viene mi hombre para sacarme a cenar.

—¿Dónde está la niña?

—Se la he dejado a Lola para que duerma hoy en su casa. Así, no tendremos prisa por llegar.

—¿Por qué no nos quedamos aquí a cenar ya que estamos tan tranquilos? —sugirió Fernando.

—¡Ni hablar! Quiero que salgamos juntos y disfrutar de un paseo contigo. Además, entre el embarazo y posparto llevo mucho tiempo sin hacerlo. Quiero que la noche nos pille paseando por la calle del Cristo de la Luz camino del restaurante, donde, tras la cena, me pediré ese postre de galletas que tanto me gusta.

—Está bien, pero déjame que me ponga algo adecuado.

La pareja salió de su casa enfilando su calle hasta la plaza de la Ropería, luego bajaron por la Calle Cadenas hasta la Plaza de San Nicolás. Allá, un grupo hombres, que charlaban animosos antes de irse a casa, se quedaron mirando descaradamente a Margarita. Uno, que Fernando identificó como el novio de una asistenta que trabajaba en su casa, incluso la piropeó frívolamente para desesperación del joven esposo. Tratando de controlarse, Fernando enfiló rápido la calle del Cristo de la Luz en dirección a la antigua mezquita, donde paró para que su mujer cogiera resuello.

—¡Qué barbaridad, Fernando! Por huir de esos maleducados casi me sacas los pulmones por la boca.

—¿Te has dado cuenta de su grosería? Ya no respetan ni a las mujeres casadas. Cada día esa gente está más crecida e incivilizada.

—¡Vamos!, no seas tonto, si lo piensas no ha dicho nada fuera de tono…

—Margarita no empecemos –cortó Fernando.

—Está bien, no diré más, pero vayamos tranquilamente y déjame que disfrute del paseo, que desde la plaza hasta aquí no he podido mirar otra cosa que no fuesen mis pies para no caerme. Además, conociéndote, atajarás por la puerta de Alfonso VI en vez de salir por la de la Bisagra.

—Eso pensaba, pero si quieres damos ese pequeño rodeo. Lo cierto

es que tenemos suerte de vivir en esta ciudad de piedra y ensueño en la que cada esquina te cuenta una historia.

—¡Oye! No te rías de mí –protestó su mujer.

—No lo hago, y creo que soy el hombre más afortunado del mundo al poder disfrutar de tu compañía en esta maravillosa ciudad. Pero dejémonos de palabrería que entre la carrera y la conversación vamos a llegar a la Venta de Aires, y hoy parece que va a estar muy concurrida. Confío que tengamos sitio.

Al entrar al local, que efectivamente estaba lleno, Fernando se adelantó para preguntar al camarero si podría colocarles en una mesa discreta que había en una esquina. Justo en ese momento salían del restaurante dos jóvenes conocidos de la familia de Margarita, que pararon a saludarla y preguntar curiosos por su vida, ya que hacía tiempo que no se veían. Cuando Fernando se acercó para llevarla al sitio tuvo que dejar al camarero esperando, pues surgieron las pertinentes presentaciones. Además, no parecía que los muchachos tuviesen prisa por irse, pues incluso contaron alguna anécdota graciosa de su trabajo en Madrid que hicieron reír de buena gana a Margarita, la cual estaba feliz de salir esa noche después de tanto tiempo. Cuando se despidieron, emplazándose a verse de nuevo, siguieron al camarero que los dejó en la mesa que él había pedido.

—Parece que estás encantada de ser el centro de atención de todos los hombres del restaurante —le recriminó su marido, que no había hablado apenas en las presentaciones.

—Mira Fernando, no empieces con esos estúpidos celos que luego te arrepientes.

—Quizás así sea otras veces, pero esta vez creo que tras el parto estás desatada. Estoy convencido que quieres sentir que gustas para subirte la autoestima.

—¡Hasta aquí podríamos llegar! –exclamó ella ya visiblemente contrariada—. ¿A ver quién es el que tiene que mirarse su autoestima? Quizás si tú te considerases un poco más, no tendría que aguantar estas escenitas tan recurrentes.

—¿Por qué recurrentes?

—Sin ir más lejos, en el viaje que hicimos a Valencia en marzo montaste una escena en plena calle.

—No volveré a decirte el motivo, ya que no lo aceptas. Además, ¿hoy a cuento de qué viene ponerse ese vestido tan corto para salir por la noche?

Esto lo dijo con una cara insultante que Margarita no soportaba. Por lo que antes de comenzar una velada que se anunciaba desastrosa, ella prefirió largarse y que él recapacitara.

—¿Sabes lo que te digo? Esta fulana se larga y que aguante tu desprecio cualquiera, que yo ya he tenido bastante.

Margarita se levantó y salió enfurecida seguida de Fernando, que, arrepentido ya de su ataque, trataba de disimular su arrebato al resto de comensales. Pero al llegar a la puerta, ella la cerró con rabia dejándole al otro lado. Pretendía de esa manera hacerle ver todo el rencor que llevaba dentro. Encaró las escaleras de la cuesta y las subió de tres en tres. Una vez arriba, corrió hacia una fuente que allí había, lanzando insultos rabiosos a la nada. La fuente tenía aspecto de ser un abrevadero, pero se asentaba sobre un manantial que producía la mejor agua de todo Toledo. Era una fuente que Margarita conocía bien, pues le gustaba ir los sábados de paseo a beber en ella. Llegó jadeando, satisfecha internamente de haber quemado con la actividad física parte de la rabia provocada en la pelea. Sin embargo, sabía que quedaba la parte peor y más difícil de borrar. Ya que, aunque lograse reconciliarse consigo misma y darse la razón, de nada serviría con Fernando. Se inclinó completamente y, apoyándose con una mano en la pila y la otra en el caño, se acercó al chorro que fluía esa noche especialmente caudaloso. Bebió con ansia. El agua que salía fría apagó un poco el ardor de su garganta. Luego se recostó en el suelo fresco, apoyando la cabeza en la pila de la fuente. Margarita se quedó quieta mirando al cielo, arrancó un trozo de una planta de regaliz que crecía en el borde del abrevadero, y se lo llevó a la boca saboreándolo con fruición. El cielo estaba claro y limpio, esa noche apenas había nubes, y en esa claridad las estrellas brillaban intensamente.

Sintió la luz de la Luna sobre su rostro y recordó el sol en la cara que le acariciaba aquella tarde cuando aún eran niños en la poza del río, en la que por primera vez descubrió, en los ojos del niño que hoy era su esposo, algo más que amistad. Por eso aceptó su distanciamiento y le empujó hacia ella cuando llegó el momento, pero ahora no estaba tan segura de haber hecho lo correcto.

Se conocían de toda la vida, desde antes de tener recuerdos había jugado con Fernando. Era su mejor amigo y le acompañaba en todas sus aventuras imaginarias. En verano solían ir al remanso que forma el río en la zona del molino. Era un lugar tranquilo y propicio para bañarse, ya que el agua se estanca un poco a la salida de la noria, formando una pequeña poza ideal para ese fin. Esa tarde ella se desnudó como siempre había hecho. Fue corriendo al agua y se tiró de cabeza. Dio gritos de placer y frío que fueron tornándose en risas nerviosas, cuando su piel se fue aclimatando. Miró al muchacho y le llamó a su lado, pero Fernando se había quedado clavado en la orilla todavía vestido.

—Vamos tonto, no seas gallina…

—No es eso —balbuceó—, tengo que irme a casa.

—Pero ¿qué dices? Si esta buenísima. Venga ven.

Chapoteando en el río, Margarita salpicaba agua como una loca.

Mientras tanto, Fernando intentaba cumplir con lo dicho y volver a su casa. Pero estaba paralizado, solo tenía ojos para mirar. Margarita ya no era la niña que él tenía forjada en su mente, ni tenía el mismo cuerpecito invariablemente lineal. Lo que estaba contemplando era más bien curvo y los pequeños pechos respingones apuntaban su feminidad de una manera inequívoca. De repente echó a correr y dejó a la niña plantada sin comprender nada. Esa mañana quedó grabada a fuego en la tierna mente del muchacho, que no quiso quedar más con su amiga, alegando que era muy cría.

Dos veranos después volvieron a coincidir en la fiesta de un cumpleaños. Era principios de agosto, y Fernando fue con varios amigos a pasar un buen rato a la fiesta que organizaba una prima pequeña que tenía. Él ya estaba curtido en las lides del amor y tenía una novieta de Santa Olalla, pero el destino le tenía reservada una jugada distinta de la que él pensaba realizar, y le salieron cinco seises.

Margarita llevaba una falda negra y una camisa roja, el pelo relativamente corto y algo de maquillaje, que no lograba ocultar su cara de niña. Pero lo más atractivo de su rostro era una sonrisa perenne en la boca. Esa cena no se hablaron gran cosa, más por vergüenza que resquemor. Pero más tarde pudieron pasear un rato solos y su buena sintonía enseguida los volvió a unir como en la niñez. Pero unos extraños y ridículos celos le invadieron el estómago a Fernando. Ella no podía ser para él, pero a la vez no quería que fuese de nadie más.

Las dos semanas siguientes se buscó las excusas más inverosímiles para poder volver a verla, volviendo a restablecer la amistad perdida. Pero sus sentimientos estaban mezclados de tal forma que no era capaz de definir su estado emocional. Una noche, ella llegó llorando a la puerta de su casa, donde él estaba sentado esperando que le llamase su madre para subir a cenar. Había estado con ese chico de la pandilla, que iba de mayor porque fumaba, y lo que ella creyó un paseo inocente acabó en un intento de besarla. Ella le lloraba abrazada contándole el susto que había pasado. Fernando volvió a sentirse tan especial como años atrás. Pero aquella noche no era exactamente igual, pues sentía un nudo en su estómago. Notaba su cuerpo cálido sobre el pecho, y el aroma dulce de su pelo le hacía desear no soltarla nunca. Esa idea le asustó, presentía que algo no marchaba correctamente y Margarita debió de percibirlo también, pues se separó un poco para mirarle a los ojos. Él desvió la mirada, pues se conocían tanto que no dudaba que ella sabría cualquier cosa con solo mirarlo. Esperó quieto con los ojos apuntando al suelo, deseando que ella hiciera algo. No quería que se fuera, y seguía con ella abrazado, pero no podía soportar la idea de que le siguiese mirando. Cuando reunió las fuerzas necesarias para volver a mirarla,

descubrió que tenía los ojos rojos de tanto llorar, pero ya no lo hacía. Y estaba su mirada, esa mirada que lo desconcertó. Conocía a la muchacha desde siempre, pero esa mirada era nueva y maravillosa. La miró fascinado, y comprendió que ya nunca sería como su hermana pequeña o ni siquiera su amiga. Apartó la mirada avergonzado e inventando una excusa tonta la separó para subirse a su casa.

—¿Fernando?

—¿Qué pasa?

—No te vayas, quédate conmigo. Te necesito.

—No sufras más, ese gañán es un tonto y si le pillo...

—No me has entendido, la necesidad que tengo de ti es diferente.

Margarita cogió de la mano al desconcertado Fernando y lo volvió a sentar a su lado. Se inclinó hacia su boca buscando los labios del muchacho. Este por un momento permaneció rígido, pero al sentir su calor, soltó toda la pasión que tenía guardada derramándola en un beso largo.

Antón agradeció secretamente el distanciamiento de su familia. En el fondo el ambiente era opresivo. Entendía que fuesen una familia tradicional con valores monárquicos y religiosos. Pero él, más permeable a las desigualdades, se había ido distanciando al tomar conciencia del mundo que le rodeaba. En parte, gracias a su trabajo de Guardia de Asalto. Desde ese puesto presenciaba casi a diario las enormes discriminaciones existentes entre estamentos sociales. Además, había caído en un descreimiento por las instituciones religiosas que le llevaron a un alejamiento de la fe de su familia. En Madrid se sentía libre. Comenzó a frecuentar tranquilamente los cafés donde se reunía gente con sus mismas inquietudes y las consignas revolucionarias fueron calando en su corazón. Las noches en el colegio mayor eran un pequeño precio que pagar por esa nueva libertad, pero él entre oraciones y rezos impuestos no dejaba de imaginar un mundo más justo y equilibrado. Estaba dispuesto a luchar por él, aunque ello supusiese acabar con ese centro y la tradición familiar. Un poco de sufrimiento en su entorno no compensaba la renuncia a un mundo perfecto, o eso pensaba en ese momento.

Ese día salió pronto del colegio mayor y se fue corriendo al casino, donde había quedado para escuchar a una diputada de cierto renombre en los círculos universitarios llamada Dolores Ibárruri.

—Por lo visto —le dijo su amigo Santiago—, la mujer ha venido a Madrid en calidad de diputada por Asturias, pero tiene una influencia muy grande en la gente vascuence, ya que ella es de algún pueblo minero de allí, y dicen que es una gran oradora.

Estaba tan interesado en acudir a la cita, que no dudó en mentir al superior. Alegó su falta al centro con la excusa de una guardia nocturna que realizaban en el cuartel. No le gustaba mentir, pero sabía que no le dejarían tomarse la tarde libre por cualquier cosa sin importancia, según la opinión de los religiosos, como una ponencia política. Encaró la calle Alcalá desde la Puerta del Sol para alcanzar, a la derecha, el afamado casino donde tenían la cita. Este tenía una animación inusual, pues había mucha gente fuera intentando entrar. Entre la multitud, pero más apartados que el resto, vio a sus camaradas Ramón y Santiago, que muy contentos de verle le saludaron efusivamente.

—Ramón, vamos a por un vino para Antón. Tenemos que celebrar que ha podido escapar de la falda de sus curas.

—Vamos, vamos, que tampoco estoy en una prisión. Tan solo es un reducto de un pasado que pronto desaparecerá. Pero mientras tanto, hace felices a mis padres, además, así puedo avanzar en mis estudios. Si estuviese en la academia durmiendo con vosotros sería imposible

centrarme en ellos.

—¡Y qué bien lo pasarías! —exclamó Santiago—. De hecho, si quieres, podemos aprovechar esta noche que tienes libertad para ir a estudiar los vinos que sirven en todas las tabernas.

—¿Pero tú no tenías tantas ganas de ver a la oradora? ¿Cómo es que ahora me propones irnos? —pregunto Antón sorprendido.

—Bueno…, me ha parecido una soberbia estirada, de esas que te miran por encima del hombro. Y con ese tipo de gente no puedo.

Ramón se puso a reír ante la sorpresa de Antón, que no acertaba a entender lo que sucedía. Por lo que para sacarlo de su confusión le explicó lo que pasaba.

—Más que sea una soberbia la diputada, Santiago es un galán consumado. Cuando ha venido la gente de la comitiva les ha tocado esperar en la calle un buen rato, porque nuestro Casanova estaba bloqueando la puerta cortejando a unas damas. Así que finalmente le han llamado la atención para que se apartara y se ve que no perdona esa corrección.

—Si os parece bien escuchamos un rato a esa oradora, a ver si lo que dice hace honor a la fama que tiene —propuso Antón—. Y luego nos vamos a debatirlo a cualquier bar, alrededor de una copa de un buen vino.

Sin esperar a una respuesta, Antón se metió entre la gente para alcanzar la puerta, y poder escuchar a la ponente. En ese momento se hallaba de pie sobre una mesa y les explicaba lo que en la sesión del Congreso le había dicho a Gil Robles.

—Por una vez, y aunque ello parezca extraño y paradójico, la minoría comunista está de acuerdo con la proposición presentada por el señor Gil Robles, tendente a plantear la necesidad de que termine rápidamente la perturbación que existe en nuestro país; pero hasta ahí el acuerdo, en todo lo demás vamos por caminos distintos, contrarios y opuestos. Empezando por las palabras del Sr. Calvo Sotelo con el propósito de que tengan repercusión fuera de la cámara y provocar altercados para echar la culpa al Gobierno de lo que pasa en las calles. Y como yo supuse que el Sr. Gil Robles, como cristiano que es, ha de amar intensamente la verdad y ha de tener interés en que la Historia de España se escriba de una manera verídica, le di algunos argumentos para refrescarle la memoria y demostrarle la justeza de las conclusiones a donde traté de llegar con mi intervención.

En este punto las risas cortaron el discurso apasionado de la mujer, que con su ironía había hecho reír a un auditorio entregado a su oratoria. Ella aprovechó para refrescarse la boca con un poco de vino, y continuó casi sin inmutarse.

—Pero antes hay que poner al descubierto las maniobras de las derechas, que mientras en las calles realizan la provocación, envían a la

cámara de los diputados unos hombres que, con cara de niños ingenuos vienen a preguntarle al Gobierno qué pasa y a dónde vamos." Entonces les increpé desde el estrado: "¡Señores de las derechas! Vosotros venís aquí a rasgar vuestras vestiduras escandalizados y a cubrir vuestras frentes de ceniza, mientras por la frontera de Navarra envueltas en la bandera española, entran armas y municiones como el señor Calvo Sotelo sabe muy bien para vergüenza de la República española. El estallido del glorioso octubre significó la defensa instintiva del pueblo frente al peligro fascista...

Antón seguía completamente absorto en el discurso de esa mujer enérgica, que inflamaba su ser y lo llenaba de odio contra esa clase política, tradicional y señoritinga, que tan arraigada estaba en su ciudad, de cuya provincia hablaba precisamente ahora.

—Hablaron algunos señores de la situación en el campo. (…) Concretamente voy a referirme a la provincia de Toledo, y al hablar de la provincia de Toledo reflejo lo que ocurre en todas las provincias agrarias de España. Hay varios terratenientes que deben a sus trabajadores los jornales de todas las faenas de trabajo del campo. ¿Qué dirían los señores diputados de las derechas si en un momento determinado estos trabajadores de Toledo, como los de Badajoz, como los de tantos otros pueblos de España, se lanzasen a cobrar lo que es suyo en justicia? ¡Ah! Vendría aquí a hablar de perturbaciones, vendría aquí a decir que el Gobierno no tiene autoridad.

En ese punto la gente, que asentía con la cabeza constantemente, se puso a chillar a un Gil Robles invisible, o a insultar a un Calvo Sotelo odioso. De tal manera que era imposible seguir con discurso alguno. Aun así, cuando la gente ya se había desfogado, la mujer, a la que comenzaban a llamar Pasionaria, levantó los brazos y pidió silencio para seguir con su discurso.

—En ese punto pedí la atención de los ministros para decirles que si hay generalatos reaccionarios que, en un momento determinado, azuzados por elementos como el señor Calvo Sotelo, pueden levantarse contra el poder del estado, hay también soldados del pueblo que saben meterlos en cintura para evitar las perturbaciones y el estado de desasosiego que existe en España. No solamente hay que hacer responsable de lo que pueda ocurrir a Calvo Sotelo cualquiera, sino que hay que comenzar por encarcelar a los patronos que se niegan a aceptar los laudos de la república. Y cuando el Gobierno se decida a cumplir con ritmo acelerado el pacto del Frente Popular e inicie la ofensiva republicana, tendrá a su lado a todos los trabajadores, dispuestos a aplastar a esas fuerzas y a hacer triunfar una vez más al Bloque Popular.

Antón se dio cuenta que acababa de cruzar esa línea que su educación le había impedido atravesar. Y es que, en un mundo hostil como en el que vivía, solo con la fuerza se podía alcanzar la paz y la justicia. No hablaría de ello en casa, pero ya no creía en el punto

medio como virtud, ya no creía que en un estado de cosas como estaba ahora la nación se pudiese ser neutral. Su carrera era militar y los militares acudían a la fuerza cuando esta era requerida, y España, ahora, estaba perdida. Pero la vida es caprichosa, y al día siguiente Antón recibió la noticia del fallecimiento de su madre. Fue un viaje rápido de ida y vuelta, pero regresó a Madrid más dócil. Su madre había muerto tras una larga enfermedad que nadie supo identificar, aunque la gente hablaba de melancolía. Llevaba ya cuatro meses sin aparecer por su hogar, y su padre seguía enfermo, pero no se quedó en Toledo a cuidarle, pues su hermano Julián se hacía cargo del patriarca.

Julián, que era el cuarto de los hermanos Aluche, llevaba una semana fuera de la academia. Le habían dado un permiso que enlazaría con las vacaciones de verano para cuidarlo. La casa estaba muy sola desde que murió su madre. Además, el padre, que se había vuelto más serio y reservado, no había levantado el castigo que había impuesto a su hermano Antón. Julián se sentía un extraño en su propio hogar, deseando secretamente haber seguido en la academia. Metido en la tristeza de la casa cerrada y oscura de su padre convaleciente, sin nada que hacer, y con diecinueve años hirviendo en sus venas, casi echaba de menos las clases monótonas de la academia con sus duras horas de gimnasia y el estudio en su cuarto. Un cuarto que parecía una celda de convento, uno más de un largo pasillo de otros muchos idénticos, solo diferenciado por un número que había sobre la puerta y que rezaba ciento uno. Por eso cuando el alboroto de la calle fue tan evidente como para no pasar inadvertido, pidió a la cocinera que por favor cuidara de su padre hasta que volviera su hermano Francisco. Este era el menor de los Aluches, y había ido a la botica de Arturo a por medicinas para su progenitor.

Al salir a la calle el calor de julio le golpeó la cara, y el sol inclemente comenzó a calentar su cuerpo. Pero tras su largo confinamiento, Julián disfrutó la sensación con verdadero placer. Cerró los ojos y, levantando la cara hacia el sol, sintió que se llenaba de vida. Caminó hacia arriba por la calle empedrada, sorteando una esquina que daba a otra vía angosta llena de comercios en sus portales. Esta calle llevaba directamente a la plaza Zocodover. Buscó con la vista el bar España, donde seguro encontraría información de lo que estaba sucediendo. Ensimismado en sus pensamientos no se percató de que alguien le llamaba por su nombre.

—Juliancito, muchacho ¿Qué no me oyes?

Como despertando de un sueño, todos los ruidos de la calle irrumpieron libremente en su cabeza. Escuchó nítidamente la voz del padre José que le llamaba con insistencia. El padre José era un cura de pueblo, culto y de buen trato, que gustaba de compañía y nunca

rechazaba una invitación. Era un apasionado de la música y trabó muy buena relación con Santiago nada más llegar a Toledo. Se hicieron como hermanos, y aunque con vidas diferentes nunca perdieron su trato frecuente. Además, desde que era capellán del Convento de San Pablo de las Madres Jerónimas, visitaba con más frecuencia el hogar de los Aluche. Llegó a congeniar tanto con la familia, que los hijos menores de Santiago lo consideraban su tío.

—Hola, tío José. Discúlpeme, pero iba distraído.

—Hola, Juliancito. ¿Cómo está tu padre? Hace dos días que no sé de él y las noticias que me llegan no son tranquilizadoras. Desde que faltó tu madre mi querido amigo no levanta cabeza.

Julián sonrió levemente. El padre seguía llamándole Juliancito a pesar de que desde los trece años se había dado de bofetadas con medio colegio para que no le llamaran así.

—Padre está bien, pero la cicatriz no mejora y lo tiene postrado en cama. Arturo trata de cuidarlo, pero sería mejor que estuviese en un hospital. Además, creo que echa de menos a Antón y no cede en el castigo porque en su interior teme que este se tuerza más de lo que está.

Estaban alcanzando Zocodover cuando se cruzaron con tres operarios de la fábrica de armas. Estos iban como enardecidos por lo que estaba pasando. Se plantaron delante de la pareja cortándoles el paso. Y con caras de odio, que despertaron un miedo intenso en Julián, comenzaron a hablar entre ellos.

—Oye Basilio, ¿por qué no estrenamos esa Astra que llevas en el bolsillo ahora mismo con esta escoria de cucaracha?

—Llevémoslos por la fuerza al soportal grande que todavía no hay que generar revuelo —dijo.

De repente, Julián sintió un tirón del brazo que lo arrancaba de su parálisis. Siguió al sacerdote que lo empujaba mientras gritaba a pleno pulmón. Este llamaba la atención de unos cadetes uniformados que tonteaban con unas enfermeras en la esquina de la plaza. De esa forma pasaron entre los obreros sorprendidos por esa reacción sin que les tocasen un pelo.

Alcanzaron la plaza llena de gente que hablaba y se apelotonaba en las terrazas. Tenían la radio orientada a la calle donde las noticias saltaban de una a otra a velocidad vertiginosa, intentando relatar los sucesos, que por las caras de la gente estaba claro que eran de una transcendencia importante.

—Tío, no debería andar solo por la calle pues ya sabe lo que le pasó al padre Joaquín —dijo lleno de rabia Julián, soltando de esa manera todo el miedo que le había atenazado la boca—, y esos locos creo que iban en serio

—Tranquilo, Juliancito, mi vida está segura en manos de nuestro

buen Dios

—Pero Tío, ha de saber que a veces el buen Dios permite que en la libertad de cada cual, un hombre pueda poner las manos en el otro. Y tal y como está el tema, no creo que sea buena idea que ande por las calles solo.

—Bueno, bueno… creo que es cierto lo que dices, y debo hacerte caso. De cualquier modo, no ha pasado nada que tengamos que lamentar, así que vamos a tomarnos un vino al bar y de paso nos enteramos de qué está sucediendo.

Zocodover era una plaza típicamente castellana. Con soportales de columnas de piedra y suelos empedrados, circunvalados por unos bancos donde se sentaban los toledanos a debatir cualquier asunto. Aunque existían más bares en la plaza, había dos que además de estar enfrentados en su enclave, también lo estaban en las ideas políticas de los parroquianos que lo frecuentaban. Don José se sentía en el de tendencias monárquicas, llamado el Café Imperial.

A Julián le vino a la cabeza el recuerdo del día que se proclamó la Segunda República. En el Café Suizo festejaban todos los republicanos que, por fin, un aire nuevo y de esperanza soplaba para cambiar una España deprimida tras un siglo desastroso. Recordó cómo se unió al jolgorio y el cachete que le propinó su padre en la calle después de entrar como un toro bravo a por él. Algo que no entendió hasta tres años después, cuando vio el humo del convento de San Juan de la Penitencia ascender hasta el cielo llevándose por medio un patrimonio cultural que él ya empezaba a apreciar. Adiós al Greco, adiós a Zurbarán, adiós a Julio Romero y tantos otros que habían dejado su impronta en las paredes del convento que ardía. Le tocó al convento y el clero ser el chivo expiatorio de los odios de una gente que, al no haber sabido aprovechar una oportunidad de hacer bien las cosas, la emprendía a golpes contra quien pensaba era su enemigo.

—¿Qué piensas, Juliancito?

—En el día que padre me sacó del Café Suizo en volandas. Pero dígame, ¿qué está pasando que todo el mundo chilla y parece enfadado?

—Parece ser que han asesinado al señor Calvo Sotelo. Aunque lo realmente grave es que ha sido en un coche oficial con fuerzas del orden público implicadas. Es algo realmente muy serio si se confirma la noticia.

—Tío, si quiere me acerco al Café Suizo a ver qué opinan los de allí.

—Está bien, pero ve con cuidado no te reconozcan los matones de antes y te metas en líos.

Julián cruzó la calle y subió al primer piso del café donde la gente tenía cara de circunstancias y hablaban en voz alta sobre los sucesos.

—Pues se lo tiene bien merecido —proclamaba un hombre grueso con mono de trabajo—, ¿no mató la derecha ayer al teniente de la guardia de asalto José Castillo?

—Pero una cosa es que unos matones asesinen a un oficial de policía, y otra muy diferente es que fuerzas del orden público maten al jefe de la oposición.

Esto último lo replicaba un tipo más menudo con gafitas, que Julián identificó como el director de *la Gaceta de Toledo*.

—Yo no entiendo de política –insistía el del mono—, pero Calvo Sotelo jugaba en un terreno pantanoso y él lo sabía. Sin ir más lejos, en el discurso del Congreso del otro día, él mismo dijo que sus espaldas eran anchas ante la acusación que le hicieron de que se atuviese a las consecuencias por sus provocaciones. Ya que éstas generaban desórdenes callejeros.

—Parece ser que estos elementos de seguridad nacional, formados por guardias de asalto, guardias civiles y algún diputado, fueron primero a casa de Gil Robles, y al no hallarlo allí, cambiaron el objetivo por Calvo Sotelo —aseguró el director de *la Gaceta*—. Y esto es un tema muy serio, que se sale de toda moderación y puede crispar en extremo el ya caldeado ambiente.

—¿Sabes lo que digo? –preguntó el hombre grueso, respondiéndose a sí mismo al instante—. ¡Que mejor! Así saltará antes la chispa que incendiará toda esta farsa de parlamento que tenemos y se impondrá un verdadero orden social del proletariado como en la Rusia comunista.

Julián vio por la ventana a uno de los matones de la calle. Y saliendo tan discretamente como había entrado, se fue en busca de su tío, para contarle los datos que había escuchado de boca del director de *La Gaceta*. Y, sobre todo, para evitar nuevos encontronazos. Porque, aunque le pesaba reconocerlo, tenía miedo.

Ranas (15 de julio 1936)

Fernando se preparaba para cubrir la guardia semanal cuando su mujer salió del cuarto cubierta con su mantilla, rosario y misal dorado en mano acompañada de su hija Paz.

—Mujer, ya sabes lo que opino de que vayas provocando a los matones. Tu valentía roza la temeridad, y no me digas que no vas por la calle blandiendo estos signos con desafío que nos conocemos muy bien.

—A mi ningún mequetrefe va a prohibirme ir a misa. Además, no tengo la culpa de que el misal sea tan llamativo.

—Nadie te prohíbe ir a misa. El padre Eusebio nos hizo mucho bien a todos, pero en los tiempos que corren no me gusta el ambiente que se respira en la calle y no encuentro sensato ir luciendo el rosario. Solo pido un poco de discreción, eso es todo.

Margarita miró con ternura a su marido, que sufría de veras. Le cogió el rostro con las dos manos y le dio un beso.

—Fernando no sufras que nada me ha de pasar. Además, no voy sola, que voy con la niña y nadie se atreverá a insultar a una familia. En cualquier caso, más vale una cabeza rota que un espíritu roto.

Y apartándose de su lado le dio la mano a la niña y con el carrito del bebe salieron sin despedirse. Fernando se quedó pensando si no tendría razón su mujer, y era él quien estaba equivocado. En cualquier caso, agitó la cabeza intentando dispersar los malos pensamientos, nada podía hacer. Así que se fue a la academia dispuesto a pasar lo más entretenido posible la tediosa guardia nocturna.

El día era claro y el cielo estaba despejado, la luz llenaba de vida las angostas calles toledanas y en la plaza grande, junto a la catedral, la concurrencia era mayor de lo habitual. Margarita estaba contenta y acababa de prometer a su hija comprarle un dulce a la salida.

—Pero, mami, ¿será de esos que tienen blanco encima como esos del escaparate, verdad?

—Sí, serán de esos, pero antes hay que portarse bien y no hablar en misa.

Estaban bajando la Cuesta de la Trinidad, cuando, en la intersección con la calle del Comercio, Margarita vio que alguien la miraba descaradamente. En seguida identificó a Basilio, un hombre alto y muy fornido. Tenía la nariz partida de alguna pelea callejera y una cicatriz larga junto la oreja. Por su afición a las checas comunistas, de las que hablaba con admiración, le llamaban el Checa. Sus ojos negros y cejas frondosas daban a su cara un aspecto salvaje que asustaba a la niña. No era desconocido de la familia, ya que frecuentaba su casa en busca de la criada cuando ellos no estaban en ella. Trabajaba vendiendo ranas que había cazado y despellejado en la

víspera. Siempre andaba cargado de cañas de río de las que colgaban multitud de ancas, como grotescos trofeos de sus anfibias víctimas. Vestía siempre descamisado, con la pechera al aire incluso en los días fríos, pantalones de tela gris y unas alpargatas cubiertas de lodo. El aspecto descuidado junto la suciedad del vestuario no era un reclamo para los señoritos que acudían muy puestos a la iglesia. Estaba vinculado al partido socialista del que era presidente de su juventud, un movimiento muy activo y agresivo. Madre e hija le tenían miedo y por eso trataron de pasar rápido de su lado, cuesta abajo. Pero el ranero las siguió ágilmente y se puso a caminar con ellas poniéndoles las cañas, llenas de patas de rana, delante de las narices sobresaltando a la madre y la niña.

—Este es el aspecto que tú y tu hija vais a tener después de que juegue contigo cuando llegue la revolución.

—Pues mientras tanto no se acerque jamás a mi casa —dijo Margarita muy digna—, no vaya a ser que se coma usted el sapo que no ha cazado.

Y reanudando la marcha a la iglesia trató de recuperarse del susto que tenía, preguntándose si no tendría razón su marido y debía ser más prudente. Llegaron a la catedral, que estaba llena. Antes de pasar trató de sosegar a su hija, que estaba callada visiblemente conmocionada.

—No hagas caso, Paz. Ese hombre malo está un poco loco de estar todo el día cogiendo ranas en el río, además tiene mucho miedo a papá y nunca te haría nada.

—¡Pero mami, su cara fea daba mucho miedo!

—Nada, tú olvídate de él y vamos dentro, que el buen Dios nos espera y seguro que nos protegerá de hombres como ése.

Entraron en el templo por la Puerta del Niño Perdido y se sorprendió de ver la capilla llena. Aunque con tanta agitación y alarma social, la mujer pensó que no debía de extrañarse al ver a tanta gente que, como ella, acudían al sitio más apropiado. Escogió un banco lateral para sentarse agradeciendo que la niña estaba tranquila. Antes de que comenzase el oficio, notó que alguien se le acercaba parándose junto a ellas de manera descarada. Miró inquieta al inoportuno y se tranquilizó al reconocer al padre Eusebio.

—Padre, que alegría verle —exclamó una aliviada Margarita—. Disculpe mi reacción, pero llevo una mañana de sobresaltos y sustos.

—Más o menos como yo, supongo. De hecho, es la providencia quien nos une de nuevo, puesto que me gustaría pedirles un último favor.

—Claro que sí, padre. Pídanos lo que quiera que, si está en nuestras manos, lo haremos. Dígame, ¿qué desea?

—Si no le importa y nos pueden atender mañana por la tarde en su

casa, prefiero quedar allí con ustedes y explicarles todo. Es un tema delicado que prefiero tratar en privado.

—Por supuesto. Siempre es una alegría tenerle con nosotros. Mi marido estará encantado de volverle a ver, no se imagina como le echa de menos.

—Pues no se hable más, mañana me pasaré por su casa. Ahora centrémonos a lo que hemos venido que todo lo demás parece urgente pero no es tan importante.

Y con un coro de voces infantiles, que cantaban elevando sus preces al cielo, se despidieron hasta el día siguiente.

Cuando por fin aparecieron los monjes, al atardecer del día siguiente al encuentro, Fernando soltó el aire que parecía había contenido desde que su mujer le anunció la visita del padre Eusebio. Había estado nervioso, pues no sabía a qué se podía deber este encuentro. Vinieron tres hermanos y traían consigo un pequeño cofre entre dos de ellos.

—¡Por fin aquí, Padre! Desde que mi mujer me dijo que vendría, le reconozco que no he estado tranquilo. Las calles son peligrosas estos días para los que visten sotana.

—Lo cierto es que sí. Hace tres noches unos vándalos nos tiraron piedras a unas ventanas. Amén de las amenazas que nos profieren, incluidas las cuartillas que nos pasan por debajo de la puerta. No tenemos miedo, pero no está claro que el convento esté seguro en esta situación. ¡Aunque de peores ha salido la orden Carmelita!

—Padre sabe mi opinión, y mi casa sigue abierta a acogerles con gusto. Pueden venir cuando deseen.

—Lo sé y se lo agradezco. Pero lo que de verdad quiero es que custodie este cofre hasta que pase la tormenta. Lo cierto es que ya no creo sea seguro guardar estos papeles en el convento, y son más importantes que nuestras pobres vidas.

Fernando miró curioso el cofre de madera. Estaba labrado en bellas formas de pequeños ángeles, los cuales tocaban diversos instrumentos. Estaba un poco deteriorado por el paso del tiempo, pues aparentaba tener muchos años.

—¿Se puede saber qué contiene este cofre tan querido por ustedes? Lo digo por su preferencia a que se salve esto antes que nada en el convento.

—Claro que sí —y abriéndolo le enseñó su contenido—. Son diversos manuscritos originales, custodiados por nuestra orden desde siempre. Pero en vista del gusto de algunos salvajes por incendiar iglesias, hemos creído que estarán más seguros con ustedes que en el convento.

Fernando, incrédulo, cogió un legajo que estaba arriba del todo. Era un papel amarillento y viejo. Pudo distinguir que no era de gran

calidad, por lo que no entendía a qué debía su alto valor. Más aún si cabe, percatándose de que el padre había puesto una mueca de alerta y le seguía con sus manos preparado por si se le caía. Leyó en voz alta con curiosidad traduciendo del latín.

¿Adónde te escondiste,
amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste
Habiéndome herido;
Salí tras ti, clamando, y eras ido…

—¡Venga ya! ¿Me quiere decir que eso es un original del cántico espiritual de San Juan de la Cruz?

—Y muchos otros de semejante valor. No muchos conocen la historia de San Juan de la Cruz en Toledo por lo oscuro del suceso. Pero lo cierto es que el santo fue preso por su reforma en Ávila y traído, maniatado y con los ojos vendados, a Toledo como un criminal. Aquí, tras un juicio en el Convento de los Calzados donde no quiso renegar de la reforma de Santa Teresa, le encarcelaron y maltrataron. Dos meses después de su cautiverio lo trasladaron a otra celda por miedo a que se fugase. Esta nueva prisión era una celda que hacía de baño, y con tan solo un resquicio de luz de tres dedos de ancho en lo alto de la celda, tan pequeña que hacía parecer un palacio la anterior. Allí permaneció seis meses más, comiendo apenas y sin poder celebrar la eucaristía, algo que lo desasosegaba profundamente. Pero tal era su dignidad y ejemplo de fidelidad, que muchos de los frailes del convento desaprobaban el trato que recibía el fraile. Como un joven que quedó de carcelero y le favoreció con cartulinas y pluma para que pudiese plasmar lo que su alma sentía. Así que subido en un taburete para poder ver con la tenue luz que entraba por la rendija, comenzó a escribir estos versos que ahora tienes en la mano, su famoso cántico espiritual.

—No tenía ni idea del suceso, pero por favor siga, que quiero saber cómo acabó la reclusión y cómo han llegado estos legajos a su dominio.

—Pasado el Corpus, donde no le dejaron celebrar la Eucaristía, pidió al prior poder hacerlo el día grande de la Virgen, para el quince de agosto. Le fue negada la posibilidad con un rotundo “jamás”. Entonces trazó un plan de fuga de novela. Esa misma noche, fiesta de María, forzó la cerradura, y sin despertar a los dos frailes que hacían de carceleros, salió entre ellos. Cogió dos mantas, que ató a una ventana, dejándose caer. Faltándole casi dos metros hasta el suelo, saltó rezando no hacerse un esguince que malograría la fuga y lo consiguió. Una vez dentro del patio del convento se encaramó a unas piedras que le dejaron trepar un murete que, esta vez sí, daba a la calle. Libre por fin, atravesó Zocodover como un harapiento molido y

golpeado, siendo insultado por dos mujeres que dormían en un soportal junto a su puesto de verduras. Las despertó para pedir indicaciones y pensaron que era un borracho. De esta guisa llegó al convento de las carmelitas descalzas que a esas horas dormían, por lo que resguardándose en el portal de enfrente hasta que amaneciese, esperó pacientemente. Por fin, y con la excusa de una monja enferma que necesitaba confesión, lo refugiaron en la clausura provisionalmente mientras los calzados le buscaban. Y aquí, en Toledo, dejó estas obras que ahora tiene entre sus manos, aunque él las tenía grabadas a fuego en su mente, ya que cada vez que sufría, las recitaba de memoria en voz alta.

Fernando y Margarita se quedaron absortos contemplando con devoción el cofre que los monjes habían traído. Aunque reaccionaron en cuanto los monjes dijeron que se iban. Desoyendo los ruegos de que se quedasen con ellos, los monjes salieron a la penumbra nocturna de la calle negándose a aceptar la invitación.

Alzamiento (17 de julio)

El día 17 de julio de 1936 amaneció despejado y caluroso, y ese calor fue subiendo a medida que pasaba la jornada. Las hermanas Eymar se refugiaron en su cuarto a oscuras para protegerse del sol y dormir una siesta que duró poco, puesto que su madre entró y abrió las ventanas de par en par. El sol inundó la estancia y ellas tuvieron que moverse para ayudar con el café que tenían organizado, a modo de pasar la tarde, con el matrimonio Enríquez de Salamanca.

—¡Por Dios, mamá!, este calor es insufrible. ¿No podríamos retrasar el café o que lo sirva el servicio?

—Ya sabes que no, que ya sois mayores y unas señoritas como vosotras han de cumplir con ciertas obligaciones sociales.

—Pero eso es injusto, Berta y Manolito siguen descansando y luego se van al río con unos amigos mientras nosotras estamos aguantando a esos señores.

—¡No sé a qué viene tanta queja, si vais a hacer lo que se os diga! Todavía son pequeños, no como vosotras que ya sois unas señoritas. Además, viene vuestro padre, así que no quiero una mala cara. Y esta tarde puedes ir olvidándote de salir con Luis, te quedarás aquí toda la sobremesa.–dijo la madre alargando la letra y mirando a su hija mayor.

Gloria se cruzó de brazos contrariada, pensando que nada en el mundo podía ser peor, sin saber que, en ese mismo momento a seiscientos kilómetros de allí, en Melilla, hacía mucho más calor que en su casa. Pero eso era África y en África el calor era una nota más del paisaje. Tan solo suavizado por la brisa marina que aliviaba los corazones de los militares que miraban el mar como una carretera que les devolvería a sus casas. Allí, un conjunto de jefes militares, se reunieron en el edificio de la comisión de los límites de Melilla para hablar de los planes de sublevación que media España llevaba tiempo preparando en secreto, auspiciados por el general Mola.

Puntualmente, a las tres del mediodía, mientras Gloria lloraba desconsolada sus penas a su hermana Pilar, entraron en la sala cartográfica tres tenientes coroneles; Seguí, Bartomeu y Gazapo, el capitán Medrano, ocho tenientes de distintas armas; Samaniego, La Torre, Sánchez, Suarez, Tassa, Rojo, Bragado y Ripoll. Y por parte de la Guardia Civil dos capitanes, Cano y García Abad y el teniente Comas. Cerraba la comitiva el falangista Cuadrado.

—El diecisiete a las diecisiete, esa es la señal, ¡repartámonos las armas ya y comencemos!

—No nos precipitemos. El “director” dijo acuartelarse el diecisiete para el dieciocho a las cinco de la mañana salir a todas las ciudades y tomar los edificios más representativos, de manera tal que con este

factor sorpresa no dejemos margen de maniobra al Gobierno.

Siguieron discutiendo de si ya o no ya, y el reloj dio las cuatro y diez. En ese momento el edificio fue rodeado por diez guardias de asalto al mando del teniente Zaro. Enterada la autoridad civil de que esos militares tramaban algo, había sido enviado a registrar la comisión en busca de un depósito ilegal de armas que pudiera incriminarlos.

—Buenas tardes, teniente. ¿En qué se le puede ayudar? —preguntó Gazapo que salió a averiguar qué sucedía.

—Mi coronel, tenemos órdenes de registrar el edificio.

—Me temo que ahora eso va a ser del todo imposible, por lo que le recomiendo que vuelva usted por donde ha venido y comunique que yo lo he prohibido.

El delegado gubernativo Sr. Benet, que iba con Zaro, no pudo contenerse más y saltó.

—Déjense de pamplinas y pasen a registrar inmediatamente el edificio, tiene órdenes directas del general Romerales y por si fuera poco, estoy aquí en representación del Gobierno para autorizarlo.

—Buenas tardes, Sr. Benet, soy el capitán Medrano y me permito recordarle que este es un edificio con carácter militar, por lo que usted no tiene jurisdicción ninguna.

—Es posible —contestó Benet conteniendo la rabia—, pero el general Romerales así lo ordena y hasta donde mi entendimiento alcanza es superior en el cargo al suyo —dijo irónico.

—¿Me podría enseñar la autorización si es tan amable?

—Esta ha sido verbal, pero como me temo mi palabra no le sea suficiente, haga el favor de llamarle y se lo dirá en persona.

El grupo se dirigió al teléfono donde efectuaron la llamada de rigor al general Romerales. Este atendió la llamada, y, conocedor de la conspiración, autorizó la inspección del edificio. Como la cosa se complicaba para los alcistas, se entretuvieron con la visita guiándolos por dependencias absurdas del edificio como el trastero o una estancia llena de muebles de un traslado, para desesperación del delegado gubernativo que estaba perdiendo la paciencia.

Mientras tanto, el teniente La Torre aprovechó para llamar al sargento Sausa que era el mando de los representantes del tercio español en Melilla, la temida legión. Veinte legionarios salieron corriendo y no tardaron ni cinco minutos en aparecer a las puertas del edificio, donde fueron inmediatamente encañonados por los guardias de asalto que protegían el mismo, quedándose quietos sin saber qué hacer. En ese momento salió el teniente La Torre a la puerta y los arengó por encima de la tensión y la violencia del momento. Mirándole de soslayo un guardia de asalto, no sabía si pegarle un tiro y callarlo a las bravas.

—¡Legionarios!, se trata de salvar a España, de salvar el honor del ejército, de vuestro honor. ¡Confiad en mí, legionarios! Soy un teniente de vuestras gloriosas banderas. Carguen armas —ordenó ante el asombro de los guardias de asalto y los propios legionarios que, eso sí, cumplieron las órdenes recibidas y cargaron sus fusiles apuntando a los guardias que, a su vez, les encañonaban a ellos. Se escuchaba el sonido del viento y las moscas zumbando alrededor antes de que el teniente rompiese el silencio con la siguiente orden que erizó los pelos de todos.

—¡Apunten!

Eran sobre las cuatro y media de un caluroso día de verano.

Café amargo (18 de julio)

Sonó el teléfono en la botica de Arturo, que pegó un respingo pues todavía no se acostumbraba a ese cacharro que sonaba infernalmente.

—Arturo Aluche al habla, ¿quién llama?

—Hola Arturo, soy José Moscardó. Como es sábado no sabía si te encontraría trabajando, no sabes cómo me alegro de que así sea. ¿Qué tal estas?

—¡Hombre, José, que alegría oírte! Tengo guardia las veinticuatro horas, así que aquí estoy. Yo estoy bien, pero a ti te hacía en Berlín.

—No, sigo en Barcelona. Se supone que hoy venía mi padre y hacíamos viaje a Montpelier, donde con parte del equipo francés nos iríamos a Berlín. Pero me ha llamado desde Madrid y me ha dicho que se vuelve a Toledo.

—¿Por qué? Las olimpiadas empiezan en menos de dos semanas. No os va a dar tiempo a aclimataros.

—Te llamo por eso mismo. Mi padre me ha dicho que se está liando una buena, que está pasando algo con los africanos. Te confieso que estoy inquieto. Aquí los ánimos están a flor de piel. De hecho, han cancelado las olimpiadas populares que iban a hacer para boicotear las de Berlín.

—No he oído nada, pero dime en qué puedo ayudarte.

—Tan solo que tengo un mal presentimiento. Mi padre va muy a su aire, y por lo que me ha contado sé que hay mucho más de lo que dice. Mi madre se quedará sola con el pequeño Carmelo mientras él se va a su misión. No estoy seguro de dónde está Luis, pues no me hago con él. Y yo desde Berlín no podré hacer nada. Ya sé que suena a tontería, pero tú eres un hombre respetado en Toledo y me gustaría saber que ella puede contar contigo si algo sucediese.

—¡Claro! Qué tontería, no sé de qué te preocupas. Aquí todo está tranquilo, y en cualquier caso sabes que me tienes para lo que necesites.

Mientras los dos amigos hablaban, el coronel José Moscardó llegaba de Madrid en un autobús de línea regular con cara de preocupación. Bajó rápidamente, dejó su maleta a un mozo y, uniformado como iba, se dirigió directamente al Gobierno Militar en coche. Al llegar saludó a un grupo de oficiales que no se sorprendieron al verle. Se adelantó el comandante Villalba, que saludó marcialmente.

—A sus órdenes mi coronel.

—Descanse, comandante. ¿Ha hecho lo que le indiqué?

—Sí, señor. Tras su llamada he dado orden de concentración de todos los elementos militares disponibles, manteniendo en guardia a los que tenían permiso.

—Ha hecho bien. La situación se está complicando. Al llegar a Madrid me dirigí al Gobierno Militar para obtener información de lo que está sucediendo. Nada más entrar observé que el ambiente está muy tenso, y los militares absolutamente alborotados con las noticias que llegan de África. Y lo peor de todo es que el Gobierno no está actuando para frenar esta locura, por lo que los partidos radicales son los que están intentando dar respuesta a esta crisis. Constaté que la fractura entre los mandos es patente, por lo que decidí cancelar mi viaje a Barcelona. He llamado a mi hijo José y le he ordenado que él y sus compañeros sigan viaje sin mí. Han de saber que no soy en ningún punto de la opinión del gobierno. Desde este instante mi intención es adherirme al ejercito sublevado. Si ustedes no están de acuerdo tendrán que llevarme prisionero.

Por un momento, un silencio espeso rodeó a los militares que sabían el destino del coronel si un tribunal militar juzgaba la insurrección. Y a pesar de que el fusilamiento era para asustar a cualquiera, Moscardó parecía tener el ánimo muy resuelto.

—Mi coronel —rompió el silencio Villalba—, aquí en Toledo todo está controlado. Incluso se han presentado diversos grupos de voluntarios civiles para ponerse a nuestras órdenes frente a los exaltados —dijo dando por sentado que todos los presentes estaban con él—. También ha estado en el Gobierno Militar el teniente coronel de la Guardia Civil don Pedro Romero, y ha dado orden de concentración de toda la guardia de la provincia aquí en la capital.

—¿Cómo dice? ¿Los guardias de toda la provincia? ¿Pero vendrán solos?

—Ya sabe que no. Mucho me temo que traerán a todas sus familias aquí, y a usted por antigüedad le corresponde hacerse cargo de la situación. El teniente coronel ha sugerido que les demos cobijo en la academia.

—¿La academia? El Alcázar está concebido como una escuela o una fortaleza, pero no como una guardería, siempre me ha fastidiado hacer de niñera. ¡En fin!, veremos qué depara el devenir de esta locura.

Mientras tanto, en Madrid, Antón Aluche se levantó muy avanzada la mañana, con mejor ánimo que la víspera a pesar de la tensión política. Habían desconvocado dos huelgas. Tanto los trabajadores del sector de la madera como los obreros de calefacción y ascensores habían logrado sus reivindicaciones, por lo que hoy no habría disturbios. Y lo que era más importante para él, por fin lo habían nombrado teniente. Además, le habían asegurado que cuando tomase posesión de una compañía, mantendría la escuadra que ahora dirigía. Por lo que sus amigos Ramón y Santiago seguirían con él.

El día era de paseo y Antón lo disfrutó encantado. Por la calle eran muchos los que buscaban la sombra de los edificios de la Gran Vía.

Otros preferían los bulevares de la Castellana, rodeados por los palacetes que van desde Cibeles hasta los terrenos del hipódromo, donde el Gobierno había iniciado la construcción de los Nuevos Ministerios. Los únicos que no temían al calor eran los niños. Se juntaban en descampados y plazas para jugar al fútbol, cazar lagartijas y presumir de las cicatrices de guerra de sus rodillas desolladas.

Cerca de la calle Embajadores un grupo de mujeres enlutadas hacía cola para poder ver al Jesús de Medinaceli. Era un grupo muy numeroso, ya que estaban convencidas que les iba a conceder una de las tres cosas que le pidiesen, porque era San Camilo. Y, a pesar del calor, con las cuarenta y tres líneas de tranvía funcionando sin incidentes, no tenían excusas para no asistir.

Por la puerta de esta iglesia acababa de pasar la escuadra de Aluche. Llevaban a comisaría para interrogar a un tal Torcuato, responsable de un atropello mortal de una niña con su camioneta, matriculada en Zaragoza.

Antón se cruzó con su escuadra en el cruce de la calle donde estaba la comisaría. Los guardias de asalto se cuadraron para saludarlo. Él, todavía no se hacía a la idea de su nuevo estatus de teniente, por lo que le costó reaccionar. Finalmente se rehízo y, situándose delante de la escuadra, dio la orden de marcha para entregar al detenido que llevaban.

—Ahora que lo hemos dejado –le dijo Santiago—, podrías invitarnos a una cerveza fría antes de volver al trabajo. Tendrás que pagarte algo por tu ascenso, ¿no?

—Ahora soy tu superior y mal haría escamoteando el trabajo, pero para que no creas que eso cambia en algo, y que todo se puede combinar, cuando acabemos nos vamos a comer a la Taberna del Chato.

—Por lo menos invitarás tú –exclamó Ramón—, que ahora eres el rico del grupo.

—¡Por supuesto! Aunque estas me las guardo para cuando os toque a vosotros.

Y riéndose acudieron a la Casa del Pueblo, donde habían sido citados.

Don Santiago Aluche reunió a comer en su casa a todos sus hijos, excepto Antón que seguía en Madrid. La mesa alargada ocupaba prácticamente todo el comedor, pues habían añadido una tabla supletoria para poder dar cabida a todos. El padre se sentó presidiendo la mesa y alrededor de ésta sus hijos colocados según la edad de los mismos. Arturo, que estaba a la derecha del progenitor, había pagado a un ayudante para ocuparse de la botica y estaba feliz de encontrar hoy a su padre un poco mejor. Fernando, junto a Margarita, a su izquierda, acompañados de la pequeña Paz, que

buscaba siempre estar cerca del abuelo. Julián y Francisco cerraban la mesa acompañados del padre José, que no se perdía una comida.

—¿Qué novedades hay hoy, padre? —le preguntó don Santiago al sacerdote, cuando sirvieron los cafés.

El cura, muy pagado de ver que su opinión era importante para el patriarca de la casa, se aclaró la garganta antes de pasar el parte que ya traía preparado.

—Pues en Madrid dieron una paliza a un joven por llevar la corbata verde. Aunque lo más importante es la huelga nacional de camareros. Que tiene a todos los bares y restaurantes de las grandes ciudades vacíos, con el consiguiente descalabro económico que esto supone.

—¿Quién sería capaz de pegar a alguien por el color de su corbata? —preguntó Francisco sorprendido.

—Los monárquicos —aclaró Arturo—, que tienen prohibido hacer apología del rey, utilizan diferentes gestos para significarse. Como el modo de doblar las alas del sombrero o llevar el pañuelo y la corbata verde. Este es el color resultante que marcan las iniciales de "Viva El Rey De España".

—Yo he escuchado esta mañana algo de una revuelta en Melilla, de unos militares del ejército de Marruecos –intervino Julián para disgusto del sacerdote que perdía la atención por esa noticia que parecía ser de bastante más calado para don Santiago.

—¿Una revuelta en Melilla? ¿Estás seguro de eso muchacho? Mira que esa noticia nada bueno puede traer a esta nación, cansada de revueltas y sublevaciones.

—Estoy seguro padre. Ha sido en el Círculo Católico esta mañana antes de venir a casa a comer. He pasado a llevar un recado a Antonio y este estaba hablando por teléfono con un familiar suyo de Melilla. Le ha dicho que esto va en serio, y he de reconocer que me he asustado al ver la reacción de los muchachos.

—Si eso es verdad, dirán algo en la radio. Ve al armario y conéctala un momento por favor.

En ese momento decían por la radio las disposiciones que iba desgranando el consejo de ministros, reunido en el palacete de la Castellana, con la presencia de Prieto y Largo Caballero. Una voz aguda y desagradable, que parecía disfrutar diciendo esto, sonaba por el aparato.

—Se acuerda destituir a los generales Franco y Queipo de Llano de manera fulminante. Se anulan de manera inmediata los estados de guerra declarados por los facciosos. Se licencian las tropas y cuadros de mando y quedan disueltas todas las unidades que hubieran tomado parte en el movimiento insurreccional.

Mientras, en casa de los Aluche escuchaban temerosos estas

disposiciones que no podían ser preludio de nada bueno. Como la de que la UGT ordenaba declarar la huelga general en las localidades donde los facciosos hubieran impuesto el estado de guerra.

Todo esto mientras el hijo que faltaba reía feliz, ajeno a los acontecimientos, en una tertulia típica tras el café, la cual tenía muchos temas que tratar. **Antón,** que se había acostado de madrugada, todavía olía a coñac y churros. Madrid, que hacía unos días había despedido la verbena de San Pedro con botijos, tiestos de albahaca y puestos de almendras garrapiñadas, era un magnifico marco donde disfrutar de su libertad. Como la mayoría de la gente no se había dado cuenta de la gravedad de la situación, y no veía nada nuevo en lo que acontecía. Hablaron del funeral de José Calvo Sotelo y el atentado frustrado en Londres contra Eduardo VIII de Inglaterra. Ramón mencionó las piernas de la *vedette,* Tina de Jarque, triunfadora en el Teatro de la Zarzuela, aligerando la conversación densa de tanto magnicidio. Por fin se levantaron para ir a la Casa del Pueblo, hablando del caso Sánchez Gallego, que había puesto en jaque a la Brigada de Investigación de la Policía.

La capital de España mantenía la calma. Como cada día, sus vecinos salían a la fresca de las aceras, con su silla para charlar o ver pasar los pocos coches que circulaban por las calles adoquinadas. Con las ventanas de las casas abiertas de par en par, la banda sonora de la ciudad era las coplas de Estrellita Castro y Concha Piquer. Los tres amigos se incorporaron a su puesto de guardia, donde estaban los otros tres compañeros dormitando bajo la puerta de acceso.

—¡Bonito cuadro que pintar! Tres guardias de asalto vencidos por la somnolencia vespertina –exclamó Antón al ver a sus compañeros repantingados.

—Perdónenos, teniente. Salvo un señor muy arreglado que ha entrado corriendo, no ha habido movimiento.

—Pues se oye un buen follón dentro. Quizás ese señor traía algo que contar. Acérquese e intente averiguar qué pasa.

A la misma hora que Antón distribuía a su escuadra por el edificio y se quedaba en la entrada esperando al guardia que había enviado a por noticias, en la capital, la gente escapaba a los cines que echan maratones de películas. En el Astur se podía ver el último estreno cinematográfico de Carlos Gardel, mientras que el Royalty proyectaban *Princesa por un mes*, con Cary Grant. Por una peseta, los amantes del boxeo disfrutaban, en el cine Actualidades de Callao, de imágenes del combate celebrado entre el gran púgil negro Joe Louis y Max Schmeling, símbolo de la Alemania nazi, además de un resumen de la Vuelta Ciclista a Francia.

Cuando el sol comenzó a perder su fuerza abrasadora, el guardia volvió con cara de circunstancias. Acercándose a Antón le contó el

rumor de la siesta que ya era noticia confirmada en corralas y comercios: el ejército de África se había levantado contra el Gobierno.

No pasarán

La tarde era de un bochorno denso, pero Antón supo que aún sería más densa y complicada en cuanto comenzaron a llegar grupos de trabajadores nerviosos. Habían escuchado noticias de la sublevación de Melilla y a pesar del calor nadie quería quedarse en casa.

—Santiago, ¿cómo va la entrada trasera del edificio? —preguntó Antón.

—Bien, están Ramón y Paco, pero la gente entra toda por la principal, por lo que no hay mucho trasiego. Tan solo algún proveedor trayendo mercancía.

—Perfecto, ve allí y ciérrala completamente. Después os vais los tres y revisáis todas las ventanas bajas y las bloqueáis dejándolas bien cerradas. Cuando terminéis, te vienes tú aquí y envías a Ramón y Paco a la cafetería. Que hablen con el dueño y que cierre el bar. Me temo que esto se va a poner feo y no quiero gente que no sean trabajadores dentro del edificio.

—¿Tan mal ves la cosa?

—He hecho un par de llamadas y me han dicho que la UGT y el Partido Socialista están movilizándose para controlar por su cuenta a los militares. Tienen la intención de, en caso de rebelión, parar la ciudad con huelgas y manifestaciones. Creo que tienen mucha gente acudiendo a los cuarteles para asegurarse que no se rebelan.

—¿Y eso qué tiene que ver con la Casa del Pueblo?

—Ya ha llegado algún listo solicitando armas y no quiero que recurran a la fuerza si no se las damos.

—¡Pero si aquí no hay armas!

—Ni lo saben ni creo que les importe, a los cuarteles no van a ir a pedirlas.

Las horas pasaban lentas y cada vez más gente acudía al edificio. Antón había bloqueado la entrada con la aprobación del comisario y no dejaba pasar a nadie. Habían instalado una radio en una ventana y las noticias saltaban de una a otra con mucha velocidad, desmintiendo casi siempre la anterior. Nadie sabía a ciencia cierta qué pasaba y los correveidiles iban y venían a distintos puntos de la ciudad a recabar noticias. Por ahora los cuarteles estaban tranquilos, si bien la guarnición seguía dentro y a veces entraba gente de paisano. Hacia las diez y media de la noche, en un estudio de radio a escasos metros de allí, Dolores Ibárruri empezó a hablar acaloradamente y en todas las emisoras sonó su voz aguda.

—*“¡Obreros! ¡Campesinos! ¡Antifascistas! ¡Españoles patriotas! Frente a la sublevación militar fascista ¡todos en pie, a defender la República, a defender las libertades populares y las conquistas democráticas del pueblo! A través de las notas del Gobierno y del Frente Popular, el pueblo conoce*

la gravedad del momento actual. En Marruecos y en Canarias luchan los trabajadores, unidos a las fuerzas leales a la República, contra los militares y fascistas sublevados. Al grito de ¡el fascismo no pasará, no pasarán los verdugos de octubre! Los obreros y campesinos de distintas provincias de España se incorporan a la lucha contra los enemigos de la República alzados en armas. Los comunistas, los socialistas y anarquistas, los republicanos demócratas, los soldados y las fuerzas fieles a la República han infligido las primeras derrotas a los facciosos, que arrastran por el fango de la traición el honor militar de que tantas veces han alardeado. Todo el país vibra de indignación ante esos desalmados que quieren hundir la España democrática y popular en un infierno de terror y de muerte. ¡No pasarán!

—España entera se dispone al combate. En Madrid el pueblo está en la calle, apoyando al Gobierno y estimulándole con su decisión y espíritu de lucha para que llegue hasta el fin en el aplastamiento de los militares y fascistas sublevados. ¡Jóvenes, preparaos para la pelea! ¡Mujeres, heroicas mujeres del pueblo! ¡Acordaos del heroísmo de las mujeres asturianas en 1934; luchad también vosotras al lado de los hombres para defender la vida y la libertad de vuestros hijos, que el fascismo amenaza! ¡Soldados, hijos del pueblo! ¡Manteneos fieles al Gobierno de la República, luchad al lado de los trabajadores, al lado de las fuerzas del Frente Popular, junto a vuestros padres, vuestros hermanos y compañeros! ¡Luchad por la España del 16 de febrero, luchad por la República, ayudadlos a triunfar! ¡Trabajadores de todas las tendencias! El Gobierno pone en nuestras manos las armas para que salvemos a España y al pueblo del horror y de la vergüenza que significaría el triunfo de los sangrientos verdugos de octubre. ¡Que nadie vacile! Todos dispuestos para la acción. Cada obrero, cada antifascista debe considerarse un soldado en armas.

—¡Pueblos de Cataluña, Vasconia y Galicia! ¡Españoles todos! A defender la República democrática, a consolidar la victoria lograda por el pueblo el 16 de febrero. El Partido Comunista os llama a la lucha. Os llama especialmente a vosotros, obreros, campesinos, intelectuales, a ocupar un puesto en el combate para aplastar definitivamente a los enemigos de la República y de las libertades populares. ¡Viva el Frente Popular! ¡Viva la unión de todos los antifascistas! ¡Viva la República del pueblo! ¡Los fascistas no pasarán! ¡No pasarán!"

En ese momento el éxtasis se desató. La gente comenzó a gritar pidiendo armas. Los guardias de asalto no podían frenar el empuje del gentío que había hecho de las demandas de Ibárruri las suyas y su su voz, la voz del pueblo.

En Toledo la tarde había sido tensa y extraña para los Aluche que, tras escuchar la radio, no sabían a qué atenerse. Las noticias que daban eran inquietantes. En la explanada norte de la Academia, donde la brisa parecía mitigar esa sensación de bochorno que aún perduraba

al anochecer, se veía discutir del asunto a los militares. Mezclada la oficialidad con la soldadesca, en la camaradería que da sentirse del gremio. Los bares y locales que tenían radio en Toledo permanecían abarrotados de gente escuchando las noticias que llegaban de África. Noticias confusas y contradictorias; quien más o quien menos, todos tenían claro que algo gordo sucedía. Con este panorama, Fernando y su mujer habían quedado para ir al cine y a cenar. Habían dejado a la niña en casa de su padre y él la estaba esperando en la salita de su casa escuchando las últimas novedades en la radio mientras ella se cambiaba de ropa. Las noticias eran confusas, pero el Gobierno aseguraba que estaba todo controlado. Margarita salió del cuarto vestida con un traje rojo y una chaqueta blanca que resaltaba su figura ya de por sí llamativa.

—Menos mal que voy de uniforme y armado, si no, no sé cómo podría espantar a tanto moscón como tu figura podría atraer.

—¿Por qué sigues de uniforme? ¿Cómo no te has cambiado?

—Villalba ha acuartelado a sus soldados en la escuela central de gimnasia y el coronel nos ha pedido que estemos preparados y disponibles por si acaso. Y a mí me han citado a media noche para cubrir una guardia.

—¿Pero tú crees que de verdad se va a armar una revolución?

—Para mi desgracia, ahora que estamos tan bien en casa, sí. Esta tarde ha ido el capitán Vela a repartir armas a los falangistas, y muchos de ellos ya están en el Alcázar por si explota la revolución. Los socialistas, anarquistas y comunistas bullen por la ciudad y sus sedes son auténticos polvorines. No arde la mecha porque la Guardia Civil ha triplicado sus efectivos en el control de la ciudad. De hecho, no creo que sea seguro salir al cine.

—Sabes que no me perdería la película por nada del mundo. Además, si como dices os acuartelan, podría estar un tiempo sin verte y es una película que quiero ver contigo.

—¿Porque es de militares?

—No tonto, porque es de amor. “La espía número trece” trata de una mujer que se enamora del oficial al que investiga.

—¡Aja! ¿Así qué eres una comunista infiltrada intentando descubrir qué pensamos los oficiales del ejército? — bromeó Fernando—. ¡Pero claro! estás loca por mí, y tu pasión te impide ejercer tu oficio con normalidad.

—Ja,ja,ja. ¡Eres un tonto! Aunque el actor que hace de oficial es un joven galán que se parece a ti.

—¿Cómo se llama? ¿Lo conozco?

—No creo, es muy joven y no ha hecho casi películas, pero a mí me resulta simpático.

—Pues ya puedes imaginarte que a mí me empieza a caer gordo.

¿Cuál es su nombre? Más que nada para que lo retenga y no vaya contigo a verlo más.

—Creo que se llama Cary Grant o algo así. ¡Pero vamos, que llegaremos tarde!

—Pues no será por mí, que llevo aquí esperándote desde las seis.

Y entre bromas y risas bajaron a la calle. Allí, más que nunca, Fernando notó que la gente le miraba con intensidad, y en sus miradas vio la fractura social que estaba a flor de piel. Muchos le miraban con agradecimiento por llevar ese uniforme. Era como si se sintiesen tranquilos de comprobar que la vida seguía el orden tradicional y, al fin y al cabo, nada había cambiado a pesar de las noticias inquietantes que acababan de escuchar. Por el contrario, había gente que le miraba con odio contenido. Le miraban como una presa de caza o un objetivo a batir. Eso le dio vértigo descubrirlo. Margarita, que lo vio serio y se apercibió de estas miradas, calló discreta, preocupándose por su marido que no abrió la boca hasta llegar a taquillas.

Mientras tanto, en la Casa del Pueblo, Huertas, un tipo rudo y mezquino, trataba de convencer a Andrés, que era el presidente del partido socialista de Toledo, para pasar a la acción.

—¿Pero no has oído a Ibárruri? ¿Qué más tenemos que soportar para montar la revolución?

—No hay que soportar nada más, compañero, tan solo tener las cosas bien organizadas. Pretendes que vayamos a la plaza y matemos a los guardias civiles que hacen la ronda. Has de entender que debemos tener claro el plan para que no nos maten ellos a nosotros.

—Parece que tienes miedo, Andrés. Ya no veo a ese hombre decidido que quería vengar a su amigo Marcial —intervino Basilio, el presidente de la FAI toledana, que estaba deseando pasar a la acción.

—No es eso, y lo sabes. Ahora mismo daba la vida por vengar la muerte de Marcial. Odio a la escoria burguesa y militar, pero hay que hacer las cosas con la cabeza fría. Tenemos muy pocas armas, por culpa del desarme ordenado por el maldito gobernador. Y aunque es cierto que nos ayudan los comunistas y los pocos que quedan de la FAI, si cuentas aquí no hay ni la mitad de los socialistas que siempre gritan exigiendo venganza. Y yo, como cabeza visible del partido, tengo que hacer las cosas con sentido común.

—Somos cuarenta hombres armados y dispuestos a todo. Y todos sabemos dónde encontrar armas. Si nos refugiamos en el edificio frente al retén de la calle mayor, y en los laterales del cine, los freímos en un fuego cruzado sin darles posibilidad de réplica. ¿Qué hay que te impida ejecutar esta acción? Además, con la Guardia Civil neutralizada y nosotros con el control de la calle tomamos la fábrica y la revolución será imparable —insistía Huertas.

—Esperemos que no te equivoques. Desde luego el momento es

ahora, y me han llamado de Madrid para que pase a la acción. Pero tengo miedo.

—Andrés estamos para esto, si no, ¿qué sentido tiene todo lo que hemos luchado?

—Basilio, ¿cuándo crees que deberíamos dar el golpe?

—El momento es ahora, si les dejamos a los militares hacer lo que quieran, tomarán la ciudad y será más difícil presentarles batalla.

—Está bien —concedió Andrés—, Huertas, alerta a todos y expón tu plan. Anuncia al comité que esta noche empieza la liberación y ya veremos qué pasa.

Cuando terminó la película la pareja salió acaramelada sin hablar. Fernando pensaba en el romance de los actores, no queriendo decir nada para no romper la magia del momento. No se alegró especialmente cuando se cruzó con el Capitán Eymar que, junto a otros guardias, vigilaba la plaza. Tuvo que parar para saludarle.

—A sus órdenes capitán.

—¡Hombre! Don Fernando y su encantadora mujer, doña Margarita. ¿Cómo es que han salido a pasear? ¡Están los ánimos como para escamotearse!

—Estoy convocado para acudir al Gobierno Militar esta noche de guardia, pero he aprovechado el rato que me queda para estar con mi mujer...

No pudo terminar la frase, pues varios tiros sonaron. Un guardia cayó al suelo herido, emitiendo un sonido ahogado por los gritos de la gente que chillando se tiraba al suelo o se escondía dónde podía. Rápidamente los dos militares tomaron el pulso a la situación, refugiando a los que salían del cine dentro del mismo. Fernando empujó a su mujer con el resto dentro de un bar que allí había y se protegió tras unas mesas. El capitán ordenó hacer fuego y llamó a Fernando. Con la mirada le señaló la esquina como un plan a seguir. Plan que el teniente entendió perfectamente. Salieron corriendo hacia ella y se tiraron al suelo justo antes de llegar, para no ser vistos. En un instante vieron a dos hombres protegidos tras la esquina, pero en pie, ofreciendo un blanco perfecto. Les dispararon y los dos jóvenes cayeron abatidos al suelo con la expresión de sorpresa en sus caras, que parecía decir no entender que había sucedido.

Neutralizado el lateral del cine, los guardias que se habían protegido como podían, se vieron más libres para contraatacar. Además, fueron reforzados por algunos militares que llegaron corriendo, alertados por los tiros. Cargaron contra los hombres del edificio que, al verse sorprendidos por un fuego nutrido, comenzaron a replegarse al interior de este para no exponerse tanto. Huertas, furioso, trataba de animarlos con el ejemplo tratando de evitar que huyesen. Pagó caro su valentía, pues un tiro que entró por la ventana

le destrozó la cara cayendo fulminado. Al perder a su líder sus compañeros huyeron despavoridos para evitar morir de la misma manera. En su carrera para perderse, por las estrechas y oscuras calles toledanas, dejaron un par de heridos, alcanzados por los tiros que les hicieron los soldados. Recuperada la calma relativa, la gente se retiró asustada a sus casas. El alcalde, que había sido sorprendido en una terraza de la plaza, como tantos otros, se dirigió al capitán para agradecerle la acción.

—Gracias capitán, ¿qué ha podido pasar? ¿Quiénes son éstos?

—Buenas noches, alcalde. La verdad es que todavía no sé nada, si me disculpa voy a informarme y le cuento.

Y llamando a un cabo, envió a los guardias que revisasen a los muertos e interrogasen a los heridos. Después habló con el capitán Vela, que había bajado a ayudar al oír los tiros. Enviaron a los guardias heridos al hospital ayudados por sus compañeros. Junto a estos, llevaban a los socialistas heridos, pero de malos modos. Tras poner todo en orden regresó con el alcalde para informarle también.

—Parece ser que el hombre muerto del edificio de enfrente es un tal Huertas. Este sujeto ha estado implicado en todos los altercados que han sucedido en los últimos meses. Estos hombres iban armados y organizados. Mucho me temo que no será el último percance que vamos a sufrir. Los ánimos están muy encrespados, y todos los "Huertas" piensan que ya tienen carta blanca para imponer por la fuerza su ideal.

—¿No piensa usted que eso mismo están haciendo los militares que se sublevan contra el Gobierno?

Manuel miró al alcalde sorprendido. No se le había pasado por la cabeza que pudiese estar del lado del Gobierno. Él lo daba por podrido e incompetente y pensaba que el alcalde lo vería así. Respondió con prudencia tras su error.

—Alcalde, me temo que a mí no me pagan para pensar sino para obedecer y mi obligación ahora es proteger las calles de individuos como Huertas. Lo que hagan los militares contra el Gobierno me afectará como a todos, pero yo me limitaré a cumplir las órdenes de mis superiores. Si me disculpa tengo asuntos que atender.

Manuel se fue pensativo. Él veía claramente que los atentados y asesinatos que se producían —como la escena que acababa de ocurrir —sucedía por la negligencia del Gobierno. Pensaba que se había infectado de los revolucionarios que, con violencia, pretendían crear su nuevo orden. Él tenía claro que si no llega a ser por los militares, y sobre todo por la Guardia Civil, en la revolución del treinta y cuatro habrían tomado el poder deshaciéndose del que molesta, como en Rusia. Por todo esto no comprendía cómo la gente no veía el peligro y, al igual que el alcalde, pensaban que eran cuatro exaltados los que

hacían ruido.

Mientras tanto, el capitán Vela reunía a voces a todos sus efectivos para concentrarse en el gobierno militar de manera inmediata. Fernando busco rápidamente a Margarita entre la gente que salía del cine para irse a sus hogares.

—¡Por Dios, Fernando! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, tranquila mujer. Estoy bien y no hay que lamentar nada, aunque el susto ha sido mayúsculo. Se ve que hay gente que ha decidido montar una revuelta y puede ponerse fea la cosa, por lo que nos van a acuartelar en espera de acontecimientos. Dale un beso muy fuerte a la niña y en cuanto pueda me escapo a veros.

—No te vayas.

—Sabes que no puedo quedarme, no me lo hagas más difícil mujer.

—Bésame —suplicó.

—Marga, las muestras de cariño en público están mal vistas.

—Bésame —volvió a pedir Margarita.

Y esta vez sí, ante la mirada comprensiva del capitán, besó a la chica en un beso largo con sabor a despedida.

19 de Julio

El coronel Moscardó se despertó pronto, cuando aún no había amanecido. La cama castrense que tenía no era especialmente incómoda, máxime cuando estaba acostumbrado a dormir en sitios bastante peores. Pero los acontecimientos de la víspera, no le permitieron volver a conciliar el sueño. Repasó mentalmente todo lo sucedido la jornada pasada, posponiendo al nuevo día que comenzaba, la crudeza de una realidad complicada, muy complicada.

Puso en orden sus pensamientos y revivió las llamadas telefónicas que le hicieron desde Madrid.

—Coronel, le llama el subsecretario del ministerio de Guerra.

—Coronel Moscardó al habla, ¿dígame?

—Buenos días, coronel. Soy el general Manuel De la Cruz. Como supongo sabrá, hay un intento de golpe de estado. Estamos controlándolo, pero necesitamos todas las municiones disponibles de la fábrica de armas. Le ordeno que nos las haga llegar a Madrid inmediatamente.

Durante un instante el coronel se quedó pensando una excusa para no cumplir con la orden sin declararse en rebeldía.

—Coronel, ¿ha escuchado la orden o debo repetírsela? –preguntó molesto De la Cruz.

—Sí, mi general, he escuchado la orden. Más lamento decirle que debido a la gravedad de la misma, no puedo atenderla con una llamada de teléfono. Le ruego me la envíe por el canal preceptivo, esto es, confirmación telegráfica de la orden cifrada. Debe usted comprender, mi general, que una orden tan delicada no la puedo considerar a la ligera y deba ser meticuloso en las formas.

Ahora fue el general el que calló sopesando la respuesta. Comprendiendo lo correcto de la demanda, y no manifestándose en franca rebeldía el coronel, decidió agotar la negociación tranquilizando su enfado.

—Está bien, coronel, le enviaremos el telégrafo cifrado como usted solicita. Y ahora si me hace el favor quiero pedirle sobre un asunto personal.

Sorprendido e intrigado, el coronel le respondió rápido.

—Claro, mi general, dígame en qué puedo ayudarle.

—Esta noche mi hijo José se ha escapado de casa con otros cadetes y me consta que ha vuelto a la academia. ¿Querrá usted decirle que su padre le ordena regresar a casa?

—Puedo prometerle que hablaré con él personalmente, mi general.

—Gracias, coronel. Si me disculpa tengo hoy muchos asuntos que atender.

Cuando Moscardó colgó el auricular los oficiales que estaban con él

le interrogaron con la mirada. El coronel explicó la delicada situación y pidió opiniones, pues el tiempo se acababa. Al terminar la consulta, en que una mayoría se unían al golpe incondicionalmente, ordenó que se presentase el muchacho. El tiempo que tardó en llegar a su despacho se quedó rumiando las implicaciones de una desobediencia tal. Se preguntaba si realmente sus oficiales eran conscientes de lo que sucedería si el alzamiento no era efectivo en toda España. Cuando, por fin, De la Cruz hijo fue presentado ante él, Moscardó estudió al muchacho que era muy joven, aunque en su mirada notó la determinación de una persona más mayor. Por lo que, el viejo coronel, no se sorprendió de los derroteros de la conversación.

—Su padre me ha llamado para pedirme que le envíe de regreso a casa. Si vuelve a llamarme, cosa que no dudo, ¿qué debo decirle?

—Mi coronel, ante todo soy un soldado español que, como otros compañeros, en contra de lo que piensan sus padres ha decidido luchar por sus ideales. Y si el hecho de que mi padre sea general fiel al Gobierno hace diferente mi situación, ruego se tenga en consideración que mi tío Federico también es general y me consta que se ha sublevado con la Guardia Civil en Valladolid.

—¿Me podría contar cómo logró escapar de casa?

—¡Claro, mi coronel! Los cadetes teníamos órdenes del teniente José Espiga de concentrarnos en unos puntos de reunión. Estos estaban marcados previamente por si había una revolución social. Pues bien, cuando llegó el momento nadie supo identificarlo como tal, pues Madrid ayer era todo confusión. El teniente no pudo contactar con ninguno de nosotros, así que se vino solo a la academia toledana. Al informar al capitán Vela de lo sucedido, este último llamó a su amigo personal el cadete Jaime Milans del Bosch, que a su vez contactó conmigo y otros seis compañeros. Todos nos vinimos embutidos en un pequeño automóvil de la abuela de Jaime por carreteras secundarias con muchos sobresaltos que no vienen al caso. Para evitar problemas nos vestimos de paisanos, dejando los uniformes en el maletero. Aun así, tuvimos que abrirnos paso a tiros en Cabañas de la Sagra, donde una patrulla de campesinos armados no nos quería dejar seguir. Como conclusión de la historia, aquí tiene a ocho soldados más, dispuestos a dar sus vidas por Dios y por España.

Esto último lo dijo mirando fijamente a los ojos del coronel. El cual, no solo respetó la decisión del muchacho, sino que un aire de esperanza refrescó su atribulado espíritu.

—Está bien, cadete, si su padre llama le diré que ha decidido quedarse en el Alcázar.

¿Qué sería de estos muchachos que venían a defender su academia? Él no lo decía, pero temía que la empresa no saliese bien, las noticias que llegaban eran desoladoras. El golpe de mano había

fracasado en Guadalajara, Cuenca y Ciudad Real. Parecía que en Madrid no prosperaba y los militares alzados se habían encerrado con el general Fanjul en el Cuartel de la Montaña, no teniendo siquiera el apoyo de los pilotos de Cuatro Vientos. Estos se habían mantenido fieles al Gobierno, por lo que la capital quedaba rodeada de territorio leal, teniendo que replegarse todos a Toledo, pues no era posible mantener la provincia tras la decisión de la Guardia Civil de concentrarse en la ciudad.

La situación era harto delicada. Si prosperaba el alzamiento en Sevilla, Cádiz, Burgos, Galicia…, como se suponía, tendrían que resistir en medio del enemigo al menos dos semanas hasta que llegasen sus columnas, calculó. Y esto siempre que les fuese todo de cara y decidiesen rescatarlos antes de cubrir otros objetivos militares. No, definitivamente él no recomendaría a sus hijos resguardarse en el Alcázar.

Volvió a pensar en las otras llamadas del día anterior. En cómo llamó hasta tres veces más el general de la Cruz y cómo se negó a obedecer otras tantas el hijo. Pensó en cómo, finalmente, apareció un coche en la academia que había venido desde Madrid a recoger al muchacho y de la cara abatida que tenía el chaval al salir con el chófer, no pudiendo negarse más.

—Un buen muchacho y un valiente—dijo en voz alta el coronel. Pensó que quizás era mejor así, que él ya no tendría la obligación de cumplir con el deber de resistir a toda costa.

—Al menos estos cadetes son más hombres que los señores políticos, por muy diputados que sean—se dijo el coronel. Y evocó el segundo intento del Gobierno por conseguir las municiones.

Ya atardecía cuando sonó el teléfono de nuevo. El coronel, que estaba sentado en su escritorio, se sobresaltó, y descolgando el auricular contestó directamente.

—Gobierno militar, buenas tardes. ¿Dígame?

—Al aparato el diputado socialista Javier Prats, quiero hablar con el coronel Moscardó.

—Al habla.

—Coronel, no sé si sabe quién soy yo, pero vengo enviado a Toledo directamente de Madrid, con orden del Gobierno central para exigir las municiones fabricadas y las armas que tengan en la academia y el cuartel de la Guardia Civil.

—¿Podría saber el destino de esas armas, señor diputado?

—Para armar a las milicias, coronel.

—¿Sabe usted lo que me está pidiendo?

—No es una decisión mía, coronel, ni suya la potestad de juzgar si es o no una buena idea. Es una orden que ha dado el Gobierno y en Madrid ya se ha ejecutado.

El coronel estaba impactado, pero tenía que ganar tiempo.

—¿No dice usted que está aquí en Toledo? Pues suba al Gobierno Militar y lo hablamos.

—No coronel, no iré al Gobierno Militar a negociar nada con usted —dijo el diputado que tenía miedo, y con razón, a ser detenido.

—¿Pero no dice usted que está en Toledo? El tema es suficientemente delicado como para no hablarlo por teléfono, considero que es de sólido fundamento y del todo razonable que lo hablemos cara a cara.

Hubo unos instantes de reflexión, que el coronel respetó. El diputado miró al gobernador civil que le estudiaba atentamente y tomó una determinación.

—Escuche, coronel, estoy en la sede del gobernador civil junto a él mismo, por lo que lo envío en representación mía, y confío que obedezca las disposiciones del Gobierno inmediatamente o tendré que informar que está usted en franca rebeldía.

El diputado colgó el teléfono y mirando al gobernador amenazó:

—Ya ha escuchado usted, tendrá que ir a convencer al coronel de que entregue las armas y la municiones como disponen desde Madrid, y más vale que cumpla con mis órdenes. No me fío de usted, lleva poniendo pegas desde que he llegado, así que no se le ocurra hacer una tontería. No se le olvide que tiene aquí a toda su familia. ¿Queda claro?

—Queda clarísimo que usted es un cobarde que no se atreve a cumplir con su misión y envía a otro bajo amenaza.

—No pienso enfadarme ni discutir con usted, haga lo que tenga que hacer, pero hágalo ya. —ordenó secamente el diputado que no se alteró lo más mínimo por la ofensa que le había proferido.

Moscardó recordó cómo en el despacho que había junto a la estancia que ahora ocupaba, recibió al nuevo gobernador de la ciudad. Don Manuel María, que llegó hacía poco más de un mes en sustitución del anterior. Aquel gobernador era un militar duro que hizo la vida imposible a los miembros de la derecha política. Encarceló a muchos hombres de falange y fue muy rígido con la Guardia Civil. La llegada de don Manuel María fue un alivio para el benemérito cuerpo, que logró más independencia y posibilidad de acción.

—Buenas tardes, coronel.

—Buenas tardes, gobernador, ¿a qué debemos el gusto de su visita?

—Ya sabe que me envía el diputado, en representación del Gobierno central, para solicitarle el armamento de la academia y el libre acceso a la fábrica de armas.

—Eso me ha dicho por teléfono, y también que es para armar a los anarquistas y sindicalistas que andan locos por la ciudad. Los mismos que el otro día atacaron a los guardias civiles en Zocodover. ¿Pero por

qué no viene él mismo y le manda a usted? ¿Acaso cree usted también que es sensato armar al pueblo?

—No viene porque es un cobarde y cree que si lo hace le apresarán. Cree que ustedes están sublevados, pero que no se atreven a decirlo. Además, amenaza con que si no les entregan las armas les declarará formalmente en rebeldía, amenazando con enviar el ejercito para aplastarles.

—¿Y usted qué piensa, Gobernador?

—Que están sublevados, pero que no lo proclaman por prudencia para ver cómo se desenvuelve la situación.

—Si eso fuese cierto le retendría como prisionero.

—Pero no lo hará, porque se ve que es un hombre de principios y valores, y mi familia corre peligro si no regreso con ellos.

—Muy seguro está usted de lo que pienso hacer. Pero, ¿qué cree que haré con el armamento que me ha solicitado?

—Evidentemente no lo entregará. Me devolverá al Gobierno Civil, donde le comunicaré al diputado socialista su negativa. Luego me iré a mi casa y mañana temprano mandará una patrulla a mi domicilio, donde me llevará junto a mi familia al Alcázar en calidad de preso.

El coronel miró sorprendido al gobernador que no dejaba traslucir emoción alguna.

—Perdone mi pregunta, gobernador. Pero ¿por qué habría de hacer semejante cosa?

—Como sabe, vengo de ser gobernador en Albacete. Lo que no sabe es que soy un abogado gallego y republicano, amigo íntimo de Casares Quiroga, el cual me introdujo en la política nombrándome gobernador en Huesca y Córdoba antes de pasar por Albacete. Me gusta el orden y el buen hacer. Debo ser de los pocos republicanos convencidos que quedan en este país. Creo que las cosas no se están haciendo bien y se está dando demasiada libertad a los elementos extremistas que quieren imponer su nuevo régimen destruyendo la República.

El gobernador paró un momento para pensar como contar lo siguiente, ante la atenta mirada de Moscardó, que estudiaba a un hombre que le resultaba francamente interesante. Al coronel le movía una corriente de empatía que le predisponía a su favor.

—En Albacete hubo una revuelta del sindicato campesino que asaltó la propiedad privada de unos terratenientes, violando los derechos más fundamentales de nuestra constitución. Creo que los sindicatos pensaron que yo, como otros gobernadores, haría la vista gorda. Pero no fue así. Como los ánimos están muy caldeados, intentando ser ejemplarizante, envié a unos guardias civiles. Estos fueron muy duros en sofocar la revuelta, intentando evitar futuras acciones similares. Pero en la trifulca hubo gente que sacó armas y se formó una batalla campal en la que murieron una docena de

sindicalistas, pobres campesinos sin conocimiento, pero con mucha ira. El caso es que nunca me perdonaron y vivo amenazado de muerte junto a toda mi familia, siendo éste el motivo principal de mi traslado. El problema es que los sindicatos han estado en contacto con los de aquí y están esperando el momento propicio para vengarse. No me cabe ninguna duda de que aprovecharán este golpe de mano para cebarse en mi persona o lo que es peor, en la de mi mujer e hijas.

Toledo dormía tranquila, el cielo estaba lleno de estrellas que brillaban con intensidad, y de la luna apenas se veía una fina línea de su primera noche en creciente. El viejo coronel sonrió.

—¡Los militares no pasan nada por alto! —dijo susurrando—. Han ido a dar el golpe el día que tenía la noche más oscura. No me gustan las noches y menos las cosas oscuras, pero me temo que el día de mañana con toda su claridad va a gustarme menos.

Volvió a su cama para intentar conciliar el sueño y descansar, de tal manera que pudiese reunir la energía que suponía iba a necesitar. Intentando no pensar mucho, se durmió recordando vagamente el tercer intento del Gobierno por llevarse las municiones.

—Coronel Moscardó al habla, ¿quién llama?

—Soy el teniente coronel Juan Hernández Saravia, secretario personal del Presidente de la República Española. Exijo el envío inmediato de toda la munición de la fábrica de armas a Madrid.

—Perdone que tenga que corregirle, pero necesito que se me envíe esa orden por escrito y cifrada, ha de comprender que es un tema muy serio que no he de tomar a la ligera.

—Coronel, no creo que sea necesario que mis órdenes tenga que enviárselas por escrito. Mi cargo me habilita a darle órdenes y usted debería de obedecer sin dudar.

—Eso es correcto mi teniente coronel, pero ha de comprender mi extrañeza a que usted, estando retirado, haya sido repescado por el Gobierno para entrar en su estado mayor. Por lo que lo que le pido no es en absoluto irregular y supongo lo entenderá.

Harto por la reticencia de Moscardó, y por no romper las pocas esperanzas que tenían ya en Madrid de que los militares de Toledo permaneciesen fieles a la República, decidió conceder el deseo.

—Está bien, enviaremos esa orden en la mayor brevedad posible.

Y esperando mentalmente a que nunca llegase esa orden y la vida fuese distinta, se durmió.

Milicianos

Antón no sabía cómo mantener el orden en la sede. La calle estaba llena de gente exigiendo armas. Había mandado a un par de trabajadores de la Casa del Pueblo a consultar y recabar información al cuartel general de los guardias de asalto y al palacete donde estaba el Gobierno. Por fin, sobre las once de la noche, llegó uno de ellos.

—Buenas noches, Paco. ¿Has podido entrar donde el Gobierno? ¿Te has enterado de que está pasando? ¿Qué novedades tienes?

—Son muchas preguntas, teniente, pero de respuesta fácil. No hace ni media hora el presidente del Gobierno, Santiago Casares Quiroga, incapaz de contener la rebelión ya generalizada, ha dimitido. Por otro lado, los comités obreros han impuesto su control en las estaciones y el tráfico ferroviario, además de asaltar algunos depósitos de armas y repartirlas entre los suyos.

No había acabado de hablar cuando llegó corriendo el otro hombre que había ido al cuartel general de la guardia de asalto.

—Se van a armar milicias en la capital —dijo casi ahogado pues le faltaba el resuello.

—¿Cómo? Espera un momento mientras coges aire y que Paco nos diga el resto.

—A primera hora de la noche —continuó relatando Paco—, mientras los comités obreros pasaban a controlar por su cuenta el tráfico, acusando de pasividad y entrega del Gobierno hacia los golpistas, se ha confirmado la dimisión de Casares. Inmediatamente después se ha constituido un Gobierno de emergencia nacional del que los socialistas se niegan a formar parte. Nada más enterarme de esto he venido a contarlo.

—Y tú, ¿qué decías de armar milicias?

—Los sindicatos obreros han exigido armar al pueblo. Desde la sede a la que pertenece vuestra compañía, han salido dos camiones para el aprovisionamiento y distribución de armas y cascos. Han dicho que van a traer aquí uno, para que te ocupes de su reparto —dijo a un sorprendido Antón que trataba de digerir todas las noticias.

—¿Pero estás seguro que has ido a mi sede? Mira que hay muchas compañías de guardias de asalto en Madrid y es posible que te estés confundiendo.

En ese momento, como para dar la razón al recadero, un camión hacía entrada en la calle. La gente, previendo lo que venía, se puso a gritar como loca y a cantar vítores. Antón se acercó corriendo para hablar con el chófer, que era un sargento de su compañía y venía junto a otros dos compañeros.

—¿De qué va esto? ¿De verdad vamos a dar escopetas y rifles a todos estos exaltados? —preguntó nervioso Antón.

—¡Y lástima no tener más! Quinientos rifles completos hemos conseguido, de los que traigo aquí doscientos en perfecto estado de revista. El resto de los rifles no tienen cerrojos ya que están custodiados en el cuartel de la montaña y sin ellos no sirven de nada.

—Pero habrá que organizar a la gente y darle instrucción. ¡Digo yo!

—Lleva cuidado con eso, que me temo que van a aprender pronto. Me da a mí que en el Cuartel de la Montaña no van a ceder tan fácil los cerrojos.

Como la gente se apelotonaba junto al camión, el sargento mandó hacer hueco en la parte trasera y con un papel y un lápiz comenzó a tomar nota de los nombres y profesiones de las personas que recibían un arma y un casco, encomendándoles a todos defender con ellas la República incluso con su vida si fuese necesario.

—Antón, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Santiago—. Ya nadie parece tener interés en entrar en la Casa del Pueblo y la gente se va a los bares a brindar por su nuevo estatus de miliciano.

—Realmente creo que me preocupo demasiado. Si la gente está celebrando que por fin el pueblo es el que decide su futuro, deberíamos unirnos a ellos y disfrutar el momento. No estoy muy seguro de lo que está sucediendo realmente con los políticos ni si eso es bueno o malo. Pero sí sé que llevo pegado en mi espíritu demasiado tiempo el orden establecido, así que vamos a regar el gaznate.

—¡Así me gusta! Vayamos a brindar con un buen vino que hemos vencido un golpe de estado sin apenas pegar un tiro.

Con la alegría de la ignorancia, se fueron al bar de la esquina que estaba lleno de obreros armados cantando la internacional. Antón estaba feliz, pero le asaltó una sombra de duda al ver a un hombre con un birrete militar. ¿Estaría bien su familia? Aunque enseguida quitó ese temor de su mente al no tener noticias de que en Toledo hubiese sucedido nada. Al fin y al cabo, ¿qué podía pasar en la vieja y tranquila Toledo?

Amanecía el día veinte en Toledo, aunque muchos eran los que apenas habían dormido en la histórica ciudad. Había tensión en el cuartel y solo se hablaba del supuesto golpe de estado de algunos militares en África, Burgos y Pamplona, de la inoperancia del Gobierno, y de la revolución que vivía Madrid. El sargento estaba discutiendo con el cabo cuando sonó el teléfono.

—Cuartel de la Guardia Civil de Noblejas, dígame.

—Sargento, buenos días. Soy el capitán Eymar, abra el sobre y llámeme de nuevo según instrucciones por favor.

Tras unos instantes de silencio se escuchó de nuevo la voz quebrada del sargento.

—A sus órdenes, mi capitán, así se hará.

El sargento colgó el auricular y se dirigió nervioso al cajón donde guardó la valija y abrió el sobre. Llevaba tres meses preguntándose el contenido del mismo. Tenía el presentimiento que nada bueno tenía que poner. Tras una primera lectura ávida, que lo tranquilizó un poco, volvió a releerlo más pausadamente, intentando asimilar las consecuencias de cumplir con su cometido. Recordaba el encuentro que tuvo con el capitán Eymar y la lectura que hizo nada más irse este del primero de los dos sobres que le dio. Se titulaba *Instrucciones en caso de concentración en grandes grupos*. En el texto instaba a las familias de los guardias a alojarse en casas de conocidos que garantizasen su seguridad. Y en emprender la marcha en menos de una hora desde la comunicación, evitando llamar la atención de la vecindad.

La llamada de teléfono fue rápida.

— Mi capitán, soy el sargento Juan Ortega, de Noblejas.

—Limítese a darme la consigna sargento.

—Siempre fiel a su deber —dijo Juan, acatando de esa forma las órdenes escritas en el sobre.

—Pues cumpla con su cometido. Buenas tardes, sargento. Y haga el favor de ir con cuidado.

Juan se estremeció al comprobar que el capitán se preocupaba de él, pero sobre todo por el tono de advertencia, ponderando las consecuencias de la misión que comenzaban. Sabía que la conversación podía estar siendo escuchada y por eso no había más detalles, por lo que se limitó a despedirse.

—A sus órdenes, capitán.

—Buena suerte, sargento.

El sargento se dejó caer sobre un taburete pequeño de madera pesada. Se usaba para sujetar una puerta que siempre daba portazos por el viento, y ahí sentado trató de ordenar sus pensamientos. La carta era escueta, pues solo decía los puntos donde habían de concentrarse. Hablaba de los pueblos de Santa Cruz, Villar Rubia y Santiago, de donde los guardias saldrían de sus casas cuarteles para todos juntos acudir a Ocaña. No tenía ni idea de cómo lo haría el resto, pero tenía claro que su familia se iría con él. Llamó a su mujer y le contó todo. Luego reunió a los guardias en el patio, y les informó de lo acontecido y de sus intenciones. Tras explicar brevemente concluyó:

—Sabéis, por todo lo que está sucediendo, que algo gordo se cocía. Pues bien, esa olla ha explotado. Quiero que cada cual recoja sus cosas de más valor y todo el armamento. Quien tenga familia que se la traiga, pues en este pueblo no hay sitio donde podamos alojarlos sin exponerlos a la ira de algunos.

—Sargento, ¿para cuántos días estima este traslado? —le preguntó un guardia veterano que podría ser su padre.

—No hagáis más de una maleta o dos, nada que no podáis llevar a mano. No creo que esto dure más de tres o cuatro días. Y Pepe, prepara la ametralladora en su caja, ése será nuestro mejor equipaje. Estaos todos listos para salir, esperaremos esta noche a los de Santiago, Santa Cruz y Villa Rubia, y si a las seis no han venido nos iremos a Ocaña andando, así que disponedlo todo para la marcha.

Mientras tanto, en Madrid, Santiago entró chillando en el cuarto donde dormía Antón.

—Despierta, perezoso, todo el día de ayer haciendo guardia y hoy que hay fiesta no vamos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hora es? —exclamó desperezándose Antón.

—¡Vaya con el señorito teniente! No se te puede dejar solo por muy jefe mío que seas.

—¿Qué ha pasado? Tampoco llevo tanto tiempo dormido.

—¿Qué no? Es pasado medio día, y has de saber que esta madrugada el nuevo Presidente de la República, Diego Martínez Barrio, ha intentado contrarrestar las protestas populares y pactar con los sublevados. En este difícil juego de equilibrios negociadores, el general Mola ha destituido a Batet, y se ha sublevado junto a otros militares en algunas ciudades del norte de España, negándose a cualquier avenencia y acercamiento por parte del Gobierno. Por último, y por eso estoy aquí, el general Fanjul se ha metido en el cuartel de la Montaña vestido de paisano. Sublevando a la tropa e intentando, desde allí, tomar el control de Madrid.

—¡Qué me estás contando! ¿Eso es cierto? Si es así es un desastre y una guerra en toda regla.

—Eso quería él. Pero el cuartel estaba rodeado de milicianos armados desde ayer. Se temían una posible revuelta por parte de los militares y no les han dejado salir, o no se han atrevido a hacerlo. Así es que ahora están encerrados en su ratonera. Y Madrid, al menos por ahora, está controlada.

—Pues vamos allá a ver como acaba esto.

Tempestad (20 de julio, medio día)

El teniente coronel Romero llamó al capitán Eymar para que tomase un café con él. Estaba nervioso y necesitaba hablar con su amigo.

—Buenas tardes, capitán, es un alivio poder compartir este momento con usted.

—A sus órdenes, mi teniente coronel, no sé en qué puede ayudarle este pobre capitán, pero cuente con todo lo que esté en mi mano hacer.

—Necesito descargar mi conciencia y, aunque esta tarde se está llenando la explanada de curas que vienen a confesar a los hombres que suben a defender voluntariamente la plaza, no es materia religiosa lo que corroe mi espíritu.

—Usted dirá —invitó Eymar a continuar hablando a su superior.

—Siéntese y sírvase usted mismo lo que quiera, tiene café y azúcar en abundancia, y cuénteme de paso como está la situación en la fábrica de armas.

—¿Qué pasa en la fábrica de armas? —preguntó la mujer del teniente coronel, que acababa de entrar en la estancia al oír la voz de Manuel Eymar.

—Buenas tardes, señora. Es una sorpresa verla a usted en la Comandancia.

—Bueno, parece ser que me vengo a pasar unos días aquí con mi marido. Confío que mi hija y mi yerno no le den mucha guerra a su mujer. No sabe cuánto agradecemos el que los hayan acogido en casa. Pero cuénteme qué sucede en la fábrica de armas, que mi marido nunca me informa de nada.

—¡Porque eres una chismosa!

—Está bien —puso paz Eymar—, no tengo ningún inconveniente. Y, si a el teniente coronel le parece bien, por favor siéntese con nosotros ya que está aquí.

Romero asintió. Adoraba a su mujer y con los Eymar se sentía como en casa.

—Verá doña Pilar, esta mañana hemos tenido la noticia que, desde el Gobierno de Madrid, han llamado directamente al coronel Soto, que es el militar encargado de la fábrica de armas. Pretenden que envíe toda la munición que existe en la misma a la capital. Para ello, se le ha pedido requisar los camiones que necesite y los envíe cargados.

—¿Pero no deberían llamar a Moscardó para ese cometido?

—¡Precisamente! Desde Madrid han debido de concluir que, si bien Moscardó no se ha rebelado formalmente, no tiene interés en facilitar las cosas a la República, por lo que se han saltado el escalafón militar para pedirle, al nada claro coronel Soto, ese armamento.

—¿Y qué tiene de especial ese armamento? Preguntó Pilar ante la

desesperación de su marido, que se retorcía nervioso en la silla perdiendo la paciencia.

—La fábrica nacional de armas es una industria muy fuerte en la que trabajan más de mil quinientas personas. Tiene en sus almacenes unas provisiones de más de un millón de cartuchos que necesitan los soldados de Madrid. Estos tienen armas, pero carecen de suficientes municiones con las que reponer lo que están gastando contra los militares que se han sublevado. Esto es importante, pues si no se las entregamos, no solo no tendrán todos los cartuchos que quieran para dispararnos a nosotros, sino que nosotros tendremos todo ese armamento para dispararles a ellos en caso de conflicto. Es por eso por lo que, contra todo pronóstico, el coronel Soto se ha negado a armar a los milicianos que allí trabajan cuando le han pedido armas para defender la fábrica. Al fin y al cabo es un militar que no quiere ver al populacho ejerciendo su propia justicia. Por contra, sí estaría dispuesto a enviar esas municiones a Madrid, que es lo mismo, puesto que se las darían ellos.

—¡Armar a los obreros! ¿El Gobierno deja que armemos a los obreros?

—El Gobierno ha visto que una parte importante del ejército se le ha sublevado, quedándose con un número de militares no muy elevado. Por contra, una gran masa social de anarquistas, comunistas y socialistas tiene un fuerte deseo de luchar contra los sublevados, aunque todos sabemos que su verdadero deseo es ejercer su revolución. El Gobierno ha pensado que armando a toda esa gente obtendrá una tropa inmediata, por lo que ha ordenado el reparto de armas. Por suerte, en la fábrica de armas estaban haciendo un curso un grupo de dieciocho tenientes con el comandante Méndez Parada a la cabeza. Y están impidiendo al coronel Soto que haga lo que dicta el Gobierno.

—Pero, ¿cómo han conseguido solo veinte militares frenar la demanda de mil quinientos hombres?

—¡Eso es lo más maravilloso! Los obreros de la fábrica están afiliados en su mayoría a sindicatos, y desde luego son afines al Frente Popular. Así que, no me explico qué argucias habrán utilizado nuestros compañeros para no darle las armas a los trabajadores cuando se las han exigido. Pero lo mejor es que luego, no solo no les han dado las armas, sino que han conseguido convencerles de que se fuesen a sus casas, aprovechando la excusa de que el Gobierno y los sindicatos han convocado huelgas. ¡Pero escuche esto! —dijo Eymar a la mujer, tratando de obtener una atención extra—. Les han tranquilizado prometiéndoles que ellos se comprometían a vigilarlas.

Llegado a este punto, el capitán Eymar volvió a mirar al teniente coronel para seguir detallando las novedades que esa tarde habían

sucedido en la ciudad.

—En la actualidad solo han dejado treinta obreros al cuidado de la fábrica, a los que hay que sumar cincuenta y nueve soldados que han enviado del regimiento número dos de Madrid, más cuarenta y seis guardias de asalto que están bajo el mando del capitán Gregorio Rivera.

—Por lo que me cuenta, la situación en la fábrica es delicada. E imagino que el viejo coronel no habrá enviado ningún efectivo a la misma para hacerse cargo de las municiones, ¿verdad? —preguntó el teniente coronel.

—Efectivamente, no ha enviado ningún número a la fábrica, pero en cambio, el capitán Villalba sí se ha hecho fuerte en el hospital de Tavera. Está allí voluntariamente desde el sábado, por lo que el paso desde la carretera de Madrid está cortado. Además, por nuestra parte, desde el Alcázar, sí enviamos oficiales a hacerse cargo de las centralitas de Correos y Telégrafos, donde inutilizaron las líneas que no interesaban. Tenemos retenes de guardias en las sedes de los bancos, en el Ayuntamiento, en la catedral, en la plaza de Zocodover, en las puertas del Cambrón y de Bisagra, así como en los puentes. Además de las patrullas móviles que mantienen el orden en la ciudad y los guardias que hemos dejado en los alrededores de la fábrica de armas. Por lo que si no envían el ejército a la ciudad, creo que la tendremos bajo control.

—Manuel, en realidad le he llamado por eso mismo. Sé de buena fe que nos van a mandar una columna a reducirnos. Además, nos ha citado el coronel Moscardó a la plana mayor y tengo miedo de que esté asustado y no quiera sumarse al alzamiento. Eso sería nuestro fin. Las noticias que llegan de otras comandancias son terroríficas, acaba de llamarme un amigo de Alcalá de Henares para decirme que han asesinado a todos los guardias que habían rendido la plaza. Son muchos años haciendo cumplir la ley y eso nos ha granjeado enemigos exacerbados. Lo del otro día en Zocodover no será nada en comparación con lo que nos pueden hacer si les arman y tienen libertad de imponer su ley.

—¡Pero eso no es posible, el coronel Moscardó es firme defensor del alzamiento!

—Está mañana he estado con el viejo coronel cuando le ha llamado el general Pozas. Y yo, sinceramente, no le veo con la determinación necesaria para dirigir esto.

—¿El general Pozas? ¿El inspector de la Guardia Civil?

—El mismo, y le ha amenazado con enviar una columna y aviones para bombardear la plaza si no enviaba las municiones inmediatamente. Y aunque el coronel le ha vuelto a salir con lo de que quiere la orden por escrito y en clave, me consta que la misma ha sido

ya recibida. Ya no hay más excusas que poner, ni dilación para no cumplir con lo ordenado. Además, el general Pozas no es de los que se ande con tonterías, y eso Moscardó lo sabe bien. Por eso quiero que se venga conmigo al despacho de Moscardó para asegurarnos que todo sigue su curso. Pero antes, quiero que se informe de cómo va la evacuación de todos los puestos de las provincias. Y esta noche quiero que todos los guardias de la capital y sus familias vayan al Alcázar en previsión de que efectivamente llegue una columna enemiga mañana. Y esto empezando por la suya, que puede venir ya mismo. Como ve, yo ya he traído a mi mujer aquí presente.

—Esta mañana llamé a todos los puestos, y esta noche harán el traslado. Por lo que a lo largo del día de mañana irán llegando todas las unidades. Y en cuanto a la mudanza familiar, esta tarde en cuanto llegue a casa me ocuparé de ello. Así que, si no tiene ninguna orden más para mí, me retiro fuera hasta que salgamos.

—No, no perdamos tiempo y vayamos ya junto al coronel.

Cuartel de la montaña

Los alrededores del Cuartel de la Montaña eran un hervidero de hombres armados, con caras de circunstancia. Antón, mirándolos, se emocionó y sonriendo les dijo a sus amigos.

—Fijaos en esa gente. Sin ser profesionales de la guerra, han venido aquí a defender sus sueños. En sus caras se refleja la ilusión de tener una vida nueva. Con los hechos que están aconteciendo, se les abre la posibilidad de romper con un pasado que les predisponía. Un pasado que les impedía medrar del puesto que la cuna les había otorgado. No están combatiendo un golpe de estado, están combatiendo para ganarse un futuro mejor.

—Mira que eres raro Antón –contestó riendo Ramón—. A mí me da la sensación que esa gente lo que quiere es aventura y emoción, además de cargarse algún golpista trasnochado y experimentar qué se siente al matar.

—En cualquier caso —dijo Santiago—, confiemos que se rindan pronto. Con tanto cañonazo que les están soltando, sin capacidad de respuesta por su parte, no podrán durar mucho. Más pronto que tarde tendrán que claudicar.

—¿Desde cuándo están así? —preguntó Antón a Santiago que parecía ser el más enterado.

—Ayer, tras la fiesta que nos dimos, me uní de regreso a casa a un grupo de voluntarios que venían de aquí. Estos me contaron que, tras las tres grandes manifestaciones de las que el Gobierno no hizo caso, el general Fanjul se sublevó, encerrándose en el Cuartel de la Montaña. Siendo el general de la Guardia Civil, Sebastián Pozas, el encargado de controlar la fidelidad de todas las comandancias.

—¿Pero Azaña o el Gobierno no han hecho nada?

—Por sorprendente que parezca, no. Salvo que han reforzado la guardia del Palacio Real donde vive ahora el presidente, protegiendo el exterior la Guardia Civil.

—¿El Palacio Real?

—El Palacio Nacional, perdón. Con tanto cambio de nombres aún me salen algunas veces los antiguos. El caso es que Azaña, lo único que ha hecho, ha sido llamar a Lluís Companys para asegurarse que la rebelión en Barcelona ha fracasado.

—Y si esa rebelión ha fracasado, ¿cómo se atreve Fanjul a encerrarse en el cuartel sabiendo que está el solo?

—Parece ser que su idea fue esperar refuerzos que deberían llegar, y menos mal que así lo hizo, porque si llega a salir a tomar los puntos más importantes de Madrid, ahora las cosas podrían estar muy feas. Tan solo ha instalado ametralladoras en los tejados y ha tomado las precauciones de cortar el suministro eléctrico por la noche para no

ofrecer un blanco fácil.

—Sinceramente creo que es un error lo que está haciendo Fanjul —intervino Ramón—, máxime cuando toda esta gente anda como lobos hambrientos buscando presas. ¡Es asombrosa la multitud que ha venido! Además, el cuartel está más bajo que los edificios que le rodean. Militarmente es un suicidio.

—Como en la Maestranza y en el Parque de Artillería se concentraba un gran número de civiles —siguió explicando Santiago —, ya que se rumoreaba que se iban a repartir fusiles, el teniente Urbano Orad se los llevó a todos en procesión hacia la Plaza de España. Utilizó la promesa de tomar del cuartel de la Montaña los cerrojos que harán válidos todos los fusiles que tienen desmontados en el Parque de Artillería. Y así movilizó a toda esta gente.

—¡Qué barbaridad, Santiago! Estás más informado que el *ABC* —exclamó Antón.

—Es lo que tiene pasar la noche en vela. Lo que no te he contado es que una vez en la plaza, el teniente Urbano situó junto a la estatua de Cervantes la primera batería. Esto provocó una espontánea manifestación de júbilo popular que subió aún más los ánimos de la muchedumbre, que gradualmente iba aumentando en número. Y escucha esto que te va a encantar—. Aquí paró para ver que efectivamente tenía captada la atención, no solo de Antón, sino de los otros guardias de asalto que le acompañaban.

—En la misma plaza, Orad se encontró con el teniente Máximo Moreno, que ya había tomado medidas para evitar la salida de los militares.

—¿Máximo Moreno? ¿Ese no es el teniente de nuestro cuerpo de asalto? El que estuvo implicado en la muerte de Calvo Sotelo.

—Sí, el mismo. Este ha bloqueado con dos vehículos blindados el acceso al cuartel. Además, por las terrazas de los edificios que rodean el cuartel ha ordenado situar guardias de asalto, por lo que el cerco al cuartel está preparado y no queda sino la rendición.

Paco, un guardia de su escuadra, alto y serio que no solía hablar mucho, intervino preocupado.

—Si todo está controlado, ¿por qué hay disparos y gente muerta junto a las paredes del cuartel?

—Esta mañana, con la adrenalina de la aventura, se han producido los primeros tiros cruzados entre los contendientes. Y algún loco que se pensaba que la toma del cuartel era cosa de valor personal, se ha ido directamente a tomarlo por su cuenta. El resto de milicianos ha aprendido, a costa de esos incautos, que no se trata de ir tú solo a pecho descubierto.

En ese momento un avión pasó sobre el edificio. Soltó una bomba que cayó en el patio generando un ruido infernal. La gente, que no se

esperaba ese golpe, que hizo retumbar todo, enmudeció muy impresionada encogiendo sus cuerpos. Al despejar la humareda de polvo y humo que había causado, observaron aparecer una bandera blanca en las ventanas que daban a su lado. La gente comenzó a chillar de entusiasmo y a correr hacia el cuartel, sin cuidados ni miramientos, para celebrar su triunfo.

—¡Quietos! ¿A dónde creéis que vais vosotros? — chilló encolerizado Antón.

—¿Pues a donde vamos a ir? A celebrarlo con todos —contestó Ramón.

—¿Acaso yo he ordenado algo? ¿No veis que puede ser un engaño por la cobardía de algún miserable?

Y como confirmación de lo que decía Antón, una ráfaga de metralla masacró a unos hombres que imprudentemente se habían acercado a las ventanas creyendo que la plaza se rendía. La cólera se apoderó de la muchedumbre que, rugiendo con rabia, comenzó a disparar toda la munición que tenían. La artillería compuesta por dos cañones situados en la calle del reloj disparaba de dos en dos proyectiles, acortando sus tiempos para hacer creer a los sitiados que una batería completa les hacía fuego. A estos, se sumó un cañón del quince y medio que acababa de traer un camión de reparto de cerveza Mahou, y que quedó situado cerca de la iglesia de los carmelitas. Con todo este arsenal impactando en el edificio, y a pesar de la solidez del cuartel, los daños comenzaron a ser visibles.

En un momento de pausa de la artillería en que los hombres aprovecharon para avanzar, Antón ordenó a los suyos que ahora sí avanzasen, pero muy despacio y por detrás de unos árboles. El recién nombrado teniente no tenía interés en exponer a sus hombres inútilmente. No era momento para heroicidades. Se quedaron protegidos tras los árboles, junto a más gente que allí había aguardando al siguiente asalto. El silencio era sobrecogedor, por lo que se escuchó perfectamente cómo del edificio salía un canto que reconocieron como la internacional.

—¿De qué te sorprendes muchacho?

Antón se sobresaltó al reconocer como interlocutor al teniente Moreno que, rodeado de su oficialidad, también se refugiaba en esa zona. El teniente había observado a Antón, pues le conocía del recién ascenso que le habían dado.

—¡A sus órdenes mi teniente! Y sí, sí me sorprende escuchar la internacional dentro de esas paredes, pensaba que eran falangistas y radicales los que así nos combatían.

—Alguno sí se alistó junto a paisanos que deseaban el golpe, y me consta que han sido uniformados y dispuestos al combate. Pero mucha soldadesca y parte de la oficialidad no están de acuerdo y desean la

rendición. El azar ha dispuesto que estén en el lugar equivocado en el momento equivocado. A esto hay que sumar el deterioro de sus voluntades, que junto al edificio están sufriendo una merma muy importante con el fuego artillero. Al cual no pueden presentar defensa alguna. Por eso el episodio del trapo blanco que acabas de ver.

Antón miró al teniente, que se quedó rumiando los acontecimientos como en una película mental para en seguida volver a relatarlos en voz alta.

—De nada han servido las octavillas de rendición que hemos arrojado esta mañana desde un avión. Ni siquiera han atendido a un emisario, que he mandado con bandera blanca, para decirles que el ministerio de guerra les conminaba a la rendición si salían con los brazos en alto, prometiéndoles respeto y un juicio justo según las leyes vigentes.

—¿Qué han contestado a eso? —preguntó Antón interesado.

—Que resistirán mientras quede un solo hombre vivo. Evidentemente, no creo que así sea. Lo malo es que vamos a tener que entrar a sangre y fuego para poder doblegar a la oficialidad, si ellos no lo hacen desde dentro. Y morirán muchos que no deberían de estar en ese infierno.

En ese momento una bomba impactó directamente en las puertas de acceso, descolgando una de las dos hojas. La Guardia Civil, bien organizada, comenzó un ataque que sí hizo mella, y consiguieron entrar en el cuartel gracias a la disciplina de su cuerpo. Cuando los soldados sublevados comenzaron a rendirse y disminuyeron su fuego, los milicianos que permanecían en la retaguardia se envalentonaron. Hubo una desbandada de gente que en marabunta entraron a tropel arrasando con todo. Por más que Antón intentaba poner orden en su compañía, al olor de la sangre, todos los milicianos que iban con ellos mataban con rabia a los sorprendidos soldados que salían al patio con las manos en alto. Uno de los atrapados por esa furia fue el cadete José De la Cruz, que se había vuelto a escapar de su padre nada más llegar a Madrid, pagando cara su entrada en el cuartel. Junto a otros compañeros se cambiaron precipitadamente el uniforme, poniéndose el mono de trabajo del taller. Pero al salir al patio e intentar mezclarse con los milicianos para pasar desapercibidos, las botas altas los delataron. Un grupo de exaltados los pillaron y los agruparon en la pared. Se alejaron cuatro o cinco metros de donde se quedaron los asustados muchachos y los fusilaron sin contemplaciones. Lo que Antón vio distaba mucho de ser lo que él había estudiado, o el ideal que de una batalla se había forjado en su cabeza. Aquello fue sencillamente una matanza llena de odio.

Rendición (20 de julio, tarde)

El teléfono volvió a sonar por segunda vez en ese día. El teniente coronel Pedro Romero, que estaba sentado junto al aparato, lo descolgó. Preguntó quién era y por quién preguntaba. Le pidieron hablar con el coronel al mando. Dirigiéndose a su superior por antigüedad, le dijo a Moscardó:

—Coronel, es para usted.

—¿Quién llama?

—El inspector de la Guardia Civil, el general Pozas.

—¿Otra vez?

Sin esperar a que nadie le hablara cogió el auricular.

—A sus órdenes mi general, el coronel Moscardó al habla, dígame.

—Coronel, esto es una tomadura de pelo…

Con esta introducción, Romero sabía que le acababan de dar un ultimátum al coronel. El cual, al acabar la conversación, en la que habló poco, colgó muy preocupado y se quedó rumiando en silencio la amenaza. Moscardó sintió la mirada de Villalba, que le instaba a hablar a todos los presentes, por lo que se levantó grave y concluyó:

—Madrid ha caído.

El golpe de efecto no se hizo esperar y Villalba, Méndez Parada, Cirujano y Martínez Leal agacharon la cabeza deshechos. Solo Romero mantuvo el mismo semblante.

—Pues hagámonos fuertes cuanto antes y preparemos la defensa de esta ciudad.

—Romero —contestó Moscardó—, en Ciudad Real sus compañeros al cargo de la benemérita han entregado todo el cuerpo a las órdenes del Gobierno, por lo que estamos rodeados y sin fuerzas que contengan a esos exaltados. El golpe militar no ha salido como se esperaba y parece condenado al fracaso. Mañana, como tarde, caerán sobre Toledo sin nadie que les frene.

—¡Nosotros les frenaremos! Hemos quedado en que no nos rendiremos, ya no hay vuelta atrás.

—Teniente coronel, le recuerdo que mientras siga vivo, el mando de esta plaza lo ostento yo. Además, no estoy diciendo que quiera rendir la plaza puesto que no he declarado hasta la fecha ningún estado de guerra, que yo sepa, tan solo digo de enviar al general Sarabia las armas que pide y ver qué pasa.

—Coronel, toda la Guardia Civil está convocada en Toledo ya. ¿Quiere que le diga qué va a pasar con nosotros si hace eso? Además, no consentiré esa orden, amenazó Romero.

El teniente coronel Valencia se levantó furioso, y encaramándose a Romero intervino amenazando con la mano sobre la funda de su pistola.

—Teniente coronel, si rendimos la plaza o no, es decisión del coronel Moscardó, y me temo que si sigue amenazando tendré que detenerle por insubordinación.

En ese momento el capitán Eymar, que había estado en un segundo plano, sacó su pistola y dijo muy serio sin alterar la voz.

—¡Aquí no se rinde nadie! Si nos rendimos nos fusilan a todos.

El coronel frunció el ceño y levantándose de su asiento miró fijamente a Romero.

—Creo que están equivocados, y que nos matarán aquí a todos como cucarachas atrapadas. Pero si es la decisión que han tomado, la llevaré hasta sus últimas consecuencias. No seré yo quien le tenga afecto al Frente Popular ni al Gobierno, pero he pensado en sus propias mujeres y niños antes que en mi propia seguridad o la de mis soldados. Consulten a sus guardias y si están dispuestos a morir, yo declaro el estado de guerra ahora mismo.

Entonces giró la cabeza lentamente y miró al capitán Eymar. Y ahora sí, mudó la cara seria que tenía en una mueca de desprecio.

—Capitán —remarcó su cargo para dejar clara su posición en el estamento militar—, hoy se inicia una situación en la que los ánimos están exaltados y hay diferencia de criterios, por lo que pasaré por alto, yo mismo y todos los de este cuarto, su insurrección. Pero si vuelve a haber un conato de insubordinación ahora que entramos en contienda no dudaré en fusilar a cualquiera que no cumpla el código militar. ¿Queda claro?

El capitán bajó la pistola que había mantenido en alto hasta ese momento y agachando la mirada, comprendiendo la magnanimidad del coronel para con él, asintió.

—Sí, mi coronel, queda claro.

Romero y el capitán salieron del cuarto para reunir a la Guardia Civil, mientras que en el despacho el coronel Moscardó, con el resto de la plana mayor, quedaba en silencio pensando en lo sucedido. Hasta que el coronel Valencia, indignado, saltó.

—¡No podemos consentir esto! Es un atropello a su autoridad y si considera que ha de rendir la plaza deben acatar sus órdenes. Personalmente haría fusilar a ese capitán engreído y soberbio que ha desenfundado el arma.

—Nada es nunca tan sencillo teniente coronel, y quizás el que quiere rendir la plaza sea usted mismo. Como he dicho, no tengo más interés en rendir la plaza que el salvar a todas las pobres mujeres y niños, que han traído esos desgraciados. Están dispuestos a sacrificar a toda su familia en un holocausto patriótico. Pero no olvidéis que son el grueso más numeroso de soldados y están altamente cualificados. Sin ellos, esto sería del todo punto absurdo siquiera intentarlo. Considero que la defensa es una locura, pero si la Guardia Civil está

dispuesta a dejarse matar por defender España, el ejército no será menos. Y ahora, si me lo permiten, he de pensar un momento a solas.

Los oficiales salieron de la estancia, quedándose rezagados Villalba, Méndez y Cirujano

—¿Que pensáis de todo esto? —preguntó Méndez.

Villalba, que estaba deseando hablar, contestó rápidamente.

—Eymar es un loco, pero ha conseguido que esto se precipite obligando al viejo coronel a declarar la guerra. El coronel ha estado moviéndose en tierra de nadie sin llegar a definirse. Ahora no le queda otra opción. Valencia estaba influyendo demasiado en él y la sublevación corría un riesgo elevado de venirse atrás.

—Aun así, no me quedo del todo tranquilo —respondió Méndez—. Por lo que propongo mantener vigilado al viejo coronel.

—¿Y cómo podemos hacerlo sin levantar sospechas? —intervino Cirujano.

—Podemos despejar el cuarto de al lado y montarlo como nuestras habitaciones personales, de tal manera que siempre estemos uno de los tres haciendo guardia para evitar sorpresas.

—¡Es una locura Villalba! Y el coronel puede indisponerse contra nosotros.

—Lo dudo mucho, somos sus oficiales de confianza y la Guardia Civil estará encantada. Solo Valencia puede sospechar algo, pero si el coronel no ha hecho nada contra Eymar, menos contra nosotros.

Y dando por válidos los argumentos del capitán Villalba, se despidieron acordando subir todos sus enseres esa misma tarde.

Mientras los oficiales confabulaban para tener vigilado al coronel, este recapacitaba todo lo que estaba aconteciendo. Y en la tranquilidad del mediodía, cuando el bochorno adormece hasta las moscas, puso sus pensamientos en orden. Sacó su diario, y para poner sus asuntos en claro escribió muy esquemáticamente lo sucedido durante el día.

Día 20 de julio, lunes.

En este día se tuvieron noticias de que la orden de envío de las municiones fue recibida directamente por el coronel Soto, jefe de la fábrica de armas, acordándose no remitir las municiones ni entregar las armas, que, además, habían de ser custodiadas por doscientos guardias civiles de esta comandancia. Por la noche de este último día, el inspector de la Guardia Civil, general Pozas, conminó al jefe de la comandancia para que se cumplieran las órdenes anteriores, amenazando, en caso contrario, con el envío de una columna y el bombardeo de la plaza, asegurando que él cumplía lo que prometía.

El coronel dejó la pluma con cuidado junto a su diario y releyó lo escrito hacía un momento. Había tenido cuidado en no dejar alusiones a lo sucedido con Pedro Romero y el capitán Eymar. Aunque lo que

más le afectó fue la llamada del general Pozas. Le había impactado más el saberse aislado que la llegada de todas las familias de la Guardia Civil. Y eso que este desorden era más que suficiente para afectar a su carácter disciplinado y organizado. Aquello parecía más un pueblo que una academia; chiquillos jugando, mujeres en corrillos, paisanos fumando, etc. Había llegado a ver una familia entera llegar en una moto con sidecar. El guardia con su señora, la niña y el equipaje, todo dentro de una Harley Davidson. El coronel sabía que tenía el mando por antigüedad, pero también sabía que iban adelante por otros egos más fuertes que el suyo. Que todo se precipitaba a pesar de su falta de decisión y que, en el fondo, aunque no quisiese, el golpe se daría sin él. Pero el sí quería, y aunque tuviese que lidiar con personalidades más fuertes que la suya, dudaba que tuviesen su paciencia y su fe. A veces con prudencia y por la puerta de atrás se lograban más éxitos que presentando batalla campal. Todo era cuestión de tiempo, y tiempo pensaba dar.

Mientras tanto, el capitán Eymar dio orden de formación en el patio de la academia a todos los guardias civiles, los que se estaban instalando en la academia y los que ya estaban en ella. Y por medio de la cadena de mandos formaron todos los efectivos en menos de media hora. El patio de Carlos V, aunque todos lo conocían como patio de armas, estaba situado en medio del edificio. Era de planta cuadrada y de galerías porticadas a dos alturas de un sobrio estilo renacentista. El coronel Valencia salió de su despacho del primer piso y se asomó al escuchar el alboroto. La visión del patio empedrado, con la escultura de Carlos V en medio de el mismo, ya de por si majestuosa, quedaba soberbia al estar repleta de guardias uniformados en formación. Vio más de seiscientos soldados que formaban un ejército curtido y disciplinado. Solo entonces comprendió la magnitud de la afirmación hecha por Moscardó hacía un rato. Eran, en su mayoría, hombres hechos a la lucha, que venían de haberse batido el cobre en otras peleas, o haberse enfrentado a revueltas con solo un compañero y unos rifles viejos. Además, descubrió en las miradas decididas de sus ojos, la convicción que tenían de saber que el suyo no era un trabajo cualquiera, vocación de la que hacían gala con el lema pintado a la entrada de sus casas y cuarteles: Todo por la patria. Y eso habían venido a dar, todo. Se veía en sus semblantes serios pero decididos. Entonces vio a Pedro Romero adelantarse y en alta voz arengarles:

—Guardias Civiles, hermanos del cuerpo, lo mismo que yo, hemos venido con nuestras familias huyendo de lo que creíamos sería una muerte segura. Pero no quiero engañaros, van a enviarnos una columna desde Madrid a rendir esta plaza. Nos bombardearán a placer, pues no tenemos con qué defendernos de la aviación y la artillería. Solo nuestros brazos, y las escopetas que empuñan, harán

frente al enemigo mientras podamos. Además, no tenemos garantías de que lleguen refuerzos a socorrernos. Por eso os pregunto ahora, que aún estamos a tiempo. ¿Queréis rendir la plaza, o morir por ella?

El coronel Valencia, escuchando el discurso claro y directo de Romero, recordó el fervor patriótico que había tenido cuando comenzó su carrera militar. Fervor que fue perdiendo según la política se adueñaba de su mente. Notó que su sangre había vuelto a hervir por ese sueño llamado España, la cual juró defender. Por eso, no se extrañó cuando los seiscientos guardias, como uno solo, comenzaron a gritar:

—¡Morir, elegimos morir!

Mudanza (21 de julio, amanecer)

Esa noche solo los niños durmieron, y a las cinco de la madrugada todo el cuartel se puso en movimiento. Mientras, en la casa del sargento Juan Ortega, su mujer nerviosa, miraba a su marido que trataba de encontrar una pitillera.

—Juan, los de Santiago no llegan, y de aquí a Ocaña hay un buen trecho. ¿No crees que sería bueno haberlo recorrido esta noche?

—¡No lo sé mujer! No creo que sea productivo pensar qué hubiese sido mejor. Las órdenes eran esperarles y eso estamos haciendo, si no llegan antes de las seis saldremos nosotros antes de que despierte el pueblo.

—Juan, estoy nerviosa.

El sargento cogió a su mujer de las manos, las apretó tratando de infundir ánimos. No era un hombre especialmente cariñoso, pero la besó agradecido de tener en ella su mejor compañera.

—Pudiste casarte con aquel abogado y te quedaste conmigo. Te has jugado la piel por defenderme en varias ocasiones, incluso cargándome las escopetas escondida tras un muro como en la revuelta del año pasado, y nunca te has planteado abandonarme. No te mereces esta vida y sin embargo nunca te quejas. Claro que estás nerviosa..., y yo. Pero como has hecho siempre, cumpliremos con nuestro deber y ya nos reiremos cuando pase. Eres una buena mujer y yo el hombre más afortunado del mundo.

La mujer de Juan, agradecida de la muestra de cariño de su tosco esposo, fue a despertar a los niños que no entendían nada de lo que pasaba.

Mientras tanto, en la entrada del cuartel, dos guardias jóvenes dejaban en el suelo, con esfuerzo, la caja de madera con la ametralladora.

—Ocaña no está cerca, ¿cómo crees que transportaremos esto más nuestro equipamiento?

—Yo que tú me iría olvidando de la maleta, así que coge lo imprescindible que nos vamos andando.

Justo entonces unas luces y el ruido de un motor rompieron la quietud de la noche. Tres pequeños camiones fueron a parar ante la puerta del cuartel.

Eran unos camiones de cabina doble, con una caja de madera cubierta por una loneta. Bajó del primero de ellos un guardia de avanzada edad y pidió hablar con el superior. Como al sonido de los camiones habían salido a la puerta todos los guardias de la casa cuartel, Juan se adelantó y cuadrándose se presentó reglamentariamente.

—A sus órdenes mi teniente. Todo listo en Noblejas.

—Pues si es así hagan el favor de subir a los camiones que vamos retrasados. ¿Cómo andan de armamento sargento?

—Tenemos una ametralladora Hotckiss del calibre siete milímetros.

—Fantástico, por lo que he oído en la radio la vamos a necesitar. No le voy a andar con rodeos y creo que vamos a una batalla en toda regla. A los de Toledo les van a mandar el ejército desde Madrid.

Se fue a girar para volver al camión y pensándoselo un momento se volvió al sargento.

—Sargento, para evitar más problemas, me he permitido decir a los chóferes de los camiones y a la gente que nos cruzamos que vamos a Toledo a combatir a los sublevados. Sé que es poco noble o valiente, pero no tengo ganas de sacrificar inútilmente a mi familia con bravuconearías heroicas. Prefiero ser práctico y llegar al destino a salvo.

Esto lo dijo con un deje de vergüenza que Juan supo reconocer como defensa de los suyos y no cobardía, por lo que para animar al teniente le dijo:

—Considero muy sensata la idea mi teniente, puesto que el objetivo es llegar a Toledo y no liarnos a tiros con la población civil. Yo habría hecho lo mismo.

El teniente le miró agradecido.

—Sargento, mi nombre es Arturo Rodríguez y agradecería su compañía en el viaje. Si quiere subir conmigo en la cabina le iré avanzando los planes que he trazado.

—Con mucho gusto mi teniente.

Y con esta marcial presentación, que inauguraba una nueva amistad, se volvió el sargento para ubicar a toda su gente en las cajas de los camiones. Metió a las mujeres y niños primeramente, luego a los guardias y el escaso equipaje que llevaban. Por último, fue a ayudar a subir la pesada caja de la ametralladora, que los dos guardias jóvenes trataban de subir en la parte de atrás del segundo camión.

—Todo listo mi teniente —dijo Juan cuando dispuso a todo su personal e intendencia.

—Suba usted sargento que nos vamos.

Emprendieron la marcha hacia Ocaña. Al salir del pueblo se cruzaron con un campesino que iba con su mula camino de la labor. Juan y Arturo, que todavía no habían hablado, lo miraron y este cruzó su mirada con la de los dos guardias. Parándose en donde estaba, saludó alzando el puño en alto al reconocer a la benemérita. La pareja se quedó aún más pensativa y preocupada.

—Teniente, ¿tiene claro en dónde nos estamos metiendo? Porque yo no, y veo a la gente muy dividida y beligerante.

—La verdad es que el tema pinta feo —dijo el teniente—. Pero los acontecimientos nos empujan en una huida hacia adelante. ¿Qué

hacer? En lo que llevamos de mes hemos tenido dos atentados en el pueblo con bombas caseras, una en la casa del cura y otro en el cuartelillo. A nuestras mujeres no las dejan vivir tranquilas y reciben provocaciones e insultos cada vez que van a por el pan. Una vez que un grupo de anarquistas trató de quemar la hacienda de un terrateniente del pueblo, hubo ataque de fuego contra nosotros cuando fuimos a poner orden y la cosa se saldó con un herido y tres detenciones. Desde entonces hemos tenido manifestaciones prácticamente todos los días. No, definitivamente no estamos contra el Gobierno ni con él, pero estamos empujados a defender a nuestras familias. Y si nos quedamos quietos en los cuarteles y se monta la revolución que desean muchos, estamos perdidos.

—¿Y usted cree que cambiando este gobierno por las bravas conseguiremos esa paz, mi teniente?

—Es posible, es posible —dijo con infinita tristeza Arturo.

Recordaba cuánto se alegró el día que se instauró la República. Estaba convencido que el nuevo orden acabaría con tanto sufrimiento e injusticia que veía en el campo del que el procedía. Pero cinco años después, veía más injusticia si cabe y, sobre todo, mucho odio e ira.

Así, hablando de política, entraron en Ocaña y se encontraron a los guardias del cuartel dialogando con unos hombres armados que mostraban una gran agitación. El teniente se asustó y paró los camiones a una distancia prudencial.

—Sargento, voy a ver qué sucede, esté preparado por si nos atacan y tenga los camiones a una distancia adecuada de tiro por si la cosa se complica.

Saltando de la cabina se acercó al grupo, que calló al verle aparecer. Un guardia joven, pero con cara de autoridad, se adelantó y acercándose rápido al teniente, le guiñaba un ojo con cara de advertencia para que no avanzase. Alcanzando su posición le saludo militarmente.

—Mi teniente, estos hombres se han presentado al vernos preparados para salir hacia Toledo. Creen que vamos a combatir a los alzados. No les hemos sacado de su error por no alborotar al pueblo.

—Está bien, cabo. Sigan la chanza, y métanlos en el camión. Pero en cuanto lo haga, les encañona y les desarman para llevarlos prisioneros y evitar que nos ataquen por la espalda. Si presentan oposición no dude en abrir fuego.

—Así se hará, mi teniente.

El cabo se volvió a donde el grupo, cruzaron unas palabras y se pusieron en marcha hacia los camiones. Los dos hombres armados subieron muy contentos al camión, saludando con el puño en alto a los asombrados guardias.

Nada más subir, en la penumbra de la oscuridad que existía debajo

de la lona de la caja, reconocieron las caras de las mujeres y niños que allí había. La sonrisa de gozo que tenía su cara se desdibujó en una mueca de extrañeza. Y antes de que sus pensamientos hilvanaran lo que estaba sucediendo, se vieron encañonados por tres fusiles. Mientras por detrás se acercó Arturo, que desarmando a los asombrados paisanos, les invitaba a permanecer en silencio si estimaban en algo su pellejo. Y dando una voz, ordenó a los camioneros ponerse en marcha.

—Quedan detenidos por tenencia ilícita de armas y oposición a la autoridad.

—Pero, ¿qué está pasando? —acertó a musitar el más delgado de los dos.

—La semana pasada se requisó las armas de toda la población civil por orden del gobernador y ustedes dos no han acatado esa disposición, por eso vendrán con nosotros en calidad de prisioneros.

—O sea, ¿ustedes no van a sofocar la rebelión de Toledo sino a unirse a ella? —preguntó el muchacho sin esperar respuesta, pues se estaba reafirmando en lo que veían sus ojos—. Pues más les valdrá pegarme un tiro ahora mismo si no quiere que grite delatándolos en cuanto tenga ocasión de hacerlo.

—No dude usted que con gusto lo haría, pero como no somos asesinos, me limitaré a llevarlo atado y amordazado.

Y quitándole el pañuelo rojo, que llevaba alrededor del cuello, se lo metió en la boca para evitar que cumpliese con su palabra poniéndoles en un aprieto.

De esta guisa llegaron a Toledo al clarear la mañana, ese Toledo que veían muchos de sus hijos por primera vez y que nunca lograrían borrar de sus recuerdos.

Civiles (21 de julio, mañana)

Mariano y Andrés Marín salieron de la reunión que habían tenido en el colegio de huérfanos, en la casa de don Santiago Aluche, cariacontecidos por lo serio de las circunstancias. Don Santiago, a pesar de su enfermedad, había prestado la biblioteca del colegio por la importancia del momento.

—¡No pensaba que las cosas estaban tan mal! Sinceramente lo digo —comentó Marín.

—Como tan bien nos han ilustrado, con el golpe de estado que han realizado diversos generales por la geografía nacional, ha saltado la chispa que necesitaban anarquistas, socialistas y comunistas para desarrollar su revolución. Y legitimados por su supuesta ayuda al Gobierno, este les ha repartido armas que han utilizado para tomar a las bravas lo que les ha venido en gana, siendo la toma del cuartel de la Montaña una excusa para sus posteriores tropelías y atropellos.

—Pero, ¿tan mal están las cosas?

—Si no lo pensásemos todos, ¿por qué te vistes con la peor ropa que tienes en el armario? Y, ¿por qué llevas la chaqueta al hombro como estilan los operarios de la fábrica?

—Sabes que vestir con decoro estos días entraña cierto riesgo, a pesar de que el coronel tenga bajo control a todos los elementos anarquistas. Tras la revuelta de la otra noche mi mujer no me deja salir a la calle si no es de este modo. Lo que no esperaba de ninguna de las maneras es que se haya tomado la determinación de hacerse fuertes en el Alcázar hasta que llegue el ejército. Sinceramente, pensaba que con los militares controlando la ciudad nada podrían hacer los exaltados.

—Andrés, recuerda lo que ha dicho el capitán Eymar al exponer la situación que viene gestándose desde hace tiempo. El empeño de los militares por tomar el control del estado es inexorable y de Madrid van a enviar una columna para doblegar a estos. Yo creo que esto solo puede acabar en una confrontación. Así que hasta que la columna de Mola llegue a Toledo, lo mejor que podemos hacer los que ellos llaman señoritos, es refugiarnos en lugar seguro o ejercerán su rabia contenida sobre nuestras personas.

— Detrás de casi todos los males de la sociedad está el dinero. Aunque parte de esta tensión sea culpa nuestra por haber permitido tanto desequilibrio social que…

—¡Andrés! —exclamo enfadado Mariano—. ¿Ya estamos con tu sentido social y cristiano de la situación? No hay injusticia en el reparto de las riquezas, ya que muchas veces el pobre es pobre porque no quiere trabajar. Al menos en Toledo donde no falta el trabajo.

Y mientras encaraban la calle grande que llevaba a la casa de

Mariano, este prosiguió con sus reflexiones acerca de la jerarquización social. Entre tanto, Andrés Marín callaba prudente, pensando que gracias a Dios él estaba en la parte alta de la pirámide. Pero que el sistema no era justo y, al fin y al cabo, si no hubiese hambre o necesidad esta tensión y odio no existiría.

En casa del doctor Aluche, don Santiago quedó solo con el capitán Eymar.

—Gracias doctor por dejarnos su casa y permitirme avisar a todos del peligro que corren.

—Gracias a usted por alertarnos capitán. Cuando regrese a su puesto, hágame el favor de darle recuerdos a la señora Gloria, reiterándole mi gratitud por el cuidado que ofreció a mi esposa durante su convalecencia. Ese tipo de cosas no se olvidan. Pero aún le he de pedir un último favor personal.

—Usted dirá.

—La cicatriz que me tiene postrado me va a estallar. Con tanto problema mi salud se va resintiendo y no soy capaz de moverme solo. Por lo que voy a quedarme en casa encerrado hasta que pase esto, y no podré cuidar a mi hijo Francisco que se queda en la academia. ¿Podría cuidarlo si eso es posible? Es pequeño y me temo que le viene algo que le supera. El que usted lo tenga controlado me dará tranquilidad.

—Claro que sí, no hay inconveniente. Dentro de lo que pueda lo tendré vigilado. Pero, ¿no debería subir usted también al Alcázar?

—Mi cicatriz no podría soportarlo.

Mientras tanto, Julián y Arturo estaban al otro lado de una puerta pequeña que tenía la biblioteca, escuchando todo con preocupación. Se miraron sin saber que pensar al oír que su padre se quedaba.

—Yo me voy a la academia —dijo Julián—. Soy militar y mi sitio no es quedarme de enfermero.

—No me parece mal, y así de paso cuidas a Francisco que debe estar asustado. Ve a tu cuarto y hazte un petate. Sal rápido, antes de que nadie te eche de menos. Yo cuidaré a papá mientras tanto si pide nuestra ayuda. Y no diré que te has ido a la academia hasta la tarde.

—Gracias Arturo —dijo Julián a su hermano, dándole un abrazo y saliendo rápidamente a su cuarto para irse disimuladamente.

Cuando Mariano llegó a su casa se despidió de su amigo Andrés, quedando en verse luego en el Alcázar. Al entrar y subir hasta la cocina, vio a toda su familia allí reunida. Le estaban esperando nerviosos tras haber visto a los militares circular por la ciudad en formación declarando el estado de guerra. Tenían una cara de tremenda preocupación.

—¡Mariano, por Dios! Me tenías muerta de miedo. ¿Por qué has tardado tanto en venir? ¿Que han dicho en la reunión?

Interrumpiendo a su mujer del torrente de preguntas, que amenazaban con continuar interminablemente, y sonriendo para no preocuparla, le refirió la conversación que habían tenido en casa del doctor Aluche. Al contarle la disposición de que, algunos como él, iban a refugiarse en el Alcázar para evitar represalias, Emilia se puso a llorar incontroladamente como salida de la tensión que tenía acumulada. Trató de decir algo entre sollozos que imposibilitaban que dijese una palabra, por lo que su marido la abrazó tiernamente tratando de consolarla o al menos mitigar sus lloros en presencia de los niños.

Teresa, que era la hija más pequeña del matrimonio, contemplaba absorta la escena sin dar crédito a lo que estaba presenciando. ¡No podía ser! Su padre no podía dejarlas solas en esas circunstancias.

—Emilia —dijo Mariano aprovechando un momento en que los sollozos de esta parecían aminorar—, no me voy más que dos o tres días a lo sumo, hasta que pase esto y las aguas vuelvan a su curso. Vosotros estaréis bien atendidos aquí. Además, está Severina que os cuidará. Lo único que tenéis que hacer es no salir a la calle, ni siquiera cuando entren los militares. Es posible que exista un enfrentamiento.

—¿Pero por qué te tienes que ir? —interrumpió su mujer, volviendo a llorar desconsolada.

—Emilia, cariño, tranquila, no llores. Si me voy es para protegeros. Soy un terrateniente acaudalado y alguno de mis jornaleros más radicales puede venir a buscarme. Así que lo mejor es que desaparezca de aquí hasta que pase el temporal. Has de comprenderlo y apoyarme, para que los niños te vean fuerte y no sufran tanto. ¿Comprendes lo que digo?

Esto último lo dijo levantándole la cara y empujándole la barbilla hacia arriba, para que sus ojos al mirarlo captasen la importancia del mensaje oculto. Emilia entendió que no había otra opción y que sus hijos no debían interiorizar la gravedad de la situación que a ella le aterraba. Por esto, por sus hijos, se rehízo. Y quitándose las lágrimas empezó a dar órdenes.

—¡Venga! Joaquín, ayuda a tu padre a prepararse algo de ropa. Soledad, busca su tabaco y algo de comida. Teresa, encárgate del bicarbonato, que tu padre tiene que salir rápido.

Todos salieron a cumplir con las órdenes recibidas como alivio al pesar que sentían, buscando en la actividad un consuelo que para nada llegaba. Todos menos Teresa, que se quedó plantada en el mismo sitio que estaba.

Mientras tanto, Marín se dirigió directamente al Alcázar antes de pasar por casa. Necesitaba hablar con su amigo Moscardó acerca de la situación real del alzamiento. Las calles toledanas estaban vacías y solo se veía pasar alguien rápido muy de vez en cuando, y eso que la

calle Ancha era de las principales de la capital. Torció a la izquierda por la calle de la Sierpe y giró por sus recodos para encarar el callejón de Lucio, que le llevaba directamente a la cuesta del Alcázar. Esta calle, empinada y de adoquines, se hallaba con un movimiento inusual de gente que contrastaba con el silencio y quietud de las calles que acababa de dejar. Encaró la puerta del Simplón por donde atajaría para acceder a la academia. Esta puerta era similar a otras que iban jalonando una base rectangular que se extendía a los pies del Alcázar y comenzaba como un gran muro que hacia de mirador a la ciudad. Iba menguando según subía la cuesta, para acabar justo donde tenía sus muros la fachada sur de la academia. Estas puertas daban a la cuesta de acceso a la academia y la llamada el Simplón era la segunda de ellas. Esta daba a un corredor oscuro como un túnel que daba acceso al primer sótano de la academia. Unos guardias le dieron el alto, se presentó y comunicó su intención de hablar con el coronel que era amigo suyo. Le dejaron pasar y circuló libremente en dirección al despacho del coronel. Recorrió el corredor hasta una sala amplia situada ya bajo el propio edificio. Subió por una escalera hasta el patio, donde Marín curioseó la vida que allí bullía. Junto a la estatua del emperador vio a un grupo de jóvenes que acababan de llegar. Entre ellos distinguió al hijo del coronel Moscardó, pavoneándose con un arma al hombro ante sus amigos y, sobre todo, la mirada de admiración de su novia. Gloria estaba encantada de que finalmente el muchacho hubiese subido a estar con ella.

—¿Y qué ha hecho finalmente tu familia? —le preguntaba la muchacha.

—Mi madre se ha quedado con Carmelo en la casa de Santa Clara, ahí estarán bien hasta que pase esto. Esta mañana hemos llenado la despensa de legumbres y agua por si el follón dura más de un par de días.

—Luis, ¿tú crees que será peligroso?

—¡Está aquí toda la Guardia Civil de la provincia!, aunque venga un ejército entero no podrán hacernos nada.

Marín sonrió al ver la ingenuidad de la juventud. Evidentemente sabía que no iba a ser nada fácil, pero no sería él quien les sacase de su error. Un sargento se presentó al grupo y se llevó a Luis con él, en el mismo momento que el capitán Eymar aparecía para decirle algo a su hija, que no tuvo tiempo de despedirse del muchacho.

—¡Hombre, el señor Marín! ¿Finalmente decidieron venirse ustedes? —preguntó complacido el capitán.

—Por ahora me he venido yo, pero me consta que irán llegando el resto a lo largo de la mañana. Gracias por la explicación de la situación, esta ha sido tremendamente reveladora.

—Es lo menos que podría hacer, pero ahora voy a intentar

transmitir esa inquietud a mi propia familia. Cualquiera que viese a mis hijas pensaría que han venido al mercado. La ingenuidad está bien en otras circunstancias, pero prefiero que sepan qué les espera. Aunque se cansen de la pesadez de su padre.

Se despidió del capitán y se dirigió hacia donde estaba el despacho del coronel para presentarse a su amigo. No fue necesario llegar al mismo, puesto que se lo cruzó por un pasillo interior por el que venía. Estaba acompañado de un soldado apodado el Dinamita, y ambos iban presurosos y con cara seria.

—¿Marín, como usted por aquí?

—Buenos días, coronel, siento de veras asaltarle en un día como el de hoy. Salgo de una reunión de casa del doctor Aluche y las noticias que contaban no son para nada halagüeñas. Muchos hombres han decidido venirse al Alcázar para hacerse fuertes aquí y de paso escapar de las masas incontroladas. Realmente, ¿es tan mala la situación?

El coronel, que se había parado a hablar con él, a pesar de las prisas que se le veían, meditó sus palabras antes de contestar.

—Querido amigo, no me andaré con rodeos. La situación es dramática. En Madrid han sofocado el alzamiento a sangre y fuego. Yo no he podido disimular más tiempo, por lo que he enviado a la ciudad dos pelotones de cornetas y tambores para declarar el estado de guerra. Vengo de atender una llamada del general Riquelme, que amenaza con enviar una columna contra Toledo inmediatamente. También dice que va a sacar ya mismo aviones que vengan a bombardear la plaza. Personalmente, acabo de enviar a mi hijo Luis a casa, a cuidar a su madre y hermano pequeño en contra de su criterio. Y eso es lo que recomiendo a todo aquel que me pregunta, no soy tan halagüeño como muchos que piensan que esto será cosa de poco tiempo. Sinceramente, no puedo garantizarle que esto se resuelva en breve. Por lo que mi consejo es que se vaya con su mujer e hijos, y vea cómo se desarrollan los acontecimientos desde fuera.

—Mi coronel, si es verdad que viene una columna y nos van a bombardear, mi sitio es quedarme aquí con usted.

Y sin saber muy bien porqué, se abrazaron ante el asombro del Dinamita, que no había visto nunca al coronel expresar sus sentimientos. Por lo visto, el ofrecimiento de apoyo de su amigo tras la noticia de que entraba en guerra le había llegado hondo.

—Gracias, Marín, quién sabe si su fe es la que necesitamos para sacar esto adelante. Y dígame, ¿cómo está mi amigo el doctor?

—Pues no mejora de su dolencia, por ello me sorprendió que ofreciese su casa. Eso precisamente fue lo que me hizo presentir la gravedad del asunto.

—Pero él no vendrá aquí, ¿verdad?

—No, él se quedará en su casa a curarse, aunque sí nos ha

recomendado al resto venir aquí.

—Ha hecho lo correcto. Ahora, si me disculpa, tengo que ir con el mando a transmitir unas disposiciones. Ve y busca un buen cuarto donde alojarse que esto se está llenando de familias de guardias civiles y luego hablamos un rato.

Se despidió de su amigo y antes de llegar a su destino se cruzó con un joven que identificó como el hijo del Doctor Aluche, que caminaba cargado con una maleta de viaje.

—¡Alférez Aluche!

Julián dejo la maleta rápidamente y cuadrado saludó reglamentariamente.

—¿Sí, mi coronel?

— Veo que va usted con una maleta.

—Así es mi coronel, acabo de alistarme en la entrada como voluntario y voy a buscar alojamiento.

—Tengo entendido que el doctor Santiago no mejora de su dolencia.

—Sí, mi coronel, sigue en cama, pero mi hermano cuida a padre muy diligentemente

—Esto es una orden y no admito insubordinación, máxime estando en estado de guerra, —esto lo dijo poniéndose muy serio y mirándole fijamente a los ojos—. Quiero que vaya a casa y cuide personalmente a mi querido amigo Santiago, y le proteja con la vida si fuese necesario. ¿Ha entendido?

Julián agacho la cabeza derrotado. Todo se venía abajo, pero no le cabía la negativa.

—A sus órdenes, mi coronel.

Y girando, se volvió lentamente por donde había venido, mientras Moscardó le miraba pensando que, lo mismo que su propio hijo, se iban abatidos por saberse fuera de lo que creían sería una aventura. Pero él se preguntaba si no estaría salvando a los muchachos de una locura de final incierto.

La ruleta del destino

Teresa, la hija pequeña de Mariano y Emilia, era una niña de doce años, vivaracha y con mucha personalidad. Alta para la edad que tenía y de un pelo muy rubio, que en una España de morenos llamaba poderosamente la atención.

A pesar de la agitación que se vivía en su casa para preparar la salida de su padre, ella seguía bloqueada sin reaccionar. Salió de su hermetismo cuando escuchó a su madre llamando a Soledad desde la cocina y, como hipnotizada, fue hasta las escaleras que bajaban al portal de la calle. La noticia de separarse de su padre le había impactado tremendamente y no comprendía que nadie hubiese hecho nada para evitarlo. Bajó muy lentamente, uno a uno, los peldaños que llevaban a un pequeño recibidor. Este tenía una puerta pequeña de una madera vieja y muy gruesa. Se aseguró de pasar la llave tantas vueltas como permitiese la cerradura. La sacó y se la guardó bajo las mangas de su vestido, a la altura del sobaco, presionando fuertemente sobre ella para evitar que se cayera. Subió las escaleras, más ligera que las había bajado, comenzando a ser consciente de lo que estaba haciendo. No tenía muy claras las consecuencias que esto podría acarrearle, pero todo lo malo que pudiese llegar lo daba por bueno con tal de no perder a su padre. Cuando llegó al piso superior vio que la cocina estaba vacía, ya que sus padres andaban en el cuarto buscando la ropa que debía llevar Mariano. Como en un susurro le llegaban las frases que en voz baja se dicen a modo de despedida los amantes; que si necesitas dos mudas, y que no mujer, que solo será una noche o dos…, por no decirse te quiero y tengo miedo de perderte o tranquila que nada me va a pasar. Entonces, vio el bote de sales de bicarbonato de su padre sobre la mesa, con el desayuno casi sin tocar. Su padre era enfermo crónico del estómago y los pocos momentos que no podía calmar los ardores de una mala digestión con las benditas sales se le ponía un humor de perros. Y ahí estaba el bote abierto y con una cucharilla dentro sintiendo que una fuerza extraña la impulsaba hacia él. Cogió el bote y se lo ajustó bajo el brazo que hasta ahora permanecía libre, diciéndose a sí misma que si su padre encontraba la manera de salir, seguro que no lo haría sin su bicarbonato. Ahora, con todos los preparativos listos, trataba de demorar al máximo lo inminente, por lo que decidió esconderse para que no la vieran. Se le ocurrió que un baño que había en una sala aparte sería un buen lugar. Cruzó corriendo un pasillo largo que tenía la casa para comunicar con la parte de atrás de la vivienda, donde se encontraba el baño. Se refugió dentro y, cerrando la puerta de madera con un pestillo que corrió desde el interior, se fue a una esquina donde agazapada se acurrucó decidida a esperar el fin del mundo.

Marín se dirigió hacia la capilla del Alcázar. Allí encontró a las monjas rezando tras la misa que el padre José acababa de oficiar.

—Buenos días padre, ¿no se queda usted con nosotros?

—No puedo hijo mío, tengo obligaciones. Ahora mismo he de ir al convento de las Jerónimas que tengo misa.

—Padre, no quiero ser pesimista, pero un ejército de descontrolados se dirige a Toledo para combatir a los que aquí nos quedamos. No creo que las calles sean seguras para un clérigo como usted, visto los antecedentes que existen. Además, necesitaremos de su dirección espiritual y consejo.

—Le agradezco su preocupación, pero no me pasará nada. Yo ya soy viejo y no represento peligro para nadie. Además, esto está lleno de sacerdotes por todas las esquinas confesando y reconfortando a los soldados. Haga como las hermanas, ellas saben quién es el importante de los que estamos aquí y Jesucristo sí se queda en el sagrario con ustedes. He dejado alguna forma para que estéis constantemente acompañados por Él. ¡Pero mira quién tenemos aquí! –exclamó gratamente sorprendido el padre José al ver a Julián que volvía a casa por la parte de atrás—. Pero si es el joven Aluche, ¿a dónde se dirige mi sobrino favorito con esa cara de funeral?

—Hola tío, vuelvo con padre, el coronel me ordena regresar a casa. ¡No sé para qué llevo todo este tiempo estudiando esta profesión si a la hora de la verdad he de hacer de niñera!

—No te preocupes, que tiempo para la guerra, por desgracia, hay siempre. Pero para cuidar a tu padre no lo tendrás tanto. Obedece y alégrate que quizás sea lo mejor. Acompáñame, y así no voy solo por la calle. Y de paso dejamos más tranquilo al señor Marín que tan preocupado está por mi persona.

Se despidieron. Marín los vio alejarse por el pasillo, muy hablador el cura y cabizbajo y triste el muchacho. Se quedó preocupado por la falta de implicación del clero en su resistencia. Porque, aunque el padre asegurase que muchos eran los sacerdotes que allí había, lo cierto es que todos se estaban despidiendo para acudir a sus quehaceres. Empezó a considerar seriamente si quedaría algún pastor que atendiese ese rebaño tan numeroso.

Cerca de allí, en la casa de los Eymar, Manuel trataba de explicar la mudanza a su familia. Había dormido poco y mal, madrugando mucho para salir pronto.

—Solo será para un par de días o tres, no hace falta que hagas una maleta, coge lo imprescindible.

—Pero Manuel —se quejó su mujer—, si vamos a dormir fuera necesitaré una muda. ¿Cómo quieres que no haga una maleta?

—Está bien —concedió—, pero haz el favor de no ser exagerada con lo que metes, que en cuanto pase la tormenta volvemos. ¿No

estarán haciendo otra las niñas verdad? Salimos en cinco minutos, así que más vale que se espabilen.

Y dando una voz se dirigió a la pequeña que pasaba en ese momento por el pasillo acompañada de su hermano pequeño.

— Berta, por favor, dile a tus hermanas que vengan aquí con una muda y el pijama, y que se dejen de maletas.

Las chicas fueron muy contrariadas a quejarse a su padre.

—Papá, si vamos a pasar algún día fuera necesitaremos ropa de cambio.

—Salimos ya porque viene un ejército a hacer la guerra, no vamos de vacaciones a un hotel, señoritas. Así que coged lo que he pedido para esta maleta y salimos inmediatamente de casa. Si tardamos un poco más nos quedaremos con los anarquistas de compañeros de cuarto. Además, nuestros invitados nos están esperando ya en la calle y tu amiga Marga también está allí, por lo que la estancia no se te hará tan aburrida.

Gloria pareció conformarse al saber que estaría su amiga Marga y con las quejas y murmullos de la pequeña, salió la familia a la calle con una pequeña maleta confiando regresar pronto a su casa.

En un piso cercano, Mariano y Emilia se estaban volviendo locos buscando el bicarbonato. Ya se había preparado una pequeña maleta con un par de mudas por la insistencia de Emilia. Y, aunque él podía pasar sin ropa dos días, se negaba a hacerlo sin sus sales.

—¿Dónde están las malditas sales? Estoy seguro que las había dejado sobre la mesa de la cocina. Emilia mira en el cuarto no sea que se hayan quedado en el bolsillo de la chaqueta, por favor.

—Papá, tampoco aparecen en el comedor…

De repente se quedaron todos en silencio pues un ruido extraño entraba por la ventana. Al principio fueron unos golpes secos aislados en el tiempo, pero por momentos empezó a coger una intensidad inusual en velocidad y fuerza. Todavía no lo sabían, pero ese sonido que transformó sus caras en terror, acabaría siendo tan familiar esos meses como el canto de los pájaros, que ahora también habían quedado mudos.

—Mira, Mariano —asevero su mujer—, no sé dónde están las sales, ni si estarás más seguro en el Alcázar, pero tú de esta casa no sales. Te quedas a cuidar de tu familia y que sea lo que Dios quiera.

Órdenes son órdenes. Francisco, sujeto a la obediencia de su rango, no opuso resistencia a coger todo el armamento reglamentario y acudir, con sus compañeros de la escuela, al patio del Alcázar. El patio, tan bullicioso la tarde anterior, aparecía vacío por ser muy temprano. Una compañía, al mando del capitán Vela, formó ocupando toda la mitad trasera del descubierto, acompañados de cornetas y tambores. Junto a la estatua del emperador Carlos V, que se elevaba

en el centro, se situó el capitán Vela y su voz resonó entre las columnas cuando leyó el bando declarando el estado de guerra. Francisco escuchó horrorizado cada punto que el capitán iba sentenciando, dándose cuenta de que acababan de cruzar una línea sin retorno, que probablemente pondría en juego su propia vida. Era soldado, y la proclamación del bando que ahora finalizaba le involucraba directamente en el conflicto.

Francisco era el menor de los hermanos Aluche. Un muchacho de dieciocho años, tranquilo, que no entendía de política ni de follones. Por eso miró rencoroso a su amigo Julio, rememorando aquel café en el bar español, sentados en una mesita que cojeaba sobre el empedrado de la plaza Zocodover, la primavera pasada, que ahora parecía tan lejana.

—Francisco, piénsalo. En artillería tienes que estudiar más que un ingeniero. En caballería olerás a burro de tanto tiempo entre los caballos. Y la infantería, tal y como están los acontecimientos en Marruecos, puede costarte caro. Yo no me la jugaría y menos teniendo una escuela de gimnasia aquí en casa. Un destino tranquilo, donde te pasarás todo el servicio militar poniéndote en forma, para conquistar a las damas cada vez que salgas de paseo por Tránsito. Imagínate con tu uniforme limpio y tu porte...

Francisco recordó como miraba admirado a su amigo Julio. Era una agradable mañana de primavera, tomando sorbos de un café demasiado frío para su gusto. ¡Qué distintos sus sentimientos, ahora que el capitán los formaba para salir desfilando a Zocodover! Ahora miraba con rabia a Julio culpabilizándolo de su situación.

En la plaza se asomaron curiosas a las ventanas algunas personas a escuchar la proclama, y alguien gritó: Arriba España. Pero fue solo un espejismo de la realidad de Toledo. Enseguida volvió a ser una ciudad vacía y desierta, que devolvió a Francisco el miedo que en Zocodover había mitigado.

Hasta cuatro veces escuchó la proclama esa mañana. Aunque parecía que se la leían a una ciudad abandonada, pues la población estaba escondida, sin salir de casa y con las ventanas cerradas.

Frente a la Casa del Pueblo, donde leyeron por tercera vez el parte de guerra, Francisco notó mil ojos clavados en la pequeña sección de cornetas y tambores que acompañaba a Vela. Veía sombras tras los cristales cerrados de las casas de la plaza. Sintió que los vellos del brazo se le erizaban de miedo y tuvo que tranquilizarse a sí mismo para sosegar su inquietud. Eran ojos que sabía inyectados en odio.

—Francisco –le llamó susurrando Julio–, no me gusta nada esto, menos mal que estamos de vuelta a la academia.

—¿También has visto a la gente observándonos tras las ventanas? –le preguntó Francisco.

—Sí, y la gente que nos espía en las esquinas. Oigo sus carreras cuando nos acercamos.

—¿Estás seguro que volvemos ya? Sinceramente, ya no me fío de tus previsiones.

—Sí, estoy seguro. Esta de la Diputación Provincial era la última parada y ya estamos cogiendo la subida al Alcázar.

Julio no pudo terminar su frase pues dos disparos sonaron a sus espaldas. Los tiros pasaron rozando sus cabezas. Francisco se quedó inmóvil, agachado y replegado sobre sí mismo en el suelo. Intentando ofrecer el menor blanco posible, mientras oía como Vela daba órdenes a unos soldados que salieron corriendo a un portal cercano. Se liaron a patadas con la puerta, hasta que la abrieron, destrozando el pestillo interior. Y desaparecieron escaleras arriba.

—¡Arriba! –les ordenó el capitán a los más novatos, que permanecían agachados.

Francisco y Julio se levantaron avergonzados, junto a otros dos muchachos. Cuadrándose lo mejor que pudieron, intentaron mantener una cara digna mientras transcurrían unos minutos de silencio tenso. Finalmente, aparecieron por la puerta los soldados que habían subido a la casa. Llevaban agarrado a un hombre joven y delgado que, con un pañuelo rojo atado al cuello se retorcía chillando, intentando zafarse de los militares. Vela se acercó y le golpeó con la pistola en la cabeza. Esto pareció tranquilizar al hombre que, dócilmente ya, siguió la subida al Alcázar con ellos en calidad de prisionero.

Al entrar en la academia observaron un movimiento inusual de gente que por allí se movía como si estuviesen en su casa, contrastando esa agitación con las calles desiertas. Pero Francisco no pudo satisfacer su curiosidad de saber a qué se debía ese gentío allí metido, pues el capitán Vela llamó a los cuatro muchachos que se habían tirado al suelo cuando el tiroteo. Los hizo formar para recibir al comandante Villalba, ante el fastidio de los dos amigos.

—¿Sabes qué sucede? – preguntó Julio a un voluntario que se había unido a ellos.

—Villalba pretende cortar la entrada a Toledo bloqueando el acceso a la ciudad en el hospital de Tavera. Desde hace dos días tiene allí una veintena de hombres apostados, vigilando la carretera. Pero por lo visto viene desde Madrid un contingente de soldados y voluntarios a rendir la plaza, por lo que han pedido refuerzos para allí.

—¡Menudos voluntarios somos nosotros cuatro! —dijo con ironía Julio. Y miró a Francisco de reojo para preguntar su opinión, pero éste estaba murmurando maldiciones, por lo que no se atrevió a decirle nada.

En ese momento, el propio comandante Villalba se puso al frente

del pelotón que habían formado en el patio y, ante la mirada de los que ya andaban por allí, les arengó:

—Soldados de España, los enemigos de la patria quieren entrar en Toledo para destruir con su odio todo por lo que lucharon nuestros antepasados. Solo os puedo decir que no se lo permitiremos, no les tenemos miedo. Y ahora, marchemos a enseñarles quienes son los soldados de España.

Y sin más, les puso en marcha encabezando la formación de a dos, directos a su destino, sin detenerse y a paso ligero.

Francisco, sin terminar de asimilar todo lo que estaba sucediendo, salió a paso ligero pensando que, al menos él, sí tenía miedo. Por eso estudió a la compañía con la que Villalba pensaba frenar el ataque a la ciudad. Se descorazonó inmediatamente, pues sumando a los veinte que ya estaban allí, eran menos de los que habían ido a leer el bando. Aunque pudo apreciar que junto a ellos cerraban la formación una pequeña escuadra de la Guardia Civil. Pocos, muy pocos si querían frenar el avance de un enemigo que los centuplicaba en número y venía apoyado por carros de combate y artillería. Pero eso no lo sabía en ese momento. Desconocía el número de soldados de la columna que venía a Toledo. De hecho, desconocía que venía una columna a poner fin a la obstinación de Moscardó, en lo que el general Riquelme no dudó en calificar de una chiquillería. Pero, aunque Francisco no sabía todo esto, sí sabía que venían soldados a tomar Toledo y ellos tratarían de frenarles, por eso contó cuantos hombres llevaba el comandante Villalba, ya que, si sus cálculos no fallaban, sumaban veinticuatro efectivos, más los de allí, serian cuarenta y cuatro. Solo tenía un consuelo, y no sabía si sería peor, y es que su hermano Fernando estaba allí destinado.

Tavera

El hospital de Tavera era un magnífico edificio del siglo XV de sólidas paredes de piedra que protegería al pequeño grupo. Pero había un problema, estaba habitado por un nutrido ejército de médicos, enfermeras y enfermos, que se negaban a abandonar el edificio.

—¡Estáis locos! Esto va a ser una batalla en toda regla y no un juego de niños —bramaba Villalba a los médicos que estaban con él.

—No podemos mover mucho a los enfermos y alguien los tendrá que cuidar —le argumentaba el mayor de los galenos, que parecía ser el director del hospital.

—Pues hagan el favor de dar de alta a todo aquel que pueda moverse por su pie y que se vaya a su casa. Y al resto métanlos en los cuartos interiores o en la parte trasera del edificio. Ustedes no saben lo que se nos viene encima.

—Sí que lo sabemos, coronel. Por eso no queremos irnos de aquí, es más seguro que nuestras casas —dijo el galeno ante la sorpresa del militar.

Mientras esto sucedía, Fernando, en su cargo de teniente, iba distribuyendo a los soldados de dos en dos, en cuartos estratégicos que barrían desde distintos ángulos el acceso a la ciudad. Dejó a Francisco para el final. Y cuando no quedó nadie más, le situó en un cuarto lateral que daba a una esquina del edificio, junto a su amigo Julio. Aunque este hubiese preferido que hoy le pusiesen con cualquier otro.

—Francisco, ten cuidado. Te he puesto en el área que estará menos batida, pero vamos a entrar en una batalla en toda regla y no quiero que hagas tonterías. No te pido que seas un cobarde, pero no trates de hacerte el héroe. Estaos aquí quietos y no saquéis la cabeza por la ventana, y si tenéis que disparar hacedlo protegidos por esos colchones y cabezales.

—¿Tú dónde estarás? — le preguntó compungido Francisco.

—Yo estaré organizando toda la defensa, pero vendré por este cuarto más de lo necesario. Dame un abrazo y cuídate.

Se despidieron y Francisco se volvió a quedar solo con su amigo. Volviendo a sentir la ira que tenía contra éste, se rehízo de la tristeza que le embargaba y saltó cargándola contra Julio.

—¡Eres un pedazo de merluzo! ¿Con que la escuela de gimnasia iba a ser un lugar tranquilo?

—¡Y yo qué sabía que se iba a montar una revolución! —contestó Julio—. A mí no me culpes de que se hayan desatado los instintos más primarios de las bestias, que prefieren los palos a las cartas. De todas formas, en cuanto los que vienen vean que vamos en serio y nos liamos a tiros no creo que la cosa prosiga, ni que la sangre llegue al Tajo. ¡Un par de tiros a tiempo es un revulsivo infalible!

Francisco miró a su amigo ofuscado y negando con la cabeza se volvió a asegurarse de que el equipamiento estuviese limpio y bien cargado.

—No me fío ya de tu optimismo, Julio. He escuchado disparos mientras bajábamos al hospital y los días pasados han sido demasiado movidos como para que la cosa se frene por un par de tiros. Además, las noticias que llegan de Madrid no pintan un panorama nada halagüeño. Llevamos tres días de una tensión extrema y las calles no se sabe muy bien si pertenecen a la guardia de asalto o al ejército.

Todavía estaba Francisco hablando, cuando Julio le dio un codazo en el esternón que le hizo aullar de dolor. Mirándolo para reprenderlo, se le pasaron todos los dolores y cabreos. Julio tenía la cara congestionada y la mirada fija en el horizonte. Miró hacia donde apuntaban los ojos de su amigo y se le heló el corazón. Una fila interminable de camiones, llenos de soldados, avanzaba decidida hacia donde estaban ellos. En ese instante comenzaron a ser conscientes de lo que se les venía encima. Tenían que hacer frente a una columna de unos tres mil soldados procedentes de Madrid, más un numero incontable de agregados rurales. Estos últimos eran campesinos con nula formación, pero ansiosos por luchar al verse con un fusil en los brazos. Eso, sin contar con los más de dos mil milicianos propios de Toledo, que les cerrarían el paso en caso de querer retirarse del hospital. Este edificio hacía las veces de puerta de acceso a la ciudad desde la carretera de Madrid, pero era una puerta con enemigos delante y detrás. Y todo esto lo tenían que hacer con cuarenta y cuatro soldados.

¡Una idea genial del mando superior! —pensó irónicamente Francisco—. Combatir esa multitud enardecida por la fácil victoria de Madrid, con tan solo una cuarentena de soldados niños recogidos de la escuela, donde con lágrimas en los ojos los dejaron sus madres no hacía ni cuatro meses. Dejó de pensar en cuanto el comandante Villalba pasó apresurado por el pasillo chillando órdenes muy concretas, como la de proteger las ventanas con los colchones de las camas, o que nadie disparase hasta que él lo dijera.

—¡O sea, esto va en serio! —se dijo a sí mismo en voz alta.

Le entró un apretón difícil de aguantar. Y puesto que en ese cuarto estaba solo con Julio, se fue corriendo a una esquina. Una vez aliviado, se subió abochornado los pantalones. Intentó justificarse mentalmente, pensando que, al fin y al cabo, tampoco pasaba nada por esta flaqueza delante de su amigo si iban a morir. Porque si algo era seguro, es que iban a morir. Al mirar a su amigo ratificó su conclusión. Estaba blanco como la cera y tan pendiente del ejército que venía, que no había prestado atención a su cobardía. De repente, un vómito incontrolado le salió a Julio por la boca y la nariz, sin aviso

previo, poniéndolo todo perdido. Francisco no dijo nada, ni a Julio parecía que le importase. Estaba como ausente, por lo que Francisco se limitó a acomodarse lo más parapetado que pudo tras un colchón que colocó en su ventana. Y mirando con cuidado a través de ella a los camiones que ya estaban llegando, fue desgranando lo que creía sus últimos instantes de vida. Los camiones, cargados de soldados que ondeaban banderas rojas y negras, se podían contar a docenas, ocupando todo lo que la vista alcanzaba de la carretera. Al llegar a la vera de un campo de cereal, trillado recientemente, paró el avance de la columna. Desmontaron a saltos los milicianos de los primeros camiones, enardecidos por la fácil recogida de una fruta madura, o eso pensaban en ese momento. Muchos de ellos venían de tomar el Cuartel de la Montaña y la facilidad de la batalla les daba confianza en su próximo objetivo.

El primer camión que pasó frente al hospital de huérfanos fue batido con rabia por los militares a la orden de Villalba, que no quería que nadie cruzase a Toledo. Unos hombres saltaron del camión que los transportaba y, escondiéndose tras la esquina del colegio, se organizaron. Tratando de alcanzar el colegio salieron corriendo, pero fueron masacrados sin opción a defensa formando un macabro montón de muertos al caer unos sobre otros.

Cientos de hombres que habían saltado, al parar los camiones ganaderos que estaban usando para el traslado, se agruparon y empezaron a correr hacia el hospital. Iban flanqueados por tres carros de combate dispuestos a conquistar el edificio en un periquete. El abanderado corría como los diablos intentando ir a la cabeza. Era un hombre enjuto de barba corta y descuidada, que vestía un mono caqui y al cuello llevaba anudado un pañuelo rojo. El asalto parecía más una estampida que un ataque organizado. Empezaron a alcanzar el lateral este del edificio, donde estaba el cuarto que defendía Francisco y Julio. El avance continuó, dejando de lado el hospital, cuando sonó un disparo de un cuarto contiguo a donde estaban los dos amigos. Francisco vio como el abanderado se encogía agarrándose el estómago, dejando caer la bandera, herido de muerte. La gente que iba con él paró sorprendida, una retahíla de tiros certeros fue abatiendo a todos esos pobres desdichados. El ruido de los disparos era constante y los soldados del hospital estaban haciendo estragos entre los recién llegados. El avance de los milicianos y soldados se había detenido por completo, salvo los tres carros que seguían como si la batalla que allí sucedía no fuese con ellos. Los soldados que estaban en el campo de cereal se echaron cuerpo a tierra, intentando protegerse inútilmente de una lluvia de proyectiles. Los que iban más retrasados dieron la vuelta corriendo más rápido de lo que habían venido para regresar a los camiones.

El caos era completo, y Francisco, que nunca había matado, sacaba el fusil hacia fuera y disparaba a bulto sin apuntar a ningún objetivo. Era ya más, en cualquier caso, que lo que hacía Julio. Este seguía petrificado mirando la escena, como si fuese una aparición de un espectro lo que allí acontecía. Más por miedo a que le dispararan, así expuesto como estaba en la ventana, que porque ayudara pegando tiros, Francisco le golpeó con la culata en el hombro. —¡Espabila!—.

Julio, como si despertase de un sueño profundo, se restregó la cara con ambas manos. Y mirando a su amigo, como si este fuera un extraño, cogió el arma del suelo y, apuntando, comenzó a disparar mecánicamente.

Los tiros comenzaron a disminuir y los soldados que podían corrían fuera del alcance de las balas. Prácticamente no habían disparado ni un solo tiro hacia las posiciones de los del hospital. Los carros de combate, al verse sin infantería que les apoyasen, y entendiendo lo absurdo de su avance, volvieron hacia el punto de origen. Pero antes descargaron las balas de su estómago de acero sobre el edificio, volando por el impacto y la onda expansiva los cristales de las ventanas. Francisco y Julio tuvieron que protegerse detrás de los colchones para que no les hiriesen los vidrios.

Cuando los acorazados retornaron a la carretera donde se habían concentrado, nadie pareció celebrar la victoria. Francisco sabía que sobrepuestos de la sorpresa inicial les harían un ataque organizado, y estaba convencido que sería el final del recorrido de su breve existencia. A pesar de ese presentimiento, deseaba que sucediese algo para salir de esa angustiosa quietud llena de nervio. La espera de que algo sucediese le generaba más desasosiego que la propia batalla. Asomó un poco la cabeza por el hueco que quedaba entre la ventana y el colchón. Vio cómo se agrupaba una muchedumbre en torno a un camión, sobre el que alguien les arengaba algo. La gente se organizó y protegidos por los carros avanzaron directamente sobre el hospital. Mientras, los vehículos se ponían en marcha para entrar en Toledo como si la defensa que ahí hacían los sublevados era cosa de poco tiempo el liquidarla. El comandante Villalba pasó rugiendo órdenes por el pasillo. Una pareja de la Guardia Civil, que se hacía cargo de una ametralladora, se subió al tejado del edificio. El resto de los soldados se lió a tiros contra los que les embestían.

Fue una matanza. Los hombres que iban refugiados tras los tanques blindados eran alcanzados por los del hospital, que al estar en un edificio tan grande conseguían diferentes ángulos de tiro. Por otro lado, el contingente que trataba de avanzar hacia Toledo era detenido por la intensidad de fuego de la ametralladora situada en el tejado, que anuló los dos primeros camiones, bloqueando al resto el paso por la carretera. Francisco había dejado de sentir repugnancia a matar

como por ensalmo de magia. El miedo a morir había sacado un instinto de supervivencia que le dictaba que matando no moriría él. Y disparaba sin pararse a pensar que el bulto que caía como un saco sobre el suelo era un hombre igual a él. Un hombre al que de un balazo le había cercenado novia, amigos, proyectos y una vida entera. Todo por un sentimiento estúpido de aventura y de combate.

Mientras tanto, uno de los carros se acercaba peligrosamente a la puerta del edificio, eso sí, sin infantería siguiéndole a la zaga, pues habían caído todos los milicianos que le acompañaban. Aun así, si rompía la puerta de acceso la situación de los del hospital sería muy comprometida. Todo el mundo comenzó a disparar al tanque, al que no parecía que le afectasen las balas. Francisco comenzó a desesperarse al ver como avanzaba la mole acorazada, cuando vio cómo se abría la puerta principal y salían corriendo hacia el carro Villalba junto al capitán Bádenas a pecho descubierto. Villalba lanzó una granada de mano sobre la cabina del tanque, y se tiró de manera tan ágil y rápida al suelo, que Francisco casi no se apercibió del movimiento que lo llevó cuerpo a tierra. Al momento estalló la bomba sobre la cabeza rotora del acorazado, dejándolo inutilizado en mitad del patio de entrada al edificio. El comandante Villalba se incorporó rápidamente, y entró corriendo junto a su compañero al hospital, cerrando nuevamente sus puertas. La acción había sido tan sorprendente, que todo el mundo estaba pendiente de ella y nadie disparaba ni se preocupaba de otra cosa, que no fuese ver lo que allí sucedía. Enseguida gritos patrióticos empezaron a resonar en todas las estancias. Francisco se sorprendió casi ahogado cuando quiso chillar, cayendo en la cuenta que había estado todo ese tiempo conteniendo la respiración.

Fábrica de armas

El capitán Eymar estaba con su familia en un cuarto habilitado para acoger a los oficiales. Les habían destinado un dormitorio grande, pero lo tenían que compartir con otras siete familias. Cada grupo tenía asignado un trozo de cuarto con unos camastros de los usados por los soldados. El lugar parecía una pequeña clase de alumnos, ya que las paredes tenían colgados cuadros con mapas y laminas de dibujos. Había una gran ventana al fondo y era más largo que ancho. Habían retirado las estanterías repletas de papeles y libros a una esquina y estaban puestas encima de la mesa del profesor. El resto de mobiliario, si lo huvo, había desaparecido.

—Gloria, ¿has visto cómo te miraba el teniente que nos ha acompañado? —le preguntó Pilar a su hermana, que estaba deshaciendo un pequeño hatillo que había traído de casa.

—¡Mira quién habla de galanteos! Si la que no ha parado de tontear con él eras tú. Además, esa camisa que has traído es mía, así que olvídate de ponértela guapa.

—¿Y la niña? –preguntó la madre a las muchachas, que se estaban enzarzando en la ya habitual riña por la ropa.

—No tenemos ni idea. Se fue con Santiago, el pequeño de los Bonache, cuando salimos de los sótanos. Supongo que estará jugando en el patio.

—Pues id a buscarla que estoy intranquila. Y si vuelven a venir los aviones quiero tenerla cerca.

—Pero mamá, ¿desde cuándo el papel mata?

—Mira niña que no sabes lo que dices —le sorprendió a Gloria su padre al meterse en la conversación—. Ha muerto más gente por las cosas que algunos escriben, que por el enfado de una riña airada. Y déjame que te advierta que nos enviarán aviones a bombardear la plaza. Si bien es cierto que el ensayo de tirar propaganda esta mañana era un chiste malo, las bombas que han destruido las dependencias exteriores este mediodía es algo a tomarse en serio. Por ahora no hay que lamentar víctimas. Pero temo que, si vuelven a enviar a los mismos pilotos, esta vez no errarán el tiro. Además, no tenemos baterías antiaéreas con la que protegernos de ellos. Así que si los veis venir o escucháis la alarma no se os ocurra salir de los sótanos donde estaréis seguras.

Como si fuese una premonición, las alarmas comenzaron a chillar su sonido estridente y su mujer le miró angustiada.

—La niña estará bien –intentó tranquilizar el capitán a su mujer—, pero bajaos a los sótanos y buscadla allí, yo me aseguraré de que no se queda arriba. ¡Vamos! —ordenó para sacarlas de su parálisis.

Todos en el cuarto comenzaron a salir con caras serias,

presintiendo que la guerra estaba llegando con toda su crudeza. El patio era un hervidero de gente acudiendo a las entradas de los sótanos, mientras unos soldados urgían al personal a acelerar el ritmo. El capitán buscaba a su hija con la mirada, pero no la veía. Tratando de aparentar calma, se despidió de su familia.

—Yo me tengo que quedar para acudir a mi puesto. Supongo que Berta estará abajo, pero buscadla para quedaros tranquilas. Por mi parte, antes de que lleguen los aviones me daré una vuelta por aquí por si acaso.

Al principio fue el infierno. Las primeras bombas cayeron sobre el Alcázar. El ruido y el movimiento de las entrañas del edificio, junto al humo y polvo de trilita, hicieron que todos los del sótano permaneciesen quietos y agazapados, cobijándose unos sobre otros, buscando en el contacto del compañero una seguridad que para nada sentían. Pero aún era peor el silencio que, entre detonación y detonación, permitía escuchar la respiración angustiada del vecino, una respiración compulsiva que solo el terror es capaz de producir.

Arriba todo era diferente. Los militares daban órdenes a voces, los soldados iban corriendo a cubrir sus posiciones, unos guardias civiles subían una ametralladora al tejado... Todo mientras tres aviones del ejército, provenientes de un aeródromo cercano, soltaban sus bombas, haciendo volar por los aires todo lo que se encontraba cerca de su caída.

Berta se había escondido enfadada con Santiago. Este no había querido jugar a papás y mamás y la había llamado pedorra. Así que se había metido debajo de una escalera muy grande de piedra que subía al primer piso. Ahí, agazapada, escuchó la primera detonación, que hizo temblar todo. Se asustó mucho y quiso levantarse para ir a buscar a su madre, pero un fuerte golpe la lanzó al suelo. El golpe la dejó anonadada, a la vez que un par de bombas reventaban el tejado de la torre, que se elevaba encima de donde ella estaba, incendiándola. Cascotes y tejas rotas saltaban a su alrededor mientras el sonido de las explosiones se alejaba. En cuanto pudo ponerse en pie salió de su escondite hacia el patio vacío, quedándose plantada en el empedrado al no ver a nadie.

—Dispare, maldita sea —chillaba el capitán Eymar al guardia que manejaba la ametralladora.

Y queriendo enseñar cómo, apuntaba con su escopeta y disparaba al aire, tratando de dar al avión que en ese momento soltaba una bomba que incendió un torreón.

—Capitán, a su derecha se acercan dos más.

—¡Ayúdeme a girar la ametralladora! ¡Vamos, apunte! —ordenaba Eymar mientras empujaba y trataba de orientar el arma.

—Lo intento capitán, pero están demasiado altos y las balas no

llegan —decía gritando el guardia para hacerse oír, mientras vaciaba todo el cartucho de balas.

En ese momento, otro guardia que vigilaba el pasillo vio a la niña en mitad del patio y avisó al capitán mientras echaba a correr a por ella. Manuel miró donde le habían dicho y al ver a su hija sintió que se le paraba el ritmo del corazón. Tratando de reaccionar, sintió que se le hacía eterno el tiempo que transcurrió entre que se levantaba y corría hacia su hija. Pero lo cierto es que antes de acabar de bajar las escaleras, ya había pasado al otro guardia que también acudía a por la niña. Llegó justo cuando los dos aviones que habían dado la vuelta volvían a soltar su carga mortal. Comprendiendo que no tenía tiempo de esconderse, empujó a su hija al suelo, tirándose encima de ella para protegerla. Por suerte, las bombas cayeron fuera del recinto, y la niña tan solo se llevó el golpe de la caída, junto la reprimenda que le dio su padre.

—¿Se puede saber qué haces aquí sola? ¿No has oído las alarmas? Tienes prohibido separarte de tu madre. Se acabaron los juegos y las tonterías, esto es una guerra no un juego de chiquillas.

Como la niña se puso a llorar, Manuel la abrazó y sintiéndose seguro otra vez, la cogió en brazos y la llevó con su madre.

Justo en el piso superior, un hombretón de unos cincuenta años de edad que mantenía su figura atlética y casi todo el color de su pelo, entró en el despacho del coronel.

—El comandante Méndez Parada desea hablar con usted, mi coronel —anunció el Dinamita, que ya ejercía de secretario de Moscardó.

—Dígale que pase.

El comandante era un hombre corpulento y alto que imponía con su sola presencia. Estaba de casualidad allí, pues acababa de llegar en sustitución de un capitán para impartir un curso de verano a oficiales en la fábrica de armas.

—Buenas tardes, comandante. ¿En qué le puedo ayudar?

—Buenas tardes, coronel. Estoy preocupado por los retenes que hay diseminados por la ciudad. Creo que no serán suficientes para frenar la entrada del ejército enemigo que hay en el hospital, por mucha resistencia que oponga Villalba. Pronto tendrán que ceder y me consta que la fábrica es su objetivo principal ahora mismo.

—Pero esta mañana me ha dicho que está bajo control. ¿No es cierto?

—El coronel Soto no se ha enfrentado abiertamente contra nosotros, pero no es menos cierto que no es muy afín al alzamiento. Tan solo su sentido militar ha evitado que reparta las armas a los trabajadores que se las demandaban. Además, no dispone apenas de soldados para hacer frente al enemigo. Aunque me temo que no

dudaría en rendirse al general Riquelme en cuanto aparezca por allí. Y aunque yo fuese en su apoyo, mis soldados no son fuerza suficiente para combatirlos, ni la fábrica edificio apto para defendernos.

—¿Que me sugiere hacer comandante? —preguntó directamente Moscardó.

Moscardó no era hombre soberbio, ni le avergonzaba solicitar ayuda o consejo a sus oficiales.

—Esta mañana han llegado al Alcázar varios camiones transportando a la Guardia Civil y sus familias —aclaró Méndez Parada—. Le solicito permiso para llevármelos a la fábrica y traer aquí toda la munición que pueda cargar. De forma que, aunque tomen la fábrica, no tendrían el armamento. Y si atacan el Alcázar tendremos mejor protección y material para defendernos.

—Me parece una gran idea —exclamó Moscardó—, pero tendrás que ingeniártelas para sacarlas de allí sin que se oponga el coronel Soto.

—Me hago cargo, coronel. Si no abuso de su paciencia, ¿me concedería permiso para llevarme una compañía de guardias civiles? Los pocos soldados que hay están de servicio y los guardias que acaban de llegar aún no tienen destino.

—Sí, es cierto que son el grueso de la defensa y aún los hay sin plaza. Busque al capitán Eymar y pídaselos a él. Buena suerte, comandante.

—Muchas gracias, coronel.

El comandante preguntó por el capitán Eymar en el cuarto donde se suponía que estaban instalados. Pero allí ya no quedaba ni rastro de las familias alojadas, en su lugar había dos soldados poniendo trastos para cubrir las ventanas.

—Han trasladado a todas las familias a los sótanos, sin hacer distinción de categorías. Estos cuartos ahora son inseguros, y estamos bloqueando las ventanas, mi comandante. —dijo uno de los soldados a Méndez. Este se dirigió a donde le indicaban.

Al entrar a los sótanos percibió un desagradable olor a humanidad. La gente se hacinaba como podía, pegándose a las paredes, dejando un pequeño pasillo en medio por el que poder circular. Tras preguntar un par de veces encontró a la familia Eymar, en un cuarto que fue almacén de grano.

—¡No pienso dormir aquí! —decía Gloria muy digna a su padre.

—¿Te crees que esto es el hotel de San Sebastián? —le respondía su padre airado—. Estamos en guerra y solo los sótanos ofrecen ciertas garantías contra la aviación y la artillería.

—Pero al menos necesitaremos otros dos colchones —replicaba Pilar—, solo nos han dado dos y somos cinco para usarlos.

—Pues haremos turnos, o juntadlos y dormid cruzadas. ¡De verdad

que no me puedo creer que seáis tan señoritingas! Hay familias que no tienen más que una estera para todos ellos.

—¿Capitán Eymar? –interrumpió el comandante Méndez.

—Soy yo, comandante. ¿En qué puedo servirle?

—Capitán, voy a llevarme diez camiones de los que ha traído esta mañana su tropa, para traerme la munición de la fábrica de armas. Necesito que me dé apoyo con un par de patrullas de guardias de su compañía.

—Por supuesto, mi coronel. ¿Para cuándo quiere que estén disponibles?

—Lo antes posible, quiero hacerlo rápido.

—Inmediatamente lo organizo.

No habían pasado ni cinco minutos, cuando Eymar hubo reunido a una centena de guardias, entre los que se encontraba Juan, junto a un teniente llamado Ángel Delgado. Apenas habían tenido tiempo de ubicar a sus familiares en los sótanos de la academia, pero ya estaban preparados como si llevasen esperando ese momento toda la vida.

—Todos listos y en formación, mi capitán —informó el teniente Delgado.

—Muy bien, teniente. Coja todos los camiones que le sea posible y meta en ellos a cuatro guardias, el resto que siga tras ellos. Releve en su bajada a los veinte guardias que están en la puerta de la Bisagra.

—A sus órdenes, mi capitán.

—Mi coronel —informó Eymar a Méndez, que se acercó al ver a la Guardia Civil en formación—, cuando quiera.

—Perfecto. Adelante.

Once camiones bajaron hasta la fábrica de armas deteniéndose únicamente al pasar por el balcón del miradero. El teniente dejo allí un retén de guardias civiles con una ametralladora, para protegerles las espaldas en caso de retirada.

Cuando los camiones llegaron a la fábrica, los soldados que permanecían al mando del coronel Soto fruncieron el ceño. Con cara de mal disimulada animadversión se dispersaron la mayoría, no entrometiéndose en lo que se había venido a hacer.

Por contra, los pocos oficiales en prácticas del comandante Méndez sí salieron a ayudar.

—Poned guardias alrededor del edificio —ordenó el teniente Delgado—, y los que queden que se pongan a cargar municiones.

—Teniente —llamó Méndez—, venga usted conmigo a reunirse con el coronel, a ver si aún podemos mantener la defensa de este recinto.

—¡No lo creo comandante! —exclamó un oficial artillero de los que vino con Méndez—. Justo antes de llegar ustedes estaban gritando, sin recato ninguno, que ya llegaban los suyos al ver a la columna del hospital, y el coronel Soto nos ha impedido hacer fuego sobre el avión

rojo que ha bombardeado el Alcázar.

—Esta bien, ayuden ustedes a la carga de la munición mientras veo qué se puede hacer.

El comandante Méndez junto al teniente Delgado, se reunieron con el coronel Soto y su oficialidad a deliberar. Mientras tanto, el resto del personal cargaba cajas enormes de munición en los camiones. Los Guardias trataban de que los soldados de la fábrica ayudasen, pero éstos se escabullían o lo hacían de muy mala gana. Hacía un calor insoportable. El sudor que resbalaba por sus brazos dificultaba la carga de las pesadas cajas. Aun así, lo hacían con diligencia azuzados por los tiros que se oían próximos, por lo que pronto fueron llenando los camiones.

No había pasado mucho rato cuando dos hombres mal uniformados se presentaron atravesando la huerta llamada del tío Neto, con una bandera blanca. El que llevaba la voz cantante era un cabo mal arreglado y con una toalla al cuello, supuestamente para quitarse el sudor. El otro quedó esperando fuera.

—Coronel, fuera hay un emisario del general Riquelme que quiere hablar con ustedes. —anunció un soldado al grupo de oficiales, que deliberaba alrededor de una mesa de planos.

—Está bien, hágalo pasar.

El hombre entró a la sala con poca disciplina militar y, sin saludar, soltó lo que había venido a decir.

—Me envía el general Riquelme para exigir la rendición de la fábrica de manera inmediata. De lo contrario —acabo amenazando— bombardeará la plaza en quince minutos.

—Un ultimátum de guerra dictado por un general. Y traído aquí por todo un cabo —ironizó Méndez.

—Tendrá que comprender, cabo —dijo el coronel Soto—, la extrañeza que nos produce al comandante y a mí que sea un cabo el que traiga un ultimátum de guerra de un general.

—Coronel, quizás los tiempos han cambiado y la cosa ya no funciona como antes. Vengo de Madrid, y a sus compañeros del cuartel de la Montaña no les valió de mucho pedir clemencia cuando entramos, tras no haber aceptado la rendición. Yo que ustedes haría caso del generoso ofrecimiento del general Riquelme y evitaría dormir esta noche en el infierno.

—¡Esto es inadmisible! ¿Cómo se atreve a hablar así a un superior? Si por mi fuera le fusilaba ahora mismo —saltó el comandante.

—Tranquilícese comandante —invitó Soto a Méndez—. Lo cierto es que el tema es muy serio, y no quiero cargar en mi conciencia con la muerte de estos muchachos. Salga usted afuera e informe sobre el ultimátum a mis soldados para que sepan a qué se enfrentan —ordenó el coronel al cabo ante el asombro de todos.

El comandante, comprendiendo que el dudoso coronel Soto no tenía intención de hacer frente al ejército de Madrid y que estaba perdiendo el tiempo, se desanimó. Así que, antes de que su tropa se desmoralizase, por los informes desalentadores de la toma del cuartel de la Montaña que traía ese cabo, decidió irse.

—Está bien, ni la estructura de ladrillos es débil, ni somos un número suficiente de soldados para combatir al enemigo. Aquí lo que no hay es valor ni coraje para hacerlo —esto lo dijo Méndez mirando a un reducido grupo de oficiales, que presentía más cercanos a su causa que a la del coronel Soto—. Así que yo me subo a la academia y les invito a acompañarme.

En ese punto se dio la vuelta y, acompañado por el teniente Delgado, salió dando un portazo y diciendo a viva voz que se iba al Alcázar con el que quisiera seguirle.

Cuando los dos oficiales llegaron a los camiones escucharon como el cabo desmotivaba a los soldados narrando las trágicas consecuencias de los hombres que resistieron en el cuartel de la Montaña.

—Ahí afuera hay más de diez mil soldados dispuestos a restablecer la legalidad en esta ciudad. ¿Cómo pensáis que una centena de soldados va a poder frenar esa masa?

—Porque cada uno de los leales a España vale como un millar de esa chusma —bramó Méndez perdiendo la paciencia, para sobresalto del cabo, que se metió en la fábrica asustado—. Vámonos de aquí antes de que mate a alguien.

Salieron precipitadamente. Entraron a Toledo por la Puerta de Bisagra y atravesaron la ciudad muy rápido. En diputación provincial recibieron descargas de fusilería que, al venir de lejos y la mala puntería del enemigo, no hirieron a nadie y no fueron contestadas. Tan rápido se fueron, que olvidaron a un retén de doce guardias que quedó vigilando la parte trasera de la fábrica, entregada al enemigo sin nadie a quien proteger salvo ellos mismos. O quizás proteger, sin saberlo, a tres hombres que se quedaron solos en el despacho cuando salieron todos.

—¿Qué hacemos? —preguntó uno llamado Dorda

—Mi teniente —contestó Ríos—, si hemos de morir, tenemos que morir con los nuestros.

—¡Pues hala, todos arriba! —saltó el tercero llamado Zarranz.

Y elaborando un plan precipitado se pusieron en marcha.

Ocupación

El comandante Villalba hizo llamar al teniente Aluche.

—Teniente, hágame el favor de exponerme su visión de la situación —le ordenó Villalba a Fernando nada más verle entrar.

—Mi comandante, la guarnición del hospital de Tavera está con buen estado de ánimo, pero la munición está acabándose. No hemos comido desde que llegamos, hace más de un día. El enemigo se ha dividido en dos y avanza junto a la fábrica de armas, por lo que es posible que nos hagan la tenaza y acabemos entre dos fuegos. Además, están preparando artillería pesada que pondrá en peligro la vida de los cincuenta civiles que están aquí refugiados.

Aquí hizo Fernando una larga pausa que Villalba supo interpretar correctamente.

—Han hecho ustedes más de lo que se les había encomendado. Además, no ha muerto nadie y hemos frenado un tiempo precioso el avance del enemigo. Hace un buen rato que vengo observando que no hay lucha en la fábrica, por lo que doy por perdido ese enclave y creo lo mismo que usted. No veo una deshonra en ceder la posición por salvar a esta gente.

—¿Doy orden de retirada? —preguntó Fernando.

—No. Esto me corresponde hacerlo personalmente. Esta mañana he enviado al capitán Bádenas al Alcázar para recibir órdenes del coronel Moscardó, pero no tenemos noticias desde entonces y hay que tomar una determinación. Quiero ser el único responsable de la misma.

Villalba fue desplazándose por todo el recinto dando órdenes de retirada. Dispuso en formación, sobre el patio columnado del hospital, a todos los defensores, salvo un retén de cinco soldados que tirarían intensamente a discreción hasta acabar toda la munición. Ordenó que mientras durase este simulacro, la Guardia Civil tomara las ventanas del convento de los agustinos para proteger la retirada de los soldados. De ese modo retrasaría el avance de la columna sobre Toledo y, lo más importante en ese momento, sobre ellos mismos.

Salieron por turnos los paisanos acompañados por guardias civiles. Mientras tanto, el grueso de los soldados se liaba a disparar contra las sorprendidas milicias, que se habían acostumbrado a escuchar muy pocos tiros, aunque eso sí, muy certeros. En el tiempo en que se protegían de la lluvia de balas que les caía repentinamente, habían salido todos los civiles junto a la guardia y en seguida comenzaron a salir los soldados encabezados por Fernando. Salían en pequeños grupos, poco a poco y de manera escalonada, hasta que dejaron solo a los cinco designados. La Guardia Civil entró en el convento de los agustinos y se posicionó en las ventanas para proteger la retirada de los últimos que allí quedaban. Estos eran los más jóvenes y con mayor

velocidad en carrera. Mientras, los civiles se escondían en sus casas o subían al Alcázar junto al resto de soldados.

—¡Maldita sea! —bramó Francisco mientras descargaba su escopeta contra el enemigo—. Ya sabía yo que de una forma u otra de aquí no salíamos.

—¡Vámonos ya! —suplicó Julio, que no había parado de disparar en todo ese rato y se acababa de quedar sin munición.

—Han dicho que hasta que no den la orden no nos movamos.

—¡Me cago en la orden y en sus muelas! No me queda munición y estos nos van a matar de todas formas. Yo me largo.

Sin más palabras, salió corriendo. Francisco, que al dejar de disparar para verle salir escuchó que ya nadie disparaba desde el hospital, sintió un terror profundo que se acrecentó al darse cuenta que las tropas del general Riquelme avanzaban hacia su posición. Los soldados que se acercaban avanzando lentamente observaron que no les respondían al fuego, por lo que se envalentonaron y, en un visto y no visto, tomaron el hospital tirando la puerta abajo. Mientras tanto, Francisco salía por la puerta trasera con el corazón encogido en un puño. Casi le dio un vuelco al corazón cuando al salir a la calle vio a tres hombres que se estaban quitando el uniforme. Pero reconoció a un auxiliar de la escuela llamado Villoría, junto a otros dos que no le resultaban desconocidos. Sin parar a pensar, subió corriendo la carretera hacia arriba, tirando el hígado por la boca de la velocidad imprimida. Cuando estaba cerca del convento de los agustinos, comprendió que lo que esos hombres hacían era desertar de sus obligaciones y se planteó si no sería más sensato unirse a ellos que dejarse matar.

Comenzó a disminuir su ritmo justo cuando los milicianos, que habían alcanzado los pisos superiores del hospital, se dieron cuenta de lo que sucedía. Comenzaron a disparar hacia donde él estaba, a la vez que ordenaban a gritos, a los que andaban por abajo, correr tras los que huían. Las balas silbaban alrededor de Francisco, que volvió a acelerar su ritmo. Escuchó como los guardias del convento respondían a los que les perseguían con la ametralladora. Los milicianos frenaron rápidamente su avance resguardándose en los portales de las casas. Aunque los que estaban aposentados tras las ventanas del hospital seguían haciendo fuego, por lo que no disminuyó la velocidad de carrera.

El aire que Francisco trataba de asimilar a borbotones no le era suficiente y la lengua seca se le pegaba al paladar. El bombeo del corazón era tan fuerte, que estaba convencido que de un momento a otro acabaría explotándole. Pero, contra toda lógica, las piernas seguían llevándole una zancada tras otra hacia arriba, hacia el Alcázar, que se le representaba como un arca de salvación. Francisco

era un joven delgado y alto, bien proporcionado y con unos ojos azules extraños en su familia, herencia de un antepasado alemán que probablemente fuese el responsable de su pelo rubio. Aun así, quizás por su juventud, su aguante físico había llegado a su límite. No le quedaban fuerzas, por lo que tropezó con una escopeta, que había arrojado algún compañero para librase de su peso, y cayó de bruces sobre el empedrado. Tras la sorpresa vio una pequeña pistola justo frente a sus ojos. Sin saber por qué, un impulso le hizo cogerla y, prescindiendo del rifle que había perdido en la caída, se incorporó como un resorte. Volvió a echar a correr intentando coger el ritmo anterior para no descolgarse del grupo. Se metió la pistola rápidamente en un bolsillo y se desabrochó la cartuchera que iba golpeándole la cintura cada paso que daba.

Al pasar junto al convento se le unió un guardia que salía a toda prisa del edificio. Notó un aumento del número de balas que silbaban a su alrededor, comprendiendo que ya no quedaba nada ni nadie que frenasen el avance de los que le seguían para matarle. Tan solo la providencia y la velocidad de sus piernas podían salvarle.

Francisco pensó extrañado que lo más probable fuese que una bala acabase con esa huida loca. El ángulo visual se le había reducido a una línea recta, en la que su cerebro asimilaba, como una fotografía, cada bache y desnivel del terreno antes de que lo pisase. En ese momento comenzó a razonar para su desasosiego que, si la columna que había venido al hospital se había dividido, yendo gran parte de sus efectivos a la fábrica de armas, ellos eran el último reducto externo en todo Toledo. Por lo que las calles que estaban pasando ya eran dominio del enemigo. Por lo que aún tenía que dar gracias a Dios de que no les hubiesen disparado desde alguna ventana.

Sea como fuere, su ritmo había disminuido por el cansancio y la pesadumbre. Su cabeza comenzó a lanzarle mensajes de disminuir el ritmo o de parar, que chocaban con la fuerza de su voluntad. En esa pelea interna estaba, cuando vio como el brazo del guardia que corría junto él giraba bruscamente hacia adelante en una posición antinatural por el golpe de una bala. El hombre fue impulsado por el golpe, perdiendo el equilibrio. Francisco lo cogió prácticamente en el suelo y le obligó a levantarse y a seguir corriendo. Ya sea por el miedo de que otra bala le alcanzase a él o por la solidaridad de ayudar a otro, olvidándose de sí mismo, Francisco recuperó una energía que creía perdida. Y doblando la curva del mirador, encaró el último y más empinado tramo al Alcázar.

Por un momento se dejaron de escuchar los tiros y las balas volando alrededor. Pero cuando estaban alcanzando la puerta del simplón, volvió el sonido lacerante de las balas que silbaban rápidas antes de chocar con la pared, produciendo una salpicadura de

fragmentos que golpeaban en su piel. Pero esta vez el fuego enemigo sí tuvo respuesta por parte de la gente del Alcázar, que se puso a disparar hacia Zocodover donde se fueron resguardando los milicianos que les seguían a la zaga.

Más que entrar, Francisco saltó dentro de la puerta abierta, con el guardia herido que llevaba, casi en volandas. Tirándose al suelo creyó que se ahogaba al no poder recibir todo el aire que demandaban sus pulmones, mientras un guardia cerraba una puerta que no volvería a abrirse en mucho tiempo.

La columna de Riquelme, autodenominada Toledo, se dividió en dos falanges. La primera de ellas penetró en la ciudad por el mismo sitio por el que, unos minutos atrás, pasaron los camiones del comandante Méndez llenos de cartuchos. La segunda falange se dirigió directamente a la fábrica de armas por la carretera. El coronel Soto salió a la puerta con la oficialidad a recibir al general Riquelme, que venía con la columna. Mientras los dos líderes se saludaban, los milicianos venidos desde Madrid tomaban el edificio, sorprendiendo a los doce guardias abandonados, que se hicieron pasar por fieles al Gobierno para evitar ser fusilados.

Basilio tenía una gran libertad horaria por su trabajo, por eso se introdujo en el mundo sindical. Rápidamente progresó en el PSOE, debido a su labia y capacidad de atraer voluntades, llegando a ser el presidente de sus juventudes. Después de los acontecimientos de la sublevación, y no pudiendo hacer nada tras el fracaso de Huertas, se escondió en un caserío de las afueras de Toledo viendo que la Guardia Civil controlaba la ciudad. Allí pudo conseguir armarse y reunió una pequeña escuadra de gente del partido. Con ese grupo volvió con el ejército de Riquelme, para entrar en su ciudad sintiéndose un libertador.

—Ya me estaba desanimando de tanto esperar —dijo Basilio a un compañero llamado Feliciano—. Ahora se van a enterar muchos de los listillos que se creían superiores a mí.

—¿Por qué paramos aquí? ¿Qué edificio es este? —preguntó su amigo.

—Es el convento de los Agustinos, supongo que Cándido querrá comprobar que no quedan rebeldes dentro. Nos han disparado desde aquí.

—Entrad ahí y sacad a toda la escoria que nos ha estado acribillando desde las ventanas —ordenó su líder.

Este líder era un letrado del Ayuntamiento de Toledo, llamado Cándido Cabello. Llevaba afiliado al PSOE más de veinte años y siempre se caracterizó por su exacerbado anticlericalismo. Basilio estaba encantado de que fuese él quien los liderara. Entraron al convento empujando la puerta, que quedó abierta tras la salida de los

agentes de la Guardia Civil, y encontraron la ametralladora en el piso superior, en una ventana que daba al hospital. Bajaron a la fuerza a los asustados frailes que se habían recogido en la capilla, donde repetían oraciones inconexas unas con otras.

—¿Así es como los pacíficos frailes reciben a sus invitados? —dijo Cándido sonriendo—. Luego queréis hacer creer a la gente que la Iglesia vela por el alma de sus hijos, dándonos plomo como alimento de bienvenida.

—Señor, nosotros no hemos hecho nada —dijo el padre superior—. Se puede imaginar que no nos dedicamos a la guerra.

—Pues no lo hacen nada mal para no tener experiencia. De hecho, la ametralladora es un objeto muy piadoso.

—Entraron unos guardias y la trajeron, nosotros no hemos hecho nada —trataba de defenderse el fraile entre gritos e insultos de los milicianos, que comenzaron a arrojarles piedras.

Los frailes se pegaron unos a otros intentando protegerse, a la vez que Cándido ordenaba alejarse de ellos. Cuando los hubo dejado arrinconados contra la pared, la gente se apartó presuponiendo lo que su líder pretendía.

—Fusílenlos y sigamos, que hay mucho trabajo todavía —ordenó para satisfacción de Basilio que todavía no había matado a nadie.

Basilio se puso rápidamente con el nutrido grupo que se prestaba a ejecutar la macabra orden. Pero viendo que cada cual se ponía a disparar su escopeta sin esperar que su líder dijese nada, apuntó al fraile que había hablado y parecía tener más autoridad. Descargó su rifle mientras este le miraba sonriendo y gritaba: Viva Cristo Rey. La sensación fue extraña, por un lado, se sentía poderoso, dueño de quitar o perdonar la vida de alguien. Pero, por otro lado, la extraña sonrisa que el fraile le había dirigido le turbaba el espíritu. Como si en el fondo no tuviese tanto poder. Parecía que lo que él más valoraba, el fraile lo despreciaba. No quiso seguir pensando y salió corriendo detrás del grupo que subía la cuesta. Sin embargo, muchos de los hombres que allí había se metieron en el convento para saquear todo lo que pudiesen. Todos menos un hombre pequeño de estatura, que se quedó rezagado. Este, con un pañuelo empapado en la sangre de los frailes, escribió sobre la pared: “Así golpea la Checa”.

Basilio corría por las calles tan conocidas de su ciudad, sintiendo que cada una que dejaba detrás era ya de su propiedad. Finalmente, llegó al edificio de la radio, donde un nutrido grupo de gente estaba sacando a unos guardias civiles casi en volandas. Estos con los brazos en alto trataban de caminar hacia donde Cándido les indicaba.

—Llevadlos al general —ordenó—, y decidle que Toledo ya es nuestro.

El general Riquelme seguía en la fábrica de armas con el coronel

Soto, atendiendo a unos periodistas, cuando llegó Basilio con los prisioneros.

—General, Toledo es nuestro —informó el capitán—. Hemos sofocado la resistencia del edificio de la radio y del Banco de España. La Guardia Civil ha huido y se han refugiado en el Alcázar por lo que, salvo ese enclave, toda la ciudad está ya en nuestras manos.

—Muy bien capitán. ¿Cuántos prisioneros lleva?

—Treinta y dos guardias. ¿Qué dispone para ellos?

—Encerrarlos en la fábrica y vayan haciendo hueco, que mañana traeremos al resto de los que están escondidos en la academia.

Entonces un periodista que estaba con ellos puso una mueca de burla, como dudando que así fuese. Había visto lo que les había costado doblegar a los pocos soldados que le pararon en el hospital y tenía serias dudas de su capacidad de tomar en una tarde un edificio como el Alcázar, que además era mucho mayor que el primero.

—¿No me cree? —le preguntó el general—. La prensa siempre tan desconfiada. Esta guerra parece una película. Desde el primer día estáis los periodistas mezclados con los soldados, anotando y fotografiando cada paso que damos. Se ve que cuando peleamos en África no se os pagaba tanto, pues costaba ver alguno.

—No dudo de su palabra, general, pero reconocerá que el Alcázar no es el Hospital de Tavera, y allí encerrados hay muchos militares. No es una posición tan fácil de tomar.

—Querido reportero, acuérdese de lo que le digo y publíquelo en su periódico. Mañana tomaremos café en el Alcázar.

Convivencia

—¡Hombre, Zarranz, cómo me alegro de verte! ¿Cómo has conseguido llegar aquí? —preguntó Dorda que, junto a Ríos, intentaban encontrar al comandante Méndez.

—Como quedamos tras organizar nuestra fuga, me quedé entreteniendo al coronel Soto mientras vosotros salíais sin que os detuviesen. Le estuve haciendo preguntas absurdas de logística y divagaciones de cómo íbamos a justificar al general Riquelme la falta de armamento. Lo que no calculé fue que la columna Toledo entraría tan pronto. No había pasado ni media hora desde que os fuisteis cuando se plantaron en la fábrica, por lo que mi salida tras vosotros fue imposible.

—La verdad es que nos asustamos al subir la calle y mirar atrás. Vimos a toda la columna rodeando la fábrica y te dimos por perdido. Pero sigue contándonos que estoy impaciente por saber como lograste escapar —intervino Dorda.

—Se me ocurrió vadear el Tajo por detrás hasta el embarcadero que hay entre las dos ermitas. Crucé la pasarela de la fábrica, asustado por si me disparaban, pero nadie se percató de mi huida al estar todos recibiendo a Riquelme. Por el margen trasero todo estaba tranquilo, aunque se oían los bombazos del hospital. Antes de llegar al embarcadero dejé de escuchar la artillería y empezaron los tiros dentro de Toledo. Me asusté y aceleré el paso por si llegaba tarde y me bloqueaban la entrada. Al llegar al embarcadero el barquero me puso mala cara al ver mi uniforme militar y no quiso cruzarme el rio.

—¡Venga ya! ¿Y qué hiciste? —preguntó Dorda intrigado.

—Tuve que persuadirle con mi Astra, no te imaginas la cara que puso cuando le puse el cañón en la oreja. Supongo que en otras condiciones no se habría creído el farol, pero esta vez notó que iba en serio. Así que crucé al otro lado y llegué aquí por detrás, entrando por Capuchinos.

—¡Cómo me alegro qué así lo hicieses! —dijo Ríos—. Yo creo que Dorda y un servidor seríamos de los últimos en entrar aquí. Cruzar Toledo fue arriesgado, ya que había muchas calles tomadas por las milicias. Tuvimos que disimular quitándonos el birrete para atravesar alguna plaza donde había milicianos, que pensaron que éramos de los suyos. Y al llegar aquí nadie nos hizo fuego, aunque sí nos dieron el alto. Eso ahora es impensable tal y como se ha quedado la ciudad, la parte trasera era la única que aún no había tomado Riquelme, aunque de seguro ya la habrá ocupado.

—Pero mira quien está allí —cortó Dorda—, es el comandante Méndez. Le estábamos buscando para ponernos a su servicio. ¿Te vienes Zarranz?

—Por supuesto —dijo este.

El comandante salió al patio, que andaba lleno de gente. Estaba adiestrando en el manejo de armas a unos civiles alistados. Estos daban la impresión de no haber cogido un arma jamás, y en otras circunstancias el propio comandante se hubiese mofado de la pintoresca estampa. Pero esta vez se había tomado muy en serio la formación de los civiles alistados, incluso bajó a los sótanos para reclutar personalmente a unos conocidos.

Comandante, los tenientes Dorda, Ríos y Zarranz a sus órdenes.

—¡Hombre! Como me alegro de ver que finalmente sí vinieron ustedes, estaba seguro de que había sangre en la oficialidad de la fábrica. Si quieren ayudar me vienen como anillo al dedo. Me han encomendado instruir en el arte de las armas a los civiles voluntarios. Aunque algunos se les nota maña, como los falangistas, a otros como nuestro querido Antonio de Acción Católica, parece que es la primera vez en la vida que coge una escopeta. Si tienen la paciencia necesaria, ocúpense de los muchachos que andan más flojos.

—Inmediatamente, mi coronel —respondió Zarranz.

Los tres amigos se quedaron el resto de la jornada enseñando a coger, cargar y disparar un fusil, a los voluntariosos muchachos que rápidamente entendieron la sistemática. Quizás por la urgencia de saber que lo iban a necesitar para salvar sus vidas o las de la familia que tenían allí.

Al acabar el día, cuando ya no quedaba luz que iluminase nada, liberaron de servicio a Francisco y Julio. Habían estado poniendo sacos terreros en las ventanas, para protegerse de los tiros que les hacían desde las casas que tenían enfrente. Estaban molidos y se fueron a descansar sus doloridos cuerpos. Lo primero que percibieron al acercarse a los sótanos fue el olor a humanidad, algo completamente normal de un sitio cerrado y lleno de gente que trataba de vivir con la mayor naturalidad un encierro que se alargaba. Pero era desagradable e instintivamente se llevaron la mano a la boca, como para hacer un filtro con ella del aire que respiraban. Luego estaba la luz o mejor dicho, la falta de luz. Había unas pocas bombillas encendidas por los pasillos para evitar arrojar luz fuera de los muros y ofrecer un blanco a la artillería. Poco a poco sus ojos se fueron acostumbrando a la penumbra y recorrieron el primer sótano curioseando la vida que allí se desarrollaba. Era indudable que la disciplina militar estaba presente en la distribución de los espacios y las personas. Pero tanta gente había en tan poco sitio, que las familias se hacinaban en pocos palmos de superficie. Estas trataban de desarrollar lo más parecido a una vida normal. Las madres amamantaban a sus hijos, los niños corrían felices por la novedad, molestando a los soldados de permiso que trataban de dormitar

apoyados en sus fusiles. Se podían ver a novios cogidos de las manos de sus parejas, tratando de soltarse para acudir a sus puestos, pero retenidos en un adiós muy largo que podía ser el último que se daban. También se veían ancianos sentados en sillas de mimbre susurrando oraciones piadosas. Y por último vieron un hombre llevado por la fuerza afuera, mientras profería imprecaciones y gritos incoherentes.

—¿Qué le pasa a ese? —preguntó Julio a un joven que allí había.

—El pobre desgraciado se ha vuelto loco. ¡Menudo panorama ha dejado a su familia!

Cuando llegaron a la escalera que bajaba al sótano segundo, donde se iban a alojar, sonó la llamada a rancho.

—Francisco, vámonos al patio a cenar, que aquí dentro no me entra nada en el estómago.

—Completamente de acuerdo. Prefiero exponerme a la artillería que estar un minuto más respirando este aire viciado.

Antes de salir al patio vieron una fila de gente bajo la escalera monumental, que esperaban ser servidos por un par de soldados que habían llevado un perol enorme hasta allí. Se pusieron en la cola y sacaron el cazo metálico, que protegía su cantimplora, a modo de plato. Les sirvieron un cucharon espeso de arroz con judías, que cayó como una piedra sobre el recipiente. Francisco tuvo que agarrar fuerte el cazo para que no se le resbalase de las manos. Como el joven vio que no le iban a servir más que esa cucharada, se retiró con Julio a las escaleras, donde se sentaron a comer el guiso.

—Está más bueno que pinta tiene —dijo Julio.

—No está nada mal, pero también es cierto que no hemos comido nada desde el desayuno y cualquier cosa entra de maravilla. ¿Oye, sabes dónde están los baños?

—Sí, pero no vayas allí.

—¿Por qué? —preguntó sorprendido Francisco.

—Antes de venir aquí se me ocurrió ir. Los rojos han cortado el suministro de agua, están embozados y sucios—Creo que los querían clausurar para evitar enfermedades.

—¿Y dónde acudo?

—Han habilitado unas letrinas en la explanada junto al paso curvo, así que olvídate de la intimidad del baño.

En ese momento se oyó el sonido del trimotor que tantas visitas les estaba realizando. Sonó la alarma que los mandaba a todos a sus refugios o posiciones.

—Venga Francisco, aprieta el culo que vienen otra vez.

Una de las bombas cayó sobre una caseta que había fuera y ejercía de transformador de electricidad, incendiándola y anulando el suministro de luz.

—Ahora sí que la hemos liado, ni luz ni agua —exclamó Francisco

—, espero que esto dure poco. Acompáñame al paso curvo, que no conozco bien el recinto y menos a oscuras —pidió a su amigo.

Casi a tientas avanzaron por el recinto, mientras la gente se afanaba en encender velas y candelas para iluminarse. De camino de vuelta aprovecharon para beber agua de un pozo que allí había y como la noche era agradable se quedaron un rato más fumando un cigarro.

—Julio, no parece que tengas muchas ganas de bajar a descansar.

—Creo que las mismas que tú. ¿No podríamos ir a la sala donde duermen los cadetes?

—A mí me parece bien, pero vamos a hacer tiempo para que se duerman.

No había pasado ni media hora, cuando los dos amigos se acercaron a las escaleras y subieron al primer piso. Entraron con mucho cuidado en una sala grande, donde se alojaban en un origen los cadetes, pero que en la actualidad estaba llena de soldados que, como ellos, no querían bajar a los sótanos. Intentaron avanzar a tientas, tropezando con muebles o pisando cuerpos dormidos que protestaban entre sueños, pero no se despertaban. Finalmente, optaron por avanzar a gatas, tanteando con las manos el suelo que pisaban. Encontraron un espacio libre junto a un pilar, y aprovecharon para tumbarse los dos amigos, recogidos como podían. Francisco empujó a uno que allí había para hacerse un espacio en el que estirar las piernas. La noche pasó rápida, aunque Francisco soñó que un tronco le caía sobre los pies. Le despertó el ruido de las bombas que tiraban las baterías de Pinedo, a modo despertador, cuando no eran ni las cinco de la mañana. Entonces se dio cuenta de que el soldado que había empujado la noche anterior se le había cruzado por encima, aprisionándole las piernas. Así que, con los miembros inferiores dormidos y la espalda entumecida de estar en el suelo, empezó una nueva jornada.

Sacrificio

Luis Moscardó había dormido mal. Estaba en un cuarto extraño, no demasiado pequeño y luminoso, pero no era el suyo. Estaba amueblado por una cama de matrimonio de madera oscura, a juego con el único armario de pared que servía para guardar la ropa. El colchón era demasiado blando. Luis no sabía si por ser de plumas o demasiado viejo, aunque probablemente fuesen las dos cosas. El caso es que no había dormido casi.

Una amiga de su madre, que tenía también a su marido en el Alcázar, les había invitado a ir todos a casa de su suegro para esconderse. Este era un coronel retirado, que vivía cerca de su vivienda, y en la cual creían que estarían a salvo. Pero el anfitrión no recibió la noticia de buen grado y desde que entraron en su casa se había mostrado huraño y esquivo. Él sabía que los milicianos estaban muy rabiosos por culpa del choque en el Hospital de Tavera. Les habían producido una gran cantidad de bajas y además les había dado tiempo a refugiarse en el Alcázar de manera impune. Además, si trataban de acercarse a vengar a sus compañeros, las ametralladoras de los sitiados hacían verdaderos destrozos. Esa rabia la volcaron con los más débiles e indefensos y bandas de desaprensivos buscaban víctimas de todo tipo donde expiar sus fracasos. Al frente de todas las milicias de Toledo, Riquelme había colocado a Cándido Cabello por su buena actuación en la ocupación de la ciudad. Lo primero que dispuso este, tras saquear la catedral y vestirse con la sotana del cardenal primado, fue leer de esa guisa un bando que pedía buscar burgueses y fascistas a los que detener. Y bajo estos epítetos el viejo coronel sabía que cabía cualquiera: curas, católicos significados, comerciantes, terratenientes, agentes de policía, carlistas, falangistas, militantes de la CEDA y hasta republicanos del Partido Radical. A su edad no quería problemas, y tener allí a la familia del coronel en jefe que les estaba haciendo la guerra era buscárselos.

Basilio estaba encargado de dirigir las batidas que se ocupaban de hacer cumplir estas disposiciones, para ello subía a los pisos, pedía referencias en porterías y bares y detenía y maltrataba a todo sospechoso de ser reaccionario. Estaba disfrutando más de lo que se permitía expresar. Se sentía más poderoso que toda esa gente que siempre le había despreciado por su oficio y sobre ellos volcaba toda su inquina. El segundo día que realizaba registros eligió la calle Granada. Sin saberlo, llamó a la puerta de la casa donde estaba escondida la familia de Moscardó. Les abrió María asustada al ver que iban a tirar la puerta abajo si no les dejaba pasar, pensando qué decir, ya que el coronel había salido.

—Venimos a revisar esta vivienda por orden del Gobierno —

anunció Basilio a una asustada María.

—¿Qué es lo que quieren o buscan? —acertó a preguntar con la voz rota.

—Buscamos fascistas escondidos.

—Aquí no hay ninguno, señor, tan solo estamos mis dos hijos y yo.

En ese momento salieron Luis y Carmelo que estaban dentro de un cuarto.

—¿Y quién me asegura a mí que esos no lo son? —preguntó sonriendo Basilio al ver a Luis arreglado al modo de los señoritos que tanto odiaba—. Nos llevaremos al mayor para asegurarnos de que no lo es.

—¡Por Dios! ¿Cómo va a ser un peligro? Si mi hijo es poco más que un niño.

—Revisad la vivienda en busca de armas —ordenó Basilio, que se quedó mirando a Luis que le retaba con la mirada.

—Aquí hay unas espadas camarada —anunció uno llamado el Granadino que se había puesto a abrir todos los baúles a ver si encontraba dinero.

—Con que poco más que un niño ¿eh? —dijo Basilio mirando a Luis directamente con cara de triunfo.

—Pero si son sables de su padre, un militar muerto en el Riff —inventó María rápidamente para que le exculparan—, el crío es inofensivo.

—Señora, eso lo decidiremos nosotros —cortó en seco Basilio que con la cabeza hizo la señal a los suyos para irse—. A este nos lo llevamos.

—Por Dios, no le hagan nada, trátenlo bien, que es un niño —comenzó a suplicar María llorando inicialmente. Pero experimentando un ataque de ansiedad comenzó a rogar más insistentemente—. Llévenme a mí con él.

Basilio se quitó de mala manera a la madre y salió de la casa con Luis prisionero. No hizo falta esposarlo, pues el muchacho caminaba dócil entre sus captores. A pesar de su docilidad, su porte altivo hacia desconfiar a Basilio del chaval. Había algo que le ocultaba y su mirada lo delataba. Por la calle se cruzaron con el coronel que regresaba de buscar comida. Se sorprendió al ver a Luis e intercambiaron una mirada que rápidamente desvió el anfitrión. Al subir a su casa se encontró a María llorando abrazada por su hijo Carmelo que trataba de consolarla.

—Se lo han llevado, se han llevado a Luis —le dijo la madre.

—María, sé que esto es duro en estas circunstancias, pero creo que lo mejor que pueden hacer ahora es irse a otro sitio, esta casa ya no es segura para ustedes.

La mujer dejó de llorar de golpe y Carmelo lo miró con odio. Una

mirada que capto el viejo coronel, por lo que para evitar futuras represalias trató de matizar la recomendación.

—Si consiguen identificar a Luis como hijo del jefe de la defensa volverán a por ustedes y tenemos que evitar que les descubran. Mi recomendación es que vayan a casa de África Alamán, que también está con la mujer del teniente coronel Tuero, pues ambos maridos luchan en la academia. Allí estarán bien y seguros.

—Ahora mismo nos iremos —dijo de manera fría María, que acertadamente presumía que era más cobardía del casero que preocupación por su seguridad—. Carmelo, recoge las cosas que nos vamos —ordenó.

Basilio llevó a Luis a una checa que habían montado los socialistas en la Diputación Provincial, lo pensaba meter en un cuarto donde hacinaban a todos los señoritos que iba apresando. Pero justo cuando entraba salió por la puerta un hombre de silueta inconfundible por su gordura.

—Camarada Cabello, hemos aprisionado a este señorito en una casa de ricos de la calle Granada, por tenencia ilícita de armas —detalló Basilio a su jefe.

—¡Pero bueno! ¿A quién tenemos aquí? —exclamó sorprendido Cándido.

—¿Reconoces al prisionero? —preguntó sorprendido Basilio.

—¿Qué si lo reconozco? Este muchacho es el mismísimo hijo del traidor de Moscardó. Y ahora mismo vamos a poner fin a esta obstinada resistencia. No te imaginas lo bien que has hecho en traerle.

Pasaron intrigados con el joven al despacho, salvo el Granadino. Este discretamente regresó a la casa de la que habían salido. Había algo que le preocupaba y tenía que resolverlo. Entraron al despacho que había ocupado Cabello. Era una sala grande decorada con austeridad pero buen gusto. Cándido había respetado toda la decoración y trabajaba sobre una mesa pesada de madera de pino. Sobre ella había un teléfono negro que el jefe de las milicias descolgó. Comunicó con centralita y pidió que restablecieran la conexión con el teléfono de la academia.

En el Alcázar un soldado llamado José Luis hacía guardia detrás de una centralita muerta ya más de veinticuatro horas. Habían cortado la línea a la vez que la luz y el agua. Su sorpresa fue mayúscula al ver iluminarse el piloto rojo que anunciaba una llamada.

—Teniente —avisó el soldado a su superior.

El superior era el teniente Barber, que también se sorprendió de lo sucedido, pero él sí descolgó el aparato.

—Pónganme inmediatamente con el coronel Moscardó —ordenó Cabello con voz tonante.

En el despacho del coronel Moscardó se acababan de reunir la

plana mayor para analizar la situación. Sonó el teléfono con una fuerza que sobresaltó a todos. Algo que por otro lado era natural, pues desde que empezaron los primeros tiros los habitantes de aquel palacio medieval hablaban en un tono más bajo.

—¿Pero es que no van a rendirse? —preguntó Cabello sin tan siquiera presentarse.

—Ya saben ustedes que no y no me molesten con esas tonterías.

—¿Es usted el coronel?

—Yo mismo —contestó Moscardó.

—Soy el jefe de las milicias Cándido Cabello. Son ustedes responsables de los crímenes y de todo lo que está ocurriendo en Toledo y exijo la inmediata rendición del Alcázar. Tengo a su hijo aquí a mi lado y si no se rinde de inmediato, en diez minutos lo haré fusilar.

—¡Lo creo! —dijo Moscardó muy serio a un desconfiado Cabello.

—Para que vea que no miento le paso con su hijo.

—Hola, Papá —dijo Luis con voz muy firme.

—¿Qué hay hijo mío? —respondió el padre con voz ahogada.

—Nada, que dicen que me van a fusilar si no te rindes, pero no te preocupes por mí.

—Si es eso cierto, encomienda tu alma a Dios, da un viva a Cristo Rey y muere como un patriota.

—Adiós, papá. Un beso muy fuerte.

—Adiós, hijo mío. Un beso muy fuerte.

Luis le pasó el teléfono a su carcelero y este volvió a coger el aparato esperanzado de que su chantaje hubiese surgido efecto. Pero la cara se le transformó al escuchar la contestación de Moscardó.

—Puede ahorrarse el plazo que me ha dado y fusilar a mi hijo, el Alcázar no se rendirá jamás.

El coronel llevó el teléfono a su base muy despacio. Colgó el auricular sin quitar la vista de la pared, donde la había tenido fija desde el inicio de la conversación. Los que le rodeaban respetaron el momento presente sin hablar ni menearse siquiera. Quien más y quien menos intuía la esencia del mensaje.

Por un momento sintió un mareo y la necesidad de apoyarse con el brazo en la mesa, donde el teléfono seguía desafiando la paciencia del coronel, que mirándolo reunió fuerzas para pedir al comandante Cirujano que llamara por favor a Gloria Eymar.

Gloria estaba jugando con unos niños que tenía asignada, entre los que se encontraba su hermana pequeña que no parecía querer colaborar en el juego que se le había ocurrido.

—¡Vamos, Berta! Es sencillo, no me pudo creer que no sepas chocar la mano de tu compañero cuando te la dan a ti.

—Esto es un juego tonto y aburrido —dijo la pequeña.

—Me da igual que seas mi hermana, te advierto que si no colaboras con el resto del equipo te mando fuera de aquí.

La cosa se complicaba y encima hoy no se había levantado de buen pie, por lo que andaba escasa de humor. En ese momento apareció su padre que le dijo muy serio que el coronel la llamaba.

—No, definitivamente hoy no va a ser un buen día —se dijo por lo bajini mientras seguía a su padre al despacho del coronel.

Subieron al primer piso y entraron a un cuarto similar al del resto de la planta. Era una sala rectangular de unos cuarenta y cinco metros cuadrados, con una gran mesa central donde permanecía sentado y reflexivo el coronel, al que vio más viejo que nunca. Se quedó delante de Moscardó y se fijó en los retratos de todos los anteriores directores de la academia que flanqueaban una pared del cuarto. Detuvo su mirada en uno pequeñito y feo, con cara de susto, y recordó que su padre un día le contó que había un director al que le hicieron la foto muerto, preguntándose si sería ese.

—¡Gloria, estás aquí! —exclamó el coronel, que parecía despertar —. Disculpa a este viejo amigo, que está tan metido en su mundo de luchas y guerras, que se le olvidan las maneras.

—¿Cómo está coronel?

—No me andaré con rodeos. Sé que festeas con mi hijo Luis, y nunca me ha parecido mejor elección por parte de éste. Eres una buena chica, educada en los mismos valores que yo poseo y tengo a tu padre en gran estima. Por eso quiero que sepas por mí, en primera persona, que han llamado para decirme que tienen prisionero a Luis y amenazaban con fusilarlo si no rendía la plaza. Evidentemente, he declinado la rendición y confío que no cumplan la amenaza, pero son tiempos extraños y cabría la posibilidad de que así lo hagan.

Gloria soltó un grito de horror y se arrancó de los brazos de su padre que la intentaba retener consigo. Salió corriendo en busca de su madre.

—¡Han dicho que matarán a Luis, han dicho que matarán a Luis! —exclamaba desesperada.

Algunos conocidos trataban de pararla para tranquilizarla. Pero no lo hizo hasta que llegó a los brazos de su madre, en los cuales se sumergió llorando desconsoladamente.

Detrás de ella fueron Cirujano y Barber, que había escuchado toda la conversación en centralita. La amiga de Gloria, Marga, que trataba de consolarla junto a su madre, preguntó qué pasaba. Como se había reunido mucha gente para ver que sucedía, los dos militares se pusieron a explicar a todo el mundo la extraña llamada de amenaza.

Hasta ahora el asedio había sido diferente para cada persona según sus circunstancias. Unos estaban por obediencia, otros por amor patrio, otros por un ideal... pero tras entregar el coronel a su propio

hijo por no rendir la plaza, el asedio cobraba tintes épicos. A todos les quedó claro que allí nadie deponía las armas. O los liberaban o morían, pero el Alcázar no se rendiría jamás.

Santiago

Era temprano aún, apenas había un reflejo anaranjado en el horizonte que indicaba que un nuevo día quería amanecer. Pero para el padre José fue señal suficiente para convencerse de que ya había empezado una nueva jornada. Se levantó de la cama, en la que apenas había conciliado el sueño. Los acontecimientos de los días anteriores le turbaban más de lo que consideraba aceptable, pues se decía una y otra vez que lo que Dios tuviese deparado para su vida era bueno. Cogió el diurnal que tenía en la mesita y rezó laudes. Hoy era día grande, Santiago patrón de España, pero lo sucedido la jornada anterior no le permitía centrarse, y se obligaba a repetir muchos párrafos. La ciudad había perdido el pulso natural y una horda de gente armada se paseaba por las calles. Cuando terminó, se acercó a una vieja palangana y se enjuagó la cara. Se vistió con su vieja sotana haciendo caso omiso a las monjas que le recomendaban vestirse de paisano y, sintiéndose un poco mejor, se dirigió a la cocina para hacerse el café.

Justo en la casa de enfrente se desperezaba Basilio, que, al contrario que el cura, había dormido placenteramente. La vida le sonreía, era joven y todo el ímpetu y ardor de justicia que bullía en su sangre se habían canalizado esos días con la llegada de sus “águilas libertarias” a Toledo. Seguía encuadrado en la columna de Riquelme, pero ahora mismo no se podría decir que la ciudad era gobernada por nadie en concreto. Cada estamento tenía su propio jefe, pero todos tenían un enemigo común: los facciosos del Alcázar a los que en poco tiempo rendirían. Se dirigió rápidamente al comité que tenían montado los de la FAI en la Casa del Pueblo. No se cruzó por los pelos con don José, que acudió como todas las mañanas al convento de San Pablo a celebrar misa a las monjas Jerónimas.

Mientras tanto, a quinientos metros de allí, el amanecer había pillado de guardia a Francisco en una de las ventanas del ala norte Alcázar. Estaba junto a Julio que dormía mientras él, supuestamente, vigilaba el movimiento del enemigo, aunque en realidad sus ensoñaciones y el arrullo de la noche le tenían en un duermevela poco expectante. De repente vio un resplandor desde la posición de la artillería, situada en la finca de Pinedo. Antes de espabilarse y reaccionar, escuchó los gritos de los vigías dando la voz de alarma

—¡Arriba, Julio, que nos disparan! —despertó a su amigo zarandeándole.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué hora es?

—Está amaneciendo y hasta ahora nada, pero....

El proyectil explotó cerca de su posición y un ruido atronador hizo que todo retumbase, obligándolos a taparse los oídos de manera

intuitiva.

—¡Mierda! Nos ha tocado a nosotros soportar el peso de los *felipes* —exclamó Julio.

—¿Qué *felipes*? y ¿por qué a nosotros? —preguntó Francisco nervioso mientras volvía a mirar por la ventana.

—Desde ayer están tirando con tres calibres, 7'5, 10'5 y el de 15'5; a este último le han bautizado los falangistas como "felipes". Y el artillero que los lanza suele repetir la posición elegida todo el rato para hacer más daño, así que si ha elegido este sector prepárate que viene nublado.

—Hoy es Santiago, patrón de España y seguro que nos protegerá.

—Bueno, sabes que yo no soy especialmente creyente —dijo Julio —, pero confío en que te escuche, pues vamos a necesitar su intercesión. Estoy observando movimiento de tropas en su campamento, por lo que supongo que pretenden hacer algo gordo. Quizás aprovechando este día señalado deciden desmoralizarnos.

Basilio llegó al edificio justo cuando los cañones de Pinedo comenzaban su coreografía matinal. Ya se había acostumbrado a su estruendo, sin lograr comprender como soportaban los de la fortaleza la continua lluvia de proyectiles a la que eran sometidos. En la puerta vio que habían puesto a dos vecinos de su calle que muy serios hacían de guardias.

—¡Pero bueno! ¿Qué tenemos aquí? Pascual y Ramiro, ¿qué hace el herrero y el panadero de mi calle protegiendo la Casa del Pueblo?

—¿Pues qué vamos a hacer? Cumplir con nuestro deber de ciudadanos y ayudar al Gobierno a combatir a los facciosos sublevados. ¿O es que te crees que solo los de la FAI podéis pelear, o que solo los socialistas podéis hacer la guerra?

—No —dijo Basilio riendo—, si me parece fenomenal. Pero si no os importa voy a subir, que oigo jarana. ¿Sabéis qué pasa?

—Ha venido un señor de Madrid contando historias sobre el control del poder y la ayuda de Rusia o algo así. Pero sube y lo ves por ti mismo y luego nos lo explicas.

En el Alcázar, Francisco y Julio se armaban de paciencia, dispuestos a aguantar el bombardeo que sabían podía durar todo el día. Al que no previeron fue al capitán Eymar, que entró acompañado de uno de los jóvenes encuadrado entre la población civil no combativa.

—Buenos días, soldados. Descansen —ordenó tras cuadrarse militarmente los dos amigos—. Traigo conmigo al nuevo recluta, Pablo Delgado, que se ha formado estos días para poder defender con armas esta fortaleza. Le he pedido que venga a reforzar con su presencia esta posición.

Otro bombazo hizo tambalearse la lámpara del techo mientras caía

polvo de todos lados. Francisco se sorprendió agachándose para protegerse, agarrando a Julio que hacía lo propio. En cualquier caso, menos exagerados que el joven recluta que se había tirado al suelo encogido de terror. Solamente el capitán Eymar permaneció en correcta posición, manteniendo algo de dignidad en ese cuarto lleno de niños asustados.

—Perdone, mi capitán, no estoy acostumbrado a las bombas —dijo Francisco, por recuperar algo de dignidad mientras se incorporaba.

—No se preocupen, es normal tener miedo —dijo el capitán comprensivo—. Lo cual no es grave siempre que no les tenga sometidos y no les imposibilite cumplir con las órdenes recibidas.

Ayudó a levantarse al chico que de manera humillante se había encorvado en el suelo, y mirándole a los ojos le preguntó si estaba seguro de querer pelear.

—Perdóneme, mi capitán. Sí, quiero hacerlo. El espíritu está presto, pero la carne es débil. Además, la patria no admite regateos.

—¡Pues sea!, pero recuerde que ahora está militarizado y no hay vuelta atrás. Tendrá que cumplir con las órdenes recibidas, aunque no le gusten –advirtió.

Dicho esto, salió por donde había entrado, dejando al joven de mirada asustada de pie, observando a Francisco y Julio sin saber qué hacer. Era un chico de unos veinte años que a Francisco le resultaba familiar por haberlo visto algún día de mercado. De pelo liso y rubio, con ojos grandes bajo unas cejas muy pobladas, elegantemente vestido y con cara de niño bueno.

Francisco observó en seguida la mirada hosca de Julio, que debió de haberlo juzgado mal y condenarlo por su apariencia, por lo que intervino rápido para hacerle más agradable su bautismo de fuego. Todavía tenía muy fresco el suyo y eso le predisponía a bien por el muchacho.

—Hola, soy Francisco, parece que vamos a ser compañeros.

—Mi nombre es Pablo y siento lo de la bomba, de verdad que soy valiente....

Otro golpe sacudió la estancia. Esta vez no hizo falta tirarse al suelo para protegerse, ya que todos fueron a parar al piso mientras una metralla de escombros y cascotes saltaba por toda la estancia, y la humareda de polvo impedía verse los unos a los otros.

—¿Estáis bien? —preguntó Pablo con voz trémula.

—En mejores me he encontrado —refunfuñó Julio.

—Lo importante es que estamos todos sanos y salvos —dijo Francisco por evitar que Julio siguiese hablando y la pagase con Pablo —. El proyectil ha destrozado toda la ventana y su contorno, pero las paredes siguen en perfecto estado. Podemos reconstruir con tablones y piedras del patio el hueco que queda antes de que nos caiga otro

petardo o nos disparen desde los edificios de enfrente.

—¿Y no podríamos cambiar de emplazamiento? —preguntó ingenuo Pablo.

—¡Tú estás loco! —saltó Julio—. ¿Te crees que estás en un campamento de verano? Esto es el ejército, chaval. Los motivos por los que te has alistado tú los sabrás, pero si haces una estupidez, hazla solo, a nosotros no nos líes.

Estaba claro que Julio no sentía simpatía por Pablo, lo que Francisco no lograba saber era el porqué. Aun así, intentó poner orden en lo que podía convertirse en un infierno dentro del que ya estaban viviendo.

—Lo que quiere decirte Julio, es que una vez que se te asigna un destino hay que protegerlo con la vida si hace falta, replegarse ha de ser por órdenes de un superior o por circunstancias excepcionales. ¿Te imaginas lo que sucedería si cada vez que alguien juzgase que está en peligro dejase su puesto? El Alcázar caería como un castillo de naipes. Muchas veces la fuerza de todos reside en la resistencia de unos pocos.

Comenzaron a poner unas tablas y vigas para tapar el hueco que dejaba la ventana. Llevaban mucho cuidado, pues de repente y con una rabia inusitada los estaban acribillando a balazos. Agachados y casi gateando se acercaron al hueco para poder asomarse y tratar de contestar el fuego, pero fue del todo punto imposible. La habían tomado con ellos y no les iban a dejar parapetarse.

—¡O disparamos nosotros o acabarán haciéndonos blanco! —chilló Julio.

Francisco miró a Pablo, que estaba pálido, desestimando la idea de pedirle que le cubriera.

—Me voy al cuarto de al lado a ver si logro ver de dónde nos disparan, intentad hacer algún disparo, aunque sea sin mirar.

Con cuidado se fue arrastrando para salir de la estancia. Una vez fuera se incorporó y se dirigió, por el pasillo que daba al patio, a un cuarto que estaba un par de puertas más lejos del que estaban ellos. Se coló en un cuarto que estaba abierto, donde había una pareja de la Guardia Civil.

—¿Podemos ayudarle en algo, soldado? le preguntó un guardia grueso que rondaría la cuarentena.

—Mi nombre es Francisco Aluche, guardia de la caja número dos de reclutas. Estoy un par de cuartos más para allá —dijo señalando con el brazo—. Una bomba ha destrozado el marco junto el resto de ventana, por lo que la protección es pésima y el fuego intenso. No podemos darle respuesta desde mi posición sin exponernos, y me gustaría intentar probar suerte desde vuestra ventana, a ver si consigo neutralizar el acoso hasta que mis compañeros la reparen.

—¡Cómo no! Adelante sírvase usted mismo –dijo irónico el que

había hablado sonriendo a su compañero.

Francisco se colocó arrodillado junto a los guardias, haciendo caso omiso a sus burlas y, mirando por un hueco que había entre los sacos, observó que una gran cantidad de balcones y ventanas estaban llenos de colchones que protegían completamente la estancia. De entre los colchones asomaban rifles que disparaban sin cesar. Allí comprendió la inferioridad numérica en la que estaban y el porqué de su mofa. No dejarían de acosarles por más que él disparase.

—Sírvase usted de elegir presa, pero no tenemos todo el día —volvió a apremiarle el guardia grueso, que empezaba a fastidiarle.

Apuntó con cuidado a un balcón en el que, tras los colchones, asomaba medio cuerpo de un miliciano. Éste, intermitentemente salía a disparar, seguramente hacia la ventana de sus compañeros y volvía a esconderse. Pero Francisco observó que tenía una cadencia repetitiva de como medio minuto entre disparo y disparo, por lo que le encañonó y esperó a que asomase. Cuando calculó que salía apretó el gatillo y observó un golpe seco en el colchón que le protegía. Se levantó una pequeña nube de plumas, pero el miliciano se escondió ileso dentro del cuarto.

—Quita —dijo el guardia apartándolo—, que los vas a espantar.

Y apuntando paciente su fusil, aguantó un tiempo que a Francisco se le antojó interminable. Cuando vio la oportunidad, apretó el gatillo. Se observó un golpe seco sobre el hombre, que dio un gritito absurdo encorvándose. Inmediatamente se desplomó y fue arrastrado para dentro de la casa por algún compañero.

—Ese ya no molestará más. Así es como se dialoga con esta gente —dijo con odio—. Vamos a por otro.

Mientras tanto, en la casa del pueblo, Basilio había llegado arriba con mucho esfuerzo. Los pasillos y cuartos estaban llenos de gente que no conocía. Sorteando como pudo a la multitud, llegó hasta la puerta que daba acceso a la estancia principal. Allí, un hombre que rondaba la treintena animaba a los Toledanos a la toma del Alcázar. Aducía que todos los nuevos que habían llegado venían de tomar al asalto el Cuartel de la Montaña de Madrid. Con menos efectivos de los que Toledo tenía, y estando este cuartel más pertrechado de armas y soldados que el Alcázar. Por lo que la conquista del último baluarte de los sublevados en Toledo era pan comido.

No estaba de acuerdo Basilio con el jefe de estas milicias comunistas al que llamaban “el Moro”. Pero la gente sí se contagió del ardor del discurso, puesto que empezaron a gritar y corear eslóganes guerreros que les animaba para la acción inmediata.

Al salir a la calle todo el mundo en tropel siguió al Moro. Pascual y Ramiro se pegaron a Basilio en cuanto lo vieron, ya que, si bien eran muchos, entre tanta gente que allí había costaba ver algún toledano

que conociesen.

—Basilio ¿a dónde vamos?

—Pues parece ser que vamos a tomar el Alcázar —dijo con sorna.

Francisco estuvo con los guardias mirando como disparaban despacio, pero con una efectividad letal impresionante. Pero cada hombre que herían siempre era remplazado por otro tirador más prudente, que posicionado de otra manera menos expuesta, tiraba igual que el anterior pero esta vez sin dejarse dar.

Francisco se fue deprimido a su posición, donde encontró a sus compañeros discutiendo.

—¿Qué hacéis? ¿Por qué no disparáis o arregláis el destrozo?

—Pregúntale a tu amigo —dijo Pablo—, el muy cobarde quiere que nos vayamos.

—¡Yo no digo de irme sin más! —se defendió Julio—Esta posición está perdida ya que no podemos casi defenderla. Proponía cambiar de ubicación, pero tu nuevo amiguito se cree un héroe y dice que no cede. Que dispare lo que él quiera, que yo me largo.

De repente, un felipe de los gordos reventó la puerta principal de la academia, provocando un ruido que sorprendió a todos y los obligó a asomarse a ver qué pasaba. En ese momento otro que le seguía impactó en mitad del patio, volando la estatua del emperador Carlos, que cayó al suelo sobre su lado derecho. Un griterío salvaje obligó a Francisco a asomarse por la ventana a ver qué sucedía, y lo que vio le heló la sangre. Una ingente masa de gente, que venía armada hasta las cejas, subía por la cuesta dispuesta a entrar a costa de lo que fuera. La artillería redobló su esfuerzo lanzando bombas a su alrededor como si fuesen balas. Convencidos de que iba a volar por los aires todo su flanco, los tres muchachos entraron en pánico y Julio se levantó y salió corriendo. Francisco miró a Pablo y contagiados de un pánico similar hicieron lo propio. Salieron corriendo por el pasillo hasta alcanzar la escalera magna, donde vieron como otros soldados de su sector, incluidos los dos guardias con los que Francisco había estado antes, también desguarnecían sus puestos. La cosa estaba fea y si el enemigo tomaba el ala norte el Alcázar no tardaría en caer, pero ya nada podían hacer. Bajaron hasta el patio, donde con otros soldados pasaron junto al emperador tirado en el suelo, que como premonición parecía indicar el sino de los que allí habían resistido. En ese momento se cruzaron con el comandante Villalba, que les arengó a volver al sitio. El guardia más veterano, que tan gordo le había caído a Francisco, agachó la cabeza con vergüenza. Dejó de correr y se cuadró frente al coronel, que le cogió de la solapa y le empujó hacia arriba. Recuperó a más guardias y soldados, incluidos Pablo y Julio, reorganizando como pudo la defensa. Francisco se metió en los sótanos y se dirigió directamente a la capilla, donde un grupo de

mujeres mayores acompañaba en sus rezos a las hermanas. Al verlo entrar se sobresaltaron.

—¿Qué pasa muchacho? ¿A qué es debida esta estampida, y por qué hay tanto ruido? —preguntaron.

Francisco, que estaba aún visiblemente alterado, les refirió el asalto al que estaban siendo sometidos y su convencimiento de que ya habían perdido la posición, por lo que en breve les iban a coger a todos prisioneros. Las monjas se miraron y, como si ya lo hubiesen hablado antes, sacaron la custodia que tenían del santísimo. Esta contenía unas pocas formas que sobraron de la misa del último día y, tras rezar un acto de contrición, las fueron consumiendo con un respeto sobrecogedor. Acercándose la hermana Inés le preguntó a Francisco si quería comulgar, asintiendo el muchacho. Preparó rápidamente su alma para recibir al Señor en tan breve espacio de tiempo, pidiendo perdón de corazón por las faltas que hubiese cometido. Encomendó su alma convencido de que era el fin. Absorto en su oración sintió como alguien le izaba de las orejas. Asustado, vio al capitán Eymar que muy enfadado le chillaba.

—¿Se puede saber qué haces rezando? A tu posición pedazo de cobarde, no te mato aquí mismo porque conozco a tus padres.

—¡Pero capitán! —intentó replicar Francisco.

El capitán le envió afuera de una patada, donde salió dispuesto a entregar su vida, convencido de que tal era su sino. En el patio se encontró a más soldados que, como él, volvían a sus puestos arengados por algún superior. Cuando alcanzó con otros la escalinata, apareció el comandante Villalba sangrando por la frente y encarándose a ellos los insultó.

—¡Menuda panda! Me habéis dejado solo contra una turba de soldados, que a Dios gracias aún eran más cobardes que vosotros. Con tres tiros que les hemos dado se han vuelto a llorar a los brazos de sus madres. Si llegan a ser soldados de verdad hoy no lo contamos. Confío que la vergüenza os cubra. Y, si os sentís en algo buenos españoles, no volváis a retroceder en la vida.

Dejando los ánimos de Francisco confusos, se fue a enfermería. Este se acercó al cuarto que tenía asignado donde acababa de entrar Julio.

—Yo no sé tú —le dijo muy serio—, pero esta es la última vez que dejo mi puesto. Si tú me dejas desprotegido espero que al menos resuene mi muerte en tu conciencia.

Julio no dijo nada, limitándose a reconstruir como podía el parapeto de la ventana, pero Francisco le conocía bien y sabía que se había tomado muy en serio su amenaza.

Había sido un desastre. En cuanto los del Alcázar dispararon y los milicianos vieron como caían heridos o muertos sus compañeros, comenzaron a retroceder. Algunos echaron a correr hacia abajo entorpeciendo la marcha de los que subían, llegando a tropezarse entre ellos y atropellándose unos a otros.

Se reagruparon en la plaza de Zocodover y el Moro les indicó a todos que le siguiesen. Pronto llegaron ante la puerta del convento de las Jerónimas que estaba pegado al de la orden de las Benedictinas. La turba de milicianos paró frente a la entrada principal y se escuchó la voz del líder que se elevaba sobre sus cabezas.

—Compañeros, camaradas, hermanos, podremos volver ahora al Alcázar y ganar la batalla, pero si no extirpamos el mal de raíz, constantemente tendremos que batallar con distintos alcázares. Porque mientras existan hombres vestidos con faldas negras, que susurren al oído de nuestras mujeres qué tenemos que hacer o cómo debemos de comportarnos, no alcanzaremos la verdadera justicia. Compañeros, camaradas, hermanos. ¡Entremos en esta madriguera y cortemos de raíz la peste de esta sociedad!

El discurso y la intencionalidad del mismo pilló por sorpresa a Basilio, que entendió por qué los había llevado allí. Se turbó al comprender lo que esa gente quería hacer, más si cabe al verlos rociar de gasolina la puerta del convento. No había duda de que lo tenían preparado y no era un arrebato fruto de la pasión o de calmar su ansia por la derrota recién infringida.

Ante las dudas que el cabecilla madrileño leyó en los ojos de algunos toledanos, que no veían bien asesinar a monjas, algunas de ellas vecinas suyas, volvió a arengarlos.

—No venimos a matar a las monjas que se ocultan bajo la sotana del clero, venimos a cortar de raíz a los predicadores del odio, a los curas que con sus sermones engañan al pueblo y evitan el progreso. Es por ellos que hoy estamos aquí. Sin esa lacra social que mantiene drogada a la clase obrera, seremos imparables y el gobierno de este país será nuestro. ¡A por ellos, mis camaradas!

Dentro del convento, la madre Teresa no hacía más que asomarse al torno para ver si la tropa de milicianos decidía pasar de largo, pero cuando olió la gasolina salió histérica a buscar al demandero.

—¡Juan! ¡Juan!

—¿Qué pasa, mujer? —dijo el interpelado que salía de la habitación contigua.

—Estos hombres quieren quemar el convento, han rociado la entrada de gasolina para prenderle fuego.

—Si eso es cierto, más vale abrirles y ver qué quieren.

Y dicho esto, salió resuelto al torno, donde un clamor proveniente de la calle le erizó los pelos de la piel, presintiendo que nada bueno traía esa turba. Más por evitar morir achicharrados dentro, abrió la puerta para intentar dialogar con ellos.

El Moro, junto a otros milicianos que allí estaban, miraron desconcertados abrirse la puerta, pues no habían previsto que esto sucediera. Pero la gente estaba tan exaltada, que entró a tropel empujando al demandero, que no tuvo ocasión de decir nada. Dentro de la portería comenzaron a juntarse una gran cantidad de hombres con alguna mujer, detalle que había llamado poderosamente la atención de Basilio, ya que muchas mujeres se habían enfundado un mono y cogido un fusil para combatir como un miliciano más.

La madre Teresa había echado a correr para avisar a la priora. Prevenida del ataque del populacho, fue corriendo a la iglesia. Trató de abrir el sagrario, pero los nervios le jugaron una mala pasada, no siendo capaz de lograrlo. Mientras tanto, la llamada a sí misma "guardia municipal" se puso a recorrer el convento. Destrozando todo lo que veían a su paso, disparando salvas de fusil que provocaban un ruido aterrador. Las monjas que podían se escondían en los lugares más insospechados, siendo la mayoría apresadas y conducidas entre la multitud, que las insultaba y las humillaba.

Tras varios intentos infructuosos para abrir el sagrario, la priora miró a sor Encarnación, que acababa de entrar buscándola. Esta, comprendiendo la mirada, se adelantó para tratar de abrir el sagrario ella misma.

—Madre, déjeme a mí. Vaya usted a dar la voz de alarma a todas las hermanas que no se han enterado todavía del asalto.

La monja, con más maña que la priora, consiguió abrir la cerradura rápidamente. Sacó el cáliz y lo llevó al ventanuco que comunicaba ambos conventos, donde la superiora le explicaba a una monja benedictina lo que estaba pasando. Los tiros y gritos eran audibles desde todos los lados y el terror asomó al rostro de la benedictina que cogió las sagradas formas y salió corriendo a dar la alarma.

Mientras tanto, los tres amigos entraron en la iglesia donde algunos milicianos que se le habían adelantado, para divertirse, iban destrozando todo lo que podían.

—¡Basilio, mira a esos cafres! Están profanando los ornamentos sagrados y se están vistiendo de curas. —exclamó Ramiro sorprendido.

—Lo peor es que están destrozando esas esculturas, que por lo que sé, eran bien antiguas, al menos eso me decía mi madre.

—Yo no digo que esté ni bien ni mal —dijo Pascual un poco avergonzado—, pero ya que estamos aquí podríamos coger algún candelabro o una cruz de esas de oro.

El trío se miró interrogante, y sin pensarlo mucho más, echaron a

correr al altar, donde vieron el sagrario abierto y sin nada dentro. Lo mismo que la mesa del altar desprovista de todo ornamento.

—¡Maldición! Hemos llegado tarde, pero mira qué tenemos allí.

La hermana Encarnación volvía nerviosa, y la sorprendieron los tres hombres saliendo de la ventana que comunicaba los dos conventos.

—¡Hola, hermana! —comenzó Ramiro a hablar a una aterrada monja, pensando sacarle como fuese el paradero de cualquier cosa de valor antes de que se lo quitasen otros milicianos.

Mientras tanto, en la iglesia contigua, don José después de recibir las sagradas formas de la hermana Encarnación y avisado de lo que estaba sucediendo interrumpió la misa.

—Hermanas, en nombre de nuestro Señor, refúgiense donde mejor puedan, ya que estos hombres sin Dios han venido a destruir la obra del Creador. Y recen en silencio para acoger los designios de Dios con mansedumbre y fe.

Las monjas, histéricas, salieron corriendo sin rumbo. Don José se quedó un momento en el altar para consumir el Santísimo y evitar que fuese ultrajado. Pero antes de que le diese tiempo a poder acercarse al sagrario de la capilla, un tropel de milicianos rodeó el edificio y chillaba amenazando con incendiar el convento si no salía el cura. Don José había vivido mucho y creía estar preparado para morir, por lo que decidió entregarse. Pero con la tensión del momento se olvidó de recoger las formas del pequeño sagrario. Una hermana benedictina volvió a entrar en la capilla y se dirigió llorando al padre.

—¡Ay, don José, que le buscan a usted!

—¿Es usted, sor Serafina? No se inquiete. Voy a quitarme los ornamentos sagrados, pues no quiero que los profanen, y vayamos al martirio que el señor nos tiene preparado —contestó a la sorprendida monja.

Dejando los ornamentos sobre un banco los contempló con añoranza y sorpresa.

—¡Es curioso cómo nos apegamos a esta tierra tan mundana! Y lo peor de todo es que a pesar de quejarnos de la vida constantemente, a la hora de la verdad nadie quiere dejarla.

—¡Don José, no vaya, escóndase! —le invitó suplicante la monja.

—Sabes que esos pobres hombres incendiarán esta sagrada casa antes que dejar escapar su presa. Tengo miedo, pero no dejaré de cumplir lo que Dios me tenga reservado y si he de morir será que me quiere en su casa antes de lo que yo esperaba. Me sabe mal por mi sobrino. ¿Quién le guiará en esta edad tan difícil de la juventud? ¡Pero vamos ya! No permitamos que en mi demora cometan más tropelías. Y usted, escóndase en esa alacena de allí arriba donde las monjas guardan los recogedores, que estará más segura que conmigo.

Dejando llorosa a la hermana novicia, don José salió al encuentro de los milicianos. Estos estaban entrando en el convento llevando a las monjas presas junto una turba de gente que profanaba con tiros, insultos y destrozos ambos conventos. Don José se adelantó y gritó lo más alto que pudo:

—Yo soy el cura. Si me buscáis a mí, aquí me tenéis, no hagáis nada a las religiosas.

El Moro se abrió paso entre la gente que se lo cedió, concediéndole el cargo de líder que se arrojaba y se plantó desafiante delante del cura. Lo miró despectivo y le escupió a la cara para mofarse de él públicamente. Don José no se inmutó y eso no le gustó a su verdugo, que decidió darle un puñetazo en el estómago que, esta vez sí, hizo encorvarse de dolor al sacerdote que se arrodilló encogido, abrazándose el estómago.

—Ya te hemos cogido. Ahora nos la has de pagar.

La hermana Serafina había conseguido esconderse en la pequeña alacena, pero los nervios de no saber lo que estaba ocurriendo allí abajo la empujaron a salir. Con cuidado se asomó, y vio en el patio de abajo una multitud rodeando a las monjas de ambos conventos. Justo en medio el padre don José se incorporaba abriendo los brazos en cruz, mientras la gente enardecida comenzaba a chillar.

—Hay que matarle, hay que matarle...

La monja, sobresaltada dio un pequeño grito que llamó la atención de un miliciano, el cual disparó tres tiros de fusil hacia donde había escuchado el grito. Las balas no le tocaron, pero sí lograron que retrocediese rápidamente a la alacena de la que había salido, volviendo a la seguridad del escondite.

Pero la suerte del sacerdote estaba echada, y él lo sabía. La gente gritaba pidiendo su cabeza, por lo que imitando a su maestro les dijo:

—Podéis matarme, pero yo os perdono, yo os perdono —repitió una y otra vez para exasperación del Moro que no comprendía cómo el cura podía mantenerse sereno y tranquilo en ese momento.

—Arrodíllate —le obligó el Moro, inclinándole a un lado.

El padre José comprendió que había llegado su hora.

—¡Viva Cristo rey!, yo os perdono, yo os perdono... —dijo en voz alta.

Seis tiros a bocajarro le callaron la voz para siempre. No así su ejemplo, por el cual perdieron el miedo algunas monjas, que se adelantaron hasta él, despreciando la muerte y le limpiaban el rostro con sus propios hábitos.

—Llevaos a estas monjas de mi vista —ordenó el Moro—, y traedme al otro hombre.

Entre empujones llevaron a Juan, el demandero, con cara de terror. Le plantaron delante del cabecilla que, sin mediar palabra, le

descerrajó dos tiros en la cabeza, matándolo en el acto. Su cuerpo cayó sobre un charco de sangre cálida y densa del sacerdote que todavía borboteaba de su cuerpo.

Justo por detrás de la iglesia que acababa de dejar el padre José, entraron Basilio, Ramiro y Pascual, a través de la ventana que unía los dos conventos. Comenzaron a saquear todo lo que podían, que no era mucho, un pequeño crucifijo de plata y dos velones. Poca cosa que no saciaba su ansia usurpadora. Pero en ese momento entró el grupo de milicianos que estaba en la otra iglesia y comenzaron a destrozar todo con saña.

—¿Qué hacemos, Basilio? Nos están mirando mal, si descubren que hemos robado la plata se la querrán quedar ellos.

—Hagamos lo mismo, rompamos la imagen de la Virgen y centrarán su atención en otra cosa.

Para dar ejemplo cogió su fusil, y dándole la vuelta comenzó a pegarle golpes a la estatua con la culata del arma.

Ya estaba ahí, haciendo realidad lo que siempre había dicho a modo de insolencia en los bares y las plazas para exacerbar a los católicos. Y la verdad es que, reventando la cara de la Virgen a golpes, no sentía la seguridad que había tenido al amenazar a los romeros que la sacaban en procesión. ¡Es más!, una sensación de culpabilidad le atenazaba el estómago, aunque se cuidaba muy mucho de dejarlo reflejar. Con cada golpe soltaba una risotada y un improperio tal, que las monjas que se habían llevado sufrirían un poco menos el tormento que les esperaba al no escuchar esas blasfemias.

Basilio paró cansado a respirar mientras Pascual, que se había fijado en el sagrario, se acercaba a tratar de arrancarlo.

—¿Qué haces, animal? No ves que está anclado a la pared —le dijo Basilio—, ¿Qué pretendes hacer con el sagrario?

—El sagrario me da lo mismo, pero la puerta parece plata y como está cerrada necesito arrancarlo todo.

—Pues mete el fusil a modo de palanca y empuja.

Basilio se acercó a empujar con el fusil como le había dicho a Pascual. Entre los dos forzaron la puerta hasta que sonó un ruido agudo que indicaba que la palanca había vencido la resistencia del anclaje. El sagrario cayó al suelo pesadamente. Con dos golpes de culata que le dieron, abrieron la puertecita, derramándose por el suelo todas las hostias que contenía dentro. En ese momento Basilio escuchó un gemido apagado que venía de arriba y mirando de reojo descubrió a una monja que se había escondido y les espiaba. Con un morbo que nunca había experimentado, se acercó a las obleas derramadas por el piso. Las fue pisando con saña, estrujándolas contra el firme, intentando deshacerlas.

—¡Noooooo! —chilló Serafina saliendo de su escondite—. No haga

eso a Nuestro Señor.

—¡Vaya! ¿Pero que tenemos aquí? —exclamó Basilio—Parece que tu señor está muerto, ni se queja ni chilla como tú.

—Hacedme a mí lo que queráis, pero dejad que guarde las sagradas formas.

—Haz lo que quieras con ellas, pero hubiese sido mejor que te hubieses estado calladita en tu escondrijo, ahora te llevaremos con el resto.

La monja se agachó y recogió todos los restos de oblea con la ternura que una madre recoge a su hijo del suelo cuando ha tropezado. Las puso sobre su mano y se las llevó a la boca para tragárselas, ante el estupor de Basilio que no había previsto ese final.

—Llevaros a esta loca con las otras —ordenó, mientras la monja se incorporaba orgullosa, con una cara altiva que exasperó a Basilio—. Si esta noche tienen fiesta —añadió mirándola fijamente—, que a esta le den doble ración.

La monja cambió su cara inmediatamente, pero se rehízo mientras la cogían de los brazos un par de milicianos de los del otro grupo, que la arrastraron de malas maneras hacia donde estaban las otras. Entonces le chilló a Basilio algo que no entendió. Pero la monja ya no repitió nada, pues a modo de respuesta, uno de los dos que la llevaba le pegó una bofetada. Todavía no se había rehecho del golpe, cuando se le heló el alma al recibir un lengüetazo en la cara mientras el miliciano le susurraba al oído:

—Quizás me entretendré un rato contigo en el pasillo, antes de llevarte con el resto.

La escena había mantenido a todos los hombres quietos, observando lo que pasaba. Al desaparecer el trío por la puerta que había tras el altar, comenzaron a reírse y retomaron sus destrozos, sacando de sus nichos a los muertos y exponiendo las momias. Unos milicianos que se habían unido al destrozo se disfrazaron de sacerdotes y se dejaron fotografiar con las momias por uno que llevaba una cámara.

Basilio que intentaba aparentar más tranquilidad de la que tenía en su desasosegado espíritu, preguntó a Pascual, que se había puesto un birrete en la cabeza, si había entendido que le había chillado la monja.

—Te va a hacer gracia, la ingenua pensaba que llamándote así iba a insultarte, ¡ya ves!, cómo sí te preocupase la posibilidad de ir al infierno a ti.

—¿Pero qué palabra es esa que me condena al infierno?

Y sonriendo de ver que sabía algo que Basilio desconocía, se lo dijo marcando cada sílaba.

—Sacrílego.

Luis salió protegido por la oscuridad de la noche. Se escurrió con cuidado por la ladera de bajada al Tajo. Esta era empinada y la tierra estaba suelta. Patinó y resbaló de culo un buen trecho hasta que consiguió parar frenándose con las piernas en unas zarzas. Se quedó quieto un rato por si con el estrépito de la caída había puesto sobre aviso al enemigo, pero por lo visto los sonidos y ruidos que producía estaban mucho más amplificados en su cabeza que en la realidad. Tras tomar aire y comprobar que nadie se había apercibido de su tropiezo, continuó bajando el terraplén, hasta llegar a un pequeño corte. Agarrado del borde, saltó una altura de unos dos metros para aterrizar cerca de la orilla del río Tajo. Allí envolvió el arma, las alpargatas, la camisa y el carnet de comunista número ciento setenta y tres de un tal Antonio Gómez, de oficio pescador, al que le habían puesto una foto suya. Con el mono azul hizo un hatillo que se colgó al cuello, junto al pañuelo rojo. Se metió con cuidado en el agua y nadando esforzadamente, pues la corriente arrastraba fuerte río abajo, cruzó al otro lado, cerca del puente nuevo. Allí se volvió a poner las ropas del tal Antonio y siguió el sendero que bordeaba el río, hasta que dejó Toledo y las líneas enemigas detrás de sí. Repitiendo la operación volvió a cruzar el río por la finca Portusa, que tan bien conocía, para tomar el camino a Ávila hacia la sierra de Madrid, dando gracias a Dios de no haberse cruzado con nadie. O al menos eso pensaba él, ya que el barquero sí le había visto desde su cabaña, pero como no eran tiempos seguros de andar preguntando a nadie nada, lo dejó marchar.

La marcha que imprimió era realmente buena, el fresco de la noche y la humedad de las ropas le hacían acelerar el paso para no tener frío, era profesor de gimnasia, pero era ante todo mejor atleta; probablemente el mejor de la academia. Quizás por eso Moscardó no se lo pensó dos veces cuando él, junto al capitán Joaquín y Francisco, le propusieron su plan de enlace. Aceptó, pero puso como condición que solo iría uno por ser más seguro y discreto. Así que, a pesar de las reticencias de Joaquín por ser él el elegido, accedió a cederle el puesto por sus dotes atléticas.

—Irás tú, no se hable más —dijo Moscardó—, pero repíteme el plan para que me quede claro por favor.

—Tras las noticias que hemos escuchado en la radio que dicen que Toledo está controlado —dijo Luis—, nuestros compañeros pueden creer que así es. Así que para evitar quedarnos aquí olvidados del mundo, intentaré llegar hasta nuestras posiciones para que vengan a ayudarnos.

—A priori el plan parece simple, pero ve con cuidado. Si te descubren, no dudarán en matarte.

La noche cedió al día y antes de que el sol calentase inclemente llegó a Burujón. El camino había sido duro, a través de senderos y veredas poco transitadas, pero ahora se encontraba suficientemente lejos de Toledo como para que le identificasen, a unos cincuenta kilómetros y se arriesgó a encontrar un transporte que le llevase rápido. Antes de hacerlo se arregló como pudo y se comió el chusco de pan y el trozo de carne que llevaba en un bolsillo bien protegido por un pañuelo. Estaba milagrosamente seco tras cruzar a nado el rio con el fardo de ropa y comida en la cabeza y Luis lo interpretó como una buena señal.

Burujón no era muy grande y la gente que a esas horas ya estaba activa no le miró extrañada; por lo visto el movimiento de milicianos estaba siendo intenso. Luis se dirigió al ayuntamiento. Este era fácilmente reconocible con su torre en mitad de la fachada, así que, siguiendo su plan se metió dentro, y se dirigió al que parecía el cabecilla del comité que había tomado la casa consistorial.

—Buenos días, compañero. Traigo mensaje de Toledo para llevar al comité de Arenas de San Juan.

—¿Y cómo podemos ayudarte, camarada?

—Tengo órdenes de localizar a Basilio, que dispone de un vehículo que ha de llevarme al comité de Arenas.

—En ese caso no tengo nada que objetar, salvo que unos guardias de asalto que han llegado de Madrid se lo acaban de requisar para ir en el mismo a Toledo. Pero acércate a hablar con ellos y quizás te puedan ayudar.

—¿Podrías indicarme dónde acudir y por quién preguntar?

—¡Claro hombre!, están en el bar que habrás visto antes de llegar a la plaza. En la puerta está el vehículo, pregunta por Antón, pero date prisa no se vayan a ir.

—Muchas gracias, camarada.

—A servir. ¡Viva Rusia! —chilló a modo despedida levantando el puño.

Esto pilló desprevenido a Luis, que sin saber cómo reaccionar dijo tímidamente un viva poco convincente. Bajó a la calle y se dirigió al bar. Este se encontraba en la planta baja de un caserón, con una barra al fondo y mesas repartidas por la sala. La mayoría de ellas estaban ocupadas por milicianos tomando café para desayunar. Luis supuso que serían los ocupantes del camión, por lo que decidió probar fortuna.

—Hola camaradas.

—Hola compañero, ¿qué se te ofrece?

—Estoy buscando a un tal Antón.

—¿Y quién pregunta por él?

—Me llamo Antonio, tengo un mensaje urgente de Toledo que

llevar al comité de Arenas de San Pedro. Necesito la camioneta de Basilio que tenéis vosotros. ¿No iréis en esa dirección?

—Lo siento, vamos a Toledo y no podemos desviarnos de la ruta, pero te podemos conseguir otro vehículo —dijo el interpelado riendo y guiñando un ojo a sus amigos—. ¿Sabes conducir? Me temo que tendrás que ir solo.

—Perfecto a lo del vehículo. Sí, antes de ser pescador, ejercí de chófer de un señor. Indicadme, no me gustaría retrasar esta entrega.

—¡Está bien! Está visto que hoy no desayunaré tranquilo —dijo levantándose el hombre con el que había estado hablando—. A propósito, yo soy Santiago. El coche era de un terrateniente tiránico que explotaba a muchas familias de este pueblo, pero ahora no lo necesitará más. Pensaba quedármelo yo, pero lo primero es lo primero, y no estoy en esto para beneficiarme personal y egoístamente, sino para combatir el fascismo. Te lo dejaremos, pero agradecería que cuando termines tu misión lo traigas a Toledo de vuelta, pues allí vamos, y será de mucha utilidad.

Luis miró a Santiago, esperanzado al ver que las cosas se ponían fáciles y respondió de buena gana una mentira, que si no fuese por la guerra sí que cumpliría.

—No te quepa la menor duda de que así lo haré.

¿De dónde venís vosotros? —preguntó Luis.

—De Madrid, de tomar el control de la ciudad y aplastar a los sublevados. Yo soy guardia de asalto, pero estos que me acompañan son herreros, panaderos, mecánicos y trabajadores diversos que han tenido que empuñar un arma para defender la libertad.

La conversación de Santiago fue cortada de golpe, pues acababa de entrar Antón Aluche. Era el cabecilla del grupo y conocido de la familia de Luis en Toledo, además fue un antiguo alumno suyo. Tras la toma de Madrid había solicitado cambio de destino pues deseaba estar cerca de su familia para protegerles. Aunque Antón le saludó jovialmente, a Luis se le puso un nudo en el estómago. No sabía como iba a salir de esta.

—Buenos días, mi capitán, ¿cómo usted por aquí? —preguntó Antón.

Luis notó la mirada helada de Santiago que le examinaba y, aunque sabía que Antón le conocía y estaba seguro de que no le engañaría, decidió seguir con la imposición, pues había dicho que era pescador y no había vuelta atrás.

—Tendrás que disculparme camarada, pero me debes estar confundiendo con otro.

—Pero ¿qué me dice capitán? Soy Antón Aluche, el hijo de Santiago el médico, ¿no se acuerda de mí?

Luis comprendió que Antón no cejaría de esgrimir argumentos

hasta que le recordase. Lo conocía lo suficiente como para no olvidar su persistencia con los ejercicios que no se le daban bien, y esa tozudez la iba a aplicar ahora hasta que le recordase. Por lo que disculpándose trató de seguir para adelante dando por zanjado el tema.

—Has de perdonarme, pero tengo prisa y cosas que hacer.

—¿Y cómo se llama tu capitán, Antón? Preguntó Santiago levantándose y no dejándole moverse del sitio, para terror de Luis que, eso sí, no daba muestras de su perturbación en sus gestos.

—Luis Alba —contestó Antón—y ha sido mi profesor de gimnasia en la academia de Toledo todo el año pasado. Pero no entiendo por qué dice que no me conoce, casi empiezo a dudar de que sea el capitán simpático que tengo en mi cabeza.

—No te preocupes —dijo Santiago con una extraña sonrisa en la boca—, yo creo que sí sé por qué niega conocerte. ¿Verdad capitán?

—¡Que manía con lo de capitán! Soy Antonio Gómez, pescador de profesión, como acredita mi documentación. Y ahora si me disculpáis ¿me enseñáis ese coche que me ibais a prestar o me tengo que buscar la vida? —preguntó Luis enseñando el carnet, dispuesto a sacar una respuesta rápida que le permitiese salir de allí. La gente ya no estaba a lo suyo como cuando entró, sino que todos estaban pendientes de la conversación y Luis preveía problemas si no zanjaba el asunto inmediatamente.

Santiago sacó una pistola Astra que llevaba en el bolsillo y le encañonó.

—No necesito tu documentación, capitán, a ti no te conozco, pero a Antón perfectamente, y creo firmemente que, si él dice que tú eres un capitán de la academia, a la que vamos a combatir, es que es cierto. Así, que si me haces el favor de acompañarme, te vas a venir con nosotros a ver qué dispone el mando. Quizás sea buena cosa tener un capitán del Alcázar como rehén o moneda de cambio.

En ese mismo momento, a treinta kilómetros de allí, Basilio reunía a los suyos para ir a una finca en la que le habían dicho que se escondían unos señoritos. Se metieron en el coche Feliciano, Pedro, Quintín, Gregorio, Julián y Manuel y salieron rápidamente hacia allí. Mientras tanto, en el Alcázar, Ricardo estaba yendo a su puesto cuando se cruzó con Joaquín.

—Hola capitán. ¿Ha visto a mi hermano? He acudido a su sector y no han sabido decirme de él.

El interpelado paró y, llevando a Ricardo a un aparte, le explicó lo sucedido con el mismo amor que si fuera su hermano.

—Ricardo, estamos bloqueados y sin manera de comunicarnos con el exterior. Los medios de comunicación han propagado que nos hemos rendido y el Alcázar ha caído. El tema es serio, ya que las

fuerzas afines pueden creérselo y no vendrían a nuestro socorro, por lo que tu hermano ha salido a enlazar con los nuestros y explicarles la situación. Ayer antes de salir pasó por tu sección y te dio un beso de despedida mientras dormías. No quiero ser fatalista, pero la misión no carece de peligro y antes de irse me dio el anillo de bodas, por si no regresaba dárselo a tu cuñada.

—¿Pero por qué no ha dicho nada? Yo le hubiera acompañado...

—Ya lo intentamos nosotros, pero es más seguro que vaya solo. Aún así, tu hermano es capaz de cosas que ningún otro podríamos hacer. Si quieres ayudar haz lo que nos pidió, que fue encomendar su misión rezando a la Virgen y un Padre Nuestro.

El golpe de la noticia dejó pensativo a Ricardo, que se olvidó de su sector, se olvidó de que estaban en guerra y se olvidó hasta de dónde estaba ahora. Él era un soldado en prácticas reclutado por su hermano en el momento del alzamiento y, ahora, se encontraba viviendo con una multitud de gente que no había visto nunca, hacinado entre mujeres y niños que tenían miedo, un miedo que él no sentía, quizás por su juventud e inconsciencia. Pero ahora un presentimiento lúgubre había embotado su espíritu, no sentía la seguridad que Joaquín le quería transmitir.

El vehículo avanzaba rápido por una carretera estrecha. Luis iba esposado entre los compañeros de Antón, que conducía preocupado, sintiéndose responsable del destino de su conocido. No así Santiago, que estaba satisfecho por la presa capturada. Ya llegaban a Toledo, desde la carretera se podía ver la ciudad imperial abrazada por el Tajo y coronada por la mole del Alcázar. En nada podrían presentarse ante el comité de guerra, donde Santiago estaba seguro que se alegrarían de la captura que él había provocado.

A la altura del balneario de la Venta del Hoyo se cruzaron con el coche de Basilio que venía de frente, justo en una curva, y sin tiempo para frenar, Antón tuvo que dar un volantazo. Las ruedas se metieron en la cuneta provocando que el vehículo se desequilibrara y aunque Antón estaba pisando el freno a tope, la camioneta volcó hacia la derecha saliendo disparados todos los ocupantes del remolque. Él se dio un golpe contra el techo que lo dejó aturdido. Se rehízo como pudo y palpándose instintivamente por si tuviese alguna herida, se tranquilizó al comprobar que nada le ocurría. Abrió la puerta del conductor que le quedaba en vertical y empujando con los brazos sacó la cabeza. Vio a los hombres que iban en el otro coche ayudando a los suyos.

—Por ahí sale otro —dijo Basilio—. ¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, sí, gracias por preocuparte. ¿Cómo están los míos?

—Bien, reponiéndose del susto. Aunque hay uno esposado, ¿quién es?

—Es un prisionero que llevamos a Toledo.

—Pero, ¿quién es? —insistió Basilio.

Antón se quedó mirando desconfiado a su interlocutor, que tenía una extraña sonrisa y un brillo perturbador en los ojos. Decidió ser prudente.

—Es un preso militar que vamos a utilizar para intercambiar rehenes. Pero no creo que sea un tema de relevancia ahora mismo. Os agradecemos la ayuda prestada y si conseguimos volver la camioneta a la carretera y arrancarla continuaremos viaje a la capital.

—¡Sí es un tema relevante! Estamos en guerra y cualquier faccioso es un elemento peligroso y reo de muerte.

—Mi prisionero no es un elemento peligroso, es un militar evadido del Alcázar, y allí vamos para intercambiarlo por rehenes. Además, ni sé quién eres tú, ni si tienes jurisprudencia sobre mis prisioneros.

—¡Así que es un perro militar!

Para Antón saltaron todas las alarmas. A Basilio le brillaba maliciosamente la mirada y había perdido el interés de seguir hablando con él, solo miraba al capitán mientras manoseaba insistentemente su revólver. En ese punto se desató la anarquía que Antón tanto odiaba de su bando.

—¡Camaradas! —alzó la voz Basilio dirigiéndose a los hombres de Antón—, estamos luchando contra los facciosos rebeldes que nos explotan y maltratan, pretendiendo dominar nuestros designios. No queda en este combate espacio para la misericordia. Misericordia que vuestro cabecilla quiere dar a este perro, que abusa del pueblo utilizando la coacción y la fuerza de las armas. Démosle del mismo plomo que nos da él y sus compañeros escondidos tras los muros del Alcázar.

Antón comprobó desasosegado como el mensaje del miliciano calaba entre su gente, que asentía ante sus amenazas de muerte hacia Luis. Eran gente sencilla, que no veían más allá del momento presente y no les hacía gracia tener con ellos un faccioso. Luis, que pálido se daba cuenta de que su vida dependía solo de la defensa que de él pudiese hacer Antón, lo miró suplicante.

—¡Compañeros! —levantó la voz Antón—, somos un equipo con una misión, y yo vuestro superior. Tenemos que llevar a este hombre a que lo juzguen legalmente y sobre todo a canjearlo por las mujeres y niños que tienen encerrados en el Alcázar.

Antón trataba de calmar a los suyos, pero no pudo seguir hablando, pues los milicianos del otro grupo habían sacado sus armas para matar. Esta era su impresión, matar. No creía que les moviese la política, ni la guerra ni el odio, solo veía ojos ávidos de sangre que no atendían a razones. Allí estaba su presa y tenían que cobrarla.

—¡Alto! —ordenó—Este prisionero es mío y yo seré quien decida

su suerte si no queréis enfrentaros a un comité de guerra.

La amenaza frenó a los milicianos para respiro de Luis, que ya veía la muerte llegar, sorprendiéndose de no tenerle miedo, como si en toda su vida se hubiese estado preparando para ese momento. Tan solo sentía una pena infinita de no ver crecer a sus hijas y dejar sola a su mujer.

—¿Estás loco? —rugió Basilio fuera de si—. Nosotros somos voluntarios y no dependemos de ningún cabecilla y este perro es mi enemigo y va a morir.

Esto lo dijo Basilio acercándose a un pálido Luis que vio cómo, sin mediar palabra con él ni darle tiempo a prepararse, le encañonaba con su revólver y un golpe fuerte en la cabeza le hizo dejar de sentir miedo, de sentir nada.

Antón contempló horrorizado como ese maldito entrometido le daba dos tiros en la cabeza a Luis, que murió en el acto. Y tuvo que ver también como los otros milicianos, acercándose enfervorecidos al olor de sangre, vaciaban sus cargadores sobre el cuerpo sin vida del militar.

—¿Qué hacéis, insensatos? – chilló.

—Librarnos de un perro militar, no sé a qué tanto celo por salvarle la vida. Este ya no molestará más.

—Eres un loco peligroso —le dijo Antón con odio en la mirada—, y puedo asegurarte que si no estuviésemos en guerra tendrías que ajustar cuentas conmigo.

—¡Quién sabe!, quizás lo tengamos que hacer algún día. ¡Ale, chicos! Vámonos a la guerra y dejemos a esta monja con sus remilgos.

Riéndose, se montaron todos en el coche, mientras Antón, apretando los dientes, se contenía por no sacar el revólver y liarla a tiros con esas bestias. Odiaba a ese hombre y le gustaría tomarse la justicia por su mano. Le acababan de dejar sin un rehén importante para una posible negociación. Además, la muerte de su antiguo capitán le pesaba en la conciencia, todo porque esas bestias saciasen sus instintos más primarios. Como el mal ya estaba hecho, decidió ser práctico y ordenó sacar la camioneta de la cuneta para llegar a Toledo. Entre todos lo consiguieron, y cuando logró poner el motor en marcha subieron uno a uno los guardias dentro del vehículo. Antes de salir Antón escuchó unas detonaciones que le asustaron.

—¿Qué pasa? ¿Qué son esos tiros?

—Es el Eladio —le dijo Santiago—, que quería las esposas del muerto y como no se las podía sacar le ha roto a tiros las muñecas.

—¿Pero es que somos salvajes? —bramó Antón fuera de sí—. Mientras no nos comportemos con disciplina no podremos ganar esta guerra. Madrid ha sido solo un capítulo aislado de esta pelea y como que me llamó Antón Aluche que mientras estéis bajo mi mando se

obedecerá lo que yo diga y os comportaréis como verdaderos guardias, ya se acabó la época de hacer el bárbaro.

Y tranquilizándose como pudo, inició su viaje a la capital de Castilla. Mientras, el cuerpo de Luis quedó tendido en la cuneta, abandonado por unos hombres que en tan poco aprecian la vida del otro salvo si les es de alguna utilidad. No así las moscas y otras alimañas, que aprovecharon que el cuerpo aún estaba caliente para invadirlo.

Santiago Aluche despertó tras una mala noche de fiebre y vio a su nuera Margarita dormitando en una mecedora que había junto a su cama, con un libro de oraciones apoyado en su regazo.

—Buenos días, Margarita. ¿Cuánto llevo dormido? ¿Qué noticias tenemos?

—Buenos días, doctor —contestó sobresaltada la mujer—. Contenta de verle despierto, aunque me ha dado un buen susto. Pasó ayer una mala tarde de fiebre. Esta le dejó postrado desde las ocho hasta ahora mismo, que son las tres de la tarde. Por lo que lleva diecinueve horas seguidas durmiendo.

—¿Y de la guerra no me cuenta nada?

—¡Para qué, si todo son desgracias!

—Venga, anímese, que Fernando sabe lo que hace y de seguro está bien. Me preocupan más los que tengo aquí conmigo. Lo último que supe de Julián es que se lo llevaron preso los milicianos.

—Julián está bien, llegó esta mañana a casa libre. Se ve que Arturo ha llamado a un guardia de asalto amigo suyo, que por segunda vez lo ha liberado, pero ya han dado un ultimátum y creo que se van a Madrid.

—¿Todos? ¿Julián, Arturo, usted, la niña y yo? ¿Y cómo?

—Sí, se van todos ustedes, pero yo me quedaré a esperar a mi marido. No quiero que cuando salga se encuentre la casa vacía. Además, a una mujer y una niña nada le puede pasar. No es como a ustedes que sí los pueden buscar.

—Eres una buena mujer Margarita —dijo mirándola muy serio Santiago.

—¡Que va! Si en el fondo es egoísmo de quedarme en casa. Haría más papel cuidando de ustedes que esperando a mi esposo.

—No. Sé que mi hijo es difícil y que habéis tenido peleas. No te ocultaré que ha llegado a mis oídos el numerito del otro día en la Venta de Aires. Sin embargo, tú le quieres a pesar de todo y le respetas. Con tanto tiempo que le conoces, ¿nunca le has obligado a cambiar?

—Algunas veces quisiera que fuera de otra manera —le contestó Margarita—, que fuera más comprensivo, que no existieran motivos para iniciar peleas. Que me tratase como a una princesa cada vez que me pongo guapa, que no fuese celoso. Pero él es así, de nada sirve negarlo, es su forma de ser y es fácil de entender, aunque cueste aceptarlo. Es mejor despertar que seguir soñando en un Fernando ideal, no sea que al final él decida cambiar y yo no lo quiera tanto.

En ese momento irrumpieron en el cuarto Arturo con Julián, que estaba tratando de explicar a su hermano lo que estaba sucediendo.

—¡Hombre, papá! Por fin se ha despertado. ¿Cómo se encuentra? —preguntó Arturo contento de ver recuperado a su padre.

—Me encuentro bien, gracias. Pero cuéntame qué haces aquí y qué le estabas contando a Julián.

—Eran muchas cosas, pero las ordenaré para explicarme bien. Así que por recapitular diré que lleváis cinco días aquí, y las calles están tomadas por una amalgama de soldadesca venida de todas partes, unidas bajo la bandera frente populista. Julián ha estado dos veces en prisión y ha salido por un capitán de asalto amigo mío, que ya me ha avisado que huyamos. Me ha dicho que no se puede hacer responsable de nuestro destino tal y como se están poniendo las cosas. En esta misma llamada he conseguido un coche de la guardia de asalto, que envían con el chófer del padre de mi amigo, el teniente José Miaja. Su padre es ahora un importante general del Gobierno. El coche debería llegar esta tarde a más tardar, y debemos ir a Madrid, donde nos acogerá su hermana para que se recupere de la maldita infección de la cicatriz. Aquí no hay sitio donde le atiendan y nos conoce todo el mundo, con el riesgo que eso entraña.

—¿Pero no te das cuenta de que estamos en una auténtica guerra? Nos pararán veinte veces antes de llegar a Madrid y somos una familia entera.

—Tranquilícese, padre. Como sabe José Miaja es un general afecto a la república, por lo que el chófer que envía gozará de ciertos salvoconductos. Y en el cuerpo a su hijo le llaman el hijo de la fiera, por lo que vamos seguros. Aun así, le doy la razón y debemos intentar no llamar la atención en exceso.

—¿Y Antón?

—Fernando y Francisco están encerrados en el Alcázar, como ya sabe —contestó Arturo molesto porque solo preguntase por su hermano mayor—. De Antón no sé nada, ha sido imposible contactar con él. He llamado al colegio y la residencia, pero dicen que lleva desaparecido desde el diecinueve. Por lo que me temo que estará muy a gusto con sus nuevos amiguitos montando su revolución.

En ese momento sonó el timbre de la puerta y callaron instantáneamente, evitando una reprimenda que estaba a punto de soltarle su padre. Miraron a Margarita, que comprendiendo su intencionalidad bajó a ver quién era. Mientras tanto, Arturo y Julián se dirigieron a un arcón donde se dispusieron a esconderse por si era una patrulla en busca y captura de prisioneros, ya que su paso por la academia era un boleto de cárcel segura.

Subió la mujer rápida por las escaleras con cara de alegría.

—Rápido, hay un coche abajo y el chófer dice que se vayan cuanto antes.

—Gracias, Margarita. Coge las maletas y nosotros bajamos a papá.

—dijo Julián mirando a su cuñada para que les siguiera.

Sin pensarlo dos veces ayudó a vestirse a su padre, mientras Margarita recogía rápidamente lo necesario del enfermo para el traslado. Arturo le ayudó a bajar al coche con todo el cuidado que pudo, pero el dolor que debía sentir era muy intenso pues no dejó de quejarse.

En la calle estaba el chófer discutiendo con unos milicianos que habían visto el coche y pretendían requisarlo. Intervino Arturo que vestía como uno de ellos.

—Compañeros, este coche es del general Miaja que lo necesita para trasladar a este enfermo a la capital, pues es su médico de confianza. Pero no os preocupéis que en cuanto lo dejemos en Madrid lo traeré para servicio de los de Toledo.

Quizás porque el chófer les había enseñado la carta, o quizás tal vez porque Arturo era alto y atlético, no siendo menos imponente Julián que estaba detrás, se les quitó la seguridad que tenían cuando discutían con el conductor, por lo que se fueron murmurando sin mucha cara de convencimiento.

—¡Vamos! Que estos vuelven enseguida con otros y me quitan el coche —urgió el chófer.

Metieron a don Santiago en el asiento del copiloto y, cuando se iban a meter detrás los hermanos, el chófer les paró señalando a la vaca.

—Lo siento, pero no pueden entrar todos ustedes en el coche o nos pararán en cada control al ver a tanto joven. Les recomiendo que ustedes dos se escondan entre esos dos colchones, que he preparado en el techo del vehículo antes de salir.

Julián se quedó admirado de la astucia del chófer, que le había caído simpático nada más verlo. Quizás por su bigotito perfilado, o por sus gafas redondas que le hacían unos ojos pequeños. No lo tenía claro, pero era obvio que era un tipo inteligente. Así que, sin pensarlo dos veces, se zambulló dentro del bocadillo que hacían los colchones atados con cuerdas de esparto a la baca del mercedes negro.

—Yo no me meto ahí —aserto Arturo—. Antes dejo que me peguen un tiro.

—Perdone don Arturo mi insistencia, usted y su hermano Julián han de ir escondidos entre los colchones, si no lo hacen así no podré llevarlos de manera segura a Madrid.

—¿Cuál es su nombre, caballero?

—Federico —respondió el conductor.

—Federico, es usted un fiel sirviente de su deber y eso le honra, pero soy médico y gozo de carné que así lo acredita. Estando mi padre convaleciente no será problema que un doctor lo acompañe, por lo que con que mi hermano esté escondido será suficiente.

—Deberá de disculparme usted, pero son órdenes recibidas que he de cumplir o no haré el trayecto. Además, he visto como tratan a los de su condición y le invito firmemente a que siga las órdenes dadas.

Arturo sopesó el desplante recibido. Rápidamente entendió que, si bien el chófer se avenía a cumplir órdenes, no tenía que ser precisamente simpatizante de sus propias ideas. Además, pensándolo bien la frase que hablaba de los de su condición era muy esclarecedora, así que decidió no tentar al destino.

—Está bien, iré escondido.

Y trepando como pudo se sumergió entre los colchones, ayudado por Julián, que tiraba de sus brazos hacia dentro.

Cuando el chófer se tranquilizó al comprobar que los hermanos quedaban perfectamente disimulados en lo alto del coche, ató más fuerte las cuerdas y ayudó a Margarita a cargar el equipaje. Colocó una maleta sobre los hermanos, para disimular aún más la carga que transportaba la baca.

Y ahora sí, con la familia perfectamente colocada, se metió en el coche para ponerse en dirección a la capital.

Sed

Hacía mucho calor, el sol brillaba sin nubes que enturbiasen su esplendor. Las piedras se calentaban de tal modo, que las más oscuras quemaban si alguien se apoyaba en ellas. Esa mañana Francisco no tenía turno asignado y se dedicó a buscar algo para fumar. Había gente que, cogiendo hojas de los árboles, se liaban una especie de puritos verdes que sabían a diablos, pero la necesidad todo lo suple y eso lo daban por bueno. Pero para Francisco, que hacía poco que había empezado a fumar, todavía no había alcanzado un nivel de desesperación tal, como para tragar cualquier cosa. Entre otras razones porque el humo producido por las explosiones de polvo y trilita ya intoxicaba sus pulmones.

Se encaminó al Paso Curvo por la sección de tropa a visitar a su amigo Julio. Le constaba que había salido la noche anterior a buscar tabaco por las dependencias abandonadas. Conociéndole, estaba seguro de que si había encontrado cigarros no pensaba en decírselo, así que fue a buscarlo para asegurarse.

Esa mañana el fuego artillero estaba siendo muy intenso en esa zona, y cuando Francisco llegó descubrió el porqué. Había un par de soldados haciendo guardia en la entrada abarrotada de gente esperando, mayoritariamente mujeres jóvenes y niños. Todos andaban cargados con sus recipientes, aguardaban a que acabasen los chupinazos para ir al pozo a por agua. Como Francisco iba de uniforme se acercó a los guardias.

—Buenos días, ¿se puede saber qué es lo que sucede?

—Anoche se fugó un soldado llamado Bartolomé y el hijo de perra ha debido de contar al enemigo que nos abastecíamos de agua del pozo. Sabedores del daño que podrían hacernos, se están esmerando en no dejar del pozo ni el brocal. Se ve que no habían tenido suficiente con dejarnos sin luz ni agua corriente. Desde luego, si quieren desmoralizarnos para arrancarnos una rendición han dado en el blanco. Solo de pensar en el calor que hace y no poder beber agua, se me seca la boca todavía más.

Estuvieron hablando una hora larga, al cabo de la cual los guardias dispersaron a la gente a sus camastros a esperar noticias. Enviaron a Francisco a informar al coronel de la nueva situación, no sin antes pedirle que se asomase al paso curvo para que contemplara con sus ojos el efecto de la artillería. El resultado era demoledor. El paso curvo había sido seriamente dañado y del pozo no quedaba ni la posibilidad de saber en qué lugar, debajo de todas esas piedras, existió uno.

Moscardó recibió a Francisco sentado en su mesa, rodeado de un puñado de oficiales. Al acercarse y saludar reglamentariamente,

observó que el capitán Eymar le interrogaba con una mirada penetrante. Le sorprendió verlo en el estado mayor, pero ser el hombre de confianza del teniente coronel Romero y no haber prácticamente mandos intermedios en el cuerpo, le habían elevado moralmente a puestos que en otras circunstancias no le corresponderían. Francisco relató lo que había visto y pidió permiso para retirarse. Pero durante unos instantes nadie dijo nada, absortos como estaban, digiriendo la información que les acababa de transmitir. El coronel, con mala cara, se levantó y sin hacer caso al soldado se puso a hablar en voz alta, como intentando de este modo descargar la conciencia que le mortificaba, para acabar pidiendo consejo. Esto debía ser natural en ese despacho, pues sin mucho protocolo eso hicieron sus más allegados. Como nadie le dio orden alguna de retirarse, Francisco se quedó plantado enfrente de la mesa metido en aquel debate que le dejó consternado por su gravedad.

—¡La cosa es muy grave!, —dijo Moscardó—El Paso Curvo es la única salida viable y segura para acceder a las dependencias exteriores. Sin ese flujo la normal comunicación quedará seriamente dañada y ni el abastecimiento de comida podrá llevarse a cabo con normalidad. Hay que reconstruir lo que se pueda para poder pasar de manera segura. Otra cosa es el agua —paró de hablar en seco y se quedó mirando al suelo concentrado, como intentando encontrar una solución que se le escapaba.

El comandante Sánchez-Tirado interrumpió las deliberaciones de Moscardó, y numeró las posibles opciones.

—Tenemos los aljibes llenos y si no fuesen suficientes también podemos usar el agua de la piscina. Hay agua de sobra para un asedio prolongado.

El envejecido coronel negaba con la cabeza a la vez que repetía como una letanía en forma de susurro:

—No tanta, no tanta. Somos cerca de mil ochocientas personas y eso es mucha agua…

Volvió a negar y, como esperando que alguien más aportara algo, seguía fijo en su posición. A Francisco le dio la impresión de que lo que dijera el comandante Sánchez-Tirado no tenía mucho peso en la opinión de Moscardó.

—¡Tendrá que valer! No queda otra —dijo como una exhalación el comandante Méndez-Parada. Racionando a un litro al día por persona, y la necesaria para la cocina, tenemos suficiente agua para tres meses.

Entonces Moscardó levantó la mirada hasta encontrarse con los ojos de su amigo y, acercándose a él, le colocó las manos sobre los hombros diciendo con esperanza:

—Dios quiera que el asedio dure muchísimo menos. No queda casi comida por mi falta de previsión, el agua de la piscina filtra por

grietas producidas por la artillería, y los incendios que se produzcan los tendremos que apagar con arena. La situación no es halagüeña pero las columnas de Yagüe y Varela avanzan rápido. Roguemos que esto acabe pronto. Si a nadie le parece mal daré órdenes de esta nueva disposición —concluyó.

Verificó que los que le rodeaban no disintiesen, como así fue, por lo que consideró buena la proposición. Mientras tanto, Francisco seguía aturdido de ver esa escena, pero lo que más le conmocionaba era la confesión de falta de previsión por parte del coronel. Era muy infrecuente que un militar de grado reconociese los errores, pues la arrogancia casi estaba bien vista en esa carrera. Además, la humildad podría ser mal interpretada por sus enemigos, aunque era cierto que se había comentado en los corrillos el hecho. Pues Toledo estuvo controlada por los militares durante más de dos días y bien podrían haberse dispuesto las cosas de otra manera.

No le dio tiempo a hacer más cábalas, pues el coronel se sentó en su silla, recuperando la posición que tenía cuando entró. Interrumpiendo sus pensamientos comenzó a dictar órdenes a todos los cargos para que transmitiesen a sus subordinados. Por último, mirando a Francisco, le preguntó por su nombre y grado.

—Mi nombre es Francisco Aluche, soldado de segunda de la escuela de gimnasia.

—¡Un Aluche! Supongo serás el pequeño y por eso no te tengo fichado. Está bien, hoy te ocuparás, con otro soldado de tu compañía, de la distribución del agua y el control de reparto del aljibe principal. El agua de la piscina servirá para el ganado. El capitán Eymar se encargará de organizar el reparto de tal manera que a todos llegue la cantidad prescrita, ni una gota más. Puede retirarse.

En cuanto Francisco llegó a los aljibes, lo primero que hizo fue tirarse al suelo para alcanzar con sus manos un poco de esa agua que calmase su boca abrasada. Pero Julio, que iba con él, le propinó una patada en el costado que le produjo un dolor agudo.

—¿Estás idiota? –le dijo Julio—. Tenemos la enorme suerte de trabajar a cubierto con suministro de agua ilimitado, por no hablar de los intercambios ventajosos que podemos hacer por un poco más de este oro incoloro. Y tú quieres echarlo todo por tierra por tu falta de temple y poco aguante. Si nos ve ahora el capitán se va todo a hacer gárgaras.

Francisco se incorporó más dolido en el orgullo que en el costado. Miró con resentimiento a Julio, aunque se abstuvo de hacer comentarios porque sabía que éste tenía razón. Probablemente, le había dado ese puesto el coronel por la amistad que le unía a su padre. Y aunque Julio le debía el favor que él le había hecho escogiéndolo para acompañarle, no pensó en recriminarle nada.

Además, como si su amigo hubiese invocado al capitán Eymar, este apareció con tres jarrones que les entregó explicándoles su cometido.

—Estos jarrones son de poco más de un litro, saquen agua del aljibe con un cubo hasta llenar estos bidones de la esquina. No metan la mano en el agua para evitar más contaminaciones. Cuando tengan llenos los bidones, llenarán con ellos estas jarras justo por debajo del cuello, sujetándolas del asa. Esta será la ración diaria por persona. No hace falta advertirles que saltarse la normativa militar en guerra acarrea severas penas.

Esto último lo dijo mirando a Francisco directamente a los ojos. Tenía la boca y las manos húmedas y la cantidad de mugre acumulada en su rostro delataban rastros evidentes de haber bebido. Bajó la mirada y contestó un “a sus órdenes” lo más militarmente posible, pero la reprimenda que le había dado en tono paternal lo había avergonzado más de lo que estaba dispuesto a reconocer, aunque no pensaba dejar de sacar partido a su posición ventajosa.

DESPERTARES

Cuando Antón volvió a Toledo había pasado una semana desde la revolución en Madrid, donde había visto de todo. Tras tomar parte activa en la toma del Cuartel de la Montaña, estuvo presente en la constitución del comité y nuevo orden de la capital. También se vio involucrado en la preparación de la defensa y la limpieza de elementos peligrosos para la república, comandando personalmente varias de esas operaciones. Pero había una diferencia respecto a Toledo, Madrid no era su casa.

Lo primero que vio en su ciudad fue el desgobierno imperante. Por todos lados había tiendas y vehículos con pintadas que justificaban la legalidad del robo. “Requisado por la FAI, pertenece al comité federal, PSOE …” eran tan solo unos ejemplos de las pintadas que se leían por doquier. Pero Antón sabía que la panadería era de Juan, el ultramarino de la familia, Martín, el camión lechero era de Paco y la botica de su tío. Detrás de cada pintada había un conocido y, sabedor de sus tendencias políticas o creencias religiosas, presuponía el final del propietario. Pero lo más curioso es que le dolía su destino y deseaba estar equivocado, aunque la lógica de su propia actuación en Madrid le hacía dar por buenos sus razonamientos, sorprendiéndose de lo irónico de sus sentimientos. Era mucho más fácil matar si no conoces al que disparas.

Las calles estaban sucias, y era evidente que en la semana que duraba la insurrección de los militares nadie parecía haberse preocupado de la limpieza. Sobre las aceras se amontonaba la basura, y todo tipo de objetos arrojados desde las ventanas de las casas requisadas. Podía ver, junto a sacos llenos de restos orgánicos, una cuna de bebé o una cómoda desvencijada. También vio un espejo reventado que dispersaba sus vidrios por toda la calle. Notaba su ciudad diferente por muchas cosas, pero mirando ese espejo se percató de que precisamente los cristales eran lo que más le había impresionado. Una gran cantidad de casas tenía las ventanas rotas, estando sus vidrios repartidos por todo el suelo, hechos añicos. Reluciendo con brillos inquietantes, que aportaban movimiento y vida a unas calles vacías y tristes. Es cierto que, en algunos lugares, había colas para comprar la comida que ya escaseaba. En las barricadas, hechas de colchones y mesas, había una vida inusitada de milicianos. Estos iban y venían a las cantinas improvisadas, montadas por algún avispado del negocio. Pero el resto de calles y plazas permanecían silenciosas y vacías. Si algún paisano pasaba por ellas lo hacía rápido y sin mirar a la cara. Antón lo tuvo claro, en Toledo reinaba el miedo.

Se encaminó a la Diputación para hacerse cargo de su nuevo destino como guardia de asalto. Pero antes quería averiguar cómo

estaban los suyos, inquieto por su destino. Así que lo primero que hizo fue subir a su casa que halló vacía, por lo que llamó a la vecina.

—¡Hombre, si es el señorito Antón!. Que alegría verlo bien. Pase y tome algo —invitó una señora entrada en años, de cara afable y más bien gruesa.

—¿Qué tal está, doña Pilar?

—¿Qué quiere que le diga hijo mío? Desde que empezó esta guerra me cuesta más conseguir alimentos. Yo ya estoy mayor para plantones frente a los ultramarinos. Además, ahora que no está su familia me siento muy sola.

—¿Sabe usted a dónde se fueron?

—No, solo sé que vino un coche muy elegante, con un chófer de esos de gorra y uniforme, y se fueron todos.

—Supongo que tendrían miedo, aunque ahora que estoy yo aquí estarían seguros. En cualquier caso, me instalaré en casa por si regresan o los encuentro.

Tras tomar un café y ponerse al día de todas las desgracias de la mujer, que no hacía más que quejarse, se despidió de ella y se dirigió directamente a visitar al gobernador de la ciudad, sintiéndose aliviado de no tener que compartir la revolución con sus hermanos. No tenía claro cómo se tomarían ellos lo que estaba pasando, pero sí sabía que no lo apoyarían. Aunque fuese egoísta su sentimiento, el que se hubiesen escondido lejos de Toledo le liberaba de la responsabilidad de cuidarlos, y eso, secretamente, lo agradecía. Sabía que, por ser quienes eran, estarían perseguidos. Además, el estar solo le permitía tener más libres las manos.

Antón salió del edificio de Telefónica contento. Había conseguido del nuevo gobernador la autorización de controlar los desmanes que algunos salvajes hacían en la ciudad, aprovechándose del conflicto y la falta de control. Con todos los papeles en regla se dirigió al cuartel de la Guardia de Asalto. Al llegar al edificio, vio un par de guardias jóvenes que no conocía. Debían de estar controlando el acceso, pero estaban jugando a las cartas sobre una mesa que antaño perteneció al conserje. Estos miraron a Antón con indolencia y le preguntaron quién era y adónde iba.

—Soy Antón Aluche, teniente de la guardia de asalto. Traigo una orden del gobernador de la ciudad para vuestro superior.

—Haz el favor de dármela que yo la subiré —dijo uno.

—No, es una orden que solo daré directamente al capitán, así que hágale bajar o súbame hasta él.

Antón miró fijamente al guardia de la puerta, desafiándole. Sabía que todos los cuerpos de seguridad se habían relajado esos últimos días, pero confiaba en que la disciplina militar volviese a surtir efecto en esos hombres. No se equivocó. Tras unos instantes de titubeo, el

guardia buscó con la mirada a su compañero, pero éste, que debía tener menos personalidad, miraba hacia abajo tratando de evitar la confrontación. Por lo que dándose la vuelta se fue imponiendo sus condiciones.

—Está bien —concedió—, pero haz el favor de esperar ahí un momento.

Antón miró al otro soldado, el que todavía no había hablado, tratando de conocer a esos hombres que quizás podrían ponerse a su mando. Tenía esperanzas, observando que aún funcionaba la disciplina. Animado por ese optimismo decidió intentar saber más sobre el estado de la Guardia de Asalto en Toledo.

—Mi nombre es Antón —dijo intentando comenzar una conversación.

El joven que quedó de guardia se sorprendió, mirando por primera vez a Antón de frente, que prosiguió al ver que había acaparado su atención.

—Me han dicho que sois los más valientes y que sois muchos.

—Pues no te negaré que aquí hay mucho bravo. Pero en cuanto a la cantidad estás muy engañado, a no ser que consideres unos cincuenta guardias como muchos.

—¿Cómo puede ser eso? ¡En Toledo había una compañía completa! Ciento ochenta y nueve guardias.

—Eso era antes de esta guerra. Muchos se fueron a Madrid, otros cinco se han pasado al Alcázar y tres eran oficiales. A eso hay que sumar los treinta y cuatro guardias que han muerto ya intentando conquistarlo.

Antón se sorprendió de que la oficialidad se hubiese sublevado, pero se sorprendió mucho más de la cifra de muertos, que demostraba a las claras quiénes habían sido los más arriesgados a la hora de hacer frente a los sublevados.

En ese momento apareció el guardia que se había ido y le ordenó seguirle. Entraron en un recibidor amplio, con dos puertas y una escalera de mármol. Subieron hasta el segundo piso, donde vio un pasillo que acababa en una gran ventana, dejando a los lados cuatro puertas altas con letreros donde indicaba el cargo del inquilino del despacho. Se metieron en el que rezaba “capitán”.

El despacho era una estancia no muy grande, con una librería atestada de mapas y papeles. En la pared de la derecha había un cartel de una corrida de toros. Llenaba el espacio un par de mesas enfrentadas situadas en medio del cuarto, bien iluminado por una ventana de metal que daba hacia una calle estrecha.

Un hombre de mediana edad, de semblante serio y tirando a delgado, le escrutaba desde el otro lado de la mesa. A Antón le resultaba familiar pero no lograba recordar por qué. Estaba bien

afeitado y aseado, vistiendo correctamente su uniforme, algo que le satisfizo enormemente.

—¿Y bien? ¿Qué es esa nota tan importante que ha de darme en persona?

—Capitán, teniente Aluche de la guardia de asalto de Madrid —se presentó Antón —. Tras la batalla por la capital, donde me pilló el golpe de estado, me han destinado a esta plaza. Traigo orden del mando para coordinar el orden en las calles de Toledo y elaborar un informe de la situación.

El capitán se quedó mirando fijamente a Antón, juzgando al hombre que tenía delante. Se levantó y saludó.

—Teniente, ha de saber que somos tan solo cuarenta y seis efectivos. Posiblemente seamos la rama más diezmada. El ejército traído de Madrid está formado en su mayoría por campesinos y obreros sin ningún tipo de formación militar ni disciplina y campa por Toledo a sus anchas. El orden en las calles es complicado y hemos tenido varios altercados con algunos milicianos. Si el mando considera que un Aluche puede poner disciplina en esta ciudad, acataré la orden. Pero permítame que le diga el porqué.

Antón se sobresaltó al oír su apellido y pensó que su familia tenía mucha ascendencia en Toledo. Quizás ese capitán dudase de su lealtad a la República.

—No se asuste muchacho. Sé quién es usted, y quiénes son su familia. Soy muy amigo de su hermano Arturo. He sido yo quien les ha facilitado su huida. Aquí en Toledo no estaban seguros. Pero, ¿sería tan amable de dejarme ver la orden del mando, por favor?

Antón sacó un papel pequeño y arrugado del bolsillo de la camisa, desdoblándolo se lo entregó, mordiéndose la lengua por no preguntar más cosas sobre su familia.

El capitán, mientras leía la carta sin levantar la mirada del folio, le dijo:

—Confío que el nuevo gobernador sepa mejor que el otro lo que hace. Ha de saber que su posición se debe a un requerimiento de este último, debido a que al anterior, aunque dicen que se lo llevaron prisionero, estoy convencido de que estaba confabulado con el viejo coronel. Permitió los movimientos de la Guardia Civil sin hacer nada, y algunos anarquistas le tenían ganas tras el incidente de Albacete. De hecho, estoy convencido de que si nos hubiera ordenado cumplir con nuestro deber, en lugar de marearnos con misiones absurdas, este golpe de mano que han hecho unos pocos hubiese sido cercenado de raíz.

Levantó la mirada del papel y devolviéndole la orden le preguntó.

—Estando destinado en Madrid, ¿cómo ha hecho para acabar en Toledo?

—Por diversas circunstancias. Donde creí tener la obligación de proteger a los míos. Evidentemente no pensé que se irían ellos de aquí.

—Bueno – cortó el capitán—, pensé que sería lo mejor para su familia. Me llamo Gregorio Rivera y, además, veraneo en Santa Olalla, donde hice amistad con su hermano. Esta semana los he tenido que ayudar con un par de incidentes. No podía garantizarles su seguridad por más tiempo, por lo que les recomendé que se marcharan fuera.

—¡Ahora entiendo por qué su cara me resultaba familiar! —exclamó Antón—. Aunque no creo haberme cruzado con usted nunca en casa. Pero estoy seguro de que le he visto montar a caballo por la era con mi hermano. En cualquier caso, me tranquiliza saber que no estoy a las órdenes de un extraño —le sonrió y se despidió extendiéndole la mano.

—Confío en que lleguemos a poner orden en esta ciudad, y me sienta orgulloso del pequeño de los Aluche.

—Así lo espero yo también, y que no le dé motivos de arrepentimiento. Si me hace el favor de presentarme a los soldados que complementaran los que ya traigo se lo agradecería, estoy impaciente por empezar el trabajo.

—Está bien. Acompáñeme mientras le explico la situación de la guardia que recibe.

Madrid

Llegaron pronto a Madrid. La carretera estaba prácticamente vacía, los pueblos que atravesaron aparentaban estar dormidos. Por el contrario, el movimiento en la capital era febril y un trasiego de grupos heterogéneos, trabajaba en llenar las calles de trincheras hechas con sacos terreros. Llegados a la altura de la calle Goya, un grupo de hombres les paró. Estos iban como si saliesen de la fábrica tras un día duro de trabajo, pero armados con escopetas y pistolas. El que hacía de cabecilla exigió al chófer documentación y explicaciones. Julián oyó que Federico les increpaba algo mientras mostraba un papel sellado, y sin muchos miramientos arrancó el coche pasando entre ellos.

—¡Estos malnacidos se creen que son los amos del mundo por llevar un rifle al cuello! —bufó el chófer.

—¿Qué querían, don Federico? Preguntó Santiago intrigado al conductor que seguía murmurando cosas ininteligibles, pero intuía nada buenas.

—Querían quedarse mi coche alegando no sé qué milongas. Si no me pongo chulo y les restriego en la cara la firma del general me lo quitan por las bravas. ¡Se creen los amos de la ciudad por tener un carnet del partido!

—Tranquilícese, don Federico —apaciguó Santiago que tenía la cara amarilla del dolor que sentía—, ya estamos llegando a casa de mi hermana, así podrá regresar y dar las gracias al general por habernos brindado su ayuda.

El coche paró en una calle tranquila. Los recuerdos invadieron a Julián en cuanto salió de los colchones y revivió la primavera pasada, cuando se quedaron en casa de su tía para celebrar su cincuenta cumpleaños. Todo aparentaba seguir igual, en los balcones lucían los geranios coloridos que difuminaban sus negros pensamientos. Bajó de la baca como si se despertase de un mal sueño, deseando que todo fuese igual que su última visita, aunque nada más entrar en la casa la realidad volvió a meterle de lleno en el momento de la vida que estaban pasando.

—Hola, tía. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Dónde están los cuadros y los libros?

—Hola, chicos. ¡Pero qué mala cara tiene vuestro padre! Llevadlo a la cama y que descanse, ahora hablaremos de la organización.

Los dos hermanos obedecieron, pues realmente Santiago tenía una cara que daba lástima. Enseguida notaron que la casa estaba diferente, la perfección por el orden de su tía quedaría en entredicho si no la conociesen. Se alarmaron al ver todo el cuarto de su padre removido y la cama sin hacer. Pusieron a éste con cuidado sobre el colchón y

dándole un poco de agua le dejaron descansar.

De vuelta con su tía la interrogaron sobre lo sucedido.

—De un tiempo a esta parte el Gobierno ha renunciado a controlar la situación. Grupos armados de toda índole van revisando las casas una a una, para con la excusa de buscar rebeldes robar lo que les viene en gana. En previsión de que pudiesen entrar aquí, he retirado los cuadros de santos y los libros de sus librerías, pues por lo visto tener una biblioteca nutrida es símbolo de ser un terrorista en potencia. La locura es tal que estoy escondiendo cualquier cosa de cierto valor. Además —aquí se puso muy seria—, mucho me temo que vosotros dos no podréis quedaros en esta casa. Este barrio es de los que ellos llaman de señoritos y se oyen cosas que prefiero pensar que no son ciertas. En cualquier caso, ya he organizado a donde enviaros, pues esta casa no es segura para dos jóvenes de buena familia.

—¡Pero tía, si aquí no nos conoce nadie! ¿Qué podría pasarnos por vivir aquí?

—Julián, sé que con tu alma limpia aún por tu edad y educación no logras entender la mente perversa que puede tener el ser humano. La única salida que veo es que vayas a una casa donde no puedan sospechar de tu desafección por ellos. Conocéis ya a Loles, que lleva de servicio en casa toda una vida. Ella vive en el barrio de Numancia y se ha ofrecido a acogeros como si fueseis dos hijos. Viviréis con ella hasta que pase esta locura.

Como su tía mandaba más que un general y su padre no iba a llevarle la contraria, a los dos jóvenes les tocó agachar la cabeza y acatar la orden. Por lo que, después de comer, se fueron con la señora Loles a su casa. Julián y Arturo salieron murmurando, sin equipaje, pues su tía les había obligado a vestirse con tan solo una camisa con las mangas remangadas y una chaqueta vieja de pana. De esa guisa cogieron el metro en cuatro caminos. El vagón estaba lleno de gente que volvía a sus casas, pero la alegría natural de esas horas había desaparecido. En lugar del jolgorio y cháchara de la gente hablando animosamente, había un silencio denso que pesaba sobre el espíritu de los pasajeros, que evitaban levantar la vista del suelo. Julián comprobó que, si lograba cruzar la mirada con alguien, una sombra de duda y miedo aparecía en sus ojos retirándolos rápidamente de su trayectoria.

—¿Desde cuándo la gente tiene tanto miedo como para no hablar? —preguntó Arturo a la sirvienta cuando bajaron del metro.

—Al principio todo eran estallidos de alegría y calles llenas de gente con ganas de saber. Pero después de lo del cuartel de la montaña, las calles empezaron a llenarse de hombres armados sin control ninguno, atropellando la legalidad con sus desmanes. De manera que si no te encuadras en alguna sección de milicianos y tratas

de seguir con tu vida anterior, eres sospechoso de ser faccioso. La vida normal cada día es más difícil de seguir y la gente sale con miedo de sus casas.

—¿Y qué haremos nosotros? —preguntó Julián descorazonado, no acertando a encontrar sentido a todo lo que estaba pasando.

—Por ahora os quedaréis en mi casa. No saldréis de allí hasta que la cosa vuelva a la normalidad.

Cruzaron por una calle estrecha y sucia, que daba a una carretera amplia que los muchachos supusieron que sería la de Valencia. La mayoría de los bajos estaban ocupados por pequeños comercios relacionados con temas mecánicos, como talleres y recambios. En ese momento, estaban la mayoría cerrados y había relativa paz en la calle, lo que alegró a Loles que estaba interiormente muerta de miedo. Aceleró el paso hasta llegar a su portal, el cual abrió agradecida de no haberse cruzado con nadie conocido. Pero frunció el ceño al ver a una vecina que andaba barriendo el piso.

—¡Hola, Carmen! ¡No esperaba verte trabajando hoy! Saludó una contrariada Loles.

—¿Por qué? ¿No quieres que vea que traes invitados a casa?

—No, porque esa labor me tocaba a mí esta semana. Siempre vas por libre y me haces realizar la limpieza cuando a ti te conviene —contestó Loles haciéndose la molesta.

—¿No vas a presentarme a sus jóvenes invitados? —preguntó insistentemente Carmen para desesperación de la sirvienta.

—Te presento a mis sobrinos Julián y Arturo, que han venido a cenar conmigo. Y si nos disculpas te dejamos trabajar que hemos de preparar la cena.

Subió las escaleras de dos en dos escalones hasta el tercer piso. Le siguieron los dos muchachos que, despidiéndose de la mujer, notaron que no les quitaba el ojo de encima.

Entraron en una casa, más grande de lo que en su imaginación supusieron tendría una solterona. Estaba limpia y no excesivamente amueblada, de hecho, parecía que todo estaba allí como se dejó hace muchos años, pero limpio, sin una mota de polvo. El tiempo parecía haberse detenido en el momento que Loles decoró la casa. El aparador que colocó en la entrada daba la impresión de no haberse utilizado jamás. El sombrerero huérfano de ocupantes parecía no querer salir de su letargo. La alfombra antigua todavía parecía por estrenar. Tal era la percepción de falta de uso, que se sorprendieron cuando la sirvienta abrió un armario para que guardasen sus chaquetas. Rápidamente se quitaron estás de encima, ofreciéndoselas y quedándose plantados en el mismo recibidor. Sin atreverse a hacer nada por temor a desordenar algo que no debieran.

—Vamos chicos, si os vais a quedar aquí os enseñaré vuestra

habitación, después hablaremos de vuestras obligaciones.

Los dos jóvenes siguieron dócilmente a la mujer, atravesando un pasillo largo que acababa en un cuarto con dos camas. La estancia estaba pobremente iluminada por la poca luz que lograba atravesar la ventana que daba a un pequeño patio de luces.

—Aquí os quedaréis hasta que vuestra tía me diga lo contrario. Normalmente, estaréis solos, y yo seguiré yendo a trabajar a su casa, pero traeré comida para que no os falte de nada. Solo os pido que seáis discretos y mientras yo no esté no hagáis ruido ni nada que llame la atención como encender luces o abrir ventanas. Cara a la calle esta casa está vacía. ¿Entendéis lo que quiero decir?

—Queda clarísimo, somos esclavos del miedo —dijo Arturo.

—No pretendía dar esa impresión, pero más vale serlo del miedo que de los rojos. El miedo no mata.

—¿Es verdad eso de que íbamos a ayudarte a cocinar la cena? —preguntó Julián que en ese momento tenía más hambre que miedo.

Riendo la anfitriona por lo inesperado de la pregunta, los condujo a la cocina meneando la cabeza. Preguntándose si no sería mejor al fin y al cabo, que los muchachos no fueran realmente conscientes de la situación tan delicada en la que se encontraban.

Enemigos

Era otra mañana más en la que las explosiones de la artillería sobre la mole del Alcázar devolvían a Basilio a la realidad de la guerra que estaba viviendo. Se desperezó rápido, saltando de la cama se vistió un mono azul que le había dejado su padre sobre una silla. La noche anterior llegó tarde tras requisar un almacén con sus camaradas.

Pensó en su padre. Conocido como el Bota, Ramón era un hombre hosco y reservado que no hablaba apenas tras el fallecimiento de su mujer. Fue siempre un sindicalista muy activo y conocido de la comarca por las movilizaciones por él convocadas contra los terratenientes, aunque se daba el caso contradictorio de que su mujer servía en la casa de uno de ellos, siendo una católica comprometida.

Basilio se distanció pronto de su madre, prácticamente cuando comenzó a frecuentar el café con sus amigos anarquistas. Ella representaba la España que él quería cambiar, y no entendía su actitud acomodaticia y tolerante hacia las clases dominantes. No era así su padre, que sí luchaba por restablecer el orden y poder del proletario, aunque nunca comprendió como él no recriminaba nada a su mujer. Basilio trataba de convencerse que lo haría por la necesidad del dinero que ella traía a casa. En cuanto a lo del clero, suponía que la respetaba por amor. Dolores, que así se llamaba su madre, estaba implicada en la parroquia realizando su labor en una sede que atendía las necesidades espirituales de los obreros, mayoritariamente de la fábrica de armas, y a veces también materiales o de alojamiento de alguna hija de estos trabajadores que quisiese entrar en el servicio de la casa de alguna señora de la capital.

Pensó en la muerte de ella sin mucha pena. Estaba con otras seis mujeres en la sede de las damas catequéticas un domingo de mayo al atardecer. Un grupo de mujeres anarquistas armadas asaltaron por la fuerza el local. Las sacaron fuera junto a unas sillas y Biblias que quemaron en la calle. Tres de las jóvenes más exaltadas entraron dentro para tratar de extender el fuego en el salón e incendiar el local. Zafándose de las mujeres que le impedían el paso, la madre de Basilio, junto a la mujer del ginecólogo, entró dentro tratando de frenar a las pirómanas. Cuando una de estas las tiró al suelo, el resto les comenzaron a golpear la cabeza dejando inconsciente a su madre y muy magullada a la otra.

Se despertó en su casa, ante la atenta mirada de su marido que no se separó de ella las seis horas que duró su inconsciencia. Poco a poco recuperó la normalidad, aunque decía sentirse mareada. Cuatro días después no se levantó de la cama cuando Basilio trató de despertarla.

Se vistió el mono directamente sobre la ropa interior. Se entristeció pensando en su padre, ya que no quería luchar por esa revolución por

él ansiada tanto tiempo. No hacía otra cosa que quedarse en casa escuchando la radio o mirando en silencio un vacío que, en otro tiempo, llenó su mujer. Quizás por eso aun odiaba más a su madre.

Se acercó a la palangana de agua que estaba sobre la mesa. Se lavó la cara frotando fuerte, tratando de arrancar las trazas de sueño que quedasen en su ser. Lo habían nombrado jefe del comité anarquista de Toledo, y le gustaría hacer partícipe de aquello a su padre. Bajó a la cocina y vio a éste mirando por la ventana. No se saludaron y, en silencio, se preparó una cebada acompañada de unas galletas. Con los primeros sorbos recuperó toda la energía que da la juventud.

—Padre, llevo puesto el mono que me regaló. Hoy hay comité y espero una acción definitiva contra los fascistas.

—Ve con cuidado. Vosotros tiraréis contra un muro de dos metros, pero los de dentro tirarán contra ti en cuanto subas allí arriba y no tendrás escudo que te proteja.

—Así lo haré. ¿No querría usted acompañarme hoy al comité? Es algo que siempre ha deseado. Toledo está en nuestras manos, y somos los obreros los que decidimos cómo y cuándo.

—Toledo no estará en nuestras manos mientras sigan esos del Alcázar defendiendo la plaza —dijo enfadado el padre que ya no volvió a abrir la boca durante el desayuno.

Cerca de allí estaba el cuartel de la Guardia de Asalto. Antón, que había madrugado ese día, lo primero que hizo fue reunir a toda la tropa asignada bajo su mando.

Eran escasos los guardias de asalto que tenían que servir para ejercer de policía en Toledo y enfrentarse a los sublevados. Eran pocos, pero buenos luchadores y bravos combatientes. Al menos Antón sabía que le pondrían agallas.

Dispuso que patrullas de cinco unidades recorriesen las calles de Toledo. Presentándose a todo el mundo, dándose visibilidad para que la gente supiese que había control en la ciudad. No podía permitir tanto asesinato y desorden. Sabía que era imposible controlar a ciertos elementos, pero pretendía mantener la ley en la ciudad. Él mismo se integró en una patrulla para dar ejemplo y de esta guisa salieron a hacer la primera ronda.

El panorama no fue nada halagüeño. Todos los comercios estaban prácticamente desvalijados y muchas iglesias y casas saqueadas. Pensando en su tío se estremeció por su suerte. Nunca le gustó el clero. Había mucho gorrón que vivía del cuento y del pueblo. Pero había conocido a curas, como su propio tío, que realmente se entregaban a sus fieles por amor. Por eso prohibió tocar las iglesias y las casas sin autorización del gobernador. Colgó carteles en diversos lugares ante la mirada indignada de mucho miliciano, que veía más complicado un botín sencillo y la posibilidad de pasar un buen rato a

costa de un cura aterrado.

Antón sabía que los más peligrosos eran los anarquistas venidos de fuera. Había conocido a muchos de esos elementos. Y, si bien es cierto que había sindicalistas que luchaban por imponer su ideología, no era menos cierto que otros muchos aprovechaban el desorden imperante en sus columnas para hacer verdaderos destrozos y botines. Muchos de ellos eran vulgares maleantes y asesinos que habían salido de las cárceles por la amnistía decretada por el Frente Popular. Protegidos por esa nueva legalidad campaban a sus anchas.

Decidió coger el toro por los cuernos presentándose en su cuartel general. Se lo encontró sin saberlo lleno hasta la bandera, pues había comité.

—¡Me importa un cuerno que me traigas órdenes del gobernador o de Madrid! —chilló Basilio tras leer la demanda de Antón—. Aquí el que manda soy yo y no sigo órdenes de nadie. Mis hombres harán lo que yo diga o lo que ellos quieran, pero no nos someteremos a un estamento militar ni hartos de vino. Contra eso estamos luchando.

—Yo no digo que os sometáis a ningún estamento militar —trató de pacificar Antón, para lograr sacar algo de esa reunión. Arrepentido de haber escogido justo ese momento para entrar en su sede—. Solo pido que no se cometan atropellos contra ciertas personas o bienes sin el permiso del gobernador....

—¿Llamas personas a los explotadores fascistas que han sangrado al pueblo durante décadas? Con poco pagan todo lo que nos han hecho. Lo mismo que todos esos cuervos negros que nos han oprimido durante siglos, impidiéndonos avanzar y desarrollarnos. No, definitivamente no tendremos piedad de toda esa chusma.

—Yo no pido que se tenga piedad de quien tenga que pagar algún tipo de crimen. Solo os ruego que se haga con orden para no equivocarnos y que paguen justos por pecadores. Ayer aparecieron muertos en Tránsito unos muchachos que no pasaban los quince años...

Basilio se puso a reír irónicamente

—Eres un blandito, y desde luego se te nota muy subido con tus aires de grandeza. Aquí no hay más ley que la mía. Mataremos a quien queramos, no creo que porque mueran unos fascistas señoritos pase nada. Son igual de malos que sus padres, pero en pequeño. Ahora, haz el favor de salir que hay una guerra que nos espera.

Antón estaba que explotaba. Veía delante de él a un ser despreciable y acomplejado, que había dado rienda suelta a sus instintos más primarios para satisfacer sus pasiones. No tenía ni idea de cómo domeñarlo y, dando el caso por perdido, dejó su diplomacia soltando por la boca toda su rabia.

—Lo quieras o no, aquí todo el mundo está sometido a la ley, la ley

de la República. Confío que tengas claro que esa guerra de la que hablas sea la de tomar el Alcázar y no de irte de señoritas o abusar de curas desarmados como un vulgar cobarde.

Se armó un escándalo enorme. Los anarquistas se pusieron a insultar a Antón, que rápidamente se vio rodeado por sus soldados. Los cuales a su vez increpaban a los anarquistas que amenazaban con sacar ahí mismo las pistolas.

—¡Está bien! —tranquilizó Antón para evitar males mayores—. Nos vamos, pero recordad que hay una ley que todo el mundo tiene que cumplir y nadie está sobre ella.

No pudo acabar la frase porque los anarquistas comenzaron a gritar airados otra vez. Salieron entre empujones con las manos sobre sus pistolas.

—¿Esta gente quien se ha creído que es? —preguntó Santiago una vez fuera.

—Lo que queda claro es que en Toledo, mientras los anarquistas tengan armas, no va a ser fácil un gobierno —dijo Antón—. Y de paso creo que ahora tenemos dos enemigos, los de dentro del Alcázar y algunos de fuera.

Razias

Ya llevaban cinco días encerrados en el Alcázar, y la comida empezaba a escasear. El coronel Moscardó sufría por no saber cómo alimentar a las mil ochocientas bocas que habitaban el palacio y le atormentaba no haber prevenido esta situación. Lo cierto es que nadie había previsto que el golpe fuese a durar mas de dos o tres días. Pero él era el responsable de toda esa gente y no podía consolarse en que fuese el pensar generalizado. Tuvo tomada la ciudad mas de dos días y debía haber hecho acopio de alimentos. Además del hambre, sabía que si la moral caía y hacia mella en su gente, la legitimidad de su mando se vería seriamente dañada y podía sufrir motines internos.

—Comandante —interpeló finalmente a Martínez Leal que estaba próximo—, ¿qué hemos estado haciendo toda la mañana aparte de esperar?

—La gente no ha estado ociosa. Sobre todo, labores de limpieza, asegurar con sacos las ventanas y arreglo de desperfectos. Pero ocioso no ha estado nadie.

—Necesitamos comida y ver cómo está la defensa de la ciudad, deberíamos ampliar el perímetro defensivo. Haga el favor de llamar al teniente coronel Romero.

Esto lo dijo Moscardó como un cierre de conversación que ya tuviese preparado. O al menos así lo entendió el comandante, pues apenas habían comenzado el diálogo. Martínez Leal tenía claro lo que el coronel quería, por lo que tras un “a sus órdenes” salió ligero a buscar a Romero Basart. A su regreso con el teniente coronel de la Guardia Civil, se encontró discutiendo sobre su plan al coronel con la plana mayor que había en el despacho.

—¿Coronel, me ha hecho llamar? —preguntó Romero Basart.

—Así es, teniente coronel. Le he hecho llamar porque los días van pasando y se nos acaban los suministros. Además, no sabemos si las líneas enemigas son pequeños grupos hostigándonos o un ejército en toda regla. Quiero que un par de compañías salgan a descubierto a ocupar el ayuntamiento y otros enclaves estratégicos que nos faciliten acopiarnos de la comida de algunas tiendas y comercios. La primera que baje a la plaza de Zocodover y la otra compañía que ascienda la cuesta de Belén hacia el ayuntamiento. Si anulan al enemigo podrán conseguir alimentos en los comercios de las inmediaciones o los bares de la plaza y nos aprovisionaremos de víveres. De paso sabremos si nos enfrentamos a un ejército poco preparado. En ese caso consideraré ampliar el perímetro defensivo. No podemos esperar aquí con los brazos cruzados a que vengan a socorrernos. Además, necesitamos la comida.

Romero Basart salió muy serio, pensando en el condicionante que

no había dicho Moscardó. ¿Qué sucedería si era un ejército preparado y no lograban rebasar sus líneas? Lo tenía claro y lo dijo en voz baja mientras buscaba a su enlace para dar la orden.

Hizo llamar a su plana mayor y dispuso que la primera y tercera compañía serían las que harían la salida.

—Escuchadme bien —les dijo a sus capitanes—, no se trata de buscar el martirio. Id con cuidado. Si el fuego enemigo impide el paso, daos la vuelta. Se trata de saber si están organizados y de paso traer algo de alimento, no de hacer una gesta épica. ¿Está claro?

Manuel Eymar, que era uno de los capitanes que tenía que salir, lo tenía clarísimo: era una misión suicida. El sol estaba en el apogeo de medio día, tenían unos ciento cincuenta metros hasta las columnas de la plaza donde se podrían refugiar. Su único consuelo era que la cuesta era de bajada y correrían más deprisa. Y eso es lo que dispuso a sus guardias.

—Corred. Corred hasta la misma plaza y no os molestéis en disparar, eso lo harán los guardias que nos cubran la retirada. Todo el tiempo que estemos expuestos corre en nuestra contra. Solo tenemos una oportunidad de volver vivos, y es ganando la posición. A mi orden salimos.

La compañía comandada por Eymar se preparó en menos de un cuarto de hora. Los guardias, que rondaban los setenta, intuían que podían no regresar. Por lo que, sin transmitir esa incertidumbre a sus familias, sí que les dieron un beso más largo de lo normal antes de despedirse. Se agruparon en la Puerta del Simplón. El reloj dio las doce y media, el capitán la abrió y se puso a correr cuesta abajo seguido de toda la compañía.

Basilio estaba disfrutando de lo lindo. Conocía toda la contornada y donde estaban los almacenes de género. Por lo que no le resultaba difícil, usando acusaciones falsas y extorsiones, hacerse con los suministros que necesitaba para luego venderlos en todas las cantinas y bares de la ciudad. Hacía calor ese medio día y se quitaba con la manga el sudor que caía por su frente. Estaba siendo especialmente duro el hombre que regentaba el bar de la plaza de Zocodover.

—No obtendrás más vino si no me pagas lo que te pido —amenazaba Basilio a un hombretón aún más grande que él.

—No me dan miedo tus bravuconadas, ¿acaso crees que eres el único que conoce donde robarlo? Te doy cien pesetas por todo el cargamento o te buscas otro bar donde colocarlo.

—Ciento veinte ya mismo y lo dejo.

—Está bien —concedió el tabernero—, pero la semana que viene quiero la misma cantidad, así que ingéniatelas para conseguírmelo.

Basilio respiró aliviado y dio la orden a sus secuaces para que dejasen unas garrafas que habían traído de una finca cercana. Cuando

salieron a la calle escucharon revuelo. Vieron como los milicianos, que hacía un momento estaban dormitando tranquilamente, se asomaban a la calle que bajaba del Alcázar. De repente se escucharon tiros y un muchacho que tenía un gran sombrero de paja cayó hacia atrás con un tiro en la frente. Los otros soldados echaron a correr despavoridos, gritando que salían los del Alcázar.

Todo fue confusión. La gente se encerraba en sus casas, los milicianos corrían despavoridos por las calles y de la esquina de la plaza comenzaron a emerger los uniformes verdes de la Guardia Civil. Esto provocó que Basilio saliese aterrorizado a todo correr para huir de los guardias civiles. Como el pánico no le permitía pensar, salió corriendo detrás de un muchacho moreno.

—Tomad la posición, recoged lo que podáis de esa cantina —ordenaba Eymar que no veía claro como seguir la acción.

Empezaron a sonar disparos provenientes de las ventanas de los edificios que les rodeaban y lo que es peor, el martilleo de una ametralladora. Varios guardias cayeron heridos. Uno de Quintanar llamado Braulio, que estaba junto al capitán, recibió un tiro en la cabeza. Esta reventó como si fuera un melón, y cayendo el hombre quedó tendido a sus pies. Se protegieron como pudieron tras las columnas de la plaza, resguardándose de la lluvia de balas que desde arriba les caía desde muchas ventanas.

—¡A la mierda! ¡Retirada! —ordenó Eymar—. Nos tiran desde lo alto. Recoged a los heridos y los que estáis protegidos cubridnos un momento la retirada. ¡Vamos!

Mientras tanto, Basilio había subido por el lateral tras el muchacho moreno sin darse cuenta por donde iba. Finalmente, el chaval alcanzó un patio donde se metió y bloqueó la puerta. Basilio trató de meterse dentro también, pero la puerta estaba cerrada. Siguió hacia arriba alcanzando la cuesta de Belén. A lo lejos, vio al diputado socialista Domingo Alonso, que había sido el director del periódico Heraldo de Toledo. Iba acompañado de toda su familia. También vio a un montón de guardias civiles que bajaban en su dirección, por lo que se metió en un portal detrás de una planta muy grande, que le ocultaba parcialmente

Escuchó gritos e insultos y, pudiéndole más la curiosidad que el sentido común, se asomó discretamente para ver qué sucedía. Los guardias habían rodeado al socialista y le amenazaban con una pistola. Habían cogido a su yerno entre dos hombres y sus hijas chillaban mientras golpeaban inútilmente a los guardias que se las apartaban como moscas molestas. Como éste se negaba a ir con ellos prisionero, un guardia le puso la pistola en la cabeza y le amenazó con disparar si no obedecía. Entonces el diputado se revolvió para quitarle el arma y dos tiros obligaron a esconderse de nuevo a Basilio, que se

había quedado blanco del susto. La mujer del diputado comenzó a chillar hasta que un guardia la calló de una bofetada. Las cogieron por la fuerza y se los llevaron al Alcázar dejando al socialista desangrándose en mitad de la calle. Cuando hubieron desaparecido, Basilio salió de su escondite y se acercó al hombre que, retorcido en el suelo, le miraba con los ojos abiertos intentando comprender qué había sucedido.

—¿Qué queréis que os diga? No estoy de acuerdo en que traigáis mujeres y niños como rehenes —le decía el coronel Moscardó al teniente coronel Romero Basart.

—Ellos no tienen remilgos para hacerlo con nuestros familiares —le contestó Romero—. Ni con su propio hijo —matizó—.

—¡No vaya por ahí! —contestó enfadado Moscardó—Además, no hemos conseguido apenas comida. La posibilidad de tomar la ciudad es nula en vista de que deberíamos hacerlo casa por casa.

—Hay un grupo de soldados dispuesto a intentar traer alimentos de los edificios que han quedado vacíos junto a la academia. Sus propietarios han salido precipitadamente por verse cerca y estar la zona batida.

—¿Qué diferencia habrá respecto a la salida que ha hecho antes la Guardia Civil?

—Saldrán de noche y con sigilo para que nadie los vea.

—¡Está bien! No nos quedan muchas más alternativas. Organizalo y a ver qué sucede. Sin comida el asedio no podrá prolongarse.

Francisco se levantó tarde. La mañana estaba muy avanzada y todo el frenesí de la vida cotidiana bullía a su alrededor.

—Buenos días bella durmiente —le dijo riéndose su hermano Fernando que le estaba mirando.

—Hola, Fer. ¿Qué haces aquí?

—La mañana es tranquila y me han dado libre para estar un rato contigo. Desde que empezó esto no hemos estado juntos nada.

—¿Qué hora es? Yo a las cuatro tengo servicio —dijo Francisco.

—Tranquilo, aunque te acostaste tarde has dormido bien y todavía son las once. Aún tenemos un rato para estar juntos. Si te arreglas nos vamos al patio que ha salido un día espléndido.

Francisco recogió sus escasas pertenencias en un saco que hacía de maleta, dejándolo apoyado junto a la pared para no estorbar el paso del pasillo en el que había dormido. Tuvo servicio nocturno y prácticamente se acostó de madrugada, así que lo hizo donde pudo. Después de asegurarse que estaba bien colocado su hatillo junto al resto de equipajes, se fue con su hermano al patio de la academia. Salieron por la escalera monumental y el sol de mediodía les cegó momentáneamente, por lo que se quedaron un rato quietos, acostumbrándose a la luz.

El patio tenía tanta vida que, si no llega a ser por la estatua de Carlos V en el suelo y algún pedrusco difícil de mover, nadie diría que estaban en medio de un asedio. Los niños corrían por medio, mientras sus madres hablaban unas con otras en círculos. Por los rincones se veían grupos de mirones que apostaban y pronosticaban quien ganaría las partidas de mus o ajedrez que se desarrollaban, como todo un acontecimiento. Un grupo de jóvenes falangistas estaba retando a unos cadetes para jugar un partido de fútbol…

—Cualquiera diría que es día de mercado y aquí no ha pasado nada. ¿Verdad, Fer?

Su hermano reaccionó como despertando de un sueño.

—Así es, Francisco, así es.

—¿Qué tienes? —indagó preocupado el hermano pequeño—. Es por tu familia ¿verdad?

—Sí. No te puedes imaginar como la echo de menos. Normalmente con el lio de la guerra no me da tiempo a pensar demasiado. Pero en estos raros momentos de calma, en que la vida bulle con normalidad y veo matrimonios pasear entre los soportales con sus hijos corriendo alrededor... Me pregunto atormentado qué será de ellas. ¿Qué estará haciendo Margarita ahora mismo? ¿Estará bien la pequeña Paz?

—Estarán bien y no están solas. Te recuerdo que papá, Arturo y Julián están ahí para cuidarlas.

Fernando no creía que su padre y hermanos en esas condiciones fuesen garantía de seguridad, pero por prudencia calló. Se acercó a uno de los pilares en los que habían pegado un papel informativo y se puso a leerlo.

—¿Qué es eso? —preguntó Francisco.

—Es un diario que están haciendo aquí. Este es su tercer número, lo distribuyen por secciones para que se los pasen de unos a otros, aunque a veces alguien los lee en voz alta para el resto.

Francisco observó una hoja de periódico pegada en el pilar en la que, en letras grandes en el margen superior izquierdo se leía 'El Alcázar' justo bajo la fecha del día: "Martes, 26 de Julio de 1936". Estaba dividida en dos columnas en las que se intercalaba información general, con noticias locales de lo acontecido en la academia. Todo ello trufado de chistes y anuncios.

—Pero, ¿cómo saben lo que pasa fuera de aquí si no hay electricidad ni teléfono? —preguntó Francisco a Fernando.

—Si estás tan interesado podemos acercarnos al museo. El señor Marín, que participa del periódico, nos explicará como lo hacen.

Subieron al museo Romero Ortíz. Allí encontraron a Andrés Marín conversando con otro hombre sobre lo que debían poner o quitar. Encima de la mesa, donde estaba sentado Marín, había una máquina de un tamaño medio que Francisco identificó como una multicopista. En el otro lado de la sala encorvado sobre un transistor y con unos cascos sobre las orejas estaba un hombre tomando notas de lo que escuchaba.

—¡Pero mira a quien tenemos aquí, los hermanos Aluche! ¿A qué se debe este honor?—exclamó contento Marín.

—Buenos días, señor Marín. Confío en no molestarle, pero mi hermano Francisco tenía curiosidad en saber cosas de este periódico que han ideado ustedes.

—Que ha ideado mi buen amigo el comandante don Víctor Martínez Simancas, aquí presente —corrigió Marín aprovechando para presentárselo a Francisco—. Ha sido una idea suya para levantar el ánimo de los sitiados y sus familias. Ante tanta propaganda burda y torticera a la que nos someten día y noche con sus altavoces, él pensó que de esta manera contrarrestaríamos a la desinformación que generan.

—¿Cree usted que será mentira lo que cuentan? —preguntó esperanzado Fernando.

—No lo creo. ¡Estoy seguro! —afirmó Marín—. Por muy animales que sean, no serían capaces de tocar a nuestras familias. Son vecinos nuestros y conocidos los que nos combaten. Y una cosa es lo que dicen para minarte la moral y que salgas, y otra muy distinta cumplir con sus amenazas. Estate tranquilo por Margarita, yo también tengo a los

míos en Toledo y estoy seguro de que el buen Dios no levantará la mano de ellos. ¡Pero dejémonos de malos pensamientos y vayamos a lo importante! Venid conmigo que os presente a don Vicente Labandera, perito industrial a cargo de esta radio que nos mantiene informado de lo que sucede ahí fuera.

—¿Cómo es esto? ¿De dónde saca la electricidad para alimentar la radio? —preguntó Fernando intrigado.

—Hemos sacado las baterías de los camiones que subieron los cartuchos de fusilería y con ellas alimentamos estos equipos. También hay que saber que las únicas emisoras que podemos captar están en manos del enemigo. Pero leyendo entre líneas podemos saber lo que de verdad acontece. Por ejemplo, si ayer decían que la columna de Mola estaba derrotada en Guadarrama y hoy dicen que envían hasta cuatro columnas enemigas a combatirle, es que el susodicho general está venciendo cualquier oposición que le presentan y cada vez les queda menos para llegar a liberarnos.

—¿Ese es su deseo más grande? –preguntó Francisco ingenuamente.

—Uno de ellos, muchacho. Pero dígame usted, señorito. ¿Cuál es su sueño más grande? —preguntó jocoso Marín.

—Que llegue la hora del rancho, estoy muerto de hambre.

—Pues hoy está de enhorabuena —respondió riendo—. Por lo que sé, van a dar un estofado de carne maravilloso.

—¿Cómo es eso, don Andrés? —preguntó Fernando, que sabía de la carencia de alimentos—. Hasta la fecha tendremos suerte si digerimos bien esos panecillos negros de grano entero.

—El mando ha decidido sacrificar un par de caballos de las cuadras cada día para tener proteína, y de paso un buen plato. A los de caballería les ha sentado fatal, pues no ven a sus caballos como materia comestible. Pero las propiedades nutritivas de los equinos son fabulosas y tenemos en la academia más de doscientos de estos animales, que además no tienen trigo con que alimentarse para mucho tiempo.

—¡Ni bebida! —saltó Fernando—Con el racionamiento que han hecho del agua ¿cómo iban a hacer para dar de beber a tanto animal?

—Pues me temo que os van a fastidiar la diversión que algunos tenéis montada en la piscina.

—¿Qué diversión? —preguntó Francisco intrigado.

—¿Le van a dar el agua de la piscina al ganado? No es mala idea. De hecho, me parece una idea genial.

—¿Qué diversión teníais montada? —insistió Francisco que no quería dejar pasar por alto su pregunta.

—No es nada importante, tan solo que algunos compañeros vamos en secreto a bañarnos a la piscina para refrescarnos. Comprenderás

que no lo digamos, pues todo el Alcázar querría hacerlo. Aunque me temo que el chollo se nos ha acabado.

Por la puerta entró un alboroto de voces, aplausos y gritos.

—¿Qué follón es ése? —preguntó Marín.

—Deben ser los muchachos que han organizado un partido de fútbol. Acompáñenos y vamos a verlo —invitó Fernando.

Bajaron a ver el jaleo que se había montado alrededor del partido. Todo el mundo jaleaba a los contrincantes salvo alguna mesa en las que todavía se jugaba al ajedrez o las cartas. En concreto había una llena de gente que miraba un rato a los futbolistas y otro tanto la partida, en la que el capitán Cadenas trataba de doblegar a su hijo. Tras una hora de partida todavía no lo había logrado.

El partido llegó a su fin. Los falangistas se agruparon para celebrar su triunfo, cuando su jefe, Villaescusa, comenzó a cantar su himno, seguido inmediatamente por todos los demás. El “Cara al Sol” sonó. El público calló, mientras los rayos del verdadero sol iluminaban sus cuerpos llenos de vida. Animados, los militares se agruparon para, inmediatamente que terminaron éstos, entonar su “Ardor Guerrero”.

Hambre

Esa Noche salieron descolgándose por una ventana, que daba a la Cuesta de Capuchinos. El capitán Eymar había prometido a Julio y Francisco que si le acompañaban a su casa que estaba cerca, les daría un jamón entero y mucho tabaco que guardaba en la alacena. Dejándose caer al suelo en mitad de la calle, expuesto a cualquier mirada y lo que era peor, cualquier bala del enemigo, Francisco se preguntaba si no sería más sensato haberse quedado y morir poco a poco de hambre. Los alimentos que las familias trajeron consigo duraron poco. Los ranchos que servían en la academia se habían reducido. Les daban comida, pero lo que ingerían no suplía ni la mitad de lo que su cuerpo necesitaba. El hambre era un lobo que roía sus entrañas y su moral. Así que accedieron en cuanto el capitán se lo pidió.

—Esto es una locura —dijo Julio a Francisco cuando hubieron alcanzado la Cuesta Pascuales que bajaba a la casa del capitán—. Si nos cruzamos con alguien nos disparan sin preguntar ¿quien anda ahí?

—No haberte dejado convencer por un maldito cigarro ni haberme liado a mí por el estómago —replicó Francisco arrepentido de su decisión.

—A callar —ordenó el capitán.

Este se asomó con cuidado al escuchar unas voces. Vio en un bajo, que era una tienda de zapatos, un grupo de milicianos bebiendo vino y hablando entre ellos.

—No debería haber nadie en esa calle —susurró.

—¿Qué hacemos capitán? —preguntó Julio—¿Quiere que nos volvamos?

—No. Meteos en ese portal que tiene la cerradura rota.

Los dos amigos se metieron en un portal que tenía la puerta entreabierta. Siguieron al capitán escaleras arriba sin saber qué es lo que se proponía. Al llegar arriba, el capitán abrió la puerta que subía al terrado de la finca y saltó sorprendentemente ligero para alcanzar un ventanuco que daba al tejado. Se impulsó con los brazos y salió fuera. Una vez arriba ayudó a los jóvenes a subir con él.

—Shhh... Estamos en el tejado de la manzana donde está mi casa. Al estar los milicianos bloqueando el paso he pensado llegar por el tejado. Id con cuidado de no tirar una teja abajo para no delatarnos y seguidme.

Como gatos, fueron con sigilo saltando de tejado en tejado. Finalmente alcanzaron uno más nuevo, donde el capitán abrió de una patada el ventanuco que daba al interior del edificio. Esas puertezuelas se colocaban en todas las viviendas, para poder salir por ellas a arreglar los desperfectos o realizar tareas de retejado y

mantenimiento. Manuel recordaba que antes del encierro subió a comprobar una gotera, y que la portezuela estaba muy deteriorada. Por lo que sabía que con una patada suave lograría romper el pequeño pestillo. Otra cosa diferente fue el ruido seco que produjo al golpearla, manteniendo al trío quieto y expectante tratando de escuchar si alguien los había descubierto. Cuando la conversación de los milicianos llegó a sus oídos, se convencieron de que nadie se había percatado del sonido. Solo entonces se metieron con cuidado a través del ventanuco.

—Seguidme hasta mi casa. Allí encontrareis el jamón que me regaló el matrimonio Enríquez de Salamanca cuando los invité a venir. Lo mejor para vosotros es que todavía no lo había empezado. También nos llevaremos medicinas y…

El capitán calló de golpe al ver su puerta abierta. Se asomó con cuidado al recibidor de su hogar. Lo que vio le impactó, pues no había previsto que asaltaran su casa y menos de esa manera. Habían saqueado cualquier cosa de valor y todo lo demás lo habían tirado al suelo rompiendo vajillas, cuadros, libros y todo lo que pillaron. Supuso que al identificar la casa como la de un militar se ensañaron con ella. Julio se fue a la cocina temiendo lo que sus ojos confirmaron.

—Aquí no queda nada, capitán. Ni el mísero hueso del jamón con el que poder engañar el hambre rebañándolo.

—Mirad en la despensa, a ver si dejaron algo.

—Aquí hay un cesto con huevos capitán —gritó entusiasmado Francisco—. También hay aceite derramado, que si no le importa me lo quedaré.

—¿Cómo vas a quedarte ese aceite? —preguntó intrigado el capitán.

—Empapo este trapo con él, y cuando lo necesite ya lo escurriré.

El capitán cogió algo de ropa y un peine del suelo. Y compungido de ver cómo lo habían dejado todo, decidió deshacer el camino de regreso a la academia. Tan solo con unos huevos como recompensa y la mala noticia que dar a su mujer.

—¡Venga! arriba esas caras —animó el capitán al regresar a la academia—. Ni que la casa saqueada fuese la vuestra.

—Capitán, tenemos hambre y la promesa de un jamón animaba a un muerto. ¿Cómo quiere que estemos por jugarnos la vida para nada?

—Pues cuando te diga que los huevos los vamos a llevar a enfermería para los heridos, sí que se va a cumplir lo de para nada.

—No nos puede hacer eso capitán —saltó Julio escandalizado—, usted nos prometió un jamón y tabaco.

—Correcto, un jamón y tabaco que no había. Los huevos son para los enfermos.

—Al menos denos unos pocos. Si no comemos algo también

caeremos malos.

—Sea –dijo comprensivo—, quedaros un par cada uno y no digáis nada, no sea que os los requisen. De hecho, yo me los comería ya para evitar tropiezos.

—Capitán, ¿cómo puede estar animado con lo que ha visto? —preguntó Francisco a la vez que sorbía un huevo.

—Al principio he sufrido un mazazo, pero luego he pensado que lo más importante de mi casa sí que está a salvo y aquí conmigo. Es como cuando entras tarde al hogar un día al volver cansado del trabajo y te encuentras el salón desastrado y todo por medio. Los niños tirados de cualquier forma, repantingados en el sillón, con la cocina sucia de la cena y todos los platos derramados por la cocina. En ese momento créeme que me invaden todos los males. Entonces respiro tres veces y me imagino como será mi vida cuando ellos no estén, cuando la vida los haya hecho volar del nido y tengan sus propios salones y cocinas que ensuciar. Me veo en el salón ordenado y limpio, sentado en el silencio del sillón sin arrugas, risas ni alboroto. Veo la vajilla en su encimera, ordenada y limpia, pero sin nadie que la use y le dé una sobremesa de anécdotas e historias. Me imagino la vida así esperando al domingo que quieran venir a usar esos platos y desordenar el comedor, y me alegro de tenerlos todavía conmigo. Entonces vuelvo a respirar una cuarta vez y les amonesto igualmente, porque hay que educar. Pero sonrío cuando los niños se dan la vuelta para ir a recoger. Porque sé que, en realidad, eso es la felicidad.

El capitán se quedó pensando un momento, aunque en seguida reaccionó y dijo:

—¿Cómo no estar contento al llegar aquí con mi familia, sabiendo que podrían haber estado dentro de mi casa cuando la saquearon?

Presas

A la mañana siguiente, Loles se levantó temprano para preparar el desayuno a los muchachos. No se quería ir sin dejarles la casa arreglada. Hirvió leche y derramó un poco en un plato que tenía con unos trozos de pan duro. Una vez bien empapados los rebozó con azúcar. Puso la sartén al fuego con mantequilla y frió los panes rebozados. Se tostó el azúcar que se derretía por el calor, emitiendo unos aromas que sacaron inmediatamente de la cama a los dos muchachos.

—Loles, que fácilmente nos hemos acostumbrado a su cocina.

—No os habituéis a tan suculentos manjares, que si este conflicto se enquista y el ejército no toma pronto Madrid, empezará la escasez y pasaremos hambre.

—Tiene razón. Pero mientras ese momento llega, llenaremos bien el buche para tener reservas — dijo Arturo jovial.

La mujer se alejó sonriendo hacia la ventana de la calle. Le caían bien los hermanos y, aunque en un primer momento no le hizo gracia que su señora le pidiese que los acogiese, se sentía a gusto en su compañía pues llenaban el vacío que siempre tuvo su hogar. Corrió las cortinas y miró al cielo. Esta era una costumbre que tenía desde niña para ver si había nubes que trajesen lluvia o el tiempo venía frío. De esa manera se preparaba para coger el paraguas o una cazadora más abrigada. Cuando se iba a retirar algo que sucedía abajo le llamó la atención. Fijándose bien se sobresaltó al ver a la vecina fisgona que tanto se interesó por sus huéspedes. Estaba hablando con unos hombres armados. El corazón se le heló cuando señaló hacia su ventana. Rápidamente se ocultó tras las cortinas y salió a la cocina.

—¡Deprisa, seguidme! —ordenó.

—¿Qué pasa? — atinaron a preguntar los sobresaltados muchachos que siguieron en pijama a la mujer al rellano de la casa.

—Corred, subid al piso de arriba donde veréis una trampilla al final de las escaleras. Esta da a otras más pequeñas que suben al altillo. Escondeos allí y no salgáis hasta que yo vuelva.

Los muchachos se miraron sin comprender, pero subieron a cumplir las órdenes recibidas. Loles se metió en la casa a recoger precipitadamente la ropa de los dos hermanos. Los milicianos entraron en tromba en el edificio y subieron hasta su casa. Cuando llegaron a la puerta comenzaron a aporrearla para que abriese. La mujer solamente había tenido tiempo de esconder la ropa de los chicos dentro de un armario y extender las sabanas de una de las dos camas. Pero fue corriendo a abrir la puerta antes de que la derribasen.

—¿Qué pasa? ¿Qué queréis? —preguntó a unos milicianos, aparentemente sordos, que entraron en tropel a la casa sin hacer caso

a la mujer.

Se pusieron a registrar los cuartos, abriendo los armarios y mirando bajo las camas para asegurarse de que no hubiese nadie. Loles trataba de hablar con los hombres que de maneras muy burdas estaban alterando el orden que siempre había reinado en su casa. Por fin uno de ellos que parecía el jefe cedió a las insistentes preguntas de la mujer. Viendo que no encontraban a nadie, debió de pensar que sería mejor interrogar a la propietaria que seguir haciendo el ridículo.

—Sabemos que has acogido a dos facciosos y los tienes escondidos, así que ahórranos el trabajo y dinos donde están para evitarte más problemas.

—Quién quiera que te haya informado, lo ha hecho mal. Quizás deberíais investigarle a ella —soltó la mujer muy resuelta y con más seguridad de la que realmente sentía. Y alentada por el odio a su vecina continuó—. Además, si lo que buscáis son a mis sobrinos que vinieron ayer del pueblo para ayudar al Gobierno, podéis ir a la ciudad universitaria y explicarles de paso lo bien que os lo pasáis asustando mujeres y viejas. Eso mientras ellos se dejan la piel para frenar a los sublevados haciendo barricadas.

La seguridad de Loles sorprendió tanto al miliciano, que decidió dar la orden de irse de la casa. Lo dejó todo revuelto y no pidió disculpas, aunque el alivio de la mujer en ese momento era tan grande que no le importaba el desorden causado. Cuando los hombres llegaron a la calle, el cabecilla se acercó muy enfadado a Carmen, que esperaba ansiosa verles salir con los muchachos. Descargó su rabia sobre ella, para desquitarse de la humillación que había recibido en la casa.

—Esto es una guerra y no un juego de vecinas envidiosas. Si quieres volver a alertar de enemigos escondidos asegúrate de que sea cierto antes de hacernos perder el tiempo, no vaya a ser que acabes siendo tú la realmente peligrosa.

—Pero, pero.... —se quedó murmurando la mujer que no acertaba a comprender qué había pasado.

Arriba, Loles trataba de recomponerse del susto. Pensó en qué podría hacer ahora que Carmen estaba dispuesta a delatarles. Sin decidirse todavía subió al altillo a por los muchachos. Asegurándose que no les veía nadie, abrió la puertecita y vio la cara descompuesta de los dos hermanos que desde allí habían escuchado todo lo que pasaba.

—¡Vamos! Entrad corriendo en la casa —ordenó sin dejar de mirar para abajo por si veía a la vecina.

Los hermanos bajaron asustados. Entraron corriendo en la casa seguidos por Loles, que cerró la puerta con el dedo en la boca pidiendo silencio. Los llevó hasta su cuarto donde en voz baja les dio

nuevas instrucciones.

—Carmen, la vecina que conocisteis ayer, ha sospechado de vosotros y os ha denunciado a las milicias. Me temo que volverá a intentar pillarnos, por lo que ahora no podréis salir de casa y deberéis estar vigilantes por si otra patrulla de milicianos vuelve a registrarla. Llegado el caso tendréis que salir corriendo al altillo.

—¿Pero no podemos estar siempre alerta a que lleguen a por nosotros? Tendremos que dormir o no podemos estar todo el día mirando por la ventana —clamó Arturo asustado.

—Lo sé, pero ahora mismo no se me ocurre otra salida. Vosotros quedaos alerta y yo iré a ver a vuestra tía a ver si se nos ocurre algo. Serán unas horas, estad alerta y no hagáis tonterías.

Se despidió y se fue escaleras abajo dejando a los muchachos rumiando qué sería de ellos. Enseguida escucharon gritos. Era Loles insultando a su vecina que seguía en el patio tratando de entender qué había fallado. Esta, lejos de amedrentarse, le contestó increpándola a su vez, entablando una batalla verbal. No llegaron a las manos por salir Loles precipitadamente a la calle para evitar males mayores.

Los hermanos se quedaron asustados en la sala de la casa. Arturo se acercó cuidadosamente a la ventana que daba a la calle, miró abajo con cuidado a través de las cortinas, para evitar ser visto.

—Haremos turnos, Julián —susurró Arturo a su hermano cuando comprobó que todo volvía a estar tranquilo—, de esta manera uno de los dos podrá realizar cierta vida en la casa. Estos turnos serán de seis horas, así el otro podrá dormir y hacer la comida.

De repente los dos hermanos callaron, alertados al oír ruido en la puerta. Se miraron asustados, y Julián se acercó despacio hasta la entrada para entender qué pasaba. Se asomó a la mirilla y vio como Carmen trataba de forzar la cerradura, pero ésta paró de golpe al notar que dejaba de pasar luz por la mirilla y se quedó quieta escuchando. Julián se retiró pegándose a la pared muy quieto temeroso de que la mujer le hubiese descubierto.

—Sé que estáis ahí — dijo de repente Carmen—. No sé cómo ni dónde os habéis escondido, pero sé que estáis ahí. Juro como que me llamo Carmen Martínez que os pillaremos.

El aterrorizado muchacho escuchó como la mujer bajaba las escaleras y salía a la calle. Se fue al salón donde su hermano miraba por la ventana visiblemente preocupado.

—Lo he oído —dijo Arturo—, y he visto cómo se iba calle abajo. Nuestra situación aquí es comprometida. Propongo recoger rápidamente la ropa y algo de comida. Nos encerraremos en el altillo hasta que venga Loles o se haga de noche. Mientras tanto pensaremos en alternativas.

Julián obedeció a su hermano mayor. Este había cogido las riendas

de la situación, y desde luego estaba bastante menos asustado que él. Se vistieron y guardaron en una bolsa la poca ropa que tenían. Recogieron el desayuno que les había preparado Loles. Pusieron en un pequeño cesto algo de pan y un chorizo que había en la despensa, y salieron con cuidado de no ser vistos por ningún vecino hacia el altillo. Se metieron dándose cuenta de que no habían traído nada con que iluminarse.

—Arturo, aquí estamos a oscuras —susurró Julián.

—Ahora ya no podemos bajar a casa a por velas, pues con las prisas no hemos pensado en pedir llaves a Loles. Como hemos cerrado la puerta, tendremos que esperar aquí a que regrese. De todas maneras, me extraña que este cuartucho no tenga ventanas o un respiradero. Mira detrás de esos sacos a ver si hubiese algo.

Julián sorteó con cuidado unos tarros que había en el suelo. Tratando de no tirar nada, apartó con cuidado los sacos que decía su hermano. Tras uno de ellos apareció una pequeña contraventana, poco más grande que el palmo de una mano. Al abrirla entró la luz de la calle que iluminó el cuartito, descubriendo un sinfín de botes de conserva distribuidos en cajas o directamente en el suelo. Una serie de sacos, llenos de los hilos de tela utilizados para rellenar colchones, completaban los enseres allí guardados. Arturo cerró la puerta desde dentro, se acomodó dispuesto a pasar un rato que se aventuraba largo y aburrido. Y con una tranquilidad que descolocaba a Julián, sacó la comida que llevaba en el cesto. Se puso a devorarla ante los ojos atónitos del joven, que no acertaba a comprender cómo podía tener hambre, teniendo él su estómago completamente cerrado por los nervios.

Carmen estaba decidida a cazar a los hombres que tenía escondidos Loles. Al fin y al cabo, si se ocultaban era por algo. Además, nunca le había caído bien su vecina, con ese rostro altivo y esa manera de mirar por encima del hombro. Pero no podía volver al sindicato, donde los hombres ya no la tomarían en serio tras el último episodio. Por lo que arriesgó dirigiéndose a una checa que había montado un delincuente del vecindario llamado Jacinto Vallejo. Conocía a este hombre desde niña, pues se criaron en la misma calle. Nunca se llevó mal con él, pero dejó de tratarle cuando se hicieron adultos. Él comenzó a robar por puro placer, decían que con violencia y extorsión, aunque ella nunca lo vió. Lo cierto es que finalmente acabó en prisión al verse implicado en un robo con asesinato. Desde entonces no había vuelto a saber de él, hasta ahora, que lo habían soltado junto a todos los presos comunes de la cárcel modelo. Carmen se sonrió al pensar que en estos momentos era más peligroso ser de derechas o ir a misa que robar o cometer un asesinato. Lo tendría en cuenta.

Llegó a un edificio que había sido un convento de monjas. El inmueble había sido ocupado por Jacinto y sus secuaces. Estos eran un total de dieciséis hombres. Controlaban esa zona y permanecían en constante contacto con los comunistas, que les asesoraban en sus actuaciones. Aunque realmente funcionaban de manera autónoma como un órgano exento de obediencia a esferas superiores.

—Hola Jacinto —saludó Carmen a un hombre alto y delgado que salía en ese momento del portal del edificio. El hombre miró sorprendido a Carmen, tratando de identificarla. Rápidamente un brillo de inteligencia iluminó su mirada.

—¡Que me aspen si no es Carmencita la Negra la mujer que tengo delante! ¿Cómo es que has venido hasta aquí a buscarme? Porque no me harás creer que este encuentro es fortuito. Son muchos años ya sin querer saber nada de mí.

—Veo que el tiempo en prisión no ha hecho mella en tu inteligencia, Jacinto. Es una lástima que no la utilizases para cosas más productivas que el robo de lo ajeno.

—No creo que la crítica te favorezca para aquello que vienes a pedirme. Porque me vienes a pedir, ¿verdad Carmen?

—Bueno, según se mire. Yo lo llamaría traerte los deberes hechos. Ya que se supone que estás al servicio de la revolución para protegernos de fascistas y golpistas. Y eso te vengo a contar, el paradero de dos de ellos.

—Normalmente son los porteros los que vienen a delatar a los vecinos que se ocultan. Muchas de las veces veo en sus ojos el odio o la envidia hacia ellos, más que ganas de colaborar. Pero si la casa del pobre desgraciado está bien nutrida no me importa hacer una pesquisa. Se supone que los comunistas son los que nos dirigen, pero con lo que te conozco no pensarás que me voy a creer que tienes más interés en asuntos políticos que el que tengo yo. Así que dime: ¿Qué gano yo con ayudarte con tus fascistas?

—¿Qué ha sido de las monjas que vivían aquí? —preguntó Carmen para ganar tiempo y pensar en qué ofrecer a su antiguo amigo, pues no había previsto que le pidiese nada.

—A las monjas las hemos obligado a realizar trabajos para la comunidad, desacralizándolas y hospedándolas en casas particulares. Estas no han sido difíciles de encontrar ya que hay muchos vecinos, como los que tú quieres denunciar, que ya no necesitarán de ellas. Ahora visten como unas ciudadanas más, y no van tapadas con mantas negras y feas. Además, les hemos encontrado trabajo en una fábrica de costura. Como ves he vuelto transformado en un hombre de bien, reformador y solidario con el nuevo régimen. Pero dime, ¿qué gano yo de todo esto? —insistió.

—No lo sé. He pensado en ti por los viejos tiempos. A estos

hombres los ha traído una vecina que trabaja en casa de una señora de alta posición, por lo que a lo mejor tirando de hilos llegas a ella. Y su casa puede que sí guarde lo que tanto ansías.

Jacinto se le quedó mirando pensativo, sopesando si entretenerse en las cuitas de su antigua amiga. Entonces recordó que su protector, un comunista ruso, le había dicho que necesitaba prisioneros para un experimento que llevaba entre manos. Que durante una semana le llevase uno de cada dos hombres de los que retuviese. Pensó que éstos serían un buen comienzo.

—¿Dónde dices que están escondidos? —preguntó Jacinto finalmente.

Y ahora sí, sonriendo, respiró Carmen aliviada. Y recordando por qué fueron tan amigos en otro tiempo se dirigieron, con cuatro hombres más, a encontrar como fuese a sus presas. Se escondiesen donde se escondiesen las descubrirían, total, ahora tenían todo el tiempo del mundo y gente con ganas de gastarlo.

Trigo

Muchos años después de morir su abuelo, con su padre postrado listo para irse él también, pensaba el capitán Vela que la vida, si es larga, enseña mucho, aleccionando más las malas experiencias que las buenas. Recordaba a su abuelo, sentado encogido, en un banco del paseo con su bastón casi sujetándole la cabeza. Estaba abatido, porque sus compañeros de profesión, que acudían a la entrega de premios de la academia de la que fue el gran director, no le habían invitado. Por pérdida de poder o por su edad era relegado al ostracismo, siendo una carga y un estorbo que se procuraba evitar. Vela recordaba también los regalos que por Navidad llenaban el salón de su casa, cuando su padre tenía poder en la ciudad. Pero sobre todo recordaba como nadie llamaba o dejaba una felicitación, que no ya un triste regalo, cuando dejó ese cargo. Por eso, no se jactaba o engreía de los homenajes que le hicieron en la víspera. O apenas se inmutaba cuando, al bajar a los sótanos, todas las señoronas le agasajaban y se acercaban a preguntar por el suceso. Tan solo le sorprendían las miradas de las jóvenes que, enteradas del mismo, le ponían ojitos y se pavoneaban cuando pasaban a su lado. Pero más por su edad que por su orgullo, pues tenía claro que la gloria es un viento efímero que hoy sopla sobre ti y mañana se ha ido a la cabeza de tu adversario. Por eso acudió puntualmente a su puesto, donde le recibieron sus compañeros con la alegría festiva de sentirse parte importante en la hazaña conseguida.

—Aquí tenemos al bravo capitán, que heroicamente salvó de caer abatidos a unos sacos de trigo.

—¿Cuántos fueron? Al menos tres o cuatro —respondían con chanza sus amigos.

Todos reían mitigando con tan natural remedio las magulladuras de la víspera y los hombros entumecidos del peso cargado.

—Pues, aunque yo sea el capitán, no me gusta que el único homenajeado sea yo solo. Fuisteis todos conmigo y este debería ser un premio colectivo. Además, tanto bombo por el tema se debe más a haber conseguido comida para sus estómagos hambrientos que por una verdadera hazaña de guerra. Como la de la salida a por víveres que acabó en la tienda de disfraces del señor Rodrigo. ¿Te acuerdas Pedro de lo bien que te sentaba ese tutú almidonado? Y a ti Isidro te iba que ni apropósito ese disfraz de oso pardo...

Ahora las risas eran de esas dolorosas de no poder parar ni a respirar. Vela se quedó más tranquilo al comprobar que no había en sus chicos un ápice de rencor o envidia, y que de paso había llevado la conversación a otros derroteros.

—¡Vaya salidita la del martes! Mira que ir a por comida y volver todos disfrazados de lo que encontramos en la tienda, parecíamos

acémilas por capas. ¡Aunque bien que sirvieron los trajes para abrigar a la población de los sótanos ahora que la noche refresca ahí abajo!

Esta vez sí, las risas hacían llorar al capitán, como a todos los que allí estaban. No era para menos, pues jugarse la vida por un poco de aceite derramado en el suelo, recogido con unos trapos sucios, o un poco de pan enmohecido hallado en una bodega no era cosa de risa. Pero entrar por lo que creían era un establecimiento de comestibles y hallar en su lugar una tienda de disfraces y decidir que ya que estaban allí los usarían para vestir a la población del Alcázar, era absolutamente delirante. Por lo que se los enfundaron uno encima del otro para transportar los máximos posibles. No era una acción ciertamente llamativa ni heroica, sino más bien vergonzosa y humillante. Pero esa ropa era de inestimable valor para las mujeres que vivían en los húmedos sótanos del palacio medieval. Estas se pegaban unas a otras o se abrazaban a sus hijos buscando el calor que las noches castellanas se llevaba. Al menos, con la hazaña de la noche anterior llevando comida para todo el Alcázar, habían resarcido algo su honor.

Realmente, todo comenzó cuando el señor Isidoro Clamagirand se presentó la mañana anterior en el despacho de Moscardó. Tras decirle al Dinamita que tenía algo importante que contarle al coronel, referente a comida, no tardó éste en darle paso. Ya que, fielmente, hacía siempre las guardias en la puerta del coronel actuando como su guardaespaldas. Tampoco Moscardó tardó en atenderle, y ante la mirada inquisitiva de los altos mandos que departían la situación con él, Clamagirand relató su historia.

—Mi coronel, como usted sabe soy panadero y tengo el horno en la calle Sillería.

Ahí paró un momento, pues estaba nervioso, no fuese que la noticia que tenía que transmitir supusiese un contratiempo para todos, o peor, una matanza inútil. Pero la sombra del hambre acechaba macabra y él podía tener el remedio. Como veía que el coronel permanecía callado y expectante, reanudó su monólogo.

—El caso es que en los hornos hace años que ya no molturamos nuestra propia harina. La compramos en los diferentes molinos que existen por la vega. Este no es un negocio muy lucrativo hoy por hoy, pero no deja de ser este cereal un bien valioso, habida cuenta de que los pocos silos que existen en España son particulares y pequeños.

Volvió a parar, preocupado por si aburría a toda la plana mayor con su rodeo, motivado por miedo al error. Por eso trató de justificar su introducción, máxime cuando la voz tranquila del coronel le urgía a abreviar.

—Y bien Isidoro, ¿a dónde quiere llegar?

—Como les decía —metió el plural en la conversación al ver la

cara de disgusto de muchos mandos—, el trigo no tiene un valor monetario importante, pero sí constante en el tiempo. Los bancos en ciertas circunstancias optan por almacenar este cereal, como seguro y garantía de ciertos préstamos o pagos. Especialmente con los agricultores, gentes de mi oficio y molineros.

Ya se iba acercando al punto que deseaba. Notó que había captado la atención de los militares que allí se congregaban, especialmente de Moscardó. El coronel intuía a donde quería llegar, pues estaba muy preocupado con el tema de los suministros, culpándose en su interior de falta de previsión.

—La cuestión —concluyó el señor Clamagirand—, es que hay una casa almacén, de estas que les comento, bajo la explanada del picadero, cerca de la primera cuadra. Es un banco de cereal, donde me consta, se almacenaron grandes cantidades de trigo y ahí deberían seguir.

Los presentes comenzaron susurrando, pero el rumor creció como una ola transformándose en claras conversaciones llenas de demandas, ideas e intenciones, pero sobre todo de optimismo y dicha. Así siguió el jaleo mientras Clamagirand permanecía callado. Observando que el coronel estaba abstraído, como pensando o viendo cosas que al resto se le escapaban.

—Isidoro, ¿está seguro de lo que me cuenta? —preguntó el coronel —. ¿Se da cuenta que la casa esta en zona batida? Además, si este supiese de la existencia de ese granero lo más probable es que estuviese esperándonos, para que cayésemos en esa ratonera.

—Mi coronel, evidentemente he calculado y meditado todos los contras que existen en esta operación. No hubiese venido aquí si la necesidad por la carestía de alimentos no fuese tan acuciante. Llevamos tres días tomando un engendro de pan negro del pienso del ganado. Sinceramente, no creo que nadie haya caído en la cuenta de la existencia de esa casa. Y aunque lo hiciesen, al estar en zona de nadie no creo que contemplen la posibilidad de que podamos recurrir a ella. Además, seré yo quien dirija personalmente la expedición para llevar a cabo tan arriesgada misión.

Moscardó volvió a callar, sentado en su silla. Inclinando la cabeza se mesaba una barba incipiente. Con tanto oficial que allí había, podía tomar decisiones consensuadas y negociadas. Pero él era el último responsable de lo que allí acontecía, y esta vez tenía que tomar una decisión él solo.

Se inclinó sobre la mesa, donde tenía un plano del Alcázar y sus inmediaciones sobre otro más grande de Toledo. Levantándose, sin dejar de mirar el plano, preguntó al panadero:

—Isidoro, dígame exactamente de qué casa se trata, por favor.

—Es esta de aquí —dijo señalando la última de las casitas que

corrían circulares como el terreno—. Debajo de la explanada del picadero.

Moscardó se quedó mirando el punto señalado como hipnotizado. Lo propio hicieron el resto de la oficialidad, como tratando de atraer con su mirada todo el grano allí contenido.

—¿Isidoro, tenía ideado algún plan de entrada?

—Sí. La idea sería bajar por la noche desde el picadero. Tendremos que romper una verja que hay aquí —dijo señalando el plano—y tendremos que acceder a esa casa por algún punto rompiendo puertas o ventanas. Sé que no es un plan muy elaborado, pero no veo otra forma mejor.

—¡Está bien! ¡No se hable más! Comandante Llorente, ¿quién está esta noche de servicio?

—El comandante de infantería don Luis Araujo, mi coronel.

—Hágale llamar y encomiéndale la misión de exploración y que prepare el terreno. Que le acompañe el maestro armero don Víctor Fuente y el maestro Herrero don Urbano Jiménez con herramientas para romper la verja y una vez allí ver que punto de acceso es el mejor.

—¡A sus órdenes, coronel!

—Espere un momento. Cuando vuelva la expedición, tenga preparada una cuadrilla de unos cincuenta voluntarios para cargar esos sacos esta misma noche sin pérdida de tiempo, suponiendo que la misión haya sido exitosa. Por lo que haga el favor de reclutar voluntarios informando que es una misión arriesgada. Pero le ruego no diga el objeto de la misma todavía. Reúnalos a todos en el edificio de Santiago junto al señor Isidoro a las doce de la noche y ahí explíqueles la misión completa. Bajo la luz de las estrellas, que salgan por el picadero, junto a la valla, hasta la casa. Evitando en todo momento que les vea el enemigo. Hay que jugar con la pendiente oeste del vierte aguas para no ser visto por los ojeadores del otro lado del rio. Y comandante —le llamó cuando este ya estaba saliendo de la sala—, comience por el capitán Vela y los suyos. Ese chico no se pierde ni una y le hará ahorrase tiempo y evitar que corran rumores.

Pan y circo (6 de agosto)

Tras más de dos semanas encerrados y hostigados sin cesar, llevaban tres días de relativa tranquilidad en el Alcázar. La artillería había dejado de vomitar insistentemente su metralla. La aviación había dejado de pasar para vaciar sus estómagos llenos de explosivos. Y hasta los disparos de fusil eran menos y más distanciados en el tiempo. El ambiente era más relajado y en el Alcázar se empezaba a hablar de los milagros de la Virgen, a la que el día anterior le hicieron una capilla para darle gracias por su intercesión. Ésta era una pequeña Inmaculada, con cara de novia, que a falta de otras imágenes, era el centro de todas las miradas de los que allí rezaban.

El coronel y su plana mayor se imaginaban otra cosa muy diferente al supuesto milagro, más ajustada a la realidad. Pensaban que el bando republicano se estaba quedando sin municiones, complicándoles los diversos frentes que se iban abriendo y tenían que atender. Aunque, ¿por qué no? —pensaba la oficialidad—. Era otra manera de obrar sus milagros la Virgencita Inmaculada, la Virgen del Alcázar.

Los ánimos estaban elevados. Desde que habían encontrado la casa del trigo, volvían a tener completa la dieta. Para molturar este cereal usaron un pequeño molinillo que el teniente Guadalupe encontró en el almacén de intendencia. Para hacerlo funcionar, subieron un coche de los que había en la explanada. Pero, por el elevado consumo de gasolina que tenía, acabaron utilizando la moto del guardia Esteban Uceda. Le quitaron el neumático trasero y unieron unas gomas desde la rueda al molinillo. A pesar de su antigüedad y frecuentes paradas por recalentamiento, consiguieron sacar más de doscientos kilos de molienda. Ésta no llegaba a ser harina pero era suficiente para, cocinados por un tal Belmonte, conseguir unos panecillos que olían de maravilla. Éstos, con paciencia y mascando bien, eran un buen refuerzo de los guisos de caldo de caballo que servían, siendo muy deseados por la gente que los agradecía enormemente.

Hasta ese momento las salidas habían sido por cuenta de los propios soldados. El coronel no quería cargar con la muerte de un hombre, pillado en una de las casas deshabitadas que rodeaban el Alcázar, por recoger un poco de comida. Estaban tan desesperados que aceptaba cualquier sacrificio. Pero, ahora que tenían trigo y el fantasma del hambre se había mitigado, prohibió las salidas sin su consentimiento. Por eso a Moscardó le llamó la atención la demanda del señor Clamagirand.

—Si me deja salir con algún voluntario iré a mi tienda, donde guardo mantequilla en abundancia. Allí también poseo aceite, con el que podremos paliar, en parte, las carencias que tenemos en

enfermería.

—Está bien, Isidoro. Hable usted con algún soldado, que le acompañe armado y le pueda defender en el peor de los casos.

Clamagirand se dirigió al patio a buscar quien le acompañase. Era realmente extraño ver a los niños correr por entre el columnado. Corros de madres y abuelas hablaban animosamente por la plaza. Algunos hombres paseaban uniformados de guardias, soldados o falangistas. Toda esa normalidad solo era alterada por el ruido de las balas, que hacían saltar algún guijarro del exterior, como único síntoma de que estaban en mitad de una guerra declarada. La tregua que les estaban regalando era perfecta para salir de los oscuros sótanos donde se hacinaban. Al otro lado Clamagirand observó al menor de los Aluches que se dirigía a su hermano Fernando, que charlaba con otros oficiales. Era una licencia que le gustaba tomarse, ya que no era normal en el ejército que un soldado se mezclase con la oficialidad. Pero era un momento extraño y estos le habían cogido cariño. El caso es que su compañía era siempre bienvenida y a él le gustaba frecuentarlos para sacar información de primera mano.

—Narciso, yo podría hacer trucos de magia. No es que sean muy buenos, pero será suficiente para entretener al personal —le decía Fernando al teniente Lacourt.

—Eso es magnífico, pero necesitamos payasos o algo que les haga reír.

—Yo tengo un numerito que hacía en casa que, por lo menos allí, les hacía reír —dijo un teniente que Francisco no reconoció.

—¡Pues no se hable más! Vamos a buscar cualquier voluntario que quiera participar y a anunciar que esta tarde haremos la función.

Así, entre risas, quedaron en verse en media hora para hacer una cabalgata disfrazados con cualquier cosa que pudiesen conseguir. Muy animados salieron a buscar algún complemento.

Cuando Francisco se quedó a solas con su hermano le interrogó.

—¿Qué es lo que van a hacer?

—Un circo. Una estupenda función que haga olvidar a las mujeres y niños las penas que los hombres les hemos acarreado. Para ello necesitamos de todo aquel que sepa hacer alguna gracia o proeza —y mirando a su hermano le preguntó—¿No tendrás tú un don oculto del que no sea partícipe?

—No —contestó riendo de buena gana—, pero si mi ayuda puede servir de algo para semejante locura podéis contar conmigo.

Se dirigieron al museo Romero Ortiz, que había sido escogido como improvisado camerino de tan extraña *troupe*. Allí vieron al teniente Lacourt ensayar muy serio una serie de funambulismos junto al tesoro de monedas hispanas del siglo XVI. En el recodo de armamento de la primera guerra carlista, había un hombre que no

consiguieron identificar por el disfraz tan logrado que tenía. Con la cara pintada de negro betún, trataba de hacer un juego malabar con unas latas de conserva. Detrás de las armaduras medievales vieron al teniente Francisco Javier que había conseguido una sábana blanca, haciendo las veces de túnica. Tenía adornados los hombros con una colcha roja. Esta estaba ajustada con una lata de conservas que hacía de broche dorado. Remataba el traje de mago, una sábana enrollada en la cabeza a modo de turbante oriental del cual salía un plumero rojo de un antiguo ros de gala.

Se pararon para verle tratar de hacer desaparecer una moneda de sus manos. Lo logró para gozo del capitán, que asentía con la cabeza satisfecho, convencido que lo del circo había sido una buena idea. Pasaron junto la vitrina del puro, que a esas alturas debía ser la pieza más admirada del museo. En ella había un puro viejo y roído, junto a un cartel que rezaba: "último puro fumado por el general" junto a un nombre borroso. No es que fuese realmente un cigarro apetecible, pero a esas alturas en que una colilla se cotiza más que el oro, desde luego llamaba más la atención que el tesoro de Hernán Cortés.

Acudieron al museo unos músicos con sus instrumentos que habían sido llamados por Vela, formando una divertida comitiva. Como Francisco no tenía nada, le dieron una cacerola y un palo para que fuese armando jaleo. Por último, entró Marín con unos pocos programas hechos precipitadamente en el ciclostil. Y ahora sí, con todo preparado, salió en procesión la banda de música en dirección a los sótanos con un pregonero que vociferaba las excelencias de un espectáculo nunca visto. Mientras, dos repartidores iban dando el programa a todo aquel que les demandaba información.

—¡Señores y señoras, viejos y jóvenes, niños y militares! No dejen de asistir al magno, al grandioso, al nunca visto anteriormente espectáculo circense de magos, payasos y funambulistas. Y un sinfín de sorpresas que la empresa Quince y Medio and Company tiene el honor de presentar a ustedes. Un circo lleno de relevantes figuras del espectáculo que, a buen seguro, están deseando abandonar esta plaza —improvisó como broma final el pregonero.

Era extraño el contraste de las figuras cómicas, paseando a través de las pobres gentes que se hacinaban en los sótanos. Pero las risas volvieron a aflorar entre aquella población postrada en sus yacijas. Contagiándose de aquella epidemia de alegría y buen humor, la gente les seguía por todos los pasillos en manifestación. Siendo los niños los que más algarabía montaban.

Subieron al patio, donde rápidamente los niños ocuparon los sitios preeminentes. Poco a poco se llenaron todos los espacios restantes. Y con los músicos tocando piezas acordes al momento circense, comenzó el espectáculo.

Salió el teniente Lacourt vestido de luchador grecorromano con unas sábanas enrollando su generoso cuerpo. Comenzó a distorsionar su anatomía de la manera más inverosímil, sacando la cabeza debajo del brazo o una pierna sobre el hombro. Todo esto sin dejar de moverse y rodar por el suelo, dando el efecto real de que dos hombres eran los que allí peleaban. Finalmente, desenrollado de la manta, aparecía el teniente mordiéndose rabiosamente el dedo de un pie. Soltando un alarido se evidenciaba su solitaria pelea, rompiendo en carcajadas todo el auditorio.

Tras este número, salió el teniente Francisco Javier, intentando dar una seriedad difícil de conseguir entre tanta chanza. Cogiendo una moneda de cobre, la enseñó muy serio a la audiencia que poco a poco se calmaba. Se acercó a un vaso y, dejándola caer dentro del mismo, esta desapareció ante los ojos atónitos de los niños y la sorpresa de los mayores. Entre risas y, lo más importante, olvido de la realidad, se pasó una tarde inolvidable. Una tarde que devolvió la niñez a los adultos, y frenó la forzada madurez de unos niños condenados a ser hombres antes de tiempo.

Clamagirand había quedado con un soldado que conocía de Toledo para salir al anochecer con una soga por la que se deslizarían a su tienda desde el tejado. Habían optado por esta forma de actuar debido a la mayor seguridad que entrañaba. Era ciertamente más engorroso que el hacerlo por la puerta desde la calle, pero evitaban las miradas y el riesgo de ser descubiertos.

—Vamos ya, no hay tiempo que perder —instó el soldado que parecía nervioso.

—Está bien, pero recuerda que una vez en la calle de los Bizcochos tenemos que subir al tejado desde la esquina donde están los desagües.

Salieron dejándose caer desde una ventana baja. Cruzaron rápidamente la calle hasta las casas medio derruidas de enfrente. Enfilaron por el callejón que les llevaba a la calle Horno de los Bizcochos. Una vez allí treparon al tejado, aprovechando unos desagües que bajaban por la esquina. Caminando con cuidado por arriba pasaron al otro vierte aguas. Junto a una chimenea hicieron un boquete quitando unas tejas para poder meterse dentro de la pastelería. Al asomarse, la escena que contemplaron les heló la sangre. Justo debajo, sobre el suelo de la tienda, había tres mujeres rodeando a una que yacía muerta. Las mujeres les miraban anonadadas sin entender qué estaba pasando.

—Descuelga la cuerda y átala a la viga —ordeno Clamagirand.

Se dejó caer con cuidado agarrándose con manos y pies. Al tocar suelo se acercó donde las mujeres que, asustadas, no le quitaban la vista de encima.

—Tranquilas, no tienen que temer nada. Solo quiero ayudar. ¿Qué ha pasado? —preguntó el hombre a la mujer que parecía más serena.

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha entrado por el tejado?

A Clamagirand le sorprendió recibir otra pregunta como respuesta a la suya, pero comprendió de lo extraño de su aparición y decidió explicarlo para tranquilizarlas.

—Me llamo Isidro Clamagirand y soy dueño de esta panadería. Estoy refugiado en el Alcázar y por falta de alimentos hemos decidido venir a buscar algo. Lo de entrar por el tejado es por pura prudencia, para evitar que nos descubran en las calles desiertas.

—Gracias a Dios —respondió aliviada la mujer—. Nosotras somos monjas Jerónimas que hemos escapado de una turba de milicianos que asaltaron el convento. Pero no tenemos donde ir y el hambre ha hecho mella en el frágil cuerpo de esta hermana que ha muerto. No sabemos qué hacer.

—Se vendrán con nosotros al Alcázar y…

No pudo terminar la frase, pues un ruido en el tejado le hizo girarse. Sorprendió al soldado que le había acompañado recogiendo la cuerda para echar a correr con ella. Pasó un segundo hasta que comprendió que el miserable le había acompañado para poder fugarse. Y ahora se encontraba solo con esas mujeres, encerrado en su propia casa.

Checas

Antón se levantó temprano. Se fue a Madrid siguiendo las órdenes de su capitán. Tenía que llevar unos despachos a comandancia y ver con sus propios ojos si los socialistas habían montado un tribunal popular. Se dirigió a la calle Marqués de Riscal tras cumplir el primer encargo, pensando en lo que su capitán le había dicho la noche anterior.

—El populacho, con el poder de las armas, se ha dedicado a instaurar sus propios gobiernos y leyes. Me temo que sea contagioso y acabemos perdiendo el poco poder que nos queda en Toledo.

—¿Qué ordena que haga, capitán? —preguntó Antón.

—Asegúrese que es cierto que los socialistas controlan los barrios donde instauran sus comités, aun por encima de la autoridad del gobierno. Y si esto es así, entérese de cómo y por qué se organizan de ese modo. Mucho me temo que hay una mano que maneja estos hilos. Como me llamo Ricardo que quiero saber de quién se trata.

No sabiendo dónde hubiesen podido montar esta checa, su intuición le dirigió al inicio de la calle, donde se encontraba la sede de Renovación Española. Allí vio un inusual movimiento de albañiles entrando y saliendo del edificio con ladrillos y sacos de tierra. Siguió a uno de ellos para ver qué hacían. Bajó a los sótanos y se encontró que estaban obrando en los cuartos, pero realizando algo sin sentido. Estaban llenando el suelo de ladrillos dispersos, colocados de canto, con lo que impedían el tránsito normal del caminar.

—¿Quién es usted y que busca?

Antón se giró al ser interpelado en una pronunciación extraña. Vio a un hombre alto de facciones eslavas.

—Mi nombre es Antón Aluche. Soy teniente del cuerpo de Guardias de Asalto y he venido a ver qué es lo que se está montando aquí.

—Parece ser que la custodia de la ley y el orden ya no las ejerce solo su cuerpo. ¿Verdad teniente? —preguntó provocativo el hombre que definitivamente Antón juzgó como extranjero.

—No. Por desgracia, desde que el Gobierno armó al pueblo, la justicia parece que la ejerce el más fuerte.

—¿Por qué por desgracia? Ahora podemos realizar la revolución tan ansiada por el proletariado. Podremos alcanzar fácilmente nuestros objetivos. Con checas como esta, que se están montando en todo Madrid, pronto tendremos separada la paja del grano. Y crearemos un nuevo orden donde el pueblo será libre y dueño de su propio destino.

—¿De verdad cree que por montar un tribunal popular va a separar a los que apoyan la revolución de los que no lo hacen? ¿Cómo cree que localizará a quien piensa diferente que usted y por qué cree que se lo van a decir? Esto no es Rusia, amigo.

El hombre eslavo sonrío satisfecho de la conversación mantenida con Antón. Estaba claro que estaba ante alguien inteligente y lo quería atraer a su territorio. Un teniente de la Guardia de Asalto de su lado daría credibilidad a su proyecto.

—Quizás no me he presentado adecuadamente. Déjeme que lo subsane. Mi nombre es Vladimir y como bien ha intuido soy ruso. He venido a España para ayudar con la sovietización del país. Para lograr que, como el aceite, se expanda el comunismo por Europa y frene la ola de fascismo que nos invade. Hay que poner un poco de orden en lo que estáis creando. Este comité está bastante bien organizado por los compañeros del PSOE. Me han pedido que les ayude en la sección psicológica. Esta es la que se refiere a los interrogatorios que realizan a los fascistas detenidos. A ello se deben estas pequeñas reformas en lo que serán sus magníficos aposentos —dijo con ironía—. Una revolución puede realizarse. Pero sin orden, como creen los anarquistas, no llegaremos a ningún lado. Han abierto las cárceles y asesinos comunes se han montado sus propias checas para lucrarse, cometiendo verdaderas atrocidades y matando a cualquiera para quedarse con sus bienes. No es que me moleste demasiado, ya que el que tiene algo de valor suele ser un sospechoso, pero lo mejor es organizarse y guardar un orden.

—Por hablar en sus propios términos. ¿Cómo va a diferenciar lo que es grano y lo que es paja? Porque creo que si piensa que por meter a alguien en esa locura de celda va a dejarse matar confesando que es un fascista, necesitará algo más de ingenio —intervino Antón.

—Eso es solo el comienzo, mi novato amigo. Hay otros métodos para hacerles confesar. En cualquier caso, ya tengo los nombres de los que son grano y paja. Tan solo hay que manejar los hilos del Gobierno para disponer de la lista del censo electoral y el partido votado. Lo que nos lleva a disponer del nombre de ciento ochenta mil sospechosos que votaron al partido equivocado.

—¿Sabe qué le digo, Vladimir? Que es usted un peligro tan grande o más que esos asesinos que han dejado libres. Yo puedo estar de parte del Gobierno en la mayoría de sus tesis. Pero el que hayan armado al pueblo y dejar que éste ejerza su justicia, solo es un error que no les ha quedado más remedio que cometer desbordados por los acontecimientos. Este río revuelto, en el que criminales y asesinos ejercen de policía, es un buen caldo de cultivo para los comunistas que estáis intentando introducir vuestra manera de ver la vida. Lo mismo que los falangistas, los carlistas, los anarquistas o cualquier otro grupo que pretende imponer su verdad a los demás. Yo solo soy un guardia que quiere, dentro de lo que sus fuerzas y posibilidades le permiten, mantener el orden de la ley actual. Que para ser realistas ya no sé cuál es, pero desde luego no es una que no respete al otro.

Siento si le decepciono, pero no comparto su manera de ver las cosas, aunque estemos en guerra.

—¿Sabe teniente que por decir menos de esto están muriendo muchos hombres?

—Sí, lo sé. En los dos bandos —remarcó—. Y aunque me amenace sutilmente, yo estoy aquí para defender el imperio de la ley. Si los sublevados están fuera de ella, y por eso les combatimos, no es menos cierto que estos desmanes también son ilegales, por más que a fuerza de cotidianos nos estemos acostumbrando a ellos. El pueblo no puede juzgar al propio pueblo según su forma de ver al otro. Y si me disculpa tengo cosas que hacer.

Antón salió de aquel antro de terror justo cuando un coche llegaba rápido. Tuvo que saltar a la acera para que no le embistiese. El coche paró en la puerta de la checa y comenzaron a salir milicianos que llevaban prisioneros con la cabeza tapada, aunque él no se quedó a mirar o a pedir explicaciones, había tenido suficiente con el ruso. Se llevaba la impresión que Madrid estaba perdido para el Gobierno. Del coche sacaron a la fuerza a Julián y Arturo encapuchados con unos sacos. Habían dejado de resistirse por puro agotamiento. Desde que Carmen les descubrió escondidos en el altillo de la casa de Lola, no habían dejado de intentar escaparse de los cuatro matones que iban con ella, siendo duramente golpeados cada vez que lo hacían. Julián tenía una extraña sensación respecto a su hermano mayor. No sabía muy bien por qué, pero de repente su subconsciente le había hecho pensar en Antón y el aire le traía su olor. Mientras, a pocos metros, este, giraba la esquina que le dirigía a su coche, donde un sargento que hacía de chófer le esperaba con ganas de volverse a su casa. Con la impresión de que no sería heraldo de buenas nuevas, Antón se volvió a Toledo.

En la puerta del edificio al que acababan de llevarlos, les esperaba un tipo enorme. Mirándolos, señaló a Julián y ordenó en voz autoritaria:

—A este os lo podéis llevar de aquí y hacerle lo que queráis, al otro me lo quedo en Riscal.

—¿Habíamos quedado en que serían todos los que te trajera? –clamó Jacinto contrariado—¿Qué hago yo con el otro? No tienes ni idea lo que nos ha costado sacar estas ratas de su madriguera, estaban bien escondidos los hijos de perra.

—Jacinto, te recuerdo que se te permiten tus fechorías por estar bajo la tutela de los comunistas, así que no veo a que viene tanta resistencia. Por lo que te recomiendo que te metas en el coche y te lleves al chico de aquí. ¡Ah! —dijo Vladimir sonriendo malévolamente —. Ve olvidándote de ganar nada con el muchacho, este viene libre de impuestos. Y ahora desaparece de mi vista antes de que disponga otras

medidas para tu checa.

Renegando por lo bajini, Jacinto miró a un tipo gordo que estaba con él. Le hizo un gesto con la cabeza para que cumpliese con lo que Vladimir reclamaba. Mientras Arturo se quedaba en la Checa socialista de Marqués de Riscal, a Julián lo metieron a empujones en el coche para llevarlo a una casa próxima. Allí le empujaron a un cuarto extraño donde, sin venir a cuento, le pegaron su primera paliza.

Antón llegó tarde a Toledo, pues tuvo que parar en un sinfín de controles. Se presentó ante el capitán Gregorio, más nervioso de lo que le gustaría reconocer, puesto que su amigo Santiago le acababa de informar de una cosa que iba contra sus principios.

—Hola teniente —saludó el capitán—. ¿Entregó el despacho sin incidencias?

—Sí, mi capitán. Y verifiqué que efectivamente los comunistas están creando checas como usted supuso. Pero aterrizando en lo que nos atañe de cerca, permítame que me inmiscuya en las decisiones del mando que no me incumben. Si lo que he escuchado es cierto, creo tengo derecho a algunas aclaraciones.

—Siéntese, teniente Aluche y tranquilícese. ¿Quiere una copa de brandy? —ofreció Gregorio al joven.

—Gracias, capitán. Realmente lo necesito —aceptó encantado Antón—. He escuchado que van a arrojar bombas químicas sobre el Alcázar —dijo mientras Gregorio le servía una copa—, y me inquieta. Además de ser contrario a los tratados internacionales de la guerra, la academia está llena de rehenes que no son culpables de nada.

—Por partes —dijo Gregorio—. ¿Quién te ha dicho que el Alcázar esté lleno de rehenes?

—La gente de la calle comenta que, en los dos días que los sublevados tenían controlada la capital, se dedicaron a coger prisioneros a todas las mujeres y niños que podían. De esa manera tienen un escudo humano con el que protegerse. De hecho, hay una canción muy pegadiza que cantan en todas las tabernas sobre el asunto.

El capitán rio de buena gana sorprendiendo a Antón, que para nada esperaba una reacción así.

—No hay que creerse todo lo que se cuenta —comentó Gregorio tratando de ponerse serio—. Esos son cuentos de miedo para asustar a viejas. No pensé que lo harían con todo un teniente del aguerrido cuerpo de asalto –dijo volviéndose a reír.

—Tendrá que disculparme, mi capitán, pero sé de buena tinta que entre otros prisioneros está la familia del asesinado vilmente Domingo Alonso.

—¿Cuántas mujeres y niños hay allí dentro, teniente? —preguntó poniéndose serio el capitán—. Quinientos lo menos, ¿verdad? ¿No es

cierto teniente?

—Si, eso dicen, que Moscardó tiene prisioneros dentro de la academia a unas quinientas mujeres y niños. Familiares todos ellos de significados sindicalistas y políticos de izquierdas de Toledo.

—Entonces ¿cómo es que nadie habla de ninguna otra familia que no sea la del malogrado Alonso? Quinientas personas dan al menos un montante de doscientos dirigentes Toledanos sin familia. Mucha gente para que no sepamos el nombre de ninguna.

—Realmente nadie habla de otra persona que no sea el concejal socialista. Pero me consta que hay mujeres y niños allí dentro.

—Ciertamente. El Alcázar está lleno de ellos, y posiblemente sean más de quinientos –dijo Gregorio sorprendiendo a Antón—. Pero estas familias son las de los guardias civiles de toda la provincia, que se han reunido aquí con ellos.

—¿Y las bombas químicas? —insistió Antón.

—Eso es cierto. Pero son solo gases lacrimógenos que anularán al enemigo. Mientras, en una acción de ataque, tomamos al asalto sus posiciones. Como ve, respetaremos a sus niños indefensos, no siendo del todo ilegales con los códigos internacionales. Aunque no comprendo qué diferencia hay entre matar al enemigo a cañonazos o matarlo con gases químicos. Pero supongo eso es tema de otra tertulia.

—Si me lo permite, creo que mi deber moral es responderle que hay una diferencia importante. Pues de las bombas uno se puede proteger, pero de los gases no.

—Además de estar equivocado en su conclusión, he de recordarle que el otro día intentaron incendiar el Alcázar, regando de gasolina las dependencias exteriores. Y no ardió todo por la rápida reacción de los sitiados. Si lo hubiesen conseguido, ¿no es peor morir achicharrado que gaseado? Al final lo de la manera de matar es accesorio. Además, no tiene sentido esa resistencia. Acabo de escuchar por la radio un discurso del líder socialista Indalecio Prieto llamado locos a los soldados que avanzan por Extremadura. Es cierto que la acción de cruzar el estrecho usando la aviación es una genialidad que nunca se ha hecho antes. Pero son muy pocos y comparto la visión del socialista que literalmente ha dicho: "¿A dónde van esos locos? Nosotros tenemos las principales ciudades, los núcleos industriales, todo el oro del Banco de España, inagotables reservas de hombres, y tenemos la Escuadra". No pueden hacer nada mas que generar odio y sufrimiento por donde combaten. Deberían aceptar que han fracasado en su golpe de estado y rendirse. Pero por cambiar de tema, y recrearnos en algo más entretenido, estaría encantado de escuchar la coplilla, si no se avergüenza demasiado. Esa que dice cantan en todas las tabernas sobre los rehenes del Alcázar.

Antón se sorprendió de la petición de su superior. Pero, puesto que

no tenía mala voz y su capitán había escuchado sus inquietudes respondiéndole como a un amigo, no tuvo inconveniente en tararear el fandanguillo. Que dicho de paso era muy pegadizo.

Moscardó es un valiente
que madres y niños caza
como el verano es caliente
los ha llevado al Alcázar.

Química (8 de agosto)

Los hermanos Aluche estaban tratando de triturar unos granos de trigo que tenían guardados en los bolsillos. Su idea era mezclar esa pasta con unas hojas que habían sacado de un socavón existente junto a la valla del picadero.

—No sé si quedará algo —dijo Francisco a su hermano.

—¿Algo de qué?

—Del aceite que tenía empapado en el pañuelo. El que cogí en la razia de la cocina del capitán.

—Estoy seguro de que sí. Tú aprieta que caerá alguna gota, y si tenemos suerte nos sale tan buena como la última vez —ordenó Fernando.

—Eso espero, pero la vez anterior había más aceite y la lata de municiones era nueva. Esa está ya muy estropeada y la tortilla se va a pegar... ¿Qué es esa sirena? —preguntó sorprendido al escuchar la alarma antiaérea.

—¡Mierda! Bombarderos. Apaga el fuego y ponte a resguardo.

—¡Estás loco! Tendremos que empezar de cero.

—Prefiero empezar de cero a que nos cuelen una bomba por la ventana.

—Me sorprendería que usasen la aviación para apuntar a los soldados —dijo Francisco mientras apagaba el fuego—, pero su desesperación empieza a ser tan evidente que ya no me fío. Ayer tiraban con la artillería al paso curvo a la hora del rancho tratando de dar a los repartidores.

—¡Calla! Ya oigo los aviones.

Francisco obedeció al escuchar el sonido característico de los motores de la aviación enemiga. Preventivamente, se alejó de la ventana dirigiéndose a la puerta.

—¿A dónde te marchas? —le preguntó su hermano.

—No voy a ningún sitio. Me refugio en el dintel por si hay derrumbes, es la parte más sólida de la estructura del cuarto. Es un muro de casi un metro de grosor.

Replegándose bajo la puerta vio como Fernando se resguardaba con él. Se quedaron esperando el bombardeo, deseando egoístamente que fuera en otro sector. No tuvieron suerte. Escucharon el sonido de las bombas al caer anunciando con su silbido macabro que ellos estaban debajo. Francisco se encogió más sobre sí mismo, cubriendo con los brazos la cabeza y la cara para evitar que la metralla le alcanzara el rostro. O quizás, simplemente, por miedo e instinto de supervivencia. El ruido de las explosiones de las bombas, sobre el tejado y el patio, les llamó tanto la atención por su peculiaridad que se miraron el uno al otro sorprendidos. No sonaban con el retumbe

característico, acompañado del eco lúgubre de la ametralladora realizando su maldito cometido. Por contra, estas bombas, al explotar, sonaban de una manera queda y sin réplica de metralla. Empezó a oler de una manera extraña, y Francisco observó con pavor que se le irritaba la garganta y le ardían los ojos. Miró aterrorizado a su hermano.

—¡Bombas químicas! Esos hijos de perra han tirado gases lacrimógenos. Cógete el agua que queda y moja la camisa para cubrirte la cara —ordenó Fernando.

Tal era el dolor que sufría Francisco al tratar de respirar, que prácticamente se arrancó la camisa. No dudó en vaciar sobre la misma la poca agua que tenía y guardaba como oro en paño. Se envolvió la cabeza y, arrastrándose por el suelo, trató de acercarse a la ventana donde parecía que entraba aire sin contaminar. Pero esto era engañoso. Pues, además de que el aire venía viciado, también entraban balas del enemigo.

—Me ahogo, Fernando, ¡me ahogo!

—Y yo. No podemos seguir aquí o moriremos asfixiados, volvamos a los sótanos por si el aire fuese limpio abajo.

Salieron corriendo con los ojos inyectados en sangre y la garganta casi cerrada. Pero enseguida bajaron la velocidad, pues el esfuerzo por respirar hacía imposible mantener el ritmo. Sin saber muy bien cómo, encontraron el camino a los sótanos, donde vieron llegar más como ellos. Algunos de los cuales llegaban prácticamente arrastrados por sus compañeros. En la entrada, había un grupo de voluntarios que, dirigidos por las hermanas de la caridad, los atendían. Les refrescaban con trapos húmedos a la vez que movían el aire con una chapa de madera, para tratar de aportar más oxígeno a sus pulmones.

Francisco, que comenzaba a recobrar el control de su cuerpo poco a poco, se percató de que allí estaba el coronel Moscardó con la plana mayor. Estaban nerviosos al comprobar cómo se estaban abandonando los puestos de defensa. El muchacho, comprendiendo repentinamente la gravedad del momento, y pudiendo su curiosidad más que el malestar, se acercó a ellos. Con sus pulmones ardiendo y sintiendo que cada inhalación que daba era de fuego, escuchó su conversación.

—Si nos atacan ahora con las defensas abandonadas, el Alcázar caerá irremediablemente —dijo el coronel.

—Tenemos cinco de ellas cubiertas con los soldados a los que les hemos dado máscaras —informó Villalba.

—¿Las ametralladoras están ocupadas? —le preguntó Moscardó.

—Sí, éstas han sido las primeras en cubrirse.

—Aun así, es poco, muy poco. ¿Cuándo escampara el gas señor Marín? —se dirigió el coronel a su amigo.

—Según mis conocimientos de química —respondió el interpelado

—, es un aerosol de pimienta de bromuro de bencilo, que no es letal, pero impide que estemos preparados para reaccionar cuando ataquen.

—Algo que está sucediendo por el número de disparos que oigo. ¡Por Dios, Andrés! ¿Cuál es la persistencia del gas?

—El efecto es inmediato y desaparece al hacerlo el gas, el problema es que se ha quedado encerrado en el patio y no se dispersa... ¡Espera ya lo tengo! —saltó ilusionado Marín.

Francisco seguía descaradamente la discusión que era rápida y nerviosa. Se notaba que el coronel tenía que tomar una resolución inmediata para evitar el desastre y no sabía cuál.

—Es una cuestión física —continuó Marín—. Si me da un grupo de voluntarios que sean capaces de transportar todo lo que podamos quemar en el patio, me comprometo a hacer desaparecer el gas.

Mientras Moscardó daba órdenes para cumplir con el deseo de Marín, el grupo de Antón subía la calle de la Soledad sin resistencia de fuego por parte de los del Alcázar. Al llegar a los muros de la academia observaron que solo había resistencia desde el torreón suroeste. Esta escasa defensa mantenía en sus barricadas a todos los anarquistas que, eso sí, disparaban como locos al torreón. Casi a la par que el grupo de Antón, llegaron los comunistas por el callejón de Vinos Esquivias. Estos lideraban un grupo muy grande de milicianos y, haciendo señas de sus intenciones al grupo de Antón, decidieron trepar de manera conjunta para colarse por las ventanas completamente desguarnecidas del Alcázar. Como habían previsto, casi toda la resistencia en el edificio principal de la academia había desaparecido. Aunque tenían que andar con cuidado, pues el que disparasen desde el torreón suroeste significaba que todavía había soldados en sus posiciones, además de los que permanecían en las dependencias exteriores del corralón de San Miguel.

—¿Qué hacemos Antón? —preguntó Santi.

—En principio los anarquistas deberían entrar por el hueco del torreón, pero están asustados como niñas por una sola ametralladora. Supongo que tendremos que entrar por las ventanas y tomar el Alcázar desde dentro, como pretenden los comunistas. Lo primero es atacar la ametralladora. Al fin y al cabo, son los más numerosos y todas las dependencias exteriores siguen ocupadas por los rebeldes.

Llamaron con gestos a los comunistas para indicarles que avanzaban y alertaron a unos milicianos que no se habían atrevido a cruzar la calle, para que trajesen unas escaleras que portaban.

—¡Vamos! Traed las escalas, que nos metamos por esta ventana —ordenó Antón.

Uno de los dos muchachos que llevaban las escaleras se decidió a cruzar al ver que el grupo de Antón estaba bajo los muros del Alcázar y los comunistas andaban subiendo la calle y no les disparaban. Se

acercó veloz y les dio su escalera. Mientras, el otro aún más joven que el primero salió de su escondite imitándole. De repente sonó un disparo que frenó en seco al muchacho. Llevándose la mano al estómago con cara de susto se dejó caer al suelo. Medio sentado, el chaval intentaba asimilar que el tiro que le había atravesado el estómago lo iba a matar.

Francisco no daba crédito a lo que estaba pasando. Marín les había hecho subir al patio todo lo que pudiese arder. Eran unos doscientos los que, con los ojos irritados y los pulmones abrasados, salieron al patio transportando sillas, libros, vigas rotas y cualquier cosa que pudieron coger. Todo lo arrojaban en mitad del patio a una gran pira que prendió con suma facilidad, con llamas de más de cuatro metros de altura. Como un milagro, el ambiente se despejó de gases. Aunque el calor era tan insoportable que hacía imposible acercarse. En cualquier caso, se podía respirar sin que el gas les irritase los pulmones. Salió el coronel y rápidamente dio órdenes al mando para que volviesen a los puestos. Francisco vio a su hermano Fernando que corría hacia él.

—Francisco, vamos al puesto, que nos están atacando —le encomió con urgencia.

—Voy —contestó el muchacho—. ¿Tú crees que seguirán usando gases para atacarnos?

—No tengo ni idea. En principio están prohibidos, pero ya has visto lo que les importan a estos las leyes y la justicia.

Llegaron justo para ver cómo unos trescientos milicianos intentaban alcanzar las ventanas inferiores, sin apenas resistencia de fuego. Los dos hermanos salieron de su letargo y comenzasen a disparar a la masa indefensa que se apiñaba a los pies del muro. Además, en seguida se oyeron más disparos que salían de otras ventanas que iban recibiendo a sus defensores. Al verse desguarnecidos y tan expuestos, muchos milicianos retrocedieron a donde pudiesen estar a salvo.

—¡Adelante —chilló Antón que vio vacilar a los suyos—, adelante!

Pero mientras algunos reaccionaban y corrían hacia las ventanas, la mayoría salía huyendo en desbandada al comprobar que otros tiros iban derribando a sus compañeros.

—¿Qué está pasando Antón? Se supone que el gas los dejaría fuera de juego más rato —dijo Santiago, a un desesperado Antón que veía que su plan de ataque masivo a la Academia se iba al garete por la falta de arrojo de sus hombres.

—¡No lo sé! Pero cada vez disparan de más ventanas y somos menos por los cobardes que salen corriendo. Están recuperando sus posiciones y es de suicidas intentar hacer nada. Retroceded —gritó.

—¡Huid cobardes! —les chillaba Fernando sin imaginar que su

hermano lideraba a los atacantes.

—Son indisciplinados y cobardes. Y eso en una guerra de verdad, como ésta, hace que unos pocos organizados y valientes como los que estamos aquí, equilibremos su número y recursos. Estos son muy superiores a los nuestros. Aunque todo tiene un límite, y el nuestro está cercano.

Se quedó pensativo, y mirando hacia su casa no volvió a hablar. Francisco respetó su silencio. Intuía que sufría por su familia y no sabía como animarle.

—Todo tiene un límite —volvió a decir Fernando asintiendo con la cabeza, como convenciéndose a sí mismo de algo.

Colas

En Toledo, lo mismo que en toda España, se mataba por casi todo. Se mataba por ir a misa, por vestir con camisa de cuello, por tener familia en el Alcázar. Se mataba por hablar educadamente, por no levantar el puño, por llorar a tus muertos. En Toledo, como en casi toda España, se mataba por envidia; verdadero deporte nacional.

Margarita y su hija se habían recluido en la casa del notario. Este había sido fusilado cuando fue a pedir licencia a diputación, para enterrar a su hijo. La casa familiar de Margarita y Fernando estaba muy próxima al Alcázar y habían sido desalojadas por el peligro artillero. Por lo que la mujer y la niña tuvieron que buscar otra alternativa en un Toledo semivacío. Ahora, por lo menos, tendrían un techo donde guarecerse. Pero seguían teniendo hambre. Un hambre que mordía con rabia sus estómagos mientras la madre, lo más digna que le permitían sus atuendos, trataba de organizar su nuevo hogar.

Margarita había cruzado la veintena apenas dos años atrás. Su pose altiva era el de una señora a la que le han arrebatado todo, pero no su dignidad. Aunque con una hija a su cargo y un marido en el Alcázar no podía permitirse ese orgullo. Esa dignidad era algo por lo que se mataba, y mucho, en esos días de locura. Ella, que sabía bien lo que su planta despertaba, hizo por su hija lo que cualquier toledana de su clase social habría hecho.

Se calzó unas alpargatas y vistió con trapos de campesina, se quitó pendientes y pulseras, y por supuesto no se aplicó nada de maquillaje. Una vez transformada exteriormente, con todo el miedo que podía albergar su corazón, se dirigió con poca esperanza a la cola de turno.

¿Cómo habían cambiado tanto en tan poco tiempo? Se preguntaba la joven. Recordó cómo al llegar las milicias, se había instaurado un nuevo poder. Un poder dividido en grupos inconexos, que no se obedecían entre sí. ¡Ni entre sí ni entre ellos mismos! Solo entendían de forzar las tiendas y repartir su contenido al grito de “la República te cuida”. Claro que, cuando lo robado se acabó, llegó el racionamiento y la diferenciación de clases. En un lado los milicianos y sus familias y en el otro el pueblo llano. Un pueblo que, como Margarita, tenía que hacer cola para conseguir a precio de oro un trozo de pan.

Esa mañana había madrugado más de la cuenta, para ver si conseguía algo de leche para su hija. La niña andaba floja de salud y Margarita temía que cayese enferma. En la cola reconoció a la mujer del médico de la Vega, uno más de los que llevaron a Tránsito para asesinar. En ese momento, la mujer tenía que forzar la sonrisa a unos anarquistas que pasaban pidiendo para el socorro rojo. Qué duro tener que escuchar mansamente los piropos del que el otro día mataba a tu

marido y además reírle la gracia. Era sorprendente lo que se podía ver esos días. De hecho, en ese teatro de aparentar a menos, había descubierto a más de una señora insultando a una prostituta vestida con el ajuar de alguna desgraciada.

Estaba enfrascada en esos pensamientos, cuando se dio cuenta de que un par de criadas que la habían reconocido la estaban insultando deseándole su pronta viudedad. Un miliciano que pasaba cortando una sandía, que aferraba debajo del brazo, al ver la escena le espetó:

—La cabeza de Moscardó pasearemos así en menos de una semana.

Y riéndose todos los que escuchaban los comentarios, se obligó a sonreír ella también. Metiendo su razón en el fondo del estómago y digiriendo otras frasecitas del estilo. Aunque le chocó la que le dijo una comadrona que ella conocía.

—Ahora, las señoras hacen cola como todas.

El hambre apretaba a todas por igual y estaba claro que quien no se consolaba es porque no quería. Pensó en marcharse por si las cosas se ponían feas, pero la imagen de debilidad de su hija Paz, le hizo agachar la cabeza, apretar los dientes y rezar un Dios te salve María.

Normalmente, las mujeres así agredidas solían volverse vulgares para disimular su diferencia. Trataban de hacer de esa bajeza un salvoconducto. En esas nuevas circunstancias de vida, la altivez de las señoras solía enardecer a las mujeronas. Esos días no eran buenos para las clases acomodadas. Más no fue hoy así para Margarita, quizás por el respeto que a su persona tenían las toledanas. Era querida por su caridad hacia los demás y la poca implicación política que en su casa se había respirado. Pero estaba su belleza…

Margarita era una mujer atractiva. Ese atributo, que en otras circunstancias podría ser de ayuda, era un grave problema desde que Fernando la había dejado sola. El mismo problema que anticipó en cuanto vio a dos milicianos borrachos que venían mirando a las mujeres de la cola.

—¡Pero mira qué tenemos aquí! —exclamó silbando uno que le había echado el ojo, a pesar de que ella discretamente había bajado la cabeza.

—¡Vaya que sí! Esta buena mujer no debería hacer cola —ofreció audazmente el compañero—. Si se viene con nosotros, hoy comerá de caliente todo lo que desee.

—No se preocupen —trató de zanjar la conversación Margarita—, que prefiero guardar mi turno. Muchas gracias.

—No se va a librar de nosotros tan fácilmente —contestó enfadado el primero que la había avasallado—. Aquí hay mucha gente, y las mujeres bonitas tienen preferencia en nuestra intendencia.

Margarita buscó ayuda con la mirada entre las mujeres que conocía. Tuvo suerte, pues la mujer del carnicero de su calle, que era

muy grande y tenía ascendencia entre todas las que allí estaban, salió en su socorro.

—Dejad en paz a esta muchacha. ¡Ala, a continuar la ronda y si queréis entreteneros con alguna mujer, buscad en la manzana de abajo que hay unas que gustosas os atenderán! ¡Venga, venga! —apremió con las manos empujando a los milicianos ante el asombro de Margarita.

Los hombres desaparecieron cuesta abajo murmurando palabras que ella prefirió ignorar. No sabiendo Margarita como agradecérselo, miró a su salvadora con sincero aprecio e inclinando la cabeza en signo de sumisión, le indicó de ese modo corporal que contase con ella para lo que quisiese.

La comadrona había estado pendiente de la escena y no parecía satisfecha con el desenlace. Por lo que la tomó con un crio que estaba haciendo cola.

—¡Oye chaval, guárdate ese escapulario que te sobresale por entre los botones de la camisa, que por mucho menos que eso podrían matarte! Margarita identificó al muchacho como un Marín. Esta familia, como la suya, se había quedado sola en la ciudad. Su padre, Andrés Marín, permanecía en el Alcázar como su marido. Con la salvedad que Marín tenía muchos mas hijos que dependían ahora de la madre. El chico se asustó mucho. De repente echó a correr a su casa seguido de la sorna burda de la comadrona.

Muy cerca de allí, su cuñado Antón, tomaba un café con su cuadrilla en la sede. Estaban preocupados por las noticias que llegaban del sur.

—Parece ser que ha sido una masacre —comentó Antón—. Tras la toma de Badajoz los moros y legionarios han arremetido contra todo aquel sospechoso de no ser afín a la rebelión.

—Es horroroso. En la radio hablaron de fusilamientos masivos en la plaza de toros, de dos mil hombres como poco —contestó Santiago.

—Pues por lo menos —continúo Antón—. Parece ser que Yagüe no quiere dejar posibles focos de resistencia en su retaguardia, pero esa maldad inhumana solo es concebible en un sádico monstruoso.

—Saca un plano de España —pidió Ramón—, quiero ver cómo está la situación en este momento.

Antón se dirigió a un armario, del que sacó un rollo que había en un cajón. Lo desplegó sobre la mesa y quedó a la vista un plano del país marcado con unas líneas rojas.

—¿Por qué está marcado? —preguntó Santiago.

—He estado despachando con el capitán, y hemos preparado este plano para ver la situación de los diferentes frentes e imaginar en qué posición quedamos en Toledo.

—Pues si esto es cierto —intervino Ramón—los rebeldes han

cortado la comunicación con Portugal. Por lo que aquí se ve tenían controlado Galicia, Castilla León y buena parte de Aragón; del sur se han apoderado de Cádiz y Sevilla. Además, al tomar Extremadura han comunicado el sur con el norte y ahora pueden movilizar todo su ejército por ese eje. La cosa pinta fea.

—Se hace más urgente que nunca tomar el Alcázar —intervino nuevamente Antón—, y consolidar esta región.

Por fin, tras tres largas horas de cola, cuando Antón y los suyos ya se habían ido a sus puestos, tras una fuerte discusión con el hombre que llevaba el reparto que se negó a darle leche, Margarita consiguió algo de comida. No tuvo suerte, pues tampoco consiguió fruta ni verdura. Le dieron aceite y garbanzos. ¡Algo era algo!, y no se iba a poner a discutir con los milicianos, por lo que volvió a casa con la cabeza gacha y pensando que esto no podía continuar así.

Las órdenes eran claras. Reforzar los servicios del comedor, del zigzag y un servicio permanente en los torreones de vigilancia. La compañía de Francisco reforzaba todos los sectores que les habían pedido y evitar así que el enemigo rebasase la Puerta de Hierro, tan atacada esa jornada. Mientras, sus cuerpos maltrechos y consumidos tenían cada vez menos fuerza. Pero a pesar del calor, las granadas enemigas, los disparos constantes y descargas artilleras, seguían en sus posiciones dispuestos a frenar cualquier ataque enemigo. Pero los parapetos caían como castillos de naipes cada vez que una granada acertaba en su base. En esa situación los soldados, tirados en el suelo tras un montón de piedras, iban levantándolas una a una, para volver a alzar una especie de pared que los cubriese. Julio y Francisco trataban de reforzar el parapeto que los protegía con una piedra gorda. Esta dotaría de una resistencia mayor su estructura frente el fuego enemigo. El problema era que esa piedra pesaba mucho, y sus fuerzas a esas alturas eran escasas, lo que dificultaba el levantarla con soltura.

—Ve con cuidado, el ojo enemigo no te quita de su mirilla por si puede cazarnos como conejos. Cada vez que asomamos una piedra arriba nos fríen a tiros.

—Ya lo sé, pero esta piedra es poco uniforme y no tiene buena base de apoyo. Si no la fijamos bien se nos caerá en la cabeza —dijo Julio mientras trataba de colocarla apoyándola con una de menor calibre.

En ese momento una bala le reventó la mano, manchando todo de sangre.

—¡Dios, me han dado! —gritó.

—Joder Julio, átate mi pañuelo que deje de sangrar la mano.

—¡Mierda! Esos malnacidos me han lisiado de por vida, pero aún me queda la otra para darles bien por culo.

—¡Vamos! tenemos que ir a enfermería —ordenó Francisco.

En el parapeto contiguo había un par de guardias civiles llamados Hipólito y José. A los que Francisco informó a gritos de la baja de Julio pidiéndoles que le cubriesen la retirada.

—Estate quieto aquí entreteniéndolos que me harás más favor que presentando un blanco mayor —le obligó Julio—, y además tendrán menos resistencia.

Francisco miró a su amigo admirado de su coraje y comprobando que se podía manejar por sí mismo le pareció más sensato su plan. Así que le dio un abrazo y se lió a meter tiros contra el ventanuco de Santa Cruz, que con su ametralladora estaba haciendo más daño que todas las granadas juntas de los de asalto. A la réplica estuvieron rápidos Hipólito y José, reteniendo un momento los tiros enemigos. Momento que aprovechó Julio para salir corriendo. Buscó el camino

cubierto que le llevase al paso curvo y allí a salvo se dirigiría a la enfermería.

En cuanto los de enfrente se dieron cuenta de la maniobra rectificaron sus tiros tratando de alcanzar a Julio. Pero este rápidamente había alcanzado su objetivo y ya estaba en relativa seguridad.

El enemigo enfurecido se ensañó a tiros sobre el parapeto de Hipólito y José. Estos se acurrucaron de espaldas aguantando el empuje de las balas, mirando con pánico como se movían las piedras que, débiles frente a la ráfaga concentrada de fuego, se estaban desplazando del sitio. Finalmente, una piedra se giró y una bala entró impactando directamente tras el omóplato de José. Sintió un golpe seco que lo lanzó al suelo.

Francisco lo vio caer, como si alguien le hubiese empujado del hombro. También vio cómo se retorcía al recibir otras dos balas en el estómago y una pierna. Hipólito lo arrastró hasta cubrirlo tras el parapeto, mientras trataba de levantarlo sosteniéndolo en su regazo. Y tanto éste, como el propio Francisco, se angustiaron por verse impotentes al comprobar que José se desangraba sin que ellos pudiesen hacer nada.

Francisco estalló en una furia desconocida y, sacando las dos granadas que tenía para una ocasión especial, las lanzó con todas sus fuerzas. Tan lejos llegaron que sorprendió a los de asalto que trataban de debilitar el paso de la Puerta de Hierro. Debió hacer daño, ya que los disparos pararon. La ametralladora del ventanuco de Santa Cruz cambió de objetivo, liándose contra el parapeto donde él se refugiaba. Ese momento lo aprovechó Hipólito para llevarse sobre sus hombros a su compañerpo. Hipólito corrió como no lo había hecho en su vida y no redujo el ritmo hasta llegar al paso curvo. Al sentirse protegido de las balas enemigas se dejó caer al suelo para recuperar el resuello, depositando con cuidado a su compañero.

—¿Cómo estás, amigo? —preguntó Hipólito.

—Me muero, y no voy a poder ver a mi familia para despedirme.

—Tú no te mueres, nos vamos ahora mismo a enfermería a que te curen.

—No me levantes —ordenó José—, tengo destrozados los pulmones y el estómago y solo conseguirás empeorarlo. Busca a mi mujer y que venga que quiero decirle que… Su voz fue apagándose hasta hacerse inaudible. Finalmente, un borbotón de sangre salió por su boca. Calló definitivamente. Abrió mucho los ojos y miró a su amigo aterrado, mientras estos se le iban quedando blancos. Hipólito, que había sido su compañero durante muchos años, creyó enloquecer al verlo morir. Negándose a creer ese final para su amigo lo volvió a cargar sobre sus hombros y echó a correr a enfermería.

Marga se despertó súbitamente. Lo curioso era que estaba dormitando placenteramente tras el pequeño rancho que habían comido. El menú consistía en un caldo con tropezones de carne de caballo, al que Marga acostumbraba a llenar de trocitos del pan que recibían para sentir que se saciaba más. Un pan negruzco y pequeño y tan mal molturado que parecía imposible de empapar.

—¿Qué estabas soñando? Estabas chillando —le preguntó su amiga Gloria que la miraba sorprendida.

—No lo sé, ha sido como si de repente alguien me hubiese golpeado la boca del estómago, despertándome violentamente de un sueño reparador.

—Ha debido de ser un chupinazo que ha sonado fuerte en el ala norte. Ya van tres en ese sector en el rato que llevas dormida.

—¿Qué comes? —preguntó Marga a su amiga.

—El panecillo que me guardo del rancho, para entretenerme entre horas —respondió Gloria—. Así que deja de mirarlo golosa, que siempre te digo que es una tontería hacer sopas con él.

—¡Es que si no la comida se me queda en nada!

De repente se escuchó un revuelo en el pasillo que llevaba a la enfermería y un silencio se apoderó del espacio que ocupaba la familia de Marga, la cual se puso pálida y un presentimiento lúgubre atravesó su alma. Se levantó para mirar fuera, pero Gloria la frenó presintiendo a su vez la conexión de su sueño con el revuelo del pasillo.

—Marga, no te preocupes, sea lo que sea seguro que nada tiene que ver con tu sueño. En cualquier caso, y para que te quedes tranquila, voy a preguntar qué pasa. Tú sigue aquí descansando que tienes muy mala cara.

Casi obligándola a volverse a sentar, Gloria buscó con la mirada a la madre de su amiga, que le miraba suplicante, instándole a salir ya, a saber quién había caído. Porque una cosa era vivir como si todos fueran hermanos doliéndose de las desgracias de un allegado, pero otra distinta era saber que el muerto era tuyo. Y llegado el caso, todos deseaban que el muerto fuese otro.

Gloria salió a ver qué había pasado, asustada por la fuerte reacción de la familia de Marga. Era cierto que su padre estaba en el sector donde se oían más disparos, pero había muchos guardias más. No tenía sentido que todos estuviesen conmocionados como si ya supiesen que el muerto era suyo.

Al salir al pasillo que acababa de dejar la comitiva que pasó apresurada a la enfermería vio caras apesadumbradas. Estas caras se transformaron en sorpresa al reconocerla y trataban de evitar su mirada interrogativa.

—Antonia, ¿quién era? ¿Qué ha pasado?

—No me ha dado tiempo a ver bien, hija. Pero no era tu padre,

tranquila.

—Sé que me mientes. ¿Qué pasa? ¿Por qué no me lo decís? ¿Ramona, Yolanda...?

Todas las interrogadas desviaban la vista para no responder. Iba a forzar una respuesta cuando vio a sus hermanos pequeños encogidos el uno junto al otro, llorando y con caras conmocionadas. Se acercó aprisa a los pequeños y, agachándose, les movió los hombros para despertarlos de su estado.

—¡Berta, por Dios! ¿Qué ha pasado? Manolito, ¿quién era?

—Era el papá de tu amiga, estaba blanco. Era el papá de Marga y muerto me miraba —no pudo seguir hablando la niña, pues se puso a llorar desconsolada . Gloria se quedó anonadada sin saber qué hacer.

Sin atreverse a volver y dar la noticia, se dirigió, como un autómata, a la enfermería para comprobarlo con sus propios ojos. Ésta había sido instalada en la antigua capilla al quedar la original expuesta a la artillería. Era un hospital de campaña rectangular, lleno de camastros puestos en batería junto las paredes. En medio de la sala quedaba una mesa para realizar las operaciones con muy poco material.

Allí vio al grupo de monjas junto a Marín preparando a José para llevarlo a enterrar.

—¿Don Andrés?

El interpelado se giró al escuchar su nombre. Al ver la cara de la joven la cogió entre sus brazos y ésta rompió a llorar. Gloria se dio cuenta de que llevaba conteniendo la emoción desde que salió de su sala y que su fortaleza estaba rota hacía tiempo. Pero ella siempre era la fuerte y así se tenía que conducir.

—Tranquila chiquilla. José ya está en el cielo y su familia se repondrá. Esto es una guerra de héroes, pero los héroes también mueren, es un precio alto el que pagan para pasar a la eternidad.

—No, señor. Estoy de acuerdo con usted en que son héroes, pero son héroes que luchan por una causa olvidada. Luchan por mantener la unidad de un país fragmentado. Quieren recuperar, aún a costa de sus vidas, el orgullo de su patria. Somos capaces de lo mejor y lo peor, y siempre estamos en guerra contra nosotros mismos. Los dos bandos creemos tener la solución a todos los problemas y el final es siempre el mismo. Somos luchadores de un Dios en el que ya nadie cree, somos héroes de un Dios olvidado. Y aunque ganemos esta guerra, más adelante habrá otra. Aunque no se peguen tiros para vencer, será una guerra. Pues este Dios que incomoda pone en evidencia sus carencias y pecados, este Dios que clama fuego, este Dios que te llama a su lado o te enfrenta a él.

—Gloria, estás delirando, y luego te arrepentirás de lo que dices. Somos héroes de un Dios muy vivo que nos lleva a la eternidad.

—No, don Andrés. Mire a José. Somos héroes que morimos como villanos. Y aunque nos entierren en nichos de mármol blanco con frases esculpidas, los años las desgastan y el olvido llega a las tumbas donde los muertos que quieren ser recordados, dejan de recibir flores en menos tiempo del esperado. Las tumbas también olvidan a sus muertos.

Marín callaba mirando a la joven, fascinado de la madurez que dan los dramas. Y aunque no estaba de acuerdo con ella, comprendía perfectamente ese sentimiento. Demasiadas veces había recorrido los cementerios que hay en los lugares donde viven las personas que amamos. Por eso, no podía dejar a la muchacha así.

—Gloria, esta vez ha sido así. José está muerto y deja huérfana a tu amiga y toda su familia, pero esto no ha acabado. Ahí afuera se está librando una batalla por el futuro de los hijos que seguro tendrás. José ha muerto para que ellos recen al mismo Dios que tú rezas, cuando tienes miedos o dudas. José ha muerto para que tus hijos puedan elegir qué ser y dónde trabajar. José ha muerto para que ellos vivan en una patria grande. No una patria encogida a los egoísmos tiránicos de una minoría dirigente. Una minoría que impone su pensamiento único y su manera de actuar. Recuerda esto, aunque ahora no lo creas. José no ha muerto por nada. José no es héroe de un Dios muerto. José es la semilla que dará fruto a su debido tiempo en sus hijos y nietos, en los tuyos y los míos. Su tumba y su nombre pueden desaparecer, pero su legado no. Acompáñame a dar la noticia a la familia si te ves con fuerzas.

No, no tengo fuerzas. Si no le importa me quedare aquí.

Comprendiendo la elección de la joven la dejó llorando y se dirigió compungido al más desagradable de todos los cometidos que se había autoimpuesto en el encierro. Enterrar a un muerto no era nada comparado con contárselo a su ser amado.

El funeral fue sencillo y rápido. A José lo enterraron en el picadero dos de sus compañeros. Le prepararon un pequeño agujero donde lo metieron, sin una triste caja ni una simple sábana que le envolviese. El sepelio salió de la capilla, donde le hicieron un responso. Solo pudo acompañar a la comitiva la madre, por no exponer a las niñas de manera innecesaria a la artillería enemiga. Esta procesión, similar a otras, por desgracia se estaba dando casi todos los días y la encabezaba el capitán de caballería José Sainz de Diego. Este se había jurado cumplir esa obra de caridad cristiana para con los muertos. A tal punto lo llevaba, que ese día iba apoyado en Marín. Una bomba que explotó cerca de él la tarde anterior lo había cegado con la trilita y no podía ver. Por lo que, con su pañuelo tapándole los ojos, ejerció de oficiante como se había prometido a sí mismo.

De vuelta a la sala donde estaban sus hijas, la recién viuda se afanó

en consolar a las más pequeñas y daba ánimos a las mayores. Marín se quedó junto a Manuel Eymar que había acompañado a su esposa para consolar a su amiga.

—¿Qué pasará ahora con esta familia? – preguntó Marín a su amigo.

—Supongo que el Gobierno pagará la viudedad que, en este caso, por ser en acto de servicio, no será una cuantía menor. Estarán bien.

—Eso suponiendo que ganemos esta guerra.

—Eso espero yo también, ganar esta maldita guerra.

Se quedaron callados pensando en el futuro de todos ellos, aunque el más inmediato lo tenían enfrente. Escucharon como la mujer del capitán trataba de consolar a su amiga, diciéndole que José estaría bien ahora en el cielo. Pero de pronto María se levantó y sorprendió a todos pidiendo ir a la tumba de su esposo con sus hijos.

—Pero mamá, es muy tarde, descansa y mañana iremos con algún soldado –trataba de hacerle entrar en razón su hija Marga apoyada por el resto.

Alzando la voz la interpelada y con mirada vidriosa dijo:

—No discutáis conmigo. No discutáis con una mujer que acaba de perder al hombre con el que compartió toda su vida.

Marga miró hacia donde estaban el capitán y el señor Marín. Estos asintieron moviendo afirmativamente la cabeza, aunque el capitán puso una condición.

—Está bien María, vendrá con don Andrés y conmigo. Pero solo puede traer a su hija mayor.

Así que, a oscuras para evitar ser descubiertos, salió otra vez en la misma noche otra comitiva hacia el picadero. A los pies de la tierra recién removida y cubierta de piedras se postro María. Acariciando las piedras con dulzura de amante habló en voz alta.

—Fueron treinta años… ¿saben? Nadie puede hablar de amor verdadero si no comparte la vida con un hombre –hizo una pausa para limpiarse las lágrimas con su manga. Él y yo pasamos esa crisis económica y el cambio de casa. Él y yo compartimos la alegría de ver crecer a nuestras hijas. Él y yo rezamos unidos cada vez que ingresábamos en el hospital a la pequeña y lloramos juntos su muerte. Él y yo nos apoyábamos en el dolor y nos perdonábamos nuestros errores cada noche antes de meternos en la cama. Ahora él se ha ido y estoy contenta. ¿Saben por qué?

Un silencio respetuoso llenó el ambiente.

—Estoy contenta porque él se ha ido antes que yo. Él no ha tenido que vivir la agonía de enterrarme. No ha tenido que pasar el dolor de quedarse solo después de mi partida. Seré yo quien atraviese por eso y le doy gracias a Dios. Le amo tanto que no me hubiese gustado que sufriese…

La voz se le quebró y comenzó a sollozar. Marín se le acercó y abrazándola la levantó, susurrándole al oído que tenían que regresar. Ella se volvió a enjugar las lágrimas con la manga y despidiéndose con la mirada de su esposo consoló a los presentes.

—Todo está bien, ha sido un buen día, ya podemos regresar a nuestras habitaciones.

Al regresar la expedición, Gloria la abrazó llorando y se desahogaron mutuamente. Pero notó que Margarita tenía en su sufrimiento una entereza y madurez que no había reconocido antes. Se despidió para irse con su madre, dejando a Gloria desconcertada. Esta miró a su padre intentando adivinar qué había sucedido.

—Margarita ha aprendido, con dolor, que el verdadero amor dista mucho del romanticismo –le dijo su padre—. El verdadero amor no tiene mucho que ver con el erotismo ni el sexo. El verdadero amor más bien se vincula al trabajo, al cuidado y el complemento. El verdadero amor, ese desinteresado y comprometido, se vincula, sobre todas las cosas, a la entrega desinteresada por el otro.

Hospital y capilla

Esa tarde, la décima del mes de agosto, era soleada pero no muy calurosa. Apetecía salir a pasear al patio, donde en esos momentos de calma se llenaba de gente. Francisco había dormido mal la noche pasada y estaba cansado. Además, le tocaba guardia nocturna de una a cinco. Era el peor de los servicios que había, ya que no se podía descansar pronto ni tarde, puesto que partía la noche en dos. Aun así, la vida que bullía fuera le obligó a salir. Vio escribiendo muy concentrado al comandante Alfredo Martínez Leal. Estaba retirado, pero era muy trabajador y poco amigo de no hacer nada. A pesar de su edad conservaba un cuerpo corpulento que, junto a su alta estatura, le dotaba de una presencia imponente. Solía pasear por la academia uniformado correctamente a la vieja usanza, apoyando su mano izquierda sobre el sable amarrado a su cintura como un antiguo mosquetero. Siempre ofreciéndose para cualquier servicio donde pudiese ayudar. Era viejo conocido de la familia Aluche, por lo que Francisco se sentó junto a él, sacándolo de sus cavilaciones.

—Discúlpeme mi comandante, pero ando cansado y no hay apenas sitio donde sentarse tranquilamente. Este banco de mármol es muy apetecible y se ve que nadie se ha atrevido a compartirlo con usted. ¡Nunca es sensato interrumpir a un comandante concentrado!

Riendo sonoramente, el comandante le cogió de un hombro con sus manos fuertes. Le acercó junto a él y le explicó lo que le tenía tan ocupado.

—Mire esto. Ahora es una cuartilla a medio rellenar, pero la idea es componer un himno que anime a los hombres en el periodo que dure este asedio. Esta mañana me ha asaltado el director de la banda de música de la academia. Me ha solicitado que componga unos versos, en la creencia de que sigo con la inspiración de las musas de la que gocé en la juventud. De nada ha servido intentar convencerle de que hace muchos años que no visito el monte Helicón y que mi lira yace en el fondo del baúl de los recuerdos, vieja, desvencijada y rota.

Francisco miró el papel que le mostraba. Leyó frases grandilocuentes llenas de amor patrio y admiración por los que allí estaban.

¡Heroicos militares! ¡Intrépidos paisanos!
Templemos los aceros al rudo pelear.
Juremos no rendirnos, diciendo a los tiranos,
nosotros a la patria tenemos que salvar.

Por contra a los enemigos que los hostigaban les dedicaba improperios del tipo:

Traidores y farsantes
que negáis la religión,

y albergan vuestros pechos
el rencor y la pasión.

Tras leerla, el joven miró al autor. Haciendo asentimientos con la cabeza puso gestos con la boca que daban a entender que era buena. El comandante se encogió de hombros.

—Hasta aquí han llegado los frutos del poeta que fui. Ya me he quedado huérfano de versos.

En ese momento sonaron las voces de los vigías que daban la alarma. Habían visto movimiento en Los Alijares. Rápidamente el patio se vació. La gente nerviosa se apelmazaba en las escaleras que conducían a los sótanos. Francisco y Alfredo se despidieron a gritos mientras bajaban a trompicones.

—Descansa, muchacho —le deseó Alfredo—, que esta noche promete ser larga.

—Mi comandante, yo le deseo que se inspire con el dulce sonido que producen las bombas y granadas que nos arrojan. No se deje amedrentar por el ruido que hacen, que seguro su musa retornará.

Esto último lo dijo Francisco con la sorna característica de su familia, pero más de uno le miró con rabia por lo que decidió no volver a utilizarla hasta salir de aquel manicomio.

El coronel había dado órdenes precisas de despejar la capilla y montar allí el hospital. Pero aquello era cualquier cosa menos eso, ¡ni siquiera un hospital de campaña! Por decencia le llamaban enfermería, pero la capilla remodelada no se asemejaba en nada. La idea era evitar que una bomba se colase por la ventana, al menos en la capilla estarían más protegidos. El equipo médico, compuesto por tres doctores y las cinco monjas ejerciendo de enfermeras, no daba abasto para la cantidad de heridos que entraban. Los distribuían en camastros, pegados unos a otros, perpendiculares a la pared. Las pequeñas troneras, por las que en la zona alta de las paredes podía entrar algo de luz y aire, estaban cerradas con sacos. Estos evitaban que pudiese entrar una granada que malograra a los heridos allí hacinados. En medio de la estancia dispusieron una mesa de operaciones vieja donde, como podían, intervenían a los heridos.

Con este panorama se encontró Gloria cuando se presentó voluntaria en la enfermería. Tras la muerte del padre de Marga había interiorizado el sufrimiento de otra manera

—Hola señorita Gloria, ¿qué hace usted aquí? —preguntó el doctor Pelayo al verla allí—. ¿Ha sucedido algo?

—No, está todo bien, gracias a Dios. Pero quiero ayudar en lo que buenamente pueda y he venido a presentarme voluntaria para lo que pueda aportar.

El doctor Pelayo la miró preocupado. Percibió su sufrimiento y, conocedor del alma humana, entendió que la joven no había asumido

la muerte del padre de su amiga. Gloria trataba de equilibrar la balanza de la vida con un poco de sufrimiento personal, aunque el doctor sabía que eso no disminuiría el dolor de su amiga.

—No quiero ser duro con usted, pero la enfermería no es el sitio más adecuado para una joven de su condición. Quizás podríamos buscar otro puesto donde sus servicios sean bienvenidos, como intendencia o limpieza.

—Tendrá que disculpar que insista doctor, pero mi deseo es ayudar aquí. Devolviendo en la medida de mis posibilidades esperanza a quien la pierde y vida a quien llegue herido.

—¡Querida criatura! —exclamó el doctor negando con la cabeza, intentando alejar la esperanza de Gloria de ayudar allí—. No sabes lo que vas a presenciar aquí. Esto no es la sala de curas del colegio. Esto no es un hospital aseado y con buen instrumental. Esto es una pobre sala habilitada para tratar de reparar, lo mejor que se puede, los desechos humanos que nos llegan. Con un triste material, y carencia absoluta de medicinas nos enfrentamos a las peores heridas. Aquí hay mucho sufrimiento y dolor, y sinceramente no creo que sea lo mejor para una señorita como usted.

—¿Por qué? —se defendió Gloria—, porque soy de buena familia. Porque hasta hace pocos días solo pensaba en pasármelo bien y disfrutar de la vida ¿Es tan malo que quiera aportar algo de luz entre tanta oscuridad? ¿Algo de esperanza entre tanto sufrimiento? Además, si se preocupa por mí, se lo agradezco. Tengo a mi padre allí arriba luchando y podría ser el próximo en bajar a este infierno del que habla. En ese caso, estoy segura de que agradecería que alguien querido le tienda una mano amiga en su peor momento. Lo mismo que cualquiera que necesite esa cercanía, aunque no me conozca. Porque no sabré de medicina ni de curas, pero sí sé que todo el mundo agradece el calor del cariño y eso sí sé hacerlo. Así que este es mi sitio, porque lo importante no es lo que es mejor para mí, sino lo que es mejor para los heridos.

—¡Está bien! —concedió Pelayo desarmado—, se queda. Pero si interfiere en la labor de los médicos y enfermeras o molesta le devolveré con su familia. ¿Queda claro, señorita Eymar?

—Sí, señor — contestó una ilusionada Gloria.

—Yo no me ilusionaría demasiado muchachita. Ayudará, pero esto no es un juego ni un capricho. Vendrá todos los días a las ocho en punto y se irá por las tardes a las seis. La disciplina es importante, pues así sabremos cuando podemos contar con usted y cuando no. De hecho, si falla por cualquier razón, deberá comunicarlo. Y este motivo ha de ser justificado. Ayudará en todas las labores que le indique la hermana Inés, pudiendo ser éstas de cualquier índole. Lo mismo limpiará el suelo que ayudará a curar un herido, no siendo en

cualquier caso agradable ningún cometido. ¿Está dispuesta a cumplir esas obligaciones?

—Sí, señor —respondió Gloria menos ilusionada que la primera vez y enfadada consigo misma por dudar nada más empezar.

—Pues déjeme que le presente a la hermana. Será su encargada el tiempo que permanezca con nosotros —levantando la voz llamó a la monja—. Sor Inés, venga por favor que le presente a la señorita Gloria. Ha venido a quedarse con nosotros y la pongo desde ahora mismo a su cargo.

La monja era una mujer madura y menuda, de semblante serio, pero llena de vitalidad en sus movimientos. Se acercó a ella sonriendo dulcemente tras el cristal de sus gafas redondas, facilitando de ese modo la posibilidad de entendimiento antes de hablar de nada.

—Querida niña, sé bienvenida a este santo lugar donde, con la ayuda de la Virgen, sacaremos adelante a todos los enfermos que vengan buscando cuidados y cura. Aquí cada uno tenemos asignada una misión que debemos cumplir rigurosamente. Pero la realidad es que hacemos de todo entre tanto caos. Yo soy la encargada del material y puesto que el doctor Pelayo la pone a mi servicio, también éste será su cometido. Se encargará principalmente de mantener en orden y limpio el material del que disponemos en la enfermería. Este no es mucho y se terminará pronto. Para que no esté ociosa tras este cometido, puede encargarse de los platos de los enfermos. Aquí, a diferencia del resto de la academia, cocinamos nosotras por la mañana lo que comerán los heridos. Estos alimentos suelen ser sopa de gallina con algo de carne y verdura para comer, y café con leche para desayunar.

—¡Pero yo creía que esos manjares ya no existían en la academia! —exclamó Gloria sorprendida.

—Y prácticamente así es. Pero en las salidas que hacen los soldados, traen algunas provisiones que cogen por las casas y las dejan en la enfermería. Los enfermos necesitan una alimentación más cuidada y, por ahora, la gente es solidaria.

Se refugió junto a la yacija donde trataba de recuperarse Julio, aprovechando para ver a su amigo.

—¿Cómo te encuentras Julio? ¿Se te ha pasado la fiebre?

—La verdad es que no, y va a más. Además, las heridas de la mano no curan. Pensaba pasarme por la enfermería para que me vea el doctor. ¿Te animas a acompañarme?

—Claro. ¿Vamos ya o esperamos a que acabe el bombardeo?

—Vamos ya, que si luego hay heridos no me atenderán.

Mientras caminaban por los pasillos atestados de gente, Julio decidió sincerarse con su amigo con algo que le inquietaba.

—¿Crees que Luis Alba habrá conseguido pasarse al otro lado y

avisar de que seguimos resistiendo?

—¿Cómo dudas de eso? Ya notaba yo que te veía triste últimamente, aunque pensaba que era por la herida.

—Es probable que no lo lograse. Y con todos los medios gubernamentales mintiendo quizás nadie sepa de nuestra resistencia. Imagínate que todo nuestro esfuerzo y sacrificio es inútil y estéril.

—No es posible que nadie sepa que seguimos resistiendo. Aunque el capitán Alba no lo hubiese logrado los nuestros saben que resistimos. Es imposible callar el ruido del bombardeo constante sobre la plaza.

Al llegar a la enfermería, los dos muchachos observaron que Gloria Eymar estaba ayudando a una monja como asistente, por lo que Julio enseguida fue hacia ella un poco más animado. Su amigo no tenia claro si por su réplica o por la propia visión de la muchacha, pero no tuvo mucho tiempo de pensarlo ya que el doctor lo envió fuera.

—Lo siento muchacho, pero el sitio es escaso y los enfermos muchos. Ya volverá a por su amigo cuando acabemos.

Francisco se despidió de Julio y bajó hasta los aljibes. La idea era tratar de conseguir agua fuera del reparto. Vio al radiotelegrafista José Luis, que fue destinado al control de los aljibes tras ser desconectada la centralita. En ese momento estaba bebiendo un trago con una lata de munición que tenía para todo tipo de menesteres, puesto que lo mismo hacía de vaso que de plato para comer.

—¡Te pillé, malandrín!

José Luis pegó un bote, derramando parte del agua por su camisa, acentuando, aún más, las manchas de suciedad.

—¡Serás imbécil! Si has venido a por agua ya te puedes ir olvidando, las órdenes son tajantes. Esta mañana hemos tenido movida y el capitán Eymar ha sido categórico con la amenaza.

—Supongo que estás poniéndote la venda antes de tener la herida, porque efectivamente me vas a dar un buen trago de agua. Al menos la misma que tú has cogido cuando he llegado. Porque sabes que, si no lo haces, llamaré al capitán. Y a ver cómo le explicas como ha llegado hasta tu pecho la que has derramado.

—¡Eres un grandísimo malnacido! —estalló José Luis—. Bebe tú mismo lo que puedas coger con tu vaso, que yo no pienso mover un dedo por ti.

Diciendo una retahíla de improperios, se puso a mirar que no llegase efectivamente el capitán. Francisco, muy sonriente, llenaba su vaso de aquella agua estancada con sabor a tierra pero que esos días le sabía a gloria.

—Adiós, José Luis —dijo Francisco una vez saciado—, gracias sean dadas por tu calurosa bienvenida y los piropos que me has brindado…

No pudo acabar de hablar. José Luis lo sacó a empujones de los

aljibes sin parar de decir palabrotas. Francisco reía a carcajadas, su amigo nunca había sido muy fino, pero era un gran muchacho y todos le tenían cariño. Con el estómago calmado de sed, pero con hambre crecida, subió a ver si ya repartían el rancho. Los aviones habían dejado de pasar hacía rato y la artillería ya era parte del sonido ambiente en la vida de la gente que vivía en los sótanos. Su dicha fue plena al ver las colas de niños y mujeres que se formaban para recibir la llegada de los grandes peroles. Corriendo se situó en una de las colas en el mismo momento en que llegaba Pilar Eymar acompañada de sus hermanos pequeños.

—Hola Francisco —saludó Pilar.

—¿Se acuerda de mí? —preguntó sorprendido el muchacho.

—Claro, tampoco hace tanto que nos presentaron.

—Pensé que mi amigo Julio, al acaparar toda la conversación aquella tarde en Zocodover, sería del único que conservaría recuerdos.

—Pues ya ve que no. Además, ya me había fijado que los dos andaban por aquí.

—¿Cómo está su hermana tras lo de su novio? —cambió incómodo de tema Francisco.

—Lo lleva bastante bien. Al fin y al cabo, su padre dice que no cree que los rojos cumplan sus amenazas. ¡Pero mira!, ya avanza la fila y he de coger el rancho para mi madre. Hoy no puede levantarse y no sé cómo voy a convencerlos.

En la enfermería, Julio se despidió de sor Inés y Gloria, que le habían cambiado la venda limpiándole la herida. En ese momento entraron unos soldados llevando en brazos a un compañero joven que chillaba de dolor. Llevaba sangre por todo el cuerpo y los pantalones destrozados a la altura del muslo, con la pierna izquierda contorsionada de una manera horrorosa.

—Ponedlo sobre la mesa –ordenó el doctor Pelayo– tráigame el material hermana Inés.

Tras la cura de la herida en la mano de Julio, Gloria pensó que nada podía ser peor, pero la visión de la pierna del muchacho la había dejado conmocionada. Como un autómata siguió a la hermana Inés a una esquina, donde habían ordenado instrumental médico. Sor Inés le entregó una bandeja. Comenzó a depositar sobre la misma una sierra pequeña, un bisturí y diversos tipos de cuchillos que la muchacha no había visto en su vida, pero le llenaban de horror. Depositaron al herido en la mesa que había en mitad de la sala, y el doctor llamó a Gloria que se acercó con la bandeja temblando en sus manos.

—No tengas miedo muchacha —alentó el médico—, y quédate aquí quieta que necesitaré este instrumental. Ahora voy a coger este cuchillo para romper el pantalón y ver el alcance de la herida. Vosotros coged fuerte al chico que no se mueva —ordenó a sus

compañeros y el propio Julio.

El doctor rasgó el canal del pantalón, de la base hasta la altura de la cintura, dejando la pierna al descubierto. Gloria sin poder dejar de mirar la herida, muy a su pesar, observó como tenía todos los músculos rotos y el hueso partido. Éste sobresalía entre la herida, que era como un palmo de grande y llena de mugre y polvo amarillo. El Doctor Pelayo miró a su compañero, que había dejado a sus pacientes para ayudar a esta urgencia, pidiéndole con la mirada su opinión. Daniel, que así se llamaba el otro médico, negó con la cabeza.

—Vamos a tener que cortar o sufrirás una gangrena que te matará –dijo finalmente Pelayo.

El muchacho se puso a chillar como un loco, soltándose de las manos de sus amigos de la fuerza que imprimía. Al quedar desasido cayó al suelo ante los horrorizados ojos de Gloria.

—¡Agarradlo fuerte, por Dios! —ordenó el doctor—. Subidlo a la mesa y cogedlo con fuerza. Ponedle un trapo en la boca y que apriete. Hermana traiga ya el agua hervida y limpie la zona. Y no te muevas de ahí Eymar y no se te ocurra desmayarte ahora.

Y así, sin apenas herramientas, cortaron la pierna del muchacho por encima de la rodilla. El paciente ahogaba los gritos en un trapo que tenía en la boca, mientras sus amigos le sujetaban fuertemente para impedir que sus convulsiones arruinasen la operación. Gloria que permanecía en pie sostenida por el horror, vio como el muchacho caía como muerto, desmayado al no soportar el dolor.

Cuando Francisco terminó de comer el caldo con poca chicha que ese día les brindó la cocina, se metió el panecillo en el bolsillo para tenerlo en las interminables horas de guardia nocturna. Se moría de ganas de comerlo, pero sabía por experiencia que la noche sin pan se hacía muy larga. Así que, con el estómago algo más calmado y caliente, se metió en un cuarto lateral. Allí, más tranquilo que en los concurridos pasillos donde solía pasar las noches, se quedó dormido. Cuando le despertó un hombre que no conocía, se dio cuenta de que era ya de noche y que todo el mundo andaba dormido. Se sobresaltó por si era su hora de servicio.

—Tranquilo —dijo el hombre—. Me han avisado de que su turno comienza a la una y a las mujeres les supo mal levantarle del hueco donde dormía tan plácidamente. Así que me avisaron de que lo hiciese yo al volver de mi guardia.

—¿Qué hora es? —preguntó Francisco inquieto, y señaló a las mujeres que dormían en su estancia—¿Desde qué hora llevan dormidas ellas?

—Son las doce y media y le han dejado dormir tres horas más, ya que a las diez estaba todo el mundo acostado.

Francisco, muy agradecido, se despidió de él. Mirando a los bultos

donde debían descansar esas señoras, que tan bién se habían portado con él, les lanzó un beso que recogió la oscuridad. Este gesto hizo gracia el hombre que le había despertado y riendo le urgió a salir.

—¡Venga zalamero! Date prisa que no llegarás.

Francisco se presentó al capitán que estaba organizando los turnos y destinos. Les envió por parejas a cubrir los diferentes puestos de vigilancia. Como estaba desparejado al causar baja Julio, le tocó con un militar de la academia que resultó ser el director de la banda.

—Hola, me llamo Francisco Aluche —se presentó el muchacho—, y no sabe cómo me alegro de compartir guardia con usted.

—Pues yo me llamo José Martín. Y tengo que preguntarle el motivo de su alegría, ya que es curioso que quiera pasar este rato con un viejo.

—¡Usted no es viejo! —exclamó el muchacho—, y aunque sea mayor que yo, tiene algo muy interesante que contarme.

—¿Cómo es esto? ¿De qué se trata? —preguntó divertido el interpelado.

—Esta mañana he estado hablando casualmente con el comandante Martínez Leal, acerca de una composición que llevan a medias ustedes dos. ¿Cómo quedó la cosa?

—Sí que es casualidad —exclamó José sorprendido—. Y efectivamente, el comandante me ha dado la letra esta noche antes de retirarse a descansar.

Sacó de su bolsillo el mismo papel que Francisco había visto por la tarde en manos del comandante y se lo enseñó. Eso sí, esta vez terminado puesto que leyó:

Esas bombas y granadas
que nos tiran sin cesar,
nunca pueden abatirnos,
ni tampoco amedrentar.

—¡Vaya hombre! Así que el viejo comandante se ha inspirado finalmente al arrullo de los cañones. ¿Tiene usted ya la música que acompañe a estos versos?

—Si le soy sincero, pensaba comenzar esta misma noche a darle forma. El comandante ha cumplido con creces su cometido y no quiero decepcionarle yo fallando con el mío.

—Por mí no se cohíba. No tengo mucha idea de música, pero si en algo le puedo ayudar, cuente conmigo.

—No se preocupe, sinceramente con que guarde silencio y respete mi concentración habrá ayudado más de lo que le pueda pedir, pero si le incomoda mi mutismo puedo dejarlo para otro rato.

—¡Para nada! De hecho, siento curiosidad por ver como se fragua esta canción que he visto nacer de las manos del comandante.

Francisco se retiró discretamente del lado del músico. Se acomodó

en el suelo para poder mirar de manera segura por la ventana, cumpliendo así con sus obligaciones de vigía. Cada tanto iba mirando de reojo al director de la banda, que estaba concentrado en la lectura del papel, memorizando la escritura. De esta guisa se dispuso Francisco a pasar la noche. Ahora sí, sacó el pan de la cena dispuesto a entretenerse con él. José estuvo un rato interiorizando muy quieto la lectura del papel. Cuando se la debía de saber de memoria, guardó la letra en su bolsillo. Sacó uno hoja de pauta musical que tenía guardada y, tamborileando con los dedos de la mano sobre la caja de municiones en la que estaba sentado, comenzó a tararear lo que pasaba por su mente. La musiquilla a Francisco le pareció un ritmo de dos tiempos seguidos e iguales. Estos ritmos subían de intensidad en el tercero, más agudo que los dos primeros, y acababa finalmente en dos tonos iniciales más graves.

El sonido le resultó a Francisco agradable y pegadizo. El director de la banda musical debió de pensar lo mismo, puesto que sacando un lápiz que llevaba en un bolsillo comenzó a escribir notas en la pauta.

Gloria se dirigió a la nueva capilla al acabar su turno. Estaba destrozada y agotada, pero no podía ir con los suyos sin más. Necesitaba respuestas y fue al único sitio donde pensó que podría obtenerlas. La capilla instalada allí recientemente la habían puesto en una de las estancias más grandes que existían en el primer sótano, bajo el cuarto de banderas. Habían llevado allí a la Virgen que estaba en la actual enfermería, y habían puesto detrás de ella el suntuoso tapiz de damasco de seda roja, que se usaba en el patio central como regio dosel para las grandes solemnidades. La imagen estaba flanqueada por unos candelabros enormes. Una maravillosa alfombra de la academia con el escudo del ejército en el centro y cuatro blasones militares en las esquinas vestía el suelo de una sala con capacidad para doscientas personas. La decena de bancos que allí había estaban ocupados. Gloria se situó de pie en una esquina. Ese día los rezos los dirigía el señor Marín. La gente, con una fe más sincera que nunca, saboreaba cada oración, cada palabra. Cuando llegaron al padre nuestro, Gloria casi se había evadido de su sufrimiento. La penumbra de la capilla, la luz parpadeante de las velas, el calor humano de la gente allí apretujada, los susurros de sus rezos le habían transportado a un estado de ensoñación, un adormilamiento tal, que flotaba en un nirvana particular. En ese momento escuchó el inicio inconfundible de la única oración que Jesús enseñó en su paso por la tierra.

—Padre nuestro —rezaron todos menos ella, que abrió los ojos espabilando—, que estás en los cielos —repitió por fin incorporándose al rezo—, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo, el pan nuestro de cada

día dánosle hoy —rogó pensando en el churrusco de pan duro que allí comía con autentico deseo—y perdónanos nuestras deudas…

Gloria calló de golpe impactada por el significado.

—Así como nosotros perdonamos a nuestros deudores —continuó diciendo la gente.

Gloria se tapó la cara y comprendió que no podía rezar eso. No podía mentir a los que le rodeaban y menos a Dios. Ella no podía perdonar a sus enemigos, no podía perdonar a quienes habían matado al padre de Marga, o a quienes habían lisiado al chaval de la enfermería. No podía perdonar a quienes estaban destruyendo ese edificio con toda su familia dentro. Ella no podía perdonar, y lo peor de todo era comprender que entonces Dios a ella tampoco. Gloria se levantó discretamente, aunque se dio cuenta de que Marín la miraba preocupado. Salió destrozada física y, lo que es peor, anímicamente, hacia la zona donde habitaba su familia. Al entrar, su madre le saludó brevemente, intuyendo que no quería hablar de la experiencia en la enfermería. Gesto que agradeció la muchacha que se dirigió a su jergón. Lo desdobló con cuidado de no despertar a una anciana que permanecía todo el día tumbada. Lo pegó a la pared, junto al de la abuela, para no entorpecer el paso y la vida que seguía desarrollándose en ese inframundo a pesar de todas las incomodidades a las que eran sometidos. Se tumbó boca abajo y se puso a llorar. Cuando había pasado un rato, y el posible interés de la gente que inicialmente la había mirado se había disipado, escuchó una voz dulce que le interrogaba.

—¿Por qué llora, muchacha?

Era la anciana que tenía junto a ella, que sin dejar de estar tumbada le miraba con unos ojos muy vivos.

—¿Por qué lloro? ¿Me pregunta a mí? –respondió Gloria mirando a su interlocutora.

La mujer era una anciana consumida por el hambre y los años, pero en la que Gloria descubrió que, tras su cara falta de carne y músculo, tenía nervios que la dotaban de vida. Una vida que brillaba intensamente tras unos ojos grises que enseguida le conquistaron.

—¿Y por qué no iba a llorar? Llevamos encerrados aquí un mes sin ver la luz del sol. Cada día hay menos agua y comida que nos sostengan, menos paredes y menos hombres que nos protejan de nuestros enemigos. Enemigos que son más cada día y con más armamento para hacernos pedazos. Como al muchacho al que hoy han tenido que amputarle una pierna y, si sale de esta, será un lisiado para toda la vida. Un atractivo mozo que tan solo unas horas antes estuvo flirteando con mi amiga Marga, que a su vez ha perdido a su padre.

—¡Así que es eso! –dijo comprensiva la anciana—. ¿Qué años tiene, pequeña? —preguntó sacando una mano para acariciar la cara de

Gloria, que había vuelto a llorar.

—Diecisiete.

—Diecisiete –repitió para sí la mujer–. Diecisiete tuve yo hace setenta años, y era una florecilla hermosa que me creía que todo lo podía, porque con mi porte y una dulce sonrisa los hombres se avenían a satisfacer cualquier capricho que tuviese. Es una época maravillosa en la que el cuerpo alcanza plenamente su desarrollo, tras una niñez en el que el tiempo pasa lento y el momento nunca llega. Ahora eres una mariposa recién salida de su crisálida, que puede volar desatando los suspiros de los hombres que admiran tu belleza. Por eso la muerte no cabe en tu cabeza o está lejana. Es el tiempo de la soberbia.

—¿Apenas me conoce y me insulta? —preguntó sorprendida Gloria.

—¡Para nada chiquilla! Tan solo me limito a constatar un hecho propio de la juventud. Pero no se preocupe que eso se cura con el tiempo y en situaciones como esta mucho más rápido.

—Pero usted ha dicho que soy una soberbia —insistió Gloria—. ¿Por qué?

—A su edad, la donación de uno mismo suele ser la búsqueda del yo, no siendo un acto altruista. Estamos formándonos y todo son proyectos y promesas. Creemos que todo lo podemos y que todo se nos es permitido y debido. Es por ello lo de la soberbia. Pero, cuando forme una familia, aprenderá que la verdadera donación pasa por matar los gustos propios. Ya no se buscará más a sí misma, porque su tiempo lo gastará en llenar los vacíos de los demás. Tendrá que volverse humilde para que en su hogar quepa la soberbia de los hijos que crecen y reine la armonía. Puede parecer triste pero así es el amor. Mientras busquemos satisfacer nuestras apetencias y cumplir con nuestros deseos, no habrá espacio para el amor. Así que no llore tanto, que su humildad crece con estos golpes y reveses, a la par que su corazón tendrá más espacio para amar. Y ése es un regalo que sacará gratis de aquí. Y si me disculpa, esta vieja seca a quien la vida enseñó demasiado, se duerme rogándole a Dios que no le muestre todo el dolor que un corazón puede aguantar.

Sin mover la cara de la posición en la que le dijo este extraño sermón, la abuela cerró los ojos y se durmió ante la sorprendida mirada de Gloria. Que quedó tratando de comprender el significado de todo aquello.

Bandera (22 de agosto)

—Tenía que haberme hecho caso, señora. Esto le pasa por soberbia. ¡Mire que era fácil mantener la boca cerrada!

Esto se lo decía enfadado a María un miliciano apodado el Granadino. La escena era llamativa, a fin de cuentas, era este el que la llevaba prisionera. María andaba hundida, pues al tormento de no saber de sus hijos y su marido se añadía el dejar solo a Carmelo.

—Mire que le advertí que no dijese a nadie que era la mujer de Moscardó —insistía en la riña el Granadino—. Reconozco que le atribuí mucha valentía cuando volví a su casa para recriminarle que nos hubiese mentido al descubrir que el chico que nos llevamos era el hijo de Moscardó. No pensé que me diría que era su madre y la mujer del hombre más odiado en todo Toledo. Pero le dejé bien claro que no lo dijese a nadie, eso solo podía traerle problemas. Así que cuando hemos registrado la casa de esas señoras y la he visto a usted, pensé que tendría bien aprendida la lección. ¡Pues no, mira tú por dónde! ¿Cómo responde a mis compañeros que es la mujer del jefe de los sublevados?

—Porque es la verdad —respondió finalmente María.

—¡Pues mienta! —soltó exasperado el Granadino que se había tomado el asunto como algo personal—, tampoco va a ir a los infiernos por salvar el pellejo.

María Guzmán y su hijo Carmelo se habían refugiado en casa de África Alamán, cuyo marido también estaba en el Alcázar. Había allí también una tercera mujer, Carmen Tiestos, esposa del teniente coronel Tuero. Estuvieron juntas compartiendo casa tres semanas que se les antojaron eternas, al no tener casi qué comer. La estancia, aunque incómoda por todo tipo de carencias cada vez más acuciantes, había sido relativamente tranquila. Hasta esa mañana en la que un grupo de anarquistas entraron a la fuerza obligándolas a tirar por las ventanas todos los libros religiosos que tenían en la biblioteca con la peregrina excusa de que estaban en un estado laico. Eso sí, las medallas y cruces de plata y oro se las llevaron justificando que la guerra necesitaba dinero y con poco pagaban todo lo que allí las inculpaba. Además, estaba el detalle de estar las tres mujeres solas, algo que obligó a preguntar a los anarquistas, para sufrimiento del Granadino que iba con ellos y se temía su respuesta. Las mujeres dijeron la verdad para revuelo de los milicianos. Pero las otras dos pasaron a segundo plano tras el anuncio de la mujer de Moscardó.

—¿No podía decir que era la mujer de un simple soldado? No, tenía que decir que era la mujer de Moscardó —insistía el hombre—, ahora veremos cómo le saco yo de esta.

—¿Pero qué delito he cometido yo? —preguntó ingenua María.

—No se trata de qué cosa haga o deje de hacer uno. Aquí estamos todos luchando contra su marido y la juzgaran por ese hecho, ser la mujer de Moscardó.

La llevaron a la cárcel, que en ese momento estaba atiborrada de prisioneros. Unos guardias cuidaban la entrada al edificio de sólidas paredes y mediano tamaño. La subieron al segundo piso y la metieron en un pequeño cuarto. Sin más explicaciones cerraron la puerta y la dejaron sola. Ahí, sin nadie que la mirase, perdió la poca dignidad que le quedaba y rompió a llorar desconsolada. Durante tres días no hizo otra cosa. No pegó bocado, apenas dormía y lo poco que hablaba era para suplicar que le dejasen ver a su hijo. El Granadino, que era un hombre sensible y se sentía responsable de esa mujer, fue finalmente a la casa donde la tomaron prisionera y allí encontró a Carmelo.

—Hola muchacho —saludó—. ¿Te gustaría ver a tu madre?

—No desearía otra cosa, pero ¿por qué me he de fiar de usted? Cada vez que le he visto ha faltado un miembro de mi familia. Es heraldo de infortunios. Su sola presencia evoca que una nueva tragedia se avecina.

—Son duras palabras para un hombre que se preocupa de la suerte de los tuyos. ¿No crees?

—¿Que otros argumentos tiene para convencerme de lo contrario?

—Ninguno. Pero tendrás que fiarte de mi palabra. Tu madre no para de llorar y morirá de pena si no la reúno con algún ser querido. Aunque ella no lo sepa está en la misma cárcel que su hijo Luis, pero me resulta imposible ponerles en contacto. Por otro lado, tantas mentiras le han dicho para minar su resistencia que, aunque yo le dijese que su hijo está sano y salvo justo en el piso de abajo, no me creería. Eres lo único que se me ocurre, y aún así nadie te garantiza tu destino. Una vez allí, en poder de la República, solo serás el hijo del bastardo traidor que nos está molestando.

—Comprendo. Está bien, lléveme donde mi madre que de cualquier modo aquí moriré del hambre que paso.

El paseo por las calles de Toledo le resultó a Carmelo extraño. Se movía libremente en compañía del Granadino, pero siendo la misma ciudad se sentía en otra diferente. Una vez que llegaron a la cárcel, el miliciano le pidió que se esperase fuera. Se dirigió a los guardias de la puerta, donde entabló una discusión de la que Carmelo solo veía movimientos exagerados de manos. Finalmente, volvió con cara de circunstancias.

—Es peor de lo que me temía —le dijo al chico—. Puedes pasar a ver a tu madre, pero es posible que al final te lleven prisionero con tu hermano Luis. Si quieres irte aún es posible hacerlo.

—No, está bien. Pase lo que pase prefiero estar con los míos. Su sino será el mío.

El Granadino se admiró de que un muchacho, que no había alcanzado los diecisiete años, fuese tan valiente. Se autoconvenció que lo había heredado de su madre a la que admiraba. Porque si su padre, al que combatían, tenía sus arrestos la cosa no iba a ser sencilla. Le dijo que le siguiese. Pasó al edificio, franqueado por dos guardias, que los llevaron hasta una puerta que había en un pasillo del piso de arriba.

—Cinco minutos —le dijo uno de ellos—, luego te llevaremos con el resto.

Pasó a un cuarto estrecho y encontró a su madre sentada en la cama. Estaba consumida. Los ojos hundidos en sus cuencas lo miraban incrédula.

—Mamá, soy yo, Carmelo.

Al principio fue insufrible, pero como hasta en el infierno hay que acostumbrarse a vivir. Tras más de un mes sin dejar de escuchar ese sonido, podría decirse que en los sótanos de la fortaleza había cierta normalidad. De hecho, ese día estaba siendo una jornada bastante animada. La víspera, habían pasado un par de aviones nacionales, dejando caer unos paquetes que contenían todo tipo de víveres. El efecto de la explosión de la caja en la que venían fue maravilloso. Cuando impactó contra el suelo todo su contenido se desparramó en una metralla alimentaria, con un poder de atracción indescriptible. Patas de Jamones, botes de conservas, bolsas de alubias, tabletas de chocolate, leche en polvo…, todo tipo de viandas maravillosas que hicieron las delicias del personal que las recogía con verdadera avidez. Luego, las transportaban con desgana mal disimulada a la cocina central o a la enfermería, según dispusiese el mando que allí había para que las órdenes se cumpliesen. Por contra, para el resto de toledanos el vuelo de los aviones nacionales no era una buena noticia. Las patrullas de milicianos que buscaban facciosos escondidos se recrudecieron ante la posibilidad de que se rebelasen al verse fortalecidos moralmente por la cercanía de los suyos.

El efecto moralizador del avión nacional había sido increíble. Este pasó muy bajo y con el motor parado, de manera tan rápida que nadie lo advirtió. Si hubiese sido uno republicano les habría causado grandes daños. Pero el piloto no quería ser visto por el enemigo para evitar ser abatido, y de tal modo lo logró, que a punto estuvo alguno de quedar aplastado bajo la ayuda amiga. El periódico del Alcázar sacaba con caracteres de cuerpo treinta y dos el titular: "*Ya llegan los nuestros*". Además, en el envío llegaron unos periódicos ABC de Sevilla, por lo que su hoja informativa venía nutrida de noticias actualizadas y reales del avance de las tropas nacionales. Pudiendo concretar en los mapas que todos se hacían, donde estaba situado el ejército nacional, y así calcular el tiempo de llegada. Además, se

introdujo una novedad realmente transcendental. En un paquete descubierto incrustado en unos escombros, que se abrió en presencia del coronel, había una cinta que envolvía el conjunto de cartas que el general Franco dirigía a los defensores del Alcázar. Esa cinta portaba los colores de la antigua enseña nacional, la bandera rojigualda usada antes de la República.

—¿Tú qué opinas del cambio de bandera?

Francisco hizo la pregunta a su amigo Julio al verle aparecer con una banderita colgada de la solapa. Julio se había vuelto a incorporar a su puesto tras mejorar su mano. Seguía la herida abierta, pero ya no supuraba, y cualquiera que pudiese empuñar un arma, por muy mal que lo hiciese, era necesario.

—Mi opinión es que un extremismo mueve al otro —respondió Julio—. Cuando comenzó la República todos estábamos ilusionados. Pero la mala gestión de los diferentes Gobiernos hacen que yo, al igual que mucha gente, no nos sintiésemos representados por este nuevo orden y su bandera tricolor.

—Son las mujeres —dijo Julio—las que, de antiguas boinas y escarapelas militares del museo y otros trapos, han sacado estas banderitas para repartir a los soldados. Se ve que el general que viene con el ejército de Marruecos la ha utilizado en las cartas de ánimo que han enviado, y el mando ha fomentado su uso inmediatamente.

—Se llama Francisco Franco —apostilló el pequeño Aluche—. Mi hermano me ha dicho que es el general más joven que ha tenido el ejército español y que manda tanto como Yagüe o Mola. En las cartas que ha enviado, nos anima a resistir a toda costa, asegurando que vienen a liberarnos y que ya están cerca.

—Pues ya pueden correr. Porque como tarden mucho más, no sé qué van a liberar de estas ruinas. Además, mucha fe le tienes tú al general ese. Personalmente, yo estaría más tranquilo si fuese Mola el que liderase las tropas que aquí vienen.

—Eso es porque no sabes la fuerza de optimismo que ha desatado en la tropa la lectura de esas cartas. Muchos que pensaban que estábamos olvidados, ahora vuelven a creer que vienen a por nosotros. Estando dispuestos a resistir lo que haga falta. Eso ha sido más gratificante que la cena que nos dieron anoche.

—Tengo que confesarte que estoy asustado —dijo Julio a su amigo —. Mi estómago se ha acostumbrado tanto al guiso de maíz y caballo, que el haber cenado chocolate me ha sentado extraño.

Francisco le enseñó muy sonriente a Julio un vale que ponía claramente leche en polvo.

—¡Venga ya! ¿De verdad te han dado ese vale? Pues ya puedes compartirla conmigo porque te conozco y no vas a sustituirlo por la comida. Y si comes las dos, sí te va a sentar mal.

—Será un riesgo que asumiré felizmente —dijo muy sonriente Francisco.

—No lo digo por eso botarate, si no porque si no me das leche te voy a dar una paliza que estoy seguro de que sí te va a sentar mal.

Unos cantos provenientes del patio callaron las bromas de los muchachos, que se asomaron con curiosidad a ver qué pasaba.

—¿Qué hacen? —preguntó Francisco a Julio, que había subido más tarde que él al puesto y quizás estaba enterado.

—Por lo visto, esta bandera sí ha convencido al viejo coronel. Las mujeres han bordado una, que está siendo izada en el pabellón principal. Si lo piensas, desde el inicio de la guerra Moscardó no había usado ninguna bandera.

—Los cantos de himnos que están acompañando el izado, por desgracia, lo van a escuchar nuestros enemigos.

—¿Por qué dices esto? —preguntó sorprendido Julio.

—Me temo que la entrada en escena de nuestro ejército va a acarrearnos serios problemas. Piensa que ya estaban desesperados por doblegarnos, así que ahora que saben próxima nuestra liberación van a hacerlo a muerte.

—Tu siempre tan negativo —riñó Julio a Francisco —. Yo prefiero pensar que seremos nosotros los que nos defenderemos con más ahínco y seguridad al ver pronta la liberación.

Francisco quedó en silencio, pensando que Julio quizás tuviese razón. Se situó en su punto de observación escuchando el ardor guerrero, que llegaba del patio claramente audible, mientras unos nubarrones pesimistas enturbiaban su espíritu.

Mientras tanto, en el aeropuerto de Sevilla, aterrizaba un Junker 52 capitaneado por un piloto de grado capitán y apellidado Graf Hoyos. Avión que esperaba al general llamado Francisco Franco que cada día iba acumulando más fuerza dentro del ejército sublevado. Este ya era un hombre maduro que rondaría los cuarenta y cinco años. Tenia altura media y habiendo sido muy delgado comenzaba a engrosar su figura. Sus gestos amanerados contrastaban con la firme determinación que mostraba en su mirada. Acompañado de dos oficiales, estaba esperando a que bajase el piloto de su avión, de pie y en mitad de la pista.

—A sus órdenes, mi general — saludó Hoyos cuando fue a su encuentro al parar el avión.

—¿Llevó los mensajes que le di, capitán? —espetó el general.

—Éxito en la misión, todos entregados correctamente. Cayeron en el recinto junto las provisiones.

El capitán quedó dudando si hacer una pregunta que le intrigaba, pero creía que se había ganado el derecho a hacerlo, tras transportar tantas veces al hermano del general en sus acciones diplomáticas con

los alemanes e italianos que tantos frutos estaban dando.

—General, ¿puedo preguntarle por qué ha decidido usar la bandera monárquica sobre los mensajes enviados?

Esa pregunta encerraba muchas respuestas, pero Franco no se las iba a contar a su fiel e indiscreto capitán. Así que, sin decir nada, se volvió por donde había venido sin decir palabra. Al capitán Hoyos no le extrañó el comportamiento de su jefe al que ya iba conociendo y respetaba, a pesar de sus extrañezas. Prefirió quedarse con la frase que sí le dijo cuando el socialista Indalecio Prieto comentó en la radio aquello de que a dónde iban esos locos, refiriéndose a ellos, que no tenían de nada..., a lo que Franco respondió lapidariamente: “Es verdad, ellos lo tienen todo, todo, menos la razón”.

Sangre (23 de agosto)

Aquel mediodía Basilio estaba en la terraza improvisada de un bar, con mesas y sillas de muy diversa procedencia, tomando café con sus compañeros de barricada. El local lo habían montado unas prostitutas venidas de Madrid para entretener a toda aquella milicia. Estos desfogaban en las mujeres la pasión que no lograban satisfacer tras unos tiros inútiles a la mole que, a esas horas, brillaba sobre la cuesta.

—Basilio. ¿Crees que hacía falta traer a esos asturianos? Están picando tierra como topos. ¿Es para sacar a los del Alcázar? —le interrogaba Pedro, que era un aldeano dedicado a la crianza de cerdos y un buen tipo.

—No Pedro, la idea no es cavar para sacar a la gente de arriba. Lo que están haciendo esos mineros es un túnel que les conduzca a la base del palacio. Allí lo llenaran de dinamita para volar todo el Alcázar por los aires.

—¡Pero así no podremos rescatar a los rehenes! Morirán todos.

—El mando no ha dicho que quiera volar el edificio. Pero la sola ejecución de esa amenaza, sin capacidad de respuesta por parte de los sublevados, es una magnífica coacción para que se rindan.

—Pero ¿y si no quieren rendirse?

Pedro se limitaba a darle voz a lo que todos se preguntaban. No obstante, el Gobierno les había enrolado, a casi todos, con la premisa de defender la República de los fascistas. Además, todos pensaban que se habían encerrado en el edificio llevando familias enteras como rehenes, para evitar que los bombardeasen. Algo que evidentemente no habían conseguido. Les constaba por los desertores, que las mujeres y niños estaban refugiados en los sótanos. Eran los soldados los que disparaban así, por lo que no tenían el más mínimo reparo en cargar toda la artillería contra las paredes y tejados. Pero la mina era algo diferente. Ahí volaban todos, y no lograba entender el por qué pretendían acabar con la vida de los que habían prometido rescatar. Algo no le cuadraba.

—¿Qué es ese ruido?

La misma pregunta formuló un joven guardia de asalto llamado Tomás, al que Antón estaba formando. La pareja se dirigía al bar donde estaba Basilio. Antón quería presentarle a Tomás para que fuese su interlocutor, puesto que ellos dos no se entendían.

—Aviones—respondió Antón que ya había percibido el sonido de sus motores—. Aviones que vienen a bombardear el Alcázar.

—Pero ¿y si son de los otros? Ayer vinieron dos de los facciosos. ¿No estamos muy expuestos aquí en mitad de la plaza?

Esta misma inquietud planteaba Pedro a su jefe, mientras Antón y Tomás se aproximaban a donde ellos estaban.

—¿Tú has oído las sirenas merluzo? —respondió Basilio a la pregunta que le hizo Pedro—. Además, vienen del norte, por lo que son aviones de los nuestros. Escucha el agradable sonido de las bombas sobre las cabezas de los facciosos —decía mientras las bombas caían sobre el Alcázar—. Dentro de poco olerás…

Una onda expansiva, llena de metralla y muerte, calló súbitamente su explicación. Lanzó a todos los hombres al suelo, derribando mesas sillas y tertulianos. Tras recuperarse Basilio del susto, se quitó a Pedro de encima para ver que estaba pasando. Pedro aún tenía los ojos abiertos con una expresión incrédula en su cara. El final del pobre porquero había supuesto la salvación de Basilio al ofrecerle un escudo humano frente a la metralla que había vomitado la bomba. Esta había caído en mitad de la terraza. Todo a su alrededor era muerte y destrucción. Junto a él, tirada, estaba la matrona destrozada. Asía todavía la cafetera que llevaba para servir su café a los hombres.

Basilio se palpó instintivamente todo el cuerpo buscando algún destrozo que, por la emoción del instante, no le hubiese mandado señal de dolor. Se tranquilizó al verse milagrosamente de una pieza. Se encogió al sentir otra explosión muy cerca de donde estaba. Vio como una casa junto al arco de la Sangre, volaba por los aires desparramando tejas y piedras. Se protegió otra vez con el cuerpo del malogrado porquero, para evitar ser golpeado por la lluvia de escombros. Cuando el edificio comenzó a arder, se incorporó violentamente. Salió corriendo hacia la porticada del otro lado de la plaza, donde otras personas con cara de susto acudían huyendo del fuego abrasador. Un incendio que, como si de una pira funeraria se tratase, arrasaba la histórica manzana de la posada de la Sangre. Lugar donde el famoso escritor Cervantes escribió su “Ilustre Fregona”.

—¿Qué ha pasado? ¿Cómo han podido fallar? —preguntó Tomás a Antón, que trataba de recuperarse del susto mientras se tapaba los oídos intentando hacer desaparecer un molesto zumbido—. ¡Si se podía ver claramente el Alcázar!

—Son aviones fascistas —respondió uno que allí se refugiaba—, han destrozado casas de gente inocente que nada tiene que ver con esta guerra. Son unos cerdos que tienen que pagar caro su delito.

—No, en este caso por desgracia, han sido los nuestros que han errado el tiro —contestó finalmente Antón, que no se recuperaba y sentía como la cabeza le iba a estallar—. Venían de Madrid, han descargado casi todas las bombas sobre el palacio regresando a Madrid, en la segunda pasada.

Basilio, que había presenciado todo, decidió sacar beneficio propio de la rabia que sentía la gente. Rápidamente trazó un plan en su retorcida mente. Uno que podía fastidiar al legalista Antón. Le guiñó

un ojo como brindándole su idea y arengó a la masa.

—Todos sabéis que en esos pisos que arden vivían familias de los nuestros —dijo Basilio elevando su voz sobre las masas—, inocentes que mueren bajo el peso de la malicia fascista. Propongo que venguemos en sus amigos todo el dolor que nos han causado. Diente por diente, hombre por hombre.

—Esos aviones eran de los nuestros —se defendió Antón que intuía por donde iba su enemigo—, y opino que si tienes ganas de venganza tenemos ahí mismo el Alcázar para intentar la ofensiva que llevo pidiéndote desde hace tres días. Ofensiva que nadie parece dispuesto a ejecutar, empezando por ti mismo. No se os ve tan gallardos si se os pide salir de las barricadas.

Basilio lo miro con odio. Pero mutó su cara en una sonrisa al imaginar la cara de Antón cuando acabase su discurso.

—En la cárcel tienen escondidos, protegiéndolos de nuestra justicia, a los hombres que quisieron levantarse contra nosotros y no pudieron. Esos hombres que si pudiesen nos matarían a traición por la espalda, con una puñalada trapera. Y ¿para qué? ¿Para que salgan y vuelvan a bombardear más casas con mujeres y niños inocentes? ¡Vayamos y acabemos con esos fascistas traidores! ¡Apliquemos la única justicia que entienden! ¡La justicia del pueblo!

Esto lo dijo subiendo la voz, enardeciendo a las masas. Para acabar chillando ¡Venganza! Contagiando a la plebe, que comenzó a moverse sin dejar de vociferar la palabra del odio.

Antón se estremeció al ver a Basilio controlando a la masa ávida de sangre. Desaprovechando una oportunidad de oro para canalizar ese odio y romper el cerco que permanecía desesperadamente estable desde el inicio del asedio. En cambio, buscaba cobardemente una presa fácil y expuesta que garantizase su seguridad y le diese ascendencia sobre los hombres a los que hablaba.

—¿Que hacéis insensatos? ¿En la cárcel no hay más que curas, mujeruelas y algún chiquillo asustado! Escucharme…

Era inútil. La gente enfervorecida apartó a Antón, mientras se desgañitaba. Gritaba a unos oídos sordos que matar a los prisioneros no arreglaba nada, que su verdadero enemigo estaba allí arriba. Resignándose finalmente a que esa gente iba a cometer una matanza para aplacar el ego de Basilio, salió corriendo para alertar a su capitán. Junto a los comunistas, la guardia de asalto era de los pocos cuerpos que aun mantenían la disciplina en esa ciudad de locos.

Llegó jadeando al edificio, donde el mando estaba muy atareado recibiendo llamadas y enviando órdenes a gente que entraba y salía a toda prisa. El desconcierto se había apoderado de la sala por la cantidad de altercados que los aviones habían generado.

—Capitán, la gente está como loca y quiere sacar a los presos de la

cárcel para matarlos a todos —soltó como una exhalación Antón sin haber saludado siquiera—, esto es un atropello a la justicia que hay que evitar.

—Querido teniente. ¿De verdad cree que, con la de problemas que tengo por la cagada de los pilotos, voy a desmoralizar al pueblo justificando la falta de pericia de esa panda de inútiles? Prefiero que se desahoguen con unos tipos que, si lo piensa bien, estarían pegando tiros contra nosotros si pudiesen.

—¿Pero qué tipos? La mayoría son mujeres y niños. Esto no es la justicia por la que peleamos. Estamos siendo tan salvajes como ellos.

—No tengo tiempo para andar discutiendo con usted. Pero como en parte lleva razón, le cedo a unos guardias para que pongan orden en la selección de los prisioneros y no se cometan asesinatos con las mujeres y niños de los que habla. ¡Eso sí! —advirtió muy serio el general—De los hombres no respondo, ni usted ha de prohibir nada. El pueblo quiere sangre y sangre va a tener. Hagan la salida con cierta discreción. No exaltemos más los ánimos de la población que ya están suficientemente caldeados.

No era mucho, pero era algo. Así que, reuniendo a los soldados de los que le dotó el general marchó rápidamente a la cárcel, donde ya habían llegado los exaltados y estaban discutiendo con los guardias que la custodiaban.

Hermanos

El ruido de los hombres exaltados discutiendo con los carceleros alteró a todos los prisioneros que, lívidos de terror, comprendieron a lo que venían.

—¿Por qué lloras?

La pregunta pilló a Carmelo por sorpresa. Miró a su interlocutor, que era un hombre mayor, de apariencia más bien gruesa, aunque ahora estaba demacrado. Como deshinchado por las penurias de la prisión o las torturas interiores, que solían ser peores que las infringidas por los carceleros.

—¡Porque nos van a matar! —respondió—. Porque soy casi un niño y nunca he hecho nada para merecer este castigo. Porque no entiendo lo que aquí sucede.

El hombre miró al joven con compasión y siguió hablándole.

—¿Sabes? Tengo un ahijado más o menos de tu edad y ahora mismo no sé nada de él. Además, tengo una familia maravillosa a los que echo muchísimo de menos. Yo también creo que nos van a matar, y no encuentro en mí delito para tan grave castigo. Al principio las noches eran un infierno, no podía entender tanta injusticia. Pero pronto comprendí que nada podía hacer para arreglar las circunstancias externas, sino solo mi interior. Lograr encontrar la paz de mi espíritu dentro de este infierno de preguntas sin respuesta.

—Entonces, ¿ha encontrado esa paz? —preguntó intrigado Carmelo, que estaba dispuesto a agarrarse a cualquier clavo ardiendo.

—En cierta manera he aprendido a vivir con esta duda permanente, a aceptar que es Dios quien lleva mi vida y que sabe lo que hace. Supongo que hasta que no esté junto a Él, no entenderé mi historia ni este momento que nos toca vivir.

—A mí me falta esa fe y dudo de todo. Por más que lo intento, en este momento solo siento desesperanza.

—Eres muy joven todavía. Pero si fueras viejo como yo, mirarías hacia atrás y verías que todo lo que te aconteció tuvo un por qué, y este fue positivo, por más que en este momento no lo comprendas.

—Pero usted tendrá familia. ¿Entenderán ellos también que todo tiene un sentido?

Carmelo se resistía y quería entender. Sin saber por qué, trataba que aquel hombre le diese las respuestas a sus interrogantes.

—Ahora yo tampoco comprendo nada, pero espero que lo que hice durante mi vida haya servido de algo. Confío haber hecho o dicho cosas por lo que haya merecido la pena haber vivido. Cuando era joven hubo una época en que me sentía vacío, y quería llenar mi tiempo con actividades que me realizasen, como ser voluntario de la Cruz Roja o ayudar en la hospedería de mi barrio. Pero cada día me

sentía más triste sin saber por qué. Acabé tirado en la cama sin ningún tipo de interés y no me apetecía salir con nadie. Un día vino a buscarme un amigo y mi padre subió a mi cuarto a avisarme. Le dije que no quería bajar. Se quedó bajo el dintel de la puerta mirándome, o eso creo, porque yo estaba vuelto hacia la pared. Entonces escuché: *¿Cuanto hace que no rezas, José?* Solo eso, nada más, y se fue. Él era un hombre cabal que no hablaba demasiado, nunca fue muy devoto ni especialmente piadoso, pero ese día me salvó. Supongo que podrá parecerte una tontería, pero por ese momento mi padre justificó su paso por el mundo respecto a mí. Toda su existencia y formación fue buena y profunda, pero esa frase me salvó el alma, me puso en el camino de nuevo, me dio una meta a la que llegar. Me di cuenta de que estaba largo tiempo sin rezar ni ir a misa, nunca hubiese achacado mi vacío a eso, pero ahí me di cuenta de mi error. Volví a orar y a ser yo mismo. De hecho, acabé estudiando sacerdocio y hoy soy el deán de la catedral —ahí Carmelo entendió por qué le resultaba familiar—. Pero lo peor de todo es que nunca le dije nada de eso a mi padre, nunca. Y probablemente murió sin saber todo el bien que hizo en mi alma y en mi vida, mucho más bien que las riquezas que heredé de él. Esa es la esperanza de justicia que me queda, haber hecho o dicho algo en mi vida que dé un sentido a la vida de alguien. Sobre todo, de mi ahijado, que tiene tu edad, algo que le mueva por el buen camino. Que haga de él un hombre, pero en el buen sentido de esa palabra.

—Eso es bueno, y usted perdurará en sus feligreses. Pero ¿qué pasará cuando me maten a mí? Yo no he hecho nada en el mundo, nada por Dios ni por nadie fuera de mi mismo. ¿Qué sentido tiene para los demás que yo muera? ¿Cómo me puede explicar eso?

—Yo no puedo explicarte nada. Yo solo sé que sufro como todos, que mis preguntas no tienen respuesta, pero que ponerme en sus manos es lo más inteligente. Más que luchar contra lo que no puedo evitar, por más que quiera hacerlo. Si Dios tiene otro camino para ti, te lo dará. Si te tiene reservada una vida larga y prolífica la tendrás, por más que llores y sufras ahora viendo que nos van a matar. Yo no sé nada, solo me pongo en sus manos.

En ese momento se abrieron las puertas del calabozo. Unos hombres armados, que andaban como embriagados de odio, comenzaron a gritar para que la gente se levantase y se pusiesen en fila. Decían a los que lloraban que les trasladaban de cárcel, aunque todo el mundo sabía a esas alturas lo que eso significaba. Carmelo se abrazó a su hermano Luis y se puso a llorar.

—Venga Carmelo no llores, ya has oído al deán, esto no tiene por qué ser el fin, has de comportarte como un hombre para que papá se sienta orgulloso.

—Pero, ¿y si nos matan?

—Verás a Dios antes de lo que pensabas. Ahora recoge tus cosas y vamos.

Luis se incorporó y se puso muy digno junto al deán en la fila que comenzaba a formarse de prisioneros. Este sacerdote, sin ningún recato, estaba dando la extrema unción a sus compañeros presos. El deán que había visto la escena le preguntó si eran hermanos. Ante la respuesta positiva de Luis, meneó la cabeza diciendo "pobres". Le hizo la señal de la cruz en la frente y continuó dando bendiciones a la gente. A Luis no le importaba demasiado lo que le pudiese suceder. Gracias al guardia que trajo a Carmelo, habían conseguido pasarse pequeñas notas, manteniendo un discreto contacto con su madre, y sabían que estaba bien. Le preocupaba su hermano pequeño al que veía derrumbado. Al principio le había sorprendido su fortaleza. Siendo Carmelo el que le dijo que su madre estaba justo en el piso de arriba y el que ingenió lo de los mensajes. Pero ahora su edad se había impuesto a su madurez y volvía a ser un niño desvalido.

La fila comenzó a caminar. Mientras, Carmelo seguía sollozando sin decidirse a incorporarse hasta que no quedaron muchos prisioneros. Entonces entró un miliciano dándoles patadas y urgiéndoles a ponerse en la fila, así que se incorporó y se puso detrás de su hermano. En la puerta había mucha gente y vio como discutían dos hombres que identificó como los cabecillas.

—Me da lo mismo tus peroratas —decía Basilio enfadado—, yo me los llevo a todos.

—Si lo haces mis soldados se lían a tiros y montamos una matanza diferente de la que tienes planeada —amenazó en alta voz Antón .

Basilio viendo que Antón iba en serio decidió aceptar sus requisitos.

—Está bien —concedió—. Setenta hombres mayores de edad de los que llevamos en la lista. Tú te quedas con las mujeres y los niños.

—Y sacarlos por la noche —remató Antón—, para no alterar el orden público. Te recuerdo que estos prisioneros tienen familia en Toledo.

—Esta bien burguesito amanerado, ya tendré tiempo para vérmelas contigo —girándose, Basilio dio por terminada la negociación con Antón y comenzó a dar órdenes a su gente—. Atadlos de dos en dos y entretenedlos un rato junto a la pared.

Fueron llamando de dos en dos a los que habían marcado en la lista y los ataban de malas maneras por los codos. De esa manera sacaron a los diez sacerdotes y once hermanos maristas que tenían presos desde el principio de la toma de Toledo. Ataron a Luis junto a Carmelo en el mismo momento que llegaba de remplazo el Granadino, que ese día había estado descansando. Al ver a los hermanos cruzó la mirada con Carmelo que suplicante le hacía entender que hiciese algo.

Alguno de los prisioneros había cogido sus escasas pertenencias y sus mantas. Estas estorbaban a los hombres que les ataban, por lo que se las quitaban entre risas. Prometiéndoles que allá a donde iban no las necesitarían.

—¡Eh compañeros, soltad a ese niño! —ordenó el Granadino señalando a Carmelo—, es un crio todavía. Me lo quiero quedar yo para hacer de él un buen revolucionario.

Los hombres que estaban atando a los prisioneros se rieron de la ocurrencia de este. Pero al ver que lo decía en serio y que, efectivamente, el chico era un menor, lo desataron. Carmelo dio un abrazo a su hermano.

—Ánimo Carmelo —le dijo Luis—. Cuida a mamá.

—No quiero dejarte Luis, me iré contigo.

—No digas tonterías. Mamá te necesita más que yo. Acuérdate de mí en tus oraciones. Me temo que lo voy a necesitar.

En ese momento, un hombre que traía al deán empujó bruscamente a Carmelo separándolo de su hermano. Entonces ató a don José con Luis.

—¡Ale, Granadino! llévate al crio antes de que me arrepienta.

El Granadino cogió al muchacho arrancándolo de un abrazo que lo retenía a su hermano y en voz baja para que no lo oyeran sus compañeros le dijo a Carmelo:

—Venga vente conmigo que si no mataremos a tu madre de un disgusto.

—Déjeme con él, no quiero dejarle solo. A donde vaya mi hermano iré con él.

—No seas tonto —intervino Luis—vete con este buen hombre y cuida a madre.

—Adiós Luis.

—Adiós Carmelo.

Casi a rastras se llevó el Granadino al muchacho mientras sus compañeros se mofaban de este, que con chanzas les reía las gracias. Aunque su espíritu turbado andaba lejos de sentir esa alegría.

Mientras tanto, en el Alcázar, Francisco y Julio estaban haciendo una de las guardias más duras desde que comenzó el asedio. Llevaban todo el día con un tiroteo intenso y recibiendo bombas de artillería. A Julio se le había abierto la herida y dejó solo a su amigo disparando. No podía utilizar el fusil, pues la sangre no paraba de salirle, estaban los dos muy cansados y no veían la hora del relevo cuando la oscuridad de la noche favoreciese el cambio. Francisco se apoyó bajo el parapeto, reconstruido con cascotes y piedras cada vez más pequeñas. Cada vez quedaban menos piedras grandes alrededor, y cada vez les faltaban más las fuerzas para moverlas. Se sentó un momento para recuperar algo de energía y se puso a pensar en una

frase que leyó en un libro: Cada momento que pasa nos despedimos de algo o alguien, cada momento que quedó atrás es una oportunidad perdida, cada instante que fue ya no se repetirá.

Tan solo unos pocos días atrás, Francisco retiraba de la biblioteca un tomo de las leyendas de Bécquer que tan enganchado le tenía. Mientras se iba de la sala, contemplaba con admiración las paredes forradas de estanterías repletas de libros. Cientos de ellos, de todas las edades, se alineaban sobre las repisas, dotando de color las maderas oscuras. Ahora ya no quedaba de esa estancia ni las paredes, pasto de la artillería pesada y de la idiotez humana. Recordaba también a José y otros compañeros que había enterrado ya en el picadero, y que solo unos días atrás compartían risas en el comedor. Todo eso ya no era más que un recuerdo. Aun así, la mente humana no está diseñada para sufrir pensaba Francisco.

Vivían en el peor de los infiernos. No comían más que un caldo con pequeños trozos de carne de mulo, salado con metralla y aromas a trilita. Y aun así se reían y divertían con pequeñeces en cada momento de sosiego. El ser humano, el hombre, es un ser programado para ser feliz. Pero esa programación es tan compleja, que permitía desviarse constantemente al hombre de ese camino. Nos complicamos la existencia por cualquier tontería, concluyó Francisco en sus razonamientos mentales. Ahí en ese fuerte, antaño alcázar de la ciudad imperial, parapetados tras un montón de ruinas y desprovisto de cualquier tipo de comodidad, la vida era contradictoriamente más fácil y sencilla. Los pocos placeres de los que raramente eran honrados, como una colilla usada o un tropezón más grande en la sopa, eran disfrutados con auténtico deleite y placer. Las conversaciones ya no eran nunca banales y pecaban siempre de ser trascendentales. Esa certeza de saber que con toda probabilidad iban a morir los hacia inmortales, les daba temple y fuerza porque ya no dependía de ellos nada. Será todo, como decían todos, lo que Dios quiera.

De repente Francisco se dio cuenta de que Julio le miraba divertido. Saliendo de su ensimismamiento puso cara de circunstancias y aparentando normalidad le preguntó:

—¿De qué te sonríes? ¿Acaso tengo un mono en la cara?

—Un mono no lo sé, pero la cara de bobo que tenías mirando a la nada no tiene precio. ¿Qué estabas pensando? Me muero de ganas de saberlo, estabas la mar de concentrado.

—¿Sabes lo que te digo Julio? Eres un buen amigo. Si de esta no salgo vivo, quiero que sepas que si me enfado siempre contigo, es porque envidio lo templado que eres para afrontar cualquier problema. Mi temperamento impaciente envidia tu madurez. Así que perdona tanta tontería que he tenido hacia ti y gracias por seguir

siendo amigo mío, a pesar de todo.

Julio se quedó mirándole sorprendido. Tras un instante muy serio soltó una gran carcajada, que respondieron los milicianos con tiros al parapeto para lograr callar lo que creían una provocación. Agachados, intentando evitar las chinas que como balas saltaban alrededor, Francisco volvió a la carga. Tras un rato de trifulca menguó el tiroteo y, aprovechando un momento de sosiego, Julio le preguntó a qué se debía ese arrebato de sinceridad. Francisco le expuso en voz alta a su amigo lo que andaba cavilando.

—En realidad estoy filosofando, temiéndome lo peor. Cada momento que pasa nos despedimos de algo o alguien, por eso hay que disfrutarlo como si fuese la última vez. Cada momento que quedó atrás es una oportunidad perdida, por eso no hay que decir no a nada y tirarse siempre a la piscina, ya se encargará otro de guardar la ropa. Cada instante que fue ya no se repetirá, por eso disfrutemos a tope cada segundo y no lo malgastemos pensando en el que dejamos escapar. Es el paso del tiempo, que inexorablemente transforma todo en recuerdos, el que enseña estas premisas. Disfrutemos de nuestras carencias antes de que la muerte nos haga seres perfectos, sin pasado ni futuro.

Julio se quedó callado mirando a su amigo y así, entre tiros no correspondidos, pasaron el resto de su turno pensando en todo ello.

Oscureció en Toledo. El grupo de prisioneros rezaba en voz alta siguiendo las pautas que marcaba el deán José Polo. Basilio ordenó que se pusiesen en marcha hacia Tránsito. Este paseo de árboles, que daban buena sombra en los cálidos días de verano, estaba muy cerca de la cárcel. Justo a los pies de los muros de la ciudad. La gente comenzó a caminar tropezando entre ellos. Aparte de no ver, y la incomodidad de ir atados, se sumaba el entumecimiento de estar de pie parados mucho tiempo. Esa noche tétrica, además, se sumaba una tormenta eléctrica de verano que descargaba relámpagos de vez en vez, iluminando la triste comitiva.

—Discúlpeme usted, pero no logro ver bien donde piso —se disculpó Luis al deán que permanecía atado a él por los codos—. Confío en no haberle hecho daño con ese pisotón.

—No se preocupe muchacho, me temo que el pisotón será lo menos doloroso que va a acontecerme esta noche.

—¿Cree usted que van a matarnos verdad?

—Estoy seguro —respondió muy serio el deán—. No es piadoso ocultarlo por más tiempo. Es mejor que lo tenga claro y prepare su alma para lo que viene luego. ¿Tiene miedo a morir?

—No realmente. Estoy triste de dejar esta vida que tanto me atrae y gusta. Siento lástima de mi madre y mi novia, no sé cómo sobrellevarán esto. Supongo que Gloria pronto encontrará otro

hombre que me sustituya, pero mi madre… Ninguna madre está preparada para sobrevivir a sus hijos. Ese golpe será más difícil de digerir.

En ese momento, unas luces iluminaron el camino, generando unas sombras alargadas que hacían más trágico el momento. Un pequeño camión, de caja abierta, se había colocado detrás del grupo marcando con sus focos el camino. Sobre la caja había unos milicianos custodiando una ametralladora. El deán comenzó a rezar el rosario seguido por todos los prisioneros. Al llegar a la puerta del Cambrón, Basilio saltó de la camioneta donde iba subido y dividió el grupo en dos. Luis y el deán acompañaron a otros diez sacerdotes, los hermanos Miedes y un capitán retirado. También iban con ellos, entre otros, el comandante José Gómez de Saladar, al cual pillaron al abandonar el hospital de Tavera y que iba atado al dueño de la posada de Venta de Aires, don Dionisio. Este grupo giró a la derecha, camino del matadero. Hacia la izquierda, seguidos por la camioneta, iban los once hermanos maristas acompañados del resto de prisioneros. Entre todos ellos destacaban el notario Justo Pozo, el comisario de la policía Ricardo Sánchez y el canónigo Calixto Paniagua.

Luis miró a los milicianos que los acompañaban, iban armados y ya no reían ni gastaban bromas. Esa seriedad le previno de su fin. Dieron órdenes de seguir paseo adelante pues el grupo iba lento. Todavía no llevaban ni tres minutos andando, cuando escucharon gritos y el sonido de una ametralladora haciendo callar las voces que, claramente, reconocieron como las de sus compañeros fusilados a la luz de los focos de la furgoneta. Los prisioneros se quedaron parados por el terror. Comprendiendo los milicianos que ya no podían obligarlos a caminar más, el cabecilla dio la orden de detenerse y alejarse de ellos.

Basilio dispuso a sus hombres en una larga fila que apuntaba con sus escopetas a los prisioneros, estos permanecían aterrados, sin moverse, esperando que sucediese un milagro y todo eso no fuese cierto. Apenas estaban iluminados, por lo que uno encendió un farol que les cegó por un instante los ojos. Entre los reflejos, Luis vio una ametralladora preparada, sobre la que un miliciano se afanaba para darle uso. Comprendiendo que llegaba su momento, confesó espontáneamente unas faltas al deán, que ahora sí, estaba pálido. No regía muy bien su mente, que estaba espesa, pero al escuchar a Luis en su rápida confesión el pensamiento de hacer algo le iluminó momentáneamente la cabeza. Estaban todos como paralizados sin moverse siquiera. Ya que iban a morir no pasaría nada por intentar la huida. No dio tiempo para más. Mientras el Deán le daba la absolución, Basilio sacó su pistola para dar la orden de fuego. De repente entre tantos murmullos se escucho la voz del deán Bernabé

Polo.

—Dios es testigo del crimen colectivo que van a consumar. Dios les pedirá cuentas. En el nombre de todos, les perdono.

Algunos, alentados por estas palabras, comenzaron a chillar vivas a Cristo Rey y a España. Basilio, que no podía soportar esta escena, gritó fuego. Luis sintió el peso del deán que le empujaba al suelo y escuchó los gritos de vivas cortados en seco, junto ayes de dolor de los prisioneros que iban cayendo heridos. Desde el suelo escuchaba impactos que iban agitando los cuerpos que le habían caído encima. Se dio cuenta que él estaba ileso debajo de un muerto que le cubría.

—Trabajo listo —dijo Basilio mientras sus compañeros iban dando el tiro de gracia a los heridos —. Dejadlos aquí y mañana ya los trasladarán al cementerio. Vayamos nosotros a la cantina que tengo la garganta seca y necesito un trago de vino. ¡Vaya con el canónigo! No le paró el miedo la lengua.

—Pues aun esta vivo —dijo uno que le vio moverse—déjame que lo remato.

—Ni hablar —soltó Basilio—, este merece una muerte diferente.

Luis iba a dar gracias a Dios de estar vivo cuando notó que alguien movía ese cuerpo protector de una patada. Basilio le dio la vuelta a su escopeta descargo la culata varias veces sobre su cabeza del cura con toda la rabia que su mente guardaba. Luis comenzó a sentir los golpes que le daban al canónigo y no pudo evitar abrir los párpados para ver la sonrisa macabra de Basilio al descubrirle. Lo último que vio tras sus ojos, fue la pistola de este apuntándole a la cara.

Madre

Mientras todas las mujeres se levantaban de sus esteras para iniciar una nueva jornada, Gloria Luján hizo por primera vez en su vida como que la rutina alcazareña no iba con ella. Siguió tirada en su colchón rascando unos minutos al devenir diario. Dos eran las razones que le movían a tal falta de actividad. La primera, su propia debilidad, causada por la desnutrición y sed que iba acumulando. La segunda la tenía en su regazo, durmiendo tranquilamente. Berta, a pesar de sus diez años, no había conseguido descansar bien ni una sola noche. Pero ahora, incluso con los sobresaltos de las explosiones, lo incómodo del colchón y el hambre que tenía constantemente, había alcanzado el nirvana del olvido. Permanecía respirando sosegadamente entre los brazos de su madre. Quizás por disponer de mas espacio, pues habían juntado su estera a la de una recién viuda, que por estar sola en el Alcázar y ser conocida de los Eymar, se había ofrecido a compartirlo con ellos cuando los destinaron a los sótanos.

Gloria Luján trató de hacer un repaso mental de cómo habían acabado allí. Todo empezó el día veinte, cuando su marido salió con Romero Basart por la mañana, dejándoles la clara advertencia de permanecer encerradas en casa. Ese día pasó muy lento, se oían tiros a las afueras de la ciudad, incluso alguno aislado mas cerca de lo que a ella le gustaría. Apenas probaron bocado en la comida que les sirvió doña Carmen, única asistenta que continuaba con ellos. Por la tarde apareció una furgoneta con dos guardias enviados por su marido. Estos les urgieron a irse con ellos al Alcázar, dándoles cinco minutos para recoger lo necesario para pasar un par de noches fuera. Así que con lo puesto entraron en la academia, instalándose primeramente en unas habitaciones habilitadas para la oficialidad. En cuanto empezaron los bombardeos y tiros, los trasladaron a unos cuartos de la planta baja. Estos daban a la zona sur que, por tener edificios enfrente, no era zona batida. Finalmente, el bombardeo de la artillería era tan intenso, que tuvieron que recluirse en el único sitio que era seguro a esas alturas. Eso sí, con mil personas más. Los sótanos eran básicamente la cripta que sustentaba el edificio principal. Compuesto de un pasillo abovedado, de cerca de dos metros en la parte mas elevada, que en forma de cuadrado daba una vuelta completa. A los lados, en la parte exterior, tenía cuartos dedicados a diversas actividades. Todos ellos estaban ocupados por familias y soldados en la actualidad. Los sótanos aún tenían en la parte interior, tres pequeños almacenes y unas escaleras que bajaban a los aljibes. Por órdenes del mando, el pasillo central debía quedar libre para el tránsito. El poco espacio que existía para alojar a tantas personas hacía que todos los laterales estuviesen tomados por esteras y trastos

itinerantes. Por la noche, la gente expandía sus bártulos, dejando apenas una senda para circular entre tanto cuerpo yaciente. A pesar de este hacinamiento, los Eymar disponían de un cuarto compartido con otras familias de la oficialidad. Este era un rincón de los sótanos que podría llamarse tranquilo al tratarse de una antigua clase que no llevaba a ningún sitio, por lo que el paso constante de gente que había en los pasillos no entorpecía con su vida diaria. Allí, desplegaban por las noches el colchón que tenían asignado. Estaba decorado con rayas oscuras sobre una tela supuestamente blanca y era estrecho. Dormir todos en él, era algo del todo punto imposible, pues eran cinco sin contar al marido. Menos mal que la amiga viuda, llamada María, se ofreció juntar su colchón. De esa manera podía dormir toda la familia, poniéndose uno al lado del otro dejando las piernas fuera. No era lo más cómodo, pero garantizaba tener la cabeza y el Tronco sobre blando. Además, el calor humano mitigaba el frío, que ya comenzaba a acusarse en los húmedos ladrillos del suelo. Así que allí estaba ella, sola, con su hija pequeña dormida plácidamente, mientras a su alrededor ya había comenzado la vida de un nuevo día. Día que se intuía, pues la poca luz que podía entrar por los tragaluces de la galería era cada vez menor, debido a los derrumbes y protecciones que se iban disponiendo. Siendo las lámparas de sebo de caballo los únicos focos de luz constante que allí se tenía. Una luz que obtenían a cambio de llenar de un espeso humo negro todo el ambiente en el que tenían que habitar.

Las familias que compartían cuarto con Gloria Luján se habían levantado y recogido sus colchones. Estos eran enrollados y apilados en las paredes, siendo aprovechados como improvisados bancos en los que sentarse, pues los días se hacían muy largos desde que la artillería impedía salir a descubierto. Las mujeres habían ideado, con unas chaquetas de guardia y una percha, un improvisado retrete en una esquina del cuarto. Por turnos entraban a realizar sus necesidades en unas palanganas que se encargaban de vaciar los más pequeños. Entre todas las labores, la mas desagradecida era la de adecentar la estancia. Por mas que se afanasen en limpiar todo el polvo que entraba cada vez que una granada producía un derrumbe, no hacían sino cambiarlo de sitio. Pues cada vez que barrían, llenaban el espacio de ese polvo amargo que se metía en toda la ropa y el cuerpo. Cuando el trajín fue imposible de ignorar, Gloria Luján se incorporó con cuidado, tratando de no despertar a la pequeña Berta. La niña quedó encogida, envuelta en una manta sucia de polvo y roña. Gloria Luján contempló la cara de su hija que, tras más de un mes sin lavar, estaba oscura. Tenía unos regueros más claros en las comisuras de los ojos, hacia las mejillas, por las lágrimas vertidas. Se le veía descansar tranquila, a pesar de las detonaciones que formaban ya parte del sonido ambiente. Al menos

no sonaban cerca, aunque si alguna lo hacía, solo se reflejaba en una leve contracción de su cara.

—Buenos días, doña Gloria. ¿Qué tal noche han pasado ustedes? —escuchó que le preguntaba doña María—

Mirando a la esquina de donde provenía la voz vislumbró a su amiga. Le respondió que como siempre y se interesó por saber dónde se encontraba el resto de su familia.

—Sus dos hijas mayores se levantaron temprano esta mañana. Fueron a interesarse por la suerte de unos soldados que salieron anoche a buscar comida según he sabido. Por lo visto, los gorros que estuvieron bordando el otro día eran para esa patrulla. Aunque no acierto a adivinar para qué necesitaban esos muchachos unos gorros blancos de lana.

—Me contaron el otro día —dijo la madre—, que los voluntarios andan pidiendo que les cosan gorritos blancos para poder ponérselos a su regreso al Alcázar. De esa manera nuestros guardias les identifican y no les disparan por error. Aunque me pregunto yo, si esa misma distinción no será una diana para los rojos que también están al acecho de cualquier movimiento.

—Tranquilícese al respecto, doña Gloria. Esos chicos saben lo que hacen.

No estaba muy segura Gloria Luján de que ese sistema fuese tan efectivo. Pero lo cierto es que hasta la fecha las patrullas habían salido con cierto éxito. Como nada mejor tenía que hacer, recogió el colchón que estaba vacío y lo dejó enrollado en una pared. Se sentó mirando hacia donde descansaba Berta y mentalmente comenzó a rezar el rosario. Era curioso como crece la fe cuando las distracciones de cada día eran tan escasas y el peligro tan cercano. Gloria Luján se había habituado a rezar varias veces al día El rosario. Gloria, como casi todos los de allí, tenía la absoluta certeza de que de alguna manera era escuchada, sintiéndose protegida a pesar de tanto terror y muerte. No había terminado el cuarto misterio, cuando la pequeña comenzó a agitarse bajo la manta. Se despertaba a un nuevo día, por lo que rápidamente se acercó para ayudarle a levantarse y, lo más importante, que afrontase con altas dosis de amor y cariño una nueva jornada. Tras charlar un poco con la pequeña y adecentar lo que quedaba por recoger, se empezó a poner nerviosa por la tardanza en llegar de sus hijas mayores. Para matar el tiempo y no pensar, se llevó a la niña debajo de la lámpara de sebo para despiojarla. Entre liendres y piojos no elucubraba y sufría menos, pero la niña se quejaba pidiendo que le dejase ir. Estaba aburrida de permanecer quieta mientras hurgaban en su cabeza, máxime cuando recién levantada todo su cuerpo era energía que pedía actividad. Así que finalmente su madre le concedió esa tregua, no sin una finalidad: ayudar a tirar las

palanganas del improvisado retrete.

Berta odiaba esa labor. Primeramente, por lo desagradable de la misión que, además del olor y la visión de lo que portaba, hacia que la gente con la que se cruzada se apartase como si fuese una apestada. Ella ya comenzaba con las vergüenzas y reparos propios de la edad y se sentía humillada. Pero lo segundo era casi peor. Tenía que salir del Alcázar por el paso curvo, hasta la explanada junto a Santiago, donde vaciaban las palanganas. Pero en esa zona sin techar, silbaban las balas sobre sus cabezas. Para salvarlas, la gente se agachaba, aunque ella ya iba encogida de miedo consciente del peligro real. Ese día sucedió lo inevitable. Tras una semana de bombardeo constante sobre el paso curvo, este había cedido totalmente y no le dejaron pasar.

—¿Pero que hago con esto? —preguntaba descarada, acercando el contenido de su carga a la cara del guardia que le había prohibido el paso.

—No lo sé chiquilla, pero por aquí no puedes pasar. Ni tú ni nadie. Tendrás que buscar otro sitio. Baja con tus padres y diles que se organicen con el sargento que esté encargado del orden de tu zona.

Dándole la espalda dio por finalizada la conversación, así que la niña se retiró por donde había venido. Estaba harta de transportar aquello y no tenía ganas de dar explicaciones a su madre. Así que, por ser esa zona mas tranquila, aprovechó un rincón que vio para tirar rápidamente el contenido de su palangana, pues, aunque estaba dentro del edificio no le veía nadie. Luego aceleró el paso con cara de traviesa para ir a su cuarto, donde estaba su madre hablando con Carmen, como si fuese una hija más. Está siempre estaba preocupada de atender a su señora, pero hablaba con ella de todo sin remilgos ni evasivas, como lo hacían Gloria y Pilar.

—Mamá —interrumpió la niña—, me voy a buscar a Manuel.

—Escucha. Si ves a tus hermanas diles que vengan —ordenó la madre—. He de decirles algo.

—Vale. Un beso. Adiós.

La niña salió corriendo para jugar un rato. Ese día tampoco se podía subir al patio a estirar las piernas o respirar un poco de aire puro, por lo que se hizo al ánimo de pasar otra jornada más en los sótanos. Se dispuso a matar el tiempo curioseando a la gente que había en el pasillo principal. Suponía que sus hermanas no tardarían en pasar. A Berta no se le escapaba que Gloria y Pilar se movían por el Alcázar, entre los cadetes y guardias, como si estuviesen en días de feria. Arreglando de la mejor manera posible sus sucios vestidos. Más preocupadas de su apariencia que de su propia seguridad, acicalándose y peinándose constantemente. Se fijó en unas mujeres que estaban haciendo elucubraciones sobre el avance de las columnas del ejército sublevado. Para ello miraban unos planos de España que

había en el pasillo, sobre el que iban pintando con colores el avance de las tropas del general Franco y las de Mola, según las noticias interceptadas por radio y que el Alcázar publicaba.

—Según el diario de hoy, los nuestros han tomado Talavera —comentó una señora gorda, que tenía pinta de gustarle el protagonismo—. Por lo que a este paso estarán aquí en siete días.

—No sea tan confiada —le contestó su amiga—, no es lo mismo conquistar Talavera que Toledo.

—No tardarán, el capitán Alba les habrá explicado lo precario de nuestra situación y están avanzando muy rápido.

A la conversación se unió un guardia que estaba recuperándose de una herida y que se las daba de entendido. Su explicación militar del avance de las columnas aburrió a la niña que se fue en busca de sus hermanas. Las vio saliendo de la enfermería.

—Mamá esta preocupada y dice que vayáis al cuarto.

—Pues no sé por qué, estaba explicando a Pilar mi trabajo. Hoy tengo la mañana libre y pienso descansar todo el rato.

—No —se quejó Pilar—. Acuérdate de que ibas a acompañarme a ver a Julio.

—¿No iras con esa ropa?

—Pensaba ponerme el otro vestido. Y como sabes solo tengo dos, así que no sé a qué viene esa pregunta.

—Por eso lo digo. Este da lástima verlo.

Cuando llegaron al cuarto donde estaba su madre, Pilar, sin saludar, le pidió la ropa de cambio. Quería ir lo mas aseada posible y tenía prisa. Después de cambiarse, le pidió a su madre que le arreglase el pelo y limpiase la cara. Mientras lo hacía, le pidió que si llegaba tarde le guardase un sitio en el colchón. Había quedado con Julio y no quería dormir en el suelo por el retraso. Un alboroto sonó en el pasillo que indicaba que ese día servían el rancho temprano. Gloria Luján mandó a los niños primero a que se sirviesen su ración. Habían aprendido que, si se comían rápidamente su parte y se reenganchaban en la cola pronto, podían repetir otra ración tan necesaria para sus estómagos voraces. Pero ese día no hubo suerte y el guardia que repartía la comida los despidió de vacío. Aunque normalmente les dejaba hacerlo, ese día no había mucha comida, y tenía que dar lo que quedaba a unas señoras que permanecían en sus sitios enfermas sin poder hacer cola. Por lo que los pequeños Eymar se sentaron en un jergón a mirar como comía el resto. Berta miraba desvergonzada a un niño que masticaba su pan. El chico daba un bocado generoso al panecillo, masticándolo lentamente, complaciéndose en su sabor y deleitándose en su ingesta. Miraba tranquilamente hacia la claraboya por la que entraba un poco de luz, ajeno a la envidia que provocaba. Gloria Luján miraba a su hija con una pena infinita. En la cara de la

niña se leía un hambre atroz, un hambre insaciable que generaba su cuerpo menudo que no paraba quieto.

—Berta, ven. —le ordenó.

—Si, mamá. ¿Qué quieres?

—Cómete mi plato que yo no lo quiero.

—¡Pero mamá! —exclamó la niña sorprendida—. ¿Por qué no te lo comes tú? ¿No te encuentras bien?

—No es eso, hay moscas tocando la comida, y el asco me ha encogido el estomago. Así que compártelo con tu hermano y no hagas más preguntas que se lo doy todo a Manuel.

No estaba convencida la niña de la explicación de su madre, pero tenía mucha hambre. A esas edades el egoísmo, lo mismo que la inocencia, está muy desarrollado, por lo que no se planteó dos veces que su madre pasaría el día sin probar bocado.

Su hija Gloria miraba todo esto con una nueva mirada. Le había llamado la atención como Pilar, de manera despótica, sacaba a su madre lo que ella necesitaba. Y aunque no le parecía bien que les diese su comida a los pequeños era consciente de que esa misma mañana había compartido parte de su agua con ella misma. Se acercó a ella y le dio un abrazo largo.

—Gracias mamá —le dijo.

—¿Gracias por qué? —preguntó sorprendida la madre.

—Gracias por hacerme la comida, por arreglarme la ropa, por guardarme los trastos, por todas esas tonterías que de ti me han enamorado. Gracias por obedecer como un soldadito cada orden que te mando. Gracias por ir restando tu tiempo al tiempo que yo he necesitado. Gracias por hacer que mi vida fluya, mientras yo, como un tirano, voy malgastando la tuya.

La madre calló y no dijo nada. Dejó que el calor de ese abrazo le llenase el alma. Al fin y al cabo por ese momento daría su vida siete veces cada día.

Laura (27-28 de agosto)

Las sirenas de Madrid comenzaron a chillar amargamente. Los carceleros salieron corriendo de la checa para dirigirse al refugio más cercano. Julián se apoyó en la repisa que debía hacer de cama, pero su inclinación impedía dormirse encima sin rodar y caerse. Tampoco era posible tumbarse a dormir en el suelo, ya que este estaba trufado de ladrillos clavados que sobresalían. Así que el sueño comenzaba a hacer mella en el agotado espíritu del joven, que no podía descansar. El cantar de las sirenas era menos molesto que el anuncio de los carceleros avisando de que tocaba paliza. Por lo que aprovechó la relativa calma del momento para, arrodillado entre los ladrillos y apoyando la cabeza sobre sus brazos que descansaban en el banco, dormitar un poco antes de no sabía qué.

Las bombas comenzaron a caer. Sus sonidos, se iban haciendo más intensos según se acercaban a su posición. Tan cerca sonaron, que Julián que había conseguido dormirse, se despertó sobresaltado de la cercanía de las explosiones. En ese momento, una reventó la pared de su propia celda, llenando todo el espacio de polvo y cascotes. Se cubrió con los brazos, salvándose por estar recostado en el suelo, pues toda la pared quedó agujereada. Cuando se repuso del sobresalto, contempló la calle oscura y vacía donde antes existía una pared. Se levantó y miró afuera. Ya no oía las bombas ni las sirenas. Tan solo miraba la calle vacía, que tanto había soñado esos dos días de torturas y cautiverio. Salió asustado, presintiendo que en cualquier momento vendrían a por él. Comenzó a andar sin ningún objetivo, solo hacia adelante, por las calles vacías de Madrid. Nadie se cruzó con él mientras recobraba su libertad. No reconocía el barrio que atravesaba, adentrándose, cada vez más, en callejuelas estrechas. Sin embargo, empezó a cruzarse con gente. La población de Madrid salía de los refugios dirigiéndose a sus casas al finalizar el ataque aéreo, tratando de retomar la normalidad. Tenía hambre y sed, estaba agotado y sobre todo tenía sueño, pero sabía que no podía quedarse en la calle dormido, por lo que cuando vio un burdel no se lo pensó dos veces. El antro era una edificación estrecha y vieja, embutida entre dos fincas de cierta categoría venidas a menos. En el recibidor había una mujer madura, arreglándose las uñas sin ningún recato. Al verle entrar frunció el ceño. Señaló a las escaleras que debían de subir a los cuartos y movió la cabeza negando, en lo que Julián no vio un buen comienzo.

—Está lleno. Lo siento mucho, pero estos días no damos abasto. Prueba con el de la calle de más abajo.

—Disculpe mi aspecto —dijo Julián—. Sé por su cara que mis ropas rotas y los moretones de mi cuerpo no le auguran pingües

beneficios, y no voy a negárselo, no tengo un real. Pero he sufrido cárcel y me he escapado de una sala de torturas. Por lo que tanto me da que me denuncie como que no me deje entrar. Si no me ayuda usted me matan o me muero yo solo en la calle. Estoy agotado y desesperado y no sé a quién acudir, lo que la convierte a usted en mi ángel de la guarda y mi última esperanza. —Julián se sinceró abriendo su corazón, porque ya no tenía nada que perder y notaba que le fallaban las fuerzas. Comenzó a ver borroso y de repente se quedó todo en negro. Ya no le dolía nada, ya no tenía miedo, ni cansancio, ya no sentía nada.

Cuando se despertó, vio que estaba solo en un cuarto oscuro que olía a rancio. En la mesita que había junto a la cama, había un vaso de agua que tomó y bebió ávidamente. Más sosegado comprobó que estaba limpio y alguien había curado sus heridas. Se incorporó despacio pues aún le dolía la cabeza. Se adecentó y vio en un pequeño espejo que llevaba puesta una camisa limpia que no era la suya. Se acercó con cuidado a la puerta y la entreabrió despacio. Descubrió que estaba en un cuarto que daba al recibidor, donde seguía la "madame", aunque esta vez estaba ojeando una revista.

—Buenos días —saludó Julián tímidamente.

—¡Pero bueno! ¿Ya ha resucitado el príncipe azul? —exclamó satisfecha la mujer—. ¿Cómo te encuentras?

—Un poco desorientado y muy agradecido. Sobre todo, por el trato que me ha brindado. ¿Por qué me ha cuidado y escondido si no me conoce? —preguntó Julián sinceramente intrigado—

—Bueno hermoso, serán esos ojazos que me conquistaron con su sinceridad. ¡No lo sé!, llámalo una buena obra en este mundo bárbaro que estamos viviendo en que los hombres se matan como perros.

Julián miró compasivo a la "madame". Adivinando, que tras esa mujer cincuentona, hubo una guapa joven en un tiempo no tan pasado. Una mujer que sufrió como sufren todas las mujeres que han de vender su cuerpo para vivir. Lleno de agradecimiento, se acercó a la sorprendida mujer y le beso la cara.

—Gracias. No sé su nombre, pero la llamaré Dolores en honor a la madre que perdí, pues así me habría cuidado ella.

—Me llamo Laura, pero llámame como quieras.

Laura miró llena de ternura a Julián, que permanecía como indefenso junto a ella. Se alegró de haber ayudado al chaval. Se sintió feliz de aportar algo positivo y llena de secreta dicha se incorporó.

—¡Ale!, menos cháchara y vamos a comer algo, que se te caen los pantalones de lo delgado que estas. Y eso, en un sitio como este, es peligroso.

Riéndose de su propia ocurrencia lo llevó a un patio interior que quedaba tras la puerta que había debajo de las escaleras. El patio

estaba cubierto en su primer tercio por un techado de cañas, bajo el cual había una pequeña mesa redonda con tres sillas. Apartó unos vasos sucios que estaban encima, y los dejó en una pila grande que había en la pared. Estaba llena de platos y pucheros que permanecían esperando que alguien los limpiara. Se agachó y sacó un plato limpio y un par de vasos de un mueble roto que había bajo la pila. Los sirvió en la mesa, y entró otra vez a la casa. Al rato salió con un puchero lleno de garbanzos con algo de verdura y una botella de vino.

—No es el mejor cocido que hayas comido, pero tal y como anda el rancho no está para despreciar.

—Gracias Laura, es una buena mujer.

—Quita, quita. Tu come y recupera fuerzas que tengo un plan para ti. ¿Cómo te llamas majo?

—Julián Aluche, fiel servidor de su persona.

—¡Hala!, déjate de piropos y come que estas deseándolo.

Julián, que efectivamente estaba hambriento, se aplicó al cocido que aun sin carne le sabía a gloria. Mientras, Laura le contemplaba encariñada, sintiéndose halagada por un chico joven y de buenos ademanes que tanto se esforzaba en contentarla. A veces una sonrisa o una buena palabra tienen más fuerza en el corazón del hombre que el miedo o el dinero. Y Laura, que de los dos andaba sobrada en este momento de guerra, supo apreciar la honradez del muchacho como algo a defender y por eso estaba dispuesta a ayudarle.

Gloria Eymar estaba con su madre y sus hermanas haciendo tiempo hasta la hora de cenar. En ese momento vio a su amiga Adela que iba con los niños de la sección que tenía asignada para ponerse debajo de su claraboya favorita. Iban cantando una canción típica con la letra cambiada, para hacerla más afín al momento vivido. “El patio del Alcázar es particular. Pues cuando caen las bombas no le pasa na. Hache, i, jota, ka, ele, eme, ene, a. Que si tu no me quieres, otra niña me querrá”.

—Hola Adela, ¿por qué siempre vienes a esta claraboya?

—Es la que más luz deja pasar. Supongo será por la orientación del sol. Aunque en el fondo lo mismo daría que no viese nada, puesto que el libro que me han dado es de táctica militar. Por lo que a los niños les cuento historietas que se me pasan por la cabeza, o las que me contaban mis padres a mí de niña.

—¿No podías coger otro?

—Han puesto los libros clasificados por grosor sobre el suelo, para suplir los colchones que faltan y evitar la humedad que desprenden las baldosas. Se ve que este, por sus dimensiones no casaba bien y lo usaba yo de almohada. Como le he cogido cariño me lo he quedado, pero ya verás qué bien se me da lo de contarles un cuento.

Adela situó a los niños alrededor del haz de luz que caía del techo,

abriéndose hueco entre un ambiente cada vez más denso. Abrió el libro por una hoja al azar, que versaba de cómo frenar el avance de un carro blindado, pero ella comenzó a contarles la historia de los tres cerditos.

—Nooo ese ya nos lo contaste el otro día—protestaron a coro todos los niños. Adela, poniendo cara de sorpresa, pasó unas hojas, pidiendo disculpas de repetir el capítulo y, guiñando un ojo a Gloria, comenzó de nuevo, esta vez con la historia de Caperucita roja. Pero aún no había llegado a encontrarse con el lobo cuando sonó la trompeta llamando a rancho y todos los niños desaparecieron chillando llenos de alegría.

—¡Qué barbaridad casi me arrancan la falda con las prisas por salir! —dijo riendo Gloria—. Parece que tu cuento no era tan interesante como la ración que esperan.

—Tú no te rías tanto y vamos hacia allá, que luego se acaba el rancho y aun me echarás en cara que no comes por mis cuentos.

Las dos amigas se cogieron del brazo y no habían andado dos pasos, cuando se escuchó un ruido seco y un golpe contra el suelo. Se apagó la poca luz que entraba por la claraboya, llenándose todo de un polvo espeso.

—¿Que ha sido eso? —preguntó horrorizada Gloria a su compañera que permanecía rígida tratando de entender que había pasado—. Hay dos piedras enormes justo donde estábamos hace un segundo Adela, no logro entender por dónde han pasado, son más grandes que la claraboya. Han debido entrar a presión fruto de algún bombazo de arriba…

—¿Te das cuenta de que la llamada a rancho nos ha salvado de morir con los niños? —dijo Adela saliendo de su parálisis—. ¿No ves que esto habría sido una matanza? ¿Cómo estás ahí intentando razonar la procedencia de las piedras en lugar de dar gracias a Dios por su ayuda?

Gloria sabía que su amiga estaba profundamente impactada, pero le dio la risa tonta para consternación de Adela. Esta se mantuvo en silencio mientras su amiga trataba de calmarse. Por fin cuando recuperó el dominio de sí, se abrieron paso entre la gente que las rodeaba tratando de saber qué había pasado. Adela se lo explicó a todo el mundo. La gente empezó a dar gracias al cielo, y acompañaron a las amigas hacia la capilla para agradecer a la Virgen que nada hubiese pasado en un sitio tan saturado de gente como los sótanos.

Julián pasó tres días escondido en el burdel. Gracias a los cuidados que le había brindado Laura, se había recuperado magníficamente. La noche anterior hablaron de su futuro inmediato y de qué sería de su vida. Esa mañana Laura había salido temprano, y regresó cuando el muchacho terminaba de arreglarse y se disponía a desayunar.

—Julián, he conseguido un carné de la CNT. Con él te alistarás en una columna que sale esta tarde a frenar el avance del general Varela y Franco. Es la mejor manera de que salgas de Madrid a salvo y sin sospechas. Y una vez en el frente ya haces lo que consideres. No es necesario que me cuentes milongas que se te ve a la legua qué bando prefieres.

Julián miró a la mujer sorprendido. Vio que le entregaba un pequeño libreto marrón, con un dibujo dorado que representaba un hombre sometiendo a un león por la mandíbula, en el que aparecían escritas las palabras “Confederación Nacional del Trabajo, España”.

—Pero ¿cómo hacerme pasar por uno de ellos? En seguida notaran que soy un señorito.

—Es cierto, por eso no vamos a mentir. Diremos que eres un militar que se ha escapado de la academia de Segovia, para pelear con el legítimo ejército español. Y como iremos juntos y soy bien conocida de la oficialidad, nadie te hará preguntas. Además, no debes preocuparte tanto, la gente que se alista no lo hace por sentimientos políticos, sino para salvar el pellejo. Posiblemente, dentro te encuentres con muchos de tu condición.

Sin mucho más protocolo, Laura cogió de la mano a Julián. Casi a rastras, lo sacó a la calle, donde bullía con intensidad la vida a esas horas de la mañana. El calor aun no era una losa pesada que impedía trabajar. Agosto había pasado ya, pero el inicio de septiembre aún era caluroso según avanzaba el día. Atravesaron un barrio antiguo, lleno de casas señoriales que Julián creía conocer, aunque no recordaba de qué. Finalmente, llegaron a una taberna con poca gente, en la que un grupo de hombres fumaba en torno a una mesa llena de cartas.

—Hola Modesto —saludó la mujer—. ¿No vas a decirle nada a esta vieja amiga?

—¡Pero mira que tenemos aquí! Si es la mismísima Laura. Por fin mis ojos contemplan la musa de este devoto amante. Tan ocupado he estado, que se me ha secado el corazón y otro órgano que tengo más abajo. Lástima que salgamos ya mismo, porque no sabes lo que me gustaría acompañarte a tu castillo.

—Para eso antes siempre encontrabas tiempo sinvergüenza. ¿Qué ojos te habrán nublado la vista tanto como para confundirte el camino a mi casa?

—¡Ya quisiera que fuese una gata la que me roba la vida! Pero es esta maldita guerra la que me quita el tiempo y desgasta mi alma. Esta tarde sin falta tenemos que ir a recuperar Talavera y quizás ya no vuelvas a verme en tu cama.

—¿Qué me dices? En el periódico dicen que Talavera es leal y los rebeldes se han estrellado contra ella como si de un muro se tratara.

—Lo cierto es que los rebeldes atacaron frontalmente nuestras

posiciones. En medio del jaleo nos envolvieron por los flancos, y las ratas sarnosas que nos acompañaban empezaron a huir de sus posiciones como niñas asustadas. Para deleite de su artillería, que los freía a cañonazos mientras corrían a las faldas de su mamá. El que pueda hoy estar aquí contándote esto, ha sido por un cumulo de casualidades fortuitas que no logro explicarme. Aquello fue un desastre y ahora nos envían a recuperar la plaza a tres columnas.

—No tenía ni idea de ese episodio. Aunque sí sabía que salían soldados al frente, y de eso venía a hablar contigo. Este buen amigo mío es un soldado muy valiente, que ha escapado de la academia de Segovia para no caer en manos de los alzados, y quiere unirse a filas. Quiero que te lo lleves contigo.

—No tengo tiempo para hacer de niñera querida. Iros a la oficina de reclutamiento y que se inscriba como todos.

—Modesto, ¿de verdad quieres que airee los favores que me debes? No quiero ser molesta, pero que yo recuerde nunca te he pedido nada hasta ahora. Y que yo sepa tampoco es tan malo ofrecerte un soldado.

Modesto miró por primera vez a Julián, tratando de escrutar que tenía ese joven tan importante para Laura.

Está bien —concedió—lo llevaré conmigo, pero solamente hasta que tenga plaza en la columna. Luego no seré responsable de su sino. Lo hago porque insistes querida, yo ya no tengo tiempo para estas cosas.

—Gracias Modesto. Si logras regresar vivo, ya sabes dónde tienes una amiga. Pero por si no lo logras, déjame que te haga un regalo a modo consejo. Ya que hablas tanto del tiempo, quiero que sepas que tiempo es lo único que te queda. Cuando te maten, no te llevarás nada de lo que estás acumulando ahora. Así que disfruta del tiempo, que es lo único que de verdad poseemos en la tierra.

Se despidió de su amigo dándole las gracias y antes de salir se dirigió a Julián y le dio un beso.

—Cuídate mucho —le deseó Laura al muchacho—, y prométeme que te acordaras de mí.

—¿Cómo olvidarte? —repuso Julián.

Tabaco

—¡Ni hablar! A mí ya no me lías para encontrar tabaco, todas tus ideas acaban siempre en problemas —saltó Francisco iracundo en cuanto Julio le propuso acompañarle a por cigarros—. Además, nada es tan fácil como me lo quieres vender, si no aquí estarían fumando todos los guardias civiles.

—Pero Francisco escúchame, no seas cabezota y atiende un segundo. ¿O acaso te fallé cuando te prometí que fumaríamos un puro?

—¡No es lo mismo! El puro del museo, y digo puro por llamar a esa cosa seca y polvorienta de alguna manera, estaba localizado dentro de la academia a resguardo de las balas enemigas y las miradas acusadoras de otros compañeros. Tan solo aprovechamos que habían bombardeado el museo para sacarlo de la vitrina tirada en el suelo.

—Pero reconocerás —insistió Julio—que mi idea te permitió poder fumar un puro habano cuando aquí como mucho se fuman las hojas de los ribazos.

—Yo creo que el único mérito que tienes, es que fuiste el primero en entrar en el museo tras el bombardeo y robar a la historia el último puro fumado por ese general. Pero cuéntame la locura de plan que se te ha ocurrido de salir afuera a por tabaco. A ver si así me entretienes la tarde que parece que va a ser larga.

—¿Te acuerdas del asalto que rechazasteis ayer con el teniente desde las ventanas que dan a la cuesta del Alcázar? —preguntó Julio a su amigo.

—Sí claro —respondió enfadado Francisco, recordando que su amigo no apareció por ningún lado.

—No me pongas esa cara que me tocaba descanso y estaba durmiendo y no me enteré de nada. Además, lo importante no es que rechazasteis el ataque solamente. Lo verdaderamente importante es que esta mañana he descubierto que uno de los cuerpos, está justo debajo de la ventana que estamos cubriendo ahora mismo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Francisco intrigado.

—No vayas a pensar que estoy tan loco de sacar la cabeza para mirar abajo. Pero por lo que me contaste intuí que alguno caería cerca de la ventana al rechazar vosotros al enemigo tan de cerca. Por lo que me he agenciado un espejo de los que usan los cazadores de la puerta del simplón. Si miras asomándolo con cuidado por arriba, verás que hay un tipo vestido de mono azul, justo abajo de esta ventana.

Julio le enseñó un espejo atado a un palo de escoba de los que usaban los tiradores del simplón o del zig-zag.

—¿Qué cazadores? —preguntó Francisco.

—Los civiles militarizados que están en la puerta del simplón son

todos cazadores profesionales con una puntería de miedo. Están ahí haciendo de francotiradores y no hay miliciano que se asome que escape de su mira.

—¿Has robado un espejo a los cazadores?

—Quieres tranquilizarte y mirar.

Julio saco el espejo con cuidado, por encima de los sacos terreros que bloqueaban la ventana. Mirando el reflejo del espejo Francisco logró ver a un hombre tirado en una posición antinatural, justo debajo de la ventana. Tenía una pierna y un brazo doblados y apoyados en la pared. Los milicianos que vigilaban esas ventanas debieron de ver el reflejo del espejo por que comenzaron a disparar a su posición. Julio metió rápidamente el espejo y mirando a su amigo entusiasmado le preguntó:

—¿Lo has visto? ¿Lo has visto verdad?

—Sí, lo he visto. Pero, ¿eso que tiene que ver con los cigarros?

—Esta claro —contestó Julio con esa autosuficiencia que cada día exasperaba más a Francisco—. Todos los hombres fuman, y no creo que antes de morir donase diligentemente su tabaco al compañero que tuviese al lado. Así que a menos de cinco metros tenemos cigarros frescos para fumar. ¡Con el deleite que da encender un cigarro en el descanso del guerrero!

—Claro que esos cinco metros solo están a la vista de doscientos fusiles —dijo Francisco—. Que diligentemente te dejaran bajar a buscar en los bolsillos de ese hombre, a ver si guarda cigarrillos.

—No hace falta que uses la ironía conmigo chavalín, que esta cabeza va muy por delante de todos. Y tengo un plan para coger esos cigarros a salvo de las balas.

—Tú dirás —dijo Francisco que se quedó callado para escuchar la propuesta de su amigo.

—Tan solo hay que agenciarse una cuerda y un gancho con el que atrapar al muerto. Luego lo izaremos por la ventana hasta meter el cuerpo dentro del cuarto. Aquí ya lo registramos a resguardo de las balas. Sencillo y seguro.

—El plan realmente no es descabellado —asintió Francisco—. Aunque el primer problema es donde conseguir ese material.

Julio salió un instante del cuarto y entró en seguida con una cuerda que debía tener escondida. Como lo de apropiarse de material ajeno estaba convirtiéndose en algo demasiado natural en Julio, Francisco prefirió no preguntar.

—¿Te parece que en vez de usar un gancho intentemos atraparle con un nudo corredizo? –preguntó Francisco, esperanzado por evitar el numerito de ensartar al muerto para ascenderlo. Y ya puestos, por no tener que robar algo que a buen seguro alguien echaría de menos demasiado pronto.

—Está bien —consintió Julio que veía que ya tenía convencido a su amigo—. Podemos intentarlo. En cuanto oscurezca me ayudas y veremos si hay suerte.

La espera fue pesada, y eso que el enemigo no dejó de disparar y la artillería bombardeaba incansablemente lo que quedaba de la academia. De hecho, Francisco se sorprendió al constatar que ya no se alteraba en absoluto cuando las granadas explotaban, levantando polvo y metralla. Y eso que su ruido atronador golpeaba los oídos, aturdiendo los sentidos. ¡A todo se acostumbra el ser humano!

Por fin llegó la noche. La respiración de los jóvenes se fue acelerando según la obscuridad se iba adueñando del horizonte. A Julio le pesaba reconocer que estaba enganchado a ese maldito tabaco, y que su carencia le hacía estar huraño. Incluso había llegado a cambiar el rancho por dos caladas de un cigarro que le ofreció un compañero. No eran cosas que le hiciesen sentirse libre o más maduro y eso no le gustaba. Fue entonces cuando mirando cómo se perdían los últimos reflejos de luz y escuchando los cantos amortiguados de la gente que abajo cantaban a la Virgen, hizo una promesa.

—Si me sacas de aquí para que abrace a mis padres y hermanos prometo no volver a fumar un cigarro hasta que me muera.

—¿Qué dices? —le preguntó Francisco que le había escuchado susurrar.

—Nada, no he dicho nada.

—Mientes —sonrió maliciosamente Francisco—, estabas rezando.

—Yo no rezo.

—Sí lo hacías —insistió riendo su amigo—y es algo que te recomiendo. Te garantizo que no te hará ningún mal.

—Pues reza tú por mí. Reza, que yo me concentraré en subir al rojo de abajo, ya que dudo que tus oraciones logren que levite.

Haciendo caso omiso de las impertinencias de Julio, Francisco se acercó a la ventana donde él estaba preparando un nudo corredizo. Quitándole la soga, deshizo el nudo que trataba de elaborar con poca maña su amigo. Francisco lo ejecutó rápidamente, con la maestría que había adquirido en las clases que su padre les había dado en los largos veranos que pasaban en Santa Olalla.

—Toma, esto sí es un nudo corredizo y no la porquería que habías hecho. ¿Cómo lo cogemos?

—Fácil. Dejamos caer la cuerda hasta abajo y nos asomamos con cuidado para enganchar alguna extremidad del muerto.

—¡Claro! ¡Y ya está! —dijo asqueado Francisco—Veremos si es tan fácil como dices o nos vuelan la cabeza nada más asomarla.

Lentamente, para no llamar la atención del enemigo, dejaron descolgar la cuerda hasta que tocó suelo. Entonces Julio se asomó con cuidado y, moviendo la cuerda, consiguió enganchar la soga al cuello

del muerto. Tirando del cabo, fijó bien la presa. Y muy satisfecho se dejó caer junto a Francisco que permanecía expectante mirándole insolentemente.

—¡Venga! Ahora tira conmigo y haz algo por la causa –arengó.

Empujaron la cuerda y el cuerpo comenzó a ascender, llamando la atención de los milicianos que tenían en frente. Estos comenzaron a disparar al bulto que veían moverse.

—Vamos, tira fuerte. Esos mal nacidos van a destrozar el tabaco que lleve el muerto —dijo Julio jadeando.

—No es fácil, pesa más de lo que podía imaginar —repuso dolido Francisco, que sacó fuerzas de donde no quedaban para izar el cuerpo, antes de que las balas que lo destrozaban malograsen el objeto de su sacrificio.

Finalmente consiguieron entrar al hombre, acribillado por las balas. Julio nervioso se puso a registrarle los bolsillos poniendo cara de satisfacción al encontrar unas cajetillas del deseado tabaco.

—Fíjate Francisco, tres cajetillas indemnes y prácticamente enteras de tabaco. Esto es mucho mejor de lo que podíamos soñar.

—¿Qué hacemos con el muerto? —preguntó más pragmático Francisco.

—Pues lo devolvemos de donde vino y problema solucionado.

Y dicho y hecho. Julio cogió al muerto y lo arrojó por la ventana sin contemplaciones. Chillando a los que tenía enfrente barbaridades salidas del odio que tenía almacenado.

—Es curioso el sentimiento de maldad que saca el corazón en los momentos de prueba que tenemos que pasar —dijo Francisco a su amigo—. Se contradice ese espíritu, con el amor al enemigo que predican luego en las iglesias.

—Curiosa ironía cuando nuestra misión es matar, ¿no crees?

—No sé qué decir —respondió Francisco—, es difícil. Mi tío el cura dice que hay que amar al enemigo y a todo le encuentra un sentido sobrenatural. Verdaderamente es peliagudo el tema, ya que el odio supura por todos los poros de nuestro ser. Además, es la gasolina que muchas veces nos empuja adelante. Pero él…

—Bueno. Yo no sé tú –me dijo julio cortando la conversación—, pero yo me voy a fumar un cigarro como recompensa.

Estaba claro que a su amigo no le gustaba hablar de religión. Francisco se apoyó en la pared del cuarto, en la penumbra de la noche y disfrutó por fin de un verdadero cigarrillo. Mientras, sonaban los disparos que, con rabia, hacían los compañeros del compañero caído.

Pasarse

Julián se levantó dolido. Había dormido sobre un pequeño relieve del terreno que, al tumbarse agotado de la marcha de la noche anterior, no sintió en absoluto. Tapado con una manta y sobre el suelo se durmió casi al momento, pero el amanecer le despertó contraído. La mala postura le pasó factura y se levantó antes que nadie en el campamento. Recordó cómo Modesto le incorporó a la columna dando por buenas sus explicaciones, advirtiéndole que a partir de allí él ya no le debía nada. Se levantó con cuidado para espabilar sus músculos contusos, sin hacer ruido para no despertar a nadie. Hacía fresco y algo de humedad, que había dejado un poco mojada la manta que le cubría. Se quitó los calcetines y con los pies descalzos pisó la yerba fresca, dejando que el rocío mojase su piel. Se encaminó a un camión para orinar ocultándose, en la medida de lo posible, del mar de soldados que tirados por el suelo llenaban el Prado.

—¿Qué haces soldado?

La pregunta, por lo inesperado del momento, le hizo pegar un respingo. Y mirando sorprendido a quien le interrogaba, vio a un hombre joven que fumaba sentado en la cabina del camión. Enseguida apreció que estaba ante un oficial. Por lo que cuadrándose saludó reglamentariamente.

—¡A sus órdenes capitán!

—Vaya vaya, ¿qué tenemos aquí? Un militar de verdad. Esto en un ejército como este es cuanto menos sospechoso. —dijo divertido el capitán, mirando curioso a Julián que permanecía en firmes sin saber qué hacer.

El capitán se levantó y, de un salto ágil, bajó del camión extendiendo la mano a Julián.

—Descansa soldado. Dime quién eres y cómo has parado aquí. Por mi parte baste saber que me llamo Benjamín y trato de poner orden a este follón de columna que llaman Burillo.

—Soy Julián López —mintió—y soy ingeniero. El servicio militar hizo mella en mi educación, es por eso por lo que enseguida he reconocido su grado.

—Está bien soldado. Pero dime, ¿cómo llevas la topografía?

La pregunta desorientó a Julián que prefirió decir la verdad.

—Bien capitán.

—Llámeme Benjamín, así no tendré que mantener la distancia contigo. El caso es que me va a venir bien haberte conocido hoy. Además, algo me dice que sabes montar a caballo ¿verdad?

—Un poco mi capitán — Julián prefirió seguir con la verdad, pero rebajando las cualidades. Pues estaba empezando a asustarse del cariz que tomaba el interrogatorio.

—¿Dónde estás asignado Julián?

—En el cuerpo de voluntarios milicianos “Escuadrón de la Muerte”.

—¡Pues no se hable más! Vamos ahora mismo a por don Carlos, que te acabo de reasignar un sitio mucho más acorde. Pero antes, permíteme que te invite a un café de esos malos que preparan en intendencia. Así te podré explicar qué quiero de ti. ¡Y ve calzándote, que da frío solo de verte!

Julián regresó sonriendo a por sus pertenencias, pensando que Benjamín era un buen tipo. Pero recapacitando se puso serio pues, quizás, se estaba metiendo en un lío por dejarse llevar por un chico simpático. Con todo su petate recogido acompañó a Benjamín hasta una caseta de pastores que habían habilitado para intendencia. En el porche vio una pequeña cocina móvil, donde Benjamín puso una cafetera que ya estaba preparada. Mientras los primeros aromas a café despertaron el estómago de ambos, el capitán aprovechó para contarle su plan.

—Julián, estamos a escasos kilómetros del avance del ejército rebelde que viene del sur. Es posible que tengamos que hacerles frente en algún punto cercano. Lo ideal sería que fuese en algún sitio donde nuestra posición fuese ventajosa. Para eso es por lo que te he reclutado, los topógrafos nos informáis de la orografía por donde avanza el enemigo, preparando nuestra táctica en función de los informes que nos traéis.

Benjamín paró un momento por ver si Julián preguntaba algo, pero al verlo callado le sirvió un café y prosiguió con la explicación.

—Te preguntarás por qué tanto interés en un desconocido, y es normal, pero no tiene mucha ciencia. Ayer una avanzadilla de sus legionarios mató a cuatro de nuestros cinco topógrafos. Y don Carlos, que es herrero de profesión y el único que queda, no quiere volver solo, no se fía.

—El apuntarse no es una decisión que tenga que valorar. ¿Verdad capitán? —preguntó Julián a Benjamín que ya no le caía tan simpático.

—Pues mira Julián, la verdad es que puedes presentarte voluntario para acompañar al herrero, o dejar que investiguemos de dónde has sacado tus conocimientos militares. Y, sobre todo, esos modales tan refinados poco acordes al Escuadrón de la Muerte.

—Está bien Benjamín —dijo su nombre familiar con ironía, al sentirse engañado por la confianza que le había brindado—. ¿Cuándo empezaré mis servicios?

—Inmediatamente. De hecho, en cuanto termines ese café que huele mucho mejor que sabe, iremos a que te presente a don Carlos.

Carlos, que estaba cepillando un caballo, era un hombre grande de unos treinta y cinco años, de musculatura pronunciada y cara de pocos

amigos.

—Hola don Carlos, ¿cómo llevas el susto de ayer? —le preguntó Benjamín en cuanto llegaron.

—Hola mi capitán. Como comprenderás, sin mucho ánimo de volver a las líneas enemigas. Más aún tras lo de ayer, que estarán prevenidos.

—Lo de ayer fue un infortunio que no se repetirá. Vosotros no sabíais que su línea de frente se había movido a esos cerros, pero.... —ahí el capitán calló un momento, asegurándose captar la atención de los dos soldados—. ¿Os imagináis qué hubiese pasado si toda la columna hubiera avanzado a descubierto bajo ese cerro, sin saber que estaba ocupado? Hubiese sido una matanza que habéis evitado. Es cierto que a un alto precio, pero esto es la guerra. No podemos decidir si el trabajo encomendado nos gusta o no, hay que hacerlo y punto. ¿Está claro?

—Sí mi capitán, pero me quedan doce días de servicio, luego recobraré la libertad —advirtió Carlos.

Julián miró sorprendido al herrero, dándose cuenta de que era verdad lo que se decía. Usaban prisioneros para el ejército a cambio de la libertad. Y se preguntó qué delito habría cometido Carlos.

—¿Y a ti Julián? ¿Te ha quedado claro?

Despertando de sus elucubraciones respondió sorprendentemente desafiante, pero el contacto con tanto caos le otorgaba una superioridad que no podía evitar.

—Sí mi capitán, me ha quedado claro que por mi formación e historial no dude que obedeceré. Algo insólito entre tanto miliciano anarquista.

—Y es maravilloso que así sea, porqué conoces mejor que nadie lo importante de este tipo de misiones en las que muchos dependen de unos pocos. Ahora os dejo congraciaros, y de paso que don Carlos te deje un caballo. Yo vendré en un rato a deciros donde tenéis que ir hoy.

El capitán les dejó solos. Carlos siguió limpiando su caballo sin dirigir la palabra a Julián, el cual decidió ir a lo suyo en vista del vacío que le hacía el herrero.

—Dígame dónde está mi caballo que voy a prepararlo.

—Es ese marrón con una estrella blanca en la frente —respondió Carlos—. Espero que te traiga más suerte que a su antiguo propietario.

Viendo que por fin parecía receptivo su nuevo compañero, intentó sacarle más información.

—Óigame Carlos, tengo curiosidad por saber exactamente qué delito cometió y quien le absuelve del mismo. Este proceder es nuevo para mí.

—Maté a una puta —soltó sin dejar de limpiar el caballo—, y el

nuevo Gobierno nos quita la pena por luchar a su lado.

—Pero por lo que contáis de ayer, no tengo claro que merezca la pena.

—Ayer fue excepcional. Y, en cualquier caso, serás tú el que avance hasta sus posiciones, yo tengo que cubrir la retaguardia.

—¿Hasta dónde he de avanzar?¿Qué se supone exactamente que he de hacer? —preguntó Julián molesto al ver lo que le tocaba hacer.

—Supongo que el capitán querrá que nos acerquemos al cerro donde mataron a los topógrafos ayer y marquemos en el plano donde tienen establecidas sus defensas. En cuanto a ti, llegaremos a un barranco que nos oculta de sus posiciones, donde yo me quedaré a vigilar su avance. Allí tendrás que tratar de conseguir la máxima información posible, intentando que no te descubran y maten. ¡Fácil! —dijo irónicamente.

Ahora fue Julián quien se puso a limpiar su caballo sin decir nada, pensando que había escapado de las garras de los anarquistas para caer bajo las balas de los suyos. ¡Curiosidades del destino! Claro que por otro lado el acercarse en caballo a las líneas de los militares sublevados era una magnífica oportunidad para pasarse a su bando, siempre y cuando no lo matasen antes, pero era un riesgo que tenía que correr. En este ejército siempre sería sospechoso y, como ahora, tendría las misiones más peligrosas. Tomó una determinación, si podía se pasaría al otro bando.

El campamento ya estaba en plena efervescencia, todo el mundo andaba de aquí para allá, patentizando que iban a moverse. En ese momento llegó Benjamín con un plano y sin saludar siquiera lo estudió en el suelo. Como Carlos se acercó con toda la naturalidad, Julián comprendió que era el modo habitual de operar allí. Por lo que se acercó él también y saludó. El capitán comenzó a explicarles sobre el plano las instrucciones.

—Nosotros estamos aquí —dijo señalando un área sobre el mapa—. El enemigo ha debido alcanzar toda esta superficie que discurre junto al barranco. Vamos a mover la columna en línea recta, para cortarles el paso en Talavera. Pero necesitamos saber que ellos efectivamente discurren por este camino. Vuestra misión consiste en cercioraros de que han establecido líneas de defensa en este margen del barranco, y si caminan hacia arriba. ¿Está claro?

—Clarísimo —dijo el herrero que, sin esperar más indicaciones, salió hacia su caballo.

—¡Vamos Julián! ¿No querrás quedarte solo, verdad? —apremió el capitán al muchacho.

Julián se incorporó para ir a preparar su caballo. Se despidió militarmente, tratando de disimular que había estado memorizando el plano para algo más que cumplir su misión. Se dio prisa en llegar al

animal para prepararlo. El caballo se movía inquieto al verse invadido por un extraño que le colocaba la silla y el bocado violentamente. Para cuando terminó, el herrero ya estaba subido en el suyo esperándole.

—¿A qué viene tanta prisa? —preguntó Julián a Carlos—¿Le apetece que nos maten más temprano?

—¡Todo lo contrario! Es un ejército africano y se van espabilando según pasa el día. Por la mañana están adormilados y son accesibles, pero al atardecer no se les pasa una. Son unas zorras que espabilan con la llegada de la noche. Si yo fuese el capitán tendría muy presente esto antes de atacarles.

—Carlos, no sé en qué basa sus suposiciones. Pero creo que, aunque el capitán no ha dicho nada al respecto, aquí está claro quién manda. Así que vamos allá, y ya me irá diciendo qué tenemos que hacer.

En ese momento se armó un revuelo cerca de donde estaban. Desde el caballo Julián vio que llevaban a dos hombres medio en volandas. Tenían la cara amoratada y trataban de avanzar entre un montón de milicianos. Estos iban vestidos con su mono caqui y el pañuelo rojo al cuello, tan popular entre la militancia que pareciese el uniforme oficial.

—¿Qué está pasando? —preguntó Julián—

—Han debido de pillar a esos desgraciados intentando pasarse al enemigo —le contestó Carlos—, hay mucha mala hierba entre la mies y la proximidad de sus líneas la saca a relucir.

Esto lo dijo sin ningún tipo de perspicacia hacia Julián, pero por no levantar sospechas el joven cambió rápidamente de tema.

—¿Cómo fue lo de ayer? ¿Cómo pudieron matar a cuatro exploradores a la vez?

—Habíamos quedado bajo el cerro al salir por la mañana —comenzó a relatar el herrero—. Teníamos que ir un grupo por la derecha y el otro por la izquierda, hasta avistar al enemigo. Luego volveríamos a ese punto para entrar juntos en el campamento. Pero el ejército debió de haber movilizado su infantería de legionarios la noche anterior, para tomar el maldito cerro y tener una posición avanzada. Así que cuando estábamos despidiéndonos para ir cada cual a su destino, salieron de detrás de unos árboles tres legionarios con una ametralladora. La instalaron a una velocidad increíble en el suelo, y antes de que nos diese tiempo a reaccionar estaba disparando su maldita carga. Yo reconozco que estaba paralizado. Solo reaccioné cuando mi compañero disparó su fusil, hiriendo al que manejaba la ametralladora que ya había matado a 2 de los nuestros. En ese lapso de tiempo, en que otro legionario se hacía cargo de la ametralladora, salí al galope fuera de su alcance. Mientras, los dos compañeros que

quedaban, trataban de alcanzar a los legionarios que los mataron con monturas y todo. Yo al galope, seguido por el caballo que montas, salí del alcance de sus balas, aunque durante unos instantes las escuché silbando muy cerca.

El herrero calló, meditando en los sucesos que tan recientes estaban. Julián se preguntó qué habría movido a ese hombretón a asesinar a una chica. Y por qué el capitán le llamaba don Carlos, en lugar de utilizar su cargo o posición en el ejército. Mientras pensaba en estas cosas dejaban atrás el campamento, adentrándose en un barranco seco. De repente se escucharon unos tiros que resonaron lúgubres en el eco del cauce seco donde estaban.

—Esos dos hombres que has visto —explicó Carlos—, ya han pagado con la vida su valentía. ¡Hay que tener agallas para querer luchar en una guerra!

Julián, que andaba pensando cómo se escaparía, sintió un nudo en el estómago. Como si un mal presagio le gritara que no lo hiciera. Para evitar otra vez la duda preguntó, sacando la voz de su garganta de una manera forzada.

—¿Por qué piensa que son valientes? También somos valientes nosotros por ir solos a esta misión.

—La diferencia es que nosotros vamos obligados por nuestro pasado —respondió Carlos—. ¿No es así? —y miró a Julián, que agachó la cabeza—. Pero esos hombres querían luchar por un ideal. Personalmente, no veo gloria en matarse a tiros, pero si dándolos yo, evito la cárcel, me juego una vida que no quiero entre barrotes. Aunque eso no es valentía.

Hablando llegaron a un recodo del barranco, que dejaba un pequeño cerro con pinos de poca altura a su derecha. A pesar de su tamaño, los árboles impedían ver nada de lo que había al otro lado.

—¿Ves ese cerro? Donde terminan esos árboles y empieza el sembrado. Pues allí mataron ayer a los nuestros. De hecho, creo que los cadáveres de los caballos siguen allí. La idea es ir con cuidado, por la derecha. Bordeando el cerro en alto, no por el barranco, sino por entre los primeros árboles, hasta el otro lado para ver si siguen allí o se han movido. Pero irás tú solo, yo he de quedarme aquí para vigilar que no te suceda nada. Lo más importante, no te pierdas de mi vista pues podrías extraviarte y aparecer en las líneas enemigas.

—¡Esta bien! —dijo Julián—. Si hay que hacerlo hagámoslo pronto.

Azuzando su caballo salió al trote, con el corazón encogido y una esperanza que menguaba según se acercaba a la pinada.

—¿Me ves? —chilló Julián a Carlos. Su voz sonó como un trueno que le asustó.

—Si, continúa más lejos, a ver si ves el otro lado —le respondió el

herrero.

Doscientos metros más adelante, protegido por la primera línea de pinos, volvió a preguntar al herrero si le veía.

—Si, continúa —le respondió este.

—¿Y aquí, me ves? —preguntó ya sorteando la zona alta y encarando al valle.

—Poco. —escuchó a lo lejos Julián.

Cabalgando loma abajo vio ante sus ojos, a unos dos kilómetros, un ejército en movimiento por la carretera que lleva a Madrid. Volvió a chillar hacia atrás

—¿Me ves?

—No, regresa. —escuchó levemente.

Armándose de valor, sacó un pañuelo blanco que llevaba preparado. Agarró fuerte las bridas y salió al galope en dirección a la columna que avanzaba, mientras se dijo en voz alta a sí mismo, más por desahogarse que otra cosa:

—¡Ni me volveréis a ver!

Recorrió rápidamente la distancia que le separaba hasta el ejército, agitando el pañuelo blanco con la mano levantada. Vio cómo se separaban unos jinetes que salieron a su encuentro al galope, con unas escopetas amenazadoras. Decidió aminorar la velocidad, dejando el caballo al trote lento.

—¡No disparen soy de los vuestros, no disparen! —gritó levantando los brazos a un tiempo.

Esa noche, Fernando no la había pasado tan mal como se figuró al tumbarse sobre una tabla que en su día fue mesa en el comedor de los estudiantes. No era un mullido colchón, pero era más blando que dormir directamente en el suelo, y desde luego mucho menos húmedo y frío. Se tapó como pudo con la capa de las guardias y, así encogido, le pilló el día para su sorpresa.

Se desperezó, y de buen humor comenzó a arreglar sus escasos bártulos, tratando de no hacer ruido. No quería despertar a su hermano pequeño que dormía con él. Algo que era del todo punto imposible, pues al contrario que Fernando, Francisco sí que no había pegado ojo. Estaban durmiendo en el edificio de sección de tropa, comúnmente llamado Santiago, en la planta baja. Así lo había dispuesto el mando, después de que un desertor hubiese informado al enemigo que las comunicaciones a las defensas exteriores las realizaban por el paso curvo. Ahora no paraban de bombardear esa zona y era peligroso cruzarla. Por lo que el paso por la antigua galería solo se realizaba si no quedaba más remedio, como los pobres soldados que tenían que servir el rancho, que con un perol enorme y del peso de un hombre adulto, se jugaban el pellejo todos los días para darles de comer. Algo que agradecían ¡y de qué manera! El recibir la escasa comida, se había convertido en el momento álgido del día, ya que el tema culinario tenía más peso que la guerra que estaban librando. El hambre hacía que los que tenían servicio en las defensas exteriores aprovechasen las plantas que por ahí crecían para experimentar nuevas recetas de cocina. Habían probado con todos los hierbajos que crecían en los ribazos, tostados con fuego o amasados con granos de trigo triturado. Pero el resultado solía ser desalentador, produciendo a veces fuertes dolores de estómago. Mejor suerte habían tenido los que habían escarbado en tierra para coger raíces tiernas, ya que éstas así consumidas eran ciertamente más jugosas que las hierbas y, normalmente, no sentaban mal si las comían con moderación. Cualquier cosa para calmar al monstruo que rugía en sus estómagos encogidos.

—Buenos días Fer, no hace falta que te muevas con tanto sigilo, que yo hace rato que estoy con los ojos abiertos.

—¿Y por qué no te levantas, perezoso?

—Nadie me ha pedido hacerlo, y aunque no duerma siempre es agradable descansar un poco....

—¡Silencio! —mando callar Fernando.

Francisco así lo hizo, tratando de escuchar lo que su hermano había oído. Se imaginaba a algún miliciano que protegido por la noche se había posicionado dentro de sus defensas. El silencio le

resultaba poco natural. Justo cuando se estaba poniendo nervioso escuchó claramente el maullido inconfundible de un gato.

—¿Lo has oído Francisco?

—Si, debe estar tras esa ventana.

—Ven despacio y tráete el fusil —ordenó Fernando.

Obedeciendo, Francisco se acercó sigilosamente hasta una ventana que estaba protegida con un parapeto. Este estaba hecho con una mesa reforzada de piedras para evitar que se moviese, aunque por los diversos impactos recibidos estaba llena de agujeros. Se asomaron con cuidado por uno de ellos, y vieron un gato negro tratando de sacar algo de entre unas piedras. Estaba famélico, puesto que muchos habían sido abandonados por sus familias cuando huyeron de sus casas. La cosa no estaba para los hermanos como para sentir compasión del animal, que por otro lado les pareció un magnífico manjar.

—Tira tú que tienes mejor puntería —mandó Fernando a su hermano.

Francisco puso un mohín con la boca. Estaba claro que su hermano se había levantado mandón, pero la recompensa allí a la vista no le dio pie a queja alguna. Apuntó con cuidado y disparó. El sonido del disparo les pareció atronador en un silencio anormal, aun siendo temprano. Vieron que el gato saltaba en vertical casi un metro y al bajar se dejaba caer para morir enseguida. Ahora fue Francisco quien ordenó estarse quieto a Fernando al verle tratar de salir por la ventana en busca de su presa.

—¿Qué haces insensato? No ves que con el disparo hemos llamado la atención de todos los rojos. Espera un poco que estén entretenidos con otra cosa y salimos.

Como si el pequeño disparo de un fusil hubiese despertado a una bestia, comenzaron a tronar las descargas de la artillería de Los Alijares sobre el Torreón sudoeste. Sin esperar a ver si le parecía bien o mal a su hermano, moviendo la mesa con fuerza, Fernando saltó por la ventana. En menos de un suspiro, volvió dentro del cuarto con el gato. Sonaron algunos disparos de unos somnolientos milicianos que se acababan de despertar por el ruido del cañón y que, gracias a sus legañas de recién levantados, no acertaron a dar a un objetivo que les había pillado por sorpresa. En otras circunstancias, y a menos de doscientos metros, Fernando no hubiese sido presa difícil.

—¿Estás loco? —riñó Francisco a su hermano—. Casi te matan insensato. ¡Tenías que haberte esperado a la noche!

—El loco eres tú si crees que me iba a quedar quieto, viendo todo el día al gato muerto mientras se lo comían las moscas. Además, ahora con los reflectores que han instalado da lo mismo que sea de noche que de día.

Hacía unos días que el Gobierno de la República había decidido no dar tregua al Alcázar. Entre otras medidas habían puesto una serie de reflectores que iluminaban el monumento por la noche, de manera que podían controlar las posibles salidas de los hombres que lo defendían, y lo que es más importante, seguir bombardeando la fortaleza. A cualquier hora del día o la noche podían atacar con la artillería. Con la consiguiente desmoralización de sus ocupantes que no podían descansar de manera normal tras un día agotador. Y eso solo era una de las tretas que empleaban en esta guerra psicológica, solo una y no la peor.

Fernando buscaba algo para hacer una pequeña hoguera con la que poder cocinar el gato. Mientras, Francisco iba despellejando el animal con cuidado. No quería llevarse más que la piel necesaria para no dejar pelo. Dejó, intentando no mancharlo demasiado, el desperdicio del gato sobre una tabla que tenía a su lado. No quería tirarlo por si se arrepentía luego, no fuera que pudiese aprovecharse el pellejo para hacer un buen caldo. Con un cuchillo sacó los lomos de carne del animal, para asarlos al fuego y comerlos en estado puro. Ya aprovecharían los huesos y vísceras en un caldo, acompañado del trigo triturado que tenían en los bolsillos. Mientras salivaban pensando en el festín que estaba por venir, comenzó a tronar el altavoz que usaban para desmoralizarlos. Unos días lo hacían con amenazas y blasfemias y otros con buenas intenciones y promesas, el caso era buscar la rebelión de la tropa o su deserción. El sonido salió de la última ventana del edificio de la Santa Cruz, por lo que oían perfectamente al hombre que comenzó a llamar al teniente Aluche. Francisco se sobresaltó al oír el nombre de su hermano y enseguida le buscó con la mirada. Fernando, que estaba tratando de desmontar un tablero de una mesa rota, se encontraba de espaldas. Se había quedado rígido y en actitud de espera. Francisco juraría que no movió un solo pelo de su cuerpo el tiempo que habló el del altavoz. Permaneció con los brazos caídos sujetando una madera en la mano, manteniendo la otra con el puño apretado. Por la voz y los comentarios los hermanos reconocieron a un compañero de la academia llamado Villoría, que se quedó en la fábrica de armas cuando se subieron al Alcázar. Empezó llamando al teniente para darle noticias de su mujer, recomendándole que se pasase con ellos. Le pidió que diese señales o pegase una voz, pero como Fernando no se movió del sitio, empezó a alertarle del destino macabro que sufriría Margarita si no lo hacía. Comenzó diciendo que la habían hecho prisionera y que no había muchacha más bella en Toledo, teniendo a la tropa alborotada. Le dijo que si no se pasaba había muchos soldados deseosos de tomarla y que no sabía cuánto tiempo más podría contener a sus hombres. Aún estuvo un rato diciendo animaladas por el estilo. Francisco no dejó ni un solo

segundo de mirar a su hermano, con el gato muerto colgando de una mano y el cuchillo bien prieto marcando la otra. Por fin el del altavoz tuvo a bien callar. Momento que aprovechó otro miliciano para reemplazarlo, y en el que llamó a otro soldado encerrado en la academia, y tratar de minar su voluntad o la de cualquiera que le escuchara. Fernando, despacio, como si de un anciano se tratase, giró poco a poco y fue hacia su hermano arrastrando los pies y la mirada por el suelo. Francisco se puso a preparar el gato como quitando hierro al asunto. Y sin mirarle a los ojos, para que no leyese su alma, le habló para animarlo.

—Que hijo de perra el traidor de Villoría, teníamos que haberle pegado un tiro cuando no quiso subirse con nosotros. Ahora el cobarde se dedica a tratar de atormentarnos con sus mentiras. ¡Como si alguien fuese capaz de hacer daño a las pobres mujeres! Además, tu mujer es muy lista y habrá salido al pueblo donde viven tus suegros para huir de esta locura…

—¿Y si es verdad?

—¿Pero estás loco? ¿No ves que dicen lo mismo de todos los que saben que están aquí y están casados? Escucha lo que está diciendo el hijo de ramera que atormenta ahora al pobre Antonio.

—Pero, ¿y si es verdad?

Francisco miró a su hermano a los ojos por primera vez desde que comenzaron la conversación. De repente, le pareció mucho más viejo. En sus ojos no había petición de esperanza ni súplica, solo el negro infinito del odio y la desazón. Algo que lo inquietó, pues era esa clase de odio que destruye a todo el que domina.

Margarita llegó tarde a casa con su hija dormida en brazos. Estaba exhausta por el esfuerzo de transportar a la niña desde los cigarrales. Habían ido allí, con la esperanza de encontrar algún fruto en los árboles que jalonaban la ladera, para tratar de calmar el hambre que tenían. No tuvieron mucha suerte, pues alguien con anterioridad a ellas había tenido la misma idea. Aun así, encontraron moras negras y unas almendras viejas tiradas en el suelo de la cosecha del año anterior. Poca cosa para una niña en pleno desarrollo, que además se le durmió llegando a casa. Como la ciudad al anochecer tocaba a queda, Margarita cargó con la niña que se negaba a caminar más, llevándola a cuestas a su casa. En el portal se encontró con dos milicianos fumando tranquilamente junto a la puerta como si la estuviesen esperando.

—¡Joder, sí que es guapa la muchacha! No mentían los camaradas sobre la niña.

Esto lo dijo un tipo alto sin quitarle los ojos de encima. Margarita trató de pasar entre ellos sin hacerles mucho caso. Por desgracia estaba acostumbrándose a que la asaltasen por la calle para tratar de

acostarse con ella y le constaba que muchas amigas habían accedido por llevar algo de comida a sus hogares.

—No guapa, tú no te vas de aquí sin complacernos. Hemos venido de muy lejos para defenderte de los del Alcázar y tendrás que premiarnos con tus gracias.

—¡Quita tus manos de encima cerdo! Te has equivocado de mujer. Las fulanas están en la calle de atrás.

Percibió como el otro hombre, más pequeño y hosco que había permanecido quieto hasta ese momento, se llevaba las manos a la bragueta. Vio aterrorizada que se desabrochaba, dándose cuenta de sus verdaderas intenciones. Soltó a su hija, que chilló al golpearse en el suelo, para sacar una pistola de su marido que llevaba escondida en el refajo.

—Ahora los dos levantáis las manos y enfiláis la calle abajo a paso ligero.

Esto lo dijo Margarita con la fuerza que caracteriza al que nada tiene que perder. Los dos hombres, que la veían muy decidida a disparar si no obedecían, se fueron mascullando amenazas que la muchacha tomó en serio. Les siguió con la vista hasta que giraron la esquina, momento que aprovechó para coger a su hija que se había quedado quieta al ver a su madre tan enfadada. Subió rápida a su casa, cerrando la puerta apresuradamente y apoyándose en ella comenzó a llorar. La niña que no se reponía de las sorpresas, al ver a su madre en ese estado, se puso a hacer pucheros desconsolada. Margarita respiró profundamente para serenarse. Cogió a su hija y la abrazó para tranquilizarla. Se secó las lágrimas que todavía quedaban en sus pómulos y tomó una determinación, se iban al pueblo de sus padres. Comprobó sorprendida que la angustia había desaparecido por completo al tomar la decisión. El nuevo proyecto y su ejecución había despejado las dudas y la incertidumbre. Se acercó despacio a su dormitorio, dejando a la niña en la cama donde cayó rendida durmiéndose en el acto. Se sentó en un escritorio de madera clara que había bajo la ventana. Necesitaba pensar y aclarar sus ideas. Ya sabía lo que tenía que hacer, pero ahora tenía que resolver el cómo. Ella sabía que una chica guapa, caminando sola era presa fácil de la chusma que esos días campaba por los caminos. Por lo que para poder andar medianamente segura tenía que mudar la apariencia. Pasaron veinte largos minutos, en los que no avanzó nada nuevo en su cabeza, salvo la consigna que le gritaba: ¡adelante! Ella lo sabía desde niña, para caminar primero un pie y luego el otro. Por eso, aunque nunca fue impulsiva, tenía verdadera necesidad de saber si podría engañar a la gente. La primera juez, y la más dura, era ella misma. Así que cogió las tijeras de labor del cajón del escritorio, colocó el espejo a la altura de su cabeza apoyándolo en unos libros. Lentamente se llevó las tijeras

a su hermosa cabellera castaña. Antes de cerrar las tijeras sobre un mechón que tenía en sus dedos, se quedó quieta mirándose al espejo. Dudó si hacia lo correcto, y de si sería capaz de sacar sola este proyecto adelante. Aunque sabía que este cambio le generaría inquietud, se sorprendió de tener tan pronto dudas. Y como un castigo a sí misma, por permitirse ciertas debilidades, cerró con rabia las tijeras sobre su pelo. Este cayó enrollándose sobre sí mismo encima de la mesa, mechón tras mechón, todo el rato que duró la furia que la había espoleado. Cuando terminó su obra se contempló horrorizada al espejo, pues la imagen que le devolvía no era para nada la que ella tenía de sí misma. Como ya no había lugar al arrepentimiento se puso, esta vez ya con sosiego, a arreglar lo mejor que pudo el desastre que se había infringido. El pelo por sí mismo era lo más llamativo, pero si de verdad quería que colase su estafa tendría que hacer algo más radical que ponerse unos pantalones. Así que, con una vieja faja roja, que la gente utilizaba para agarrarse los riñones cuando iba al campo, se la enrolló apretando para disimular los senos que en su caso eran especialmente grandes. Se puso encima una camisa sucia que tenía Fernando y se calzó unas alpargatas, culminando una transformación que tenía que funcionar. Se miró al espejo y, satisfecha de la imagen que le devolvió, se apresuró para salir. Margarita sabía que la penumbra del atardecer conseguiría ocultar el trabajo que ella no hubiese logrado disimular. Despertó a su hija que asustada tardó en reconocerla, y tras explicarle la situación le siguió dócilmente a la calle. Tomaron dirección a la Puerta de Bisagra en el preciso momento que una partida de milicianos, dirigidas por un tipo alto junto otro bajo y más hosco, entraban a la casa que ella acababa de dejar.

Rivera

Esa mañana lucía el sol. Los vigías no quitaban ojo a Los Alijares para ver si veían movimiento que indicase que iban a bombardearles, o peor, un fogonazo que les confirmase que ya era tarde. Pero todo estaba tranquilo, por lo que Francisco aprovechó para salir a dar un paseo al patio. Esto era un raro placer últimamente, ya que se había reducido al máximo las salidas. Por ese motivo, no se extrañó al verse solo entre tanta ruina. Sobre todo, desde el derrumbe de la fachada norte, que había creado una ventana artificial por la que entraban libremente las bombas de artillería. Como uno se acostumbra a todo, la desolación del que fue el grandioso patio castellano no le llamó la atención inicialmente. Vivir entre escombros y ruinas le había hecho indiferente al desastre. Aunque no inmune, pues sí sintió curiosidad por la estatua del emperador Carlos. Estaba de pie en el suelo, sin lanza en la mano. Parecía señalar al cielo, como preguntando a Dios ¿quién lo había arrojado allí? Intentó acercarse a la estatua para verla más de cerca. Tuvo que sortear una piedra de gran calibre que sobresalía del resto de escombros y se preguntó de dónde habría salido. Se puso a buscar su origen entre las paredes rotas de las partes más afectadas del edificio. Tan concentrado estaba tratando de encontrar su procedencia, que pegó un respingo de sorpresa al sentirse interpelado.

—¿Qué buscas con tanto detenimiento?

Al girarse, Francisco vio a Antonio Rivera con un libro entre las manos, sentado tranquilamente sobre una piedra plana.

—Pensé que era el único que se atrevería a salir. Si ahora les da por tirar un pepino, no lo contamos ninguno de los dos. Es un sitio peligroso.

—Tal vez sí. Pero se está tranquilo aquí. No hay jaleo de gente y el cielo me recuerda por lo que estoy luchando. Cuando vengo al Alcázar y voy abajo, entre tantas personas asustadas en la oscuridad de los sótanos, con el olor desagradable del encierro y la falta de higiene, me cuesta ver lo que de manera natural siento contemplando la creación en forma de cielo. Con sus nubes de caminar cansino, o un pájaro planeando sobre un cielo azul. Nuestra alma ansia paz, y paz he salido a buscar.

—¿Cómo te va en tu sección de tropa en el edificio de Santiago?

—Como ya sabes, tenemos la suerte que da al corralito y al rio. Un enclave privilegiado sobre el Tajo desde el que tenemos controlados los dos puentes que dan a este lado, bloqueando el movimiento de sus tropas por toda esa zona. Esto los desespera y su artillería y aviación se está cebando con nosotros.

—Dicen los guardias que es el enclave más peligroso de nuestra

defensa. ¿Por qué te ofreciste voluntario para ir allí?

—Necesitaban soldados y era un sitio tan bueno como otro cualquiera —respondió Rivera quitándole importancia.

Francisco sabía que ese no era el motivo. Le habían contado que Antonio estaba tan a gusto con el comandante Martínez Simancas en el museo Romero Ortiz. Pero que no dudó en ofrecerse voluntario cuando vinieron los falangistas que ocupaban el tercer piso a pedir ayuda. En Santiago los soldados ocupaban el primer piso que parecía un sótano. Era el más seguro del edificio y donde se refugiaban todos cuando había bombardeo. El segundo piso lo ocupaba la guardia civil. Y el tercero, más expuesto y peligroso, lo defendían heroicamente los falangistas de Sonseca, Fuensalida y Toledo. Estos últimos habían oído que en el Alcázar se rezaba el rosario, y por no saberse ni las letanías habían decidido acercarse a hacerlo en cuanto tuviesen un rato libre. La vida allí, a pesar de estar tan cerca del edificio principal, era anárquica, siendo extraño disponer de tiempo para uno mismo. Encontraron a Antonio tras el rezo de risas con otros defensores en un corrillo. El jefe de los falangistas, Pedro Villaescusa, les dijo que les vendría bien algún fusil que les ayudase. Todos callaron y alguno alegó la excusa de que estaba bien en su puesto. Antonio sintió lástima del abandono espiritual en el que estaban esos muchachos. Por el afán de elevar el tono heroico de su vida, sintiendo el peso de su cargo como presidente de acción católica dijo sencillamente: yo voy.

De repente, esa paz se rompió al escucharse el sonido metálico de la voz de un miliciano que retomaba el pregón del altavoz. Hacía dos días que permanecía callado y como si alguien hubiese escuchado a Antonio dijo:

—Vosotros por creer en Dios, y nosotros por no creer en Él, en menudo *fregao* nos hemos metido.

Los dos jóvenes se miraron sonriendo, pero a Antonio le dio una risa contagiosa que hizo que Francisco no pudiese parar de reír hasta que alguien gritó: ¡avión!. Los jóvenes salieron corriendo hacia la boca de entrada a los sótanos, donde vieron al capitán Eymar con otras personas que se estaban concentrando para refugiarse. Estuvieron un rato en el que no pasó nada conteniendo la tensión.

—Capitán, ¿sabe qué ha podido pasar? —preguntó Francisco—. Aquí no sucede nada.

—La verdad es que no. Es posible que los vigías se hayan confundido, iré a verificarlo. Vengan ustedes dos conmigo —ordenó.

Al salir al patio vieron a dos soldados que trataban de pasar unos cables hacia la parte posterior de la academia. En el momento que tenían fijo un extremo chillaron al compañero que se lo servía desde el otro lado llamándolo por su apellido.

—Carrión, dale más.

Eymar miró a Francisco con cara de inteligencia y, asintiendo tras confirmar por su cara que estaba en lo cierto, se dirigió a los de los cables.

—Soldados, queda tajantemente prohibido llamar a gritos a su compañero Carrión. De ahora en adelante le llamaran por su nombre de pila. ¿Queda claro?

Los sorprendidos soldados asintieron sin comprender nada para regocijo de Francisco y Antonio. Estos se quedaron con ellos para explicarles el susto que les habían dado al llamar a gritos a Carrión, generando la alarma a la gente del Alcázar, que había pensado que estaban gritando "avión".

Tras solucionar la falsa alarma y el revuelo, que había generado sin saberlo Carrión, Francisco y Antonio se bajaron a los sótanos a comer algo y descansar un rato. Estaban entretenidos, pero sus cuerpos agotados les pedían un descanso y a media noche tenían que volver a sus posiciones.

—Hoy es un buen día, Francisco —dijo Antonio frotándose la tripa nada más acabar su escasa ración de comida—. A ver si descansamos tranquilos y será perfecto.

—¿Cómo puedes estar siempre alegre? —le preguntó Francisco—. El rancho es tan escaso como siempre y, aunque sea más caldo que carne, no sirve ni para quitar la sed.

—No seas tan injusto. Estaba calentito y muy rico. Y si bien es cierto que escaso, es suficiente. Y en las circunstancias en las que estamos todo un lujo.

—Sabes que no me refiero a eso —insistió Francisco poniéndose serio—. ¿Por qué *siempre* estas alegre?

—¿Por qué remarcas tanto la palabra siempre? —preguntó Antonio —. Además, no es verdad, hay veces que estoy triste.

—Pues no se nota. Yo creo que tú no sabes lo que es la tristeza. Por mucha Fe que se tenga, hasta eso falla cuando se vive como lo hacemos nosotros ahora.

—No es un tema de fe. Si hay un secreto, este sería aplicar las cinco acciones que propone Santo Tomás de Aquino.

—¿Ves como sí?

—Aunque no te negaré que la fe lo envuelve todo, estos consejos son más mundanos de lo que puedas imaginar. El primero de ellos te invita a darte un placer cualquiera, tomarte un buen vino, comer ese dulce que te reservas, sentarte al sol un rato sin hacer nada…

—Pues sí que es cierto que no es muy pío —respondió Francisco sorprendido—, pero seguro que los otros cuatro vienen con truco.

—Te equivocas nuevamente —aseveró Antonio sonriendo—. Dios no hace nada sobrenatural forzando la condición humana. De hecho, el segundo es llorar.

—¿Llorar? —preguntó sorprendido Francisco—. ¿No habías dicho que eran formas de quitar la tristeza?

—Llorar es un gran desahogo para el alma y el cuerpo. Muchas de las cosas que nos angustian se ven mejor con los ojos lavados por las lágrimas. La tercera es más humana aún, pues es desahogarse con un amigo. Muchas veces contando nuestras penas, las vemos más ordenadas y alivian el corazón. ¡Qué gran milagro en sí mismo es un amigo!

—Va a resultar que Santo Tomás De Aquino era psicólogo.

—Pues, ¿de qué te sorprendes? —preguntó Antonio a Francisco—. Un fruto muy importante de la santidad es el discernimiento. Vivir limpio de pecado da mucha sabiduría. Pero de esa buena de saber vivir, no de la de saberse los mapas… Aunque, ¿quién sabe?

—¡Acaba la lista! —urgió Francisco, que estaba deseoso de contarle esos consejos a su hermano Fernando—. Creo que pueden ayudar a alguien.

—La cuarta es la contemplación de la verdad. Esta es la más complicada de entender, pero es sencilla. Piensa que cuando uno está triste, la mente nos juega malas pasadas. Complicando todo y engañándonos. Por eso contemplar las maravillas de las cosas, dejarse sorprender por una obra de arte, un libro o la propia naturaleza, es un remedio muy eficaz contra la tristeza, ya que la propia creación canta las maravillas de su creador despejando la mente de nubarrones y malos pensamientos.

Los dos jóvenes se habían refugiado para pasar la noche y descansar en el último sótano. Lo hicieron con otros dos falangistas, compañeros de Antonio, que también libraban esa jornada para recuperarse. Junto a ellos jugaban los niños al escondite, ajenos a la guerra y los problemas del mundo exterior.

—Pagas tú, Berta.

—Siempre me toca a mí —protestaba la niña—, y tú no lo has hecho en todo el rato.

—Para que yo la lleve deberíais pillarme y todavía nadie me ha encontrado —se defendía un crio pecoso, que no superaría los siete años.

—Berta, pagas tú. Pero no te preocupes que luego te digo mi escondite, para que nadie te encuentre —intervino un niño más mayor llamado Ángel—. Es el mejor sitio de todo el Alcázar.

—¡Venga! Apóyate aquí en la pared y cuenta cien sin hacer trampas.

La niña se apoyó en la pared con desgana. De repente quitó la cabeza sorprendida.

—No hagas trampa —le chillaron los niños a coro.

—Es que hay alguien al otro lado —dijo la pequeña.

—¿Quién va a estar al otro lado?

Los niños se pegaron a la pared. Colocaron sus orejas en el muro húmedo, y escucharon claramente ruidos como de una mesa que se arrastra. Uno de los falangistas que trataba de descansar se incorporó para aconsejar a Antonio que se fuera a descansar, ya que en un rato saldrían a su puesto. Pero le llamó la atención ver a los niños escuchando a través del muro y su instinto le alertó de que algo no iba bien.

—Antonio, Máximo —llamó—, mirad a esos niños. Algo están escuchando detrás de esa pared.

—Eso no es posible —intervino Máximo—. Estamos en el sótano más profundo, excavado en roca.

Los cuatro jóvenes se levantaron y fueron donde los niños que les contaron lo de los ruidos. Trataron de escuchar ellos también, poniendo sus orejas en la pared. Les llegó un sonido extraño, como si alguien estuviese arrastrando algo detrás del muro de piedra, o arañando la roca. Se oía muy lejos, aunque claramente, por lo que decidieron informar al mando.

—Está visto que hoy no terminarás de contarme lo que decía Santo Tomás de Aquino para no estar triste —dijo Francisco jocoso a su nuevo amigo—. Te falta el quinto punto.

—Ese punto quizás sea el único que no puedas hacer hasta que salgamos —contestó Antonio—, y eso que es el más carnal de todos.

—¿Cómo es eso? ¿Qué dice ese quinto punto?

—Dormir mucho y pegarse un buen baño.

Antón se presentó ante su capitán.

—A sus órdenes, capitán. ¿Me ha hecho llamar?

—Sí, teniente. Estoy convocado a una reunión con el coronel Álvarez Coque y me gustaría que me acompañase.

—¿Ha de ir escoltado, capitán?

—Sí, y no solo eso. Quiero que venga conmigo a la reunión. Hay veces que las órdenes son contradictorias y quiero tener testigos de lo que se nos ordena.

Antón se limitó a asentir sin mostrar asombro. Saludó militarmente y fue en busca de su patrulla. En cuanto los hubo reunido salieron a la calle escoltando al capitán Gregorio, dirección a Comandancia. Por el camino Antón se sorprendió de lo rápido que se había habituado a la nueva rutina. Una extraña rutina, en la que volaban sobre la ciudad más de doscientas granadas cada día que iban reventando un palacio de más de mil años. Rutina en la que cada mañana, junto a la casa del Greco, aparecían asesinados hombres sospechosos de ser fascistas o elementos del clero. Ya era también rutinario, ver centenares de hombres descargando sus fusiles contra las piedras mudas del Alcázar. La gente trataba de llevar una rutina en esa ciudad loca. Una ciudad en la que no había clases para los niños, ni fábricas o talleres que funcionasen. Los sindicatos habían declarado la huelga general. Todo estaba en suspenso esperando a que el asedio se resolviese favorablemente como decía Unión Radio. Es cierto que en Radio Sevilla, Queipo de Llano afirmaba que los rebeldes avanzaban sin tregua, como verificaba Radio Portugal. Claro que muchos no podrían escuchar esa noticia ni ninguna otra. Los aparatos de radio habían sido requisados. Hasta oír estaba prohibido. Mientras tanto, hombres armados de toda condición paseaban por las calles de su ciudad. Calles de las que ellos eran supuestamente los garantes de la seguridad y, sin embargo, tenían que escoltar a su capitán. Antón meneó la cabeza tratando de alejar sus pensamientos. Él cumpliría con su deber y así no se equivocaría.

Pronto llegaron al edificio de comandancia. Entraron el capitán y Antón a una sala grande, con unos sillones verdes alrededor de una pequeña mesa. El coronel Álvarez Coque estaba sentado en uno de ellos, fumando un cigarro puro, y se levantó para saludarles.

—Bienvenido capitán, tome asiento por favor.

Gregorio se sentó en el sillón que le señalaba el comandante, mientras que Antón se quedó de pie en un discreto segundo plano.

—Usted dirá para qué me ha hecho llamar coronel —dijo curioso Gregorio.

No se anda por las ramas capitán —exclamó sonriendo Álvarez

Coque—. Está bien, le explicaré claramente la situación y porqué le he llamado. Pero déjeme que le ofrezca un café, un cigarro o algo de beber primero. Déjeme ser cortés y que mantengamos las formas a pesar de toda esta locura.

—¡Cómo no, mi coronel! Un café está bien.

El coronel le sirvió el café sacándolo de una cafetera que tenía preparada en una pequeña mesa, llena de botellas.

—Capitán, como ya sabe, desde que se fueron el general Riquelme y el teniente coronel Del Rosal, me he quedado yo como comandante militar y jefe de la llamada Columna de Toledo. A priori, mis fuerzas son más poderosas que las de los rebeldes. Tengo dos tipos de unidades, las regulares y las milicianas. Las primeras formadas por cuatro compañías del regimiento de artillería e infantería, pero de muy reducido número, a pesar de poseer una sección de ametralladoras y un pelotón de morteros. También estáis los de seguridad integrados en un batallón con dos compañías de fusiles y una de ametralladoras. No somos muchos, pero si bravos y disciplinados. Por lo que se preguntará por qué no conquistamos ya el Alcázar. ¿Verdad?

—No, mi coronel. Sé que el asunto no es sencillo, y que subir allí arriba a pecho descubierto sería un suicidio.

—No piensa eso el Gobierno. Me ha enviado el ministro de guerra al diputado Emilio Palomo, para decirme que por qué no tomo ya la maldita fortaleza. Me dan un plazo de cuarenta y ocho horas. Pero para no fallar me dan un consejo infalible para ayudarme.

El capitán no pudo contener la curiosidad y se inclinó hacia el coronel alentándolo a continuar.

—Me invita a colocar las baterías entre ciento cincuenta y quinientos metros del objetivo. Así, dicen, se desharán las paredes como azucarillos en el café.

—¿Cómo dice? —preguntó sorprendido saltándose el protocolo Antón.

El capitán lo reprobó con la mirada y Antón se encogió avergonzado, pero el coronel intervino para poner paz.

—No sea usted severo con su teniente. El caso es tan sorprendente que es normal que salte cualquier persona con mínimos conocimientos de artillería. Tengo también peticiones absurdas de distribución de material de guerra y otros asuntos que debieran ser incumbencia exclusiva del mando militar.

—¿Ese es el problema, coronel? —preguntó Gregorio que pensaba que por fin se estaba acercando el motivo de su citación allí—

—No, capitán. El problema es parte de la segunda fuerza con las que supuestamente está constituida mi segunda unidad.

—¿Las milicias?

—Las milicias están subdivididas a su vez en dos partes —respondió explicando el coronel—, las milicias regulares y las milicias irregulares, principalmente anarquistas. Como ya sabe las regulares reciben su paga directamente del gobierno. En Toledo tenemos cuatro conjuntos que suman unos ochocientos hombres. Pero las segundas dependen directamente de los comités de los partidos y estas quedan fuera de mi control. Son más de mil hombres que forman pequeños grupos sanguinarios. Se autodenominan con nombres rimbombantes y se caracterizan por ser muy cobardes frente al enemigo, pero muy crueles en la retaguardia. Se mezclan en los frentes que planteo, estorbando la operativa y llenándome las barricadas de fulanas y vagos. Me desmoralizan a la tropa, además de asesinar impunemente y expoliar el patrimonio de esta ciudad. Solo parecen obedecer a Cándido Cabello, que se ha autodenominado jefe de las milicias, instalándose en la diputación como un cacique, pero solo si les viene bien lo que este ordena. Si no les gusta la orden recibida dicen que son voluntarios que luchan precisamente contra los órdenes establecidos, bloqueando toda la operativa. ¡Y este no es el menor de mis problemas!

—¿Cuál si no? —preguntó intrigado Gregorio—. ¿Hay algo peor que un ejército que no acata las órdenes recibidas?

—Esta el gobernador

—¿Don José Vega López? —preguntó sorprendido el capitán.

—Lo de don era cuando ejercía de presidente de la diputación de Toledo. Cuando se paseaba con su mujer, que es una rica heredera de Mora, por el paseo Miradero. Ahora se ha instalado en el palacio arzobispal. Y además de su nefasta actuación civil, en la que suman ya más de ochocientos asesinatos, se cree que dirige él a los militares.

—¿Pero cómo puede inferir en sus competencias? —preguntó Gregorio—. La tropa tiene claro que es el coronel militar quien dirige la guerra.

—Pero no la milicia —saltó el coronel airado—. Esa chusma se entiende maravillosamente bien con el gobernador. Lo primero que hicieron al entrar en el palacio fue revestirse de los ornamentos del arzobispado. ¿Se lo imagina? El gobernador revestido de obispo rodeado de milicianos disfrazados de curas en poses solemnes. Esa mascarada sacrílega es muy del gusto de la tropa, que si ven a un cura o fraile lo matan sobre la marcha y están encantados con el gobernador. Pero el verdadero problema radica en que pide y da informes al gobierno sin consultarme de nada. A veces me llaman de Madrid para decirme que no pueden enviarme los aviones o tanques solicitados, cuando yo no he pedido nada. ¿Puede imaginarse el descontrol que generan tantas órdenes contradictorias?

El coronel dio un trago a su café para así recuperar un poco el

equilibrio, recordar al gobernador lo alteraba más de lo que le gustaría reconocer.

—Como ve, capitán, no tengo un apoyo en el gobernador, más bien todo lo contrario. Ayer sin ir más lejos, sin consultarme se llevó del frente toda una columna completa a Navahermosa. En busca de unos facciosos de los que había oído hablar. Solo eso, de los que había oído hablar. ¡Y me deja un frente desatendido sin que yo tenga conocimiento de tal hecho! Sin darme, ni por cortesía, una maldita novedad.

Se levantó de su sillón y dirigiéndose a la ventana miró a la Academia.

—Con esta tropa no podré tomar el Alcázar, pero he oído hablar de unos mineros asturianos que ha enviado el gobierno, sin contar conmigo una vez más. Yo no sabré de los mineros, pero sí sé que si vuelan el Alcázar se acabaron mis problemas. ¿No cree capitán?

—¿Y qué desea que hagamos nosotros, mi coronel? —preguntó Gregorio, que intuía que llegaban al punto donde su coronel quería llevarles.

—Asegúrense de que esos mineros hacen correctamente su trabajo. Solo eso.

Nada más salir del edificio Antón soltó lo que oprimía su corazón.

—No señor —dijo enfadado Antón a su jefe—. No voy a animar a unos mineros, por muy asturianos que sean, a asesinar impunemente a todas esas mujeres y niños.

—¿Y qué propone usted, teniente? —le preguntó medio en broma el capitán Gregorio—. Como ha oído, el coronel quiere sofocar ya la maldita rebelión del Alcázar.

—Hagamos el asalto con incendio.

—¡Vaya! —exclamó sorprendido el capitán—. ¿Ahora sí que le parece bien lo del fuego?

—Ya sabe que no soy partidario de ciertos métodos, pero cualquier cosa será mejor que lo de los mineros.

—Está bien —aceptó el capitán—. Le dotaré de lo necesario.

En el Alcázar Moscardó hizo llamar al teniente Barber.

—Coronel, el teniente Barber a sus órdenes.

—Teniente, no se imagina lo que me alegra tenerle aquí —dijo Moscardó—. No obstante, es el único oficial del arma de ingenieros en todo el Alcázar.

—Pues ha sido una suerte, ya que debiera estar en África.

—¿Y cómo es eso? —preguntó sorprendido Moscardó.

—Acudí a Madrid desde África —respondió Barber—, con un mensaje para un militar de peso. Allí me sorprendió el asesinato de mi tío, Calvo Sotelo, estaba casado con una hermana de mi madre. Tras el entierro acudí a Toledo, donde tengo familia y aquí me quedé.

—En cualquier caso, está aquí que es lo importante. ¿Ha estado en la imprenta para confirmar los ruidos que se oyen?

—Sí. Y se escucha perfectamente el sonido de un pico a una distancia no muy grande. Los ruidos parecen indicar que sea una mina.

—Pues estamos en un problema gravísimo. El señor don Vicente Lavandera ha escuchado en la radio que el gobierno es magnánimo con los del Alcázar. Por lo visto, dicen que no han querido utilizar contra nosotros los recursos que les ofrecen los mineros asturianos en atención a las familias que hay dentro. Y ya sabemos lo que eso significa. ¿Puede usted organizar una contramina, teniente?

—Imposible. No hay elementos para atacar la roca sobre la que estamos asentados, y menos aún, avanzar con la velocidad que esto requiere. Antes de venir he estado investigando y, salvo unos pocos picos que ha traído la guardia civil, no disponemos de material para este menester. Aparte que la cantidad de explosivos que tenemos es muy pequeña.

—Entiendo —dijo muy serio Moscardó—. ¿Alguna otra solución?

—Tratar de localizar la boca de la mina y destruirla en una salida.

Los oficiales que estaban en el despacho se miraron y comenzaron a valorar que sería lo más conveniente. No tardaron en decidirse.

—Esta bien teniente —aprobó Moscardó—. Organizaremos una salida para destruir la boca de la mina. Pero antes hay que saber de dónde parte esta. ¿Cree que podrá localizarla?

—Si me relega de mis obligaciones y me cede al guardia civil Cayetano Rodríguez Caridad, es posible.

—¿El guardia Caridad? —preguntó sorprendido el coronel—. ¿Por qué precisamente ése? Si puede saberse.

—Cayetano trabajó de minero, hace veinte años, en las minas de Peñarroya. Para estas labores se necesita algo de práctica. Yo tengo los conocimientos adecuados de haber estudiado pero, a diferencia del guardia civil Caridad, yo nunca he trabajado en una mina.

Aceptada la solución y relegados de servicio los dos hombres, se dedicaron enteramente a controlar la mina. Estuvieron haciendo diversas escuchas para localizarla, desde la imprenta a los sótanos y alcantarillas. Por la dirección del ruido concluyeron que venía por el ángulo SO del torreón de la misma dirección. Buscaron gente que conociese las casas de esa zona, delimitada entre las calles Capuchinos y Horno de los bizcochos. Hubo uno que aseguraba que en la casa que hacía esquina existía un sótano. Ya no tuvieron duda, todo cuadraba. Buscaron voluntarios para la salida. Como siempre, el capitán Vela Hidalgo se presentó el primero con sus chicos para ocuparla e incendiarla. Pero antes, quedaron con el teniente Lacourt. Este trataría de arrojar bombas incendiarias desde las ventanas altas, para tratar de

no exponer la descubierta de Vela. Al fin y al cabo, él tenía buena práctica con eso. Llegado el momento subieron todos hasta la ventana del tercer piso que daba directamente a esa esquina.

—¿Lo tiene claro teniente? —preguntó Barber preocupado—. Ha de acertar en el patio para poder incendiar toda la casa.

—Tranquilo y alcánceme esa bomba incendiaria que vamos a solucionar el problemilla —dijo jocoso Lacourt que estaba de buen humor y no parecía preocupado—. Capitán —llamó a Vela—, usted y sus muchachos arrojen esas latas de gasolina con todas sus fuerzas cuando yo les diga. ¿De acuerdo?

—Sí teniente, pero ¿cómo prenderemos todo?

—Usted deje eso de mi cuenta —respondió Lacourt sonriendo maliciosamente—. Ahora hagan ustedes el favor de arrojar con toda la precisión posible esas latas de gasolina. Y por favor, traten de meterlas dentro.

Los muchachos del capitán Vela así lo hicieron. De las cinco latas que tiraron, solo dos entraron en el patio, escuchándose un grito de alerta.

Rápidamente Lacourt se asomó a la ventana y, calculando la distancia y la fuerza del viento, arrojó con fuerza una Laffite seguida de una incendiaria. Con gran precisión, ya que ambas cayeron dentro. Todos contuvieron el aliento sorprendidos por la puntería del teniente y los gritos que oían procedentes del patio. Estaba claro que los había alcanzado por sorpresa, matando a algún minero que estaba durmiendo a la descubierta. Pero ¿por qué no ardía la casa? Contuvieron la respiración, pero no se veían señales de fuego y las voces de los mineros se habían apagado. ¿Sería posible que todo hubiese sido en vano? Y lo peor, ahora estarían apercibidos, perdiendo ellos el factor sorpresa para el asalto. Cuando el desánimo empezaba a cundir en sus espíritus, una llamarada enorme de fuego se elevó, haciéndoles gritar de júbilo. El fuego había ido consumiendo la estructura de la casa, hasta subir por el tejado. Al derrumbarse este, el fuego se elevó pavorosamente. La casa cedió y con ella la mina, devolviendo la tranquilidad a los defensores del Alcázar.

Gasolina

—Es el tercer día que atacan con gasolina la Puerta de Hierro y la primera cuadra, teniente —dijo el capitán Eymar a Fernando—. ¿Por qué piensa que hoy es diferente?

—He visto como subían un camión cisterna y extendían mangueras cerca de los pabellones de caridad. Me temo que ya no les basta con tirar latas de gasolina al tejado y hacerlas arder con granadas. Quieren que todo el Alcázar sea una enorme pira funeraria. Además, me ha parecido que arrastraban una pieza de artillería acompañada de soldados suficientes como para asaltarnos. No creo descabellado pensar que tienen intención de entrar por ese sector.

—Esta bien, teniente. Ahora le mando guardias de refuerzo. Iré a informar al mando. Busque un soldado de enlace y manténgame informado por favor.

Fernando se fue satisfecho de haber conseguido refuerzos. El enemigo llevaba dos días hostigando su sector y la moral de la tropa estaba baja. Eso sin contar el cansancio que tenían, sumado a la falta de alimento y agua que los tenía exhaustos. Como no se movían de su sector, aprovechó el poder pasear por la academia para bajar a los sótanos y saludar a la Virgen. Los pasillos estaban llenos de vida. Unos niños pasaron corriendo a su lado seguidos de los improperios de un anciano que estaba tranquilamente sentado, al ser perturbado por el empujón de uno de ellos. Se sorprendió al ver a una muchacha mirándose el pelo en un pequeño espejo, tratando de adecentarse la melena con aire coqueto. Se dio cuenta de lo atenuadas que tenía las funciones vitales que no fuesen indispensables para la mera supervivencia, pareciéndole banal malgastar cualquier esfuerzo de otra manera.

—¡Hombre teniente, qué alegría verle!

Al girarse Fernando vio que se acercaba Marín con una amplia sonrisa y los brazos abiertos en señal de acogida.

—¿Qué tal don Andrés? ¿Cómo se encuentra?

—Muy bien, gracias a Dios. Pero es a usted al que no veía de hace tiempo. ¿Cómo van las cosas? ¿Tiene controlado a su hermano?

—Sí, los dos estamos abajo, en la sección de tropa. Protegiendo los ataques que estos últimos días están haciendo en ese sector. Mi hermano, el pobre, ha tenido que crecer más rápido de lo normal. Pero creo que es un hombre fuerte y saldrá de esta mucho más maduro.

—¿Y tú? ¿Cómo éstas tú?

La manera de mirarle a los ojos y el repentino tuteo con que le preguntó, lo dejó descolocado. Sabía perfectamente a que se refería. Verdaderamente, llevaba atormentándose muchos días por ese tema,

pero prefirió no decir nada. Las cosas de su matrimonio se las quedaba con él.

—Yo estoy bien, don Andrés. Gracias por preocuparse. Si me disculpa me voy a ir a mi posición que presiento que hoy vamos a tener fiesta.

Fernando marchó molesto sin pasar por la capilla. Marín le siguió con la mirada, preocupado de ver la cerrazón del joven, considerando que mala cosa es cuando alguien se niega a hablar de sus pesadillas.

Cuando llegó a su puesto escuchó gritos y órdenes nerviosas de sus compañeros. Con cuidado se acercó hasta una ventana protegida por dos soldados.

—¿Qué está pasando aquí, sargento? —preguntó.

—Esos hijos de perra están regando de gasolina los pabellones, usando unas bombas que impulsan el líquido a una distancia enorme.

Con mucho cuidado asomó la cabeza para comprobar cómo, desde el convento del Carmen, unas mangueras arrojaban el líquido al tejado de los pabellones de Caridad, donde estaba la primera cuadra.

—Hay que prender esa gasolina inmediatamente, sargento.

—¿Cómo dice teniente?

—Lo que escucha sargento. Tenemos que prender esa gasolina para que no puedan arrojar más, y tratar de destruir la cuba de la que la sacan.

—Pero ¿cómo hacerlo, teniente? Además, arderán los pabellones.

—Hay que despistarlos haciendo fuego intenso desde aquí. Usted irá con cuidado a esa posición más baja tratando de volver rápido a ese parapeto en cuanto arda la gasolina. Nosotros dos estaremos allí esperándole para estar más cerca del enemigo. Se llevará estas granadas de mano y tratará de hacer blanco lo más próximo que pueda a la cuba, para que no tengan tiempo de parar el chorro. Y no se preocupe por los pabellones, de cualquier forma, van a arder y al menos así quizás dominemos el fuego.

—¿Cree que podremos prender su posición? —preguntó curioso el sargento.

—¡Estoy seguro! Los muy estúpidos están regando hacia arriba, por lo que toda la gasolina escurre hacia su posición. Creo que podemos darles su merecido.

El sargento cogió dos bombas de mano y se deslizó hacia abajo. Trató de aproximarse lo más que pudo a la posición enemiga. En cuanto este salió, Fernando y el soldado que estaba con él se pusieron a disparar a los de las mangueras.

—¡Ha dado a dos de ellos! —dijo sorprendido Fernando al soldado —. ¿Cómo se llama muchacho?

—José Palomares, teniente.

—¡Pues no es manco disparando! —exclamó—. Mire al sargento,

parece que va a tirar las granadas. Dispare como si no hubiese un mañana y en cuanto explote su camión vamos los dos para abajo.

Aprovechando que los disparos hicieron ocultarse un momento a los tiradores del convento, el sargento se incorporó con una honda y con toda la fuerza que le permitió su cuerpo lanzó la granada hacia donde caía el chorro de gasolina. Al explotar esta, una bola de fuego envolvió el ambiente. Subió la temperatura insoportablemente y un reguero de fuego corrió por el suelo hasta el convento. Los aterrados milicianos comenzaron a huir, envuelto alguno en llamas. El sargento se tiró al suelo previendo lo que sucedió a continuación. Una explosión confirmó que el depósito de gasolina había explotado y, ahora sí, se incorporó y salió corriendo a su puesto sin intentar protegerse. Se metieron los tres a la vez en el parapeto.

—Está más loco que una cabra. Pero tengo que felicitarle, acaba de frenar una ofensiva evidente.

—Gracias, teniente. En estos momentos que todos dan lo mejor de sí mismo, hacer algo heroico se ha puesto muy caro.

—Lo cierto que, por desgracia, así es. He observado que en esa posición inferior hay un guardia solo. ¿Quién es?

—Pérez Serrano, teniente —dijo el sargento—. El fuego ha herido a su compañero que ha tenido que ir a la enfermería.

—Pues baje usted con él, que yo me quedaré con Palomares para evitar que estos ataquen por aquí. Sé que pretenden acercar una batería y hay que evitarlo a toda costa.

Antón estaba furioso. Llevaba tres días tratando de coordinar un asalto para tomar parte de las posiciones exteriores de los rebeldes. Había llegado al convencimiento de que, gracias a ellas, podían estos mantener inalterado ese perímetro defensivo, haciendo infructuosos sus asaltos. Cada vez que atacaban los suyos, eran acribillados desde diferentes ángulos. Para colmo acababan de perder dos hombres achicharrados tras fracasar la idea de prender las dependencias exteriores causando un pequeño incendio que solo había destruido parcialmente el tejado. Es cierto que habían tomado parte de esas dependencias exteriores y era un gran logro respecto a su ofensiva. Ya que hasta la fecha no habían conseguido hacer retroceder ni un metro el cerco de los rebeldes. Pero no servirían de mucho si no lograban mantenerlas y había una pequeña resistencia desde un par de parapetos cercanos que impedían que se adueñasen de ella definitivamente.

—Hay que tirar a esos rebeldes de allí —ordenó Antón a sus soldados—y el plan es hacerlo a las bravas.

—Pero nos acribillarán —replicó su amigo Santiago—. Su posición es superior y tienen fuego cruzado.

—Es cierto, pero no tienen un cañón como nosotros.

—¿Piensas usar la batería contra ellos? —preguntó sorprendido Santiago.

—¿Por qué no? —dijo Antón—. Ya que la tenemos usémosla. Es la manera más segura de tomar todas estas naves. Vamos a ser más efectivo que las de San Servando y Pinedo juntas. Con todos los tiros que llevan no han hecho si no amontonar piedras desde donde se defienden mejor.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó Palomares al ver como traían la batería—. Estos animales quieren dispararnos con un cañón como si fuese un fusil.

—Me temo que así no podremos mantener la posición. Al primer disparo que nos hagan somos hombres muertos. Es una locura, pero el mando que lo ha planeado tiene algo de genio. Me temo que vamos a tener que retirarnos si no queremos que nos maten —lamentó Fernando.

—Si no le importa, capitán, me gustaría quedarme hasta el último momento para tratar de impedir que logren instalar la batería allí. Ya ha comprobado que no se me da mal la puntería y creo podré retrasarles mucho.

Fernando se sorprendió del valor del muchacho y asintió.

—Al fin y al cabo, somos soldados y morir entra en el sueldo. ¿Verdad soldado?

Sonaba un poco irónico y en realidad así se sentía él. Era valiente, pero no quería morir. Quería volver con Margarita y cada vez le costaba más mantener la mente fría de un militar. Además, la corrección que sutilmente le había hecho ese soldado le humillaba más de lo que podía admitir.

—Pues dispare y asegúrese de no fallar —ordenó—. Esta noche no me gustaría despertarme en el infierno.

Palomares asintió y, apuntando despacio, tardó un buen rato en hacer el primer disparo. De la zona donde estaban moviendo la batería se escuchó un grito ahogado y blasfemias de los compañeros del miliciano abatido. Fernando no necesitó verificarlo, José Palomares era un tirador letalmente certero. Estuvieron jugando al ratón y el gato toda la tarde sin que los milicianos lograsen mover apenas la batería. Protegidos para evitar ser alcanzados prefirieron esperar la llegada de la noche.

Cuando el sol se puso, Fernando repasó mentalmente la situación que juzgó bastante mala. Los refuerzos fueron cinco agentes de la benemérita que se quedaron en una situación más protegida en la zona alta. Los cuatro hombres que estaban abajo tenían unos parapetos enclenques y débiles que, si bien podían frenar las balas, jamás lo harían con una bala de artillería. Notaba movimientos del enemigo y estaba seguro de que ahora atacarían.

Antón dio la orden. El plan era sencillo y asequible. Lo único que necesitaba es que sus soldados no se echasen atrás.

—Adelante. Lanzad la bomba de humo y todo el mundo a atacar tomando las posiciones. El fuego enemigo será intenso pero poco certero, ya que no verán. Recordad que, aunque disparen mucho, son muy pocos. No hay excusa para no tener esta noche todos los pabellones bajo control. Y no quiero que nadie retroceda o lo mataré con mis manos. ¿Queda claro?

Una especie de lata pesada cayó cerca del teniente y del soldado. En seguida un humo espeso, que ahogaba los pulmones e impedía ver por la irritación de ojos, obligó a Fernando a tirarse al suelo para poder inspirar algo de aire a sus pulmones vacíos. Se escucharon gritos y tiros de soldados que corrían a sus posiciones. Miró al parapeto del sargento y vio como caía abatido el guardia que estaba con él. Había tratado de frenar el ataque asegurando su disparo y había quedado demasiado expuesto. El sargento en ese momento echo a correr a posiciones superiores tras comprobar que su compañero estaba muerto. Fernando recordó sus apellidos, Pérez Serrano, y pensó que sería mejor no haberlo hecho. Los muertos sin nombres son solo números. Tuvo miedo y permaneció bloqueado en el suelo. Sin embargo, si vio como José se levantaba y con cuidado se puso a disparar hacia donde estaba la batería emplazada.

Antón estaba relativamente satisfecho. Habían conseguido tomar parte de las cuadras. Varios de sus soldados se refugiaban de los disparos que venían de arriba tras unos colchones que allí estaban apilados. La batería seguía sin poder moverse porque seguía siendo objeto de disparos, pero al menos ya habían conquistado parte de terreno enemigo. De los casi dos meses de lucha que llevaban, era la primera vez que se lograba algo de avance. Él estaba convencido de que, quitando el cerco defensivo externo, la fortaleza caería rápidamente al no tener posibilidad de fuego cruzado.

—¡La batería! —gritó—¿Qué pasa con la batería?

Los hombres que trataban de colocar la batería en su sitio eran recibidos con una salva de balas cada vez que trataban de salir de su sitio. Escarmentados de la sangría que habían tenido durante el día, con cuatro hombres muertos de un disparo certero, no se atrevían a salir de su escondite

—¡Me cago en vuestras muelas! ¡Panda de cobardes! —gritaba Antón desesperado de su inactividad—. ¿Queréis mover el culo? ¿O tendré que ir yo a hacerlo solo?

Ante los gritos de su jefe, tímidamente, uno detrás de otro fueron saliendo los milicianos encargados de la batería y trataron de moverla. José seguía disparando por intuición ya que sus ojos rojos y llenos de lágrimas no le permitían ver nada. Fernando desde el suelo con la

vista menos afectada se asomó por un lado del parapeto para ver como cargaban el cañón y apuntaban hacia ellos.

—¡Nos van a disparar Palomares! ¡Vámonos! —ordenó mientras se levantaba.

—Hoy tengo una gran responsabilidad y pienso darle cumplimiento.

—¿Pero qué bobadas dices? Estás a mi mando y todavía, que sepa, no te he ordenado que des tu vida.

—Hoy muchas vidas dependen de mí y no voy a fastidiarla. Me he propuesto que no coloquen esa pieza de artillería allí y aquí me quedo.

Fernando no se molestó en contestarle. Escuchó que daban órdenes para hacer fuego y corrió hacia los parapetos superiores sin mirar de protegerse. Todavía no había llegado cuando una onda expansiva lo tiró al suelo y desde allí miro a su posición. Vio todo el parapeto deshecho y el cuerpo de Palomares tirado a un lado. Pero se sorprendió al ver como se incorporaba y, sin protegerse, se ponía a disparar como un loco hacia la batería. Sus disparos debieron de hacer mella pues esta se movió hacia atrás y los soldados que la traían se empezaron a retirar dejando a dos compañeros muertos en el suelo. Su retroceso era seguido por las maldiciones de Antón que veía desesperado como fracasaba su plan por culpa de esos cobardes. Además, los guardias de refuerzo que estaban arriba, envalentonados por la heroicidad de José, bajaron a retomar las posiciones bajas espantando a los milicianos de las cuadras que, protegidos con los colchones, retrocedieron.

Cambios

El capitán que entrevistó a Julián nada más pasarse, entró en la tienda donde estaba prisionero. Le habían dejado preso hasta que se demostrase que no era desafecto a los militares alzados. Esto era un proceso que llamaban depuración de todos los hombres, que eran muchos, que se pasaban a su bando. Julián Aluche llevaba casi tres días encerrado, esperando recibir los avales que habían pedido.

—La mala noticia es que el sacerdote don José ha sido asesinado y por lo tanto no podrá testificar a su favor —soltó sin tan siquiera saludar el capitán que prefería quitarse las malas noticias cuanto antes —. Pero la buena es que su padre sigue vivo y aunque no sirve como testigo objetivo que es, sí lo hemos valorado por su posición social e influencia en Toledo.

—¿Y eso que significa? —preguntó Julián que estaba en shock por lo de su tío y no lograba entender que quería decirle el capitán.

—Que el coronel quiere verle.

Julián recogió su pequeño hatillo y salió detrás del capitán. La luz de la mañana cegó sus ojos un instante. La lona de la tienda que hacía de cárcel era muy tupida y apenas permitía el paso de la luz. El campamento estaba en plena ebullición y comprendió que volvían a marchar. A diferencia del republicano, este era más pequeño y de menos gente, pero más organizados y disciplinados. Todavía no habían llegado a la tienda del coronel y prácticamente los regulares estaban preparados para salir. El capitán le hizo esperarse en la entrada custodiada por un soldado, mientras entraba a comunicar su llegada. Salió en seguida.

—El coronel quiere verle. Pase y no hable si no le pregunta él. ¿Queda claro?

—Clarísimo, capitán.

—Pues adelante.

Al entrar en la tienda, su vista tuvo que volverse a habituar a la penumbra de la lona, aunque lo hizo rápidamente pues sus ojos venían de una luz similar. Vio al coronel de pie junto a otros tres oficiales en torno a una mesa llena de mapas.

—¿Alférez Aluche? —preguntó el coronel.

—No mi coronel, soy el cadete Julián Aluche, para servir a Dios y a su ilustrísima persona.

El coronel se rio de buena gana acompañado por sus oficiales que parecía que estaban disfrutando.

—Perdone la broma. Sé que le acaban de dar una mala noticia y posiblemente este desubicado. Pero en la guerra todo pasa muy rápido y hay que tomar decisiones precipitadas —comentó el coronel—. Además, en un conflicto armado todo es serio y grave, por lo que me

gusta bromear sobre las cosas más mundanas. Capitán por favor, haga el favor de informar al Alférez de su nuevo estatus —ordenó el coronel —, y que firme los papeles.

El capitán se adelantó con un folio y una pluma y se las extendió a Julián.

—Por la presente hago saber al cadete de la escuela de ingenieros de Segovia, don Julián Aluche Echevarría, que por el decreto n.º 94 de la Junta Nacional de Defensa, su puesto pasa a ser alférez provisional del glorioso Ejército Nacional hasta que finalice la contienda. Si me hace el favor de firmar aquí le explicaré sus nuevos cometidos.

El desconcierto de Julián era evidente. El coronel, sonriendo, le aclaró que sucedía.

—Alférez, hemos hablado con su padre y conocidos del mismo. Hemos constatado que son una familia respetable de Toledo y poco afecta al Frente Popular. Además, al decirnos que era estudiante de la academia de ingenieros en Segovia, hemos hablado con un profesor que le conoce bien. Que además está aquí con nosotros y luego le presentaremos. El caso es que queda libre de sospecha y listo para combatir con este ejército. En cuanto al ascenso todos los estudiantes pasan a ser alféreces provisionales hasta el fin de la contienda. Esto se lo debe a nuestro general Mola. Debido a la falta de oficiales en el ejército, que no para de incrementar efectivos que se alistan, y siendo la oficialidad escasa, ha tenido la idea de habilitar a los miembros del cuerpo de suboficiales para ingresar como alféreces provisionales entre otros candidatos. ¿Lo comprende usted alférez?

—Si coronel —atinó a responder Julián—. Y ahora, ¿cuál es mi misión?

—No se va a aburrir alférez. Nos vamos a Talavera, que hay jaleo.

Antón estaba tumbado en su cama abatido. Por más asaltos que hiciesen, siempre eran repelidos. La mina que le mandaron cuidar había sido destruida. Llevaban casi dos meses de asedio y no habían tomado ni un metro del cerco inicial. Y para colofón de malas noticias se había enterado de que las columnas del general Yagüe estaban en Talavera. No, definitivamente no era un buen día. Escuchó que llamaban a la puerta y se levantó de la cama perezoso.

—¡Hola Santiago! —saludó sorprendido Antón al ver a su amigo—. Que sorpresa. ¿A qué se debe la visita?

—¿Cómo estas, Antón? Me tenías preocupado, y también al resto de los chicos. Anoche no viniste a la taberna a celebrar el cumpleaños del Bolo.

—Sinceramente no me apetecía. Estaba deprimido por la muerte de Pedro y Rubén en el asalto de la Puerta de Hierro. Parece mentira que sigáis con el transcurrir de la vida como si nada.

—Como si nada no transcurre, pero si no la llenamos de estas

pequeñas cosas, ¿qué nos queda?

—Dolor y muerte —respondió Antón compungido.

—No pensaba ser tan tétrico, pero ya que lo dices sí. Y precisamente por eso hay que disfrutar de los placeres que ofrece la vida. Además, no puedes estar deprimido o se lo pegarás a los chicos. Ya sabías que esto iba a pasar. Es una guerra, y si quieres conquistar un espacio protegido por enemigos tendrá que haber muertos. ¡No te lo van a regalar! ¿O acaso pensabas que esto funcionaba de otra manera?

—No es eso Santi. Es que creía que tenía todo controlado. Ya me había planteado las distintas alternativas y tenía todas las respuestas. Y en el fondo es mejor para ellos. Si siguen resistiendo los volarán por los aires y morirán todos. Han traído otros mineros más preparados. Además, por las noches empiezo a sufrir insomnio.

—Tu error es de formulación. Tú te crees que la vida es lineal, como tu pensamiento. Pero la vida va por otros derroteros. Cuando tú te piensas que te sabes todas las respuestas, llega la vida y te cambia las preguntas. Por eso no hay que tomársela muy en serio y limitarse a disfrutarla tal cual venga.

—Eres un optimista incorregible, pero me vale. ¡Ale! Vámonos que quiero pasar por el despacho del capitán a ver si me da alguna buena nueva.

Los dos jóvenes salieron a la calle, donde estaban esperando sus compañeros con cara de haber dormido poco.

—¡Vaya panda de golfos! —dijo jocoso Antón—. Confío que anoche no os bebieseis todo el vino de la taberna, que hoy me he levantado con mucha sed.

Todos rieron la ocurrencia de su teniente. Parecía animado, y eso les quitaba un peso de encima. Fueron paseando tranquilamente hasta su cuartel, donde el capitán Gregorio le estaba esperando. Volvía a ser un día soleado y esas horas de la mañana eran agradables.

—Buenos días teniente, ¿cómo está?

—Bien gracias, capitán.

—No me andaré con rodeos —dijo Gregorio—. Le he hecho llamar para mantenerle informado de los movimientos que están sucediendo en el tablero político de este país.

—Me vendrá bien que me informe. Tanta noticia contradictoria, dimes y diretes, aliñados con propaganda mala, me tenían confundido y desorientado. Por todo ello me he hecho el propósito a mi mismo de ayunar de sobreinformación, quedándome solo con los hechos constatados a una semana vista.

—No es mala decisión la suya. La verdad es que para entender lo que está pasando hay que leer los periódicos de una semana a esta parte y sacar cada cual sus conclusiones. Se niegan sistemáticamente a

reconocer sus errores. Todos los titulares son grandes victorias que con los días quedan desmentidas por los propios acontecimientos. El caso es que ha habido un cambio de gobierno.

—¡Que me cuenta capitán! —saltó sorprendido Antón.

—Las circunstancias han forzado a cambiar el gobierno de corte liberal por otro fuertemente revolucionario, poniendo a Francisco Largo Caballero al frente del mismo. Pero eso no es todo.

Antón callaba expectante, deseando saber más. Le gustaba la política, pero tanta confusión lo tenía mareado. Por lo que agradecía lo que le pudiese contar Gregorio. Sabía que era un hombre culto y cabal, por lo que su información no estaría manipulada.

—Una de sus primeras disposiciones, ha sido designar de comandante de estado mayor a don Manuel Estrada Manchón. Muy joven e inexperto para tan alta distinción, pero no ha tenido mala idea al dividir en cuatro el teatro de operaciones. Ambicioso y valiente, pero quizás sea lo que necesitemos ahora. En el centro ha confirmado al recién ascendido general Asensio, con tres premisas que nos afectan directamente.

—¡Pero eso es Madrid!

—Sí, pero no te olvides que antes está Talavera. Le han encargado que detenga allí el avance de los sublevados el máximo tiempo posible. Luego ha de fortificar la retaguardia, especialmente en Santa Olalla y Maqueda. Por último, es donde entramos nosotros. Tiene que ocupar el Alcázar.

—En eso estamos ¿verdad?

—Así es. Y se lo han tomado muy en serio. Por fin han mandado a un artillero que sabe lo que hace. El comandante José Fuentes Barro. Han aumentado el número de baterías hasta veinte, y este es de los que sabe a dónde ha de apuntar. Es un hombre metódico y perseverante. Me temo que en breve no reconocerá el Alcázar.

Fernando se despertó sobresaltado, bañado en un sudor frio. Era la tercera noche que el pánico a la mina no le dejaba dormir. El ruido proveniente de los sótanos taladraba su mente como lo hacían los mineros con la piedra. Destruida la primera bocamina, retornó la paz a su espíritu. Pero esta paz duró muy poco, ya que unos días después, un músico de la academia llamado Basilio, que se había quedado sordo por las bombas, percibió vibraciones. Pasados unos días, y tras varias salidas nocturnas para escuchar sobre el suelo de la calle su avance, el teniente Barber y el Cabo Rodríguez Caridad confirmaron que esta vez avanzaban dos galerías hacia el torreón sudoeste y la fachada oeste. Esta vez usaban compresores neumáticos, por lo que el avance era mucho más rápido. A tal punto llegó su angustia, que en todo ese tiempo no bajó a los subterráneos, quedándose en su puesto hasta para dormir. Eso en unos días en que la artillería enemiga había

destruido medio Alcázar era mucho decir. El torreón nordeste había caído el día cuatro de septiembre, dejando un gran hueco por el que entraban libremente los cañonazos. Estos derrumbaron al día siguiente la fachada sur, con escalera imperial incluida. El Alcázar visualmente era una inmensa ruina. Pero los sótanos cada vez eran más seguros, pues todos los escombros que caían encima hacían como una inmensa esponja. Este cúmulo de mortero, piedra y cal absorbía las explosiones de los proyectiles que les tiraban encima. Aun así, estaba la amenaza de la mina que implacablemente avanzaba sin que nadie pudiese hacer nada. Por eso Fernando prefería quedarse arriba. Pero esa noche tuvo que dormir en los sótanos para acompañar a su hermano. Los dos tenían libre, por lo que no tenía excusas. La iluminación artificial de los reflectores lo llenaba todo de luces y sombras inquietantes. En la penumbra de los sótanos escuchó la conversación, a susurros, de dos mujeres. Estaban hablando sobre el avance de las columnas de Talavera, con la ilusión de saber muy próxima su liberación. Fernando ya no creía en la posibilidad de un rescate. Su hermano dormía tranquilo a su lado. Había comentado con él la posibilidad, real, de que volasen todos por los aires. Y lo que es peor, sobrevivir a la voladura. De ser así, el enemigo pasaría sobre ellos sin piedad. Pero Francisco no creía que eso sucediese antes de ser liberados. Pensaba que no llegarían a explotar la mina. Y de hacerlo, ellos resistirían. No, él no creía que fuesen a morir. Pero Fernando estaba convencido que no era así, que no habría un mañana para los defensores del Alcázar. En ese instante se decidió. Sabía que no estaba bien dejar a su hermano expuesto a una muerte segura, sabía que huir era un delito penado con la muerte, sabía que le tacharían de cobarde. Pero no pensaba en eso, él solo quería volver con Margarita. Nada en el mundo valía más que estar con ella y defenderla. El daría su vida por su familia si era menester, pero no la quería perder por un sueño patriótico sin futuro. Así que, decidido al fin, descansó de su tormento tras dos meses de zozobra. Sonrió de saber que era el último día lejos de su mujer antes de caer rendido. Durmió plácidamente el resto de la noche. Y por primera vez desde que entró en la academia, tuvo un sueño feliz.

Le despertó su propio hermano, con cara de haber dormido poco.

—Fernando, por fin una buena noticia.

—Buenos días, Francisco. He dormido bien y eso ya es bueno en sí. ¿Qué pasa?

—Siempre estás pesimista y con dudas de si llegará la columna de Yagüe a pesar de los mensajes de aliento que nos envió el general Franco. Pues bien, ayer por la mañana pasó un avión de los nuestros a comprobar si seguíamos resistiendo.

—Y, ¿por qué iban a dudar de eso? —le interrumpió Fernando.

—Como se nota que estas aislado del mundo encerrado en tu puesto —le riñó su hermano—. Ya sabes que la prensa y la radio siempre están con el engaño permanente, haciendo creer a la gente que el Alcázar se ha rendido. Pues hace dos días supimos que en toda España el gobierno había comunicado a todo el mundo que habíamos claudicado y que de dos en dos con los brazos alzados habíamos salido los del Alcázar rendidos. Hasta periódicos con foto han editado de esa falacia. ¡Es increíble cómo le gusta a la izquierda mentir!

—¿Y dónde está la buena noticia?

—Pues ayer paso un avión de los nuestros, en vuelo bajo, a cerciorarse que seguíamos resistiendo. Tras ver la bandera rojigualda nos lanzó víveres, y lo que es más importante, mensajes del general Mola. Había dos, urgiéndonos a resistir. Diciendo que su columna estaba por el Escorial. ¡El Escorial! ¿Te das cuenta? Están aquí al lado.

Cruzaron unas palabras con dos compañeros que se retiraban a descansar y enseguida fueron a ocupar sus puestos, sin poder esperar a comer algo. Fernando miró a su hermano. Era un joven no muy alto y enflaquecido por el hambre, la mandíbula se marcaba en todo su contorno y los ojos se hundían en sus cuencas, pero estaban muy vivos y contrastaban con la barba descuidada. Lo de la barba era ya en todos los defensores como una pieza más de su uniforme. Intuyó que su propia visión no sería más halagüeña. La alarma artillera comenzó a sonar, anunciando una vez más, la ya rutinaria lluvia de muerte y destrucción. Aun así, a fuerza de vivir bajo las bombas, estas suponían más una molestia que el terror irracional del principio. Antes de que empezasen a explotar las primeras en caer, que irían acompañadas de muchas más, se apresuraron a llegar a su puesto. Llegaron a las dependencias exteriores y antes de separarse para irse cada cual a su sitio. Fernando dio un abrazo a su hermano pequeño.

—Tranquilo Fer que me cuidaré —dijo Francisco pensando que su hermano se preocupaba por él—. Es verdad que el parapeto de piedras mal puestas no es muy seguro.

—Cuídate mucho —le dijo a su hermano pequeño.

Fernando se alejó rápido, asustado de ver como flaqueaba la decisión que ya tenía tomada. Era un miércoles de septiembre.

—Un día como otro cualquiera para comenzar a vivir —pensó el joven—. No una nueva vida. ¡Una vida! –se dijo a sí mismo—Porque, de seguir en este infierno, a la vida que tengo ahora le queda muy poco tiempo. No estoy dispuesto a renunciar a la felicidad que hace poco empecé a disfrutar con Margarita.

Al llegar a su puesto no le apetecía hablar con nadie, por lo que subió al piso superior, a pesar de ser más peligroso. Trató de esconderse tras los muros que cada vez protegían menos, arrepintiéndose de haber escogido el peor puesto. Había un par de ventanas, pero una estaba destrozada por su posición, por lo que fue a la otra.

—Buenos días teniente. ¿Cómo está esta mañana?

—Hola Rivera, bien, pero sorprendido... ¿Cómo usted por aquí? —preguntó Fernando a Antonio, que iba por el cuarto como si la cosa no fuera con él.

—He pedido venir aquí para apoyarle.

—¡Está más loco de lo que yo creía! Esto es un infierno y siendo civil voluntario yo me hubiese quedado en otro puesto menos expuesto. Además, ¿cómo me piensa ayudar? Le conozco y buscará un apoyo poco militar y más espiritual.

—¿Y qué hay de malo en que me preocupe de cómo está con Dios?

—Nada hombre. Pero, por favor, agáchese que le van a pegar un tiro. Que le metan un balazo por saber si siento a Dios como un padre, me parece una locura.

—¿Y lo siente como un padre? —preguntó Antonio, que no estaba dispuesto a perder una oportunidad así.

—Pues la verdad es que me cuesta en este momento de dolor y muerte ver a Dios como un padre. Pero sinceramente no me apetece ahora hablar del tema.

—Tranquilo que no pregunto más. Dígame, ¿donde prefiere que me ponga? ¿Quiere que cubra esa ventana?

—Haga lo que crea, pero le advierto que esa ventana lleva mucha traca esta mañana, por lo que sea se han empeñado en no dejar ni los marcos y está muy batida.

—Pues no se hable más, alguien tendrá que defenderla.

Y sin mediar más palabras, Antonio se dirigió con cuidado a la ventana. Con mucho tiento estuvo todo lo que restó de mañana intentando descubrir de donde procedía el fuego. La idea era conseguir neutralizarlo.

—Teniente, creo saber de dónde viene el fuego, pero no tengo buena visión ni puntería. ¿Le importaría disparar usted?

—Claro Rivera. Dígame dónde están esos mal nacidos.

—¿Ve ese hueco en la pared de aquel edificio? Pues de allí están saliendo los tiros.

—Déjeme que acabe con esto.

Fernando miró a Antonio sin terminar de comprender como un chico miope y pacífico, siempre era el primero en apuntarse voluntario. Tras diez minutos de inactividad apuntando al hueco,

Fernando disparó por fin.

—¡Toma plomo, perro! —exclamó eufórico—. Tú ya no ladraras más. Ahora al compañero.

—Dispare teniente, pero dispare sin odio. Recuerde que son hombres como usted y como yo.

Tanto tesón y paciencia en alguien como Antonio desconcertaba al teniente que finalmente se acercó curioso para interrogarle.

—Oye Antonio. ¿Tú no odias a nadie? ¿Tú no tienes miedo a la muerte?

—¡Hombre teniente! Finalmente ha decidido venir a que le evangelice.

—No, no es eso lo que quiero. Solo tengo curiosidad por saber por qué siempre es el primero en ofrecerse voluntario a todo despreciando el peligro.

—Alguien lo tendrá que hacer, y para mí en la obediencia está el servicio a Dios. Además, no es desprecio a la muerte, yo quiero vivir. ¡Me encanta la vida!

—Pero entonces, ¿por qué no le tiene miedo? Y dígalo sin invocar al cielo.

—Mire teniente, eso es imposible. Todo en mi existencia está conectado con la vida que hay tras la muerte. Pero también hay un aspecto humano en lo que hago, y quizás ese le pueda ayudar —aquí Antonio paró para pensar como decirlo correctamente—. No es a la muerte a lo que le tengo miedo. Le tengo miedo a llegar al final de mi vida y darme cuenta de que no viví realmente. Estos días estoy acompañando a muchos heridos en su última agonía. A alguno le he preguntado de qué se arrepentía. Como ya sabe no hay sacerdotes que les puedan dar la absolución a los moribundos, pero en la medida de mis posibilidades me gustaría ayudarles a descargar sus conciencias. Si quería hablar el herido, también le he preguntado qué era aquello de lo que se avergonzaba y, si pudiese, si lo borraría de su existencia.

Volvió a parar. Se quedó abstraído, como volviendo al mismo momento en que confesaba a esos moribundos de los que estaba hablando.

—Antonio –dijo Fernando, para sacarle de sus ensoñaciones—. ¿Qué le dijeron esos moribundos?

—Ahhh, sí —dijo Antonio como despertando de un sueño—. ¿Los moribundos? Es curioso, pero casi ninguno se arrepentía de nada que hubiese hecho en su vida. ¿Sabe de qué se arrepentían, teniente? Se arrepentían de las cosas que no habían hecho, de todo aquello por lo que no habían arriesgado, de los sueños que no habían perseguido… Todo eso me hizo pensar mucho. Me llevó a plantearme el porqué de mi existencia. No, no se mucho de la vida, pero sí sé que la vida no es solo ir a trabajar, esperar al domingo, pagar las deudas… ¡No, eso

solamente no, para eso no existo!

—¿Entonces para qué existe? —preguntó intrigado Fernando.

—Cada persona tiene un don. Y estamos en este mundo para desarrollarlo. Todos tenemos un sueño y ese don sirve para alcanzarlo. Evidentemente, el camino tras ese sueño está lleno de dolor y sufrimiento, pero es mejor que el del dolor de no haberlo intentado. No hay éxito sin sufrimiento. Además, se lo debemos al mundo. Sería injusto para la Humanidad no desarrollar ese don que Dios nos da y quedárnoslo solo nosotros.

—¿Y qué don hay en ofrecerse voluntario a todo, despreciando la muerte?

—Quizás que, al hacerlo yo, evito que alguien que no quiere se vea obligado a hacerlo. Al coger sobre mis hombros las obligaciones de los demás hago este infierno un poquito más llevadero para quien está sufriendo. ¿No cree mi teniente?

—Creo que poco importa lo que yo piense, Antonio. Le consideran un santo y puede que lo sea. Pero también es un loco que se va a dejar los cuernos en cualquier esquina. ¿Sabe qué? No se lo va a agradecer nadie. Aunque es cierto que debemos perseguir nuestros sueños. Y esa frase responde a muchos interrogantes para mí. Pero yo no soy así. He hecho cosas horribles, y aun puedo hacerlas peores. A mi Dios no me puede perdonar.

Fernando se quedó abstraído pensando en su plan y en Margarita hasta que la voz de Antonio le sacó de su ensoñación.

—No hay santo sin pasado ni pecador sin futuro, mi teniente.

En ese momento un proyectil impactó, una vez más, contra el torreón noroeste que quedaba en precario equilibrio. Tenía un boquete enorme en todo el frontal, que cada vez que recibía un nuevo proyectil se iba ampliando. El mando lo había desalojado, pues llevaba más de doscientos cincuenta impactos continuos y estaba claro que iban a por él. Este era uno más que recibía, pero sonó un ruido diferente. Se escuchó como chirriaban las piedras y el torreón se inclinó poco a poco cogiendo velocidad, derrumbándose sobre la cuesta que subía al Alcázar. Un rugido de gargantas chillaron eufóricas viendo su victoria muy cerca.

—Ya no queda ninguna de las dos torres delanteras, y de la fachada no se salva más que el primer piso, teniente. ¿Cree que tendrán fácil el conquistarnos?

—Es desalentador observar tanta destrucción Antonio —dijo Fernando—. Pero militarmente no estamos tan mal. Seguimos teniendo fuego cruzado desde estas posiciones exteriores. Y si mira bien, todos esos escombros son un obstáculo que tendrán que sortear para llegar hasta nosotros. Además, podemos protegernos igualmente tras las piedras que están en el suelo. Es cierto que sus bombas pueden

alcanzarnos y más peligrosa es la metralla, pero no es menos cierto que cuanto más escombro tiren al suelo, más protegidos están los sótanos. No, no creo que sea un gran avance militar derruir los torreones.

—Gracias teniente.

Fernando volvió a mirar a Antonio. El miedo que había asomado a su rostro desapareció. Ya no tenía el rostro redondeado y limpio de cuando entró voluntario. La cara estaba más estirada y enflaquecida. De su pelo repeinado hacia atrás no quedaba ni rastro, pues una melena larga y sucia le caía por los lados de manera descuidada. Pero tras su barba larga, aún conservaba la luminosidad de su sonrisa perenne y el brillo de sus ojos.

—Ahora ya no está tan animado, ¿verdad Antonio?

—Soy un hombre débil mi teniente. Fácilmente me olvido de la grandeza de Dios y de su bondad. Pero ya se me pasa. Es fácil que al ver todo nublado y la tormenta en pleno fragor se nos olvide el dulce calor del sol dorándonos la cara. Pero ahí sigue esperando a que despeje para volver a brillar. No me cabe duda de que así sucederá con nosotros teniente. Somos herederos de un imperio y hemos conseguido cosas grandes y aún más difíciles que esta. Con torreón o sin él no dejaremos que nos conquisten. ¡Por España! —gritó motivado.

—¡Por España! —respondió Fernando por no dejarle solo, pero era un grito vacío de ilusión.

La profecía

Francisco y Julio tenían la tarde libre. Comieron pronto y aprovecharon para ir a dormir. Estaban destrozados, con hambre y sueño atrasado. Tras la sopa aguada de burro que tomaron se decidieron al menos a no tener sueño. Eso era difícil, pero menos que llenar el estómago. Como ya habían cogido el truco de ir a dormir a las dependencias bajas del ala este, donde no había casi gente, dirigieron allí sus pasos. En la puerta de acceso vieron al capitán Eymar hablando con Marín. Estaban en uno de los trozos abiertos al patio por el efecto de la artillería. Desde esa posición se veía lo que quedaba del lugar. Las bombas habían destrozado completamente la fachada norte. Por allí entraban a placer todas las granadas rompedoras que iban desmoronando el lado sur, del que ya había caído su gran escalera monumental. Los laterales aun conservaban las columnas, pero ya no era seguro pasar por allí, pues era zona expuesta. Además, todo el patio estaba repleto de montones de piedras y escombros. Cuando los jóvenes pasaron junto al capitán, este estaba piropeando al doctor.

—Muy curioso don Andrés, es usted una enciclopedia andante. Seguro que la historia gustará a nuestros jovencísimos amigos —metió a los muchachos en la conversación, obligándolos a parar—, y lo mismo los anima a la lucha. Me ha contado un pajarito que últimamente están muy escurridizos.

—Capitán, no estamos escurridizos —replicó dolido Francisco—. Como mucho es exceso de hambre y falta de sueño.

—Pues escuchen el origen de estas piedras y paredes rotas, a ver si así ponen más empeño en la pelea. Marín, haga el favor de contarles lo que me acaba de referir a mi. La historia sobre lo sucedido aquí con el primer aguacil de la plaza. A ver si así se comportan como verdaderos héroes.

Resignados se quedaron a escuchar la historia de la fundación del edificio. Marín se aclaró la garganta y retrocediendo en el tiempo situó a los jóvenes.

—Tenéis que llevar vuestra imaginación a este mismo lugar, novecientos años atrás. Imaginaos un hombre robusto de barba anaranjada y larga, cubierto de coraza y sucio. Llegando sobre su caballo, al atardecer del día, a tomar posesión como primer alguacil del Alcázar —relató Marín, teatralizando, para meter en la historia a los dos muchachos—. El sol caía por poniente, agrandándose y enrojeciendo sus colores. Las nubes rojizas brillaban sobre el curso del Tajo, que serpenteaba lentamente abrazando la ciudad. Una ciudad que había salido a recibirle como un héroe. Era una ciudad de piedra con solera e historia, mucha historia. Habían remodelado la alcazaba

visigoda para hacer un fortín inexpugnable en el que, si los dos lienzos de muralla que tenía la ciudad fallaban, poder resguardarse y aguantar el embiste enemigo. Rodrigo, que así se llamaba el soldado, cruzó la puerta custodiada por dos hidalgos. Atravesó una sala llena de tapices con motivos épicos que dotaban con algo de calidez ese espacio pétreo. Accedió a un patio columnado, de forma rectangular y suelo empedrado. Este espacio abierto dotaba de una magnificencia singular al recinto del que estaba tomando mando. Allí fue recibido por un pelotón de caballeros, que subidos en sus monturas exhibían orgullosos los pendones de sus linajes. Sus caballos tiraron de las riendas, pifiando nerviosos por la presencia imponente de Babieca, la magnífica montura del nuevo alguacil. Este caballo enorme, curtido por mil peleas y toda Iberia cabalgada, no se inmutaba de casi nada.

—Está hablando del patio del Alcázar, ¿verdad señor Marín? —preguntó curioso Julio.

—Sí señor. Pero escucha ahora lo que sucedió, que estamos en el meollo de la historia. Un infanzón vino corriendo hasta nuestro caballero y le ayudó a desmontar. A la par, otro mozo que Rodrigo no vio salir de ningún sitio comenzó a desabrocharle el cinto, asustándole por lo imprevisto de su aparición. Rodrigo se giró rápido, sobresaltando al muchacho por su reacción intuitiva de defensa. El mozo se encogió esperando una bofetada o algo peor. Mirándole Rodrigo, y sosegándose al ver que era un ayudante que casi paga cara su discreción, se preguntó si no estaría haciéndose demasiado mayor. Últimamente no veía todo lo que sucedía a su alrededor. Pero su inteligencia, que al contrario que sus fuerzas, sí se desarrollaba cada día más, le hizo apreciar que el anterior amo del chaval no le trataría precisamente bien, y eso es lo que él había venido a cambiar. Así que, ante la sorpresa de los caballeros, que sí esperaban de su señor una corrección al inoportuno mozalbete, Rodrigo sonrió, revolviendo cariñosamente el pelo del infanzón con su mano. Aprovechando que había captado la atención de los presentes y, ajustándose la coraza, se adelantó a pie hasta una peana que se alzaba en mitad del patio. Se subió encima para dirigirse a los que con curiosidad y escrutinio trataban de examinarlo. Era consciente que las historias que de él circulaban lo hacían mucho más grande de lo que en realidad se juzgaba así mismo. Que muchos de estos que hoy le juraban lealtad dejarían de seguirle si mostraba un ápice de debilidad. Eran tiempos duros en que un gesto o una palabra retorcida podían destituir a un rey.

Marín sonrió al ver que había captado la atención de los dos amigos, así que fue más allá y poniendo voz grave imitó a Don Rodrigo.

—¿Veis estas piedras sólidas y la roca que las sustenta? ¡Pues antes

caerán éstas que los que las cuidan y guardan! La verdadera fuerza de una defensa no está en los muros que defienden un ideal, si no en la verdadera fe que se tenga en ese ideal. Y si ese ideal es la fe misma, antes caerá el mundo que se podrá doblegar la fe. Caballeros de la corte, señores de Alarcós, conde de Besazón, wali de Mérida, cadí de Beja, señores de la Casa Mora…. Habéis venido hoy a jurarme lealtad como amo y señor de esta ciudad que os ha visto nacer y crecer a la mayoría. Esta ciudad que ya era vieja cuando se escribieron las primeras líneas que de ella hablasen. Habéis venido, sin saberlo, a jurar vasallaje a la ciudad de Toledo, a este Alcázar, y a estas piedras del que está hecho. Piedras que podrán caer desmoronadas por el embiste de un enemigo poderoso. Pero piedras que volverán a ser izadas siempre que un defensor quede tras de ellas y las vuelva a colocar. Haciendo aún más grande la historia que este Alcázar emana desde que un pretor romano del siglo III decidió iniciarla. Solar donde dio su vida santa Leocadia por defender su fe y donde fue enterrada. Lugar donde dos reyes quisieron flanquear a la santa con sus restos para la vida eterna. Sobre estos héroes, santos y reyes del pasado están cimentados sus muros. Por eso no os pido que me juréis a mi lealtad, que solo soy un hombre que pasará. Os pido que, junto a mí, defendamos esta alcazaba, verdadera residencia de príncipes como Abderramán III. Hoy nuestro rey Alfonso VI nos la entrega reconstruida y esplendorosa, esperando que con nuestros actos seamos dignos de esa confianza. Ojalá llegue el día que nuestros hijos y nietos, al vernos pasar encorvados por el peso de los años, presuman orgullosos ante el amigo que tienen al lado diciéndole: ese hombre defendió el Alcázar.

Marín paró un momento para dejar asimilar el discurso que acababa de soltar y, antes de que desapareciese la tensión, concluyó su historia.

—Los caballeros se miraron admirados de la elocuencia de su señor. Enardecidos por sus palabras comenzaron a gritar el nombre que, desde tierras levantinas, perseguía a Rodrigo. Este empezó a sonar desde las gargantas de los aguerridos caballeros: “Señor, mi señor. Señor, mi señor, Sidi, Sidi, Sid, Sid, Cid, Cid…”

—¿El Cid? —preguntó sorprendido Julio—. ¿De verdad el primer alcaide de esta plaza fue el Cid? ¡Qué bueno! —dijo encantado.

Desde luego, la historia consiguió el efecto previsto, para satisfacción del capitán. Y la pareja de amigos fue mucho más entregada a descansar. Sin importarles ya tanto dormir menos, con tal de defender la plaza.

—¿Sabes que es lo que más me entristece Marín? —preguntó Eymar a su amigo.

—Es fácil de imaginar capitán. Tienes que estar animando a

muchachos, casi niños, a ser valientes para que los maten.

—Es posible. Pero en realidad en la fuerza de su defensa está la capacidad de nuestra supervivencia. Si un flanco flaquea caerá el resto. No podemos permitirnos el lujo de tener debilidades. Ni siquiera las comprensibles como las de esos muchachos.

Rojo (9 de septiembre)

En el cuartel de la guardia de asalto no se compartía el optimismo de la calle. Gregorio trataba de explicar a sus oficiales la situación.

—Los mineros están terminando con la famosa mina y si no rendimos a los del Alcázar los volarán por los aires. El gobierno está desesperado. Tiene a toda la prensa internacional mirando qué sucede aquí. En parte por su propia culpa y nuestra incapacidad de conquistar la plaza. Han tratado de granjearse amistades del tablero europeo demostrando su control de la situación. Pero la jugada se les ha vuelto en contra y es sabido que la resistencia de los de la academia está despertando simpatías en otros países. Evidentemente tenemos que atajar eso de raíz antes de que llegue la columna del general Yagüe. Porque puede llegar —remarcó para dejarlo claro—. A pesar de que algunos políticos no tienen mucho corazón, algo de sangre les circula por las venas. Por lo que han mandado a un comandante, antiguo maestro de muchos de los de allí dentro, para convencerles de que depongan las armas.

—¿Quién es este comandante, capitán? —preguntó un sargento con cara de niño.

—Es el comandante Rojo, Vicente Rojo. Tú con el equipo del teniente Aluche seréis los encargados de acompañarle.

A Moscardó no le apetecía hablar con nadie. Estaban siendo unos días nefastos. El fuego artillero se había duplicado y era mucho más efectivo. Los asaltos a las dependencias exteriores eran muchos y cada vez hacían más daño. Las dos minas avanzaban implacablemente. A pesar de que el estado de la gente era sobresaliente, ya había elementos que se le escapaban de control, y alguno había perdido el juicio. Además, la noche anterior los de Falange, que salieron a por víveres, fueron sorprendidos en la plaza de Capuchinos. Mataron a dos muchachos e hirieron a otros. Las bajas cada vez eran mayores, y no encontraba manera de reponerlas. Y el grupo de falange, junto a los del capitán Vela, eran los más valientes. Por último, estaban las deserciones. ¡Cómo le dolían esas deserciones! Había tenido varias anteriormente, pero desde que la gente sabía lo de la mina era un goteo constante. Trataba de convencerse de que todas ellas eran soldadesca y, según su opinión, gente cobarde. Pero era un mazazo en el ánimo de los sitiados y amigos de los fugados, y no estaban para generar más desanimo. A Moscardó solo le faltaba la visita de un parlamentario para hacer de ese día una pesadilla.

—¿Qué me está contando capitán? —preguntó Moscardó al capitán de infantería Emilio Alamán—. ¿Puede repetirme eso, por favor?

—El altavoz que usan para atormentarnos ha vuelto a sonar esta noche y como la cosa esta tranquila se ha oído claramente la voz del

comandante Rojo pidiendo parlamento.

—¿Pero está usted seguro de que era el comandante Vicente Rojo? Tenía entendido que estaba en la UME.

—Mi coronel, a los chicos les ha costado comprender que era él. Al presentarse por su apellido pensaban que era un militar cualquiera, pues ya sabe que a sí mismos se llaman rojos. Por lo que ha dicho bien claro que era el comandante Vicente Rojo Lluch y quería hablar con usted o conmigo. Ha sido cuando me han avisado y he reconocido su voz.

—¿Y por qué usted?

—Si se refiere a por qué quería hablar conmigo, ha de saber que somos amigos y compañeros desde que éramos cadetes. Además, escribimos juntos, desde hace años, una colección bibliográfica de temas militares.

—Nada podemos perder de la entrevista y si es tan amigo suyo igual sacamos algo de provecho. Respóndale que sí, y organice una entrevista mañana por la mañana. A las diez; habrá alto el fuego desde las nueve y media.

Por la mañana temprano, todo Toledo estaba expectante de la visita. Se había corrido la voz como la pólvora y todo el mundo ya sabía que el comandante Rojo iba a solicitar la rendición de los del Alcázar. Antón y su patrulla escoltaron al comandante Rojo hasta la calle que daba a la puerta de Carros. A las diez en punto le invitaron a acercarse mientras ellos se quedaban protegidos tras la esquina. Aunque hacía media hora que no sonaban disparos, no se fiaban. El comandante vestía el mono caqui con las insignias de su grado. Era un traje de obrero adoptado como uniforme del ejército republicano. Era un hombre medianamente alto y tirando a grueso, de cara redondeada. Tenía el pelo peinado hacia atrás y un pequeño bigote debajo de la nariz. Sus gafas redondas le empequeñecían los ojos de mirada intensa. Su rostro serio no daba juego a preguntarle demasiado, por lo que Antón se limitó a llevarlo al sitio convenido y dejarle hacer.

Antes de salir a descubierto el sargento con cara de niño del equipo de Antón avisó por el megáfono de que iba el emisario. En cuanto los de la academia respondieron que de acuerdo, comenzó el movimiento. Rojo salió despacio, portando una pequeña bandera blanca. El silencio era anormal en un Toledo lleno de disparos y bombas constantes, día y noche. No se escuchaban los pájaros, que habían huido de la ciudad. Pero el viento cálido de una mañana de verano transportaba a los toledanos a otras épocas en las que estarían en la siega trabajando. La puerta de Carros se abrió y aparecieron dos viejos conocidos del comandante Rojo. El comandante Blas Piñar y El capitán Emilio Alamán, ambos compañeros de promoción y viejos amigos. El

encuentro fue extraño y emotivo. Rojo y Piñar se estrecharon muy fuerte las manos mirándose como intentando decirse muchas cosas. Pero al intentar saludar a Alamán, este le estrechó en un abrazo. Eran tiempos extraños en que dos amigos peleaban entre si como enemigos.

—Vicente, tengo que vendarte los ojos —justificó Alamán. Ya sabes las disposiciones militares…

—Sí tranquilo —respondió Rojo mientras le vendaban los ojos—. Por cierto, ayer vi a tus hijas, que están bien.

Ya habían comenzado a caminar hacia el despacho de Moscardó. Fueron directamente, no tenía sentido tratar de engañar a Rojo ya que conocía el Alcázar perfectamente. El silencio era tremendo. La gente agolpada por los pasillos miraba la escena con reverencia, conscientes de la transcendencia del momento. Alamán callaba y no se atrevía a preguntar lo que deseaba saber. ¿Qué había querido decirle Rojo con su escueta noticia? No había mencionado a su mujer y eso le atormentaba. ¿Qué podía ganar sabiendo desgracias encerrado allí dentro? Por fin llegaron al despacho. Llamaron y un solitario coronel autorizó a que pasase el emisario, que lo hizo ya sin el vendado de los ojos y completamente solo. El comandante Rojo saludó militarmente. Moscardó le devolvió el saludo protocolariamente, pero en su interior ya había juzgado a aquel hombre. Él se dejaría fusilar antes que quitarse el uniforme.

—Coronel, me envía el comité de defensa de la ciudad de Toledo como emisario para entregarle las condiciones de rendición.

Rojo dio un paso al frente y extendió el brazo con un sobre que entregó al coronel. Moscardó recogió la misiva y la abrió sobre la mesa. De pie leyó en voz alta.

—Condiciones para la rendición del Alcázar acordadas por el Comité de Defensa: garantía completa de todos los residentes en el Alcázar, libertad inmediata de todas las mujeres, soldados y niños menores de dieciséis. Todos los demás serán entregados a los jueces para que delimiten su culpabilidad.

Viene sellada y con diez firmas, entre las que esta la suya y la de Barceló como jefe de la columna. Junto a las mismas figuran ocho más de los jefes de los diferentes comités de la ciudad.

A Rojo no se le escapaba la ironía de esa afirmación, pues él mismo discutió la necesidad de tanta firma. Pero la guerra en su bando funcionaba así y todos los comités querían su protagonismo.

—Evidentemente, rechazo frontalmente unas condiciones en las que nos dan por perdidos y sin esperanzas. Y dejo escrito y firmado ante usted ahora mismo lo siguiente:

Comandancia Militar de Toledo

Enterado de las condiciones que para la rendición del Alcázar presenta el comité de defensa de Toledo, tengo la inmensa

satisfacción de manifestarle que desde el último soldado hasta el jefe que suscribe rechazan dichas condiciones y continuarán la defensa del Alcázar y de la dignidad de España hasta el último momento.

Firmo y sello en Toledo, a 9 de septiembre de 1936.

El coronel le extendió el folio que acababa de escribir y se dirigió a la puerta donde le esperaban sus oficiales junto a Alamán y Piñar. Les hizo pasar y el ambiente se distendió un poco, ya que muchos eran los conocidos del comandante Rojo.

—Quien lo iba a decir coronel, enfrentados en una guerra — empezó a hablar Blas Piñar—. Pero la providencia ha querido que estés aquí y nos puedas ayudar. ¿Existe la mina realmente?

—Me temo que sí. He oído hablar de ella a mis compañeros. Por lo visto está cerca y sus consecuencias serán brutales.

—¿Pero sabrás donde están las bocas y la dirección que llevan? — insistió Piñar.

— Me temo que no, Blas. Llegué ayer de Madrid y no las he visto. Pero sí sé que hay muchísimos hombres en el exterior dispuestos a asaltar lo que quede de la mole.

Se hizo un silencio espeso. Los presentes conocían al comandante y valoraban su afirmación. El coronel callaba pues estaba claro que Rojo sabía más de lo que decía y estaba tratando de minar la moral de sus oficiales. Villalva, para quitar hierro al momento preguntó por las columnas nacionales y su avance.

—Las del sur van bien, pero están avanzando muy lentamente. Se ve que están teniendo últimamente problemas graves. En cuanto a las de Mola, he oído que andan escasas de munición.

La respuesta era decepcionante y en el ánimo de todos nubes negras enturbiaban sus espíritus. Pero no querían dejar pasar la oportunidad y comenzaron a darle recados para cuando regresase fuera, a ese mundo que ya no sabían si volverían a ver. El ambiente se relajó y Rojo sacó de la chaqueta tabaco que repartió entre los ávidos oficiales. Estos, encendiéndolo inmediatamente, lo disfrutaron con deleite.

—Vicente, ¿por qué no te quedas con nosotros? —preguntó su amigo Alamán—. Es tu oportunidad.

—Imposible, me he comprometido con esa gente y no debo ni quiero faltar a mi palabra. A mayor abundamiento, tengo a mi familia en Madrid. Su seguridad depende de lo que yo haga. Mi suerte está echada.

Aprovecharon que el ambiente estaba más distendido para despedirse del comandante. De repente habló Moscardó, que no había dicho nada, pues al contrario que sus camaradas que pensaban que Rojo estaba con sus enemigos por cuestiones geográficas y del azar, él pensaba que era fiel a la República.

—Comandante, hay una cosa que sí deseo pedir. Me gustaría que rogase al gobierno republicano que nos enviasen un sacerdote para prestar asistencia religiosa y espiritual a los defensores que aquí nos hallamos. Luego podrá marcharse de nuevo.

—Coronel, haré cuanto esté en mi mano. Pero no puedo prometerle nada.

—Lo tengo claro comandante.

Alamán y Piñar, tras una señal del coronel, le vendaron los ojos y lo llevaron a la puerta de Carros. La emoción les embargaba y, en el momento de despedirse, les saltaron las lágrimas a los dos amigos. Se fundieron en un abrazo largo.

—Resistir sin desmayo —le dijo Rojo—Sois los mejores y ganaréis. Adiós ¡Viva España!

Tras la salida del comandante Rojo cerraron una vez más la puerta de Carros. Los soldados que habían presenciado la despedida devolvieron a la realidad que estaban viviendo al capitán Alamán.

—Muy emotivo capitán —dijo un guardia civil viejo—, pero sus amiguitos de ahí fuera están todo el día explicando con pelos y señales lo que les hacen a nuestras mujeres y lo que nos harán a nosotros si cedemos. Esos son los amiguitos de su emisario.

Para reforzar su desprecio escupió al suelo y pisó el salivazo.

—¿Qué le han dicho? —pregunto Antón al comandante cuando salió de la academia—. ¿Se rinden?

Rojo estaba conmocionado, trataba de digerir todo lo que había visto y oído. Se le cruzaban los sentimientos contradictoriamente y no quería traicionarlos. Necesitaba calma para asentar todo lo sucedido y ahí estaba ese teniente impertinente queriendo saber.

—No solo no se rinden, sino que quieren un cura para bien morir. ¡Son españoles de verdad! Si la mitad de nuestros hombres fuesen como esos el Alcázar ya sería nuestro.

Inmediatamente, se dio cuenta de su desliz y falta de contención y decidió callar hasta hablar con Barceló. Él era un comandante y no tenía que dar explicaciones a nadie, pero la tensión del momento le había hecho perder las formas.

—Teniente le ruego que no me importune con más preguntas y me lleve al coronel.

Antón le dejó con Barceló y pensó en anotarse un tanto. Querían un cura, ¡pues tendrían un cura! y lo conseguiría él. Con su compañía recorrió todas las cárceles de Toledo buscando algún sacerdote preso. Pero todas ellas, y las de los diferentes comités, estaban huérfanas de religiosos. No lograron encontrar un solo sacerdote en todo Toledo. Su odio a la iglesia católica era grande, pero no dejaba de sorprenderle la purga tan extrema que habían realizado en la capital. Le constaba que habían encerrado a muchos de ellos y matado en la calle a otros

tantos, pero no ver a ninguno lo desconcertó, por lo que tuvieron que buscar a alguno de los que estuviesen escondidos. Por fin, unos comunistas que había en el comité del edificio del arzobispado, les informaron de que andaban detrás de un cura que creían tener localizado. Antón había visto mucho en los dos meses que llevaban de contienda y sabía el poder de extorsión que los comunistas podían ejercer sobre cualquiera para sacar información.

—Una cosa teniente —dijo un comunista del comité cuando Antón estaba saliendo—. Antes que tú, ha salido Basilio y sus chicos enterados de que buscas a un cura para el comandante de Madrid. No saben donde está, pero quieren chafarte el regalito.

Basilio se había enterado del encargo que trataban de hacer los guardias de asalto. Tenían que encontrar un cura para los del Alcázar y se había propuesto no darle a Antón el placer de conseguirlo. Enterado por fin de donde encontrar al que buscaban los comunistas, fue a la casa con cuatro hombres más. Tiraron la puerta abajo de varias patadas. Una mujer, rodeada de tres niños pequeños se puso a chillar como una loca al verlos aparecer. Rápidamente los milicianos se distribuyeron por las distintas estancias de la vivienda hasta dar con la del cura. Fue el propio Basilio quien lo vio metido en la cama, con la cara amarilla de enfermedad. Se quedó quieto, mirando desde el dintel de la puerta. Sacó una pistola y le apuntó.

—Haz el favor de salir de la cama.

Todos en la casa se quedaron quietos, mirando la estampa. Los milicianos malévolamente intuyendo su final y la mujer rodeada de niños asustados llorando por lo mismo. Con un susurro, de una persona anciana y enferma, el cura le contestó.

—Si me ayuda usted, hijo mío, no tengo problemas en acompañarle a donde me quiera llevar. Estoy preparado para el martirio. Pero deje a esta familia tranquila, ya que estoy aquí contra su voluntad. Como puede ver por mi estado, no puedo moverme.

—Camarada cura, el Gobierno de este país te requiere para una misión humanitaria, —dijo protocolariamente Basilio—. Has de entrar en el Alcázar para convencer a sus jefes de que se rindan. Así liberarán a los prisioneros, mujeres y niños y se evitará que mueran cuando la mina haga explosión.

—Esta bien, yo iré al Alcázar. Pero mi suerte quedará ligada a la de ellos. Antes de venir a esta casa por mi enfermedad estuve allí.

Las palabras se le quedaron en el aire, pues un tiro le atravesó la cabeza. Basilio no se había inmutado desde que entró en la casa. Tenía claro que ningún cura debía ir el Alcázar, y menos ése.

—No está de parte de la República —dijo a la mujer que no paraba de chillar.

Antón solo pudo maldecir a Basilio cuando le vio salir de la casa y

tuvo que tragarse su orgullo al cruzarse con él, que se limitó a sonreírle malévolamente. Mientras tanto el coronel Barceló le habló al comandante Rojo de un cura perfecto para ese cometido.

—No es mala cosa esa demanda. Usted ha tratado de doblegar la voluntad de sus jefes. Todos ellos militares y curtidos. Por lo que cuenta les ha sembrado la duda. Pero si mandamos a un cura que mine la moral de las mujeres y el pueblo en general puede ser más efectivo.

—¿Pero qué cura se avendrá a ello? —pregunto desconfiado Rojo.

—Uno afín a la república y al que se lo venderemos como una obra de caridad. Sí —respondió Barceló—No es lo mismo pedir que se rindan que rogar que salven a sus familias. Además, tengo ese cura y la persona adecuada para este encargo —dijo enigmáticamente el coronel.

El cura

El Padre Enrique Vázquez Camarasa estaba aterrado. Encogido sobre sí mismo, encima de un solitario banco de madera que hacía las veces de cama, dentro de una estancia lúgubre en la que le tenían confinado como preso político. Era un hombre de avanzada edad y de ademanes lentos. De apariencia gruesa, se le veía deshinchado por las penurias del encierro. Su pelo fino estaba peinado hacia atrás con abundante fijador. Mantenía su color moreno, aunque iba clareando según se acercaba a sus sienes. Sus ojos vivos resaltaban en un rostro calmado. Estaba bien afeitado a pesar de las circunstancias que se marcaban en las ojeras de sus ojos. Había pasado por diferentes escondites, tras la salida de su casa en Madrid, cuando quemaron la catedral de san Isidro. Por fin fue apresado por el Frente Popular y llevado a la comandancia de milicias en la calle Ríos Rosas como protegido del coronel Barceló. Era un hombre maduro, hecho a sí mismo a base de tesón y constancia. Había nacido en un pueblo pobre, de una pobre Extremadura. Decidido a cambiar su sino, cursó la carrera eclesiástica. Luchó contra su dicción, de acento fuerte y marcado, para conseguir una voz agradable y fluida, claramente entendible. Llegó a ser, por este esfuerzo, canónigo de la catedral de Madrid. Reconocido, incluso por el monarca, como excelente orador. Era hombre de gustos refinados, enemigo de las privaciones y simpatizante del Gobierno republicano. Esto último le granjeó bastantes amigos, que en un momento como aquel le salvó la vida.

Escuchó voces que se acercaban por el pasillo seguido del inconfundible ruido de llaves que anunciaban la abertura de su cerradura. Se incorporó. De una manera mecánica se alisó sus ropas y el cabello. Tenía miedo, pero dar un porte de seguridad y dignidad le había ayudado siempre. Entró un hombre delgado y alto, de constitución atlética. Tenía cara aguileña y nariz pronunciada sobre una mandíbula amplia y labios finos que tenía apretados. El pelo peinado hacia atrás destacaba una frente muy despejada. Los dos guardias que le acompañaban se quedaron en el pasillo.

—Le ruego que recoja sus cosas y me acompañe. Tengo un encargo del Gobierno para usted.

—Por supuesto. Pero ya que va a ser usted la persona que me dirija, ¿sería tan amable de presentarse para que sepa a quien acompaño?

El interpelado se quedó sopesando la respuesta y la forma de darla. Pesó en la recomendación que le dieron desde el alto estado mayor. Tenía que usar a este cura por orden del coronel Barceló. Decidió ser comedido.

—Me llamo Luis Quintanilla. Pintor de profesión, socialista de

vocación —esto último lo dijo con clara provocación—, y tengo un encargo humanitario y espiritual para usted. Pero como tenemos un corto viaje hasta Toledo, si su eminencia me lo permite se lo contaré durante el mismo.

Camarasa se quedó un instante valorando la información recibida. Consciente de que no podía decir que no, decidió sacar el máximo partido de la situación. Al final, toda su vida había sido una concatenación de hechos positivos para él en circunstancias adversas.

—Le acompaño encantado.

Fueron escoltados por los dos hombres que se quedaron en el edificio cuando salieron ellos. En la puerta había un coche con otros dos milicianos esperando dentro e inmediatamente le asaltaron los temores de si no le llevarían a matar como a tantos compañeros. Pero su comportamiento indiferente hacia él le dio confianza a creer en lo que el tal Luis le había contado. Le sentaron en la parte de atrás, entre Luis y el otro miliciano. Este se presentó con desgana como Manolo, bombero de profesión. Y sin más salieron hacia Toledo.

Por el camino, que se desarrolló al principio en silencio, observó el cura como Madrid estaba tomada por todas partes por milicias. Estas se afanaban en llenar de barricadas las vías principales y calles aledañas. Calles llenas de propaganda y lemas pintados en las paredes arengando a la gente a la defensa. Este que le chocó sobremanera, pues nunca pensó que el golpe de estado pudiese conseguir llevar un ejército a luchar contra la capital. Les dieron el alto cuatro veces antes de poder tomar la carretera a Toledo, pero al ver el pase libre que llevaba el coche les dejaban pasar.

—Pues sí que no es fácil moverse fuera de la ciudad —dijo el sacerdote—

El sol a pesar de ir en caída seguía apretando, pero la velocidad del coche hacia entrar un aire fresco por las ventanillas abiertas que aliviaban el calor. Habían estado en silencio todo el rato, pero Quintanilla aprovechó ese momento para hablar con el cura.

—Mire usted señor Camarasa, ayer estuvo en el Alcázar de Toledo el comandante Vicente Rojo y le pidieron un sacerdote para administradles los auxilios espirituales de la religión.

—¿Para prepararles a bien morir?

—Eso será asunto de ellos —contestó seco Quintanilla.

—¿Y cómo se entra en aquella ruina?

—Todavía es posible entrar.

—¿Y salir? Si yo entro —preguntó Camarasa preocupado—, ¿quién garantiza la salida?

—Ellos. ¿O también duda de la caballerosidad de la que tanto alardean y su honorable palabra militar?

—Ni dudo ni dejo de dudar. El caso es que su proposición me coge

de improviso. No es una broma lanzarse a esa aventura, como comprenderá usted.

Volvió el silencio al automóvil. Mientras, la brisa del atardecer entraba como una bendición dentro del coche. Los campos de cereal, sin segar, esperaban la mano del hombre que cosechase el trabajo de todo un año. Aunque por las circunstancias —pensó el sacerdote—, serían las mujeres quien una vez más sacasen el fruto de la tierra para alimentar sus hogares mientras los hombres jugaban a matarse.

—¿Y qué se supone que debo de hacer allí? —preguntó finalmente.

—Seguramente celebrar una misa y la liturgia que deseen —respondió Quintanilla.

—¿Y cuánto tiempo estaré allí metido?

El pintor comprendió por qué Barceló había elegido a ese sacerdote para ir al Alcázar. Existían otros muchos que podrían ir, pero ninguno otro le pondría tantas pegas a irse con los de su bando y menos querer salir de allí para volver con quien tan mal los estaban tratando. Decidió pasar al meollo de la misión. Pero tenía que ser delicado y astuto, al fin y al cabo, el hombre no dejaba de ser un sacerdote de la Iglesia a la que con tanta saña estaba persiguiendo ese gobierno al que iba a ayudar.

—Tardará lo que necesite en oficiar la misa y el resto de liturgia que le pidan. Pongamos que unas tres horas.

—¡Tres horas! —se sorprendió Camarasa—. ¿No es mucho tiempo para eso que me pide?

—Padre, debo explicarle que están terminando dos minas debajo del Alcázar. Con una carga capaz de volar dos fortalezas. Se da el caso que en los sótanos del Alcázar tienen prisioneras a más de quinientas mujeres con niños.

—¿Qué dice usted! ¿Qué horror! —exclamó escandalizado el cura ante la satisfacción de Quintanilla que tenía al cura donde quería—

—Padre, cumplirá usted la más alta misión sagrada y humanitaria si pide que dejen salir a esas pobres criaturas. Ya han sufrido bastante.

Camarasa cambió su expresión resignada por otra más determinada.

—Disculpe usted mi debilidad. No solo iré y celebraré la misa, sino que emplearé todos mis recursos en salvar a esos pobres inocentes.

—Una cosa más —apuntó el pintor—. Respecto a los militares, allá ellos. El comandante Rojo les presento tres condiciones de rendición que rechazaron. Nunca use la palabra rendición, hable solo de los cautivos.

Estaba atardeciendo cuando llegaron a Toledo. En lugar de entrar a la ciudad se desviaron a la izquierda dirigiéndose hacia la Dehesa de Pinedo donde el capitán Carrero tenía emplazada las piezas artilleras.

—Discúlpeme usted, padre, pero he de hacer un recado. Además,

como puede ver desde aquí tiene unas vistas privilegiadas del Alcázar que le darán una idea del estrés al que están sometidos los prisioneros.

Esa zona exterior, que quedaba a la izquierda de la carretera de entrada a Toledo, era una zona despoblada de campos de cereal y unos pocos de olivos. Allí en medio, expuestas a la vista, estaban los cañones del mencionado capitán Carrero. que libre de presión aérea disparaban a placer sobre su objetivo.

—¿No han tenido ataques aéreos? —pregunto curioso el sacerdote.

—Hasta la fecha si algún avión rebelde ha venido ha sido para espiar y salir pitando. Tenemos el aeródromo de Getafe aquí al lado y podrían venir nuestros cazas rápidamente. Además, si tuviésemos complicaciones siempre podriamos llevar las piezas artilleras a esos olivos del campo de al lado y ocultarlos. Veo que le interesa el tema militar además del espiritual.

—Hay que saber de todo, hijo mío.

Hablando del estío, llegaron al pie de la dehesa donde un hombre les hacía señas a la entrada de la subida de la batería y pararon el coche junto a él. Quintanilla bajo su ventanilla y saludó.

—¿Has estado de juerga? —le preguntó el hombre con un gracejo muy peculiar—. No te hemos visto el pelo en toda la tarde y ya hemos agotado las municiones que teníamos. Las ultimas granadas las he colado por las ventanas de sus despachos con un tiro lateral. De ellos no ha de quedar ni las astillas de sus escritorios.

—¿Cómo? —preguntó sorprendido el sacerdote—¿Y en esos despachos debo entrar yo?

—En esos despachos ya no entra ni Dios —replicó Carrero—

Los hombres del coche no pudieron contener la risa por la cara del cura. Evidentemente Carreño no sabía quién era y la circunstancia era de lo más divertida. Para no hacérselo muy violento Quintanilla invitó a Carreño a verse por la noche en comandancia militar donde hablarían del asunto. Se despidieron hasta entonces y con el coche se dirigieron a la ciudad. Una vez dentro, Quintanilla despachó en comandancia de donde salió contento.

—Hoy todo promete —le dijo al cura—. El coronel me ha ordenado que vayamos a solicitar cita con los rebeldes y luego nos invitará a cenar en comandancia. Le puedo asegurar que sus invitaciones son memorables, tiene fama de tener la mejor bodega de España.

—¿Cómo puede pensar en comida ahora? —le preguntó Camarasa que tenía el estómago cerrado desde que había visto el estado de la academia.

El Alcázar, que siempre se había erguido poderoso en lo más alto de Toledo, aparecía disminuido ante sus ojos. La fachada era solo un montón de ruinas de las que no se atisbaban ni los cimientos de dos de sus torreones. Los otros dos traseros tenían el tejado quemado y la

pared que los unía aparecía mellada por el efecto artillero que iba acrecentando un boquete que amenazaba con separarlos definitivamente. Ya no era un soberbio palacio, sino un amasijo de hierros y piedras del que unos obstinados se negaban a salir.

—Te veo muy preocupado por los de dentro, pero no sufras que mañana los liberarás. Y en cuanto al apetito ya verás como lo recuperas en cuanto veas las viandas con que nos agasajan. ¡Pero antes ganémonos el pan! Vámonos al convento de Santa Cruz a cumplir nuestro cometido.

Camarasa aprovechó el paseo para descubrir con sorpresa los cambios sufridos en Toledo. El turismo artístico tan tradicional en la vieja ciudad había sido sustituido por un turismo bélico. Todo aquél que disponía de un vehículo con garantía sindical que le permitiese disponer de gasolina la gastaba dando un paseo hasta Toledo. El escenario era atrayente. Podían pasearte por las bellas calles de la ciudad sin el menor peligro. Se divisaban las partes altas del Alcázar desde muchos puntos. Se escuchaban los proyectiles de las baterías silbar por encima de las cabezas, para acabar impactando en la fortaleza con una rugiente explosión que les metía de lleno en la batalla. Con suerte podrían apreciar un rugido prolongado y el consiguiente derrumbe de la zona afectada, apreciando de primera mano los destrozos causados. Al coche le costaba avanzar por las estrechas calles abarrotadas de gente.

—Toda esa gente, ¿de dónde viene? —preguntó curioso el sacerdote.

—Normalmente de Madrid. Vienen a pasar el día y regresan por la noche. Los milicianos controlados cobran 10 pesetas por servicio. Normalmente se lo gastan en las tabernas que tienen música, instaladas por toda la ciudad. Si nos alejamos del centro, las hay que tienen magnífico vino de Yepes y cerveza fría. Allí se unen con los incontrolables libertarios que, junto a sus compañeras disfrazadas de milicianas, con monos azules o caquis, son lo más pintoresco del lugar. Estas se ponen los correajes para acentuar sus curvas y los pañuelos coloridos que se atan al cuello realzan sus melenas. También hay una legión de periodistas que aburridos de ver que la única novedad es la lenta demolición de esa belleza arquitectónica tienden a magnificar los pequeños sucesos que ocurren durante la contienda. En el fondo tienen que justificar su viaje, en ocasiones de lejanos países. Ya ve usted que esto no es precisamente Verdún. Pero para toda esa gente lo será en sus conversaciones de amigotes o en historias que les contarán de viejos a sus nietos.

Por fin llegaron a la parte de atrás de Zocodover y detuvieron el coche.

—Aquí toca ir a pie —le informó Quintanilla al sacerdote—

tendremos que pasar por detrás hasta el convento de la Santa Cruz. Pero hay que atravesar los restos de la posada de la Sangre, que está en ruinas, así que lleve cuidado.

Pasaron por la zona izquierda de la plaza hasta llegar al conjunto de casas que hicieron en su día la posada de la Sangre, de la que no quedaba más que el arco de acceso a la plaza. Descendieron hacia abajo en dirección al rio para subir inmediatamente hacia la parte trasera del convento. En una puerta trasera había unos milicianos montando guardia. Tras presentarse y mostrar sus salvoconductos los acompañaron por un patio columnado hasta el cuerpo principal del convento, donde subieron por unas escaleras hasta el segundo piso.

—Ahora con cuidado hay que ir hasta el fondo del pasillo. En el último cuarto está el altavoz. Cuidado por las puertas que puede colarse alguna bala —advirtió el miliciano que los acompañaba.

Entraron en un cuarto grande que parecía un antiguo museo, las paredes gruesas de más de un metro de anchura tenían las ventanas protegidas con sacos terreros dejando una pequeña apertura que daba directamente al gobierno militar del Alcázar. Era la posición más ventajosa y protegida cerca de las dependencias exteriores. Sus enemigos estaban a menos de veinte metros de distancia, por lo que prácticamente no hacía falta altavoz para comunicarse. Aun así, Luis Quintanilla lo cogió y llamo repetidamente a los del Alcázar. Quizás por su insistencia o porque en ese momento no había fuego artillero respondieron éstos.

—Tenemos el sacerdote que nos solicitasteis aquí con nosotros. Dispuesto a entrar a daros los auxilios espirituales que pedisteis.

Se hizo un silencio que duró sobre quince minutos por parte de los del Alcázar, en el que Quintanilla repitió el mensaje al menos seis veces. Por fin una voz distinta a la anterior contestó preguntando quién era el sacerdote.

—El canónigo magistral de Madrid —contesto el pintor—, don Enrique Vázquez Camarasa.

—¿Puede repetir el nombre? —pidió la voz.

—Enrique Vázquez Camarasa –dijo marcando cada palabra Quintanilla.

—Un momento —respondió la voz.

El momento duro otros quince minutos, hasta que por fin se escuchó la misma voz dando su conformidad.

—Conformes. Puede entrar por la Puerta de Carros mañana a las nueve de la mañana, donde será recibido por un oficial.

—El tiempo, recuérdeles el tiempo —instó Camarasa al pintor.

—Estará tres horas —dijo finalmente Quintanilla—Saldrá a las doce en punto. Durante ese tiempo por ambos lados se suspenderá absolutamente el fuego. Esperamos que el sacerdote sea tratado con el

máximo respeto.

—Desde su entrada en el Alcázar se encontrará con caballeros —replico enfática la voz.

—Pues hasta mañana a las nueve —se despidió Quintanilla, y ya sin altavoz siguió hablando a sus compañeros—. ¡Vaya ínfulas tenía el fulano! Ya ha escuchado usted, mañana estará entre caballeros.

Todos menos el cura rieron la broma y hablando del suceso salieron hacia correos, donde les esperaba el coronel para cenar.

Desde la calle Sillería llegaron a la plaza San Vicente, donde el sacerdote pidió un momento para descansar.

—¿Falta mucho don Luis? No estoy acostumbrado a tanta cuesta y me falta la respiración —justifico el sacerdote.

—Nada. De hecho, es esa casona de ahí enfrente, metiéndose hacia la calle Plata.

—¿Aquel edificio nuevo?

—Nuevo ahora camarada —explico Manolo—. Pero es el antiguo hospital de Balsamo que viene del siglo XV. Dejaron de atender a sifilíticos a mediados del XVII y desde entonces se ha usado para todo, incluido ser sede del banco de España. Pero a principios de este siglo lo tiraron para hacer el edificio de correos respetando el portalón de los cordones que desplazaron más adentro de la calle.

El sacerdote miró con curiosidad a donde señalaba Manolo y vio un portalón de piedra flanqueado por dos columnas que sujetaban un dintel de piedra tallada, con forma de semicircunferencia. Aunque lo más llamativo eran unos cordones labrados en la piedra que bordeaban toda la puerta.

—Ha dormido aquí algún rey —exclamo Camarasa.

—¿Por qué dices eso? —le pregunto Manolo.

—Cuando una casa tiene cordones o cadenas flanqueado su entrada es que un rey durmió en ella. Es una antigua tradición que aprendí en el seminario. Como ve no todo es estudiar teología.

—¡Pues hala! —invitó Quintanilla—, vayamos nosotros a cenar como los monarcas.

Entraron en el edificio y sin entrar en la oficina propiamente dicha tomaron unas escaleras que había a mano derecha para subir al primer piso donde en un salón grande se oía jaleo. Quintanilla entró directamente sin llamar ni avisar y vio al coronel Barceló vestido con pijama tumbado en un diván atendido por una joven de pelo muy rubio que en ese momento le servía una copa. En la estancia estaban también tres hombres que el sacerdote dedujo que serían de su estado mayor. Hacían un corrillo comentando algo mientras tomaban refrescos y vino. Camarasa percibió la cara de disgusto del pintor comprendiendo que no era la manera más apropiada de estar en un estado de guerra. Así lo debió entender también el coronel, puesto que

se levantó para atender a los recién llegados.

—Buenas noches camaradas. ¿queréis una copita de un auténtico güisqui? Podéis serviros del bufé donde hay soda, hielo y buenos vasos. Pero antes permitirme que os presente al coronel Vicente Rojo, al famoso capitán Sediles y al periodista José Luis Moreno.

En ese momento llegaba a la sala el capitán Carrero y Quintanilla aprovechó para presentar a sus invitados.

—Camaradas os presento al que ya conocéis la mayoría por ser el artífice de la destrucción de la fortaleza, el capitán de artillería Salvador Carrero. También viene conmigo el canónigo de la catedral de Madrid, el ilustre Enrique Vázquez Camarasa. Y para los que no me conocéis, soy Luis Quintanilla.

—¿Tú eres el pintor del monumento a Pablo Iglesias? —preguntó el periodista.

—Correcto. Pintor, dibujante, fresquista, repujador, grabador, ceramista, escritor, retratista, fotógrafo…, cosas que he dejado aparcado para poder dedicarme al restablecimiento de la normalidad democrática.

El artillero que se había quedado callado al conocer el oficio de Camarasa intervino pare pedir disculpas.

—Mira que si llego a saber que eras el cura que tenía que soltar a los rehenes no hubiera destrozado los despachos. Hubiese dejado el tiro para otra ocasión.

—No hay de qué disculparse. Aquí cada cual lo hacemos lo mejor que podemos —respondió el sacerdote comprobando que el ambiente se había distendido.

—Vayamos al comedor, que hoy creo tenemos cena de la buena —invitó Barceló—. Además, estaría feo dejar enfriar lo que con tanto mimo han guisado los cocineros.

De la cocina salían unos aromas que hicieron salivar al sacerdote. Se obligó a recordarse que se había autoimpuesto ser frugal en las colaciones nocturnas para cuidar su salud. Pero comenzaron a salir platos de todo tipo que hacían que su hervido o sopa nocturna se le asemejase una triste caricatura. Quesos regados de vino, con una buena hogaza de pan recién salido del horno para abrir el apetito. Pimientos fritos con abundante aceite y ajo hacían de guarnición junto a unas patatas fritas muy saladas, de un chuletón asado a la plancha para desgrasarlo de manera natural. Por último, sacaron unas manzanas asadas al horno con canela y almendras, que debieron de hacer para aprovechar el calor de hacer el pan. La cena fue muy interesante para el sacerdote que se puso al día de todo lo sucedido. Al acabar reusó quedarse a tomar una copa alegando que quería prepararse para la jornada del siguiente día y despidiéndose de los presentes se fue con Quintanilla al hotel Castilla donde el pintor le

había reservado una habitación junto a la suya.

—Nos vemos mañana a las siete y media.

—Perfecto, gracias por la cena.

—De nada. He llamado al ministerio de guerra para decir que todo está preparado y me han pedido que le trasmita el agradecimiento del gobierno.

—Haré todo lo que pueda para liberar a esos rehenes. De hecho, esta noche la pasaré rezando para que así sea.

—Descanse usted en paz, que seguro que lo consigue. Mañana nos vemos.

Siervo de dios (11 de septiembre)

A la mañana siguiente el cura se sorprendió de lo bien que había dormido. Se castigó un momento por su debilidad, ya que apenas había rezado. Las emociones de los días pasados le tenían agotado —se justificó a si mismo—. Tras lavarse la cara se aseó el pelo y bajó a recepción, donde ya estaba el pintor esperándole con uno de los hombres que vino en el coche con ellos.

—Buenos días, padre. Si me hace el favor de acompañarme iremos a comandancia. Desde allí pediremos el alto el fuego y cese de hostilidades en el tiempo que emplee usted.

—Le tengo que pedir un favor don Luis. Con las prisas del traslado no tengo apenas más que este breviario y me gustaría disponer de un crucifijo al que asirme cuando me acerque a ellos. ¿Sería tan amable de conseguirme uno?

Luis miró a su compañero que entendió el mensaje y se despidió de la pareja para ir en busca de uno. En la puerta de comandancia le esperaban Barceló, el periodista de El Sol y un par de oficiales que no conocía. Hablaron diez minutos sobre el plan a seguir, cuando llegó el compañero de Quintanilla corriendo con un crucifijo dorado, de unos treinta centímetros de altura.

—Lo he traído del convento de santa Úrsula —explicó.

—Pues en marcha —ordenó Barceló—, no perdamos más tiempo.

Fueron andando hasta la plaza de Zocodover seguidos por un gran número de milicianos que se iban sumando al cortejo. Antes de encarar el sacerdote la cuesta acompañado tan solo por el teniente coronel Barceló, el capitán Sediles y el pintor Quintanilla, rogó que volviesen a avisar de que subía a cumplir con lo solicitado. El coronel dio la orden. Enseguida se volvió a escuchar el megáfono que recordaba la tregua y advertía de que el cura subía. Camarasa sacó un pañuelo grande y blanco que tenía en el bolsillo. Levantó ambas manos en alto, mostrando el crucifijo en una y el pañuelo en la otra, y muy serio comenzó a subir la cuesta escoltado por los tres hombres. El silencio era atroz. No se oían los pájaros que habían huido por las bombas, los del Alcázar estaban expectantes y deseosos de recibir a un sacerdote y los milicianos aguardaban nerviosos confiando en que el cura sacaría a todos los rehenes. La puerta de Carros se abrió cuando el cura se acercaba. Salieron tres hombres barbados y muy delgados. Los hombres que tenía delante eran los escogidos, por falta de curas, para realizar los oficios y mantener la llama de la fe entre los defensores. El comandante de infantería Martínez Simancas y el profesor Andrés Marín quedaron detrás para dejar hablar al capitán de infantería Sanz de Diego. Este, con porte gallardo, aparentaba una normalidad y elegancia que su figura desmentía. Miró a Marín, que

era el único que podía verificar la autenticidad del cura por haber presenciado varias charlas del canónigo en Madrid, y como asintió dio por válido al personaje.

—¿Debe salir el sacerdote a las doce en punto? —preguntó.

—Eso es lo convenido —respondió Quintanilla—. A las doce en punto volveremos a buscarle.

Aceptando las condiciones con un asentimiento de cabeza, el capitán sacó un pañuelo que debió ser blanco en tiempos mejores, y vendó los ojos al sacerdote. Le cogió del brazo y, junto a sus compañeros, cruzaron la puerta que se cerró detrás de ellos.

El coronel estaba realmente impaciente por recibir a aquel cura. Sabía que no podía fiarse de un enviado del comité, ni siquiera si este era un ministro del Señor, pero esto no era una reunión formal y lo recibió en su despacho con toda la oficialidad. Se puso en pie rápidamente en cuánto entró Marín a la estancia.

—¿Y bien, querido profesor? ¿Es quien dice ser?

—Sí, le he reconocido a pesar de estar más delgado, aunque he de decir que no me ha caído en gracia que viniese vestido de paisano. Hay algo en su porte altivo que contrasta con el espíritu que aquí se respira.

—Eso ya lo hemos discutido y no todo el mundo es partidario de su entrada. Es evidente que si lo envía el enemigo tendrá intenciones de minar la moral, y contra eso sí debemos estar alerta. Una buena moral es la diferencia, en muchas batallas, entre la victoria y la derrota. Pero también es cierto que pueden ser nuestros últimos días en la tierra, y despreciar la posibilidad del consuelo de la confesión y eucaristía no es algo a lo que podamos renunciar. Al fin y la postre, es un sacerdote de la Iglesia, y no vendrá a hablar de guerra sino de paz y perdón. Y por respeto a quien representa se le tratará como un amigo.

—Aquí llega con el capitán Sanz de Diego —dijo Marín—, así que juzgue usted mismo.

Entró despacio un hombre que rondaba los cincuenta y cinco años. Vestía un traje azul marino de raya diplomática. La corbata, gris claro, lucía sobre una camisa blanca a juego con un pañuelo que salía elegantemente del bolsillo de la chaqueta.

—Hola padre. Es un honor para nosotros recibirle. Ha de saber que nos sentimos como un rebaño sin pastor, necesitado de asistencia espiritual.

—Encantado de saludarle, coronel. Si me dice que plan tiene dispuesto para mí, se lo agradeceré. Le recuerdo que solo les han concedido tres horas.

—Por supuesto, pero he de confiarle que la gente espera que se quede con nosotros. El día que cerramos las puertas nos dimos cuenta de que no quedó con nosotros ningún sacerdote.

—¿Cuántos son ustedes?

Se hizo un silencio incómodo, aunque Camarasa hizo la pregunta como distraído.

—Ha de comprender que es un dato sensible. Una información que podría usar el enemigo y no puedo responder a su pregunta. Pero quizás sí pueda usted ayudarnos, con información de cómo están las cosas ahí fuera. Teníamos entendido que están asesinando a sacerdotes y quemando iglesias. ¿Es cierto esto?

—No, para nada. Sí que han precintado las iglesias, pero respetándolas. Y en cuanto a mi persona, por ejemplo, me saquearon la casa. Pero al día siguiente, sin hacer yo ninguna gestión, me lo devolvieron todo. Además, pusieron un letrero de la CNT en la puerta declarándola protegida por ese sindicato.

—También hemos oído que en Madrid no hay comida. Que la gente usa cartillas de racionamiento en colas interminables —dijo Villalba que no se fiaba de ese cura.

—Es cierto que hay colas, pero son pequeñas y por lo tanto poco duraderas.

Le hicieron al sacerdote alguna pregunta más, para saber como estaba la vida ahí fuera. El canónigo, se refería a todo como si la vida fuese prácticamente normal. Algo que chocaba frontalmente con lo que el ya famoso Rosel y sus amiguitos, decían casi todas las noches desde San Servando. Este albañil, acompañado de sus camaradas, se dedicaban a describir con el megáfono lo que les hacían a sus mujeres. Acusándolos a ellos de dejarlas solas por estar ahí encerrados. Eso entre otras lindezas parecidas. No sabían si sería mentira o cierto. Pero tenían claro que, para muchas familias de los que allí resistían, era totalmente plausible. Finalmente, Moscardó pidió que les dejasen solos para confesión. Estuvieron hablando un buen rato. Camarasa aprovechó para darle una carta de Barceló, en la que volvía a pedirle la rendición o la evacuación de los civiles del edificio.

—¡No señor! ¿No habrá venido aquí como emisario del enemigo a forzar la rendición?

—¡Dios me libre, coronel! Yo solo digo que en esa carta también se habla de salvar la vida de las mujeres y niños. Por eso como sacerdote creo que es mi deber apostar por la vida y el perdón, más que por la muerte y la guerra. Por eso no vengo a pedirle rendición ni hago de emisario de ningún gobierno. Solo abogo por el camino que considero mejor y más cristiano.

—Tal vez los deseos del gobierno y sin duda también los de usted, vayan guiados por la mejor intención. Y yo haría lo posible por que esas mujeres y niños fuesen puestos a salvo; pero tengo noticias fresquísimas de los sucesos que están ocurriendo en muchos pueblos y ciudades de España. Así que no hablemos más del caso y hablemos de

como ganarnos el cielo.

—¡Si ya se han ganado ustedes el cielo! —dijo Camarasa—. ¿Para qué más? Suponiendo que esta noche murieran todos, irían derechos a gozar de la presencia de Dios. Por consiguiente, han alcanzado lo que importa alcanzar. Ya no ha lugar a insistir. Pero, esas criaturitas, esas indefensas mujeres. ¿No sentirá usted en su conciencia el peso de lo que les puede acontecer? Reflexione, coronel, reflexione. Es la voz de Dios la que le llega por mi mediación.

El coronel cortó en seco: ¿viene usted preparado para confesarnos, darnos la comunión y celebrar la misa?

—Si, vengo preparado.

—Pues apresurémonos que el tiempo va pasando y a las 12 termina el plazo. Eso y que en la homilía no se pronuncie la palabra rendición. Voy a dar órdenes para que se prepare el altar.

A Moscardó no le gustó que este hombre llegase con esos aires de superioridad moral. Había apretado su conciencia mucho más de lo que quería dejar traslucir. Pero era demasiada la necesidad que tenían de un sacerdote y se obligó a pasar por alto los envites a su orgullo.

—Hemos pensado celebrar una eucaristía —dijo Moscardó—y que confiese a la gente. Tenemos dos niños sin bautizar, cuyos padres han solicitado recibir las aguas bautismales. Terminaremos en la enfermería, donde un número importante de heridos esperan recibir la comunión y en algunos casos la extremaunción.

—Pues si le parece bien, despachamos estos asuntos primeramente —respondió Camarasa.

Tras confesar a los oficiales que esperaban en el pasillo Moscardó llamo a su amigo el profesor.

—Don Andrés. ¿Quiere usted hacer el favor de acompañar al padre donde están las hermanas? No hace falta que le lleve con los ojos vendados.

—Le agradezco ese detalle coronel —matizó el sacerdote—. Ir a ciegas es sumamente incómodo.

—Sígame padre.

Sin esperar respuesta se giró Marín para salir, por lo que el canónigo salió con él, dejando al comandante pensativo y con un sentimiento de decepción y tristeza. Los pasillos revelaron al sacerdote una multitud hacinada de personas andrajosas que le miraban sorprendidas, llenas de devoción y esperanza. Todavía no se acostumbraba al hedor que le mareaba, pero trataba de reponerse. Paró al ver un grupo más numeroso de mujeres, las cuales, al verse honradas por el interés del canónigo, se arrodillaron esperando su bendición.

—Por favor, señoras. No me honren. Soy un simple cura enviado a decir misa e interesarme por ustedes. ¿Os tratan bien? ¿Cómo están

los niños?

—No entendemos su pregunta padre. ¿Quién nos iba a tratar mal?

—Supongo que preferirían estar en la seguridad de sus casas.

—Pero padre si hemos sido nosotras las que hemos querido seguir a nuestros esposos. Recuerdo que en el matrimonio hicimos votos de permanecer con ellos en lo bueno y lo malo y ahora nos toca la parte más fea.

Camarasa, visiblemente sorprendido, reanudó la marcha detrás de Marín que se le había quedado observando. Llegaron a una estancia menos sucia, donde cuatro monjas nerviosas salieron contentas a recibirle.

—Gracias a Dios que ha venido usted. Este infierno sin el consuelo de la eucaristía es difícil de sobrellevar, menos mal que la fe de esta gente es fuerte y nos consolamos con mucha oración.

—¿Padre podrá confesarnos mientras estos jóvenes terminan de preparan el altar? Preguntó la más mayor de las monjas.

—Claro claro, —dijo Camarasa.

El ministro de Dios pensó que la idea de la confesión de esa gente, sería una fuente de información para las dudas que le asaltaban, aclarando así lo que de verdad estaba sucediendo en esos sótanos que olían a cloaca.

Camarasa no sacó nada en claro. Es más, estaba más confuso todavía. No entendía como toda esa gente tenía tanta fe en sobrevivir. Ni de donde sacaban esa confianza en que serían prontamente liberados. Él estaba seguro de que persistir en su obstinación solo los llevaría a morir por la mina o los milicianos, y ese sitio estaba lleno de niños y mujeres. Su determinación de evitarlo se hizo firme.

—Padre, según el misal hoy es la fiesta de los Santos Mártires Proto y Jacinto, del común de mártires —dijo la madre superiora, Josefa Barber—, por lo que debería llevar casulla roja. Pero no tenemos más que esta blanca. He pensado que, como hoy es una fiesta simple, podemos hacer una misa votiva al Sagrado Corazón de Jesús o a nuestra Madre, ambos tan ultrajados. ¿Qué le parece?

El padre Camarasa se quedó un instante meditando. Antes de venir al Alcázar se había preparado el sermón y cambiar ahora de evangelio le suponía un traspiés a sus planes.

—Hermana —respondió finalmente el sacerdote—, el señor no tendrá en consideración qué tipo de vestimenta me ponga para la celebración, sino el hecho mismo de la eucaristía. Así que celebraremos la fiesta de los mártires, que es altísimo tema para tratar en estas condiciones.

—Lo que usted considere —le respondió la superiora, que solo le importaba recibir al Señor—. Por otro lado, ya conoce al profesor Andrés Marín. Él ejercerá de acólito para ayudarlo en la misa.

—La verdad es que no he tenido el placer de hablar con él como para conocerlo. Pero sospecho que por su mirada inquisitiva él a mí si me conoce. ¿Me equivoco?

—En absoluto padre. He tenido la suerte de asistir a alguna de sus famosas prédicas en Madrid. Pero si le parece bien procedamos a su revestimiento, que la gente está nerviosa.

Sin más dilación le fue poniendo todos los ornamentos litúrgicos, mientras las hermanas salían a preparar el altar. Aprovechando que se quedaban relativamente tranquilos en el cuarto decidió sondearle.

—Padre, ¿qué tal se le dio la reunión mensual de canónigos? —preguntó cómo por decir algo Andrés.

A Camarasa no se le pasó por alto las verdaderas intenciones de aquel hombre.

—Hijo, he estado todo este tiempo recluido en una celda. La situación no es tranquilizadora, pero nada se gana con dejarse matar en este edificio. Hoy hablaré del martirio. Pero esto no es martirio, es una locura colectiva.

—¿De verdad cree usted que nos queremos inmolar en el edificio? No es la idea, pero mucho menos exponerse a la furia de los de ahí

fuera. Según ellos, por los mensajes que nos lanzan por el altavoz, no han dejado un sacerdote vivo. Y les puedo creer por sus antecedentes. De hecho, creo que estará más seguro aquí con nosotros. Por ahora le han respetado, pero esa situación puede cambiar mañana.

Camarasa sabía que era cierto lo que aquel hombre, alto y de mirada sería decía. Tras su aspecto sucio y ropas desgastadas percibía estar con alguien culto y sensato, de los que predicaba con sus actos lo que hablaba su boca, y eso le daba miedo. Él se movía bien en el mundo de las pasiones personales. Era fácil manejar a los hombres cuando se conocían sus aspiraciones. Moviendo algunos hilos, con el poder de las palabras, uno llegaba tan lejos como los que tenían dinero, si no más. Tan solo el poder terrenal de la política era superior a estos dos, aunque normalmente más efímero, pero él pensaba que con el verbo podía alcanzar ambos. Solo era cuestión de tiempo, pero esa maldita guerra se había interpuesto es su carrera fulgurante. Y hombres como el que tenía enfrente, eran difícilmente manejables. Decidió ser cauto.

—Quizá tenga razón, hijo mío. Pero van a volar este edificio por los aires y así moriremos seguro. Fuera siempre queda un resquicio de esperanza para vivir y seguir propagando la palabra de Dios. Si como dice, la situación es tan mala, nuestra obligación está en intentar llevar su mensaje a este mundo que se desmorona. Y no pegando tiros desde estas ruinas mientras esperamos que nos vuelen. No hay martirio ni gloria en ello.

Marín calló, apenado de ver a aquel hombre atrapado por la vida. Por no dejar la conversación abierta la cerró con un lacónico “sea”. Terminó de colocarle la casulla blanca, mientras observaba la pulcritud con que se alisaba los pliegues de las vestimentas. Salieron en procesión hasta una esquina del pasillo de los sótanos. Allí las hermanas habían llevado el altar de la capilla que era de madera clara. Decorado frontalmente con las letras A sobre una M, en clara devoción al Ave María. Estaba cubierto por un mantel litúrgico blanco con decoraciones laterales. La pared trasera tenía una gran bandera bicolor, que servía de fondo a una pequeña imagen de la Inmaculada a la cual rezaban todos con gran devoción. El altar quedaba estratégicamente centrado en la confluencia de dos pasillos atestados de gente. Estaba todo el personal civil, madres, niños, chóferes, soldados fuera de servicio... No cabía un alma. Entre un estrechísimo pasillo, que abrió a codazos un par de guardias, pasó la comitiva. Delante de todo pasó el comandante Martínez—Simancas, portando la cruz. Le seguían en fila, pues era imposible pasar juntos, llevando una especie de cirio artesanal elaborado con botes de conserva y sebo de caballo, el capitán Sanz de Diego y el profesor Marín. Tras ellos, iba el padre Camarasa con gesto serio y mirada triste. Cerrando la comitiva

el coronel Moscardó. Con todo preparado y todos en su sitio, en un silencio asombroso, comenzó la misa. Todo transcurrió con normalidad. Con una devoción encendida por parte de los fieles, pero normalidad al fin y al cabo, hasta el evangelio. En este punto Camarasa sabía que era su momento. Leyó el evangelio:

—En esto, juntándose por millares la multitud, tanto que unos a otros se atropellaban, comenzó a decir a sus discípulos, guardaros de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía.

Aquí paró y miró a la multitud allí congregada, como haciéndoles ver que ellos eran los que estaban recibiendo ese mensaje del propio Jesús ahora mismo.

—Porque no hay nada encubierto que no haya de descubrirse— continuó—, ni oculto que no haya de saberse.

Aquí miró directamente al coronel Moscardó, que se revolvió incómodo en su sitio

—Por tanto, todo lo que habéis dicho en tinieblas, a la luz se oirá, y lo que habéis hablado al oído en los aposentos, se proclamará en las azoteas.

Más os digo, amigos míos, no temáis a los que matan el cuerpo y después nada más pueden haceros. Pero os enseñaré a quien debéis temer, temed a aquel que después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno. Sí, os digo, a ese debéis temer.

La última frase la dijo elevando la voz, casi enfadado, y al terminarla, calló. En realidad, el evangelio seguía, pero lo que continuaba no le interesaba para el sermón que pensaba dar. Quería acabar ahí, y tras dejar que la gente rumiase lo que acababa de decir, puntualizó para dejar clara la cosa:

—Es palabra de Dios.

Pilló por sorpresa a la gente que, efectivamente, estaba meditando el significado de ese evangelio en su vida actual. Con la total atención de un público entregado, Camarasa aprovechó para cumplir con su propósito.

—Todos sabemos que la muerte va royendo las entrañas de esta fortaleza, acercándose el tiempo de ir al Padre. O al menos eso creemos. Pero la realidad es que, en el momento del juicio, todos nuestros actos, pensamientos e intenciones saldrán a la luz. En ese instante se desvelarán los motivos que nos empujaron a este final. Quizás por obediencia, quizás por patriotismo. Pero también, quizás, por cabezonería, que no dista mucho del orgullo e incluso la soberbia. En el momento que nos presentemos ante Dios y nos interpele, ¿qué le diremos? ¿Que como militares luchamos por proteger a los nuestros de un peligro inminente? O quizás, ¿que juzgamos sobre el futuro incierto, exponiendo a los que nos dio a proteger? También nos preguntará por nuestros actos, por la guerra que se ha desatado, las

muertes que condena y las desgracias que genera. Y nos puede preguntar: ¿es lo mismo el martirio de Proto y Jacinto que hoy festejamos, que lo que nosotros estamos haciendo? Dos hombres que se dejaron matar por no negar a Dios, sin generar odio, destrucción y muerte a su alrededor. ¿Nos dejamos matar por amor, o nos defendemos con odio?

Aquí Camarasa calló. Dejando un silencio, roto tan solo por algún sollozo de mujer, pero no era suficiente. Tenía su atención y les estaba generando interrogantes, pero no era suficiente. Decidió cambiar de registro, ir a la fibra sensible del ser humano. Y si alguien lo podía lograr era él, orador de la catedral, sermonero real.

—Vivimos tiempos convulsos. La calle está llena de proclamas y promesas. Desde los altares decimos cosas que, a veces, son contrarias a las escuchadas desde los sillones de las cortes. La radio, cada momento, nos sobresalta con una nueva noticia de atentados y revueltas. España está partida, entre los que buscan la felicidad en las tradiciones y los que la buscan mirando al futuro. Nos hemos enfrascado en una guerra entre hermanos, tratando de imponer por la fuerza lo que creemos más bueno. Pero nosotros como cristianos debemos pensar en cómo comienza el evangelio de hoy. Pero no como si Jesús hablase para otros, ya que habla para nosotros. En aquel tiempo los fariseos eran los hombres más santos y rectos. Sin embargo, Jesús alerta contra ellos... Y digo yo, ¿no seremos nosotros los fariseos de este tiempo? ¿No nos estaremos inmolando ciegamente en la creencia de la posesión de la verdad?

Volvió a guardar un segundo de silencio. Aprovechó para tomar aire, pues sin darse cuenta estaba él mismo conteniendo la respiración. Con el resuello recuperado concluyó

—Aquí veo familias enteras, mujeres jóvenes y mayores, abuelos y niños que corren o toman pecho, un pueblo que camina decidido a su destrucción. Pues si esa es vuestra decisión pongámonos en presencia de Dios. Juzguemos nuestras faltas para recibir el perdón de nuestros pecados. Y ya que no puedo confesaros uno a uno os daré una absolución general.

Mirándolos, como si ya estuviesen muertos, impartió la extremaunción general. Este acto provocó el llanto ahogado de casi todos los presentes. Hasta los hombres, más reacios a mostrar debilidad, lloraron de manera contenida. La sola estancia en ese infierno, en el que cada momento había que demostrar la hombría con hechos, había dado la oportunidad de sacar a flor de piel los sentimientos sin menoscabar un ápice su valor. Y es que el recibir la extremaunción, como un enfermo en sus últimos estertores, conmovía al hombre más recio. Esto provocó el impacto en los mas pequeños, que veían llorar por primera vez a sus padres. Marín, que estaba tan

afectado como los demás, jugaba con la ventaja de imaginar las intenciones de ese sacerdote al que había sondeado y juzgado. Se concentró en lo que llegaba ahora, no podía despistarse en sus pensamientos y emociones. Se había propuesto estudiar cada movimiento del cura, para asegurarse que cumplía estrictamente las fórmulas de la consagración para que fuese válida. Revisó mentalmente cada fórmula empleada por Camarasa, y hasta hizo un esfuerzo mental para leer los labios en las fórmulas secretas. Tan metido estaba en estudiar al sacerdote, que se sorprendió cuando éste le miró inquisitivo. Le costó un momento, que se le antojó eterno, reaccionar al darse cuenta de que le pedía el velo humeral. Pasado el susto de creerse descubierto, le ofreció lo que demandaba. Se obligó a abstraerse para adorar a Dios eucarístico que ahora aparecía izado por las manos del sacerdote. Fue un momento mágico. El tiempo que permaneció el cura con las manos en alto, exponiendo la Sagrada Forma, no se escuchó nada. No se oían voces, no se oían bombas ni explosiones, no se oían disparos. El silencio era absoluto y parecía que la gente contenía la respiración, tratando de no destruir ese instante mágico, tanto tiempo esperado. Camarasa, que percibió claramente ese deseo de Dios, se conmovió profundamente y alargó el momento más de lo acostumbrado.

El silencio era extraño. Francisco estaba de guardia y no acudió a la misa muy a su pesar. Al resto de sus compañeros no parecía que eso les afectase demasiado.

—Quita ya esa cara de pena que nos la vas a contagiar —le dijo su amigo Julio—. Dios valorará más tu entrega a los demás estando en el puesto que te ha sido asignado que viéndote arrodillado delante de un cura y rodeado de mujeres y niños.

—Era una buena oportunidad para alimentar el alma. Tanto tiempo asilvestrado, pegando tiros y alimentando el odio, creo que nos está embruteciendo. Sinceramente ya no veo mucha diferencia entre una mula y vosotros.

En ese momento un falangista llamado Nicolás que estaba en las ventanas de más a la derecha llamo a los hombres que les combatían y no estarían a más de cincuenta metros de distancia.

—Vosotros —llamó—. Si es verdad que tanto nos queréis, invitándonos a pasarnos a vuestro bando para degustar todo lo que prometéis, podíais al menos acercarnos algo de tabaco para que nos hagamos el ánimo.

Antón estaba con sus guardias por ese sector, controlando que la gente respetase el alto el fuego.

—No me fío de Basilio. Es un mal bicho y me consta que si por él fuera no respetaría ni los muertos.

—Oye Antón. ¿No están llamando los del Alcázar?

—Si es cierto. ¿Qué dicen?

—Quieren que les demos tabaco —dijo Ramón.

La voz de Nicolás volvió a escucharse.

—Vosotros ahí con abundancia de todo y diciendo que los de aquí adentro somos unos canallas por sublevarnos. Si fueseis la mitad de hombres que nosotros ya nos habríais dado tabaco. ¿Ya no quedan bravos entre vosotros?

De repente una cajetilla Salió disparada de una ventana de enfrente impulsada por una onda, con tan mala suerte que se estrelló junto al marco de la ventana y cayó al suelo de la parte de afuera. Los falangistas que protegían esa ventana reclamaron un nuevo intento que se produjo unos minutos después, con el mismo resultado. Ahora eran dos los paquetes que desde el suelo casi estaban al alcance de los falangistas. Estos, desesperados, sacaron una cuerda con un nudo corredizo en el extremo tratando inútilmente de coger los paquetes. Todos permanecían callados contemplando el inútil esfuerzo de los sitiados por recoger el tabaco.

—¿Qué pretenden hacer con esa cuerda? —decía Santiago a Antón —¿no ven que es imposible? Lo más que van a conseguir es moverlo

por el polvo. ¿Por qué no lo dejan? ¡Es ridículo!

—¿Tú que harías si estuvieses desesperado? —le pregunto Antón— ¿No harías cualquier cosa por muy ridícula que pareciese?

De repente Santiago que había permanecido pensando, se levantó y salió a descubierto seguido por Antón que trataba de detenerlo.

—¿Adónde vas loco?

—Vosotros —gritó para llamar la atención de los de la academia mientras su amigo se quedaba a resguardo asustado—. Dejad de hacer el ridículo con la cuerda, que aquí hay bravos de sobra para engancharos el tabaco.

El silencio era absoluto. Se oía el viento de verano que arrastra el polvo de medio día, en el que hasta las moscas van buscando la sombra. Santiago avanzó hasta el muro de las dependencias exteriores donde estaban los falangistas maravillados de la bravura de ese hombre que andaba por tierra de nadie como si nada sucediese. Se agachó y cogió las dos cajetillas anudándolas a la cuerda que colgaba desde una ventana.

—Ya tenéis el tabaco. Ya sabéis que al otro lado hay hombres igual de gallardos que los que estáis ahí encerrados.

Se volvió como había venido sin mirar atrás. Seguido por el roce de la cuerda izada por los felices falangistas y la mirada de Antón que contenía como podía su desbocado corazón.

—¿Pero estás loco? —le espetó nada más entró a resguardo—¡Eres un insensato!

—Querían tabaco, ya tienen tabaco. Nada nos pueden achacar.

Finalizada la eucaristía, Camarasa bautizó dos niños que habían nacido en ese tiempo de encierro, constatando como aquella gente que vivía hacinada se parecía más a un pequeño pueblo que a verdaderos prisioneros del mando militar. Se organizó una improvisada procesión para llevar la comunión a los enfermos. Por el ambiente de recogimiento y fe que había en los sótanos, Camarasa se vio involuntariamente metido en su papel, empatizando con esa pobre gente. Expuso el Santísimo y fue cubierto inmediatamente por una especie de palio. Avanzaron despacio hacia la enfermería. La gente que abarrotaba los sótanos se arrodillaba en el suelo ante el paso de la comitiva y contemplaban la sagrada forma con una devoción que conmovía al sacerdote. Improvisados cantos eucarísticos comenzaron a salir de las gargantas mal templadas de esa gente. Camarasa no pudo evitar emocionarse y sus lágrimas acompañaron a las de los emocionados defensores. Al entrar a la enfermería, los hombres que podían se incorporaban en sus catres para recibir la comunión. Visiblemente conmocionado el canónigo, subió una vez más al despacho de Moscardó. Sin perder de vista la principal misión que allí le había llevado, se rehízo y trató, una vez más, de forzar a Moscardó

para que liberase a las mujeres y niños.

—Coronel —insistía Camarasa—, piense en lo que le he dicho. No es necesario que estas mujeres estén aquí cuando explote la mina. El Gobierno se ha comprometido a cuidar de ellas, y su muerte pesará en su juicio cuando se presente ante Dios nuestro señor.

Moscardó mandó llamar una mujer que hablase por el resto.

—Padre, le ruego que no fuerce más mi conciencia. Hasta ahora creo haber hablado por el sentir de toda esta gente. Pero, como parece no creer en mis palabras, hable usted con las mujeres que quiere sacar de esta fortaleza. Aquí esta doña María del Carmen, hija y esposa de guardias civiles que protegen esta plaza, como casi todas las que ha visto en los pasillos. Ella será una buena interlocutora del sentir general, por lo que puede hablar por el resto.

La hija del teniente coronel Romero, era una mujer más bien alta, de cuerpo recio y pelo largo ya encanecido. Tenía la mirada decidida, y aunque no tendría muchos más de cuarenta años, sí aparentaba más edad. Tenía las manos curtidas de trabajar y aunque sus hechuras no eran de alguien que pasase hambre, sus movimientos decididos no eran los de alguien con una vida regalada. Camarasa tuvo claro que podía ser la hija del jefe de la guardia civil de la plaza, pero no era una señorita ajena al pueblo con el que convivía.

—Estimada señora. He estado hablando con el coronel Moscardó sobre la inminente voladura del edificio. Si abandonaran el Alcázar, se les dará cuidado y cobijo a su salida, garantizándoles en todo momento la seguridad. El coronel Moscardó le da libertad a usted, y todas las demás familias que deseen salvarse, de salir libremente. Quedan libres de toda presión o coacción que hubiesen tenido para someterse a este encierro. ¿Qué puede haber más importante que salvar la vida de nuestros seres queridos e hijos?

—¿Coaccionadas nosotras? ¡No! He hablado de este asunto con todas las mujeres del Alcázar y todas piensan como yo. O salimos libres con nuestros esposos y nuestros hijos, o moriremos abrazadas a ellos entre las ruinas. Pero sola, nunca.

El sacerdote perdió los pocos argumentos que le quedaban. Contra esa obstinación no podía hacer nada, ni con su mejor discurso. Esa gente estaba dispuesta a morir y él había hecho todo cuanto pudo por salvarles. Rogó que le ayudasen a salir, pues el tiempo era ya cumplido e interiormente no podía soportar un minuto más en ese infierno. Hubo alguien que le invitó a quedarse con ellos, pero no se esforzó en responder. No tenía tampoco argumentos para eso.

—Padre se escucha un avión y han dado alarma. Aunque hay tregua no es seguro salir ahora a descubierto —advirtió Moscardó a un sorprendido Camarasa—, si espera a que se despeje el peligro podrá salir sin que tengamos que vendarles los ojos.

—Gracias, lo cierto es que con tanta emoción mi cabeza ya no rige cuerdamente.

—Una última cosa —dijo Moscardó al sacerdote—¿Podría usted llevar estas cartas a mi mujer? Es un favor personal que le ruego y estaré muy agradecido.

Moscardó entrego un pequeño hatillo de cartas unidas mediante un lazo de color rojo chillón.

—Sí claro, no lo dude.

Guardándose las cartas en un bolsillo de la chaqueta, el sacerdote se quedó esperando a que el sonido del avión desapareciese para poder salir de ese infierno.

Julio y Francisco se habían ido al cuarto de los falangistas a por tabaco. Tras negociar duramente con Nicolás, que se arrogaba la autoría de la pesquisa, Julio consiguió dos cigarros por los panecillos de la comida de ambos amigos.

—Es un regalo —les decía Nicolás—y lo sabéis. Os lo cambio porque estáis aquí al lado, pero nadie puede saber que tenemos tabaco o me harán la vida imposible.

—Mudos como tumbas —exclamó Julio que estaba encantado con el trato—y ahora, para evitar importunos, podríamos fumarnos uno.

—¡Tú eres un listo! —le dijo Nicolás—. Pero estoy de buen humor y voy a compartir con vosotros uno.

Los tres falangistas y los dos amigos que estaban en el cuarto celebraron exultantes el regalo. Encendieron el cigarro y lo fueron pasando, aspirando cada cual su calada como si no fuese a dar una segunda vuelta. Nicolás relajado y feliz trato de mirar su casa por encima de los sacos que protegían la ventana, intentando divisar si había movimiento de las persianas que le indicasen que los suyos estaban bien.

—No te asomes tanto que te expones —le dijo su compañero.

—Tranquilo que nadie dispara.

—¡Como para fiarse de esos!

Nicolás percibió una sombra en la ventana del piso superior y asomo más el cuerpo para tratar de averiguar de quien se trataba. Del otro lado Antón vio como se asomaba el falangista que había pedido el tabaco.

—Santiago, mira a ese loco. Ahora se asoma sin recato a la ventana. No me gusta esa provocación. Tenemos que hacer guardar el alto el fuego, pero hay mucho incontrolado en nuestras filas empezando por…

Como una premonición se escuchó un tiro detrás de donde estaban. Y sus pronósticos se hicieron reales al ver a Basilio protegiéndose tras un muro con una sonrisa malévola y una escopeta humeante en las manos.

Nicolás cayó hacia dentro impulsado por el golpe de la bala. Tenía la cara destrozada y quedo tendido en el suelo mientras un charco de sangre espesa crecía alrededor de su cabeza. Dentro del Alcázar ajenos a la desesperación e impotencia de los compañeros de Nicolás, el sacerdote era acompañado a la salida por el capitán Sanz de Diego.

—Padre si por casualidad se le presenta mi mujer. ¿Querrá usted decirle, que no se desespere, que saldremos de esta?

—¿Pero de verdad creen ustedes que sobrevivirán a la explosión de la mina? —preguntó sorprendido el sacerdote.

—Sé que desde fuera se puede percibir de otra manera las cosas, pero aquí dentro se vive todo como un milagro y sé que la Virgen nos ayudará.

Llegaron a la puerta de Carros y el capitán despidió al sacerdote. Abrió la puerta y aviso gritando.

—Atención. El canónigo don Enrique Vázquez Camarasa sale a la hora estipulada. ¿Hay alguien para recibirle?

—Sí —se escuchó una voz—. Estamos aquí para acompañarle.

El coronel Barceló, el pintor Luis Quintanilla, Antón, Santiago, y otros muchos hombres esperaban nerviosos las noticias del cura. Más de uno tenía la firme convicción de que el canónigo conseguiría sacar a los prisioneros. Estaban situados en el primer callejón que giraba bajando a la izquierda, donde estaban libres del peligro de los tiradores rebeldes. El canónigo bajo con un crucifijo y un pañuelo blanco en la mano. La otra la dejo libre para ayudarse a sortear los obstáculos del camino. Pasó por encima de todo tipo de escombros y alguno de un tamaño considerable. Por fin alcanzó la calle donde le esperaban Quintanilla y Barceló. Subió Antón para ayudarle cogiéndole de la mano para que no tropezase y el cura se dejó guiar mansamente. Enseguida le rodearon los milicianos que allí habían, flanqueado por Barceló, Quintanilla y Antón bajó la calle. En cierto momento, se dio cuenta que delante de él iba un periodista que le iba filmando por lo que se abstuvo de hacer ningún comentario de su fracaso hasta que llegase al antiguo hospital de Bálsamo donde tenía Barceló la comandancia. Tan solo una palabra salía de su boca, lo mismo cuando le preguntaban que cuando le dejaban tranquilo. Estaba conmocionado y de vez en cuando suspiraba: dantesco, dantesco.

GENERALÍSIMO

Un avión Fiat CR-32 tomaba tierra en el aeródromo de San Fernando. Este improvisado aeropuerto, de una pista que no llegaba al kilómetro de larga y rodeado de encinas, estaba situado en medio de una finca de la provincia de Salamanca. Por su situación era idóneo para el camuflaje a la vista del enemigo. Del avión bajó un militar, de mediana edad y baja estatura, delgado, con el pelo engominado hacia atrás y un pequeño bigote. Tenía la mirada intensa y ademanes pausados. Salió a su encuentro a recibirle otro militar de igual grado, ambos generales. Pero este hombre era más alto y de ojos claros. Desde la ventana de un barracón de ocho por cuatro, hecho de madera, otros dos generales les vieron abrazarse. Sin dejar de mirar a la pista hablaron entre ellos.

—Kindelán está totalmente entregado a Franquito, y con la ayuda de su hermano Nicolás han conseguido en un mes más que todos nosotros juntos.

—Noto rencor en sus palabras viejo amigo.

—No. No es rencor. Me limito a expresar las evidencias de una manera desapasionada. Conozco bien a Franco, y tras su aparente tranquilidad y prudencia, se esconde un hombre decidido e implacable. Puedo entender esta obsesión de Kindelán por tener un líder que fortalezca nuestra empresa. Pero si, como me temo, acabamos dándole el mando único a Franco no será fácil recuperarlo.

—Podríamos votar por usted. Al fin y al cabo, Cabanellas, usted es el militar de más graduación de los presentes y presidente de la junta nacional de defensa.

—Imposible. Yo soy masón y conspiré contra la dictadura de Primo de Rivera. Ambas cosas imperdonables para muchos. Pero no así usted, querido Queipo. El gran Queipo de Llano, general de división como Franco, pero mayor que él. Además, sus éxitos en Andalucía, y sobre todo la toma de Sevilla contra todo pronóstico, le sitúan en una posición privilegiada.

—Al igual que su candidatura, no tendría el apoyo del resto de generales. La mayoría son monárquicos y quienes no, desconfían de mí por mis intrigas republicanas y mis lazos familiares con Alcalá Zamora. Además, me consta que me desprecian en privado por el tono de mis discursos radiofónicos.

—Saliquet es demasiado mayor – continuó a lo suyo Cabanellas—y carece de relevancia política. Mola tiene una graduación inferior y está marcado por sus fracasos iniciales. Además, tiene peores contactos internacionales que Franco. También está muy vinculado a los carlistas, lo que le da una imagen de ultraconservador para los republicanos. Por el contrario, para los monárquicos es muy

republicano. Además, tiene bajo su mando las tropas que más cerca están de tomar la capital y cuenta con el respaldo de y . Cuenta con el apoyo de los monárquicos, que lo consideran uno de los suyos y, a través de , con el apoyo de la . y admiran su valor y sus dotes de mando, y los jóvenes oficiales que han sido alumnos suyos en la de le idolatran. protectorado pactando con las autoridades marroquíes, que le proporcionan una base logística y aguerridos mercenarios.

—Ya lo das por hecho.

—No por que quiera. De hecho, voy a pedir una junta de tres generales para evitar una dictadura.

Julián se despertó tarde. Ese día les habían dejado dormir hasta que el cuerpo les pidiese. Trató de poner sus ideas en claro según la somnolencia iba desapareciendo. Lo que había vivido le marcó profundamente. Nada más incorporarse a filas habían atacado un pequeño pueblo llamado Casar de Escalona. El día quince de septiembre. Ese día no se le olvidaría jamás. El pueblo estaba fuertemente protegido por más de cinco mil efectivos, muy motivados por la arenga que Rafael Alberti y Dolores Ibáturri les habían dado la víspera en la plazuela de la fuente. Además, tenían ametralladoras en diversos puntos estratégicos y sabían por dónde venían ellos. A priori eran minoría, como siempre —le habían dicho—por eso serían implacables. Lo que no pudiesen los medios lo haría el miedo. La batalla fue encarnizada. Julián vio morir muchos soldados de ambos lados. Y lo que se le grabó a fuego: mató por primera vez y mató mucho. Entraron a sangre y fuego. Se peleó por sus calles y por sus casas. Las tropas nacionales iban ganando terreno, pero los republicanos retrocedían matando. Vio escaramuzas cuerpo a cuerpo y cargas con bayoneta. Tuvo que participar en una. No pudo dejar de mirar los ojos del hombre que, desprovisto de munición, era atravesado por el cuchillo asesino que salía de la boca de su fusil. Pedía rendición con los brazos en alto, pero no había cuartel. Las órdenes eran claras y él debía acatarlas. Y lo peor, los moros, el Tabor de Regulares. Estaban rabiosos y con ansias de vengar a sus hermanos de raza caídos. Tras la toma del pueblo, decenas de milicianos quedaron aislados en la iglesia. Los moros, locos de rabia y descontrolados, prendieron fuego a la única escalera de madera por la que se accedía a lo más alto de la torre. Se sucedió un intenso tiroteo que no llevó a nada. La gran mayoría de milicianos asediados en el templo, comprendiendo que no había salvación posible, optaron por el suicidio arrojándose desde lo más alto. El resto siguió disparando hasta morir acribillados o quemados. Todo esto mientras los atónitos vecinos permanecían escondidos en sus casas. Mujeres y niños viendo como, en muchos casos, sus padres eran asesinados cruelmente por algunos moros descontrolados que hicieron sus propias razias. Por fin

tomaron el pueblo y el ejército republicano retrocedió hasta cerca de Santa Olalla, a un paraje denominado Los Lugares donde se alojaban sus mandos militares. Pero el comandante Castejón, que daba nombre a su columna, inesperadamente dio la orden de abandonar la plaza, considerando que la población no era lugar seguro y temía un contraataque. Dos días después volvieron a tomar ese maldito pueblo como un mal sueño. Pero esta vez fue más fácil, al menos para ellos. Los vecinos habían sufrido hasta límites insospechados. Lo que le relató a Julián una vecina no ayudaba a su estabilidad emocional. Por lo visto, al retirarse los republicanos, algunos vecinos pusieron crespones blancos en sus balcones, a modo de agradecimiento de la liberación del pueblo. Por la tarde regresó un capitán republicano llamado Cabrera al enterarse del abandono de los nacionales y entró en cólera al ver esos balcones. Se puso furioso, e insultando a los vecinos, mandó pasar por armas a todos los varones adultos que habitaban las casas que luciesen uno de esos crespones. Julián aprendió algo que no ponía en sus libros de la academia militar, y es que en las guerras muchas veces sufren más los civiles que los propios soldados.

La tarde caía en Salamanca, mientras el calor embotaba los sentidos. Las chicharras hacían sonar su canto de manera estruendosa. Por fin, se abrieron las puertas del barracón y salieron los militares con semblante relajado y optimista. Las negociaciones habían sido largas. Por la mañana, hasta tres veces, Kindelan trato de sacar la elección de un mando único. Pero no se abordó el tema. Fue en la comida que les dio el propietario de la finca cuando entre el plato principal y el postre que servían las hijas del dueño, Mola sorprendió a todos.

—Pues yo creo tan interesante el mando único que si antes de ocho días no se ha nombrado generalísimo yo no sigo.

Esa sorprendente frase obligó a decidirse de tal forma a los militares que, cuando los ayudantes de Mola se le acercaron para preguntarle por la reunión, ya se había votado todo.

—General, ¿qué tal todo?

—Inmejorable. Por fin vamos a tener un mando único. Hemos decidido nombrar un generalísimo.

—¿Un generalísimo? ¿Y le han nombrado a usted?

—¿A mí? ¿Por qué? A Franco.

—Los celos de saberse casado con una belleza, abandonada entre tanto miliciano, están minando su temple coronel —confesó José María a su amigo Moscardó—. Más aún si cabe, cada vez que escucha por el altavoz las atrocidades que dicen que les hacen a nuestras mujeres. En alguna ocasión, antes de su cerrazón, me habló de ella. Cuando lo hacía, le brillaban los ojos, y la mirada se perdía a través del cuarto y las paredes hacia su casa. Me contaba, acunando la nada en sus brazos, cómo la amaba. Ese abrazo hueco, terminado en un silencio, solo roto por una respiración agitada. Propia de quien despierta a una realidad mala tras un sueño maravilloso. Entonces cambiaba de registro. Adusto y serio volvía a ser el soldado que era. Teniente de la cuarta legión, caballero de la santa nación. Yo soy una persona poco ducha para descubrir sentimientos en los demás. Pero es innegable que Fernando Aluche está desgarrado. Fernando ya no es el mismo hombre que conocemos. Una parte de su ser, cada día mayor, ha quedado fuera de los muros de la fortaleza y dentro no queda más que un espectro del hijo de don Santiago. Un espectro cada día más famélico y enfermo. Sinceramente, tengo miedo de que haga una tontería.

—Por qué me viene a referir esto Marín. Todos los que aquí estamos tenemos familia fuera, e hijos. Usted mismo tiene una larga prole abandonada a su suerte.

—Esta mañana he estado con él y he tenido un presentimiento. Además, tras el reconocimiento y ascenso a cabo del soldado José Palomares, he notado algo en sus ojos que no me gusta. Al fin y al cabo, es hijo de un amigo común.

—¡Y un oficial del glorioso ejército nacional! —saltó Moscardó—. Ningún oficial ha dado pruebas de debilidad desde que se inició el asedio. Y lo que viste es sus ojos seria la rabia de ver como a su compañero de parapeto se le honra como héroe. Cuando él pudo estar a su altura y no lo hizo. Es cierto que todos actuaron con honor y coraje. También es cierto que hoy en día es difícil sobresalir entre tanto bravo, pero debe ser duro para un oficial ver que un simple soldado le supera en valor. Déjese de dudas y vamos a revisar la última edición del diario antes de imprimirla. Además, esta noche nuestro Aluche se ha vuelto a alistar voluntario para recoger grano. Creo que la humillación le va a azuzar a estar en primera línea lo que quede de asedio.

—¡Ojalá no se equivoque, coronel! Hay algunas veces que el corazón obnubila la razón. Y más si ésta juega contra unos ojos verdes en una cara morena.

El atardecer avanzaba, cada vez más temprano. El verano estaba

llegando a su fin, pero al menos los asediados pasaron la tarde relativamente tranquila, por lo que el comandante Araujo tuvo tiempo de ir de puesto en puesto solicitando voluntarios para ir esa noche a por trigo. Reunió un número alto de soldados compuestos por fuerzas de la Compañía de Tropa de la Academia y Guardia Civil alojada en ella. No contó con los falangistas que, como siempre, fueron los primeros en prestarse voluntarios cuando el capitán Vela solicitó personal para ir a buscar la boca de la mina para destruirla.

Salieron por los pabellones de caridad, estaban negros y olía a quemado, pero eran suyos. Fernando sintió una presión en el pecho que le agobiaba. Sabía que no se comportó como debía en la acción que los liberó de la ocupación roja. Pero solo tenía cabeza para su mujer y había tomado una resolución. Bajaron de uno en uno por la ladera, hasta la parte posterior de la casa del trigo. De esa manera trataban de no llamar la atención del enemigo. Con cuidado subieron al tejado, que ya estaba abierto de anteriores expediciones. Bajaron por una cuerda algunos hombres. Y a oscuras, con la poca luz que entraba desde el hueco del tejado, los hombres que bajaron fueron moviendo los pesados sacos de grano y atándolos a una cuerda. Los soldados que se quedaron arriba subían al tejado los sacos tirando de la pesada cuerda y los cogían otros que los bajaban sobre sus espaldas. Fernando, que fue uno de los que bajó dentro de la casa, aprovechó la oscuridad del cuarto para ocultarse. Lo hizo detrás de unos sacos apilados en una esquina oscura, que lo hacían pasar desapercibido. Trató de controlar su respiración agitada, sorprendiéndose de que no lo escuchasen. Retiraron cuarenta sacos de trigo, de los que doce serian repartidos para el personal del Alcázar. Fernando esperó a que saliese el último hombre y en seguida se dispuso a salir de la casa. Sabía que era ahora o nunca. Además, tenía calculado que la atención del enemigo se focalizaría en frenar la ofensiva del capitán Vela y no se equivocó. Estaba saliendo por una ventana cuando escuchó ruido de mortero en el otro lado de la academia, donde tenían calculado que arrancaban las minas. Al menos esa pesadilla no sumaría más tormentos a su cabeza, aunque ahora eso ya le daba igual, era un desertor y por lo tanto reo de muerte. Tenía que proceder con cautela, ya no era de nadie. Solo quería recuperar a su familia y escapar lejos. Bajó con cuidado a la vega del Tajo y la bordeó aguas abajo hasta el embarcadero. Miró las casas apagadas y el silencio de las calles de la ciudad. Se le hacia extraño, tras dos meses encerrado ver que las calles seguían allí, con sus rincones y detalles que le recordaban historias del pasado. Cada calle y cada esquina tenían recuerdos de su vida. Subió con cuidado la calle desierta llamada “Bajada Barco” hasta la plaza de Don Fernando para torcer hacia la izquierda y subir a su casa. Corrió por estar menos tiempo expuesto, pero no tuvo suerte. Justo a la

entrada de su calle, cuando ya veía su portal y hasta podría jurar que olía el perfume de su mujer, salieron tres milicianos de un portal y le dieron el alto con sus pistolas desenfundadas. Él no tenía posibilidad de ataque ni defensa, al fin y al cabo, era militar y sabia de esas cosas. Levantó los brazos rendido durante un segundo, pero inmediatamente cayó de rodillas y se puso a llorar.

Ese turno Francisco volvió a hacerlo con su amigo Julio. Nunca terminaba de arreglarse el estropicio que le hizo la bala en la mano, pero cuando la herida no sangraba volvía a la defensa. La escasez de hombres era cada vez más acuciante y todo soldado que pudiese disparar un arma hacía turnos larguísimos. Lo normal era pasarse el día en el puesto donde te acercaban la comida para evitar desplazamientos y cambios, y en las posiciones externas hasta dormían en el puesto mientras algún compañero hacía guardia. Además, ese día tenía que estar con su amigo. Francisco se alegró de volver a estar con Julio.

—No te mereces que te diga esto —le dijo Francisco a su amigo—, pero me alegro de volver a verte activo.

—Tú lo que quieres es no quedarte solo ante el peligro, sabiendo que estoy descansando seguro al abrigo de los sótanos. Además, se te ve muy integrado con los falangistas aquí en Santiago.

—Tú eres consciente de cómo cambian las relaciones, sensaciones y vivencias cuando sometemos al cuerpo a ciertos límites. ¿Recuerdas aquel campamento que hicimos a los Montes de Toledo con todos esos niños que no conocíamos, y cómo nos despedimos llorando por dejar aquello? Sabes perfectamente que esas amistades que se granjean en condiciones atípicas, fuera de nuestra rutina, son forjadas con un fuego más potente, y el paso de los años no borra su recuerdo. Pues algo parecido está sucediendo aquí. Este infierno es una locura, pero cuando todo esto pase la amistad que nos ha unido a estos hombres perdurará. Y si me apuras hasta recordaremos con cierta nostalgia estos sucesos.

—Esto lo dices porque eres un inconsciente inmaduro y hasta ahora todo te ha respetado —le dijo Julio a su amigo—. Pero quiera Dios que no te pase nada. Yo más bien creo que cuando acabe esto, nos pasará como a esos veteranos de Cuba que al preguntarles que hicieron en la guerra prefieren no contestar y llevarse a la tumba todo aquello que para nosotros es historia, pero para ellos puro dolor.

—Oye —interrumpió Francisco—¿ves ese camión? El que va por la carretera de Cobisa a Argés.

—¿Qué camión? —preguntó Julio a Francisco—. No veo nada

—¡Si hombre! Parece que lleva a remolque otra pieza de artillería de calibre mediano. Se ve que no tienen suficiente con la paliza que nos están dando. Esta mañana han empezado a tirar sobre la fachada

sur que esta súper castigada. Ya veremos lo que aguanta.

—Esperemos que lleguen nuestras columnas pronto o no encontraran una piedra sobre otra para reconocer el Alcázar.

Francisco se quedó pensando en eso que le atormentaba, y se decidió a entrar en materia.

—Julio, tú que has estado en el Alcázar, ¿sabes cómo va la mina?

—Los ruidos subterráneos se oyen perfectamente y el ruido de la mina es el propio del trabajo normal, escuchándose periódicamente las explosiones. La gente está aterrada. Le tienen más miedo a la mina que a todo lo demás que no es poco.

—Eso será porque desde abajo no ven lo que están haciendo esos cañones.

Francisco dijo eso despechado, pues sabía perfectamente el terror que producía la mina. Pero la humillación y la vergüenza de la deserción de su hermano, quizás por la mina, le hacía más daño que la posibilidad de volar por los aires. Julio que conocía a su amigo y no había sacado el tema hasta ahora, comprendió que era el momento de hacerlo.

—¿Cómo llevas lo de tu hermano?

—Mal —respondió rápidamente Francisco—. Muy mal.

Julio respetó el silencio de su amigo que siguió a esa respuesta.

—¿Por qué lo hizo? —dijo por fin Francisco lleno de rabia—. No logro entenderlo. El señor Marín, que fue quien me lo contó, me dijo que fue por el amor a mi cuñada, pero todos los de aquí tienen familia y no huyen —los ojos se le pusieron vidriosos—. No puedo entenderlo, a mí me ha dejado solo, solo…

Se puso a llorar y Julio lo abrazó. A pesar de no gustarle mostrar sus sentimientos, quería consolar a su amigo. Así, abrazados, les pilló una explosión de un proyectil que había entrado por la ventana y detonó al chocar con la pared que tenían detrás. La onda expansiva y la metralla impactó sobre la espalda de julio, que empujó hacia adelante y al suelo a Francisco, que resultó ileso al estar protegido por el cuerpo de su amigo. Tras reponerse de la sorpresa se quitó a Julio con cuidado, pero éste cayó de espaldas como muerto. Francisco se incorporó rápidamente y miró a su amigo que le contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Julio ¿qué te pasa? ¡Por Dios dime algo!

Un charco de sangre comenzó a extenderse bajo su cuerpo y Francisco pegó un pequeño grito de sorpresa, tapándose la boca rápidamente para no asustar a su amigo.

—Me muero, ¿verdad? —preguntó por fin Julio haciendo un esfuerzo—. Francisco le giró para mirarle la espalda, aunque Julio se quejó amargamente. Lo que vio le dejó helado. Tenía toda la espalda acribillada de piedras y metralla. Los borbotones de sangre le salían de

algunas heridas a chorros intermitentes, al ritmo de los latidos del corazón.

—¡Dios mío! Te tenemos que llevar a la enfermería ya mismo. ¡Antonio, Enrique! —llamó a los compañeros de la Falange del piso superior—. Vamos Julio aguanta que te llevamos a enfermería.

—Francisco no me mientas —dijo su amigo—no siento nada de dolor y no soy capaz de mover nada del tronco para abajo, solo me rige la cabeza y comienzo a marearme. No gano nada muriendo en la ignorancia. Si me muero es bueno saberlo para que me pueda preparar.

—¡Julio, no lo sé! No soy médico, pero yo no quiero que te mueras. ¿Qué voy a hacer sin ti? Me quedaré solo en este infierno.

—Me ahogo —exclamó muy asustado Julio.

—Voy a buscar ayuda —le dijo Francisco soltando las manos de su amigo, aunque este le agarró para que no se fuese.

—Quédate conmigo.

Esto lo dijo Julio, pero de manera casi imperceptible, aunque Francisco entendió que no debía irse. Le cogió otra vez de las manos y se puso a llorar. Julio cerro los ojos, y fue relajando la presión de sus manos hasta que dejó de respirar. Cuando Francisco no notó el pulso de la sangre en su mano destrozada, se acercó a su cara y le beso en la frente, que iba perdiendo su calor, llorando sin consuelo. Se había levantado pensando que su día no podía ser peor. Estaba equivocado.

Santiago y Antón lo notaron nada más verlo, el capitán estaba de mal humor. Le acababan de ordenar algo que no le gustaba y salía con la cabeza gacha desde el edificio de correos refunfuñando palabras incomprensibles, pero que claramente mostraban su malestar.

—¿Qué pasa capitán? —preguntó Antón a Gregorio al que ya iba conociendo—. Algo le han dicho que no le gusta.

—¿Que qué me han dicho? Se ve que este equipo no se está dejando suficientemente la piel en las misiones que nos ordenan, aunque sean suicidas. Ahora pretenden que hagamos de niñeras de unos embajadores que vienen de paseo a Toledo.

—¿Unos embajadores? ¿En Toledo? ¿Para qué?

—Tras el fracaso del general Rojo y el cura, unos embajadores del cuerpo diplomático de Madrid han avisado que quieren intentar rendir ellos solos el Alcázar y el mando ha tenido la genialidad de que sea yo personalmente quien atienda a estos señores. ¡La madre que me parió!

—Vosotros dos, arreglaros el uniforme —dijo dirigiéndose a Santiago y Tomás—, que además tendremos que ir guapos. Y soltando un par de exabruptos pasó entre la pareja de amigos que le siguió acelerando el paso, dirigiéndose a cumplir con el cometido.

Rápidamente llegaron al hospital de Tavera, donde se quedaron a la sombra del edificio junto a la carretera. Mientras esperaban el coche que trajese a los diplomáticos Antón, curioso, aprovechó para sacar información a Gregorio.

—Capitán, ¿puedo preguntarle por qué le enfurece tanto esta misión? Personalmente, no veo nada raro en atender a estos señores.

—En realidad, lo que me enfurece no es la orden recibida, sino la naturaleza de la misma. En la reunión que he mantenido con el teniente coronel Barceló, he constatado que la llamada del ministerio de guerra, comunicándole que enviaban unos diplomáticos para tratar la rendición del Alcázar, no le hace mucha gracia. Está convencido de que la plaza está a punto de ser tomada. ¡Y claro! El ambicioso teniente coronel no está dispuesto a renunciar al reconocimiento que esto acarrea.

—Por lo tanto, cree que nuestra misión es un señuelo —concluyó Santiago.

—En realidad el coronel no piensa cambiar de modus operandi. Esto no es sino un paripé y un teatro, al que me he prestado por sentido del deber y obediencia. Pero lo que me corroe las entrañas es que me lo han dado a mí por no encontrar en Toledo otro oficial capaz de obedecer sin rechistar y con la educación necesaria para atender a estas personalidades.

No siguieron con la conversación, ya que divisaron un coche que

venía por la carretera de Madrid. Antón suspiró agradecido pues hacía mucho calor. Eran sobre las cuatro de la tarde y, aunque los días ya se iban acortando y llegaba el otoño, a medio día el sol seguía quemando inclemente.

—Capitán ahí viene un coche.

—Ya veo, teniente. Dele el alto y veamos si son los embajadores.

Antón dio el alto al coche de marca Hispano Suiza H6 de un negro brillante. Salió un hombre alto y delgado, de ojos claros que resaltaban bajo unas cejas arqueadas y altas. Su apariencia denotaba urgencia y decisión. Vestía correctamente un traje de lino. Lucía una pajarita negra al cuello y remataba su cabeza un sombrero Panamá.

—Buenas tardes, señores. Venimos de parte del ministro de guerra a una cita con el coronel Barceló. Somos el señor Zanesco, encargado de negocios de Rumanía. El secretario general del cuerpo diplomático Sr. Helfant. Y el que les habla, embajador de Chile y decano del cuerpo diplomático en Madrid Sr. Aurelio Núñez Morgado. Soy portador de un mensaje para el coronel Barceló.

—Estábamos esperándole señor embajador —dijo Gregorio—. Soy el capitán de los guardias de asalto y me ha enviado el coronel para atenderle. ¿Me hace el favor de acreditarse y enseñarme su documentación?

—Por su puesto. Aquí tiene una carta del presidente del Consejo de Ministros.

Gregorio cogió el sobre que le entregaba el embajador y abriendo la carta leyó en voz alta.

—Se autoriza al señor embajador de Chile en España, decano del cuerpo diplomático acreditado en Madrid, para que pueda visitar la zona de guerra de Toledo. Ordeno a todas las autoridades militares y civiles y a las milicias populares, fuerzas sindicales y políticas afectas al Frente Popular y en general, a cuantos cooperan en la acción de defensa de la República, guarden todo género de consideraciones y den toda clase de facilidades al citado señor embajador, así como a las personas que le acompañen. Viene firmado a 13 de septiembre del año 1936 por el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de Guerra Francisco Largo Caballero, con su sello pertinente. Todo en orden —concluyó el capitán—si nos hace el favor de seguirnos le llevaremos con el coronel que le está esperando.

—Si sabían que veníamos, ¿por qué siguen bombardeando el Alcázar? ¿No es ridículo que vengamos a ofrecer un trato a quienes estamos machacando mientras lo negociamos?

—Yo desconozco cual es el plan del coronel. Pero si me hace el favor, aparque el coche en la plaza que hay a la subida de la calle y de allí vamos andando.

Los siete hombres buscaron al teniente coronel por todo Toledo,

pues no estaba en su cuartel central. Recorrieron la fábrica de armas y la Maestranza. El embajador iba perdiendo su paciencia. Finalmente, unos milicianos que se cruzaron, les informaron que el coronel estaba revisando unos trabajos de aprovisionamiento en la Venta de Aires. Bajaron al antiguo circo Romano donde les dijeron que se encontraba y allí vieron a Barceló. El embajador reconoció en seguida al teniente coronel. Luis Barceló era un hombretón alto y fornido, de rostro adusto y serio, con el pelo peinado para atrás y que transmitía autoridad. Estaba bebiendo un vino mientras hablaba con un operario de la venta. De la taberna entraban y salían milicianos cargando botellas de vino. Estas las metían en un coche pintarrajeado con frases que Aurelio leyó con repugnancia: "coche cogido a los fascistas a sangre y fuego por el terror de los siete", "viva la revolución del pueblo", y otras firmas de ese estilo.

—Buenos días, teniente coronel —se presentó Aurelio—. Soy el decano del cuerpo diplomático de Madrid, Aurelio Núñez Morgado. Como sabe, me envía el presidente del Consejo y ministro de Guerra, para que me ponga en contacto con el coronel rebelde Moscardó.

—Si, ya sé —dijo disciplente Barceló—. Pero haga el favor de tomar una copa de vino antes de que subamos, que habrá tenido un viaje caluroso y tendrá que apagar la sed. Tú —ordenó a un miliciano con cara de niño—, trae una botella de ese vino blanco de Yepes y cinco copas. Verá usted Señor embajador, son tiempos convulsos. Mucha gente ha perdido las formas y maneras, comportándose como animales.

—Le confieso que tengo sed y me gusta el buen vino, pero no se si deberíamos solucionar primero lo que me ha traído hasta aquí.

—Todo a su momento. Además, tenemos que hablarlo con el comité. Aquí se hacen las cosas de manera conjunta con todos los organismos implicados.

Esto sorprendió a Aurelio que pensaba arreglar la demanda rápidamente con Barceló, y ahora le hablaba de más gente y hacerlo luego. No pudo darle más vueltas pues llegaron los dos milicianos con copas limpias y un par de botellas de vino abiertas.

—Como verá, la copa es de vidrio fino. Idónea para una cata en condiciones. Tiene una peana y un largo vástago, de donde cogerla para no calentar el vino. Su cáliz, tipo tulipán, se cierra a medida que llega a la boca. Allí, se concentrarán todos los aromas que el vino irá expresando a medida que se calienta.

Repentinamente sonó un estruendo en el interior del establecimiento. Barceló se metió dentro maldiciendo. Por fin salió de la posada y dando un par de órdenes más, invitó a los embajadores a seguirle. Los llevó al edificio de correos, donde tenía su cuartel general. Antón y Santiago se quedaron en la puerta. Solo subió

Gregorio con el teniente coronel acompañando a los tres embajadores. Entraron a una sala grande con una mesa ovalada, donde estaban sentados siete hombres que parecía que los estaban esperando.

Les presento a los miembros del comité de defensa —dijo Barceló —. Basilio García es el representante de la FAI, Gregorio Gálvez comunista, Emilio Pascual socialista, Tomás Martínez de la UGT, Fausto Pérez de la CNT, Sebastián Mariño de Izquierda Republicana y con el representante de Unión Republicana estamos todos. Para cualquier asunto hemos de consensuarlo juntos en esta mesa. Camaradas, este señor es el decano de los embajadores de Madrid.

Aurelio estaba muy sorprendido de que tuviesen que seguir todo ese protocolo para un asunto tan sencillo, aparentemente, como que Barceló le pusiese en contacto con el jefe militar de la plaza sublevada. Pero decidió adaptarse a esa realidad que se le presentaba.

—En nombre del cuerpo diplomático residente en Madrid, vengo con esta autorización del señor presidente del consejo, para ponerme al habla con los rebeldes del Alcázar a fin de que me permitan llevar bajo nuestra tutela a las personas indefensas que allí se encuentran.

Se formó un barullo impresionante. Todos los componentes del comité hablaban a la vez. Mostraban su disconformidad y gritaban distintas frases que dieron al embajador una idea de la dimensión del problema al que se enfrentaba.

—No podemos ayudar pasivamente a los rebeldes, ya que están a punto de claudicar —decía el de la UGT.

—Esas mujeres y niños ahí dentro forzarán su rendición — argumentaba el comunista.

—Antes de que salga nadie, lo han de hacer todos los rehenes. — opinaba el socialista.

—Solo se les puede pedir la rendición y nada más —gritaba Basilio enfurecido, pues no quería que nadie de los de allí dentro saliese con vida.

En aquel galimatías Aurelio se tranquilizó a sí mismo y se recordó que él era diplomático y, aunque estaba tratando de negociar solo con el teniente coronel, este no hacía sino acoger lo que expresaba aquel soviet. Se decidió convencerles de que era una misión humanitaria, que nada tenía con el carácter militar, aunque no sabía qué podía esperar del tal Basilio. Su cara desfigurada por la enorme cicatriz de la oreja y su nariz rota le hacían pensar que su alma la tendría tan fea como la cara.

—Yo vengo en son de paz, en ayuda humanitaria para sacar a las mujeres y niños que morirán inocentemente. Además, no solo no puedo referirme a la rendición, sino que me está vedado tratar el asunto. La entrega o no de los rehenes me está igualmente vetada por la misma circunstancia.

Tras esas palabras, pareció que aquellos hombres aceptaron de mala gana la idea de sacar a las mujeres y niños.

—¿Qué harás si logras sacarlos de la fortaleza —preguntó Basilio.

—Me los llevaré a Madrid y los recluiré allí bajo la tutela diplomática hasta cuando fuese preciso.

Volvió a formarse un galimatías pues nadie parecía dispuesto a ceder. Cada cual soltaba un discurso por el motivo más fútil, enredándose la discusión y alargándose muchísimo. Agotado de tanto esfuerzo estéril Aurelio saltó.

—Pero, señores, ¡si es el propio señor presidente del Consejo y ministro de Guerra quien me ha facilitado este viaje y autorizado a esta misión!

—Puede ser —adujo Basilio—Largo Caballero todo lo presidente del Consejo y ministro de Guerra que quiera; pero aquí somos nosotros la única autoridad. ¡Seguimos lo que nos dice Madrid cuando no se opone a lo que deseamos nosotros!

Los embajadores que veían que todos asentían en conformidad con el representante de la FAI se levantaron dispuestos a irse, desesperados de ver que no podían seguir negociando. Pero entonces intervino Barceló que los tranquilizó, tratando de hacer entrar en razón a todo el mundo. Alegando que ya anochecía y había que tomar una determinación. Por fin llegaron a un acuerdo.

—¿Entonces estamos de acuerdo en sacar a todos los refugiados y alojarlos en los dos conventos señalados? —preguntó curioso el socialista.

—Están libres de sus moradores, por lo que no tendrán problemas de espacio —añadió el de la CNT malévolamente.

Aurelio le miró desconfiado. No le había caído bien ese tipo grande y de ojos pequeños. Parecía que disfrutaba del mal. Pero ya anochecía y tenían que cerrar la negociación.

—Estimo que es una obra incompleta el salvar la vida a esas mujeres y dejarlas viendo los cañones que quitan la suya a sus maridos e hijos. Pero en vista que no me dais alternativa, sea.

Se levantó para ir al Alcázar a cumplir con su misión. Pero aun intervino el delegado sindical de UGT.

—¿Bajo qué bandera quedarán los refugiados del Alcázar?

—La de todos los países acreditados en Madrid —respondió el embajador—, naturalmente.

—Eso es imposible —respondió el delegado—. No permitiremos que se enarbolen en Toledo ni la bandera alemana ni la italiana.

Volvió a surgir el debate desesperante. Aurelio se dejó la voz tratando de hacerles entender que, al realizar una gestión colectiva, el cuerpo diplomático no podía anular ninguna bandera. Cuando volvieron a estar en punto muerto intervino Barceló de nuevo.

—Así como usted es el embajador de Chile y viene a realizar esta obra humanitaria en representación del cuerpo diplomático, que sea solamente la bandera de Chile la que ondee allí.

Aurelio no quería aceptar la proposición de exclusividad de su bandera. Pero el soviet estaba de acuerdo y sus compañeros le instauraban a pasar por encima de cualquier remilgo, por lo que aceptó finalmente. Por fin salieron al Alcázar cuando la tarde caía sobre Toledo.

Decisión

El coronel Moscardó sacó su libreta y un lapicero. Estaba cansado y dudaba que esas cartas pudiesen llegar algún día su destinatario. Por dudar, dudaba ya de sí, aún saliendo, encontrarían a su destinatario. Muchas noches se despertaba empapado en sudores fríos pensando en los suyos. Escribir esas líneas no dejaba de ser una medicina, aplicar normalidad a esa locura. El mejor remedio contra la desesperación y la falta de cordura. Se repuso pensando que también creía eso antes, y el padre Camarasa había prometido quedar con su mujer y darle las que ya escribió anteriormente. Sin pensar más en ello comenzó leyendo lo que anotado por fecha vio primero

15 de septiembre. Martes

Llevo unos días tremendos porque cada vez la situación es más apretada. Ya está destruido todo el patio, derrumbada la fachada norte y sus dos torreones, en fin, que apenas quedan en pie pocas piedras. Yo sigo bien de salud, pero muy flojo. He perdido muchos kilos, tengo los brazos y las piernas muy flacas y la poca carne que me queda muy floja; me canso un horror para subir una escalera; el corazón no parece que va mal, pues el cansancio es más bien muscular; y si me fatigo un poco creo que es porque se me ha exacerbado la tos hace unos días, a causa de que me constipé, y principalmente por el polvo tan enorme a causa de los derrumbamientos y por el humo de la trilita. En fin, cuando salga de aquí voy a tener que dedicarme a sopitas y buen vino. Seguimos muy esperanzados con el avance de las columnas, que no tiene más remedio que ser muy lento pues el enemigo quiere evitarlo a toda costa y ha acumulado muchos elementos. Hasta hoy no tenemos, gracias a Dios, ni una sola baja entre mujeres y niños, no cabe duda de que Él nos protege a manos llenas y no cabe pensar que deje de protegernos, así es que, aunque estalle la mina que están haciendo, no les ocurrirá nada. Excuso decirte que no os olvido un momento y que ya no tengo combinaciones ni cábalas qué hacer, pensando dónde estáis, qué ha sido y será de todos, etc. Resignación y confianza ciega en Dios y en la Virgen, que no os puede abandonar nunca. Si yo terminare aquí mis días y por fin nuestra causa vence, vosotros tendríais el porvenir asegurado, mejor que si yo viviere. Sea lo que Dios quiera.

Más convencido asió firmemente el lapicero y anotó:

17 septiembre. Jueves.

En vez de dos, han puesto cinco piezas de artillería de grueso calibre, tres de ellas en Alijares. Además, han hecho una mina que viene a pasar debajo de un ala del Alcázar y esperamos que estalle de un momento a otro. No cabe duda de que el final se acerca porque nos parece oír fuego de cañón hacia donde están nuestras columnas. Dios

las proteja y las haga llegar aquí vencedoras y pronto. A todo esto, sin olvidaros un momento. Sigo bien pero flojísimo. Un beso muy fuerte a ti y a nuestros cinco hijos, con todo el alma y el cariño de vuestro Pepe.

Moscardó depositó el lápiz encima del cuaderno, y dejó la mirada en blanco pensando en su mujer. Su matrimonio, había sufrido una crisis enorme a los veinte años de relación, a pesar de haber estado siempre enamorados. No muchos fueron partícipes de esa crisis profunda, pero él estaba decidido a abandonar el hogar. Había perdido el fuego que alimentaba la relación y se lo daba a otra, y creía que seguir como si nada sucediese era vivir en una mentira. Ella recibió el golpe con asombrosa entereza. Solo le pidió una cosa: tiempo antes de irse de casa. Como quería a su familia, y deseaba causar el menor daño posible, se lo concedió. Pasaron los meses y ella se comportó como siempre él había deseado. Las pocas veces que la situación se volvía muy contraria para María, se encerraba en su mutismo y no entraba a la ofensa. Poco a poco comprendió que esa paz que ponía su mujer merecía una segunda oportunidad. Pero entonces fue ella la que le impuso una condición. Le hizo ir a un sacerdote para tener unas charlas. Fueron unas sesiones extrañas, más psicológicas que religiosas. Aprendió que el matrimonio está formado por dos seres egoístas, que se juntan por lo que cada cual aporta al otro. A eso la gente lo llama enamoramiento. Pero el tiempo y las cesiones van transformando esa donación en verdadero amor. Descubrió que su mujer había sufrido lo indecible. Descubrió que ella obligó a callar su razón su verdad y su ego para ser lo que él esperaba de ella. Descubrió que sus razones eran erróneas y ella no se lo echó en cara, que ella no había cambiado y él sí. Descubrió que era un egoísta y ella no, y eso era verdadero amor. Se olvidó de aventuras y volvió a desear quererla, pero más consciente, más maduro. Y ese deseo actuó, el fuego de la pasión regresó aumentado y más puro y volvió a amarla verificando en su vida las palabras del sacerdote de que el amor se cultiva y es voluntario. Debemos querer querer o será nada. Ahora que su mujer conocía sus miserias más oscuras y los secretos más sucios y seguía con él, era consciente plenamente de que se querían y eran libres de ser ellos mismos. Cerró el cuadernillo y pidió a Dios poder volver a reunirse con ellos, aunque era consciente de que sería un milagro si todo volvía a ser como antes.

Lejos de allí, en Extremadura, Francisco Franco trataba de dormir en el palacio de Los Golfines. Este palacio del siglo XV era un refugio seguro contra el bochorno del día. Pero en las noches calurosas del verano Cacereño, la piedra que tan buen resultado dio durante la jornada, irradiaba el calor que absorbió durante el día, por lo que era necesario abrir la ventana para estar relativamente fresco. Franco dio

una vuelta más a la almohada empapada para ver si lograba conciliar el sueño. Pero sabía que era un esfuerzo inútil, pues las preocupaciones le impedirían dejar de pensar. Era cierto que lo habían nombrado generalísimo, pero también era cierto que no lo habían hecho público ni oficial. Sabía de las reticencias de algunos generales, y tenía también el problema de la Falange y los carlistas. Si todo salía bien tendría el control del ejército, pero no el político, y eso podría acarrear luchas internas. No era fácil su posición actual. Además, estaba Toledo. Quizás la ciudad imperial era la solución. Se levantó con cuidado de no despertar a su mujer, y salió al pasillo. Todo estaba tranquilo y en penumbra. Sin encender ninguna luz se dirigió al cuarto donde dormía su hermano.

—Nicolás, Nicolás —llamó bajito tratando de despertarle—Nicolás —elevó un poco más la voz viendo que su hermano seguía durmiendo —

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

—Tenía que hablar contigo.

—¡Paco, eres tú! Que susto me has dado. ¿Qué sucede?

—El Alcázar

—Ya lo hemos hablado. No interesa, aunque hayas dado tu palabra de rescatarlos. Si desviamos el ejército ahora, les daremos tiempo a organizarse en Madrid y las pocas posibilidades que tenemos de tomar la capital se desvanecerán.

—Nicolás, ya es un milagro que estemos donde estamos. No tengo nada claro que podamos tomar Madrid. Ellos tienen todos los medios, recursos y gente para oponernos resistencia. Inicialmente hemos avanzado muy rápido, pero desde Talavera cada kilómetro avanzado es costosísimo y penoso. Tengo serias dudas de tomar la capital de España. Sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué? —preguntó su hermano.

—Sin embargo, Toledo sí la podemos tomar.

—Ya sabía yo que sigues con esa obsesión. Pero ¿en qué te favorece liberarlos?

—Lo primero no faltar a mi palabra. Y lo segundo y más importante, mi prestigio. Este se afianzará y podremos arrancar más concesiones a la junta. La gente quiere un héroe, necesitan un referente para aferrase en este momento crítico. ¡Démoselo!

—Visto así suena inteligente, pero eso será si llegamos antes de que sucumban.

Julián estaba aterrado. Le habían asegurado que lo del Casar de Escalona no era normal, pero le constaba que el ejército africano avanzaba como lo hacia en el Riff, al estilo propio de la guerra colonial. Y estaban los moros. Estos eran un número ingente que con verdadero entusiasmo iban a luchar contra los sin Dios. Aplicaban su

furia contra el infiel extranjero disfrutando al derramar su sangre. Julián había llegado al convencimiento de que tanto les daba matar a los de uno u otro bando. Pero los suyos les pagaban, y les pagaban bien, así que por ahora estaban de su lado. Le constaba que, para muchos, esa guerra les haría salir de pobres incluidas sus familias, por lo que a ella se entregaban con verdadera pasión. Pero ahora iban a Santa Olalla y ése era el pueblo de sus veraneos. Conocía cada calle, cada rincón, la plaza del pueblo y la era donde montaban peleas. Y lo peor, conocía a sus vecinos. Vecinos que podían padecer lo que había sucedido en los otros pueblos por los que habían pasado.

—No te preocupes muchacho —le dijo su capitán—. La guerra del terror se ha acabado. Parece ser que no va a ser tan rápido como queríamos el golpe de mano contra el Frente Popular y la prensa internacional está muy pendiente de lo que aquí sucede.

—No comprendo —le dijo Julián—¿Qué tiene que ver la prensa con lo que sucede en la batalla?

—Esta guerra está siendo novedosa en muchos aspectos, Uno de ellos es la comunicación que de ella se está haciendo. Todos los periódicos importantes del extranjero han mandado reporteros que documentan con fotografías lo que está sucediendo. Nunca antes un periodista había estado en las trincheras durante el combate, pero ahora está sucediendo. Lo que pasa es que están casi todos en el bando contrario y sus reportajes son partidistas. Nosotros siempre quedamos mal parados y de malos, siendo al menos iguales a ellos. Los periodistas que nos acompañan solo entran en el pueblo cuando han terminado los combates y el mando les autoriza. Encontrándose la mayoría de las veces los restos de las represiones y lo peor de la guerra.

—Entonces —preguntó Julián intrigado—¿qué es lo que cambia esta vez?

—Esta vez han debido tomar cartas en el asunto desde arriba y han autorizado a los periodistas a venir con nosotros.

—¿De verdad? ¿Entrarán en combate?

—No, alma de cántaro —dijo riéndose el capitán—. Vendrán detrás y con cuidado para fotografiar lo que les interese. Pero lo realmente trascendental es que el mando nos ha ordenado controlarnos tras la batalla. Evitar la crueldad y abandonar la guerra del miedo que hemos venido haciendo. Esa política de sembrar el terror con nuestras tropas, para evitar que nos planten cara, no ha dado resultado. Como habrás podido comprobar, cada vez nos cuesta más vencer su resistencia. Antes, los rojos, no se organizaban bien. No cuidaban los puntos estratégicos de la defensa, tendiendo a concentrarse cerca de las carreteras. Y, además, en cuanto atacábamos huían despavoridos, lo que nos ha facilitado el avance. Pero ahora ya están aprendiendo y

más importante aún: nuestros generales deben de tener otras miras más internacionales, y quieren proyectar una nueva imagen. ¡Ya veremos qué se les ocurre!

En el cuarto oscuro del palacio de Los Golfines, en Cáceres, los dos hermanos Franco se dieron la mano.

—Está decidido. Nos vamos a Toledo.

Desalojo

Basilio estaba exultante. Los embajadores se fueron sin lograr contactar con el Alcázar. Es cierto que el teniente coronel Barceló prometió que, en la tranquilidad de la noche, trataría de hacerlo él. Pero el resultado fue otra negativa por parte de los rebeldes. Estaban prácticamente todos los del comité de defensa más los guardias de asalto, cuando el teniente coronel con el altavoz comunicó con la academia tratando de lograr un acuerdo de negociación, para lograr la evacuación de las mujeres y niños. Disfrutó al ver la cara de Antón, cuando los de la fortaleza respondieron que si el embajador deseaba algo de ellos que se pusiese en contacto con el gobierno de Burgos.

—Se ve que ese iluso quería salvar a esas facciosas y sus pequeños burgueses —dijo riéndose a sus compañeros de taberna—. Ese Antón es un señorito amanerado. Pero en esta revolución no hay sitio para escoria. Por eso esta noche y mañana quiero limpia la ciudad de basura.

Sus camaradas brindaron por lo que ya consideraban un hecho. El Alcázar iba a volar por los aires y la ciudad completamente desalojada.

—Ahora que los lobos saldrán de sus guaridas, nos veremos a la luz del día. ¡Salud camaradas!

—¡Salud! —brindaron todos.

Antón y el capitán Gregorio salieron del edificio de correos. Entre los dos guardias de asalto crecía una amistad sincera y, aunque trataban de disimularlo con el trabajo, buscaban siempre escusas para pasar un rato charlando. Antón iba saludando a todas las familias que huían de Toledo. En muchas caras reconoció a familias amigas que disimulaban para no ser identificadas, le tenían miedo. Otras al contrario, con aspavientos y muestras de afecto desmedido le saludaban y agradecían sus labores. Estas también tenían miedo —pensó—. De lo que no cabía duda era de que la gente estaba asustada. Salían de sus casas para salvar la vida, pero detrás dejaban su seguridad, sus bienes y su futuro. Si perdían la casa lo perdían casi todo. En ese ambiente los esfuerzos de Antón se redoblaban para animar a la población. Los serenos y pregoneros recorrían las calles avisando de la inminente voladura. Según su parecer media ciudad iba a volar por los aires, catedral incluida. Casi todos los toledanos salieron de sus casas resignados con enormes hatillos con sus pertenencias más preciadas. Muchos eran los que daban su casa por perdida. La gente que tenía casas de labor por los alrededores acudía allí con sus familiares y conocidos, lo mismo que los más afortunados que poseían un cigarral a la vera del Tajo. El resto se tenía que conformar con quedarse a la intemperie a pasar la noche. Por otro

lado, en todas las puertas de la ciudad se pusieron de guardia anarquistas y sindicalistas para controlar quien pasaba. Eso no le gustaba nada a Antón. Había dado órdenes a sus guardias de controlar a los milicianos encargados de las puertas para evitar excesos. Sus intenciones estaban claras.

—Me preocupa lo que puedan hacer esos descerebrados —dijo Antón a Gregorio—. Les mueve más la codicia y la rabia que su sentido del deber.

—No permitas que malos pensamientos oscurezcan tu entendimiento. El teniente coronel Barceló es sospechoso de estar en sintonía con los comunistas, pero lo cierto es que por primera vez hay cierto gobierno en toda esa tropa. Ahora que tenemos un mando único todas las acciones de guerra parten de su persona. Así que tu amigo Basilio y los de su calaña obedecen, ya no van por libre. Además —continuó relatando Gregorio—, las piezas de artillería se han ampliado hasta cuarenta, y el comandante Fuentes Barro sabe su oficio. Con él, la efectividad es infinitamente superior. Por primera vez desde que se inició el asedio los ataques están coordinados y la presión real a los sitiados es tremenda. Está claro que les tenemos contra la pared y eso sin contar con la mina.

—No sé qué pensar de todo esto, capitán —dijo Antón—. Lo de la mina moralmente nunca me ha gustado, pero que traigan a toda la prensa para ver la masacre que vamos a realizar no creo que sea lo más acertado.

A Toledo habían llegado políticos del gobierno de Madrid, embajadores, periodistas de todos los países… Tanta gente variopinta pululaba por doquier, que el famoso corresponsal del diario El Sol, José Luis Moreno, había quedado eclipsado ante tanto periodista acreditado. Este periodista, tan conocido en la ciudad por las crónicas un tanto cursis que escribía de los sucesos que allí se vivían, era el encargado hasta la fecha de contar al mundo los hechos del Alcázar de Toledo.

—El caso es que esa resistencia se ha convertido en un problema gubernamental —le contestó su capitán—. Hay muchos países que están cogiendo simpatía por los rebeldes. Les resulta sencillo encariñarse con ellos creyendo que es una lucha desigual y se está traduciendo en una falta de adhesión clara al gobierno de la República. Si encima contamos que Alemania e Italia están a favor de los sublevados, no nos queda otra que acabar ya con este símbolo. Además, hay algo que me preocupa aun más que eso —dijo el Gregorio misterioso.

—¿Y se puede saber qué es eso?

—Que no lo conquistemos.

—¿Que no lo conquistemos? —preguntó incrédulo Antón que veía

imposible otra salida que no fuese la aniquilación total de la Academia —. Han metido explosivos para volar medio Toledo.

—No sabría decir. Es un presentimiento. Si la cosa sale mal o se tuerce haremos el ridículo en directo y con los ojos de toda la prensa internacional puesta aquí. No hemos tenido muy buen inicio de contienda que digamos. ¡Ni Talavera hemos sido capaces de reconquistar! Parece que la suerte está alistada con el autodenominado bando nacional.

—¿Qué puede salir mal, capitán? Los mineros de Asturias y los socialistas por primera vez obedecen al mando y esta todo controlado. La mina sellada y preparada. Hay dos columnas en Toledo con más de cinco mil hombres coordinados y eso sin sumar todos los milicianos locales que se alojan en las casas de alrededor. Y, aunque hacen la guerra por su lado, son más de dos mil rifles disparando. Tenemos todo un estado mayor, generales y ministros organizando tres asaltos. No, nada puede salir mal. Si queda algún superviviente en las ruinas será masacrado. Todos los atacantes llevarán encima granadas de mano por si acaso. Tenemos hasta tanques acorazados y la artillería despejará el paso. Muy mal se han de dar las cosas para que falle algo.

—Así es teniente. Trataré de borrar estos nubarrones que tengo en la cabeza últimamente. Pero en el amor y la guerra nunca hay nada seguro y los del Alcázar son como una novia complicada.

Ríos de gente serpenteaban por las calles. Casi todo mujeres y niños que ayudaban a sus abuelos. Pero no todos los toledanos abandonaban sus casas. Familias significadas de ideario conservador, o afiliados a partidos de derecha, decidieron arriesgarse y quedarse dentro, sin salir a la vista de los milicianos. Sabían del peligro de permanecer en casa, pero veían mucho más peligroso ser reconocidos fuera. En casa de Mariano, su mujer seguía nerviosa casi dos meses después de la toma de la ciudad. Estaba enflaquecida y las penurias se reflejaban en sus ojeras. Su marido llevaba encerrado todo el tiempo sin salir a la calle y era ella o su hija Soledad la que acudía a las colas de racionamiento a por comida.

—Mariano, si tú te quedas nos quedamos todos. Ya lo hemos hablado más veces.

—Pero Emilia, si nos quedamos corremos el riesgo de volar por los aires. El que el chico y yo lo hagamos es porque es más peligroso exponernos a la vista de esos canallas que a los efectos de la mina.

—Pues nos quedaremos todos. No hay más que hablar.

— Escucha Emilia. A vosotras nada os ha de suceder. Salir a la vega del Tajo y cuando pase esto regresáis a casa. Estaréis bien. Nosotros seguiremos escondidos en el sótano para cuando volváis.

—No. Si tu no vienes nosotras nos quedamos —insistía su mujer.

Al ver que Emilia no iba a cambiar de opinión, decidió pelear al

menos por su hijo mayor.

—Emilia, Marianico es un mocetón. Los milicianos se lo llevarán fijo. Yo puedo ir solo, si él se queda.

—La mujer sopesó las palabras de su marido. Comprendía que tenía razón. Si los milicianos veían al chico sería más peligroso que exponerlo a la mina.

—¡Sea! El niño se queda, pero tú vienes con nosotros para cuidarnos.

—Me consta que han puesto controles en los puentes de salida. Al menos déjame que use una baza que tengo guardada.

Tras decir estas palabras misteriosas, Emilia vio como su marido se acercaba al teléfono y llamaba a un amigo de la UGT Los hijos miraban preocupados a sus padres sin saber que iba a pasar. La abuela tenía su propia opinión, pero prefería no llevarle a ninguno la contra.

Cuando Mariano terminó de hablar por teléfono con su amigo el sindicalista impuso sus condiciones.

—He hablado con Manolo y lo he arreglado todo. Nos vamos todos a una casa de su primo que está en la carretera de Piedrabuena, junto al cigarral de Serrano. Pero para evitar encuentros incómodos, va a enviar una ambulancia del sindicato para llevar a la abuela. Yo iré con ella haciéndome pasar por su hijo. Nos veremos allí. Y el niño se queda. ¿Conforme?

La mujer sabía que era más de lo que podía pedir y el plan estaba bien hilvanado. Le dio un beso a su madre y varios a su hijo asintiendo conforme.

—Abuela —dijo Mariano a su suegra—, usted será mi madre enferma, así que no esté tan contenta de que la lleven de paseo, que como no cambie la cara estamos perdidos.

Prepararon una cesta con comida, huevos duros, leche, pan y chocolate. Y en otra, unas mantas para pasar la noche. Se quedaron alrededor de la mesa rezando el rosario. Pasó una patrulla, y los milicianos, molestos de ver luz en la casa aporrearon la puerta hasta que Emilia salió al balcón.

—¿Qué hacéis aquí todavía? Hay que evacuar. ¡Fuera de Toledo!

—Es que estamos esperando una ambulancia para mi suegra —justificó asustada Emilia, interrumpida por los hombres que la increpaban para que se largaran ya—. Miren —señaló aliviada al ver la ambulancia—, ya llega.

Marianico buscó unas velas, el rosario, un libro y un trozo de pan con chocolate para pasar la noche. Sus padres se abrazaron a él como si no le fuesen a ver más. De tal forma que les tuvo que separar.

—Tranquilos que todo está bien.

—Me quedo contigo —dijo Emilia que no podía ver a su hijo solo ante la desesperación de su marido.

—¡Pero que tonterías dices! Si te quedas conmigo dejas solas a Soledad y Teresa. —su hijo habló como un hombre, para tranquilidad de su padre que veía que todo se desmoronaba—. ¡Vamos! Bajad no se vaya la ambulancia y se pongan nerviosos los milicianos.

—Suegra recuerde usted que es mi madre —insistió Mariano preocupado con la abuela.

Mariano iba vestido con un pantalón viejo y en mangas de camisa. Se puso la boina y unas gafas oscuras. Le dio un último beso a su hijo y se bajó a la abuela insistiendo en que se comportase como una enferma. Ella al llegar a la ambulancia saludó con voz quebrada a los milicianos de sanidad de la UGT.

—Buenas noches camaradas, que Dios os lo pague.

La abuela dándose cuenta de su desliz exclamó: ¡Ay, perdón!

—Ja, ja, ja... —rieron—. No se preocupe. Dios era socialista.

Mientras Mariano y la abuela montaban en la ambulancia y las mujeres se dirigían a las afueras de la ciudad, Marianico a tientas buscó el camino al sótano, pues habían apagado todas las luces de la casa. Una vez allí encendió una vela y extendió una hamaca vieja. Trató de leer el libro que se había llevado, pero no se enteró de nada. Estaba nervioso por su familia y sus amigos del Alcázar. De los primeros, esperaba volver a verlos pronto. De los segundos, sus amigos de la academia, rezó por ellos para que Dios los acogiese en su gloria.

Noche oscura (17 de septiembre)

Al atardecer del día diecisiete, el coronel reunió a toda la oficialidad en su despacho para exponer la situación

—El teniente Barber da por sentado que mañana van a hacer estallar la mina —anunció—. Han dejado de escucharse las explosiones de los barrenos, las voces y los picos. Solamente se escucha el compresor, pero podría ser para despistarnos. Tanto el teniente como el cabo Caridad aseguran que se ha oído perfectamente el arrastre de los explosivos y el sellado de la mina. El perímetro de derrumbe está perfectamente delimitado por las cuerdas que ha puesto el propio teniente. Me ha pedido reforzar con muebles y cualquier cosa que encontremos ciertas paredes para hacer un muro de contención. Por ejemplo, la puerta que da a los pasillos de la enfermería ha sido bloqueada con estanterías y arcones, hasta apuntalarla al techo. Cree que los escombros pueden empujar las puertas y arrastrar piedras dentro a velocidad de un proyectil.

—Coronel —preguntó Valencia—, ¿piensa usted que Barber acertará en sus cálculos?

—Por el bien de todos así lo espero.

—Cuales son sus órdenes coronel —preguntó Villalba—. Supongo que tras la explosión harán un gran asalto para acabar con los que sobrevivan.

—Así es. Se están viendo movimientos de desalojo de la población y muchos coches y camiones llenos de soldados llegando a las afueras. Por eso es fundamental nuestra respuesta. He mandado trasladar a las cuatrocientas personas que viven en el torreón suroeste a las dependencias seguras. Yo mismo he desplazado mi dormitorio al hueco que hay bajo las escaleras del sótano primero. El teniente Barber cree que mañana, al amanecer, será cuando hagan estallar la mina para pillarnos más adormilados. Además, cree que previamente bombardearán con su artillería el lado contrario para obligarnos a irnos a refugiar al lado expuesto.

—¿A quién vamos a destinar esta noche a proteger esa zona? —preguntó Romero Basart—. Sabe que esa misión es suicida.

—Así es. Esa es la parte más delicada. Por eso retiraremos todos los efectivos que protegen esa zona. Salvo dos puestos de guardia, que rotarán según sus turnos establecidos. En cada puesto permanecerán los dos soldados, que deberán disparar constantemente desde distintos puntos para dar la impresión al enemigo de que no sospechamos nada. Si se percatan de que les hemos descubierto, nuestros planes se irían al traste.

—Entonces, ¿cuales son las órdenes? —inquirió Romero Basart.

—Seguiremos el plan preestablecido. Todos los puestos, salvo los

del perímetro expuesto por el teniente Barber, estarán en activo y preparados. El resto de personal que esté de descanso se concentrará en el patio tras la explosión y acudirá a los flancos más expuestos donde ataquen sus columnas. Esto se decidirá según acontezca, pues no lo podemos saber. Además, se llevarán las ametralladoras para frenar su avance. ¡Eso si!, la clave es la velocidad de respuesta. Nada más que estalle la mina quiero a toda la oficialidad transmitiendo las órdenes. No podemos tardar más de diez minutos en tener a todo el mundo activo en su puesto y no sabemos qué nos vamos a encontrar para protegernos tras la explosión. No quiero engañaros y puede que no queden más que un montón de piedras, pero si queda algún defensor que las proteja no me cabe duda de que el enemigo no pasará.

El teniente de infantería Joaquín Cuesta de Ancos se presentó en el puesto de su cuñado, José Eymar.

—Hola Joaquín, ¿qué te trae por aquí?

—¿Qué tal cuñado? ¿Cómo lo llevas?

—Pues ya ves, pasando hambre y sed. Pero si resistimos un poco más podremos seguir discutiendo en las comidas de Navidad.

—Sí, si resistimos un poco —dijo muy triste Joaquín.

—¿Qué te pasa cuñado? Tú estás muy raro. No me digas que lo de la mina te tiene tan afectado. El teniente Barber ha delimitado el sitio y cree que el efecto de la mina no volará toda la fortaleza.

—Así es José. Pero por si acaso me pasase algo, ¿podrías decirle a tu hermana que no he pasado un solo día que no me acuerde de ella? ¿Podrías decirle que cada mañana que me levanto le doy gracias a Dios por el regalo tan grande que me ha hecho al casarla conmigo?

—¿Pero tú estás tonto o qué? Todos estamos expuestos, pero nada te va a pasar.

—Bueno, tengo una zona complicada y nunca se sabe. Si algo me pasase confío en ti para sacar adelante a mis hijas.

—Por supuesto, eso ya lo sabes y está por descontado. Pero si tienes una zona tan mala que tanto te asusta, podría recurrir a mi primo que…

—Ni lo menciones —cortó Joaquín en seco—. Puedo estar asustado, pero no soy un cobarde. Jamás faltaría a mi honor de soldado español. Cumpliré con mi deber, aunque me cueste la vida. ¿Con qué cara me presentaría a mi familia huyendo de mis responsabilidades? Es mejor no tener padre o esposo que tenerlo mancillado por el deshonor. Dales un beso de mi parte y diles que las cuidaré desde el cielo.

Joaquín se fue dejando a su cuñado preocupado. El no terminaba de entender lo del honor, quizás por su juventud. Si el creyese que su puesto le llevaba a una muerte segura, trataría de cambiarlo. Al fin y

al cabo, su cuñado tenía la posibilidad de hacerlo. Con solo pedírselo, se lo diría a su primo y asunto resuelto. Si no lo hacía no sería tan grave.

Joaquín se dirigió a la enfermería. Aun le quedaba por hacer algo muy importante antes de ir a su guardia. Sabía que su cuñado no entendería que pudiese huir de su responsabilidad y no lo hiciese. El capitán Eymar era primo suyo y tenía mucho mando. Con solo pedírselo, él podría hablar con el capitán y evitarlo. Pero era una cobardía y un deshonor. Su cuñado no lo entendería jamás, pero él no podría mirar a su familia a la cara si no cumplía con su deber, y moría otro en su lugar. No esperaba comprensión, pero las cosas eran así. Por fin vio a quien buscaba entre toda la gente que se hacinaba más que nunca en los sótanos.

—Hola Andrés.

—¡Hombre don Joaquín! Que alegría el verle. Pero cuénteme, que me trae muy mala cara.

—¿Le importaría subir a un sitio más apartado? Quiero hablar con usted de una cosa muy importante.

Se subieron a una zona del primer piso poco batida, donde poder hablar tranquilos. Andrés veía enseguida en los espíritus de sus amigos, y el de Joaquín estaba abatido. Algo grave sucedía.

—Andrés. Voy a morir y necesito confesión —soltó de golpe Joaquín en cuanto estuvieron solos—. Y no se moleste en tratar de rebatirme, sé que va a estallar la mina mañana temprano y soy uno de los soldados que estará de guardia sobre ella.

El golpe de la realidad así expresada causó un efecto muy hondo en Andrés. Creía que tras esos dos meses en la academia pocas cosas le podían afectar.

—No voy a negarle la evidencia, ni ocultarle que esa perspectiva es muy posible. Le haría un flaco favor si no dejase que tuviese preparada el alma. Pero sabe que no soy sacerdote.

—Sí. Pero también sé, que en caso de probabilidad de muerte y no teniendo posibilidad de confesar con un cura, se puede hacer con otra persona. Además, me consta que no seré el primero al que confiesa.

—Está bien. Pero recuerde que, si salimos de esta, tendrá que hacerlo como Dios manda y cumplir la penitencia que le imponga el sacerdote.

Joaquín fue a su puesto con un guardia civil llamado Victorio. Estuvieron un rato juntos en el que se hablaron de sus familias. Pero la conversación duró poco. Era extraño, pero ambos tenían ganas de estar solos. Se distribuyeron unas ventanas para cada cual y se separaron. Joaquín todavía tenía la cena sin apenas probar. Tenía un nudo en el estómago que le atenazaba hasta la garganta. No podía dejar de pensar en la angustia de lo que iba a suceder. Trataba de

pensar en algo más, de ser consecuente con su fe y rezar. Pero no podía hacer nada. A veces sentía ganas de ir con Victorio, pero al estar cinco minutos con él se volvía a su puesto más vacío. Nada lo calmaba y cada vez se encontraba peor. Era curioso como todo por lo que siempre se había preocupado se había vuelto secundario. Estaba arrepentido de demasiadas cosas y pensaba que si tuviese la oportunidad de repetir su historia lo haría de manera diferente. Pero ya era tarde, y su destino estaba marcado. No quería que llegase el momento, estaba aterrado. Pero los minutos pasaban lentos. La noche parecía no avanzar y por otro lado quería que llegase el día, un día que ya sabía, sería el último de su vida. Se metió la mano en el bolsillo y sus dedos tropezaron con la foto de su familia, la apretó fuerte, decidido a que, pasase lo que pasase, ese amor no moriría.

Francisco estaba aterrado, no había podido pegar ojo en toda la noche. Comenzaba a amanecer cuando empezaron a sonar las bombas de artillería, que caían con más cadencia de la habitual. Las explosiones sonaban sobre sus cabezas. No le cupo ninguna duda, iban a estallar las minas. El cabo minero le había dicho que cuando lo hiciesen, concentrarían el ataque en el sector opuesto al de la explosión, tratando de hacerles salir a la zona que estaba encima de ellas. La gente se comenzó a agitar presintiendo que la voladura era inminente. Las mujeres más mayores empezaron a rezar el rosario como un susurro, sabedoras de que había llegado su hora. A sus voces se fueron uniendo la de los hombres, más graves. Francisco comenzó a rezar los misterios como quien recita un mantra, tratando de sosegar su espíritu y envidiando a Rivera. Éste estaba enfrente suyo y, a pesar de todo, seguía dormido sobre su estera. Admiraba a ese chico. Siempre estaba alegre y parecía no tener miedo a nada. El desearía dormir un poco, estaba agotado, ya que iban a morir que le pillase descansado —pensó—. El rezo se fue generalizando en los sótanos, todos los que estaban despiertos se unían a él, y con su run run lograron que por fin Francisco se sosegase.

Joaquín dejo de disparar. Toda la artillería que caía al otro lado era la señal. Podía huir. Podía esconderse en los sótanos alegando dolor de cabeza y ceguera. Pero no, él sabía que debía permanecer en su puesto, aunque le costase la vida. Si todo el mundo hiciese lo que consideraba bueno, y no obedeciesen al mando, no habrían llegado hasta ahí. Era su deber y era su palabra. Era, sobre todo, hacer lo que toca. Quien obedece no se equivoca, aunque le cueste la vida. Todos mueren —se decía a sí mismo—, la pregunta no es cuándo, sino cómo. Se arrodilló en el suelo y cerró los ojos, ya no tenía sentido disparar. Si al menos la mina no se lo llevase por delante estaría en su puesto para frenar al enemigo. Pensó en Victorio, estaba en la otra ventana del cuarto de al lado y seguía disparando. Era un bravo. Le había

enseñado hacía un rato, que ahora se le antojaba eterno, una foto de su mujer. Era guapa, mucho más guapa que la suya. Pero María Dolores Lozoya Eymar, su mujer, era perfecta a sus ojos. ¡Como la quería! Le desgarraba pensar en el dolor que pudiese tener si el moría. ¿Y sus hijas? No, no era bueno seguir pensando en esas cosas. El buen Dios haría de padre y nada les faltaría, o al menos eso creía por su enseñanza. No podía equivocarse. Esas enseñanzas eran extrañas, pero la experiencia le había demostrado que funcionaba. Por eso no abandonaba su puesto, porqué la quería con toda su alma y desertar de su responsabilidad sería fallarle.

Antón no podía dejar de dar saltitos. Estaba histérico. Hasta la fecha no se podría decir que habían tenido una oportunidad real de romper la resistencia de la academia, pero ahora por fin tenía todo un ejército coordinado para vencer la rebeldía de esos locos. Moralmente no las tenía todas consigo sobre la voladura de la mina, pero se consolaba pensando que en la guerra ese acto era lícito para doblegar a los obstinados defensores. Además, se les había advertido y dado opciones de una rendición honrosa. Su unidad estaba integrada bajo el mando del comandante Torres, y en el batiburrillo de fuerzas allí preparadas todos tenían claro cuál era su misión. Cuando volase la mina avanzarían en dos grupos. Unos por el sureste hacia el patio del corralillo y él, con el comandante Torres dirigiéndolos en persona, a los restos de lo que quedase de la voladura en dirección al torreón suroeste. Estaba satisfecho pues le había tocado la mejor zona, ya que en su avance no tendría defensa al desaparecer está con las minas. No tenía tan claro los del otro grupo. Quizás, la voladura no afectase a las dependencias exteriores, y los defensores que las ocupaban en Capuchinos y Santiago podían no estar afectados por la explosión. Si esto sucedía, harían fuego de defensa parapetados y seguros. Pero eran demasiados los nervios que tenía y prefería no pensar en ello dando saltitos que generaban la mofa de sus compañeros, aunque a él le daba lo mismo.

Basilio estaba exultante. ¡Por fin iban a tomar la maldita fortaleza! Eso si quedaba algo que tomar, pensaba. Los cinco mil kilos de trilita podían volatilizarla del mapa y ellos darían simplemente un paseo sobre las ruinas. Los milicianos que le acompañaban estaban felices, convencidos de su éxito. Tenían un comandante llamado Madroñero que agrupaba a todos los elementos que se concentraban en el paseo de Miradero. La idea era ir a Zocodover en cuanto explotase la mina y desde allí atacar al Alcázar. No le parecía mal tipo el comandante a Basilio, pero al final su gente le obedecía a él. Si la cosa se ponía fea se volverían, no pensaba sacrificarse por las órdenes de un militar que se creía cabecilla. Al igual que los del coronel Torres, el grupo de Madroñero también tenía que dividirse en dos ataques. Unos irían por

el zig—zag y otros, en los que estaba él, hacia el torreón noroeste o lo que quedase de él. Se encontraba a gusto en un grupo enorme de milicianos que sumarian los quinientos, casi todos paisanos toledanos. Había hecho buenas migas con una miliciana llamada la Chata que abanderaba una bandera roja de radio comunista de Toledo. Esta mujer era conocida por trabajar en la centralita de dicha radio y era una ferviente activista. A Basilio le había gustado inmediatamente, pues tenía ella más arrojo y valor que la mitad de los hombres que allí había.

Desde el ayuntamiento, el comandante Rojo acompañaba al teniente coronel Barceló, junto al jefe de milicias Cabello y toda su plana mayor. Estaban preparados para activar el dispositivo que volaría la mina. Al menos ellos estaban en primera línea de batalla –pensó Rojo—. No como el presidente Largo Caballero que había venido a presenciar la efeméride, pero a más de tres kilómetros de distancia, al otro lado del rio, para evitar cualquier percance. Desde su despacho percibieron claramente como paraba en seco la artillería, esa era la señal. Ahora tenían que sonar en una cadencia lenta tres últimas explosiones que marcarían el momento de la voladura. El silencio se apoderó de todo Toledo y los puños apretados de sus gentes visualizaban el estado de nervios de todo el mundo. Sonó el primer cañonazo seguido del desparrame de metralla y piedras que causó su explosión sobre la torre sureste del Alcázar. Un instante después una segunda granada con idénticas consecuencias erizó los pelos de los presentes que contenían la respiración. Al tercer cañonazo Barceló miró al técnico encargado de activar el dispositivo y, mientras saltaban por los aires las piedras tras el impacto de la granada en la torre, le dio la orden. El técnico avanzó a la palanca y activó la mina.

Julián avanzaba por la carretera del Casar de Escalona. Estaba encuadrado en la columna de Barrón. Debían ir a tomar Santa Olalla. Habían madrugado pues su unidad tenía que asegurar la carretera y andaban ligeros con las primeras luces de la jornada. Según le contaban, el avance desde Andalucía y Extremadura hasta el Casar había sido un paseo sencillo comparado con lo que estaban padeciendo ahora. Se ve que el gobierno había reforzado todas sus defensas para evitar el avance y lo estaban consiguiendo. Les estaba costando cada kilómetro sudor y sangre, justo desde que él se había alistado. Pero tenían prisa. De repente sintieron una vibración seguida de un sonido opaco. A lo lejos, en dirección a Toledo, vieron una columna de humo negra que se elevaba hacia el cielo. La tropa paró en seco oteando el horizonte. Nadie dijo nada cuando el capitán ordenó ponerse en marcha. De repente el día que empezaba parecía más sombrío, como si la luz que brotaba del sol le costase iluminar la tierra. Julián no quería creer a su cabeza, pero sabía que era cierto y que todos pensaban que ya era tarde para los cadetes de la academia.

Desde la otra orilla del Tajo, la que daba a la histórica ciudad, el presidente de la república, Largo Caballero, contemplaba los perfiles característicos de la fisonomía toledana vestido de mono azul. Escrutando los bajos del derruido Alcázar que mantenía dos torres, que parecían erguirse orgullosas de haber aguantado toda la contienda. Trataba de adivinar qué sucedía en esas entrañas bajo el Alcázar. Estaba amaneciendo y la luz de la mañana todavía era débil. El fresco de la madrugada permanecía en el aire y una fina niebla ascendía del río que abrazaba la ciudad. La bruma se mezclaba con el humo de las explosiones que sin parar habían golpeado la academia. De repente una sacudida formidable estremeció la tierra, y un fogonazo vivísimo cegó sus ojos. Luego, un estampido sordo como un gran trueno alcanzó sus oídos. Largo Caballero se obligó a abrir los ojos cegados y vio toneladas de piedras saltando por los aires. Pedruscos inmensos que caían sobre el Tajo y las casas cercanas, reventando sus tejados. La onda expansiva fue tan potente que se reventaron todos los cristales de Toledo. No creyó ver en falso, pero juraría haber visto un coche aterrizar sobre un tejado. Aunque una enorme columna de humo negro y espeso llenó rápidamente la escena. La columna creció aumentando mucho de tamaño, elevándose al cielo hasta eclipsar todo Toledo.

Joaquín escuchó ruidos en la sala del museo y bajo a mirar quien era. Descubrió al cabo minero agachado con la oreja pegada al suelo tratando de escuchar cualquier ruido anormal.

—Cabo Caridad –la voz de Joaquín rompió un silencio anormal que

sobresaltó al cabo minero—. ¿Se puede saber qué hace usted aquí?

—¡Teniente que susto me ha dado! Me ha parecido escuchar un ruido extraño y he venido a comprobar que no era nada.

—Le recuerdo que ustedes mismos han advertido que lo más probable es que explote ahora, así que haga el favor de regresar a los sótanos.

Joaquín sintió una enorme sacudida que le aturdió todos los sentidos y una oscuridad invadió todo el espacio. Su cuerpo le dolía terriblemente y no se podía mover. Trato de mandar alguna orden a su mano y noto que sus dedos le devolvían el sentido del tacto áspero de una pared. No sabía muy bien qué estaba pasando, pero sus miembros comenzaron a lanzar mensajes de dolor al cerebro. Debía estar perdiendo sangre por algún sitio porque notaba un reguero caliente que le bajaba por la pierna. Se llenó de terror. El espanto fue aumentando al comprender que la mina había explotado y había quedado sepultado vivo al resguardo de la pared del torreón junto a la que estaba cuando hablaba con el cabo. Debía estar reventado por dentro por donde salía la sangre y el lado izquierdo debía tenerlo destrozado aplastado por los escombros. La cabeza y el brazo derecho habían quedado libres en el espacio entre la pared y la tierra y podía mover un poco la mano. Notó que con la mano tocaba su pistola y se le pasó por la cabeza acabar con esa angustia y desesperación. Pero decidió que si iba a morir tenía la oportunidad de prepararse. Al menos la pérdida de sangre le estaba embotando la cabeza y no sufriría demasiado. Trató de rezar, pero la imagen de su mujer le llenaba todo el pensamiento. No se riñó como otras veces, al fin y al cabo, ella era su camino al cielo y notaba que estaba a punto de lograrlo.

Francisco se estremeció al sentir una enorme sacudida, que hizo caer al suelo a los que estaban incorporados. Cientos de objetos salieron despedidos. Las puertas saltaron de sus goznes, yendo a estrellarse a las paredes de enfrente. Como una, que casi le degüella al volar sobre su cabeza y fue a parar sobre el camastro de Rivera que, esta vez sí, pareció espabilarse. Aunque enseguida Francisco dejó de ver nada, ya que por todas partes se llenó todo de un humo negro y muy espeso. Se hizo un silencio tan denso como el humo que no dejaba respirar. No se oía nada, ni bombas, ni disparos, ni toses. Nada. Era un silencio sepulcral que no presagiaba nada bueno. Como al ir despertando de un sueño, se comenzaron a escuchar voces de gente que preguntaban a sus seres queridos cómo estaban. Preguntas hechas en susurros y baja voz, como temiendo que decirlas en alto despertase la furia que habían estado esperando y se los llevase a todos por delante. La gente en general sorprendida, se palpaba a sí misma, no dando crédito a seguir ilesa. En cuanto el humo fue dejando ver algo,

y los defensores iban tomando consciencia de que las minas habían estallado y nada había pasado, la alegría comenzó a desbordar los corazones de la gente. Daban gracias a Dios y exultaban vivas a España y a Cristo Rey. Se reían de los enemigos que nada podían contra ellos, soltando en su desprecio todo el miedo que habían pasado. Liberaban la carga del terror acumulada en sus corazones con insultos e improperios a los que tan malos ratos les estaban haciendo pasar.

Francisco percibió movimiento en los pasillos. Alguien estaba recogiendo la figura de la Virgen que estaba tirada en el suelo. Se fijó que la pared artificial hecha de trastos y muebles, que hacía de barrera a la zona prohibida, había caído como último baluarte del ingeniero de minas Barber. La Virgen había sido el último escudo de la zona afectada, había caído hacia adelante, no sufriendo en la caída apenas nada. La gente se interesó en este hecho y, agolpándose sobre ella, la volvieron al sitio intacta, salvo el bracito de un angelito que se había roto. Del fondo del pasillo llegaron gritos de alegría y Francisco vio que llevaban al teniente Barber a hombros unos soldados y era jaleado por todos los habitantes de los sótanos que le aplaudían y piropeaban diciéndole “viva nuestro general de ingenieros”. Sus cálculos habían sido exactos, pues las cuerdas que delimitaban el perímetro seguro habían sido efectivamente la barrera del derrumbe. Los que colocaban a la Virgen comenzaron a cantarle la salve.

—Salve, Regina, Mater misericordiae, vita dulcedo, et spes nostra, salve.……

No pudieron seguir mucho más el rezo cantado, puesto que de repente, atravesó los pasillos con cara desencajada el coronel gritando con furia y una pistola amenazadora en su mano:

—¡A los puestos, cada uno a su puesto, rápido!

Francisco, y tantos otros, nunca habían visto al coronel perder los papeles. Pero tenía motivos, pues aun estaban pensando en la celebración cuando comenzaron a escuchar disparos más cerca de lo habitual y en gran número. Estaban sufriendo un gran asalto como temían. Salieron corriendo con el armamento recogido precipitadamente y sin revisar. Aunque vano era seguir el protocolo cuando los estaban empujando hacia fuera de malas maneras. Por lo que, si llevaban la cartuchera llena con las municiones necesarias para el combate o no, era del todo punto imposible de saber. Aunque a fuerza de estar todo el día pegando tiros, ya procuraban todos tener municiones de sobra. Agua y comida no había en ese maldito infierno, pero balas tenían las que quisiesen. Parecía que el demonio solo les permitiese disponer de lo que podía generar muerte. Subieron afuera por la escalera este, por estar la oeste completamente destrozada. Lo que encontraron les heló el alma. El patio empezaba a clarear al ir

desapareciendo la nube negra de polvo de trilita. Esta iba llenando todo de una capa de ceniza oscura. Una montaña de piedras les recibió donde antes estaba el torreón suroeste. Todo el lado sureste había desaparecido y del torreón no quedaba nada. La única torre que se mantenía en pie parecía esperar su turno con la resignación de quien ya se sabe abatido. El espectáculo era dantesco y por un momento se quedaron quietos absortos por el destrozo. El capitán Eymar les sacó de su estupor a gritos. Llamando a Francisco por su nombre, junto a Antonio, les mandó en apoyo de una ametralladora que manejaba su equipo. La habían instalado sobre lo que quedaba del museo Romero Ortiz. Salieron corriendo con el capitán, que se acababa de despedir rápidamente de su familia sin saber si volvería a verla. A pesar de todo, el ánimo de los defensores no parecía desfallecer. Salieron ligeros hacia el museo, trepando entre los escombros y ruinas, cuidando tan solo de no lastimarse con los hierros retorcidos que, como garras, salían de entre las rocas. Al fin llegaron a la zona del museo, donde unos guardias emplazaron la ametralladora. Lo primero que vieron el capitán Eymar, Antonio Rivera y Francisco Aluche al llegar al museo, fue que ya no quedaba nada del mismo. La mina había volado todo ese trozo de edificio arrancando de cuajo todo lo que pilló, volándolo hacia arriba, esparciendo todo alrededor. Vieron que la base del torreón noroeste conservaba el suelo del segundo piso, como un techo improvisado bajo el cual podrían cubrirse de la artillería. Se instalaron cerca de la pared que daba a las casas destruidas del oeste, por donde podrían frenar a los posibles atacantes. Como la pared tenía huecos creados por la artillería, asomaron sus fusil por uno de ellos y se prepararon para usarlas. En ese lado había quedado el piso superior inaccesible al haber desaparecido la escalera que subía al mismo. Además, la pared que daba al patio estaba totalmente reventada. Del antiguo torreón que lindaba con el museo no quedaba más que una montaña de piedras a las que solo se podía acceder desde el piso superior. Por lo que se olvidaron de intentarlo. Ellos no tenían forma de saberlo, puesto que no lo veían. Pero al caer el torreón sobre la cuesta, había creado una rampa de fácil acceso hasta esa montaña de piedras por la que podría subir el enemigo sin ser visto. Los defensores, ajenos al peligro, quedaron abajo vigilando el ángulo equivocado.

—Venga chicos, coged las cajas de balas y venid conmigo —ordenó Eymar a los muchachos.

Sin mucho titubeo le siguieron al tiempo que escuchaban voces que venían de la calle de abajo. Antonio se asomó por un agujero de la pared y exclamó:

—Esto va a ser una matanza.

Francisco giró rápido la cabeza y muy serio contestó.

—¿Pero tú qué te crees que vienen a hacer estos aquí? Porque si crees que vienen de paseo estás muy equivocado. Cualquiera de estos por los que ahora sientes remilgos para disparar te descerrajaría un tiro en la cabeza si te viesen medio vivo entre los escombros.

—Silencio —mandó callar el capitán—. Aguantemos hasta que estén muy cerca, así no les llamaremos la atención y el golpe será mayor.

Francisco permaneció callado mirando como un montón de milicianos, algunos muy jóvenes, iban trepando por los escombros sin ningún tipo de precaución, como quién sube de excursión a la montaña. Supuso por creerlos a todos muertos, más no por eso entendía su absoluto desprecio a los soldados que allí habían conseguido frenar sus avances una y otra vez. Con uno solo que quedase en pie con un arma en la mano podía cercenar de un solo tiro juventud, ilusión y vida.

Marianico se despertó sobresaltado. Un movimiento de la estructura de la casa acompañado de un zambombazo enorme había roto todos los cristales y tirado la vela al suelo. Se quedó a oscuras un instante y escuchó un ruido enorme sobre su cabeza y el sonido desazonador de destrozo y derrumbe. Se levantó y a oscuras salió fuera del sótano. Toda la planta baja estaba llena de polvo y piedras. No quedaba un cristal intacto en las ventanas y la puerta estaba abierta y reventada la cerradura y los goznes. Subió al piso de arriba con cuidado y la luz de la calle entraba de una manera extraña. Descubrió que el techo estaba reventado, pues una roca enorme lo había atravesado y ahora descansaba sobre el piso de su dormitorio y la luz del cielo entraba libremente. Escuchó griterío de una multitud que identificó como la milicia que debía ir al asalto, así que bajó presto a la entrada y atrancó la puerta como pudo para evitar que entrase alguien. Una vez fijada se volvió al sótano y cogiendo un rosario que tenía en el bolsillo se puso a rezar por el alma de los caídos en la academia, aunque sin poder evitarlo acabó pidiendo por su propia vida y la de su familia. De repente escuchó el sonido de las ametralladoras disparando. Era un sonido característico opaco que sonaba toc toc y con la misma cadencia se enturbió su espíritu. De repente sintió que había una respuesta y se incorporó sorprendido. En su entusiasmo se olvidó de su propia seguridad y subió al piso superior para asegurarse. Su alegría le incitó a dar un grito de júbilo y se tapó la boca asustado de su reacción imprudente. Estaba seguro, escuchaba claramente el tac tac característico de las ametralladoras del Alcázar. Se oían disparar sin tregua. Tres, cuatro y hasta cinco ametralladoras diferentes podía percibir. ¡Los del Alcázar estaban vivos! Estaban respondiendo a los asaltantes desde varios frentes. Las minas habían destrozado la academia, pero no su resistencia, y él

estaba vivo para contarlo.

Asalto (18 de septiembre)

Antón salió al asalto junto a ochocientos hombres dispuestos a pasar por encima de los restos de los rebeldes. El coronel iba con ellos, aunque algo más retrasado. Antón dio la orden a los suyos de esperarle y protegerle. Avanzaron sin resistencia hasta la misma base de la fortaleza, donde se encontraron con un socavón enorme formado por la mina. El famoso embudo que queda tras tragarse la tierra todo lo de arriba. El embudo era muy profundo, como unos cinco metros de hondo, y estaba lleno de escombros. Por el contrario, el lienzo de pared del Alcázar estaba cortado por la mitad y enseñaba huecos en su base que entraban directamente a los sótanos donde se refugiaban los rebeldes.

—¿Qué hacemos teniente?

Antón se giró al ser interpelado y se encontró con la mirada de unos muchachos muy jóvenes. Estaban desorientados y acudían al mando para saber qué hacer. En ese momento comenzaron a escuchar disparos provenientes de las posiciones de defensa del corralillo. Tiraban contra el otro grupo que atacaba. A pesar de estar protegidos por un par de blindados de asalto, estos hacían más de quitamiedos que de parapeto, puesto que los defensores, tras las ruinas del comedor, disparaban a placer con sus ametralladoras. Los ciento cincuenta metros de distancia al descubierto eran infranqueables para cualquier ejército avezado, aunque fuesen cerca de setecientos milicianos, soldados y guardias los que atacaban. Los hombres que no murieron retrocedieron rápidamente, dejando solos a los blindados. Estos regresaron enseguida tras un breve intento de ofensiva. Ese flanco tuvo una breve y poco eficaz actuación. Antón intuyendo lo sucedido dudaba si avanzar o no.

—¿Qué hacemos teniente? insistió el muchacho—. Hay hombres que sí están avanzando y ya descienden por el embudo para tratar de pasar al otro lado.

—No estoy seguro —respondió por fin—. Es el único camino para acceder al Alcázar desde esta posición. Además, se ven huecos abiertos en la pared, que deben ser salidas de los sótanos por los que podemos penetrar dentro de la academia. Pero si viene el enemigo que haya sobrevivido en las defensas exteriores a este sector nos atraparán con fuego superior y cruzado.

El coronel, que se unía en ese momento al grupo que había quedado al borde del cráter, ordenó atacar. Y muchos fueron los valientes que se adentraron al embudo para tratar de atravesarlo. Antón “que no las tenía todas consigo” decidió tratar de bordearlo para acceder por el otro lado, aunque fuese un camino más largo. Si había resistencia al menos tendría más fácil escapar del fuego

enemigo.

Basilio salió rápido, rodeado de los más valientes. En estos asaltos se notaba quien lo era, o quien solo presumía en las cantinas pero que a la hora de la verdad encontraban todo tipo de justificaciones para ir rezagado. Subieron la cuesta del Alcázar sin oposición de fuego enemigo. No tuvieron esa suerte los del otro grupo, que, protegidos por un viejo carro de combate, atacaban a las posiciones de la Puerta de Hierro por la cuesta del zig—zag. Estos sí tenían fuego de fusilería, muy efectiva. Los paró en seco al seguir intactas las defensas exteriores desde donde los acribillaban. Los hombres de Basilio treparon con cuidado sobre los escombros que llenaban la cuesta tras el derribo del torreón noroeste. Este los llevaba directamente a lo alto del muñón que quedaba de su base, a la altura del segundo piso. La ascensión no fue muy complicada ya que las granadas que habían ido cayendo sobre sus piedras y restos habían asentado el terreno sobre el que pisaban. Llegaron con relativa facilidad a lo alto y contemplaron todo el patio y el movimiento de los defensores que, ajenos a lo que sucedía ahí arriba, corrían a proteger otras posiciones. Basilio mandó guardar silencio mientras llegaban más milicianos a lo alto. Desde esa posición elevada y con acceso expedito de fuego enemigo, tomar la academia era cuestión de minutos.

Las dos hermanas Eymar dieron un beso a su padre y se despidieron con un sabor agridulce de él. Habían sobrevivido a la maldita mina, pero el que su padre tuviese que ir otra vez a defender el Alcázar no era sino una muestra más de que ese infierno no había acabado. De repente escucharon unos gritos de dolor que les llamaron la atención. Era un grito diferente del que a veces se oía como el de los soldados heridos que eran transportados a la enfermería, o del que chillaban los niños y viejas asustadas cuando una bomba caía demasiado cerca. Este grito era un desgarro rabioso, pero sin desesperanza. Era un grito de dolor, pero lleno de vida. Se acercaron a la zona de donde provenía y vieron mucha gente mirando curiosa lo que acontecía.

—¡Gloria mira! —exclamó Pilar—, es Trinidad que está de parto.

—La maldita explosión se lo ha provocado y aquí toda esta gente agolpada sin hacer nada —explotó Gloria.

La muchacha mandó a todo el mundo, que miraba curioso, que dejasen tranquila a la chica, que necesitaba dentro de lo posible su propio espacio. Organizando rápidamente todo, se puso a dar órdenes que nadie desobedeció.

—Subir ese camastro a la repisa de la arcada, para que la parturienta esté tranquila. Antonio vaya usted a la enfermería y avise al doctor de que la mujer del cabo Idelfonso está de parto, Antonia consígame unos trapos lo más limpios posibles. Manuela, traiga usted

agua caliente…

—¿Pero señorita, de dónde la saco?

—Vaya usted al aljibe y le dice al guarda que la mujer del cabo Idelfonso esta de parto, por lo que necesita agua para el mismo. No se vaya hasta que se la dé, y cuando la tenga pase por cocina y caliéntela. Pero Manuela ¡dese prisa, por Dios!

Su hermana la miraba asombrada.

Todo el mundo obedecía movidos por la fuerte personalidad de Gloria, aunque el médico no compadeció por estar atendiendo heridos graves que llegaban de la lucha. En cinco minutos Trinidad se encontraba en relativa tranquilidad para las circunstancias. Su marido de servicio no pudo estar, pero entre Gloria y una mujer con experiencias en partos pudieron ayudarla. Fue breve y fácil, y Trinidad dio a luz una criatura pura entre tanta calamidad. Pero no todo fue dicha para las embarazadas del Alcázar. Justo en el pasillo de al lado tocó cruz, pues una pared derribada a consecuencia de la mina golpeó a la mujer del guardia civil Apolonio Medina. Este tabique aplastó la cabeza de la niña, que nació muerta.

Al grupo de la ametralladora que servían Francisco Aluche y Antonio Rivera se les unieron más hombres que venían a reforzar la posición. Francisco se alegró de ver a Jaime Miláns del Bosch. Era un chico optimista y muy echado para adelante con el que se sentía seguro. Escucharon gritos por todos lados y vieron salir de las ruinas, trepando por las piedras informes, una cantidad enorme de milicianos. A la orden del capitán se pusieron a disparar a bulto, frenando el avance del enemigo que se cubría tras los escombros o retrocedía a las barricadas de las que habían salido. Los milicianos, que permanecían agazapados, descargaban sus fusiles contra ellos de manera poco fructífera. En su afán optimista de tomar el Alcázar, pensando que estarían casi todos muertos, los milicianos se habían protegido poco y expuesto demasiado, sufriendo muchas bajas. Pero justo al lado, protegidos por los escombros, los hombres de Basilio y algunos guardias de asalto estaban logrando ascender al piso de arriba del museo. Usaron la cuesta artificial de piedras que había provocado el derrumbe del torreón. Al estar fuera del alcance de la ametralladora de los defensores, Basilio, que acababa de coronar la cima, y comprendiendo lo que sucedía, llamó a los rezagados para que llegaran antes de que los del Alcázar se diesen cuenta. Señalando los agujeros que había en el suelo, apuntó a los guardias que no eran conscientes de lo que tenían encima. A Basilio le impresionó la imagen de los temidos defensores. Llevaba dos meses luchando contra ellos, pero no los había visto hasta ahora. Lo que vio, eran unos hombres famélicos, mal vestidos y muy sucios. Estaban formando un corro, tratando de organizarse para repeler el ataque. Un comandante de

caballería llamado Pablo González llamó al capitán Eymar, que se levantó de su posición para ir hacia ellos. A la orden de Basilio los milicianos sacaron sus bombas de mano y las dejaron caer por los huecos del suelo al piso de abajo. Las explosiones pillaron por sorpresa a los defensores que sobresaltados empezaron a recibir tiros desde arriba. Las bombas habían matado al coronel, un capitán y un alférez de la guardia civil, dejando a otros hombres con heridas de diversa consideración. El capitán, que había caído al suelo, no entendía de donde habían salido las granadas, cuando vio como desde el techo tiraban otras, unos hombres que no logró entender de donde habían salido.

—A cubierto —gritó—. Enemigo en el piso de arriba, fuego a discreción.

Tratando los defensores de asimilar lo que sucedía se refugiaron donde pudieron o huyeron directamente hacia otras posiciones. La miliciana llamada La Chata, que había acompañado a Basilio hasta arriba, viendo que la posición era tomada, no se resistió y clavó la bandera roja de radio comunista de Toledo en lo más alto que pudo, metiendo el palo entre dos piedras. Inmediatamente se escuchó rugir un clamor de cientos de gargantas que satisfechas creían ver el final de su pesadilla. Desde la distancia los que acompañaban a Largo Caballero exclamaron:

—¡Por fin el Alcázar está tomado!

El rugido fue tan grande, que sorprendió por su número a Francisco. Trató de calcular cuanta gente les rodeaba, estimándolos en miles. El tiroteo aumentó de intensidad. Las balas silbaban a su alrededor, y las explosiones de granadas junto a ellos subió en número. La posición se estaba haciendo insostenible. Unos guardias que habían ido a averiguar como subir al piso de arriba para recuperarlo llegaron con noticias nefastas.

—Mi capitán —se presentaron a Manuel Eymar—. A pesar de quedar la pared en pie no hay cuarto ni piso que en ella se apoye, el acceso a la cota superior solo es posible desde fuera por la cuesta del Alcázar, además desde allí el enemigo hostiga todo acercamiento quedando expuestos desde todo el patio sin posibilidad de refugio.

Manuel Eymar se quedó helado, no había previsto un desenlace tan trágico. Los manuales del ejército dictaban que su posición estaba perdida, por lo que debía replegarse a lugar más seguro. Pero debía tomar la sala de arriba, o todo el Alcázar caería inexorablemente. Si se retiraban subiría paseando todo el enemigo, dominándolos desde dentro y en una cota superior. Mandó a dos hombres a informar a los guardias, pues tenían que recuperar esa posición a toda costa. Justo cuando salían hacia el patio, una granada cayó cerca de donde ellos estaban, hiriendo de gravedad a un cadete llamado José Luis. Todavía

no se había recuperado de la sorpresa el capitán, que vio como caía herido el muchacho, cuando otra granada explotó junto a ellos. Solo por un milagro permanecieron ilesos el propio capitán y Antonio Rivera. Pero a Francisco se le llevó parte de su muslo y mucha ropa y piel. No era herida de gravedad, pero si aparatosa y desde luego le había inutilizado para seguir la lucha. Le dolía la cabeza terriblemente a pesar de no tener heridas en ella, y la pierna derecha no le respondía, moviendo el brazo de ese lado horriblemente mal. El muchacho se quedó mirando al capitán y este, entendiendo lo absurdo de seguir en una posición perdida, ordenó retirada. El capitán Eymar cogió a Francisco con la ternura de un padre, mientras que Rivera intentaba socorrer al cadete José Luis que no podía moverse. Viendo su esfuerzo Francisco Aluche fue plenamente consciente de lo agotados y exhaustos que estaban. Hasta hoy la providencia los había respetado, pero se preguntó cuanto tiempo más iban a poder estar entre bombas y balas sin que los matasen. Llegaron a la entrada de los sótanos milagrosamente sin recibir un tiro. El capitán Eymar dejó apoyado con cuidado a Francisco en la entrada de las escaleras. Quería coger al cadete José Luis, que parecía agonizar, para liberar a Rivera de su carga pues estaba blanco como la cal y su debilitado cuerpo no parecía aguantar más. En ese momento llegó corriendo el cadete Jaime Milans, para ver como se encontraba su compañero herido. El capitán, bajando ya con José Luis, le pidió a éste que ayudase a Rivera a bajar a Francisco. Se dispusieron ambos a cogerle cuando Rivera de repente se quedó parado mirando a la posición perdida. Visiblemente alterado empezó a gritar a Jaime para hacerse oír sobre las bombas y tiros.

—Nos hemos dejado la ametralladora en el museo.

—Pero ahora es una locura volver ahí —dijo Jaime—. Nos matarán.

—Con el pánico del momento y la desorganización de una retirada apresurada con los heridos a cuestas se nos ha olvidado. Si está cae en manos enemigas desde esa posición barrerán con ella todo el patio haciéndonos imposible el acercamiento a esa zona —argumentó Rivera—. Además, eso es lo que debemos hacer según el código militar.

—Está bien —concedió Jaime—. Tú aún estas más loco que yo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Rivera a Francisco, casi suplicando—¿Puedes aguantar hasta que volvamos?

—Claro amigo. Ve y que Dios te proteja.

Cogiendo a Jaime del brazo le hizo seguirle entre granadas y balas hacia el museo corriendo agachados por el patio. Francisco se quedó mirando nervioso para ver si llegaban bien, temeroso de que los matasen. Le caían bien esos chicos con su optimismo y su ímpetu a

veces temerario. Llegaron donde la ametralladora y comenzaron a desmontarla, soltándola de su peana. Pero desde arriba los vieron, y por un agujero del suelo lanzaron una granada. Francisco vio un brillo cegador que los expulsó por los aires como si fuesen de papel. Casi al instante salió un guardia que estaba protegido tras una columna, para ayudar a Rivera. Francisco observó que le hacía aspavientos a un compañero para que ayudase a Jaime, al que le sangraba copiosamente un pie. Se fijó otra vez en Rivera y vio con claridad que tenía destrozado el brazo izquierdo y cómo trataba de sujetárselo con la otra mano para evitar que se le cayese ahí mismo. Francisco se quiso incorporar para ir a su encuentro, pero un dolor intenso que salía del muslo recorrió todo su sistema nervioso quedándose plantado en el sitio. Observó, medio inconsciente, cómo traían a Rivera con una cara de sufrimiento extremo, pero chillando vivas a España y Cristo Rey, para darse ánimos o tirar por la boca toda la rabia y dolor que sufría en ese momento. Al pasar junto a él, Francisco quiso decirle algo, pero las palabras se atascaban en su garganta sin llegar a salir. En ese momento salió a su encuentro un soldado apellidado Fuentes, que venía a ayudar.

—¿Qué te pasa Antonio? —preguntó preocupado.

—A mí no me pasa nada —contestó—, donde pasa es ahí arriba —dijo señalando al torreón—. Así que sube enseguida y cumple como lo he hecho yo.

Vinieron más personas a ver qué pasaba, incluido el coronel, que al ver lo complicado de la situación tomó el control directamente desde el terreno. Se coordinó con el capitán Méndez, que estaba dirigiendo los ataques desde el propio patio. Mandó al teniente Gómez Oliveros subirse a la galería opuesta con todos los soldados que pillase allí mismo, para hacerles oposición de fuego desde una misma altura. Algunos guardias se habían quedado protegiendo la puerta del museo por si salía el enemigo, y el resto se refugió junto el cuarto de banderas esperando órdenes. La situación era absolutamente dramática. Con el enemigo dentro del Alcázar, el coronel sabía que estaba todo perdido. Por eso su orden fue tajante.

—Hay que tomar ese torreón a cualquier precio. A cualquier precio —repitió el coste para dejarlo claro.

Giro

Antón estaba a punto de terminar de sortear el perímetro del embudo causado por la mina, cuando observó movimiento en el primer piso del corte del edificio. Unos soldados andrajosos, sucios, delgados y barbudos estaban instalando una ametralladora. Aunque su aspecto no infundía miedo, quedó aterrado. Ordenó hacer fuego a los suyos para alertar a sus compañeros. Estos trataban de remontar la pendiente que los subía al Alcázar ahora que habían atravesado el amasijo de hierro que fue la cubierta del torreón. Si los pillaban ahí dentro no saldría ninguno vivo. Los soldados andrajosos se escondieron tras unas piedras, quedando inaccesibles para Antón que se temió que terminarían de montar la ametralladora ahí protegidos y la sacarían lista. Comprendiendo que no había tiempo para atacar, ordenó retirada a sus hombres y los del cráter, pero estaban tan cerca de entrar en la ansiada academia que nadie le hizo caso. Percibió por el rabillo del ojo como sacaban la ametralladora sobre las piedras y se tiró al suelo. Fue una matanza. Los hombres del embudo caían a racimos, imposibilitados de protegerse. El que encontraba un pequeño rescoldo tras una roca, tarde o temprano tenía que salir y entonces lo freían desde arriba. Antón tuvo suerte, pues al disparar la ametralladora a los de abajo, dejaron su sector libre y pudo salir corriendo con los suyos hacia la calle que se abría entre los escombros. Cuando quisieron dispararles ya estaban a resguardo. Posiblemente de todos los sectores de ataque el suyo había sido el más perjudicado. Por ese lado no había ya nada más que hacer. Se quedó confiado en que algún otro frente tuviese más éxito y les diesen otra oportunidad.

Al grupo de milicianos de Basilio se le unieron más guardias de asalto que acababan de subir al muñón del torreón, donde orgullosa ondeaba la bandera comunista.

—Tendremos que avanzar, ¿no crees? —le preguntó a Basilio un hombre de mediana edad que aparentaba tener mando dentro de los guardias.

—¿Tú estás loco? —contestó—. Si bajamos allí, sin más refuerzos, nos freirán desde los otros tres lados del patio. Yo propongo hacernos fuertes aquí y con cabeza ir ocupando el edificio.

—No hay tiempo —respondió el guardia—. Si no lo hacemos ya el factor sorpresa no tendrá…

Un tiro le golpeo entre los ojos callándolo de golpe. Se desplomó de espaldas. Los milicianos sorprendidos no lograban entender de donde provenía el tiro, pero comenzaron a sonar las balas junto a sus cabezas por lo que se agacharon protegiéndose tras los restos de pared y piedras grandes desparramadas por el suelo. Fue un instante, pero quedaron ocho hombres muertos y varios heridos, incluida La Chata

que recibió un tiro en la pierna. Basilio se asomó con cuidado dándose cuenta de que del piso de enfrente, a su mismo nivel, se habían apostado soldados rebeldes que les hacían tiros desgraciadamente muy certeros.

—A cubierto —ordenó—. Fortalecer la defensa y levantar una pared de piedras que paren estos tiros.

Sus hombres se habían echado un poco hacia atrás intentando protegerse y frenaron la iniciativa del ataque. Este parón fue aprovechado por los defensores ya que el teniente Oliveros agarró de la camisa al teniente Castro para intentar llegar a los rojos. Les siguió un falangista llamado Espejo que estaba rabioso de ver ondear la bandera comunista. Sin esperar órdenes corrió tras ellos dispuesto a todo. Atravesaron el patio a la carrera y tuvieron suerte de que ninguna granada les alcanzase. Se refugiaron bajo lo que quedaba de arcada y propusieron subir por unos agujeros que había en el techo que daban a la sala de recreo. Estos huecos eran el resultado de los bombardeos que recibían últimamente. Buscaron ayuda en los soldados que andaban por ahí protegidos, y alguien trajo unas escalas marinas. Las intentaron utilizar para subir, pero fue imposible colocarlas desde abajo. El teniente Oliveros mandó traer escaleras de madera comunes de donde pudiesen hallarlas. Envió a dos soldados a los sótanos donde le constaba que había alguna. Reunieron tres escaleras que empalmaron, con trapos y camisas que se quitaron para usarlas a modo de cuerdas. Y cuando comprobaron que la escalera era firme la apoyaron a la pared cerca de un hueco. A pesar de la altura tuvieron que subirla sobre un arcón para lograr alcanzar el agujero del techo. Inmediatamente subió el teniente Oliveros seguido del falangista Espejo, el teniente Castro y el resto de los guardias civiles que por allí se iban acercando al adivinar las intenciones del teniente. Al llegar a la sala de recreo vieron la puerta que comunicaba a la zona donde estaba el enemigo reventada. Pero al quedar a su izquierda no entraban en su visión. El teniente Oliveros ordenó silencio y provisto tan solo con una pistola se acercó sigilosamente.

Basilio había decidido salvar a su amiga, por lo que cogiéndola por debajo de los brazos la ayudó a descender el camino, llevándola casi a rastras. Así que no vio como el teniente Oliveros entraba a pecho descubierto a la zona donde estaban sus hombres, cubiertos tras los improvisados parapetos. Al pillarles por sorpresa desde un lateral hizo varios disparos muy efectivos que inicialmente no fueron respondidos, entre otras razones por aparecer más hombres que apoyaron al teniente y generaron confusión entre los milicianos. Rehechos de la sorpresa inicial, los asaltantes comenzaron a disparar y defenderse de manera muy violenta. Milagrosamente, el teniente Oliveros no sufrió ninguna herida, pero muchos de los guardias que iban entrando caían

heridos. Los milicianos y guardias de asalto comenzaron a recuperar terreno e hicieron retroceder a los defensores que se hicieron fuertes en el cuarto de recreo. De abajo seguían llegando guardias civiles que iban subiendo por las escaleras empalmadas para reforzar la posición, por lo que se frenó el empuje de los asaltantes. Además, el capitán Eymar ordenó posicionar la ametralladora que había dejado Rivera al ser herido. La encaró mirando a la cuesta por la que ascendían los milicianos. Para ello usaron un agujero que había en la pared y estaba orientado a esa pendiente. Al subir un oficial llamado Cirujano al piso superior, se encontró desangrándose a varios heridos que no tenían forma de bajar. Junto a un guardia civil agrandaron un agujero que había cerca del de la escalera, y arrojó una cuerda que sujetó a una gran piedra. Agarraron con cuidado a un guardia, que tenía dos tiros en el estómago y le ató la cuerda debajo de los sobacos. Colgado el herido, lo descendieron por el hueco que habían hecho. El guardia gritaba de dolor al ser bamboleado. Además, iba manchando la pared de sangre cada vez que chocaba con ella. Fue una forma horrorosa de descenderlo, pero acabó siendo recogido y trasladado a la enfermería. Mientras la lucha prosiguió no se les ocurrió otra manera mejor de evacuar a los heridos. De manera que, cuando tenían siete descendidos, los contornos del agujero y la pared de descenso estaban pintados de un rojo oscuro muy pegajoso debido a la sangre acumulada.

Justo cuando Basilio había dejado a la Chata con unos camilleros, para que la llevasen al hospital de campaña instalado en el colegio de huérfanos, comenzaron a sonar disparos de ametralladora en la cuesta de acceso al torreón. Los hombres que tenían que subir a apoyar el ataque quedaron detenidos pues vieron como caían muchos de sus compañeros. Un capitán comenzó a ordenar subir a reforzar el torreón, pero nadie quería obedecer.

Los milicianos y soldados de asalto que habían tomado la torre comenzaron a retroceder. Esto se debía al aumento de enemigos que iban llegando y a la falta de refuerzos que por el contrario sufrían ellos. Desde hacía un rato no había aparecido por la cuesta ningún apoyo y se temían que el sonido de la ametralladora que escuchaban debajo fuese la causante. Poco a poco fueron cayendo esos valientes, pues en ningún momento presentaron tregua a los atacantes. Cuando su número fue tan escaso que no tenía sentido batirse en duelo, echaron a correr cuesta abajo los pocos que habían resistido y aun podían moverse, pero fueron abatidos por la espalda mientras lo hacían. Quedaron pocos hombres que gemían heridos en el suelo suplicando perdón con la mirada, pero poseídos de una rabia e ira desconocida los defensores que allí habían peleado no dejaron un miliciano vivo. El teniente Olivera arrancó la bandera roja

encaramándose a las rocas, temerariamente, pues las balas seguían zumbando a su alrededor. La arrojó con rabia al patio de la academia como un trofeo, y así lo vivieron los que lo vieron, pues gritaron satisfechos dando vivas a España. Inmediatamente, llegó un cadete con la bandera rojigualda y la clavó en el mismo sitio donde hacía un momento estuvo la otra. Debió de verse perfectamente desde todos los sitios, pues comenzaron a llover tantos tiros que los defensores se vieron obligados a desalojar esa zona del torreón al quedar varios heridos.

A unos cientos de metros de allí, en Los Alijares, el capitán Carreño recibió orden de disparar la artillería. Se quedó sorprendido y comprendió que el asalto había fracasado. Obedeció tratando de apuntar bien al centro del patio pues pensaba, y con razón, que los suyos todavía estarían muy cerca.

Las bombas comenzaron a caer, una vez más, sobre la academia. Antón estaba rabioso, ya que no comprendía como no seguían intentando un asalto. Lo tenían al alcance de la mano, pero ahora no podían intentarlo o sus propias granadas les volarían por los aires. Le pareció una cobardía. El retroceso de su ejército parecía una desbandada, como si los persiguiesen. Estaban temerosos de que una bomba les cayese encima y no sin razón, pues a más de uno le arrancó la vida esas bombas al no haber comunicado previamente el mando el fin del ataque y estar ellos demasiado adelantados. Ese día —pensó Antón—habían pagado muy caro su arrojo los hombres más valientes.

El fracaso de la toma del Alcázar era un durísimo golpe para el teniente coronel Barceló. Él no tenía forma de saberlo, pero en el parlamento de Brasil se estaba guardando, en ese mismo momento, un minuto de silencio por la supuesta muerte de los héroes. Lo que si sabía era que la resistencia pertinaz de esos hombres era seguida por todos los países. En parte por culpa de sus propios medios informativos. Trataban de conseguir la noticia de que el Alcázar estaba recuperado para el legítimo gobierno. Pero la falta de pericia de sus hombres, o el exceso de esta de los sitiados, los mantenían prácticamente igual que cuando empezaron el asedio hacía más de dos meses. Eso estaba logrando el efecto contrario al deseado, generando simpatías hacia los rebeldes por parte de los medios internacionales. Había sufrido una pequeña herida de una astilla que se le había atravesado en el muslo de una pierna. En cualquier otra situación posiblemente no habría pasado ni siquiera por enfermería, pero esta vez consideró que lo mejor sería quitarse de en medio. Ese puesto podía entorpecerle más su carrera que figurando como herido de guerra. Así que decidió retirarse y pasar el mando a su segundo.

Basilio se había situado en el puente de San Martín con un camión de lona de transporte de personas. Su intención era meter dentro a

todos los prisioneros que pudiese coger; falangistas, curas militantes de derechas y cualquier persona que pudiese suponer un problema. Para él era un día clave.

—Aprovechemos que todas las ratas regresan a sus madrigueras para cazarlas y evitar que nos ataquen por la espalda —dijo Basilio muy satisfecho—. Todos los que no conozcáis, pero vistan como los señoritos, retenedlos y ya averiguaremos quienes son.

En ese momento, Mariano regresaba en la ambulancia con su suegra. Habían dejado a su familia al otro lado del Tajo. La mañana fue dura. No quisieron mirar la explosión a pesar de que todo el mundo la contempló con la animación de un día feriado. Para ellos no era un espectáculo. Tras la angustia y sufrimiento de creer que todos habían muerto, tuvieron que disimular su alegría al ver que los suyos seguían vivos resistiendo y logrando rechazar al enemigo. Ya era medio día avanzado cuando la ambulancia les recogió para la vuelta. Mariano dio un beso a su mujer y quedaron en verse luego. La ambulancia enfiló al puente de San Martín, donde el control de milicianos de Oscar la obligó a parar. Le pidieron al conductor los salvoconductos que habían emitido los días previos para toda esa logística y mientras se arreglaban con el chófer dos milicianos abrieron las puertas traseras y se metieron a registrar a la abuela y a Mariano.

—¿Quienes son esos? —Basilio estaba intrigado, le sonaba mucho la cara de Mariano—. ¿Os han dado la documentación?

—Son solo una anciana enferma que vuelve a casa con su hijo.

—¿Su hijo? ¿y quien es su hijo?

Basilio se subió a la ambulancia y se plantó cara a cara con Mariano

¿Así que tú eres el hijo? ¿Y por qué juraría que yo te conozco? Dime, hijo, ¿quién eres y a dónde te diriges?

—Soy Mariano y me dirijo a casa para atender a mi madre. No entiendo tanto revuelo.

Mariano trataba de aparentar tranquilidad, incluso mostrando un punto de indignación, pero estaba sinceramente preocupado del cariz que estaban tomando las cosas con ese hombre. Por su parte, Basilio, preguntó al chófer dónde vivía esa familia. Al responderle este la calle y el número recordó por qué le sonaba ese hombre.

—¡Menudo triunfo nos vamos a anotar con esta pieza, camaradas! –exclamó Basilio lleno de satisfacción—. Tenemos aquí ni más ni menos que al explotador de la fábrica, al gran tirano de los obreros. ¡Menuda pieza hemos ganado! Contigo resarciremos la sangre de los nuestros, vertida por tus amiguitos del Alcázar.

—Triunfar en la vida no es ganar —soltó enardecido Mariano al verse descubierto y con el orgullo herido—. Triunfar en la vida es

levantarse y volver a empezar cada vez que uno cae. Por eso no ganaréis nada.

—Es posible —respondió cínicamente Basilio—, pero tú no vivirás para contarlo.

Francisco tenía hambre, mucha hambre. Desde el día de la mina solo había comido dos veces y el desgaste era enorme. Apenas había dormido pero el insomnio era ya parte de sus vidas. Recordando la primera de esas comidas se le hacía la boca agua. Arroz con judías, chorizo y bacalao. Un manjar que consideraba en esas condiciones digno de una cena de Navidad o de una boda. Pero fue un banal espejismo debido a una bomba que entró en la cocina arruinando la comida, por lo que los cocineros salieron al paso con ese manjar antes de que se estropeara. Desde entonces, el intenso fuego artillero los tenía prácticamente aislados en el gobierno militar, defendiendo la subida por la Puerta de Hierro. Otra cosa le quitaba el sueño: los tiros que a veces se oían en Tránsito. Les constaba que estaban asesinando a gente. Tras su fracaso, en la toma de la academia después de la mina, esos fusilamientos se intensificaron. Francisco temía por los suyos. Él no sabía que su padre y Arturo estaban en Madrid. Fernando encerrado muy cerca de allí. Tampoco sabía que Julián llegaba con la columna que los pretendía liberar. Y no se podía imaginar que Antón era uno de los hombres que trataban de aniquilarlos. En Tránsito sí había muertos, pero no había ningún Aluche. Había muertos como el cuerpo lleno de tiros y moscas de Mariano, que nunca regresó a su casa. Le tocó a la abuela, esta vez sí, destrozada y enferma, contar a los suyos el destino que le habían prometido los milicianos de Basilio.

Francisco finalmente se quejó a su compañero. Le habían emparejado con un teniente de artillería apellidado Zarranz, doce años mayor que él.

—Dos días llevamos aquí sin relevo. Si por lo menos nos diesen de comer decentemente no me quejaría, pero hace ya un día que no pruebo bocado.

—Pues hazte a la idea de no probar nada en bastante más tiempo —le dijo Zarranz—. Ahora usan la artillería como si fueran fusiles, y cada vez que asomamos la cabeza llueve metralla. El relevo de ayer se saldó con demasiadas bajas. El comandante Lecanda perdió varios hombres en la puerta de la piscina. A eso suma que un obús impactó directamente sobre los dos soldados que traían el perol de comida, por eso no has comido hoy.

—No debería ser tan duro con el muchacho, Zarranz —le dijo un hombre de mediana edad y calvo que lucía la insignia de comandante y había aparecido de la nada.

—¡Comandante Llorente! —saludó cuadrándose reglamentariamente el teniente—. No le había visto llegar. Ni oído, con todo este ruido artillero creo que ya estoy medio sordo.

—Descanse, teniente. ¿Cómo te llamas, muchacho? —preguntó en

un tono paternal el comandante.

—Francisco, mi comandante.

—Francisco, es cierto que los rojos están atacando más intensamente. Pero son los últimos estertores de quien sabe que está perdido. Hemos interceptado en la radio que los nuestros ya están en Maqueda y que están preparándose para tomar Toledo.

—¿De verdad están tan cerca, mi comandante?

—En el fondo yo sé tan poco como vosotros. Pero una cosa si os puedo asegurar, y es que los rojos no pisarán el Alcázar.

—¡Eso seguro!

Eso lo dijeron unos paisanos que acompañaban al comandante a cuyas órdenes llevaban esos dos últimos días.

—Sin embargo —añadió—las horas que faltan van a ser las peores. Por lo tanto, hay que agotar todas nuestras posibilidades.

La idea inicialmente no la tomó Santiago en serio, pero tras tres días de infructuosas intentonas no parecía tan descabellada. Antón insistía machaconamente con su plan.

—¡No podéis negarme que la idea es buena! Su poder y fuerza reside en esos nidos de ametralladoras que barren todo lo que se menea. Si conseguimos llegar a ellos sin que nos vean con una sola granada de mano descabezamos su defensa. Así nuestros hombres pueden subir sin el pánico de ser inmediatamente acribillados por su máquina repetidora. Una vez tomado este punto será tal cual una puerta abierta a nuestros camaradas, que entrarán en tropel desmantelando el resto, como si de un castillo de naipes se tratara.

—No te digo que no es buena la idea—respondió Santiago, un poco más convencido—. Pero suponiendo que no nos vean y lleguemos de una pieza arriba. Si conseguimos descabezar ese maldito nido, ¿quién te dice que no vengan inmediatamente otros facciosos a sustituir a los caídos?

—No les daría tiempo — contestó Antón, con aire más relajado tras apreciar que caía la resistencia de su amigo—, ya que tras la explosión subimos nosotros. Nos haremos cargo de la ametralladora, si ésta funciona todavía, y dispararemos contra todo enemigo que intente acercarse desde la ventaja que nos da la altura. Mientras tanto subirán nuestros hombres tranquilamente sin nadie que les dispare de este lado del frente.

—¿El mando nos ayudará? —esto lo preguntó Tomás.

—¡Claro! Por fin se han dado cuenta de que hay que eliminar las resistencias exteriores. Por eso no paran de bombardearlas y cortar el paso de los relevos. Si las conseguimos tomar la academia será nuestra —exclamó satisfecho Antón.

—¡Venga! —concedió por fin Santiago—, coordínalo y atacamos.

—Perfecto. ¿Y vosotros que decís? —les preguntó a Ramón y

Tomás.

—No deberías actuar en función de nuestro criterio, tú eres el teniente y el que manda —le contesto Tomás—. Así que ordena lo que quieras.

—Sí, es cierto —le contesto Antón mirándolo fijamente—, pero antes que jefe soy amigo vuestro, y no quiero obligaros a nada peligroso si no estáis conmigo.

—Si tú lo ves nos parece bien —contesto Tomás—. ¿Verdad Ramón?

—Ya sabéis que yo haré lo que digáis, yo no tengo criterio.

Riéndose tras la tensión del momento, Antón les dijo que se iba a organizarlo con el capitán. Santiago no participó en las risas, se quedó pensando en lo que les venía encima. Ramón se puso a reír burlándose de él.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia Ramón?

—¿De qué te preocupas tanto? Nunca hemos estado tan cerca de conquistarlos. Siempre hemos estado atacando al edificio principal, cuando todo lo que teníamos que hacer era quitarles sus defensas exteriores. Sin ellas nada pueden hacer y morirán atrapados como ratas en esas cuatro paredes.

El ataque fue durísimo. La presión a la que sometían a los del gobierno militar era tan intensa que estaban a punto de ceder. Dos compañías enteras de guardias de asalto trataban de tomar las posiciones de los defensores que se estaban viendo desbordados. La ametralladora que atendía Francisco había sido duramente golpeada, llegando a explotar una granada encima de los que la servían. Había dejado fuera de servicio al sargento que la manejaba, por lo que los soldados se pusieron a disparar con sus fusiles como locos a los guardias que venían hacia ellos. Francisco apuntó a uno, especialmente valiente, que corría sin miedo y se acercaba peligrosamente. Al apretar el gatillo una imagen lo dejó helado. El guardia de asalto se encogió sobre su estómago y se refugió sobre una piedra grande que lo protegía, pero la cara de dolor del hombre le había parecido a Francisco la de su hermano Antón. Se quedó completamente bloqueado a pesar de los gritos de sus compañeros que veían como los guardias de asalto estaban a punto de tomar sus posiciones. Se generó desconcierto en el puesto y no sabían si huir. De repente del Alcázar salieron dos pequeñas compañías de la guardia civil al mando del capitán Eymar. Embistieron a los sorprendidos guardias, que no se imaginaban un ataque a descubierto. Tras un pequeño cruce de disparos los de asalto decidieron regresar, pues entre otras habían perdido a su jefe. Antón se desangraba por dentro y le ardía el estómago. La bala le había atravesado las tripas y sabía que esas muertes eran lentas y dolorosas. Además, a menos de cincuenta

metros de las posiciones enemigas, sería un entretenimiento para los soldados que se divertirían con él como si fuese una presa de caza. La boca se le secaba y se moría por beber. Escuchó gritos de terror y se asomó para descubrir cómo unos guardias civiles ponían en desbandada a sus hombres. No solo se moría, sino que habían vuelto a perder. Su amigo Santiago que estaba refugiado ahí cerca y lo miraba preocupado le gritó al comprender sus intenciones. Le chilló que parase, que ahora le salvarían, pero Antón no escuchaba nada. Decidido a no seguir sufriendo, y sin mucho miramiento ni meditación, se llevó la pistola a la boca y apretó el gatillo. Santiago gritó. Francisco, que no había dejado de mirar al sitio donde se refugió el hombre al que había disparado, vio un brazo que se dejaba caer con una pistola en la mano. En ese momento, llegaron a refugiarse junto a él los guardias civiles que regresaban tras frustrar el ataque y comprobar que volvían a bombardearles desde Los Alijares.

Santiago llamó a Ramón y, aprovechando que la artillería iba a mantener ocupados a los guardias civiles poniéndose a salvo salieron de su escondite. A saltos, mirando no caerse entre los escombros, descendieron lo más rápido que podían. Al pasar frente a Antón, Santiago obligó a Ramón a coger a su amigo caído. Le amenazó con su arma, pues veía que se largaba sin hacerle caso. De mala gana cogió de un brazo al muerto y entre los dos lo consiguieron bajar hasta el primer parapeto justo antes de que la ametralladora abriese fuego. Allí, a cubierto, Ramón soltó a Antón y se puso a chillar a Santiago.

—¿Te has vuelto loco? ¡Eres un enorme hijo de perra! ¿Pero qué mosca se te ha cruzado en la cabeza de chorlito que tienes? Casi haces que nos maten después de haber sobrevivido a la subida….

—Escucha, energúmeno—dijo Santiago cortando a su amigo—. ¿No te das cuenta de que Antón lo es todo para el capitán? Si no lo hubiésemos cogido no creerían que habíamos obedecido hasta el límite, es nuestro mejor salvoconducto. Además, era mi mejor amigo y se lo debía.

Le examinaron la herida de la bala del estómago. Se dieron cuenta que era un tiro limpio, de entrada y salida. Santiago movió la cabeza negando, y se puso a llorar de rabia hablando al muerto.

—¿Por qué lo hiciste Antón? ¿Por qué no me escuchaste y te diste por perdido? Si te hubiésemos traído con ese tiro solo, posiblemente te habríamos salvado. ¡Pero no! Tuviste que hacerte el héroe y todo digno pegarte un tiro.

No pudo seguir riñendo a su amigo, descargando su impotencia y rabia, pues las lágrimas le ahogaban. Ramón, conmovido, le atrajo a él en un abrazo, para que se desahogara en su hombro.

Ramón se quedó tras la pared que, junto a la ventana parapetada, le cubría de la metralla enemiga. Rabiaba por haberse dejado llevar por la idea descabellada de Antón, que ahora yacía junto a él recostado en el suelo de una forma antinatural. El plan, no solo no había salido para nada según lo establecido, sino que casi lo matan junto a sus amigos. Había que reconocer que los tiradores del Alcázar tenían ojo de cazador experimentado.

—Mierda, mierda y mil veces mierda —clamó contra su amigo—. ¿Por qué no me dijiste que habían matado también a Tomás?

—No me di cuenta hasta que fue demasiado tarde —contestó Santiago—. Además, si te lo hubiese dicho irías a por él y también te matarían a ti.

Tenía que hacer algo con su amigo Tomás. Había sido un cabezón, pero había sido un gran tipo y mejor compañero y amigo. Sabía que caído donde estaba se pudriría como el resto de milicianos que caían en tierra de nadie y eso era algo que él no podía permitir. No por lo menos con un hombre tan gallardo como había sido Tomás.

—¡Ehhhh, los de arriba!

El silencio fue inmenso. Santiago se quedó mirándolo incrédulo.

—Soy guarda de asalto —continuó Ramón gritando a los de arriba —, por lo tanto, militar como vosotros. Ese hombre de ahí, que cayó en acción de guerra, era amigo mío y quiero recogerlo para poder honrarlo con el entierro que se merece. Quiero que me deis vuestra palabra de que si salgo a por él no me haréis fuego.

Los paisanos militarizados que cubrían ese sector se miraron sorprendidos por la demanda del miliciano. No había duda de que estos que hoy les atacaron tenían agallas. No tenían nada que ver con aquellos revolucionarios de salón que les asaltaban en el pasado y que corrían hacia atrás en cuanto pegaban dos tiros. Llamaron al capitán Eymar que se encontraba pasando revista en ese momento, valorando si era un asalto aislado o algo de mayor envergadura que se fuese a repetir. Cuando le contaron lo que sucedía, no dudó de la nobleza de la demanda, por lo que nobleza exigió a los suyos.

—Sal a descubierto que te veamos, cuádrate militarmente y demanda tu petición con la gallardía que a un militar corresponde. Aquí solo el código militar impera y a este nos acogemos.

Ramón, tras sus años de servicio en la guardia, valoraba la lealtad de los militares a sus promesas. Pero jugándose la vida, y tras pasar tanto tiempo entre anarquistas, la desconfianza en la palabra del ser humano se había asentado en su alma. Miró a Santiago, que tenía los ojos en blanco y no sabía que pensar. Así que la necesidad de recoger a su amigo le impulsó a salir a mitad de la calle y dirigiéndose al lugar

de donde provenían las voces, se cuadró temblando de miedo y saludando al estilo militar.

—Pido permiso para recoger a mi compañero caído en combate.

—Tu coraje y valentía te honran, soldado —le dijo el capitán Eymar—. En verdad tu compañero debió de ser afortunado de tenerte como amigo. Recógelo y dale digna sepultura.

El capitán se quedó pensando en lo triste que era matarse entre españoles. ¡Por lo menos matar a españoles de ese temple y valor! No era ese tipo de soldado el que habían combatido anteriormente, gente desorganizada y cobarde que no había presentado apenas batalla frontal, evitando en todo momento jugarse el tipo. Este era un tipo valiente, disciplinado y con arrojo. La contradicción hizo mella en su cabeza. Por un lado, admiraba ese valor, pero por otro le aterraba imaginar qué pasaría con ellos si muchos hombres así decidiesen hacerles frente. Le sacó de su ensoñación la voz del guardia de asalto que ya se había refugiado con su compañero muerto. Desde abajo les daba las gracias.

—Aunque esto no cambia nada. Y lo mismo que hoy recojo a los míos, mañana, vuestras viudas recogerán lo que quede de vosotros.

Como si el encanto del momento desapareciese por ensalmo de magia, los defensores arremetieron a tiros inútiles contra el muro. Dando fin a la tregua y saltándose de paso la recomendación de aprovechar munición. Pero la rabia contenida tenían que soltarla de alguna manera y esta era tan buena como cualquiera. Así lo comprendió el capitán Eymar, que se fue de vuelta con el comandante Llorente, reflexionando sobre lo ocurrido.

Cerca de allí Fernando se levantó perezoso. La reunión con el abogado que le habían asignado era un asunto importante, pero él se mostraba frio y escéptico. Estaba a gusto tumbado, a pesar de la dureza del catre que tenía en esa celda, y no le apetecía hacer nada. Al pequeño cuarto que tenía por cárcel entró un hombre grueso de mediana edad, dotado de una buena mata de pelo canoso. Tenía una sonrisa en el rostro y cara de buena gente. Fernando torció la boca, pues el abogado le cayó bien y no quería hacerse ilusiones.

—Buenos días, don Fernando. Mi nombre es Mariano Díez Plaza y soy el letrado encargado de su defensa.

—Buenos días tendrá usted. Los míos me temo que serán incomodos en este antro, y cuando me saquen fuera será para ponerles término.

—¡Venga! No sea dramático. El tribunal popular puede ser magnánimo y con la defensa bien preparada no es descabellado pensar que obtenga hasta la libertad.

—Me sabe mal llevarle la contraria, habida cuenta de que no nos conocemos. Pero un tribunal formado por elementos políticos no

ofrece muchas garantías.

—Don Fernando, permítame que le ilustre sobre el tribunal que lo va a juzgar. Conociéndolo tendremos más posibilidades de alcanzar el éxito.

—Como usted quiera —consintió Fernando—, aunque me parece una pérdida de tiempo.

—El pasado veintiséis de agosto salía publicado, en La Gaceta de Madrid, el decreto de creación de los tribunales populares. Estos tribunales se constituirían en cada provincia a consecuencia de la sublevación militar. Para acelerar los trámites y agilizar los obstáculos formales de las normas procesales, sin negar al defendido la posibilidad de defensa. Como tribunal especial entenderá los delitos de rebelión y sedición, y estará compuesto de catorce jueces de hecho. Estos serán nombrados por los partidos políticos que integran el Frente Popular y las organizaciones sindicales obreras que están defendiendo la República. Por último, tendrá tres jueces de derecho asignados por el Ministerio de Justicia. Estos son funcionarios judiciales y por lo tanto poco sospechosos de pertenecer a partidos políticos. En el caso que nos ocupa, se constituyó el tribunal popular de Toledo el pasado día dos de septiembre a las ocho de la tarde, en el salón de concilios del Palacio Arzobispal donde le juzgaran a usted. El presidente es el magistrado don Juan José González de la Calle. Este señor es juez de primera instancia en Utrera y la guerra le ha sorprendido de permiso en Madrid. Puedo garantizarle que es un profesional fuera de toda duda.

—¿Y todos los demás? —cortó Fernando impaciente—. ¿Puede garantizarme que todos los demás sean igual de profesionales?

Los otros dos magistrados sin duda. El problema está en los catorce jueces de hecho. Hay tres asignados por la UGT dos del PCE, dos de IR, dos más de la FAI y de JSU y uno de la CNT. Los dos que quedan son del PSOE y me consta que conoces a uno, don Manuel Aguillaume Valdés.

—¿El jefe de correos?

—¡El mismo! —respondió satisfecho Mariano al ver que despertaba esperanzas en su defendido—. Ha sido él personalmente quien me ha dicho que hará todo lo posible por ayudarle.

—Don Manuel es amigo de la familia, eso es cierto. Pero no me ha dicho el nombre de ninguno de los otros, y no se me escapa que siendo Toledo pequeño y los Aluches conocidos por todos, es una obviedad presuponer por qué lo ha hecho. Se agradece el esfuerzo, pero seamos sinceros y reconozcamos ya que no tengo esperanzas.

—Una vez más he de llevarle la contraria. Este tribunal lleva incoados tres sumarios. El primero contra un fraile carmelita, de los que se enfrentaron al general Riquelme en su entrada a Toledo. Fue

condenado a muerte. Pero los otros dos no. El primero de éstos, contra un guardia civil que argumentó abandonar las filas del coronel Moscardó para pasarse a las de Riquelme. Y si bien le han condenado a cárcel, se ha librado de la pena capital. Por lo que nosotros basaremos nuestra defensa en lo mismo, deserción para pasarte a nuestras filas.

—¡Pero eso no es verdad!

—El tribunal no tiene por qué saberlo —respondió muy serio Mariano—. Baste con que quede entre nosotros.

—¿Y el tercero? —preguntó curioso Fernando—. ¿Quién era el tercero?

—Las terceras —replicó Mariano—. Son tres mujeres. La esposa del coronel Moscardó, María Guzmán, que la tiene la CNT prisionera en el manicomio. La segunda es esposa del teniente coronel Tuero, la señora Carmen Tiestos Oviedo. Y la tercera es África Ponce de León, mujer del capitán Emilio Alamán.

—¡Bonito delito ser mujer de un defensor del Alcázar! —dijo irónico Fernando.

—No de cualquier defensor —se defendió Mariano—, sino de los jefes. Además, a las dos últimas las liberaron antes del juicio por petición expresa del comandante Vicente Rojo. Y a la mujer de Moscardó la dejaron en la cárcel. Por lo que tampoco ha sido tan sangriento el tribunal popular. Así que anímese.

Muerte

El coronel Moscardó había decidido replegar todos los hombres de las defensas exteriores al interior del Alcázar. Era consciente de que perdía su principal baza de la defensa y que encerrados en el edificio no durarían más de una semana. Pero la pérdida en hombres que estaba suponiendo su mantenimiento era superior a lo que se podían permitir. Eran un recurso muy limitado, cada hombre valía demasiado y no tenían posibilidad de repuesto. Había tenido tantas bajas esos últimos días como en el resto del asedio. Por último, confiaba que sus tropas les liberarían en menos de una semana. Si no sucedía así, prefería no pensar lo que les esperaba.

Francisco había estado toda la jornada y parte de la noche en su puesto, sin parar de luchar. Estaba exhausto. El hostigamiento al que eran sometidos era indescriptible. Se había corrido la voz de que las tropas nacionales estaban muy cerca y por eso habían desviado parte del fuego artillero. Pero seguían cayendo misiles como hojas en otoño. El enemigo estaba rabioso y su empuje estaba siendo asfixiante. El repliegue que acababan de efectuar había sido sangriento a pesar de ser noche cerrada. Las bombas les caían encima sin cadencia y habían tenido que llevarse a la academia todo el material y la comida. Lo peor de transportar bajo las bombas fueron los sacos de trigo que les quedaban, la escasez era acuciante y no podían desperdiciar nada. A Francisco le habían dejado libre para descansar, pero no se podía ir a dormir. Estaba atormentado por la imagen del guardia de asalto que había abatido. Tenía la horrible impresión de haber visto a su hermano. Además, no había comido nada y faltaba un rato para que repartieran el rancho, por lo que se fue a ver a la Virgencita que tras la explosión de la mina no tenía capilla. A su alrededor se encontró a muchas mujeres, algunos heridos y algún guardia sin servicio que rezaban un rosario dirigidos por Marín. Se unió a ellos. Había pensado que el sueño le impediría seguir el rezo con plena lucidez. Incluso había planeado dormirse, como acostumbraba en su casa las tardes que su madre les hacía rezar los cinco misterios completos, sin dejarse ninguno. No fue así, pues estaba necesitado de fe, y la devoción que se respiraba invitaba al recogimiento. Al acabar se acercó a Marín para acompañarle a la enfermería pues quería visitar a Antonio.

—Hola don Andrés. El rezo cada día es más intenso. Parece que la propia Virgen está en medio de nosotros rezándole a su hijo.

—¡Es precisamente lo que sucede! Aunque no tenemos los ojos para contemplarla. Esta guerra igual se nos lleva a todos por delante, pero al menos nos iremos tranquilos de saber que nos acogerán al otro lado.

—Don Andrés, ¿y si no nos vamos a ningún lado? ¿Y si vienen los

nuestros y salimos vivos de aquí? ¿Escribirá usted esas oraciones que ha creado para que las podamos seguir rezando en nuestras casas? Les contaríamos a nuestros hijos la aventura que tuvimos aquí mientras las rezábamos.

—Ja,ja,ja... —ríó de buena gana Andrés—. Rezábamos en el Alcázar lo tendría que titular. Pero dime qué necesitas de mí muchacho.

—Me gustaría poder acompañarle a la enfermería a visitar a Antonio, estoy preocupado por él, no me gustó la herida que tiene y además en este infierno su compañía me aporta algo de paz.

—Pues no se hable más, vamos a ver a Riverita.

La enfermería estaba situada en un cuarto abovedado del sótano. Estaba atestada y sucia. La luz, como en el resto de la Academia la producían unas improvisadas candelas hechas a base de grasa de caballo. No iluminaban suficiente y, por el contrario, sí producían un humo espeso y negro que llenaba, junto su propio hedor, toda la estancia. Rivera estaba en una cama que había pegada a la pared cerca de la entrada. Se le veía pálido y como tenía una barba poblada y larga parecía mucho más mayor que cuando entró en la academia. Sus ojos se iluminaron al ver a Francisco. Su eterna sonrisa le confirmaron que, ese hombre flaco, era el mismo que con sus gafas y cara redonda le saludó efusivamente el primer día. Rivera, a pesar de la herida, seguía manteniendo su espíritu intacto.

—¿Cómo te encuentras Antonio? ¿Te duele la herida?

—Hola Francisco, ¡qué alegría verte! ¿Cómo va tu sector? Me sabe mal no poder ayudar y tener que quedarme aquí sin poder hacer nada.

—Bastante has hecho ya por nosotros. Si no llegan a sacar la ametralladora de allí quizás nos habrían conquistado. Además, aquí no hay guerra que valga, solo importa tu herida y tu estado de ánimo.

—¿Cómo llevas lo de tu hermano? —siguió interesándose por Francisco el herido—

—¡Pero bueno! ¿En qué quedamos? Parece que el enfermo sea yo y me estuvieses haciendo tú a mi la visita.

Entonces Antonio se puso serio y le miró intensamente.

—Que yo me muera, a ti no te mata, a ti te matan tus problemas.

—¡Pero qué tonterías dices! Tú no te vas a morir. Eres un escogido de Dios y sería injusto.

—No son tonterías y lo sabes. Puede darte más o menos pena perder a un amigo, pero la vida sigue para los que se quedan, siendo sus problemas los que atormentan a cada cual. Estos son siempre importantes, aunque para el que los ve desde fuera no lo parezcan tanto. Además, sí que me muero. Esta mañana me lo ha dicho el doctor, a su manera y sin decirlo claramente. El cansancio acumulado y la carencia de una buena alimentación no son aliados favorables, sin

contar la falta de higiene. Pero no me asusta la muerte, solo el vacío inmenso que dejaré a mis padres y el dolor que les pueda acarrear. Eso y el último momento.

—¿Qué último momento?

—El momento antes de morir. He visto mucha gente morir y un instante antes abren mucho los ojos con cara de susto y se mueren. Me aterra pensar que vean el diablo venir a llevarse su alma. Antes de condenarme, preferiría qué no hubiese nada a vivir una eternidad sufriendo. Ese pensamiento me quita el sueño.

—¡Venga ya! Pero si tú eres un santo. No creo que te mueras, pero desde luego nunca irás al infierno.

—Tengo miedo, Francisco.

—¿Quién no tiene miedo? Lo importante no es no tener miedo, sino no dejarse poseer por él. Pero de verdad he venido a empaparme de tu sabiduría y acabó impartiéndola yo.

—Ja,ja,ja, no irás a pensar que soy un sabio perfecto que nunca se queja. Yo también tengo debilidades y hoy con un brazo menos y una enfermedad que me está matando, me he permitido una pequeñita. Pero llevas razón, no hay que estar triste. Lo peor que nos puede pasar es morirnos y en ese caso solo supondría llegar antes a Dios. Quédate conmigo un poco y rezaremos juntos.

Rivera sacó de la sábana el único brazo que tenía y en su mano apareció su inseparable rosario. El mismo que usó cuando le pegaron la paliza en la calle por ser de Acción Católica, dejándolo por muerto. El mismo que rezó dirigiendo a la juventud toledana. El mismo que apretó hasta marcar las cuentas en sus dedos cuando le cortaron el brazo sin anestesia. Ese rosario que llenaba sus horas de oraciones, como la que comenzaba con su amigo Francisco. Al que vio dormirse en el segundo misterio reclinado sobre su cama. Le hizo la señal de la cruz en agradecimiento y cariño por haber escogido visitarle en lugar de descansar, a pesar de estar completamente molido.

—¿Por qué iba a estar triste? —se dijo para sí—. Yo le pedí a Dios fuerza para ganar esta batalla y salud para hacer cosas grandes, pero él me hizo débil y enfermo para que fuese humilde, le pedí a Dios riquezas para ser feliz y me hizo pobre para que fuera sensato, yo le pedí poder para que los hombres contasen conmigo, pero él me dio debilidad para que solo lo necesite a él. No, la tristeza no es algo que me pueda permitir.

Al rato vino Marín que había terminado sus recados y despertó a Francisco.

—Vamos chico, que te vas a quedar sin comer y eso es algo que no puedes permitirte, come algo y luego te vas a dormir.

—Sí, gracias, don Andrés. Adiós, Antonio, Mañana me paso otra vez si Dios quiere.

—Gracias por venir Francisco y gracias por escuchar mis debilidades.

—¡Quita, quita! gracias a ti por escucharme y dejarme dormir apoyado en tu cama.

—Venga que te acompaño a tu zona y comemos juntos y así me cuentas si encontraste esa paz que viniste a buscar —invitó don Andrés que se llevó a Francisco en dirección al pasillo—. ¿Encontraste la paz que viniste a buscar, muchacho?

—No. Y le confieso que vivo atormentado desde ayer. ¿Qué sentido tiene esta matanza? ¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Nos matamos como perros unos a otros con odios encendidos, el ambiente está lleno de ira y rabia. Se escuchan chillidos de gozo cuando un enemigo es abatido, pero el enemigo puede ser un amigo o tu hermano. Los cazadores del paso curvo se colocan a semejante manera de sus días de caza y transforman la presa animal en un miliciano despistado al que matan con la misma satisfacción, o mayor si cabe, de cuando cazan una perdiz o un gamo.

—Es una lucha por un ideal. Nosotros queremos una España unida y fuerte que defienda la familia y valores como el orden y la moral. Estamos combatiendo una anarquía indisciplinada que genera caos y violencia.

—¿Violencia? No hace ni tres meses que jugaba a las cartas con los mismos que ayer horadaban la tierra para tratar de volarnos. Y nosotros matamos lo mismo que ellos. Un golpe genera odio en quien lo recibe, sembrándose en su corazón un sentimiento tan humano como la venganza o justicia, según quien lo nombre. Ese sentimiento crece y se transforma en otro golpe más certero y doloroso que el recibido, generando un círculo vicioso como esta guerra fratricida, que nada arregla y que solo deja dolor y ruina.

—Esto lo dices porque el hambre y el agotamiento te han ofuscado. Pero de no ser así, si estuvieses satisfecho y descansado, disfrutarías de ver que ganamos esta pelea. Las embestidas del enemigo son sus últimos coletazos, pues sienten en la espalda el aliento de los nuestros que ya llegan. Justo en el momento que nuestras fuerzas fallan y el espíritu decae.

—No es eso, don Andrés. En mi casa Fernando es falangista y Antón de mentalidad liberal. Ellos tendrían claro el bando al que alistarse y pelearían por ello. El resto de hermanos no tenemos ganas de enfrentarnos con nadie por ideas políticas. Si mato y quiero vencer es tan solo por el sosiego de no volver a hacerlo. La paz y el sosiego es lo que anhela mi alma cansada. No soy hombre político ni de acción, ya que tan solo me mueve el amor.

—Pues en ese caso vigila los lobos de tu alma para que prevalezca el que buscas.

—¿Qué lobos?

—Todos tenemos dentro de nosotros dos lobos que pelean a muerte. Uno es malvado y peligroso, es la envidia, la ira, el resentimiento, la mentira, la inferioridad y el ego. El otro es benévolo, la dicha, la paz, el amor, la esperanza y la bondad, la empatía, la humildad y la verdad.

—¿Y qué lobo gana finalmente? –preguntó Francisco curioso.

—El que alimentes –respondió muy serio José María.

Reencuentro

Fernando estaba conmocionado. Desde que salió del Alcázar había andado dando tumbos de un lugar a otro obligado por las circunstancias o por sus carceleros, pero siempre con la esperanza de volver con los suyos. La víspera, en el que el tribunal popular había dictado contra él pena de muerte, veía cómo todos sus sueños se hacían trizas. No tenía miedo a morir, pero tenía pánico a dejar sola a Margarita. Solo le consolaba el hecho de saber que no estaba en Toledo, y que probablemente estuviese a salvo en el pueblo con sus padres. De pronto escuchó ruidos en la puerta que se abrió, dejando pasar el agradable aroma de la colonia que llevaba siempre en abundancia su letrado particular, don Mariano. Le miró con afecto. A pesar de haberse conocido en el juicio y saberlo de ideas republicanas, había defendido su caso como si de un hermano se tratase, por lo que no podía sino profesarle cariño. Además, en este momento de odios y cargos contra su persona era el único amigo al que podía recurrir, y el único que le podía ayudar.

—Fernando, no desespere. Muchas veces la condena de muerte no termina como tal y he presentado una solicitud de indulto. Si bien esta solicitud no llega a término, sí le da tiempo. Y el tiempo ahora mismo es vital para usted.

—¿Qué puede ofrecerme el tiempo aparte de más sufrimiento, si al final he de acabar muerto sin poder despedirme de mi mujer?

—He escuchado que el ejército sublevado, que avanza del sur, está avanzando por la carretera de Ávila y ya se escucha su artillería. Por lo que, en un día, o a lo sumo dos, se echarán como lobos sobre Toledo. Si bien eso no me gusta en absoluto, es una realidad que a usted le ofrece una oportunidad de salvación. Por ahora, el tribunal popular, se ha trasladado con mi petición de indulto a Madrid y ahí hay una nueva esperanza entre tanto dolor.

—Don Mariano, no soy más que un fugitivo que no tiene bando. Para los que hoy me juzgan soy un traidor y para los que vendrán mañana un desertor, por lo que el final en ambos casos es el mismo. ¿Por qué se molesta siquiera en ayudar a un muerto que nada le puede dar?

El Letrado se quedó mirándole, sopesando la respuesta. Sacó para ganar tiempo su pitillera y, alargando la mano, ofreció un cigarrillo al preso. Fernando lo rechazó con un giro de cabeza. Mariano tomó el suyo y lo encendió con parsimonia. Aspiró un par de caladas profundas, disfrutando del humo que daba calor a sus pulmones. Ordenando sus pensamientos respondió a la pregunta.

—Hace unos meses estaba comiendo con mi padre, bebiendo de una botella de vino que estaba a punto de acabarse. Por aquel

entonces mi padre, buen conversador, ya no hablaba apenas. Pero ese día me cogió de la mano y me contó que hacía tiempo había echado cuentas. Tenía claro que había vivido muchos más años de los que le quedaban por vivir y que se sentía como cuando bebíamos ese poco vino que quedaba en la botella. Por la cara de despiste que puse, me explicó que cuando comienzas a beber una botella lo haces con sed, con ganas, a tragos largos y generosos, pero es cuando te percatas de que el vino se acaba cuando lo saboreas, lento, apreciando los matices del caldo, su textura, lo hueles y lo disfrutas. Me he pasado la vida corriendo para conseguir mis metas pronto. Tengo cuarenta y tres años y estoy casado con una linda mujer. Tengo hijos sanos y fuertes, un despacho solvente, una casa grande con servicio y hasta un coche. Cualquiera diría que soy un hombre con suerte, que la vida me ha sonreído y que soy feliz, seguramente usted también. Pero eso no es cierto, está valorando mi felicidad por las riquezas que poseo. Cuando era niño dormía de un tirón. Ahora me levanto por las noches preocupado por las obligaciones, cargas y demás problemas de un adulto. Cuando era niño soñaba que tendría una bella mujer y muchos hijos. Hoy apenas agradezco a mi esposa que haya dado su vida por estar conmigo y mis hijos están dejando su niñez por los rincones de mi casa mientras yo solo me preocupo de medrar en este oficio. Cuando era niño creía que sería importante y soñaba con ese hombre triunfante. Hoy me dejo los cuernos por ascender en un mundo hostil en el que todos quieren pasar por encima y yo pasar sobre ellos. Mientras tanto mi familia me regala el único amor incondicional que existe, ellos me quieren a pesar de mis fracasos, ellos me ven importante, aunque no lo sea.

Aquí paró un momento a darle otra calada a su cigarro, que iba consumiéndose en su mano. Como Fernando no decía nada prosiguió.

—Cuando le conocí y me contó su historia y lo que hace por amor, me hizo recordar lo que mi padre decía. También he recordado que mi riqueza no me la dan los bienes materiales sino mi familia. He tratado de hacer de esa filosofía una realidad. Así que se puede decir que gracias a usted estos días han sido los más bonitos en mi casa. Eso a pesar de todos los desórdenes que estamos sufriendo en éste convulso momento. Y ni siquiera me ha dolido que me confisquen el coche y otras cosas de valor, porque soy feliz redescubriendo a mi familia y sabiendo que puedo perderla mañana. Por eso quiero dejar pasar el mundo a mi lado, voy a disfrutar de lo que se me ha regalado, de lo único por lo que no he luchado y por lo único que merece la pena luchar. Voy a disfrutar de los míos, de los que no me exigen que de la talla, de mi familia. Solo me piden que sea feliz para serlo ellos. ¿Acaso no se puede pedir algo más hermoso? Porque volviendo al vino de mi padre, ¿quién sabe cuántos vasos le quedan a esta botella que es

la vida? Y eso se lo debo a usted. Por eso voy a sacarle de este entuerto en que está metido como me llamo Mariano Diez Plaza.

Fernando estaba mudo de asombro, así que el letrado le cogió de los hombros apretándolos como para infundirle esperanza.

—Se lo prometo —le dijo.

Tras la promesa salió por la puerta donde unos milicianos vigilaban la entrevista y desapareció por el pasillo mientras la puerta volvía a cerrarse.

La columna volvió a ponerse en marcha. Julián estaba sorprendido de lo rápido que se había adaptado a la vida en campaña. Lo habían encuadrado en la tercera agrupación, en la quinta bandera del tercio, a las órdenes del teniente coronel Castejón. Los dos últimos días había ido conociendo a sus compañeros, intimando especialmente con un extremeño llamado Pedro. Era tres años mayor que él. Alto, de complexión robusta, pero no grueso. Se había dejado barba larga y recortada en recto por abajo. Poseía unos ojos negros muy vivos que, junto al pelo del mismo color y lleno de rizos, le dotaban de una apariencia poderosa. Pedro estaba estudiando medicina y poseía una conversación fluida e inteligente. Julián se sentía a gusto hablando de cualquier tema con él, siendo una rara avis entre tanto regular analfabeto. Enseguida congeniaron y, por ese espíritu fraternal que forjan las situaciones límites, se protegían el uno al otro. Ocasiones no les faltaron pues llevaban tres ataques en una sola semana. La guerra para Julián había sido eso. Eso y andar mucho. Se pasaban las jornadas caminando a su próximo destino y cuando llegaban atacaban. Descansaban como podían y volvían a caminar.

—Oye, Pedro. ¿Qué sabes del cambio de general? Los moros dicen que han destituido a Yagüe y han puesto a Varela.

—Destituido me parece una palabra muy gruesa. Yagüe es amigo personal de Franco, al que parece que le están dando poderes de los tres ejércitos del sur. Por lo visto Yagüe no es partidario de desviarse del objetivo de tomar Madrid. Como Franco quiere llegar a Toledo antes de que caiga el Alcázar han debido de tener algún choque y lo ha destinado a otra plaza, pero no destituido. Se ve que al general Franco no le gusta que le lleven la contraria y a la chita callando acaba haciendo lo que le interesa.

—Ya que estás tan puesto, ¿sabes a dónde nos dirigimos ahora? –le preguntó Julián a Pedro.

—Sí, me lo ha comunicado el sargento antes. Varela quiere tomar Villamiel de Toledo, de tal forma que queden los flancos del avance protegidos y aprovechar para cortar la línea del ferrocarril que une Madrid con Toledo.

Basilio veía como no paraban de llegar hombres y camiones a Toledo. Preguntando llegó a la conclusión de que el frente mandado

por el general Asensio, para impedir el paso del Guadarrama por parte de los sublevados, había fracasado. No daba crédito ya que disponía de más de trece mil hombres para frenarles. Pero alguien le dijo que la columna Fernández Navarro y la columna Uribarri se habían evaporado, por lo que solo entraron en combate la mitad de ellos. Eran los restos de estas dos columnas, La Bernal y la Burillo, los que huyendo entraban a Toledo. Fue al arzobispado donde se encontró con Cándido Cabello tratando de organizar a toda esa marea humana asustada.

—¡Con todos esos hombres llorando como niños no frenaremos el avance de los moros! —bramó a Basilio en cuanto lo vio entrar por la puerta—. O los organizamos o no hay nada que hacer en esta ciudad.

—¿Y qué propones? —le preguntó Basilio.

—Hay que buscar oficiales que tengan algo de autoridad y que ocupen los edificios más sólidos para resistir el envite de los facciosos. Que se hagan fuerte en el seminario, la fábrica de armas y la plaza de toros. Y dile a los de asalto que mañana es la última oportunidad que tienen de tomar el Alcázar. Volaré la mina por la mañana.

—¿Qué mina? —preguntó sorprendido Basilio.

—Esta vez nadie se ha enterado porque no hemos tenido que picar casi. Al tomar las dependencias exteriores hemos metido sin ruido más de cinco mil kilos de trilita por una alcantarilla que pasa por debajo de la academia. Así que mañana tenemos una última oportunidad para liquidarlos. Así evitaremos que nos ataquen por la espalda mientras nos enfrentamos a los que vienen por la carretera de Ávila.

—Esta bien Cabello, pero antes tengo un asunto pendiente —dijo misterioso Basilio—. Alguien me ha dicho donde hay prisionero un elemento al que, de hace tiempo, le tengo ganas

Fernando no se podía dormir. Por comentarios de los carceleros y movimientos extraños provenientes de la calle, se imaginaba que algo estaba sucediendo. No tenía muy claro si quería que llegasen los nacionales, pues en ese caso sabía que le fusilarían por desertor. Aun así, su cabeza le quería hacer creer que tenía esperanzas, algo normal ya que el ser humano no puede vivir sin ella. De repente, escuchó un barullo en la entrada de la cárcel. Oyó claramente como unos hombres, que se identificaban como milicianos encuadrados en la FAI, preguntaban por él. Escuchó la voz acobardada del carcelero diciendo que era un preso político y que estaba bajo la custodia del tribunal popular. Un ruido inconfundible de la carga de un fusil, en lo que adivinó una amenaza a punta de arma, calló bruscamente las excusas del carcelero. Escuchó unos pasos que se apresuraron a su puerta. Al abrirse, vio rostros conocidos de peleas callejeras que se le antojaban de un pasado lejano, eran rostros de satisfacción por la presa cobrada. Sin muchos miramientos lo levantaron en volandas, sacándolo a

empellones de aquella celda que ahora se le antojaba irónicamente segura. Lo llevaron a golpes a la salida, donde un hombre esperaba. Fernando reconoció al Ranero, y se dio por perdido. Basilio le miró con curiosidad y le anunció su destino.

—Teniente de infantería Aluche, se le ha acusado de desafección a la república y oposición armada a la columna del general Riquelme. A pesar de la atenuante de su deserción, ha sido condenado a muerte y su ejecución la efectuaremos de manera inmediata.

De una manera extraña, Fernando estaba tranquilo. Como si ya hubiese aceptado su sino, dándose cuenta de que no podía escapar a pesar de las promesas de su abogado. Aun así trató de defenderse.

—El tribunal al que ustedes apelan tiene un recurso de indulto y se está estudiando su resolución.

Los milicianos se pusieron a chillarle e incluso uno le escupió. Fernando solo acertó a entender que los cobardes se habían retirado a Madrid, y que allí el poder lo tenía quien defendía la plaza como un hombre. Le empujaron hacia la pared de la plaza. Curiosamente le pareció más bella que nunca. Se alejaron de él y compendió que había llegado su hora. Aunque solo fuese por arañar unos segundos a esa vida que ahora tanto apreciaba pidió un cigarro.

Basilio, que ejercía de cabecilla, lo miró con desdén. Aunque solo fuese por aparentar normalidad a esa justicia que él se otorgaba le arrojó el suyo que andaba a medio uso. El cigarro le dio en el hombro, salpicando chispas que iluminaron su rostro. Se agachó para cogerlo y recordó el castillo de fuegos artificiales que vio junto a su mujer en su viaje a Valencia. Fernando no había fumado nunca, pero quería vivir más. Despacio absorbió el humo de aquel cigarro, que curiosamente mezclaba en un beso de despedida su saliva con la del verdugo. Basilio dio la orden de fuego. Cayó al suelo sin saber cómo, pues su cabeza le dictaba que permaneciese alzado. Se vio tumbado en el campo del tío Raimundo, entre los tiernos brotes de trigo verde aplastado por dos cuerpos, que cansados de retozar en un cálido día primaveral sucumbían al sopor del medio día. Fernando sintió que se dormía feliz apretando la mano de Margarita.

Reconquista (27 de septiembre)

Julián se restregó con las mangas los ojos tratando de despejarse. Ni en sus peores sueños se hubiese imaginado volver a su casa así. Habían madrugado mucho, el general Varela tenía prisa por tomar Toledo. Tampoco es que hubiesen dormido demasiado. Lo hizo en el suelo, bajo un árbol, agotado de la jornada. Hacía frio en las noches postreras de septiembre y los soldados se tapaban como podían, los que no tenían tiendas se pegaban a sus compañeros para darse calor. Sin apenas tiempo para arreglarse salieron a seguir al combate. Las líneas enemigas estaban ahí mismo y se observaba movimiento de artillería. Ese día desayunaron en marcha, junto a los moros. Julián caminaba en compañía de Pedro, cargado con su mochila llena de lo necesario para sobrevivir por sí mismo. Llevaba la manta, su ropa, la vajilla de latón y tantas cosas ajenas a la batalla, que si no fuese porque habían resultado imprescindibles en su avance, no lograría ver la relación ente la lucha y el jergón. Los moros iban serios. Era un pueblo extraño para el muchacho que no se acostumbraba a sus maneras ni su atuendo. Tenían la piel cetrina y ojos claros como el cielo. Julián pronto aprendió a respetarlos en combate. Eran hombres que habían luchado con los bereberes del desierto apenas les salió pelos en el mostacho. Primero para mantener a raya a los *Gazis*, que formaban los famélicos pobladores del Sahara, con el secreto anhelo de adueñarse de las verdes praderas del Sus y del Nun. Luego llegaron victoriosos hasta Marrakech, acaudillados por el gran sultán azul. Lucharon con la belicosa cabila de Bu Amaran y, finalmente, fueron arrollados por los franceses hasta más allá de las orillas del Draa, en los confines del desierto.

Se encogió al sentir una explosión cercana. El enemigo les estaba acribillando con la artillería, aunque ellos no se amedrentaban, puesto que hacían lo propio con la suya. Además, en el cielo sobrevolaban sus aviones apoyando el avance.

—¡Al ataque!

La orden era concisa y corta, pero efectiva. Era un ejército curtido y muy disciplinado. Julián tenía miedo, pero no se podía quedar escondido. Salió corriendo hacia donde estaban los milicianos. Eran unas casas muy tocadas ya por su artillería y no debían quedar demasiados hombres dentro, pues el fuego recibido era más bien escaso. Entraron por la puerta que descansaba en el suelo destrozada y a bayoneta calada tomaron la posición. Pedro le había contado como había sido el avance desde que cruzaron el estrecho. Le contó que los milicianos estaban mal armados y que, a pesar de su entrega por la causa, salían corriendo en cuanto caían los primeros compañeros. Pero Julián no percibía eso, al menos desde que cruzaron el Guadarrama.

Era cierto que los republicanos estaban mal organizados y que el frente que cubría esa columna era muy extenso, al menos para poder atenderlo adecuadamente con seis mil hombres. Pero esos hombres no corrían nada más verlos. Les plantaban cara y vendían a un precio muy elevado su vida. Cada hombre moría matando. Era la mañana del día veintisiete, y hacía tres que no habían parado de atacar sin descanso. Sentado en un banco sucio de la casa que acababan de tomar, se sorprendió de la frialdad con que convivía con la muerte. Dentro de la sala donde estaba quedaron siete hombres muertos, tirados por el suelo de cualquier manera. Él estaba ahí sentado con ganas de comer algo, cuando no hacía dos semanas hubiese vomitado lo que tenía dentro con solo asomarse al cuarto. Estaba cansado. El general Varela llegó con prisa por conquistar Toledo, pero antes tuvieron que tomar la margen del Guadarrama y Olias del Rey. Luego, tuvieron que cortar la carretera de Madrid y el ferrocarril, obligando a toda la masa miliciana que les resistía, a retroceder hacia Toledo. Así dicho no sonaba gran cosa, pero en cada asalto se jugó la vida, aunque a base de repetirlo le fue perdiendo el miedo a morir. No tuvieron mucho tiempo de descanso los hombres de la quinta bandera, a la voz del maldito silbato de un sargento tuvieron que salir a tomar el cementerio. En ese momento, retumbó la tierra como si un movimiento sísmico la atravesase, y, tras un sonido no muy diferente de una bomba que hubiese sonado cerca, Julián vio una columna enorme de humo negro que ascendía al cielo. Toledo no tenía fuego, pero el humo que la envolvía la asemejaba a una enorme pira. Todos se temieron que fuese demasiado tarde para los defensores.

Francisco se había levantado zarandeado por una enorme vibración. Había estallado otra mina de la que no se habían enterado. El teniente coronel Burillo en su afán desesperado de doblegar la resistencia de los defensores, había aprovechado una alcantarilla que llevaba a la base de la fortaleza para montar una mina. Le faltaron pocos metros para realizar su cometido. Al explotar en la explanada había creado un enorme embudo de treinta metros de ancho por cinco de profundo, sin más consecuencias que el susto de los sitiados que vieron como una enorme columna de polvo los cubría, aún más si cabe, de todo tipo de mugre. Para el asalto tenía previsto siete mil litros de gasolina que habían traído los bomberos de Madrid para hacer arder la fortaleza. La obligación de Burillo era acabar con aquello como fuera. Si dentro había mujeres y niños no era su problema. Arderían como los hombres que no se rendían. Francisco se tuvo que incorporar rápidamente a su puesto junto a los hombres de Vela.

—Capitán —pregunto a Vela—, ¿que están tratando de hacer?

—Los muy cerdos quieren quemarnos vivos y están lanzando

gasolina con las bombas de las cisternas a la puerta principal para que entre en el patio. Hay que hacerla arder antes de que lo logren. Ve con Emilio hasta la puerta —ordenó—acercaros con cuidado y lanzarle unas bombas de mano a ver si les hacemos a ellos el regalito.

Francisco y Emilio se deslizaron con sigilo hasta cerca de la entrada, protegidos por los escombros y la luz tenue de la mañana. El sol todavía estaba muy bajo, por lo que las sombras jugaban a su favor. Emilio sacó una honda que comenzó a girar con una granada dentro, hasta que con un sonido como de latigazo soltó un extremo con matemática precisión. La granada saltó sobre el muro hasta el charco de gasolina que se formaba al otro lado. Una enorme llamarada, acompañada de un espeso humo negro, se apoderó del espacio. El fuego comenzó a descender por los regueros que habían dejado las mangueras, hasta incendiar a los milicianos. Estos, desesperados, trataban de cortar los grifos de las cisternas para evitar incendiar todo. Una vez más fallaron de nuevo, para frustración de los milicianos, soldados y guardias de asalto que veían fracasados sus ataques una y otra vez. Con el agravante que ahora estaban siendo cercados por dos frentes y podían quedar atrapados. La moral en la guerra es clave y la suya estaba por los suelos, por eso el asalto que realizaron fue rechazado de nuevo a pesar de llegar a lo alto de los escombros. Estaban muy cerca de lograrlo, pero necesitaban más moral o mas tiempo, y quizás, las dos cosas a la vez.

Julián conocía cada rincón del camino por donde iban encogidos protegiéndose de la artillería. Vio el cementerio de Toledo y los altos cipreses, orgullosos, que se alzaban soberbios desafiando los disparos cruzados. Decenas de milicianos y guardias de asalto se habían parapetado tras las altas tapias. Les tiraban sin cesar, confiados de que no usarían su artillería sobre las tumbas de los muertos. El sargento sacó el silbato y señalando la entrada silbó con fuerza. Antes de atravesarla habían caído tres moros y dos regulares, pero nadie rehuyó el enfrentamiento. Una vez dentro los asustados milicianos no sabían cómo actuar. Los había bravos, que despreciado la muerte disparaban a pecho descubierto a las hordas de moros que les embestían con sus ojos claros inyectados en sangre. Los más, corrían intentando escapar de esa ratonera sin salida. Los había que levantando las manos y arrojando el arma al suelo suplicaban clemencia a esas fieras de tez cetrina. Vano intento compadecer a esos seres extraños que disfrutaban matando. Murieron luchando, degollados o fusilados a racimos. No dejaron ni uno vivo. Julián todavía no se acostumbraba a las maneras de los marroquíes y le repugnaba su proceder, aunque tenía que reconocer que eran los soldados más fieros y letales del ejército nacional. No le gustaban, pero los prefería a su lado que tenerlos en contra. El sargento se sentó sobre una tumba de mármol

blanco y se lio un cigarro. Un moro con tres relojes en las muñecas intentó saber su siguiente objetivo.

—¿Ya llegamos a Madrid?

—Querido cadí, ¿Por qué no te sientas conmigo y te fumas un cigarro tranquilo? ¿Tanta prisa tienes por matar o morir?

—Gran ciudad, buenas casas.

—La rapiña y la codicia te matarán, querido Cadí.

El sargento calló de golpe y se cuadró muy serio, saludando a alguien que llegó por detrás del moro.

—Mi teniente.

—Descanse sargento. Y no ponga esa cara que no voy a llamarle la atención por fumar en plena batalla. Haber tomado esta plaza de la manera que lo han hecho es digno de un cigarro. ¿No tendrá otro para mí?

El teniente La Huerta era el oficial encargado de la punta de lanza del quinto regimiento y un oficial muy respetado por los suyos.

—Sí, mi teniente. Tome este recién liado.

—Se preguntará que más toca esta mañana. ¿Verdad, sargento?

—Seguir abriendo brecha, teniente. Conociéndole querrá dormir en el Alcázar.

—Correcto, sargento. Hoy quiero dormir allí dentro.

Esto lo dijo señalando a las ruinas humeantes que se distinguían en lo alto de la ciudad. Los tres hombres miraron en silencio ese montón de escombros con significados tan diferentes en la mente de cada cual. El teniente La Huerta miraba con envidia un asedio heroico que se le antojaba histórico, el sargento valoraba los inconvenientes hasta lograr su acceso al interior, y el moro Cadí no conseguía entender por qué cambiaban la capital de España por esas ruinas en el interior de una vieja ciudad.

—¡Venga, muchachos! —alentó el teniente tras acabar su cigarro —, reagrupe a la tropa, sargento, que nos vamos de corrida.

Se reagruparon y salieron en dos unidades hacía la plaza de toros que se encontraba de subida a Toledo, a menos de quinientos metros del cementerio.

Dentro del Alcázar el delirio colectivo era difícil de controlar. Los soldados que bajaban eran rodeados inmediatamente por decenas de personas que les interrogaban y demandaban noticias. Tras más de dos meses de desmentidos y desilusiones les costaba creer lo que escuchaban. La gente quería comprobar por si misma que los suyos estaban tomando la ciudad, que iban a ser por fin liberados. Las riadas humanas que trataban de salir al patio por las escaleras hacía imposible bajar a los soldados heridos que trataban de ir a enfermería. Por más que los oficiales intentaban evitar que toda aquella gente se expusiese a los ojos del enemigo no lograban frenar la avalancha.

Berta se había escapado entre las piernas de la multitud y salía al patio tras más de tres semanas sin respirar aire puro. Inspiro con deleite llenando sus pulmones contaminados de humo y polvo, tratando de arrancar toda esa escoria con ese aire que le parecía tan deseable.

—Berta —le llamó su hermana Pilar—, ¿Qué haces aquí sola?

—He salido a ver si todavía hay sol en el cielo.

Su hermana compadecida la abrazó feliz de ver que por fin iba a terminar aquello y que su hermana podría volver a ser niña otra vez.

—Eso parece pequeñaja, pero aquí corremos peligro y deberíamos bajar bajo hasta que esto acabe. Los hombres malos siguen disparándonos y aquí estamos expuestos.

—¡Pero quiero ver a los soldados como esos que están subiéndose a las ruinas!

—Esos son unos inconscientes como nosotras ahora mismo. Estamos todos locos de contento, pero esto aun no ha acabado y viéndote a ti me ha vuelto la cordura. Mira bien y veras como todos los soldados nuestros están tratando de hacer regresar al sótano a la gente.

Berta comprobó como en efecto los oficiales y soldados trataban de frenar esa absurda exposición de la gente que, sin prudencia, se ponian sin precauciones a la vista del enemigo. Tenían suerte de que este estaba a otra cosa mas acuciante en ese momento, ya que todo un ejército les estaba cerrando las pocas salidas que tenía Toledo.

El sargento llamó a Julián y le interpeló.

—Usted es de aquí, ¿verdad, soldado?

—Sí, sargento.

—Pues dígame como es esa plaza y detálleme puertas y ventanas de fácil acceso. Llevamos ya dos intentos de toma, y solo consigo incrementar el número de bajas nuestras. Esa maldita plaza es sin duda un fuerte lugar de resistencia.

—La plaza no es de muros muy altos, pero, aunque tiene muchas puertas de acceso, estas son de madera robusta y no será fácil tirarlas abajo.

—¿Ventanas? ¿Cómo está el tema de ventanas?

—Hay pocas y en elevada altura. En la zona baja me temo que todo lo que hay, además de las puertas, son los pequeños ventanucos de las taquillas.

—¡Pues como diablos entramos dentro! —exclamó irritado el sargento—. Tendrá algún lugar de más fácil acceso ¿no? ¿O quiere que sigamos todo el día estrellándonos contra sus muros hasta que no quedemos ni uno solo?

—Si de mí dependiese, abriría hueco en las paredes traseras de los toriles, estos son de ladrillo solido pero fino. Desde ahí entraría por

dentro hasta los pasillos interiores de la plaza, pues ya no hay ninguna barrera que lo impida.

El sargento lo pensó poco y dio órdenes rápidas. Entretendría a los de dentro simulando un ataque frontal en el lado opuesto a los toriles, mientras un par de soldados mineros abrirían hueco con sus picos y algo de dinamita. Todo salió perfecto, pues no hizo falta el explosivo ya que la pared cayó rápidamente tras unos pocos golpes.

Varios soldados entraron rápidamente generando el caos en la plaza, pues los de adentro no sabían de donde les venían las balas. Pero a pesar del desconcierto los asediados vendieron muy cara su vida, pues intuían el final que tendrían. La lucha se prolongó más de media hora, hasta que la quinta bandera del tercio sofocó el último reducto de resistencia. Las bajas fueron muy numerosas. Julián se sentó agotado en el suelo de la plaza apoyando su espalda en el burladero. Estaba matando mucho. Matando a bulto, pues no quería mirar la cara del que apuntaba. Temía, con razón, que más de uno de los hombres que había matado le resultaría conocido.

—¿Qué le pasa soldado?

Julián alzo la mirada y reconoció al sargento que le miraba con agradecimiento.

—Estoy cansado de matar, mi sargento. Nadie está preparado para esto, aunque seas militar.

—Desde luego —le contestó el sargento que se sentó junto a él—. Pero es el otro o tú.

Julián no dijo nada. Solo miraba como sus compañeros remataban los cuerpos caídos de los milicianos, asegurándose de que no quedase uno vivo.

—Me llamo Paco —dijo el sargento—, y quiero que sepas que le estoy muy agradecido. Sin su ayuda no sé cómo hubiésemos tomado esta maldita plaza de toros.

—No hay de que, Sargento. Para eso estamos ¿verdad? —dijo Julián irónico.

—También está el que no ayuda y solo obedece, y su recompensa es la misma. Pero me temo que el agradecimiento llega hasta aquí, por ahí veo al teniente La Huerta y viene con ganas de llegar al Alcázar.

Santiago y Ramón estuvieron retrocediendo todo el día. Los Sublevados habían roto las defensas del cementerio, plaza de toros y el colegio de huérfanos. Tras ellos iba el hospital de afuera que tanto les constó recuperar dos meses atrás, y, con el edificio sometido subieron hasta Zocodober. Los milicianos pululaban por las calles de la ciudad sin orden ninguno, el desconcierto reinante era la tónica general. Los pocos mandos que quedaban trataban de frenar la desbandada que, a masas, salía por el puente de San Martín, única vía de escape de la ciudad.

—Esto está perdido Santiago —dijo por fin Ramón, saliendo del hermetismo en que se encontraba desde la muerte de Tomás—. La Puerta De Visagra ha caído. Los pocos hombres de la columna Plaza que han sobrevivido, están con Lister y Bernal tratando de frenar la deserción de la gente. El General Asensio se ha escapado también por el maldito puente de San Martín que sigue abierto. No logro entender como no lo han bloqueado ya, teniendo todas sus fuerzas desplegadas alrededor de Toledo.

—¡Por eso mismo! —le dijo Santiago—Lo primero que me enseñaron en la academia es que hay que dejar siempre una salida a tu enemigo, o éste luchará hasta morir. Está claro que si nos hubiesen bloqueado, la toma de la ciudad no les resultaría tan sencilla. Tendrían que ir casa por casa sacándonos con los pies por delante y el desgaste sería terrible. Han debido imaginar que huiríamos como ratas, favoreciéndoles la conquista. Siento un profundo desprecio por este ejército de cobardes.

—No todos son así. Hay un número importante de soldados plantando cara al enemigo.

—No te digo que no —respondió Santiago—, pero la mayoría son milicianos despistados que en realidad no se pueden imaginar que la ciudad está tomada. Las noticias que nos llegan siguen siendo del éxito de nuestras operaciones, por lo que si escuchas la radio te creerás que los que huyen despavoridos son los rebeldes.

Ya anochecía cuando, Julián y el sargento Paco, a las órdenes del teniente La Huerta y los moros del V tambor, ascendieron con cuidado por el camino de la barriada de las covachuelas hacia el puente de Alcántara. Los tiros seguían sonando por la ciudad. El ejército africano se había hecho fuerte por los lugares que iba conquistando. Entraban en tierra de nadie y por eso mismo la zona más peligrosa. Francisco era consciente que podían dispararles de cualquier lado y bando. El teniente Prats se quedó con su sección en el miradero, para hacer frente al enemigo y facilitar la toma de contacto del resto de regulares con los del Alcázar. Subieron la cuesta del Carmen agazapados y en completo silencio. Tras el zigzag apareció una montaña de escombros que delimitaba unos pocos lienzos de muros semiderruidos y llenos de impactos. A Francisco le sorprendía el estado apocalíptico del palacio más espectacular que había conocido en su ciudad y le costaba trabajo reconocer en esas ruinas su antigua academia, no comprendía como en aquel lugar aún luchaban hombres. Comenzaron a trepar por los escombros cuando sonaron unos tiros al aire. Se refugiaron como pudieron y una voz rompió la noche.

—¿Quién vive?

—Fuerzas de España —contestó un soldado llamado José Julio Pavía, que había estudiado en Toledo y conocía bien todo aquello— Somos regulares de Tetuán.

Los moros comenzaron a chillar “somos regulares, ¡viva España, viva España!” Francisco enardecido con el rugido de todas esas gargantas se dejó llevar y chillaba como un loco: “Toledo ya es España, ¡viva España!”. José Julio se arriesgó poniéndose en pie y, avanzando hacia el lugar de donde había provenido la voz del asediado y rezando para que no le pegasen un tiro, se sorprendió al ver salir de su escondite a dos guardias tan delgados y demacrados que parecían unos espectros. La ropa hecha girones y acartonada de la suciedad, era una mezcla de uniformes que mezclaban la boina roja carlista con la chaqueta de la guardia civil.

Al juntarse se fundieron en un abrazo interminable que provocó la euforia de todos los regulares que sin precauciones salieron a abrazarse también con los defensores que iban saliendo. Los hombres andrajosos y barbudos los llevaron al patio sobre las ruinas del torreón. La escena era dantesca. Aquel patio, otrora majestuoso, estaba lleno de escombros y piedras. De la columnata que los perimetraba no quedaban más que algunos pocos trozos, y las paredes que lo hacían patio no eran más que unos retazos de lienzos laterales. Mucha gente salía de los sótanos para verlos, pero los guardias trataban de impedirlo. Se vieron desbordados por una multitud que

los cumplía de piropos y les llamaban héroes. El teniente La Huerta no paraba de repetir que ellos solo cumplían la voluntad del mando, que los verdaderos héroes eran ellos, pero la gente no parecía hacerle caso. Entre la multitud de caras famélicas que salían a su encuentro Julián vio a una niña que le miraba curiosa.

—¿Cómo te llamas, preciosa?

—Berta, y tengo hambre —le dijo descarada la niña—¿No tendrás algo de comida en tu mochila?

—¡Claro! —respondió sorprendido Julián, que se sacó de la mochila unos trozos de pan y chocolate que llevaba.

La reacción de la gente fue sorprendente para los militares, pues se hizo un silencio enorme y todos miraban con envidia mal disimulada a la niña. Los soldados se dieron cuenta de la precariedad con que habían debido estar esos hombres demacrados. Sus caras ennegrecidas brillaban por la alegría de verse liberados, pero sus cuerpos ajados estaban en general tocados por un vendaje o un balazo. Sus ropas ajadas emitían aromas pestilentes por falta de higiene y llevarlas siempre encima. Los recién llegados echaron mano de sus reservas para compartirlas. Como auténticos tesoros recibieron esos alimentos los sitiados, separando parte de ellos para llevarlos a enfermería y los niños, aunque lo que mas agradecieron los sitiados fue el bendito tabaco. Tras semanas soportando el mono de no tener nicotina en sangre, los defensores daban caladas profundas a los cigarros que portaban los africanos. Julián acompañó a los sótanos a un grupo de guardias que no supo decirle el paradero de sus hermanos, aunque notó que se cruzaron las miradas cuando les dijo que era un Aluche. Estaba inquieto al respecto, pero tampoco le habían dicho que no pudiese verlos, por lo que trató de alejar los malos pensamientos de su cabeza. Iba apartando a las mujeres y niños que le asediaban tratando de buscar a sus hermanos, tapándose con un pañuelo la nariz y boca en un vano intento de contener el asco que le daba el hedor de los pasillos cuando escuchó su nombre.

—¿Julián?

—¡Francisco!

Los dos hermanos se fundieron en un abrazo y Francisco rompió a llorar.

—Julián que alegría verte —dijo Francisco entre sollozos a su hermano—Fernando se escapó de la Academia y no sé nada de él.

Julián sintió un calambre por su espalda y un sudor frio le heló el alma. La deserción era para un militar peor que la muerte, y si no le habían matado y estaba en Toledo su destino era aterrador. Pero ya que su hermano se había atrevido a contarle las malas noticias, él aprovechó para soltar las que le pesaban en el corazón.

—Pues a papá lo dejé enfermo en Madrid y de Arturo no se nada,

pero nos llevaron presos a una checa de la que yo escapé.

Los dos hermanos se quedaron abrazados sin mirarse intentando digerir cada cual esas noticias. Francisco sollozando, miró finalmente a su hermano que, aunque le sonrió, tenía los ojos rojos de aguantar el llanto. La guerra era eso, dolor y llanto, pero él era militar y tenía que estar a la altura. Era el carácter frio que se espera en un médico cirujano o un militar. Ambos trabajan con la muerte acechando, aunque de manera diferente.

Santiago y Ramón descansaron poco y mal. La noche del 27 al 28 de septiembre, con la mitad de Toledo tomada y el desgobierno imperante, no auguraba nada bueno. El general Varela había dejado abierto el paso del puente de San Martín, confiando que por ahí saldrían los milicianos escondidos en Toledo. Pero un avión republicano había bombardeado por error sus posiciones en la vera del Tajo, sembrando el caos en los hombres. Estos habían huido en estampida metiéndose la mayoría nuevamente en la ciudad. El teniente coronel Burillo había escapado la tarde anterior, quedando solamente como autoridad el comandante Bernal y el jefe de los comunistas Lister. Estos también huyen con las primeras luces del nuevo día a la par que entran al asalto todos los tercios y regulares de Varela. Los Milicianos y guardias de asalto que quedan en la ciudad se hacen fuertes en edificios estratégicos que son realmente difíciles de conquistar: el colegio de los Maristas, el seminario, el hospital de Santa Cruz y la fábrica nacional de armas entre otros. Santiago y Ramón se quedaron donde habían dormido, en el seminario. Uno tras otro la resistencia iba cediendo con auténtica heroicidad. Los militares acostumbrados a la poca resistencia que han mostrado hasta la fecha los republicanos cada vez les cuesta más esfuerzo y vidas doblegarles. Por fin solo queda el seminario que está cercado por los regulares y legionarios.

—¿Qué dicen Santiago? —le pregunta Ramón—tengo la cabeza embotada de tanto ruido.

—Quieren que nos rindamos. Están ofreciéndonos sus condiciones.

—¡Y una mierda! —soltó Ramón—No hemos llegado hasta aquí para salir con los brazos en alto.

—Y ¿qué propones que hagamos, genio?

—Escaparnos.

—Ya me dirás como, por que el edificio está cercado.

—¿Oyes esos tiros? Es el imbécil de Manuel arruinando nuestros planes. Vamos abajo a ver que cable se le ha cruzado.

Al llegar a la planta baja vieron humo saliendo de los cuartos laterales y a cinco hombres trabando con muebles la puerta principal.

—¿Se puede saber qué pasa? —pregunto Santiago a un hombre maduro de poco pelo y delgado, vestido con camisa blanca y

alpargatas.

—Hemos incendiado el seminario y vamos a morir matando.

—¡Estás loco! Podemos escaparnos por detrás —insistió Ramón en su idea—

—No es posible —dijo muy serio Manuel—Solo quedamos nosotros siete y estamos rodeados. Preparar las escopetas que van a intentar abrir la puerta a golpes, pero antes nos vamos a llevar por delante a algunos legionarios.

Efectivamente los legionarios con un ariete trataron de abrir la puerta, pagando cara su valentía pues les dispararon desde diferentes agujeros que tenía la propia puerta y la fachada. A pesar de los muertos no se amedrentaron y consiguieron abrir el portón. Entraron a tropel mientras trataban de huir los milicianos. Mataron a uno y al arrinconar a su compañero este se metió su pistola en la boca y se pegó un tiro. Manuel y dos compañeros se hicieron fuertes en los pasillos hasta que atrapados en un pequeño cuarto se inmolaron con una granada de mano. Santiago y Ramón a la desesperada trataron de huir, pero estaban en el segundo piso y el incendio y los legionarios les cercaban por lo que desesperados se abalanzaron por una ventana tratando de llegar al tejado de enfrente. Vano intento, pues la caída fue fatal. Un legionario joven barbilampiño y pelirrojo que tenía una camiseta verde caqui fue el encargado de bajar a la calle y rematar de dos tiros en la cabeza a Santiago y Ramón que se retorcían en el suelo con espasmos del golpe sin haber muerto. Luego el legionario pelirrojo se quitó respetuoso su chapiri y rezó un padre nuestro.

—¿Qué haces, Rubén? —le increparon desde arriba riéndose.

—Rezar por estos bravos. En verdad fueron valientes.

Berta

Caía la tarde en Toledo. El cielo dibujaba una paleta de colores ocres y rojos sobre el Tajo que, inmutable a lo acaecido sobre sus vertientes, seguía su recorrido impasible hasta el mar. Francisco salió una vez más a las órdenes del capitán Eymar, pero con la diferencia de que esta vez no tenían que volver con víveres tras cumplir una misión de las que no sabía si regresaría vivo. Esta vez salían libres. Su misión era escoltar a algunas familias a sus hogares, entre otras la del propio capitán. Toledo parecía estar bajo control. ¡Como había cambiado todo desde la mañana! Por muy afectadas que estuviesen sus casas, siempre sería mejor dormir allí que pasar una noche más en los sótanos benditos del Alcázar. Toledo parecía tranquilo, pero no lo estaba. Muchos de los hombres que por la mañana tiraban con furia contra ellos, estaban ahora escondidos y el capitán quería escolta porque no se fiaba. Bajando hacia la plaza de Zocodover, Francisco se acercó a la hija más pequeña de los Eymar para ayudarla a superar los escombros. La cogió del brazo para sujetarla en el descenso, sorteando algún miliciano muerto que encontraron a su paso. No le veía la cara, pero intuyó que la visión de los muertos en una niña de ocho años no sería plato de buen gusto. Al final de la cuesta, justo donde se abría la calle para dar paso a la plaza de Zocodover, llegó un escollo insalvable. En esa zona estaba la barricada levantada para asediar la fachada norte del Alcázar. Probablemente, por ser la más concurrida era grande y robusta. El espectáculo era dantesco. Toda la barricada estaba llena de muertos. Francisco supuso que los debieron atacar por su retaguardia, pillándolos entre dos frentes sin escapatoria para los pobres desgraciados. Estaban apilados unos sobre otros, yaciendo con caras desfiguradas y párpados abiertos, reflejando todavía la sorpresa de la muerte en el fondo de sus ojos. Allí no quedó más remedio que saltar sobre ellos o incluso pisarlos. Francisco entonces notó que la niña se paraba y no quería seguir, quizás había llegado al límite de lo soportable. ¿Cuántas penurias y sacrificios estaban exigiendo a esos niños? No hacía ni tres meses que jugaban despreocupados en esa misma plaza, y ahora no la reconocerían. Francisco se agachó con paciencia para tranquilizarla hasta tenerla frente a sus ojos. Le giró la cara que tenía tensa, con la mandíbula apretada y la mirada fría, aunque podía deducir el terror que brillaba detrás de sus pupilas aceradas por el dolor.

—Berta, todo ha pasado. Ya estamos casi, un poco más de esfuerzo y estarás en casa. No tengas miedo estos hombres, ya no te harán nada malo…

Por no resistir su mirada, o quizás para no enfrentarse a sus órdenes, giró la vista hacia arriba. Sus ojos tropezaron por primera vez

con los restos de lo que fue el glorioso Alcázar. El mismo que ella vio hacía tres meses, mientras su madre le subía esa misma cuesta a la vez que bajaban los soldados a declarar el parte de guerra. Ahora no era ya sino un montón de ruinas humeantes y ennegrecidas. De sus cuatro torres altivas no quedaban ni las bases. De sus paredes de sillería quedaban tres pequeños retazos que podían dar una idea del contorno original del palacio. Tal ruina y calamidad caló aún más hondo en esa niña que la propia visión de los muertos, a los que por la dureza del asedio tuvo que enfrentarse y acostumbrar su alma, si a la muerte uno puede decir que se acostumbra alguna vez. Francisco respetó ese silencio unos instantes en los que finalmente la niña, sin quitar la mirada de lo que quedaba del Alcázar, dijo:

—¿Cómo hemos podido sobrevivir ahí?

Entonces giró su cara hacia la barricada, se soltó de Francisco y salvó los obstáculos por ella misma. Corrió hacia su madre que estaba poniendo una rebeca a su hermana al otro lado, ya en la plaza. Francisco contempló esa escena, preguntándose por todo el dolor vivido.

—Hola, Francisco.

Francisco salió de su ensoñación y vio al señor Marín rodeado de su familia.

—Que alegría me da ver que se encuentran todos bien, don Andrés. Yo no puedo decir lo mismo. Mi hermano Julián que venía con el ejercito me ha contado que mi padre y Arturo quedaron en Madrid en paradero desconocido y que nuestra casa está incendiada. De hecho, esta noche tendré que dormir donde me digan.

—Al menos lo que sabes es que Julián está bien y de ellos no tenemos malas noticias —respondió Marín—y eso hoy es mucho decir.

—Me gustaría tener su fe para ver la vida de manera tan positiva, pero por desgracia mi espíritu no es tan optimista.

—Esto no es cuestión de fe, sino de actitud ante la vida. Si te crees que el momento que te toca vivir es el único que tienes para cumplir con tus obligaciones serás feliz. Hoy es el día más importante de tu vida, y el único. Mañana no existe, y ayer ya pasó. ¿Qué harás hoy? En ti queda la decisión de dar gracias a Dios por permitirte vivirlo, o maldecirlo por esta situación. Tenemos la suerte de ver un día nuevo, el cielo limpio y campo para correr, o podemos quejarnos de que nuestro hogar está destruido y llorar lamentándonos. Podemos ver que estamos a salvo en compañía de algún familiar y amigo o deprimirnos pensando en la suerte de los que no tenemos noticias. Podemos ver la vida como una rosa llena de espinas, o descubrir una rosa entre las espinas. Tendremos el día que decidamos tener. Los días no se eligen. Y yo, hoy, lo voy a hacer único.

Marín se despidió del muchacho y se fue hacia su casa del brazo de

su mujer que no le soltaba, rodeado de una caterva de hijos que chillaban de contento al sentirse seguros de nuevo con su padre. Francisco miró hacia la vega donde el rio llevaba cuerpos de milicianos que habían muerto ahogados tratando de huir del empuje del enemigo que fusilaba a racimos a todos los que encontraba a su paso, sin preguntar siquiera quienes eran. Los disparos se sucedían por todas las callejuelas donde casa a casa se iba tomando para los suyos la ciudad. Pero pensando en la charla de Marín, Francisco dio gracias a Dios de que, al menos él, si iba a disfrutar de una nueva vida. Pensó que, a pesar de todo, a pesar del dolor y sufrimiento que se infligían los unos a los otros, la naturaleza siempre estaba allí para ayudarles a trascender y recordar que la creación estaba bien hecha. Sonrió y levantó los ojos al cielo. Vio un atardecer tan rojo como la sangre derramada en Toledo, un cielo carmín que dejaba paso a la noche, difuminando los contornos de su ciudad.

FIN

Anexo i juicio

Antón comenzó a tomar conciencia de su nuevo estado poco a poco. Como una bombilla que va cogiendo intensidad. Una fuerza le empujaba a hacer un camino hacia adelante. Notaba una fuerza de amor intenso pugnando con una falta del mismo amor. Sentía un desasosiego y angustia difíciles de explicar, ya que su potencia crecía a unos límites de desesperación jamás sentidos anteriormente.

En esa lucha de sensaciones tan fuertes, percibió el amor de su madre. Ella le lloraba rogando por él. Pero sobre todas las sensaciones notaba un amor más puro que le llamaba, y sentía esa llamada sobre la desesperación y angustia que destrozaba su alma de puro dolor. Veía pasar toda su vida a gran velocidad, y era consciente de todos los actos buenos y malos que había realizado. Sobre todo, pasaban a su lado las personas que había odiado o amado, pesándole como una losa todo el rencor que había arrojado sobre las que él no había juzgado dignas de su compasión. Esos actos los tomaba ahora por deleznables, sobre todo el último de su existencia, ¡tan corta la veía ahora! No tuvo esperanza para su propio ser. Pero era tarde para arrepentimientos, además, ya no tenía ese don. No tenía posibilidad de tomar conciencia ni decisión, había perdido el libre albedrío, aunque fuera mental, de decidir lo que estaba bien y lo que estaba mal. Ahora sabía qué era bueno o malo, pero como un autómata solo huía hacia adelante, hacia ese amor que lo acercaba con la certeza de que no había nada que hacer. Él ya había emitido juicio en su vida, y éste era renunciar a ese amor eterno. Él había escogido la nada, el no ser, la separación de vivir queriendo y sintiéndose amado. La angustia creció si cabe un poco más. ¿Cómo era posible sufrir más?

Al ver que no había argumentos a su favor —él solo ya había dictado sentencia—, recordó que solo le quedaba como último recurso ése que tenía delante. Ese, a quien tanto había odiado y perseguido. Ese, por el que había matado y renegado. Ese, por el que tanto había sufrido. Ese, a quien quiso borrar de su razón. Ese era el que, en un acto de misericordia infinita ayudado por las lágrimas de su madre, impediría que cumpliese su propia elección. Y sabía que quedaba ese recurso, porque entre todo ese sufrimiento aun había amor en su ser. Tembló de horror al pensar como sería una existencia eterna sin ese calor entre tanto frío. Así se plantó delante de Dios, para separar esos dos sentimientos y quedarse con solo uno… ¡Qué lástima no haberse tomado la vida en serio! Si por lo menos no hubiese renunciado a Dios… Aquí en su nueva existencia sin amor no quedaba más que un infierno. Aquí solo quedaba morir cada segundo… todos los días, … eternamente.

Antón sintió una enorme muchedumbre de almas que lo miraban y,

en una especie de balanza, disponían de los actos de su vida. Veía pasar a gente que él conocía y otra mucha de la que no tenía consciencia, aunque todas eran almas de hombres y mujeres que de alguna manera tuvieron trato con él, como una que ahora mismo estaba depositando su peso de amor por una limosna que recibió en una época pasada cuando pasaba frío, un invierno Toledano, en su vida mortal. Es curioso que los pequeños actos realizados sin importancia tuviesen ahora tanta. Aún así y a pesar de todos estos pesos de amor arrojados por gente que ayudó, amó o simplemente cuidó, no valían nada en comparación con unos grandes bloques negros que arrojaban unas sombras que helaban el alma cada vez que se acercaban al plato del mal y con un grito que salía de lo más profundo del mundo veía todos los desórdenes que había causado en su vida, concentrados en esa materia que bajaba la báscula hacia el abismo de la nada. De repente apareció un ser luminoso ante el que se apartaban todos, era de una belleza desgarradora y el alma de Antón se heló de terror. Luzbel no dejo de mirarlo ni un momento mientras se acercaba a la báscula y con cuidado dejo caer un objeto color de plata que enseguida identifico como la bala con la que se quitó la vida, y cuando creía que era imposible que el plato de la báscula bajase más, se abrieron las entrañas de la tierra y el plato precipito a su interior mientras un coro de voces torturadas salían de las entrañas de la creación. Luzbel se acercó curioso hacia Antón y cuando lo iba a sujetar un murmullo surgió entre las almas allí reunidas y un perfume a sándalo y azahar lleno todo de una paz que sosegó por un instante el espíritu destrozado de Antón. La vio de lejos acercarse sin mirar a ningún sitio en concreto, pasando como descuidada entre la gente, pero siempre en su dirección, Antón lloraba desconsolado viendo por primera vez a la mujer que tanto había rezado. No pasó un solo día que por la noche como un mantra hubiese olvidado recitar su nombre:

Ave María
llena eres de gracia
el señor es contigo…

Era incongruente, el que había perseguido a muerte a la iglesia de Cristo, a sus vicarios y presbíteros, no se dormía un solo día sin rezar a la madre de ese Dios en el que no creía, pero que era una mujer como su madre, a la que si quiso y prometió rezarla. nunca lo confeso, pero se juraba a si mismo que la Virgen era una doncella pobre como ellos y que afronto su destino con valor y solo por eso se convencía todas las noches de que no era de locos insultar a un cura y decir a continuación:

…bendita tu eres entre todas las mujeres
y bendito es el fruto de tu vientre Jesús.

Entonces vio a su madre que se acercaba a la Virgen y esta la cogía

con cuidado de las manos y se miraban sin hablar para decírselo todo, entonces le miraron y se sintió desgarrado por tanto pecado, sintió que era un miserable y se quería morir otra vez o que el demonio se lo llevase ya con él para la eternidad, pero que esas miradas lo dejasen de contemplar. Quería agachar la cabeza, desviar la mirada o simplemente desaparecer, pero era del todo punto imposible, su alma estaba suspendida en el espacio y toda una vida estaba saliendo de sus ojos.

Santa María Madre de Dios
ruega por nosotros pecadores
ahora y en la hora de nuestra muerte.

Entonces la Virgen sintió una pena infinita por ese hijo suyo perdido, pero que tanto le había rezado y una lagrima azul salida de sus ojos oscuros humedeció sus mejillas blancas y cayo suavemente al plato del bien que de tan alto que estaba nada podía compensar el peso del mal, pero muy despacio primero para ir poco a poco cogiendo velocidad fue bajando el mismo, para expulsar hacia arriba el del mal y con un grito de odio eterno desapareció Belcebú y la báscula, y la gente y su madre.

Antonio quedó solo ante María que sonriéndole tímidamente le dijo:

—Ya nadie te juzga.

Y terminando una oración que recitó todas las noches de su vida desde que su madre le acurrucase de niño en la cama para tranquilizarle tras una pesadilla, dijo de todo corazón:

—Amen.

Agradecimientos

Este libro no habría sido posible sin las enseñanzas de José María Marín. Principalmente a él se lo debo, aunque tendrá que leerlo desde el cielo, no pude terminarlo antes.

Para la agilidad de lectura y la corrección de faltas descubrí que hay gente que te quiere de verdad, por que ese trabajo no hay oro que lo pagué y solo por amor lo han hecho. Gracias Primita (Charo Montes). Gracias Presi (Alfonso Fores). Gracias Hermano (Alex). Gracias Ramón “el palindromista”. Gracias a José Codina y Nacho Sanchez. Y por último gracias a Alfonso Balaguer, por sacar tanto de donde ya no se podía.